CARLA F. AGUILAR

EN LA LÍNEA DE FUEGO



Montena

EN LA LÍNEA DE FUEGO

PARTE 1



CARLA F. AGUILAR

EN LA LÍNEA DE FUEGO

Advertencia de Contenido

Este libro contiene descripciones explícitas de violencia gráfica, incluyendo sangre, asesinatos, lenguaje obsceno, abuso sexual, torturas y maltrato a menores. También aborda temas de salud mental, suicidio y traumas emocionales. Si alguna de estas temáticas puede afectar tu bienestar emocional o psicológico, te sugiero reconsiderar la lectura.

Sinopsis

En la tranquila comunidad de Harpers Ferry han comenzado a aparecer muertes sospechosas que apuntan al inconfundible asesino Nolan Jenkins. La investigadora privada Jules Miller deberá afrontar una de las misiones más desafiantes de su carrera: infiltrarse en el hospital psiquiátrico donde se encuentra el asesino. Su objetivo es claro, recolec-tar cualquier prueba e información que desvele la verdadera naturaleza de este enigmático asesino.

Sin embargo, a medida que se acerque a la verdad, Jules comenzará a experimentar una serie de sucesos inexplicables que pondrán en duda su percepción de la realidad. Con cada paso, la línea entre la cordura y la locura se irá desvaneciendo, empujándola hacia un abismo del cual podría no haber retorno.

Playlist

«Happiness Is A Butterfly» - Lana Del Rey

«The Walls» - Chase Atlantic

«Cinnamon Girl» - Lana Del Rey

«Always Been You» - Chris Grey

«Don’t Blame Me» - Taylor Swift

«Way Down We Go» - KALEO

«Unconditionally» - Katy Perry

«Dancing In The Moonlight» - Toploader

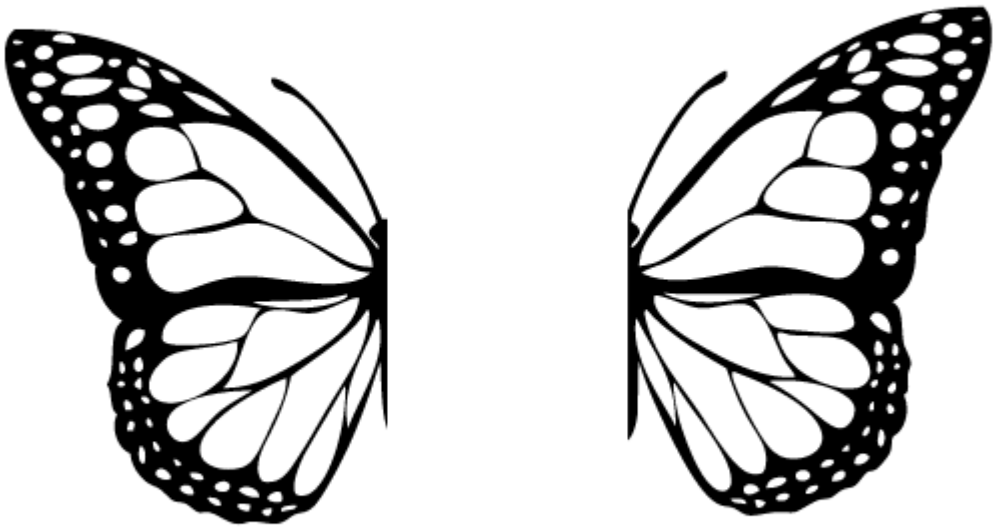
«My Blood» - Ellie Goulding

«Secret Love Song» - Little Mix, Jason Derulo

«Scott Street» - Phoebe Bridgers

«Ride» - Lana Del Rey

Para aquellos que sanaron un corazón roto, sin importar que el suyo estuviera hecho pedazos.



1

—A ver si lo he entendido bien, ¿quiere que me infiltre en un hospital psiquiátrico para sacarle información a uno de los criminales más temidos del país?

—Sé que le parecerá una locura…

—Lo es —le corté, tajante—. Lo que me está pidiendo no es solo ilegal, sino peligroso. Así que no solo me estoy jugando el trabajo, sino la vida.

El inspector Foster me miraba fijamente. Sus ojos reflejaban una mezcla de urgencia y preocupación.

—Lo sé, señorita Miller, y no le estaríamos pidiendo esto si no fuera estrictamente necesario. Estamos en una situación desesperada, como habrá podido notar. Este criminal es una amenaza para la sociedad, y no tenemos pruebas suficientes para condenarlo.

—¿Y por qué no lo tratan como un paciente normal en lugar de un criminal?

Soltó una risa con un matiz irónico, como si mi pregunta 5

fuese absurda.

—Está claro que está alegando locura para evadir la justicia.

Conocía esa estrategia. Aunque pudiera parecer sorprendente, en muchos países los acusados tenían el derecho de alegar que no eran responsables de sus acciones debido a problemas de salud mental. Y, si un tribunal finalmente aceptaba la defensa, el acusado podía ser enviado a un hospital psiquiátrico en lugar de una prisión.

—¿Cómo es posible? Ha tenido que necesitar el testimonio de expertos en salud mental para que lo confirmaran.

—Evaluación inicial errónea, testimonios persuasivos, manipulación del sistema. . —Soltó un bufido—: qué sé yo. La cuestión es que el muy capullo ha logrado esquivar la justicia durante demasiado tiempo.

—Aún así, no entiendo cómo puede ser una amenaza si está en uno de los hospitales psiquiátricos más seguros.

—Por ahora —remarcó.

Se inclinó hacia delante, entrelazando las manos encima de la mesa.

—Cada vez que se acerca un juicio o una investigación, al-go extraño sucede: evidencia que desaparece, testigos que se

retractan, jueces que cambian de opinión. . Está jugando con nosotros y burlándose de la ley. Necesitamos pruebas, pruebas concretas que puedan demostrar que está abusando del sistema y que realmente es culpable de los crímenes que se le imputan.

Tomó un respiro profundo antes de proseguir.

—Sé que es peligroso, pero si tenemos evidencias sólidas, podremos finalmente llevarlo ante la justicia y cerrar este capítulo.

—Así que, básicamente, pretende que logre demostrar 6

que no es un enfermo mental, sino una persona que mata por puro placer. ¿Cómo voy a ser capaz de hacer eso?

—Esperaba que usted supiera la respuesta, teniendo en cuenta que es investigadora privada.

Levanté una ceja, desconfiada.

—Apenas llevo un año en este oficio, cosa que supongo que sabrá muy bien. No he manejado más de cuatro casos, así que mi experiencia deja mucho que desear.

—Entiendo que le pueda resultar abrumador, pero piense en esto como una oportunidad para ganar reconocimiento en su campo. Un caso tan exitoso como este podría abrirle muchas puertas.

Iba a decirle algo más cuando la puerta del despacho se abrió de golpe.

Landon entró con un semblante serio que no le caracterizaba en absoluto. Segundos después apareció Lexi detrás de él con la respiración agitada, como si lo hubiese estado siguiendo por toda la comisaría.

—i¿Está de broma?! —inquirió él, dirigiéndose a Foster.

—Agente Collins, lléveselo de aquí.

—Lo siento, inspector. He intentado retenerlo, pero…

Landon la interrumpió.

—No voy a permitir que la meta en un hospital de locos.

Comprendí entonces por qué estaba así. Se había enterado de los planes que el inspector tenía preparados para mí, y supe por quién cuando recibí una mirada de disculpa por parte de Lexi.

—Un hospital psiquiátrico —le corrigió Foster.

—¿Sabe acaso de lo que son capaces esa gente? ¡Infiltrarse en un hospital psiquiátrico es extremadamente arriesga-do, joder!

7

Nunca lo había visto tan furioso. Emanaba furia de sus oscuros ojos, y apretaba sus puños con tanta fuerza que las venas de sus brazos parecían a punto de explotar tras el uniforme policial.

Foster le hizo un ligero movimiento con la cabeza a Lexi para que se marchara. Esta asintió y cerró la puerta antes de irse.

—Le garantizo que dispondrá de la protección que sea necesaria —continuó el inspector—. No correrá ningún riesgo.

—¡Desde el momento en que ponga un pie ahí la estaréis poniendo en peligro!

—Haremos todo lo que esté en nuestra mano para protegerla. Si la descubren, la sacaremos lo antes posible.

—Si la descubren, van a terminar con su carrera laboral

—corrigió—. ¡Van a destruir su maldita vida por un caso que nadie ha sido capaz de resolver en años!

El inspector miró a Landon con aire aborrecido, como si estuviera acostumbrado a lidiar con ese tipo de discusiones con él.

—Bueno, al fin y al cabo, las investigadoras privadas como la señorita Miller a menudo se enfrentan a situaciones. .

complicadas. Muchas veces, lo que hacen puede bordear la legalidad, pero es necesario para desentrañar la verdad y llevar a los criminales ante la justicia. Es peligroso, pero es parte de la realidad de su profesión.

Landon tensó la mandíbula, porque en el fondo sabía que tenía razón.

—Si tanto interés tiene en ese puto asesino, ¿por qué no va usted mismo a ese manicomio? ¿Por qué tiene que ser Jules la que se meta en este lío?

—Porque, que yo sepa, es su trabajo.

—¡Pues archive el caso!

8

—¿Y dejar que mueran más personas? No puedo permitir eso. ¿Sabe cuántas muertes ha habido desde que ese joven llegó a la comunidad? Las familias de las víctimas solo quieren que ese psicópata asuma las consecuencias y no se vaya de rositas.

La tensión en la sala disminuyó gradualmente tras esas palabras. Y, por primera vez desde que había entrado al despacho, los ojos de Landon se posaron en mí.

—¿Has aceptado? —Denoté cierto temor en su voz.

Alterné la mirada entre el inspector y él, sin saber muy bien qué hacer.

Diez mil dólares.

Ese era el dinero que me había ofrecido Foster en caso de que lograra obtener esas pruebas. Lo cierto es que necesitaba con urgencia esa cantidad de dinero, y el reconocimiento obtendría después de todo no me iría nada mal para mi carrera laboral.

Así que, tras pensarlo un momento, tomé una decisión.

—Sí.

Ni siquiera Foster se lo esperó, pero al oír mi respuesta pareció bastante aliviado. Todo lo contrario a la reacción de Landon, que me escrutó con la mirada con tanta intensidad que tuve que removerme en el asiento, incómoda.

—Debe saber que el hospital psiquiátrico Henninger tiene secciones separadas en unidades para tratar a pacientes con distintos trastornos y problemas de salud mental —me informó el inspector—. Sin embargo, dispone de unas áreas comunes, como comedores o salas de actividades. Es ahí donde deberá aprovechar para acercarse a él.

—¿Y si no quiere hablar conmigo?

—Siempre puede tirar por la vía fácil —objetó, encogiéndose de hombros—. Es una mujer atractiva, úselo a su favor.

—Olvídese de eso —contestó Landon en un tono seco.

Ahora tenía un hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados por debajo de su pecho, como si no tuviera ninguna intención de

irse. Supongo que el inspector ya lo había asumido, porque le echó un rápido vistazo antes de volver a centrarse en mí.

—No podrá colar ningún dispositivo electrónico, la seguridad que dispone ese hospital es extremadamente rigurosa, así que le daremos una libreta y un bolígrafo para que escri-ba todo lo que ve y oye a su alrededor. Es importante que no se le escape ningún detall…

—¿Una libreta y un boli? —inquirió Landon, soltando una risa desdeñosa—. ¿Eso es todo lo que le vais a dar en esa jau-la de locos?

Foster le lanzó una mirada inquisitiva. Estaba reuniendo mucha paciencia con él, y lo sabía porque lo conocía desde hacía tiempo. Y, si detestaba algo, era que lo interrumpieran.

Fuera quien fuera.

—No es un bolígrafo cualquiera, lo sabría si me dejara terminar. Incluye un pequeño pinganillo oculto en su interior.

Deberá ponérselo en momentos estratégicos cuando esté segura de que nadie la está observando. Eso le permitirá comunicarse con el exterior de manera discreta y recibir instrucciones.

Landon no pareció quedarse más tranquilo.

—¿Cuánto tiempo tendré que permanecer allí? —pregunté, temiendo un poco la respuesta.

—Le daremos dos meses. Ese es el tiempo que disponemos antes de que se abra un nuevo juicio. Ingresará mañana por la mañana.

Dos meses eran ocho semanas, sesenta días para obtener algo de información.

10

El inspector Foster deslizó hasta mí el acuerdo de confi-dencialidad. Miré de reojo a Landon, el cual mantenía la mirada fija en nosotros como si quisiera extirpar ese papel en mil pedazos, o tal vez arrancarnos la cabeza de cuajo. Parecía más bien la segunda opción.

Titubeé un instante mientras sostenía el bolígrafo.

—No tienes por qué hacerlo —escuché que decía Landon.

Inspiré hondo, tratando de mantener la serenidad. Mi ma-no temblaba ligeramente encima de la mesa.

Una voz interna me decía que no era buena idea, que quizás debería buscar otras alternativas. Pero otra voz, una que provenía directamente del corazón, ni siquiera dudaba en decirme que lo hiciese. Porque ya no se trataba del dinero, ni del reconocimiento, sino de mi padre.

Y eso fue lo que finalmente me impulsó a firmarlo.

Foster me extendió la mano e hice lo mismo, uniendo nuestras palmas.

El trato ya estaba hecho.

—Es fundamental que tenga cuidado y actúe con discreción en todo momento, señorita Miller.

—Eso haré. No le defraudaré, inspector.

Asintió, satisfecho.

—Pues, si ha quedado todo claro, ya puede retirarse.

Landon dio unos pasos hasta detenerse justo enfrente de su mesa. Abrí mucho los ojos cuando se inclinó hacia Foster para estar a su

altura, que permanecía sentado en su silla, y apoyó ambas manos a la mesa.

—Recuerde esto, inspector. Si algo le sucede, si la descubren o se mete en problemas, solo usted será responsable de lo que le ocurra, y no habrá lugar donde pueda esconderse.

Ninguno de los dos se dejaba intimidar fácilmente, pero 11

Landon, cuando se ponía en ese plan, podía llegar a dar mucho miedo. Por mucho que estuviera en un rango inferior al de Foster.

Ambos se sostuvieron la mirada durante lo que pareció una eternidad, hasta que el inspector rompió el silencio.

—Me ha parecido que eso sonaba a amenaza, agente Baker.

—Bien, eso significa que me ha entendido a la perfección.

Dicho eso, salió por la puerta dando grandes zancadas.

Miré al inspector, disculpándome por el comportamiento de Landon, antes de coger mis cosas y apresurarme en seguirlo por el pasillo.

—¡Landon, espera!

Tuve que detenerlo por un hombro ya que mis palabras no parecieron tener ningún efecto.

—Sé que estás enfadado, pero tienes que…

—¿Cuánto te ha ofrecido? —exigió saber, cortándome.

No respondí de inmediato.

—Diez mil.

—Venga ya. —Resopló—. ¿Has aceptado solo por diez mil miserables dólares? Eso lo gano una noche de póker.

Incluso yo misma reconocía que era una cantidad de dinero bastante poco generosa para la magnitud de ese caso.

—¿Cómo has aceptado algo así? Solo alguien desesperado lo. . — Entrecerró los ojos y me inspeccionó con la mirada—.

Un momento. Es por lo de tu padre, ¿no?

Tragué saliva y aparté la mirada.

—Puedo ayudarte con eso, Jules. Venderé algunas de mis propiedades, invertiré dinero en mis negocios y compraré acciones de bolsa cuando el precio de estas suban, si es lo que necesitas.

12

Una parte de mi corazón se estrujó al escuchar la urgencia en su voz, la esperanza de que cambiara de opinión. Lo que más me dolió es que sabía que no estaba mintiendo, era capaz de hacer eso por mí y mucho más.

Conocía a Landon Baker desde que empecé a trabajar con el departamento de policía de Harpers Ferry, un pueblo ubicado en el condado de Jefferson, situado en Virginia Occi-dental. Aunque mi trabajo me llevara a moverme por varias comisarías, solía ser asignada con frecuencia a la misma, la Comisaría Central de Harpers Ferry. Ahí es donde Landon ejercía como oficial de policía, y Foster ocupaba el cargo de inspector.

Pese a ser uno de los oficiales más jóvenes, destacaba entre los demás. Era en parte por esa razón que Foster demos-traba una notable tolerancia hacia él. De lo contrario, estaba convencida de que ya lo habría despedido debido a su tem-peramento.

Siempre se me había hecho atractivo. Y ya no solo por su metro ochenta ni el cabello castaño y bien peinado que enmarcaba su rostro anguloso, sino por la manera en la que protegía a la comunidad, como si le importara cada uno de los ciudadanos. Pero, sobre todo, por el trato que recibí de él desde que nos conocimos. Siempre había sido muy atento y generoso conmigo.

Para convertirme en detective, tuve que pasar por un exigente proceso de oposiciones, y después fui enviada a la comisaría de mi pueblo. Durante ese tiempo, Landon fue una ayuda incondicional. Compartíamos largas jornadas juntos, patrullando las calles de Harpers Ferry en el coche patrulla y disfrutando de paseos por la comunidad.

Al ser un pueblo tranquilo, nunca sucedía nada, lo que nos permitía abrirnos sin incidentes y conocernos más. Durante esas horas, entre llamadas y reportes, encontrábamos mo-13

mentos para relajarnos, como cuando parábamos a comer hamburguesas o tomábamos café para mantenernos alerta durante los turnos nocturnos.

Pero esta vez no podía aceptar su generosidad.

—Lo siento, pero la decisión ya está tomada.

Apretó los dientes con fuerza y meneó la cabeza, apoyando las manos en el cinturón de su uniforme.

Sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza en ese instante, que era una chica inmadura pese a tener veinticin-co años y que muy probablemente no estaba pensando en las consecuencias.

—Bueno, es evidente que no estás de acuerdo con mi elección.

—¿En serio? ¿Qué te hace pensar eso? —inquirió con un toque de sarcasmo.

—Deja de usar el sarcasmo cuando estás molesto conmigo.

—No puedo, es mi manera de lidiar con la frustración.

Una pequeña sonrisa se escapó de mis labios, provocando que él hiciera lo mismo a pesar de las circunstancias.

—¡Landon! —le llamó un oficial—. Te necesitan en el coche de patrulla.

—Luego hablamos.

Asentí y me miró una última vez antes de irse trotando hasta el exterior.

Lo seguí con la mirada mientras me preguntaba cómo podía existir un hombre tan perfecto. La gente del pueblo lo adoraba, era un hombre comprometido con su trabajo y jamás había escuchado salir de su boca un comentario ofensi-vo. Debía ser un holograma o algo así, porque desafiaba todas las normas que asociamos con la belleza masculina.

14

—Lo tienes muy preocupado.

Di un respingo cuando escuché una voz cercana. Lexi estaba a mi lado, observando a Landon desde el gran ventanal del edificio mientras se subía al vehículo.

—No me voy a un campo de entrenamiento —bromeé para avivar el ambiente.

Se giró hacia mí con una expresión seria en su rostro.

—Es mucho peor que eso, Jules. Vamos, piénsalo. ¿Por qué crees que te han ofrecido el trabajo a ti habiendo miles de detectives

privados y con más años de experiencia? Porque nadie aceptaría algo así a no ser que necesitara urgentemente el dinero.

Lexi y Landon eran las únicas personas en esa comisaría que se podían considerar mis amigos, por lo que eran los únicos en saber lo mucho que lo necesitaba.

—O porque soy muy buena en mi trabajo —sugerí.

—No dudaba de eso.

Ambas sonreímos, aunque mi sonrisa se desvaneció al pensar que no me quedaba otra opción si no quería que me comieran viva ahí dentro.

* * *

Dejé las llaves en el mostrador y me quité la chaqueta para dejarla en el perchero.

Mi padre se encontraba sentado en el sofá del pequeño salón, observando la televisión con una cerveza a mano. No me preocupó eso, sino que en la mesa hubiesen cuatro cervezas más. Todas vacías.

—Deberías seguir las recomendaciones del médico.

—Debería —respondió, encogiéndose de hombros—. Pero 15

si las siguiera, ¿sabes de qué moriría? De aburrimiento. Y si voy a morir de algo, no será de eso, te lo aseguro.

—Hablo en serio.

—Y yo.

Me dejé caer a su lado dejando soltar un largo suspiro, acostumbrada a ese tipo de pesimismo. Aunque él prefería llamarlo

realidad.

—Estaré un tiempo fuera. Me han asignado un nuevo caso.

—¿Y vas a dejar a tu padre solo y desamparado? —inquirió en un tono dramático—. ¿Quién cuidará de tu viejo ahora?

—La tía Jenna. Ya he hablado con ella.

—¿Mi hermana? —Arrugó la nariz, haciendo una mueca de desagrado mientras se ajustaba la cánula nasal—. No, por dios. No aguantaría ni una semana con ella.

—Pues me temo que no te queda otra opción.

—¡Pero, estar con ella es lo mismo que estar solo!

—No digas tonterías. Jenna es genial.

—Créeme, encuentro más emoción viendo crecer el césped en el jardín o esperando a que la pintura se seque antes que estar con Jenna.

—Además, no estaré fuera mucho tiempo —añadí—. Volveré antes de que te des cuenta.

—Más te vale, porque sino te juro que cambio el testa-mento y le doy la herencia al vecino de enfrente. Si es que no muere antes, claro. Aunque lo dudo.

—¡Papá! —le reñí.

—En realidad, casi que prefiero que pases un tiempo fuera. No quiero ser una carga para ti.

Me giré hacia él con el ceño fruncido.

—No lo eres.

16

Una sonrisa triste se asomó en sus labios, como si no se lo creyera. Y eso me dolió. Porque él había cuidado de mí desde que me sacó de ese orfanato a los trece años, así que lo menos que podía hacer por él era exactamente lo mismo. Y, aunque no fuese mi padre biológico, me había tratado como a una hija. Había sido mi apoyo constante a lo largo de los años. Ahora, era mi turno devolverle todo ese amor y cuidado.

—Lo digo en serio —agregué con determinación.

—Lo sé, Jules. Y aprecio que estés dispuesta a cuidar de mí, de verdad. Pero no quiero que te sientas atrapada o limitada por mi enfermedad. Tienes una vida que vivir y un trabajo importante que hacer.

—Nunca te veré como una carga. A estas alturas deberías saberlo.

—Vamos, mírame —me pidió, señalándose a sí mismo—.

¡Soy un auténtico coñazo!

—Ni se te ocurra bromear con eso.

Mi padre suspiró y clavó la mirada en la televisión, aunque sabía que no estaba prestando atención al programa de subastas que se estaba emitiendo.

—Oye, y. . ¿Landon sabe que te vas?

—¿A qué viene esa pregunta?

—No creo que le haya hecho mucha gracia.

—Si tú supieras. . —murmuré, recordando la discusión con Foster.

—Ese chico te quiere mucho. Lo sabes, ¿no?

Hubo un silencio entre nosotros.

—¿A dónde quieres ir a parar?

Mi padre siempre había mostrado un gran interés por la relación entre Landon y yo. Muchas veces, cuando llegaba a 17

casa después de una larga jornada laboral, me preguntaba si habíamos trabajado juntos en algún caso, por no decir que lo mencionaba constantemente en nuestras conversaciones.

Estaba convencida de que, de algún modo, quería que termináramos juntos. Supongo que pensaba lo mismo que yo, que era un hombre demasiado perfecto para ser verdad.

—Solo quiero asegurarme de que, cuando yo no esté, te deje en buenas manos.

Me entristeció escuchar eso, pero me esforcé para que no lo notara.

—Todavía falta mucho para que eso pase.

Se rio suavemente por mi respuesta, pero se cortó a sí mismo cuando le entró un ataque de tos. Al ver que se pro-longaba más tiempo que en otras ocasiones, me levanté y fui a por un vaso de agua. Mientras lo llenaba con la jarra, noté que mis ojos se humedecían y una desagradable sensación de angustia se apoderaba de mi pecho.

Era consciente de que mi padre cada vez estaba peor.

Ahora ya ni siquiera se podía reír a carcajadas sin que un repentino ataque de tos se lo impidiera. Incluso necesitaba mi ayuda en muchas ocasiones para levantarse o sentarse. Y

verlo tan vulnerable me destrozaba.

Me tomé unos segundos antes de volver al salón.

—Gracias —dijo débilmente, sosteniendo el vaso.

Mientras daba unos cuantos sorbos, noté que mis ojos ardían por las lágrimas que se me estaban acumulando. Las había estado reteniendo durante mucho tiempo: cuando nos echábamos a reír recordando anécdotas del pasado, cuando lo observaba en silencio durmiendo plácidamente…

De algún modo me hacía recordar que esos momentos con él no serían eternos, que algún día terminarían. Y no me veía preparada.

18

Bajé la mirada cuando noté que su mano envolvía la mía.

Tenía inyectada la vía intravenosa por donde se le adminis-traban los fármacos.

Cuando volví a alzar la mirada, vi que me estaba observando fijamente con una cálida sonrisa en su rostro, como si supiera exactamente en lo que estaba pensando y quisiera transmitirme tranquilidad.

—Voy a estar bien.

Una lágrima se escapó de mis ojos y me la limpió con el pulgar de su mano, dejándola unos instantes en mi mejilla.

—¿Qué te preocupa? —me preguntó suavemente.

Solté un suspiro entrecortado.

—No me gusta verte así, es frustrante. Me gustaría hacer algo por ti, pero no puedo.

—Cielo, ya lo has hecho. ¿Es que no te das cuenta? Tú siempre fuiste la hija que nunca pude tener. Cuando mi mujer falleció, me sentí más solo que nunca. Adelgacé trece kilos, no salía de casa ni

para hacer la compra, y lloré tanto su pérdida que un día me levanté con los ojos tan hinchados que apenas podía abrirlos.

Hizo una pausa y bajó la mirada, como cada vez que hacía cuando hablaba de ella.

—Fue el amor de mi vida —continuó, y noté que su voz se quebraba —. Y estaba convencido de que nunca podría tener otro amor como el que compartí con ella. Entonces apareciste tú, con esos preciosos ojos azules que me recordaban al agua del mar y esa sonrisa inocente que apenas la habías mostrado al mundo. Y esa niña fue la que llenó un rincón de mi corazón que pensé que estaba cerrado para siempre. Fue un amor diferente, pero igual de valioso.

Las lágrimas fluían por mis mejillas.

—Eras una niña tan bonita e inocente que me costaba 19

pensar que tus padres te hubiesen abandonado. Cada vez que te preguntaba por ellos me decías que no te acordabas, pero estoy convencido de que simplemente te dolía hacerlo.

—Negó con la cabeza, pensativo—. Cuando llegaste de ese orfanato, no hablabas con nadie y te pasabas el día encerrada en tu nueva habitación. Entonces, de algún modo, me vi reflejado en ti. Y supe que tenía que ayudarte.

» Fue un proceso lento, pero poco a poco comenzaste a confiar en mí. ¿Sabías que al principio te comunicabas conmigo con dibujos? No hablabas, solo dibujabas. Y cada vez que me entregabas uno de esos dibujos, me sentía más cerca de ti. Recuerdo que en ellos siempre aparecían dos personas: tú y yo. Nadie más. Fue ahí cuando me di cuenta de que, para ti, yo era tu único mundo, y tú te acabaste convirtiendo en el mío.

Se me hacían algo lejanos esos recuerdos, pero no pude evitar emocionarme al escucharlos.

—Tú hiciste que me sintiera vivo, Jules. Por eso la idea de morir ya no me asusta.

Cuando terminó de hablar, era un maldito mar de lágrimas. Era como si, de repente, hubiesen salido a flote todas las emociones que retuve durante tanto tiempo.

Me acerqué a él y lo abracé con fuerza, sintiendo la liberación en ese abrazo.

—Sabes lo mucho que odio llorar —susurré con voz quebrada.

—Llorar no es malo, hija. El dolor tiene que expresarse de alguna forma. Así que hazlo siempre que lo necesites.

Cuando nos separamos, busqué algún rastro de miedo en sus ojos, pero en realidad no lo encontré. Sus palabras eran ciertas, ya no le asustaba morir.

Me puse en pie, secándome las lágrimas con la mano.

20

—Debería irme ya, mañana me iré temprano.

Él asintió.

—Descansa.

Me incliné para darle un beso en la frente, cerrando los ojos por un breve instante.

Crucé el pasillo y fui directa hacia mi despacho. Me senté en la silla, me puse las gafas y comencé a inspeccionar con calma todos los documentos que me había facilitado Foster y su equipo de investigación sobre el asesino.

Su nombre era Nolan Jenkins.

Tenía veintiséis años y había residido toda su vida en un barrio tranquilo de Toronto. A simple vista podía parecer un individuo normal y corriente. Llevaba la barba afeitada, creando una sombra que enmarcaba su mandíbula, dándole un aspecto pulido. Su cabello era tan oscuro que parecía negro como el azabache, y estaba peinado con un estilo sencillo, ligeramente corto por los lados. No llevaba piercings ni tatua-jes, y en su piel no había rastro de cicatrices o marcas.

Sin embargo, la descripción detallada de los crímenes que había cometido era aterradora. Cada uno estaba documenta-do meticulosamente, incluyendo la fecha, el lugar, la víctima y la forma en que se había perpetrado el crimen.

Algunos de los detalles eran tan escalofriantes que apenas podía creer lo que estaba leyendo. Y las imágenes que acompañaban la descripción de los crímenes eran impactantes.

Mostraban escenas horribles, con mucha sangre y evidencia de violencia extrema. Algunos de los cadáveres tenían partes del cuerpo, como el cuello, las piernas y los brazos, giradas de una forma espantosa e inhumana.

Había un *post-it* pegado en una de las hojas donde ponía escrito «el depredador de las mujeres». Por lo que me contó Foster, se le conocía con ese apodo porque sus víctimas eran 21

solo chicas que no superaban los treinta años.

Ya podías haber elegido a un hombre para hacer este caso, inspector.

Luego hojeé el análisis psicológico del asesino. Según los expertos, se le diagnosticaba con un trastorno antisocial de la personalidad. Esto explicaba en parte su comportamiento violento y sin empatía hacia sus víctimas.

El informe también revelaba sus patrones de comportamiento, su falta de remordimientos y su tendencia a manipular a las personas que lo rodeaban. Era un retrato sombrío de un individuo profundamente perturbado y peligroso.

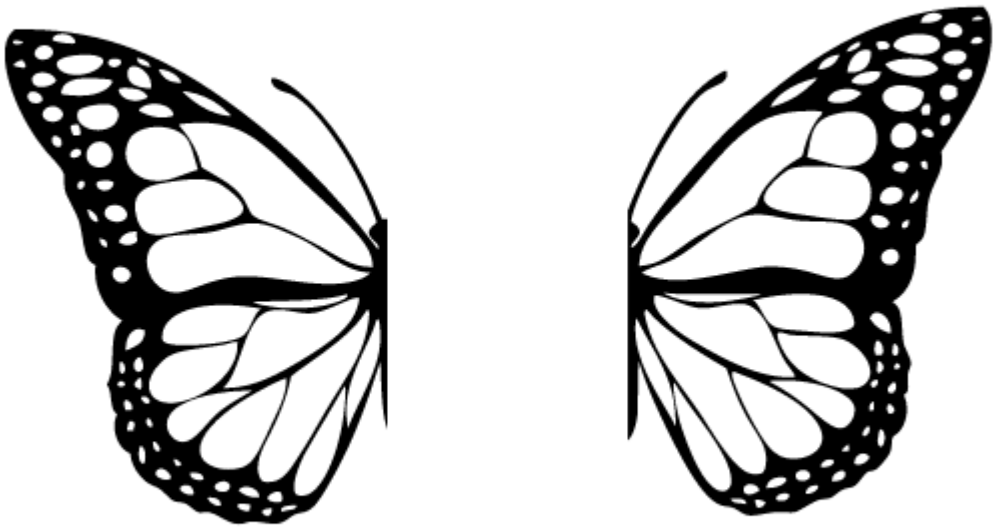
Pero lo que realmente me llamó la atención no fue el análisis psicológico del asesino, sino el hecho de que todo eso era mentira. Era solo una máscara para ocultar su verdadera naturaleza y esconderse de las consecuencias.

Desvié la mirada hacia la fotografía que tenía encima del escritorio, capturando ese momento especial cuando mi padre y yo viajamos por primera vez. Éramos bastante más jóvenes. Yo debía tener catorce años y él rondaría los cuarenta.

Detrás de nosotros se erguía la majestuosa Torre Eiffel, iluminada con preciosos colores y haciendo que la imagen fuera aún más mágica.

Me quité las gafas que usaba para leer y me froté los ojos.

Esa noche no pude conciliar bien el sueño, no podía parar de pensar en lo que me depararían las próximas semanas.



2

No sabía que existían lugares tan escalofriantes hasta que las puertas de metal se abrieron y la edificación del hospital se hizo visible frente a mis ojos. Sin duda alguna era un lugar al que no visitaría voluntariamente.

El hospital se encontraba alejado de la comunidad, en medio de un espeso y frondoso bosque. Lo rodeaban unos muros de piedra de no más de tres metros de altura. Deduje que la seguridad se enfocaba en el interior del edificio, pues no parecía muy complicado saltarlos.

Quería mantenerme en esa idea, porque tan sólo de pensar que me estaba adentrando a un hospital psiquiátrico cu-ya carencia era

precisamente la seguridad hacía que saltaran todas las alarmas en mi cabeza.

Landon y yo intercambiamos una mirada antes de entrar.

Se había ofrecido a llevarme con su coche patrulla pese a haberle insistido en que quería ir sola para no levantar sospechas.

23

Rodeamos una fuente de agua con unas pequeñas estatuas angelicales esculpidas en piedra. Me causó gracia la ironía, porque ese sitio debía ser de todo menos un paraíso.

El coche se detuvo justo enfrente de la entrada del edificio. La fachada del hospital se extendía en una línea larga de ladrillos carcomidos por el tiempo y la negligencia. Las ventanas eran pequeñas y estrechas, enmarcadas por piedra desgastada con moho. Algunas de ellas tenían rejas oxidadas.

Estaba convencida de que, si buscabas en internet «los hospitales más aterradores de todos los tiempos», el primero en salir sería ese.

Me desabroché el cinturón y volteé para despedirme de Landon, pero él ya me estaba mirando en silencio con el miedo y la preocupación palpando en sus ojos.

—Estaré bien —aseguré, intentando sonar lo más convincente posible.

—¿Me estás intentando convencer a mí o a ti misma?

—Supongo que a ambos —admití.

—Pues no te está funcionando.

Él apartó la mirada al frente y tensó la mandíbula.

—Voy a matar a Foster.

—No lo harás.

Soltó una risa irónica.

—Ponme a prueba.

Si no fuese policía, me hubiese preocupado de verdad.

—Había otras opciones, Jules. Siempre las hay.

—Lo sé, pero no siempre se te ofrece una oportunidad así.

—Desde luego —murmuró.

El abrazo que me dio después me resultó bastante reconfortante, y no supe lo mucho que lo necesitaba hasta que 24

nos separamos de nuevo. Deseé por un instante congelar el tiempo y seguir aferrada a él hasta que todo esto terminara.

—Ten cuidado, ¿vale? Y si en cualquier momento quieres renunciar al plan, avísame y te sacaré de aquí.

Asentí con la cabeza y tomé un profundo suspiro antes de salir del coche.

Noté la mirada de Landon clavada en mi nuca mientras avanzaba rumbo a la puerta. Hasta que no estuve dentro no escuché el motor, como si quisiera protegerme de cualquier peligro externo, cuando el peligro real se encontraba dentro de esos muros.

Una sensación de ansiedad se apoderó de mí mientras veía cómo el vehículo de Landon se alejaba por el camino de tierra y me encontraba sola frente a la imponente fachada del hospital.

Ya estaba ahí.

Ya no había marcha atrás.

Una mujer adulta sentada tras un mostrador estaba charlando con el guardia de seguridad, un hombre alto y robusto. Él estaba de pie a su lado mientras le susurraba algo al oído y la mujer sonreía satisfecha. A mi parecer estaban demasiado cerca como para ser dos simples personas que ejercían su trabajo.

Me aclaré la garganta ruidosamente, haciendo que al fin se separaran y me prestaran atención. En cuanto me vieron, me miraron con recelo.

—Buenos días. Mi nombre es Clarke Emmett. He venido para ingresar de forma voluntaria en este hospital.

La mujer me echó un vistazo, desconfiada. El guardia, por su parte, se mantuvo erguido, con los brazos cruzados sobre su pecho mientras alzaba una de sus pobladas cejas. Ambos parecían dudar de mis palabras.

25

No supe si fueron los nervios o el miedo a ser descubierta, pero solté de mala gana:

—¿Es que tal vez no les parezco lo suficiente demente?

—No eres la clase de chica que suele venir aquí —reconoció el guardia, lanzándome una mirada lasciva a medida que sus ojos recorrían mi cuerpo—. Aunque, como bien dicen, las más guapas son las que están más locas.

Alcé las cejas, mostrando una clara indignación.

—¿Disculpa?

Él se limitó a sonreír con astucia. Mientras tanto, la mujer estaba hojeando los papeles que había dejado encima del mostrador.

—Trastorno de estrés post traumático —musitó sin despegar la vista de la hoja.

—Así es.

Debía hacerme pasar por una chica cuyo pasado era lo suficientemente trágico como para acabar en un manicomio tras haber sido diagnosticada por ese trastorno. No me iba a resultar tan difícil. Al fin y al cabo, mi pasado no es que fuera de color rosa.

Viéndolo positivamente, algo que me ahorraba fingir.

Solo recé para que Foster hubiera hecho su trabajo de manera meticulosa. Había depositado toda mi confianza en él para que proporcionara la información necesaria sobre mi nueva identidad, y a poder ser que fuera creíble.

Esperaba que todos los documentos falsificados, las historias inventadas y los detalles que había preparado cuadra-ran perfectamente.

La mujer levantó un momento la mirada para clavarla en mí y forcé una sonrisa, intentando parecer tranquila y segura de mí misma. En mi mente, repetía el nombre falso, la his-26

toria de por qué estaba aquí y las respuestas a las preguntas que podrían surgir. Mi vida dependía de esa actuación.

Luego siguió leyendo más y más. Empecé a perder la paciencia. ¿Qué había tanto que leer? Cada segundo que pasaba se sentía como una eternidad, y mi mente daba vueltas en círculos mientras imaginaba todas las formas en que esta situación podría descarrilar.

Si me descubrían no sólo perdería el trabajo, me mandarían a prisión tras acusarme de falsificación de identidad, alla-namiento e invasión de la privacidad, entre otras muchas cosas. Por no decir que eso implicaría no poder obtener el dinero para mi padre.

—En ese caso, bienvenida al hospital psiquiátrico Henninger —sentenció finalmente.

Cerré los ojos y dejé salir el aire que hasta ahora no me había dado cuenta que había retenido en mis pulmones. Tal y como me indicó la mujer, dejé mis pertenencias en una bandeja de plástico.

—Eso también —me ordenó, señalando la libreta y el bolígrafo que llevaba a mano.

Mierda.

—Es mi diario —mentí—. No puedo convivir sin él.

El guardia me lo arrebató de las manos descaradamente y le echó un vistazo. Alzó una ceja, incrédulo, al darse cuenta de que todas las páginas estaban en blanco.

—¿Y cómo es que todavía no has escrito nada en él?

Piensa en algo, rápido.

—Es un diario muy especial —contesté con la máxima naturalidad posible, encogiéndome de hombros—. Solo lo u-tilizo para anotar los momentos más significativos de mi vi-da, y hasta ahora no ha ocurrido ninguno lo suficientemente emocionante como para merecer un espacio en estas pá-27

ginas en blanco.

—Bueno, aquí no te hará falta. Puedes resumir este sitio en una palabra.

Me cogió el bolígrafo de las manos y escribió algo. Después, me lo mostró con una amplia sonrisa.

Había escrito «infierno» en grande.

—Lo siento, señorita Emmett —habló la mujer—. Los pacientes no tienen acceso a sus objetos personales inmediatamente después de ingresar al hospital psiquiátrico.

Antes de venir aquí me informé sobre las políticas específicas de ese hospital y los objetos personales que se permitían llevar. En ningún lugar mencionaban eso.

—Pero…

—Marlon le acompañará a su respectiva habitación —me cortó.

No me quedó más remedio que dejar la libreta y el bolígrafo junto con el resto de cosas.

Me pregunté si Foster estaba al tanto de esto, pues sin esas dos cosas no había forma de plasmar en escrito todo lo que descubría. Y, sin el pinganillo que contenía dentro el bolígrafo, quedaba completamente incomunicada con el exterior.

El guardia inspeccionó mi mochila, donde llevaba ropa cómoda, mi cepillo de dientes, pasta dental y desodorante, antes de dármela de nuevo y guiarme por los pasillos.

Mientras andaba, miré hacia atrás y vi por encima del hombro a la mujer sonriéndome. Aunque su boca estuviera curvada hacia arriba, sus ojos no reflejaban la misma alegría que su sonrisa.

Aproveché para echarle un vistazo al lugar. Por dentro no era mucho menos aterrador de cómo se veía por fuera. Los 28

pasillos eran tan largos y oscuros que no eras capaz de ver hasta dónde llegaban, y a falta de ventanales el lugar se veía sombrío pese a ser de día. No me quería ni imaginar cómo sería de noche.

No había mucha información en internet sobre Henninger, pero al ser investigadora privada no me resultó muy difícil encontrarla. El hospital se dividía en seis pisos para atender a diferentes pacientes con necesidades específicas.

En el primer piso se encontraba únicamente la unidad de admisión, es decir, los pacientes que acababan de ingresar al hospital. Así que ya sabía a dónde me estaba dirigiendo.

El segundo piso estaba ocupado por la unidad de agudos, pacientes que requerían de atención inmediata debido a una crisis psiquiátrica. Ahí es donde me mandarían al cabo de unos días.

En el tercer piso se hallaba la unidad de trastornos ali-mentarios, personas con bulimia, anorexia u otro tipo de trastorno.

El cuarto piso estaba reservado para los pacientes con problemas de salud mental y abuso de sustancias.

En el quinto piso residía la unidad de geriatría, destinada a pacientes mayores de sesenta y cinco años con problemas de salud mental.

Y, finalmente, en el último piso, el seis, estaba la unidad de tratamiento residencial, esos pacientes con trastornos graves que podían afectar significativamente su capacidad para llevar una vida normal fuera del hospital, por lo que necesitaban un tratamiento más prolongado. Ahí se encontraba la persona que estaba buscando, el motivo de mi ingreso.

Pasamos por un estrecho pasillo cuyas puertas eran iguales, no se diferenciaban entre sí, hasta que se detuvo en 29

una de ellas y giró el manillar para abrirla.

No fue una sorpresa para mí que no tuviera ningún método de seguridad más riguroso, como tarjetas magnéticas, cerraduras electrónicas o incluso una simple llave tradicional. Sabía que en este hospital las puertas no estaban hechas para retener a las personas dentro de la habitación.

Podían salir siempre que quisieran. Excepto en la última unidad, claro. Ahí cambiaba la cosa.

Al entrar vi que había dos chicas en la habitación. Una de ellas estaba recostada en una de las camas. No sé si estaba dormida o simplemente descansando, tan sólo veía su espalda.

La otra se encontraba de pie, apoyada en la pared con los brazos cruzados. Estaba mascando algo en su boca de una forma bastante exagerada. Por lo que, cuando nos quedamos en silencio, solo se escuchó ese ruidito.

—Más vale que eso que tienes en la boca no sea un chicle, Donovan —le advirtió Marlon.

—¿Y qué va a ser sino? —respondió ella, como si su pregunta fuese de lo más absurda.

—Escúpelo. Ahora.

Ella se lo sacó de la boca y sonrió ampliamente mientras lo pegaba en la pared que tenía detrás, sin quitar los ojos de él.

Al ver que Marlon se la quedaba observando con una ceja enarcada, dijo:

—Es una obra de arte efímera, ¿vale?

—¿Una qué?

—Oh, Marlon, me decepcionas. La belleza de lo efímero es que se desvanece por sí misma. En unos días, este chicle será historia y nadie se acordará de él.

30

—No me vengas con gilipolleces, no estamos en la escuela. Limpia eso antes de que me cabree. Y tendrás que darme el resto de chicles que tengas.

—¿Y quién te ha dicho que no lo haya podido coger del suelo?

Ella sonrió angelicalmente, como si fuera justamente eso lo que había hecho.

Marlon hizo una mueca.

—Vaya panda de raritos —murmuró, antes de desaparecer por la puerta.

La chica esperó a que se fuera para meter la mano en el bolsillo de su pantalón y sacar algo. Una caja de chicles.

—Era la única forma de ahuyentar a ese capullo. —Se encogió de hombros—. ¿Quieres uno?

Negué con la cabeza.

—Mejor, me quedan pocos y dudo que pueda conseguir más en esta mierda de sitio. Capaz que piensen que voy a intentar ahogarme con él. —Volteó los ojos—. En fin. Soy Beth, diminutivo de Bethia. Pero no me llames así nunca o lo la-mentarás, ¿lo has entendido?

Parpadeé reiteradas veces antes de asentir.

—¿Y tú eres. .?

Por poco se me olvidó mi supuesto nombre.

—Clarke.

Beth era una chica de finos rasgos y piel pálida con el pelo liso, negro como el azabache. Le llegaba por encima de los hombros, remarcando sus facciones, y contrastaba con sus ojos color ámbar.

Su forma de vestir reflejaba su carácter rebelde y des-preocupado. Llevaba unos tejanos negros, rotos por las rodillas, y una camiseta del grupo musical Chase Atlantic.

Al ver que me quedaba unos segundos observando su camiseta, me preguntó:

—¿Los conoces?

—He oído hablar de ellos.

—Lo peor de este lugar va a ser no poder escucharlos

—murmuró de una forma dramática, dejándose caer en la ca-ma que tenía al lado.

La habitación era bastante sencilla. Tan sólo había tres camas individuales, una al lado de otra, un armario empotrado a la pared y una silla en uno de los rincones.

Me acerqué a la única ventana que disponía la habitación.

Desde ahí se veía el patio interno del hospital. Y, si mirabas más allá, podías ver los árboles que asomaban del bosque.

Tal y como imaginé, estaba protegida por unos barrotes de metal oxidado. Probablemente con un martillo las podías llegar a romper, pero teniendo en cuenta que no te dejaban tener ni un simple bolígrafo, dudaba que pudieras salir de aquí por tu propia cuenta.

Dejé la mochila al lado de la única cama que no estaba ocupada, que era la del medio.

—¿Dónde están los baños? —le pregunté a Beth, la cual seguía con la mirada fija en el techo, pensativa.

—Al final del pasillo. Así que, si tienes una urgencia, ya puedes correr.

Salí de la habitación rumbo a los baños. Necesitaba familiarizarme con el ambiente y salir de entre esas cuatro paredes o empezaría a volverme loca más rápido de lo que pensaba.

Mientras cruzaba el largo pasillo, vislumbré a tres personas acercándose en sentido contrario. Eran dos guardias, y estaban…

32

Detuve mis pasos cuando vi que estaban sujetando a una chica que sollozaba entre gritos para zafarse de ellos, rogán-doles que la soltaran. Me fijé en que, en sus muñecas, había cortes profundos que estaban tiñendo sus manos de sangre.

Me giré y seguí mi camino algo aturdida, intentando asimilar lo que acababa de ver.

Llegué hasta los baños a paso apresurado y me apoyé en una de las picas cuando noté una molesta presión en el pecho. Quizás me había sobreestimado y no estaba tan preparada como creía.

Cuando levanté la mirada, vi reflejado en el suelo del baño un espeso charco de sangre. Ahí es donde debía haberse au-tolesionado, donde debía haberse querido morir.

Una mezcla de olor a humedad y metálico me llegó a las fosas nasales, haciendo que todo mi estómago se contrajera.

Me cubrí la boca cuando unas náuseas se manifestaron en mi vientre. Corrí hacia uno de los baños y arrojé el café que me había tomado esa mañana.

Ni siquiera recordaba la última vez que vomité. Y aquí estaba, expulsando hasta el único líquido de mi cuerpo.

—Los primeros días son los peores —escuché a mis espaldas, haciendo que diera un respingo.

Beth estaba apoyada en el umbral de la puerta del baño con los brazos cruzados. No parecía muy sorprendida al tener frente a ella un charco viscoso de sangre.

—A veces pienso que estos sitios están hechos para depri-mirte aún más —prosiguió.

Me limpié la boca con el dorso de la mano y tiré de la palanca del inodoro.

—No estás acostumbrada a ver sangre, ¿eh?

—¿Acaso tú sí? —inquirí con incredulidad.

—Solo la mía.

Me dedicó una triste sonrisa que no tardé en descifrar, y entonces me arrepentí enseguida de haber hecho tal pregunta.

Tragué saliva con fuerza, sin saber qué decir.

—Es casi la hora de comer. Y, aunque probablemente tengas de todo menos hambre, es obligatorio asistir al comedor.

Vamos. —Me hizo un ligero movimiento con la cabeza—. Te enseñaré este infierno por dentro y a los demonios que no debes

visitar.

No pasé por alto que, de las pocas personas con las que había interactuado, dos de ellas ya se habían referido a este lugar como «infierno».

Me levanté a duras penas y la seguí. Cuando cruzamos el pasillo, sentí un escalofrío. Todavía resonaban en mi cabeza los gritos desgarradores de esa chica. No sabía si había llorado por el dolor físico que sentía, los problemas que la atormentaban por dentro o simplemente porque no le habían dejado terminar lo que empezó.

Pasamos por una pequeña sala en la que se bifurcaban dos caminos; uno que llevaba al patio interno del hospital y otro que conducía al comedor, que se entraba por dos puertas de madera bastante pesadas.

Beth se me adelantó y las empujó, dando paso a un lugar espacioso con varias mesas y sillas esparcidas por la estancia. En uno de los extremos, un grupo de personas uni-formadas repartía la comida en bandejas que debías coger por tu cuenta. El lugar estaba tristemente iluminado por unas lámparas tenues colgadas en el techo que apenas lograban alumbrar algunas mesas.

Cada una tomó una bandeja vacía y nos colocamos en la fila. No estaba segura de qué esperar en cuanto a la comida, 34

pero me había preparado mentalmente para lo peor.

—Bueno, bienvenida a Henninger, donde la comida es tan aterradora como el hospital en sí.

La mujer que le estaba sirviendo la comida la fulminó con la mirada, pero Beth no se inmutó y continuó con sus comentarios sarcásticos.

—Mira, aquí viene el manjar del día. Yo lo llamo el puré incógnita, porque quién sabe qué demonios estarás comiendo.

La mujer suspiró con exasperación antes de pasar a servir a la siguiente persona en la fila, que resultaba ser yo.

En cuanto puso una cucharada de aquel puré viscoso y amarillento en mi bandeja, las náuseas que había sentido minutos atrás volvieron con más fuerza aún. Era difícil ignorar su olor y la apariencia poco apetitosa que tenía. A pesar de tratar de ocultarlo, Beth se dio cuenta y me miró, divertida.

Me condujo hacia una mesa que había libre en el centro de la sala y nos sentamos con las bandejas frente a nosotras.

De verdad que lo intenté, pero ni siquiera pude coger el cubierto para darle una cucharada.

Beth me miró comprensivamente, notando mi evidente lucha interna.

—El primer día que vine yo tampoco lo probé, pero te aconsejo que comas. Al menos un poco. Porque, si no lo haces, más tarde te darás cuenta de que no puedes comer hasta la noche. Y será ahí cuando habrás deseado probar ese mugriento puré.

—¿Hasta la noche? —repetí—. ¿Cuántas comidas hacen?

—Sólo tres. Desayuno, comida y cena.

—No pueden saltarse comidas. Eso es ilegal.

Mira quién fue a hablar.

—No sé, pero si tienen intención de servir otra vez este puré en el almuerzo o la merienda, casi que prefiero que no haya.

Si no iba a morir en manos de un asesino, iba a morir de hambre. Así que seguí su consejo y cogí la cuchara, obligándome al menos a

probarlo. Cuando vi que el puré era más pegajoso de lo que aparentaba ser, hice una mueca, pero me lo metí en la boca de todos modos. Lo mastiqué con verdadero esfuerzo.

—¿Cuándo nos devuelven nuestras pertenencias? —le pregunté, tratando de no pensar en su extraña textura ni en su repugnante sabor.

—Ni idea. A mí todavía no me las han devuelto.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Dos semanas.

Catorce días eran demasiados. Necesitaba recuperar al menos el bolígrafo que me permitiría comunicarme con Foster.

Mientras comíamos, observé a los otros pacientes a nuestro alrededor. Algunos estaban absortos en sus propios pensamientos, otros charlaban amistosamente con las personas que tenían a su lado, mientras que unos pocos apenas tocaban sus bandejas.

Por ahora seguía sin verlo.

—¿Aquí también hay personas que han cometido delitos graves? —pregunté.

—Hay de todo. Pedófilos, asesinos, maltratadores, piró-manos…

Pese a saberlo, me estremecí al pensar que estaba rodeada de personas que habían cometido actos atroces. Cada par 36

de ojos que se posaban en mí hacía que me replantease por un segundo mi situación.

—¿Y no hay ninguna medida de seguridad más estricta para ellos?

—Los que residen en la última unidad no pueden salir de sus habitaciones, así que les llevan ellos la comida.

Mi corazón dio un vuelco.

—¿No pueden salir? ¿Nunca?

Negó con la cabeza antes de darle un sorbo a su vaso de agua.

—Nunca. Así que no te preocupes.

¿Que no me preocupara? ¡Me estaba saliendo todo mal!

Foster me dijo que había áreas comunes donde podría encontrarme con él. El comedor era una de ellas. ¿Cómo iba a acercarme a él, entonces?

—¿Por qué estás aquí? —preguntó, curiosa.

Me removí en el asiento, incómoda.

—Mis padres fallecieron en un accidente —expliqué—. Decidí venir aquí de forma voluntaria. No podía estar ni en mi propia casa. Todo me recordaba a ellos.

Bajé la mirada para fingir que me había costado contarle eso. Pero, cuando noté que entre nosotras reinaba un incómodo silencio, volví a mirarla y me di cuenta de que me estaba observando con el ceño fruncido.

¿Habría sonado creíble? ¿Acaso a las personas que les había sucedido de verdad eran capaces de decirlo así, sin más?

Estaba a punto de agregar algo más a mi piadosa mentira, cuando Beth finalmente dijo:

—Qué raro. No suelen aceptar a personas que ingresan de forma voluntaria. —Meneó la cabeza, como si hubiera despertado de un

trance. —Siento lo que has tenido que pasar.

37

—Sí. Perderlos fue. . —titubeé, tratando de encontrar la palabra adecuada—: devastador.

Desvié los ojos hacia cualquier otro lugar por miedo a ser descubierta. Y, sin querer, mis ojos se detuvieron hacia una persona que me llamó la atención entre todas las demás.

Era un chico. Debía tener más o menos mi edad. Debajo de la capucha de su sudadera gris asomaban algunos mechones rubios, ocultando la mitad de su rostro. Tenía los brazos cruzados encima de la mesa, con la bandeja apartada a un lado. Solo se llevaba el vaso de agua a los labios de una forma pausada.

—Ni se te ocurra —dijo Beth, sacándome de mi ensimis-mamiento.

—¿Eh?

—Que no vas a acercarte a él.

—¿Por qué iba a. .?

—Porque a todas las chicas de este hospital se le caen las bragas con ese tío. ¿Es que no lo ves?

Me invitó a que le echara un vistazo al comedor, y al hacerlo me di cuenta de que muchas chicas que estaban reunidas en algunas meses cercanas volteaban para verlo. Sus miradas se posaban en él con interés y admiración, y algunas incluso susurraban entre ellas. Era evidente que atraía la atención de casi todas las chicas de ahí.

Pero él no le prestaba atención a ninguna. O no se daba cuenta del efecto que causaba en las chicas o simplemente no le interesaba. Estaba concentrado en su propia soledad, como si estuviera en un

mundo aparte del resto. No devolvía ninguna mirada coqueta ni respondía a los susurros y risitas que llenaban el comedor.

—¿Recuerdas cuando te he dicho que te enseñaría a los demonios que no debes visitar? Bien, ¡pues él es uno de ellos!

38

De pronto sentí mucha curiosidad.

—¿Por qué dices eso?

—No lo sé, pero no me gusta. Es muy extraño —aseveró sin apartar la vista de él—. No se junta con nadie, siempre lleva la capucha puesta y lo he pillado más de una vez hablando con algunos guardias de seguridad.

A pesar de sus advertencias, mi curiosidad por ese chico creció, y ahora estaba aún más intrigada por descubrir quién era y qué lo hacía tan diferente de los demás.

* * *

Al entrar nos encontramos con nuestra compañera de habitación. Estaba de pie, inmóvil, junto a la ventana.

—¡Lily! —la llamó Beth—. ¿Dónde estabas? No te he visto en el comedor.

Cuando volteó hacia nosotras, pude detallarla mejor.

Tenía unos enormes ojos azules y una tez clara, libre de imperfecciones. Su cabello rubio caía en delicados mechones dorados sobre sus hombros. Era un poco más baja que nosotras, y llevaba un vestido con estampado de flores, lo que le otorga una apariencia dulce e inocente.

Beth, al ver que sus ojos ahora estaban puestos en mí con un atisbo de curiosidad, añadió:

—Oh, esta es nuestra nueva compañera de habitación, Clarke.

Hice además de acercarme a ella para saludarla, pero entonces dio un paso atrás, asustada.

Beth notó la tensión del momento y puso una mano en mi hombro, forzando una gran sonrisa.

—Bueno. . —Carraspeó la garganta—. Clarke y yo vamos al 39

baño. Creo que ese puré no nos ha sentado muy bien.

Prácticamente me arrastró hacia la puerta, pero en lugar de ir al baño, nos quedamos en el pasillo.

—Creo que está aquí por algo muy malo —aseguró en voz baja para que Lily no pudiera escucharnos—. Pero en el fondo es una buena chica. Solo. . dale un poco de tiempo. Es muy desconfiada con los demás.

Sentí una profunda lástima por ella cuando me dijo eso.

Me preguntaba qué habría pasado en su vida para que terminara aquí, en un lugar como este. Pero entonces pensé que yo estaba exactamente en el mismo lugar que ella, encerrada entre los muros de este hospital psiquiátrico, y no pude evitar hacerme la misma pregunta.

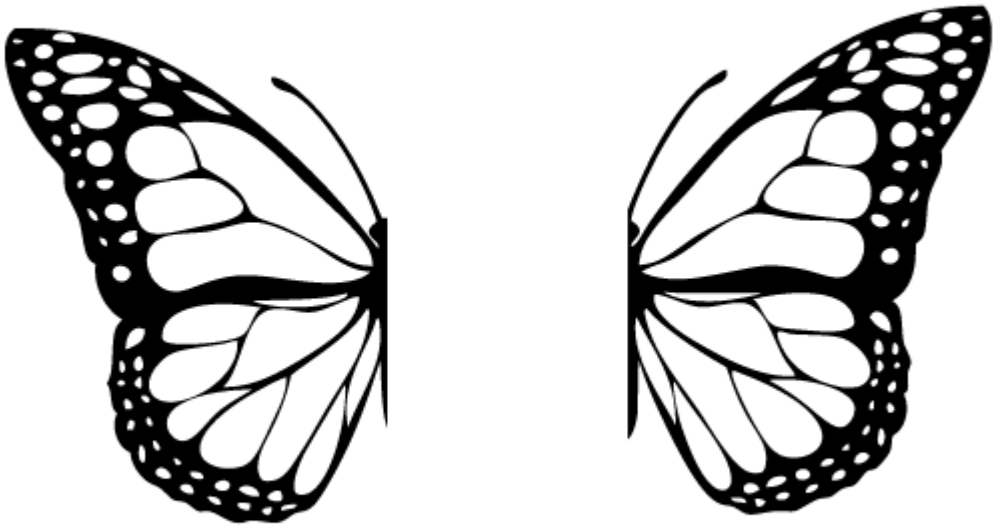
¿Cómo había terminado aquí?

Una vez mi padre me dijo que todo en la vida tiene un por qué, y solo se conoce cuando miras hacia atrás. Que, aunque no le encuentres el sentido ahora, lo hay. Siempre lo hay.

Solo que todavía era muy pronto para descubrirlo.

Mientras mi vida pendía de un hilo al que ni siquiera sabía de dónde se estaba sosteniendo, lo único que podía hacer era aferrarme a esa idea y pensar que todo esto tenía un propósito, porque sino, el hilo se rompería y con él mi vida se desmoronaría por completo.

40



3

Un resplandor cegador llenaba la habitación, como si estuviera directamente expuesta a la luz del sol. No había relojes en las paredes, ni ventanas que permitieran ver el exterior. No había nada que pudiese indicarme qué hora era.

Me dolían las muñecas tras haber hecho tanto esfuerzo por liberarme, pero había terminado siendo en vano. Esas cuerdas estaban demasiado bien atadas. Cada intento de moverme solo aumentaba la tensión en mi piel, así que al final decidí detenerme y apoyar la cabeza en la pared.

Era la primera vez que me habían atado con cuerdas, pues siempre me habían encerrado en esa habitación y, aunque fuese claustrofóbica, por lo menos se me dejaba moverme libremente por ella. Hasta ahora. Estaba convencida de que, después de lo que hice, los había enfadado.

El frío se calaba por mis huesos. Aproximé mis rodillas al pecho en busca de calor, pero seguía notando el frío y duro suelo. Mis pies estaban descalzos, y mis piernas descubiertas.

Los párpados luchaban por cerrarse y los músculos no respon-41

dían a mi pequeño cuerpo, pero era el miedo lo que hacía que me mantuviese despierta.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió con un chi-rriante crujido metálico. Dos hombres vestidos de blanco entraron. Mi mirada se llenó de terror y mi cuerpo empezó a temblar de miedo mientras luchaba por liberarme de las ataduras, pero era inútil.

Uno de ellos se acercó dando grandes zancadas y me golpeó en la cara con fuerza. El dolor cortante y el sabor metálico de la sangre llenaron mi boca mientras mi cabeza se sacudía con el impacto.

—No te pases —dijo el otro hombre—. Es solo una niña.

Pero lo ignoró completamente y, con esa mirada despiada-da, me preguntó sin rodeos:

—¿Cómo lo hiciste?

—N-no lo sé —tartamudeé.

—¡No mientas!

—¡Es la verdad! ¡Lo juro!

Mis ojos se llenaron de rabia e impotencia al darme cuenta de que seguían sin creerme. Ya no sabía cómo demostrarlo.

Sin previo aviso, me agarró por el brazo, alzándome del suelo con esa facilidad con la que solían hacerlo.

—¡No! ¡Otra vez no! —grité, mi voz resonando por toda la silenciosa habitación.

Clavé mis pies en el suelo con determinación para evitar cruzar la puerta y llegar a ese lugar.

—¡No, por favor! ¡No, no!

Me incorporé abruptamente con la respiración agitada.

Notaba mi garganta seca, y tenía las mejillas húmedas por las 42

lágrimas que se me habían escapado.

Apreté las sienes de mi cabeza con los dedos al notar una punzada de dolor. Mi corazón seguía latiendo con fuerza, co-mo si aún estuviera atrapada en la pesadilla que acababa de vivir. Aunque ya me había despertado, la sensación de peligro persistía, como si en cualquier momento vinieran esos hombres a por mí.

Traté de tranquilizarme, recordando que estaba en un lugar seguro. Sin embargo, cuando miré a mi alrededor, no tardé en recordar que estaba en un maldito manicomio, y entonces la pesadilla se hizo realidad.

Cuando mis ojos se adaptaron a la oscuridad, me sobresalté al ver a Lily parada, de pie, justo a los pies de mi cama.

Me miraba con los ojos muy abiertos. Seguramente debía haberla despertado. No pude evitar sentirme culpable.

—¿Estás. .? ¿Estás bien? —titubeó, asustada.

Tragué saliva y asentí con la cabeza.

—Ha sido una pesadilla.

Parecía que tenía un debate interno sobre si hablarme o no, pero al final se relajó un poco y afirmó en voz baja:

—Yo también tuve la primera noche aquí. Es. . es normal, tranquila.

Supuse que para los demás sí que lo era, pero yo no pude evitar sentirme extraña. Hacía mucho tiempo que no volvía a tener esas pesadillas. Eran las mismas, y se repetían una y otra vez.

Por un momento pensé en lo mucho que necesitaba a mi padre para tranquilizarme. Él era el que solía despertarse en mitad de la noche, alarmado, cada vez que las pesadillas empezaban a atormentarme el sueño.

—Supongo —murmuré—. Gracias, Lily.

43

Volteé hacia la otra cama.

—¿Y Beth?

Se encogió de hombros y volvió a su cama, pero yo no podía volver a dormirme. Así que me puse en pie, cogí mi neceser y crucé el largo pasillo.

Mientras avanzaba, empecé a sentirme observada. Miré por encima del hombro varias veces para asegurarme de que no hubiese nadie siguiéndome. Seguramente ese miedo se debía a la maldita pesadilla. Aún así, apresuré mis pasos para llegar lo antes posible.

Los baños y las duchas estaban ubicados en áreas separadas, unidas por un pasillo que se bifurcaba. Al entrar, las luces se encendieron solas por el sensor de movimiento, haciendo destellos e iluminando poco a poco el lugar. Sentí un escalofrío. No me gustaba estar sola en ese hospital, fuese donde fuese.

Me desnudé, dejando la ropa en el banco de madera, y entré en una de las cabinas. Deslicé la cortina detrás de mí y encendí la ducha.

Cuando el agua tibia me envolvió, cerré los ojos y me permití dejar la mente en blanco unos segundos. La sensación reconfortante del agua corriendo sobre mi piel ayudó a aliviar parte de la tensión acumulada que tenía en mi cuerpo.

Con movimientos suaves, froté algunas partes de mi cuerpo con la esponja, notando mi piel más limpia y fresca. Me tomé mi tiempo para enjabonarme bien, hasta que me di por satisfecha y salí de la ducha, envuelta en una toalla.

Justo cuando hice además de quitármela, me detuve al tener un mal presentimiento. Fue tan repentino que no supe ni explicarlo, pero de algún modo sabía que. . no estaba sola.

Inspeccioné el lugar con los ojos entrecerrados, agudizando mis oídos. Todas las cortinas estaban corridas, permi-44

tiéndome ver el interior de las cabinas. No había nadie ahí.

Observé cada rincón del lugar, hasta que mis ojos se detuvieron en una esquina de la estancia.

Me quedé completamente helada.

Había alguien oculto en un rincón tan oscuro que apenas se le veía, pero distinguí una figura humana. Por su tamaño supe que era un hombre, uno bastante alto y robusto. Se mantenía en completo silencio.

Por un momento no supe si gritar, intentar escapar o enfrentarme a él. La tercera opción era la que menos me apetecía.

—Sigue, por favor —me pidió con voz grave, señalando la toalla que cubría mi cuerpo con la mano.

¿Me estaba pidiendo que me desnudara. . delante de él?

El hombre dio un paso adelante, saliendo lentamente de la oscuridad. Cuando se despegó de la pared y pude ver su rostro al completo, mis palabras quedaron atrapadas en la garganta.

Era Marlon. Su rostro, surcado de arrugas profundas, estaba iluminado por una sonrisa retorcida.

—Es un honor para mí que hayas notado mi presencia. Las demás no suelen hacerlo.

¿Las demás?

Fue entonces cuando lo comprendí, y deseé no haberlo hecho.

—Aunque tú pareces. . —Entrecerró los ojos—: distinta.

Descendió la mirada hacia mi cuerpo, como si quisiera ver más allá de la toalla que lo cubría.

—Lo que haces es repugnante —mascullé.

Se puso una mano en el corazón, fingiendo que eso le había ofendido.

—Oh, pero querida, ¿por qué tanto alboroto? Estoy apre-ciando la belleza en su forma más pura.

Tragué saliva con fuerza. Se me había formado un nudo en la garganta que no lograba deshacer.

Me giré sutilmente hacia la salida, pero era imposible llegar hasta ella sin que me alcanzara antes. Estaba demasiado lejos.

—¿Crees que es normal espiar a las personas mientras se duchan? —espeté.

Me pregunté a cuántas pobres chicas habría espiado sin que se dieran cuenta. Las había observado en silencio mientras se desnud. . Meneé la cabeza. Tan solo pensarlo hizo que me entraran unas inmensas ganas de vomitar.

Marlon soltó una risa burlona y dio un paso hacia adelante, acortando la distancia entre los dos. Por instinto retrocedí, pero eso implicó alejarme todavía más de la puerta.

—Normal es un concepto muy relativo aquí, ¿no crees?

Sentí una mezcla de rabia, disgusto y miedo.

Me ajusté aún más la toalla al cuerpo. Él notó ese pequeño movimiento y se mordió los labios con una sonrisa lasciva, como si ese simple gesto lo hubiese excitado aún más.

—¿Sabes? Cuando te vi, me pregunté qué hacía una chica como tú en un lugar como este.

—¿Una chica como yo? —repetí.

No sabía a qué se refería, pero no me gustó el rumbo que estaba tomando esa conversación.

—Esa clase de chicas que tienden a ser demasiado. . curiosas. Quieren saber lo que no deben, y eso puede meterlas en problemas.

Lo último que dijo sonó a amenaza.

—No sé de qué estás hablando.

46

—Es curioso —siguió—, crees que espiar a las personas está mal, y sin embargo, eso es justamente lo que haces tú.

De pronto, todos los muros que había alzado se vinieron abajo.

Un escalofrío recorrió mi espalda al darme cuenta de que acababa de descubrir mi verdadera identidad. No sabía cómo ni cuándo, pero lo que sí sabía es que tenía que salir de ahí cuanto antes.

Entonces mis piernas se movieron solas incluso antes de que pudiese controlarlas, y comencé a correr hacia la única entrada en un intento desesperado por salir de ahí.

Ahogué un grito cuando me alcanzó y tiró de mí con brusquedad, lanzándome al suelo en un golpe seco. Por suerte la toalla estaba bien sujeta, pero mis codos se ras-paron con las baldosas del suelo.

—¿A dónde te crees que vas?

Sentía mi corazón bombear tan deprisa que retumbaba en mis oídos. Estaba empezando a sentir una inmensa angustia en el pecho, y la cosa empeoró cuando empezó a desabro-charse el cinturón.

—Mereces un castigo por entrometida, ¿no crees?

—Si me haces algo, voy a gritar —le advertí, aunque mi voz vaciló un poco.

—¿Y crees que alguien va a oírte a estas horas de la noche?

Arrojó el cinturón al suelo, lanzándolo unos cuantos metros atrás.

Se me pasó por la mente la idea de cogerlo, ya que había una pistola sujeta en él, pero no estaba a mi alcance. Había ido a parar muy cerca de la puerta y, desgraciadamente, la puerta estaba lejos de mí. Así que no podía ni huir, ni protegerme.

47

—¿Qué debería hacer contigo? —preguntó por sí mismo.

Se inclinó hacia mí y se acercó tanto que pude notar su repugnante aliento a escasos centímetros de mi piel. Tomó mi rostro con una mano y elevó mi mentón para que lo mirara directamente.

Al ver que no le contestaba, esbozó media sonrisa.

—Porque no creerás que te irás de rositas, ¿verdad?

—Que te jodan —dije, apretando los dientes con rabia.

—Respuesta incorrecta.

Quise gritar, llorar, salir corriendo. Pero el miedo me paralizó por completo. Tan solo podía pensar en qué demonios sería de mí ahora que me habían descubierto. Y tal vez merecía un castigo, pues lo que estaba haciendo era ilegal. Pero no ese. Nadie merece algo así.

—No tienes porqué hacer esto.

—Lo sé, pero le agrega un toque emocionante —respondió con una mezcla de diversión y malicia en los ojos—. ¿Y bien?

¿Qué piensas que mereces por espiar a la gente?

Intenté apartarme de él, pero su agarre en mi mentón era firme.

—No sé qué crees que viste, pero estás equivocado.

—Oh, querida. No es lo que yo haya visto, es lo que tú viste. Te has metido en el despacho de la directora, y eso tiene consecuencias.

Espera, ¿qué?

Antes de que pudiese pensar con claridad lo que acababa de insinuar, se escuchó justo detrás de él el sonido de alguien deslizando el seguro de una pistola.

—Quítale las manos de encima. Ahora.

La sonrisa de Marlon se le borró al instante.

Por un momento me miró con desconfianza, como si yo lo 48

hubiese planeado todo. Pero estaba igual de sorprendida que él.

Cuando al fin me soltó y se separó de mí, contuve el aliento al ver que había un chico sosteniendo una pistola con una mano. Le estaba apuntando directamente en la cabeza mientras lo escudriñaba con la mirada.

Reconocí en seguida ese pelo rubio, esos ojos verdes y esa capucha gris que llevaba puesta.

Por un instante, Marlon se quedó completamente en blanco, sin saber qué hacer o decir. Alzó las manos por encima de su pecho y esbozó la sonrisa más falsa que había visto en mi vida.

—Tranquilo, ¿vale? Dame la pistola antes de que…

—Me pregunto qué haces trabajando en un manicomio cuando deberías estar ingresado en él —masculló con desprecio.

El guardia, con las manos en alto y la falsa sonrisa en su rostro, intentó mantener la calma mientras respondía:

—Vamos, chico. Dame la pistola y acabemos con esto antes de que las cosas se pongan peores, ¿sí?

—Dime, Marlon. ¿Tienes hermanas? ¿Hijas?

El hombre soltó una risa, aunque esta vez sonaba más nerviosa.

—No lo repetiré, dame la…

—Respuesta incorrecta.

La sonrisa de Marlon desapareció lentamente al comprender que no tenía el control de la situación, y que sólo podría salir de ella obedeciendo al chico de ojos verdes.

—Sí —dijo finalmente—. Una hermana.

—¿Y te gustaría que la espiaran mientras se ducha?

—Yo no estaba espiando a nadie, solo…

49

Se calló de golpe cuando sintió la presión de la pistola en su cabeza.

—Una gilipollez más y te vuelo la cabeza.

Marlon tragó saliva con fuerza y comenzó a perder el color en su rostro.

—Está bien, tranquilo. ¿Qué. .? ¿Qué quieres?

El chico ladeó la cabeza.

—¿Honestamente? Pues me encantaría atravesarte una bala en el cráneo y que murieras incluso antes de tocar el suelo. Pero, si hiciera eso, estoy seguro de que asumiría unas consecuencias que preferiría evitar. Así que primero quiero que te disculpes con ella.

Marlon ya ni siquiera se atrevió a contradecirle, ahora parecía un maldito perro asustado, así que me miró con resentimiento, pero finalmente murmuró una disculpa forzada.

Todavía apuntándolo con la pistola, el chico añadió:

—Luego, quiero que prometas que no volverás a acercarte a ninguna de las chicas de este hospital, y mucho menos es-piarlas en las duchas sin su consentimiento.

Marlon asintió reiteradamente con la cabeza, como si temiera que en cualquier momento le diese utilidad a esa pistola por una simple respuesta que no quería oír.

—Quiero escucharte.

—Lo prometo —dijo el hombre en voz baja.

—Más fuerte.

—¡Lo prometo! —exclamó con rabia.

—Bien. Si rompes esa promesa, si vuelvo a oír que te acercaste a alguna de ellas o te veo rondando por aquí, te aseguro que mis deseos iniciales se convertirán en una realidad muy desagradable para ti.

Finalmente, el chico bajó la pistola y se la entregó para 50

que pudiese cogerla por la culata. Marlon la tomó, algo desconfiado, pero no dijo nada. Recogió su cinturón del suelo y aprovechó la oportunidad para alejarse prácticamente corriendo de ahí.

El chico me extendió su mano para ayudarme a levantarme. Dudé un poco, pero finalmente acepté y me elevó del suelo con sorprendente facilidad.

Al tenerlo tan cerca tuve que elevar la cabeza para mirarlo por la diferencia de altura, que era bastante notable. Entonces pude detallarlo mejor. Sus ojos afilados eran verdes, salpicados en tonos marrones y amarillentos. Tenía las cejas ligeramente fruncidas, observándome con preocupación. Y

su mandíbula prominente y cuadrada estaba tensa, creando una perfecta línea bien definida.

Y, por algún motivo, algo en él me resultaba extrañamente. . familiar.

—¿Estás bien? —me preguntó, con una voz mucho más suave.

Lo miré con los ojos muy abiertos. Todavía seguía procesando lo que acababa de pasar.

Al ver que no contestaba, me revisó de arriba a abajo en busca de heridas o señales en alguna parte de mi cuerpo.

Detuvo su mirada en las raspaduras de mis codos.

—No es nada —quise aclarar al ver que sus hombros se tensaban.

—Hay un botiquín de primeros auxilios en el pasillo. Sé dónde está. Pero primero, vístete.

Y, dicho eso, se alejó por la puerta para que pudiese dejarme intimidad para cambiarme. Tardé varios segundos en reaccionar. Aunque me sentía aliviada porque hubiese aparecido, aún seguía teniendo un nudo de ansiedad en el estómago. Había estado muy cerca de…

51

No quería ni pensar en ello.

Una vez vestida, salí de los baños y me encontré con el chico esperando en el pasillo. Estaba de espaldas a mí, con un hombro apoyado en la pared y los brazos cruzados en su pecho.

Cuando escuchó mis pasos, se despegó de la pared e hizo un ligero movimiento con la cabeza para que lo siguiera. A pesar de que no confiara en él, no tenía otra opción más que aceptar su ayuda. Así que lo seguí por detrás.

El silencio reinó entre nosotros mientras uno andaba al lado del otro. Él no parecía incómodo, simplemente andaba en silencio, como si ya estuviese acostumbrado a él. Yo, en cambio, tuve que romperlo.

—Gracias —murmuré—. Si no hubieses llegado, no sé qué habría pasado.

—No iba a permitir que asumieras unas consecuencias de algo que no has hecho tú, sino yo.

Fruncí el ceño, confusa. Entonces recordé lo que me había dicho Marlon justo antes de que él apareciera, y todo comenzó a cobrar sentido.

—Así que, ¿fuiste tú quien se coló en el despacho de la directora? ¿Por qué lo hiciste?

—No es asunto tuyo —contestó, tajante. Sus palabras eran frías y directas.

Se detuvo en el botiquín que estaba colgado en la pared del pasillo y lo dejó en el banco de piedra junto al gran ventanal. Me impulsé hacia arriba con la ayuda de mis brazos y me senté en él mientras el chico buscaba el material necesario. Parecía saber bastante sobre el tema, porque cogía todo lo que necesitaba sin dudar.

Empapó una gasa estéril en el líquido que contenía la botella de desinfectante y, con mucho cuidado, tomó uno de 52

mis brazos y comenzó a limpiarme suavemente las raspaduras.

—Pica —me quejé, haciendo una mueca de dolor.

—Es necesario para evitar que se te infecte.

Sonreí un poco al recordar que eso era justamente lo que solía decir mi padre cada vez que regresaba del colegio con las rodillas raspadas y le tocaba curarme. Siempre se quejaba de lo torpe que era.

Después de limpiar las heridas, tiró la gasa usada y tomó una nueva para repetir el proceso en el otro brazo hasta que estuvo seguro de que las raspaduras estaban completamente limpias. Aplicó una capa fina de pomada antibiótica en mi piel y cubrió mi codo con una venda adhesiva estéril.

Mientras lo hacía no pude evitar observarlo. Su cabello parecía más rubio bajo la luz de la luna, que se colaba por los barrotes del ventanal. Sus ojos se mantenían concentrados en su tarea.

Sacudió ligeramente la cabeza cuando un mechón rebelde de su cabello, que se escapaba de su capucha, le cubrió uno de sus ojos. Ese simple gesto provocó todo tipo de reacciones en mi cuerpo.

—Todavía no sé cómo te llamas.

Realmente llegué a pensar que no me lo diría, porque se mantuvo en silencio lo que pareció una eternidad.

Pero, finalmente, escuché que decía:

—Adler.

Asentí con la cabeza y comencé a balancear mis pies, que habían quedado colgando, esperando a que me preguntara cómo me llamaba yo.

—Supongo que estarás esperando a que te pregunte có-mo te llamas tú.

53

Parpadeé, sorprendida.

¿Era brujo o algo por el estilo? Porque eso explicaría muchas cosas.

—Bueno. . Sería lo apropiado, ¿no crees?

—Si eso es lo que consideras apropiado, entonces adelante. ¿Cómo te llamas?

Me crucé de brazos, enfurruñada.

—Si no te interesa, ya no quiero decírtelo.

—Así no puedo curarte —aseveró, señalando el otro codo que quedaba por vendar.

—Me da igual.

Inspiró aire, intentando reunir paciencia.

—No es que no me interese, simplemente iba a preguntár-telo en otras circunstancias más adecuadas —dijo en un tono más tranquilo.

¿Iba a preguntármelo?

Él se mostró completamente inexpresivo, pero yo no pu-de evitar emocionarme al escuchar eso. A pesar de todo, traté de disimularlo con todas mis fuerzas y me mantuve seria.

—Pues ahora te quedas con las dudas —contesté, bien orgullosa.

—¿Clarke?

Ambos nos giramos alarmados al escuchar otra voz.

Beth estaba plantada justo detrás de él con una mueca de confusión digna de enmarcar. Alternaba la mirada entre el chico, el vendaje de mis codos y yo.

—Con que te llamas Clarke, ¿eh? —murmuró él en un tono burlón.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté a Beth, poniéndome en pie de un salto e ignorando a Adler.

—Podría preguntarte exactamente lo mismo —contestó, cruzándose de brazos y mirando con recelo al chico que tenía a mi lado.

Estaba claro que no quería saber por qué estaba aquí, sino por qué estaba con él.

—Me he resbalado en las duchas —mentí—. Él sabía dónde estaba el botiquín, y me ha ayudado a curar las heridas.

—¿Me ha ayudado? —repitió Adler, incrédulo.

—Bueno, puede que lo hayas hecho tú. Pero yo también he colaborado, ¿vale?

—¿En qué?

—En dar tema de conversación.

—Oh, ¿en serio? Vaya, eso es de gran ayuda —ironizó.

Lo fulminé con la mirada.

—Pues sí, porque si no fuese por mí nos habríamos quedado en silencio todo el rato.

—¿Y cuál es el problema?

Iba a protestar cuando Beth comentó para sí misma:

—A veces me levanto por las noches para echarle un vistazo a este sitio de mierda y darme cuenta de que tengo todavía más motivos para cortarme las venas.

Me giré hacia ella con una mueca de sorpresa y horror a partes iguales, la cual se limitó a encogerse de hombros.

—Espera un momento. ¿Eso es una tarjeta metálica?

—preguntó Beth al ver que Adler se estaba metiendo algo en el bolsillo.

—Sí —contestó él sin titubear.

—¿De dónde la has sacado?

Me giré hacia él esperando una respuesta, pues yo tampoco tenía ni idea. Pero eso explicaría cómo había entrado 55

en el despacho de la directora.

—Se la he robado a un guardia.

—¿No será que tienes un pacto con ellos o algo así?

—cuestioné, desconfiada.

—¿Por qué iba a tener un pacto?

—No sé, tal vez por eso siempre se te ve hablando con ellos.

—¿Y tú cómo sabes eso si eres nueva?

—Porque me lo han dich. . —me corté a mí misma—. Espera. ¿Y tú cómo sabes que soy nueva?

A él le vino de perlas que Beth irrumpiera en la conversación, porque parecía no querer decirme la respuesta a eso.

—Vale, me estáis causando dolor de cabeza. No quiero saber cómo demonios has conseguido la tarjeta pero, ya que la tienes, podemos darle un buen uso.

Adler y yo intercambiamos una mirada.

—¿A qué se está refiriendo tu amiga?

—No lo sé.

—Pues deberías.

—No soy adivina, idiota.

—No me me llames idiota.

—¡Es que tus preguntas lo son!

—Por dios, ¿podéis dejar de pelear de una vez? —cuestionó Beth, rodando los ojos—. Juntos sois como dos moscas cojoneras.

La miré, claramente ofendida.

—Vamos a colarnos al almacén de la última planta —aclaró ella al fin.

—¿En la unidad de tratamiento residencial? —cuestionó Adler.

—Exacto.

—¿Por qué? —pregunté.

—¿No querías recuperar tus cosas?

—Sí, pero…

Lo consideré un momento. Era peligroso, ya que este lugar estaba repleto de cámaras y guardias de seguridad, pero supongo que valdría la pena correr el riesgo. No quería pasar un segundo más sin estar en contacto con los demás.

—Vale —dije finalmente.

—¿Y quién ha dicho que os la vaya a dejar? —inquirió el rubio.

Beth se acercó a él y coló su mano en el bolsillo de su pantalón. Antes de que pudiese reaccionar, ya tenía la tarjeta en sus manos con una sonrisa triunfal en su rostro.

—¿Eh? ¡Oye!

Ella soltó una risita divertida y enroscó su brazo con el mío, tirando prácticamente de mí para dejarlo atrás.

—¡Adiós, encapuchado! —exclamó.

* * *

Me sorprendió que no hubiese nadie por los pasillos. Todo estaba sumergido en un silencio sepulcral y una oscuridad ensombrecedora. De este modo era fácil desviarse del camino e ir a parar a otro lugar.

Alcé la vista hacia las esquinas de las paredes. No vi ni una sola cámara de vigilancia. Ni siquiera había cavidades o lugares ocultos donde pudiesen ubicarse. Eso me pareció extraño. Hasta ahora solo había visto cámaras fuera del edificio.

Giramos una esquina y llegamos a la gran sala, también vacía.

57

—¿Por qué no hay guardias de seguridad? —le pregunté en voz baja.

—En esta planta sólo está Marlon, pero hoy no sé a dónde está.

Sonreí para mis adentros al pensar que debería estar oculto en algún lugar del hospital, rezando para no encontrarse con Adler.

Beth se conocía tan bien este lugar en tan poco tiempo que era fascinante. A medida que íbamos pasando por algunas zonas del hospital, me explicaba lo que sucedía cada día en ellas y la probabilidad de que se llenara de gente de-pendiendo de la hora que fuera.

Por un momento pensé lo buena que sería en mi trabajo, ejerciendo de investigadora privada. Era muy observadora y se le daba bien recordar detalles, una de las cualidades principales que se valoraban en ese trabajo.

Miré hacia arriba y solté un resoplido al ver las escaleras que nos esperaban para llegar hasta la última planta. Comenzamos a subirlas sigilosamente. Bueno, al menos yo. Porque Beth no paraba de hablar.

—. .y un hospital psiquiátrico debería ser un lugar colorido, lleno de ventanales y macetas con flores. ¿Qué lógica tiene que sea tan aterrador? Las personas que están aquí ya son lo suficientemente depresivas como para que encima…

—¿Podemos centrarnos?

—Sí, perdón.

Seguimos subiendo en silencio. Sin embargo, no tardó mucho en volver a abrir la boca.

—¿Crees que hablo mucho?

—No —mentí.

—No mientas.

58

—No lo hago —volví a mentir.

Volteó los ojos.

—Si hay algo que debes saber de mí, es que sé detectar mentiras fácilmente. Así que, cuando te sientas preparada, ya me contarás la versión real de cómo te has hecho eso en los codos.

Por un momento detuve mis pasos, sorprendida. Sin embargo, ella siguió subiendo las escaleras como si nada.

Llegamos a la última planta sin habernos cruzado con nadie, cosa que me pareció bastante raro. En realidad, nada de esto me daba buena espina, pero seguí adelante porque necesitaba urgentemente mis cosas.

Nos escondimos detrás de una pared y, con precaución, nos asomamos a ella para ver el pasillo. Estaba desierto.

—No lo entiendo. Debería ser la planta más vigilada y, sin embargo, no hay nadie.

—Tienen horarios rotativos —me explicó—. Ahora mismo les toca hacer el cambio de turno, por lo que tenemos dos minutos para cruzar el pasillo y llegar hasta el almacén antes de que aparezcan otros dos guardias. Los turnos son de ocho horas cada uno. El primer turno de noche es de diez a seis de la mañana, el segundo de seis a dos del mediodía, y el tercero de dos a diez de la noche.

Parpadeé varias veces como una boba.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Ya te he dicho que por las noches deambulo por el hospital —contestó con aire aborrecido—. Y ahora en marcha, no hay tiempo que perder.

Comenzamos a movernos por el pasillo que conducía al almacén, evitando hacer ruido al pisar el suelo. A medida que avanzaba, observaba de reojo las puertas de las habitaciones a ambos lados del pasillo. Eran de metal y estaban ennegre-59

cidas por el tiempo. Tenían una pequeña mirilla para poder ver el interior de las celdas. Y digo celdas porque en realidad no tenía ningún sentido llamar a eso habitación.

La idea de que detrás de esas puertas se escondían asesinos de todo tipo hizo que mi piel se erizara. Pero, al mismo tiempo, una chispa de curiosidad ardía en mi interior al pensar que tal vez Nolan Jenkins se encontraba detrás de una de ellas. Me pregunté en cuál estaría.

Sin darme cuenta, mis pies se detuvieron frente a una y me puse de puntillas para intentar ver a través de la rejilla.

Estaba a punto de asomarme cuando de pronto sentí que alguien agarraba mi muñeca con fuerza y me apartaba de la puerta bruscamente.

—¡¿Qué demonios haces?! —Beth me miraba horrorizada.

—Solo iba a…

—Empiezo a creer que te han ingresado por demente

—confesó, y no sé hasta qué punto lo dijo en serio—. Vamos, mantente cerca y no te distraigas.

Observé la puerta una última vez antes de seguir.

Una vez llegamos al final del pasillo, Beth sacó la tarjeta metálica y la insertó en la cerradura. La puerta se abrió con un chasquido suave y nos adentramos en el oscuro almacén.

Solo una tenue luz se filtraba desde una pequeña ventana cubierta de polvo, iluminando débilmente las estanterías y las cajas de plástico apiladas.

—Vale, este es el plan. Cogemos nuestras cosas y nos vamos de aquí cagando leches.

No tenía intención de quedarme mucho tiempo ahí, así que asentí y nos dividimos para buscar nuestras cosas. Beth se fue por un lado y yo por otro.

Alcé la mirada hacia las altas estanterías, donde había filas 60

y filas de bandejas que parecían interminables. Había tantas que supe que llevaría tiempo encontrarlas. Cada una estaba etiquetada con el nombre de la persona a la que pertenecían las cosas.

—¿No podían estar ordenadas alfabéticamente? —escuché que se quejaba Beth desde algún lugar.

Eso habría simplificado enormemente la tarea, porque no sabía ni por dónde empezar.

Mis ojos escudriñaban las estanterías mientras caminaba a pasos lentos. Debía leer todas y cada una de las etiquetas.

La tarea parecía abrumadora, pero sabía que no podía regresar a la habitación con las manos vacías. No iba a pasar una noche más sin mis cosas, porque hasta ahora me sentía des-protegida.

Mi mirada se detuvo cuando leí el nombre de la etiqueta que marcaba una de las bandejas. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras mis ojos repasaban una y otra vez el mismo nombre.

«Nolan Jenkins»

Ahí estaban sus cosas.

No lo había pensado hasta ahora, pero quizás me podrían ser de gran utilidad.

¿Y si había alguna prueba incriminatoria, algún objeto que lo vinculase a los crímenes que se le atribuían? O, tal vez, un diario en el que confesara todo lo que había hecho en contra de la justicia. Eso podría ser suficiente para Foster y su equipo, ¿no? Lo que significaría que me podría ir de aquí antes de lo previsto.

Tan solo de pensarlo hizo que me entraran unas inmensas ganas de dar saltos de felicidad por todo el almacén.

Empujé un poco la bandeja hacia afuera y le eché un vistazo a su interior. Solo había cosas insignificantes: un par de 61

lentes de sol, unos auriculares conectados a un viejo reproductor de música, un reloj de pulsera sin pilas y… un cuaderno.

Bingo.

Lo cogí con cuidado y expulsé el polvo que se había acumulado en la tapa antes de abrirlo. Nada más hacerlo, se ca-yó algo a mis pies. Me agaché para cogerlo y fruncí el ceño al ver que era una mariposa de papel. Y la había hecho con una hoja de ese cuaderno, porque estaba arrancada.

—¡He encontrado mis cosas! —gritó Beth desde la lejanía.

Hojeé algunas de sus páginas, pero todas estaban en blanco. Solté un suspiro de frustración al darme cuenta de que no me serviría de nada y lo dejé de nuevo en la bandeja.

—¿Qué haces?

Mi corazón dio un vuelco al ver a Beth justo detrás de mí, asomándose por encima de mi hombro. Fingí que estaba colocando bien la bandeja antes de pasar a otra.

—Nada. ¿Qué has cogido?

Al voltearme hacia ella vi que tenía una cámara de fotos en una mano, y en la otra… ¿Una botella de alcohol?

—¿Qué haces con eso?

—Es mi cámara para hacer fotos. Desde pequeña fotogra-fío las cosas que suceden a mi alrededor.

—Me refería a la botella.

—Ah, estaba en una bandeja. Alguien fue tan estúpido que pretendía entrar con una botella de whisky en un manicomio. En fin, no lo culpo. Yo también querría emborracharme en este sit…

—Hola —se escuchó detrás de nosotras.

—¡AAAAAAAAHHHHHHHHHHH! —gritamos al unísono.

A Beth casi se le resbaló la botella de las manos, y a mí 62

casi se me salió el corazón por la garganta.

Lo que menos esperábamos era encontrarnos con nuestra compañera de habitación. Estaba ahí, de pie, parada a un metro de nosotras, observándonos fijamente con esos enormes ojos celestes.

La repasé varias veces con la mirada de arriba a abajo, como si quisiera corroborar que realmente estaba ahí.

—¡Lily! ¡¿Qué haces aquí?! —inquirió Beth con una mano en el corazón, todavía recuperándose del susto.

—Yo también quería recuperar mis cosas.

Jugueteaba nerviosamente con los bordes de su vestido, evitando el contacto visual.

—Pero, ¿tú no estabas durmiendo? ¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Os he seguido —murmuró, cabizbaja.

Beth y yo intercambiamos una mirada.

—Lo siento, yo. . no quería asustaros —añadió, su voz era apenas un susurro.

—¡Pues lo has conseguido! ¿Quieres que muera por un infarto o qué? ¡Lo último que quiero es morir en el almacén de un hospital psiqu. .!

Le di un codazo a Beth para que dejara de hablar. La mirada de Lily estaba clavada en el suelo, como si estuviera avergonzada. Incluso parecía estar a punto de llorar. Y los reproches de Beth no la estaban ayudando en absoluto.

Mi primer impulso fue dar un paso hacia ella y colocarle una mano en el hombro, pero después de ver la reacción que tuvo la última vez que intenté hacer eso, me limité a hablarle sin contacto físico.

—No tienes que disculparte, Lily. Es solo que no deberías seguirnos por lugares como este, es peligroso.

63

Al fin ella alzó la cabeza y me miró directamente a mí antes de asentir. Parecía que yo le transmitía más seguridad que Beth.

—Vamos, te ayudaremos a encontrar tus cosas. Beth ya lo ha hecho, yo de momento no.

—He visto tu bandeja —me informó Beth al instante, aunque lo dijo como si no me fuera a gustar escuchar eso.

—¿En serio? ¿Dónde está?

Unos segundos después, estábamos las tres observando mi bandeja.

—No me fastidies —murmuré al ver que estaba en lo más alto de la estantería.

—Iba a cogerla, pero no soy Reed Richards.

Nos quedamos en silencio, sin saber qué hacer a continuación. Miré a mi alrededor, pero no había ninguna escalera ni algún objeto que pudiésemos colocarlo en el suelo para poder alcanzarla. Además, necesitaríamos varios para poder llegar a ella.

—Yo podría. . podría intentar cogerla.

Ambas nos giramos hacia Lily.

—Tal vez, si alguna me coge a hombros, puedo. . puedo alcanzarla. Soy la más bajita de vosotras, y no peso mucho.

Beth y yo nos miramos, considerando la idea. Era la mejor opción que teníamos en ese momento, y no entendí cómo no se nos había ocurrido antes.

—Vaya, pues al final sí que resultarás útil.

Fulminé a Beth con la mirada, pero no me vio porque ya se estaba agachando para que Lily pudiese subir.

Cuando la tuvo encima de sus hombros, Lily se estiró to-do lo que pudo para alcanzar la bandeja que tenía el nombre de «Clarke Emmett», donde descansaba en lo alto de la es-64

tantería. Mis ojos seguían cada uno de sus movimientos con una mezcla de ansiedad y esperanza, deseando que todo saliera bien.

—La tengo.

Una sonrisa apareció inconscientemente en mis labios.

—Bien, coge el bolígrafo y la libreta. Es todo lo que nece…

Me corté a mí misma cuando escuché unas voces lejanas y unos pasos acercarse.

—. .y venía del almacén —se oyó que decía un hombre desde el exterior.

Las tres nos miramos horrorizadas al instante.

—Mierda —murmuró Beth.

—¡Bájame! ¡Bájame! ¡Bájameeee! —gritó, presa del pánico.

Necesitaba el pinganillo. No había venido hasta aquí para nada.

—Lily, te da tiempo, tranquila —le pedí, tratando de calmarla.

Los pasos se hicieron más audibles.

—¡Beth, bájame! —insistió, ignorándome completamente.

—Por favor, Lily. Solo el bolígrafo. Necesito el…

—¡Ya están cerca! ¡Los estoy escuchan. .!

—¡LILY, COGE EL PUTO BOLI! —exclamó Beth con menos delicadeza.

Y eso fue suficiente para hacer reaccionar a la pobre Lily, que parecía haber entrado en pánico. Tanteó el interior de la bandeja con

manos temblorosas hasta que lo encontró. Agarró el bolígrafo y lo sostuvo con fuerza mientras Beth la bajaba con cuidado.

—Gracias —susurré con alivio mientras lo recibía, y lo guardé en uno de los bolsillos de mi pantalón.

65

Justo en ese momento escuchamos el chasquido de la puerta, indicando que alguien estaba a punto de entrar.

Beth cogió su cámara de hacer fotos y pasó la cinta por su cuello para colgársela antes de echar a correr, buscando desesperadamente un lugar en el que escondernos. Yo iba a hacer lo mismo, pero me giré con el ceño fruncido al ver que Lily se quedaba en el mismo lugar, petrificada.

—Vamos, rápido, debemos irnos antes de que nos descubran —le susurré a Lily, instándola a moverse.

Asintió de forma frenética y seguimos a Beth. No había muchas opciones, así que nos limitamos a ocultarnos detrás de una de las muchas estanterías.

Dos hombres acababan de entrar, estaban hablando entre ellos.

—¿Estás seguro?

—Joder, claro que lo he escuchado.

—Tal vez era una rata. Hay muchas por aquí.

Lily abrió mucho los ojos y desvió la mirada hacia sus pies, desconfiada, como si esperara que en cualquier momento apareciera una de esas criaturas. Con eso me dejó bastante claro que les tenía pánico.

—Te digo que ese grito era de alguien —insistió el primero—. Y no parecía solo una persona.

Encendieron unas linternas y se dividieron para empezar a recorrer el almacén. La luz se movía erráticamente mientras exploraban el espacio.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Beth en voz baja.

—No lo sé. ¡Te recuerdo que la idea de venir aquí ha sido tuya! —le dije en el mismo tono.

—¡Pero, esto no entraba en mis planes! ¡Más bien. . ella no entraba en mis planes! —exclamó, señalando a Lily.

66

—Beth. . —le advertí.

—¡Si no nos hubiera asustado, ya habríamos salido del almacén hace rato y estaríamos en nuestras habitaciones con nuestras cosas!

—Yo no. . no pretendía asustaros —dijo en un murmuro tan bajo que apenas se escuchó.

—¿Ah, no? ¿Y cómo demonios te pensabas que íbamos a reaccionar?

Lily se encogió aún más en su sitio, sintiendo el peso de las acusaciones. Sus ojos se llenaron de lágrimas. Era evidente que estaba siendo arrastrada a un conflicto que no buscaba.

—Beth, ya basta —intervine—. Ahora lo importante es salir de aquí sin que nos pillen.

Cuando la luz de una de las linternas se acercó peligrosamente a nuestra posición, nos agachamos de golpe. Sentí un escalofrío recorriendo mi espina dorsal mientras veía có-mo las sombras de las siluetas de los hombres danzaban en las paredes.

Nos vimos obligadas a gatear sigilosamente por el suelo cuando uno de ellos se acercó demasiado a la estantería en la que estábamos escondidas, desplazándonos a otra estantería que pudiese ocultarnos.

—Hay que. . hay que llegar a la puerta —informó Lily con voz temblorosa.

—Muy bien, genio —espetó Beth—. ¿Has llegado a la conclusión tú solita o te han ayudado?

Volteé los ojos.

—Aquí no hay nadie, tío —escuchamos que decía uno de los hombres.

Las tres intercambiamos una mirada esperanzadora.

67

—Un momento. ¿Qué hace esa botella ahí?

Mierda.

Beth me ofreció una sonrisa de oreja a oreja en cuanto me giré hacia ella para escudriñarla con la mirada.

El otro hombre se acercó a su compañero y se quedaron observando la botella de whisky que estaba en el suelo con el ceño fruncido.

—Nos la podríamos quedar —sugirió uno de ellos, haciendo que el otro se echase a reír.

—Ahora —murmuró Beth, despegándose de la estantería.

Lily y yo la seguimos de inmediato, gateando con rapidez y evitando hacer ruido. Los hombres seguían conjeturando ideas sobre cómo

había podido llegar esa botella ahí, y apro-vechamos ese breve momento de distracción para acercarnos a la puerta.

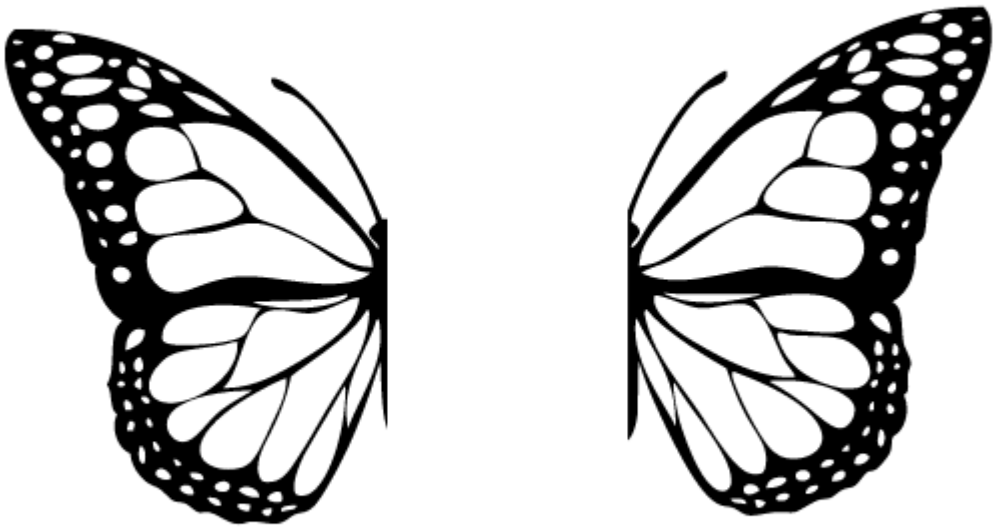
Ya casi estábamos. Solo quedaban dos metros para llegar.

Pero entonces capté algo por el rabillo del ojo. Una sombra apenas perceptible que se movió ágilmente por el suelo.

Incluso lo vi venir antes de que sucediera.

Me giré hacia Lily, cuyo rostro se transformó en uno de completo terror al ver a esa rata. Y entonces hizo lo peor que podía hacer.

Soltó un grito aterrador, desvelando nuestro escondite.



4

Beth miraba a Lily como si fuera la causa de todos sus males.

La pobre Lily se encogía aún más en su sitio, como si no supiera a dónde meterse. Y yo estaba entre medio de ambas sin poder apartar la mirada del bolígrafo. Ahora estaba en manos de los guardias, junto a la cámara de Beth y la tarjeta metálica que Adler había conseguido.

En cuanto se enterase de que ya no la tenía, iba a matarme.

Después de ser descubiertas, nos habían llevado a una pequeña sala que daba acceso a una puerta. En ella había un nombre grabado:

«Madeline Gerlach»

Era el despacho de la directora.

Teniendo en cuenta que eran casi las cuatro de la madrugada, era de esperar que no se encontrara presente en esos momentos, así que llevábamos ahí sentadas más de una hora.

Mis nervios no hacían más que empeorar mientras veía 69

cómo uno de los guardias de seguridad, el grandullón, jugueteaba distraídamente con mi bolígrafo.

El otro guardia, un chico bastante más joven y delgaducho, observaba con curiosidad la cámara de Beth. Apretó un botón y dio un respingo cuando la cámara se encendió repentinamente, emitiendo un pequeño zumbido.

Beth volteó los ojos.

La acercó a su rostro y cerró un ojo para observar su entorno a través del visor. Después de un momento de silencio, se escuchó un ruidoso click cuando tomó una foto de la planta que había en la esquina de la sala.

Eso pareció ser la gota que colmó el vaso, y toda paciencia que Beth había estado acumulando hasta ahora, se esfumó.

—Deja de jugar con mi cámara, Tontolix. No es un juguete.

El chico parpadeó, sorprendido.

—¿Tonto. . qué?

— Tontolix —repitió ella.

—¿Desde cuándo me llamas así?

—Desde que os he observado el tiempo suficiente como para darme cuenta que sois una versión real de Astérix y Obélix.

Ambos guardias se miraron a la vez, indignados.

—¿Y entonces yo que soy? —preguntó el otro.

— Gordolix.

Su compañero soltó una risita divertida. Él lo fulminó con la mirada y en seguida volvió a adoptar un semblante serio.

—¿Nos estás comparando con personajes de cómics?

—Tengo que admitir que la comparación fue ingeniosa

—murmuró el delgaducho, divertido.

70

—¡Claro, idiota, porque tú eres Tontolix!

—¡No tiene nada de malo ser Gordolix!

—¡Sí, porque es Obélix!

—¿Y qué? ¡Obélix es genial!

—¡Pero yo quiero ser Astérix!

—¡Pues te jodes, porque me ha puesto el apodo a mí!

Lily, Beth y yo intercambiamos una mirada cuando empezaron a discutir. No pudimos evitar reír ante la absurda pero entretenida discusión que se estaba dando frente a nosotras. Incluso era la primera vez que veía a Lily sonreír.

—¡Pues, vale! ¡Obélix siempre ha sido mejor que Astérix!

—¿Ah, sí? ¿En qué? ¿En comer?

—¡En fuerza, idiota! ¡Obélix puede levantar menhires co-mo si fueran plumas!

—¡Pero Astérix es el más listo y ágil!

—¡Pues tú de listo tienes lo que yo de pelo!

—¡Pero si tienes más pelo que un oso!

—¡Me refería en la cabeza, idiota!

Beth estalló en carcajadas al oír eso.

Ellos estaban tan sumergidos en la extraña conversación y nosotras en escucharlos que nadie se dio cuenta de que la directora estaba plantada en la entrada de la sala con los brazos cruzados y una ceja enarcada. En cuanto carraspeó la garganta, ambos se giraron de golpe y sus rostros fueron dignos de enmarcar en esa misma sala.

La directora de ese psiquiátrico era una mujer de no más de cuarenta años con una expresión seria y autoritaria. Aparentaba menos edad de la que tenía, manteniendo un aspecto limpio e impoluto. Su cabello era de un tono rubio cenizo, perfectamente recogido en un moño bajo, y no tenía ni una sola arruga en su rostro.

Vestía con unos pantalones de traje y una blusa blanca perfectamente planchada, sin una sola arruga. Llevaba unos tacones de aguja negros que realzaban su estatura. Su cuello estaba adornado con un collar de perlas, y en su muñeca derecha lucía un reloj de pulsera plateado que parecía bastante caro.

Cuando pasó por delante nuestro para abrir el despacho con su llave, tan solo se escucharon los tacones resonando en el piso. Los dos guardias se mantuvieron rígidos como estatuas, como si por el simple hecho de no moverse la directora se fuera a olvidar de ellos. Estaba claro que su presencia imponía.

La mujer nos hizo una señal y las tres nos levantamos pa-ra entrar en el despacho. Los dos guardias también lo hicieron, pero se quedaron a ambos extremos de la puerta para vigilarla.

Mientras ella se sentaba en su silla y se tomaba su tiempo para sacar una carpeta de uno de los cajones del escritorio, las tres nos quedamos de pie, sin saber muy bien qué hacer.

Rebuscó entre las hojas hasta que extrajo unas cuantas.

Supuse que serían nuestras historias clínicas, que contenían información sobre el historial médico, diagnósticos, tratamientos, terapias y otros registros relevantes del paciente.

Estuvo en silencio durante varios minutos leyéndolas.

—Vaya, no llevas ni un día aquí y ya has infringido las normas de este centro.

No hizo falta que me mirara para saber que estaba hablando de mí. Apreté los labios y bajé la mirada, avergonzada.

—De ti, en cambio, no me sorprende mucho.

Esta vez sí que miró a una de nosotras, a Beth.

—¿Qué puedo decir? Soy bastante predecible —contestó, encogiéndose de hombros.

Finalmente, la mujer soltó un suspiro y entrelazó las manos encima de la mesa. Mantenía su espalda completamente recta y erguida mientras alternaba la mirada entre las tres sin decir una sola palabra, creando un tenso silencio. Me pareció ver que se quedaba unos segundos de más observando a Lily.

—¿De dónde sacasteis la tarjeta?

Sabía que Lily no iba a hablar y que Beth, si lo hacía, sería de manera poco amistosa. Así que decidí hacerlo yo misma.

—Nos la encontramos en el suelo, cerca de las duchas

—contesté, tratando de sonar convincente.

—¿Y pretendes que me lo crea?

No supe qué más decir. Beth pareció notarlo porque intervino en seguida:

—Si tiene un personal que va por ahí perdiendo sus cosas, no es nuestra culpa.

—Mi personal está perfectamente capacitado. No permitiré acusaciones infundadas, jovencita.

Beth soltó un bufido.

—Déjeme decirle que ahora mismo esos de ahí atrás tienen una botella de whisky que encontraron en el almacén, guardada en algún rincón y lista para emborracharse con ella cuando nadie los vea. Pero está claro que es imposible que los pillen. ¿Y sabe por qué? ¡Sorpresa! Porque son ellos los que supuestamente deberían vigilar el hospital. Y ni hable-mos de la absurda discusión que han protagonizado en esa sala. ¿Ese es el personal perfectamente capacitado al que se refiere?

Los dos aludidos dieron un respingo al ser delatados. La directora los miró unos segundos antes de volver a centrarse en nosotras.

—No lo repetiré. ¿De dónde la habéis sacado?

73

Beth iba a decir algo más, pero se contuvo cuando le di un toque de atención con la pierna. Soltó un resoplido de frustración y se cruzó de brazos.

Todas nos mantuvimos en silencio, como si ninguna se atreviese a mentir. El silencio en el despacho se hizo aún más audible mientras la directora esperaba nuestra respuesta.

Repiqueteó los dedos llenos de anillos encima de la mesa, impacientemente.

—Creo que no estáis entendiendo la gravedad del asunto.

En un hospital psiquiátrico como este, la seguridad es nuestra prioridad absoluta. Podríais haberos puesto en peligro, tanto a vosotras mismas como a los pacientes que están bajo nuestra responsabilidad.

—Lo sabemos, y lo sentimos mucho —me apresuré en decir.

—Está muy bien el remordimiento, pero no he venido hasta aquí para buscar eso.

De nuevo, silencio.

La directora se levantó de la silla y se acercó a la estantería para colocar un libro que estaba ligeramente salido hacia afuera. La seguí con la mirada mientras se paseaba por el despacho con las manos cruzadas por detrás de su espalda.

—Necesito saber cómo llegasteis a tener en vuestras manos una tarjeta que solo tiene acceso a ella el personal, porque eso no había ocurrido en los veinte años que llevo trabajando aquí. —Se detuvo para mirarnos fijamente—. No me sirven excusas vacías ni mentiras. Necesito la verdad, y la necesito ahora.

Sabía que no saldríamos de aquí hasta que no dijésemos la verdad, o al menos una mentira que sonara lo bastante creíble. Pero lo cierto es que no se me ocurría nada, y al parecer a las otras tampoco.

74

—Si decimos la verdad, ¿dejará que nos vayamos? —le pregunté.

—No funcionan así las cosas, jovencita. No puedo pasar por alto lo que habéis hecho, así que tendré que tomar medidas disciplinarias.

—¿Qué tipo de. . medidas?

—Eso depende de vosotras, de si colaboráis o no. En el peor de los casos, seréis expulsadas. Pero, si me decís la verdad sin tapujos, residiréis unos días en la unidad de tratamiento residencial hasta que hayáis recapacitado. Además, recibiréis terapia individual y grupal.

«Unidad de tratamiento residencial»

—¿Terapia grupal? ¿Con los otros pacientes?

Traté de infundir un toque de temor en lugar de curiosidad, como si lo preguntara por miedo a que nos juntaran con los pacientes de la última planta. Cuando en realidad era justamente eso lo que quería.

—Sí.

Fingí soltar un suspiro antes de hablar.

—Está bien. Fui yo.

Las tres me miraron a la vez. Lily con el ceño fruncido, Beth como si me hubiese salido un tercer brazo, y la directora como si se hubiese quitado un gran peso de encima.

—¿Tú? —cuestionó Beth con incredulidad.

—Sí, fui yo. —La miré de manera significativa para que me siguiera la corriente.

A pesar de no entender por qué motivo había mentido, di-jo:

—Oh, sí, sí. Fue Clarke.

—¿Cómo la conseguiste? —preguntó la directora.

—Vi cómo se le caía la tarjeta a uno de los guardias, y pen-75

sé que sería buena idea ir al almacén a por nuestras pertenencias. Asumo toda la responsabilidad, directora. Así que me gustaría que ellas dos se mantuvieran al margen de esto.

La mujer seguía mirándome analíticamente, aunque al fin pareció quedarse satisfecha con mi respuesta.

—Se agradece la sinceridad, Clarke, pero ellas también han participado en esto. ¿O acaso no estaban en el almacén contigo?

—¡Pero lo hemos hecho porque queríamos nuestras cosas, no para ocultar un cadáver! —exclamó Beth en su defensa.

—Los pacientes no tienen acceso a sus objetos personales…

—. .inmediatamente después de ingresar al hospital psiquiátrico —terminó la frase, rodando los ojos—. Sí, ya me soltó el discursito la mujer de recepción. Y me sigue pareciendo una estúpida norma, ¡pero no puede mandar a Clarke con esos maniáticos del último piso!

—No son maniáticos, son personas como nosotras.

—Entonces no le importará compartir cama con uno de ellos. —Enarcó una ceja.

—Vosotras dos tendréis que hacer servicios comunitarios

—informó, dirigiéndose a Lily y a Beth—. Realizaréis tareas de limpieza y mantenimiento en todas las instalaciones del hospital. Y no me cabree más, jovencita, porque puedo mandar-la a limpiar todos los baños de este edificio.

—Tiene que ser una broma —espetó Beth—. ¿Sabe cuántas escaleras hay en este lugar? ¡Mis tobillos se van a hinchar como dos pelotas de tenis de tanto subir y bajar! ¡Voy a envejecer más pronto que usted!

Mientras Beth parecía estar al límite del colapso, la directora se mostraba impasible. Era como si ya estuviera acostumbrada a la actitud de Beth, y eso que solo llevaba dos se-76

manas en el hospital. Me preguntaba en qué otros líos se habría metido.

—¿Y tú qué? —Beth se giró hacia Lily, indignada—. ¿No vas a decir nada al respecto?

Lily se quedó callada.

—Estupendo. —Bufó de mala gana.

—Bien, pues eso es todo —habló la directora—. Espero que no vuelva a repetirse lo de hoy. Este es un hospital psiquiátrico, no un lugar para curiosear ni corretear por ahí. Hay reglas en este lugar por una razón, y no toleraré que sean que-brantadas.

Lily y yo asentimos con la cabeza. Beth, por el contrario, se limitó a ponerle mala cara.

Me fijé en que la directora guardaba nuestras cosas en uno de los cajones bajo llave. Tuve que maldecir por lo bajo.

Por ahora, seguía sin poder recuperar el maldito bolígrafo.

—Ah, por cierto —dijo Beth de pronto—. A ese almacén le hace falta una buena limpieza. Ese sitio tiene más polvo que un libro en una biblioteca abandonada durante décadas. Incluso las ratas ya han empezado a crear hogares dentro de ese antro.

La directora la observó un momento antes de curvar los labios hacia arriba.

—Tranquila, ahora ya está usted para eso.

Beth apretó los puños a ambos costados de su cuerpo. En cuanto vi que la miraba con un profundo odio, le puse una mano encima del hombro para guiarla hasta la puerta. Los dos guardias nos escoltaron para acompañarnos a nuestra habitación.

Cuando llegamos a la puerta tras haber andado en silencio y sin protestar, el grandullón le dijo a Beth: 77

—Chivata.

—Adiós, Gordolix. —Ella sonrió ampliamente.

Se esperó a que cerrara la puerta. Nada más hacerlo, su sonrisa se borró de golpe y se acercó a mí.

—Vale, empieza a contarme cuál es el plan ahora.

Fruncí el ceño.

—¿Qué plan?

Su cara se transformó en una de completa indignación al darse cuenta de que hablaba en serio.

—¡Te he seguido el rollo porque confiaba en que tuvieses un plan B! Me niego a creer que has mentido a la directora para encubrir a ese chico.

—No me parecía justo. Técnicamente se la quitamos nosotras.

—Sí, pero técnicamente él la robó.

Solté un suspiro y me acerqué a la ventana. Tan sólo se veía el oscuro patio interno.

—Mierda, Clarke. ¿Y ahora qué?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Soltó una risa sarcástica—. Bien, pues te diré lo que va a pasar ahora. Vas a estar tantos días encerrada entre esas cuatro paredes que el tiempo comenzará a jugar con tu mente. Solo podrás saber qué hora es guiándote por la bandeja que recibas con comida. Que, si es posible, se-rá aún peor que la del comedor. Las noches se volverán una auténtica pesadilla, y los gritos de los otros pacientes serán tu único recordatorio de que no estás sola.

Parpadeé, sorprendida.

Escucharla fue como tener un choque con la realidad.

—Y tú. —Se giró hacia Lily, señalándola con un dedo índice—. No creas que me he olvidado de ti. Por tu culpa nos han 78

descubierto.

—Lo. . lo siento —murmuró, cabizbaja—. Es que me dan pánico las ratas.

—Y a mí me dan pánico los hombres y no grito cada vez que los veo.

Los ojos de Lily se desviaron hacia abajo y sus manos comenzaron a temblar, como cada vez que alguien trataba de confrontarse con ella.

—Beth, déjala en paz.

—¿Ahora la defiendes?

—No es eso, pero…

—¿Sabéis? Mejor me voy a dormir. No hay quién os entienda.

* * *

—¿Vas a hablarme de una vez? —pregunté, dejando la bandeja en la mesa.

Beth apretó los labios con fuerza, fingiendo que los cerraba con una cremallera.

Seguía enfadada conmigo por haberme asignado toda la responsabilidad a mí, aunque lo que no sabía es que en realidad formaba parte del plan.

Pero lo cierto es que no me molestaba que estuviese enfadada conmigo, sino que también lo estuviera con Lily. Después de todo, habían estado conviviendo juntas durante cierto tiempo, y me sentía mal por ello.

—Vamos, Beth. Sabes que la intención de Lily no era que nos descubrieran en ningún momento. Tú la conoces mejor que yo.

Cuando tuvo que abrir la boca para meterse una cuchara-79

da de yogurt, hizo ademán de abrirla con los dedos. Y, mientras masticaba, la cerró de nuevo.

Puse los ojos en blanco.

—Vale, lo pillo. Sigues enfadada.

Beth, de pronto, miró por encima de mi hombro y puso una mueca. Iba a girarme, pero justo en ese momento alguien se sentó a mi lado.

—Necesito la tarjeta —dijo Adler.

Beth fingió que no lo escuchaba y siguió comiendo tranquilamente su yogurt, tarareando una canción de su grupo musical favorito.

Genial, iba a tener que lidiar con esto sola.

—Hola, ¿eh? —Traté de disimular, para desviar el tema—.

Primero se salud…

—La tarjeta, Clarke —insistió con firmeza.

Vale, estaba claro que no tenía ninguna intención de en-tablar una conversación amigable.

—Esto. . bueno, yo…

Él frunció el ceño.

—¿Tú qué?

Jugueteé con la servilleta, nerviosa.

—No la tienes —dedujo con los ojos entrecerrados.

—No —murmuré.

Era difícil saber si estaba enfadado, ya que mantenía su expresión de frialdad en todo momento. Pero era evidente que no le había hecho ninguna gracia.

—¿La has perdido?

—Me la quitaron —le corregí—. Los guardias de seguridad.

Es una larga historia, pero en resumen nos pillaron en el almacén y acabamos en el despacho de la directora. Así que, al 80

final, ninguna de nosotras ha recuperado sus cosas y cada una ha recibido un castigo.

Adler giró hacia Beth para corroborarlo, ya que ella había ido conmigo. Pero, claro, ella no habló. Bueno, sí que lo hizo.

Pero no se la entendió en absoluto.

—Mhm, mhmm.

—¿Qué?

—¡Mhm, mhmmm, mhm!

—¿Y tú por qué no abres la boca?

—¡MHMMMM, MHMMM, MHMMMMMM!

Estaba segura de que la cara de confusión de Adler quedaría grabada en mi memoria bastante tiempo.

—¿Qué tipo de castigo? —me preguntó él.

—A Beth le tocará limpiar las instalaciones del hospital, y a mí me mandarán unos días a la última unidad.

De pronto, Adler se tensó de pies a cabeza. A pesar de la máscara de frialdad que siempre llevaba, detecté un deje de preocupación en sus ojos.

—¿Cuántos días?

—No lo sé.

—¿Y no se te ocurrió preguntarle?

—¡Es que me daba miedo saber la respuesta! —me excusé, aunque en realidad me daba absolutamente igual.

Cuanto más tiempo ahí, mejor. De este modo me ahorra-ría idear un plan para llegar hasta la última unidad y encontrar a Nolan Jenkins.

—¿Por qué le mentiste? —preguntó, enfurecido.

—¿Eh?

—A la directora —aclaró—. Sé que me encubriste, porque sino ahora mismo yo estaría en tu lugar.

81

Desvié la mirada hacia mi bandeja y removí los huevos revueltos con el tenedor.

—Porque es idiota —respondió Beth.

—¿No era que tú no hablabas? —Elevé una ceja.

—Solo quería añadir eso.

—¿Y tú por qué necesitas una tarjeta? —Me giré hacia Adler, cambiando de tema.

—Ya te dije que no es asunto tuyo.

Solté un suspiro de exasperación.

Mis sentidos se pusieron en alerta cuando dos guardias se acercaron a nuestra mesa, en especial al ver que uno de ellos era Marlon. Se detuvieron a una distancia prudente, detrás de Beth. Ella se limitó a

mirarlos por encima del hombro co-mo si fuesen dos mosquitos antes de seguir comiendo tranquilamente su yogurt.

—Clarke, debes acompañarnos —pronunció Marlon con voz autoritaria.

Sabía que había llegado el momento.

Me puse en pie y rodeé la mesa para dirigirme con ellos, pero entonces Beth me agarró de la muñeca. La miré con sorpresa.

—Cuídate. Aunque sigo pensando que te faltan dos neuro-nas, un hervor y un verano entero.

Marlon, impaciente, se situó a mi lado e hizo ademán de agarrarme por un brazo.

—No la toques —advirtió Adler con una expresión muy seria, lo que hizo que se lo pensara mejor y se limitara a car-raspear la garganta, impaciente.

—Tenemos que irnos.

Los miré por encima del hombro antes de seguir a los guardias hacia la salida del comedor. Con pasos determina-82

dos, atravesamos los pasillos silenciosos del hospital. A esa hora todo el mundo estaba en el comedor.

Mientras esperábamos al ascensor, Marlon le dijo al otro guardia:

—No te preocupes, ya me encargo yo de ella.

No. No. No.

Miré al otro hombre con ojos suplicantes, pero no pareció notarlo. Asintió con la cabeza y se alejó por el pasillo. Mi corazón comenzó a latir desbordado cuando entramos en el ascensor y me quedé

completamente sola con él. Era la última persona con la que quería estar a solas.

En cuanto las puertas se cerraron, cada segundo se me hizo eterno. Me resultó extraño que no aprovechara ese momento a solas y permaneciera inmóvil a mi lado. Acabábamos de subir la primera planta, y por ahora…

Marlon se abalanzó tan deprisa sobre mí que no lo vi venir, a pesar de desconfiar en él. Me empotró contra la pared, reteniéndome con su antebrazo por el cuello. Solté un gemido, dolorida, cuando noté un latigazo de dolor en la columna vertebral.

—No creerás que por tener a ese guardaespaldas rubio vas a librarte de las consecuencias, ¿no?

—La directora ya se ha encargado de eso, así que déjame en paz —le pedí, tratando de zafarme de su agarre.

Una de sus comisuras se elevó.

—No me refiero al castigo que te ha asignado ella, sino al mío.

Marlon apretó su antebrazo con más fuerza, haciéndome sentir que mis pulmones no podían llenarse de aire. A pesar de su apariencia tranquila, ahora se veía completamente desquiciado.

83

Alcé la mirada hacia la pantalla que te indicaba el piso en el que estabas. Aún íbamos por la planta tres. En un impulso desesperado, traté de darle una patada en la entrepierna, ya que eso siempre funcionaba en los hombres, pero se apartó a tiempo.

Marlon soltó una risa que retumbó en mis oídos y acercó su rostro al mío.

—¿No querrás que esa parte de mi cuerpo se quede sin utilidad cuando aún no has tenido el placer de probarla, verdad? —me susurró al oído.

—Das asco.

—Pero así os gustan los hombres, ¿no? Sucios. Como vosotras en la cama.

—Suéltame —le supliqué a duras penas.

Él sonrió aún más.

—Tienes un carácter fuerte, eso me gusta. Seguro que eres indomable en la cama, pero aquí no te servirá de mucho.

Sentí una oleada de pánico. Ya ni siquiera podía pensar con claridad. Me estaba comprimiendo la garganta, por lo que ya me era imposible hasta hablar.

Cuando comencé a ver puntos negros y creía que en cualquier momento me desmayaría, Marlon bajó su brazo. Me deslicé hasta el suelo y comencé a toser, permitiéndome recuperar el aliento de nuevo.

—Ya no eres tan valiente, ¿eh? —escuché que decía.

Las puertas se abrieron de nuevo y me levantó sin dejarme tiempo para recuperarme del todo.

Comenzamos a caminar por un pasillo que parecía bastante más oscuro y tenebroso que el de las otras plantas, y se detuvo en una de esas puertas de metal antes de abrirla con su tarjeta. Me empujó bruscamente para que entrara.

84

La habitación estaba iluminada con una luz fluorescente fría y desagradable. Tan sólo había una cama individual en medio, un retrete en una esquina y un lavamanos con un espejo encima. El espacio era extremadamente reducido, con una ventana pequeña y protegida por barrotes, y estaba tan alta que ni siquiera saltando podría alcanzarla para ver el exterior.

—Disfruta de la celda, porque me voy a encargar de que pases el resto de la estancia aquí.

Tras decir eso, cerró la puerta con más fuerza de la necesaria, dejándome sola en ese espacio claustrofóbico.

—Lástima que eso es justo lo que quiero, imbécil —mascullé en voz baja.

Me acerqué al espejo y acaricié mi cuello mientras veía cómo se me estaban empezando a formar rojeces. Dejé salir un suspiro y me lavé el rostro con agua fría.

Estaba tan agotada que decidí tumbarme un rato, y cuando desperté ya había oscurecido. Lo supe por la única ventana que había.

Mientras me incorporaba, mis ojos recorrieron la oscura habitación y se detuvieron en una bandeja en el suelo, con comida igual de apetitosa que la del comedor y un vaso de agua.

Me levanté y cogí el vaso para darle un sorbo. Estaba se-dienta. Sabía que la alimentación y el estado físico eran cruciales para mantener mi energía, así que me obligué a probar ese trozo de carne reseca que me habían puesto. Arrugué la nariz mientras lo masticaba. Estaba más duro que una jodida piedra.

Cogí la servilleta para limpiarme, pero apenas lo hice me detuve en seco al ver que había un papel doblado debajo de ella. Con cuidado, lo desplegué y leí el mensaje que había es-85

crito a mano. Decía:

"Debajo del colchón tienes una tarjeta metálica"

Solo se me ocurrió una persona; Beth.

Una sonrisa iluminó mi rostro mientras agradecía a quien fuese que estuviese ahí arriba por haberme puesto en mi camino a una chica tan ingeniosa como ella.

Levanté el colchón y vi que, efectivamente, había una tarjeta. Estaba pegada a los barrotes de la cama con cinta adhesiva. La arranqué y me la guardé en el bolsillo.

Hice además de recostarme de nuevo y esperar a que llegara el día siguiente para que me mandaran a terapia, ya que estaba aquí para eso, pero me quedé inmóvil cuando a mis espaldas escuché el chasquido de la puerta abriéndose.

Tragué saliva con fuerza, notando cómo un nudo se cerraba en mi garganta.

No me atrevía a girarme por miedo a que la persona que acabara de entrar fuera Marlon. Pero, para mi sorpresa, cuando finalmente reuní el valor para mirar detrás de mí, vi que no había entrado nadie, y ahora la puerta estaba abierta un palmo.

Con pasos titubeantes, me acerqué a la puerta y, con cuidado, la abrí del todo para que pudiera salir. El pasillo estaba desierto y sumido en un silencio inquietante.

—¿Beth? —susurré.

Tenía que ser ella quien me había abierto, pero no sabía a dónde demonios se había metido. Tal vez se había escondido en alguna habitación vacía. Así que, tras asegurarme de que realmente no había ningún guardia por la zona, cerré mi puerta para no levantar sospechas y comencé a andar sigi-86

losamente. Como tenía la tarjeta metálica, podría abrirla de nuevo en cuanto regresara.

—Beth, ¿estás ahí? —inquirí en voz baja mientras revisaba las habitaciones, una por una.

Cuando llegué al final del pasillo, bajé las escaleras y le eché un rápido vistazo a las otras plantas, pero no había nadie. Estaba convencida de que era por el cambio de turno.

Chica lista.

Finalmente llegué a la primera unidad, donde había estado al principio. Crucé la sala vacía y, cuando pasé por el pasillo que conducía al despacho de la directora, mis pies se detuvieron solos. Saqué la tarjeta de mi bolsillo y la observé unos momentos, pensativa. Si quería recuperar mi bolígrafo, esta era la oportunidad.

Mientras me debatía sobre si hacerlo o no, vi por el rabillo del ojo una sombra proyectada en la pared que se estaba acercando. Me oculté detrás de una de las paredes y asomé lentamente la cabeza.

Apreté los dientes con fuerza al ver cómo Marlon se reía a carcajadas mientras sostenía un móvil en su oreja. No se había dado cuenta de que estaba ahí.

—¿Te hiciste a esa? ¿En serio? Te consideraba más listo, hermanito —se mofó con sarcasmo.

Tuve que contenerme para no salir de mi escondite y a-porrearlo de guantazos hasta que aprendiera a hablar de las mujeres con respeto.

—Algún día pásate por aquí, y verás por qué motivo cogí este trabajo. Las chicas son unos bombones. Ya sabes el dicho, hermanito, las más guapas son…

Dejé de escuchar lo que decía en cuanto se alejó por el pasillo, y en parte lo agradecí. Dudaba que pudiese seguir escuchando esa conversación sin intervenir.

87

Miré por encima del hombro antes de decidirme y adentrarme en el pasillo para llegar al despacho. Una vez plantada delante de la puerta, dudé un poco.

¿Y si había cámaras de vigilancia?

Colarse en el despacho de la directora sería motivo suficiente de expulsión. Aunque, pensándolo mejor, Adler también lo había hecho —por un motivo que aún desconocía—.

Así que, en teoría, no debería haber ningún problema.

Con el corazón latiendo con fuerza, entré en el despacho.

La luz de la luna se filtraba por las persianas entreabiertas, proporcionando un poco de luz entre la penumbra. Rodeé la mesa y empujé el cajón para abrirlo, pero algo me lo impidió.

Estaba cerrado con llave.

Mierda, ¿cómo no había caído antes?

Examiné el lugar en busca de cualquier objeto útil que pudiera usar para manipular la cerradura. Sabía que no había tiempo que perder, así que abrí todos los cajones que no estaban cerrados bajo llave y registré las estanterías del escritorio, pero sólo había libros, carpetas y documentos.

Esto no era como en las películas, donde encontrabas una horquilla o un clip y conseguías manipular la cerradura. Esto era la realidad, y la realidad es que estaba jodida.

Solté un suspiro de frustración y me llevé las manos a la cara, tratando de mantener la calma y pensar. Seguramente la directora tenía las llaves a mano, pero todo el mundo tiene una llave de repuesto por si pierde la otra. Solo tenía que encontrarla.

Me acerqué a la estantería y la inspeccioné detalladamente. Todos los libros que había tenían polvo en los lomos. Estaba claro que hacía mucho tiempo que no los leía.

Pero había uno que estaba sorprendentemente reluciente, como si lo hubiese cogido varias veces. Era el libro que la 88

directora colocó bien al estar ligeramente salido hacia afuera cuando estábamos esa madrugada en su despacho.

Me puse de puntillas para cogerlo. Sonreí victoriosamente cuando abrí la tapa y vi una pequeña llave.

—Muy astuta, directora —murmuré.

Con la llave a mano, me agaché para colocarla en la cerradura. Encajaba perfectamente. La giré y al fin el cajón se abrió.

Ahí estaba mi bolígrafo.

Lo guardé en mi bolsillo y dudé un momento antes de coger también la cámara de Beth. Me apresuré en dejar el libro junto con la llave donde estaba. No iba a dejarlo así, sería demasiado evidente que alguien había estado aquí.

Salí del despacho tan rápido que choqué con el cuerpo de una persona. Alcé la mirada, alarmada.

—¡Beth! —exclamé en un susurro de alivio, poniéndome la mano en el corazón.

—¡Clarke! ¿Qué. .? ¿Qué haces aquí?

Me barrió con la mirada de arriba a abajo con la boca completamente abierta.

—¡Te estaba buscando! Mira, no sé cómo has conseguido que llegase esa nota a mí, pero no quiero saberlo.

La adrenalina todavía fluía por mis venas, así que comencé a hablar sin parar.

—Seguro que has chantajeado a Tontolix y a Gordolix para que lo hicieran. —Sonreí, pues casi que podía imaginármela—. Cada vez me sorprendes menos, todo hay que decirlo.

—Clarke…

—Pero bueno, lo importante es que he podido recuperar mi bolígrafo. Era de mis padres, ¿sabes? Le tengo mucho cariño.

89

—Clarke…

—¡Ah, y también tengo tu cámara! —Se la mostré, alegremente—. ¿No es genial? Al principio pensaba que saldría por segunda vez con las manos vacías, pero resulta que la llave estaba en…

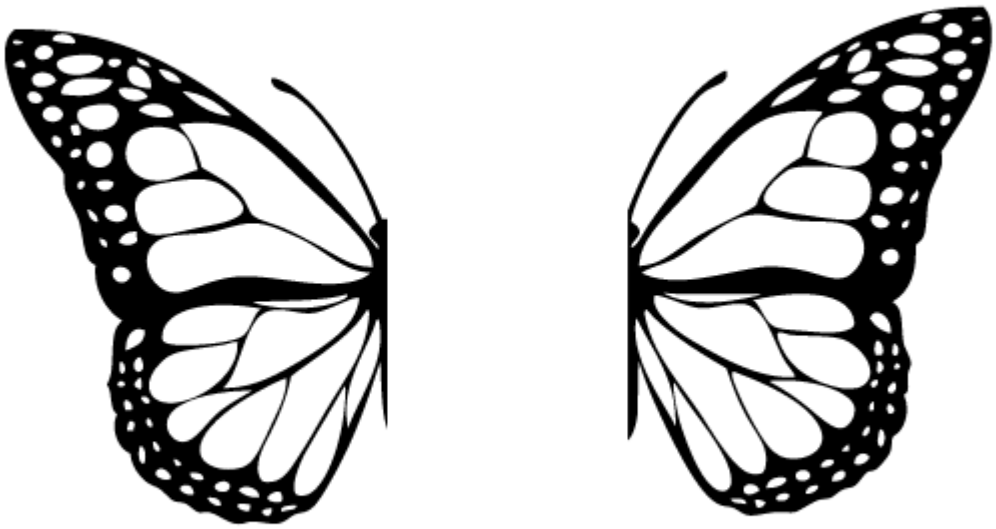
—¡Clarke!

—¿Qué?

Mi sonrisa se desvaneció poco a poco al darme cuenta de que no parecía igual de contenta que yo. Es más, me estaba mirando con el ceño completamente fruncido.

—¿Qué nota?

90



5

—¿Qué nota, Clarke? —insistió al ver que me había quedado en blanco.

—Pensé que tú. . —Sacudí la cabeza—. No importa.

Estaba convencida de que tenía varias preguntas en mente, pero se las guardó para otro momento al escuchar unos murmullos procedentes del pasillo por el que se llegaba a la sala donde estábamos.

Nos miramos a la vez, alarmadas.

—Escóndete en el despacho, rápido —dictaminó—. Yo los distraeré.

No tenía otra alternativa, así que entré de nuevo y cerré la puerta, quedándome detrás de ella.

Beth comenzó a tararear una canción de su grupo musical favorito mientras yo me mantenía en completo silencio.

—¡Anda, pero si son los personajes de cómics! —exclamó ella.

—¿Qué haces aquí? —reconocí la voz del grandullón.

91

—Es que no tengo nada mejor que hacer a las dos de la madrugada que ponerme a limpiar todo el hospital —objetó con sarcasmo—. ¿Tú que crees? Estoy cumpliendo el castigo de nuestra queridísima directora.

—No puedes estar cerca de su despacho.

—¿Es que guarda el Santo Grial ahí dentro o algo así?

—Largo. Ahora.

—Vale, vale. No seas tan cascarrabias, Gordolix.

—¡Deja de llamarme así!

El sonido de las ruedas del carro de limpieza deslizándose por el suelo llegó a mis oídos, pero luego, todo se quedó en un extraño silencio. Había escuchado a Beth irse, pero no a los otros dos.

Oh, no.

Cuando comprendí las intenciones que tenían, me separé de la puerta. Justo en ese momento escuché el característico click al pasar la tarjeta por el lector. Llegué a tiempo para deslizarme por el suelo y esconderme debajo del escritorio.

Se quedaron en el umbral de la puerta, revisando con las linternas el interior del despacho, supuestamente vacío.

—No hay nadie, vamos —dijo el delgaducho en voz baja.

—Espera.

Sus pasos empezaron a resonar. Permanecí completamente quieta, casi sin respirar. Pegué mis rodillas lo máximo que pude contra mi pecho cuando uno de ellos, el delgaducho, se acercó peligrosamente a mi escondite.

Los pasos se detuvieron justo delante del escritorio, tan cerca que sus botas por poco chocaron con mis bambas. Mi corazón latía con tanta fuerza que temí que se escuchara entre el silencio abrumador. Traté de no moverme ni un centímetro cuando se apoyó en la mesa.

92

El grandullón se aproximó al ventanal que ofrecía unas vistas del oscuro y sombrío bosque que nos rodeaba. Se quedó unos instantes quieto, con aire pensativo.

—¿Sabías que dicen que este hospital está maldito?

—¿M-maldito? —repitió el delgaducho.

Asintió con la cabeza.

—A veces, cuando estoy solo en el turno de noche, siento como si alguien estuviera observándome.

Fruncí el ceño. Yo también había experimentado esa sensación desde que llegué al hospital.

—Algunos afirman haber visto cosas inexplicables en este lugar —prosiguió—. Sillas de ruedas que empiezan a despla-zarse como si

alguien las estuviese empujando, libros que caen solos de las estanterías, y puertas que se abren y se cierran sin razón.

—Serán mitos y leyendas.

—No, amigo, lo he visto con mis propios ojos. —Lo miró unos segundos, fijamente—. Una vez, durante mi turno de noche, estaba patrullando el ala de cuidados intensivos, cuando de pronto la luz que tenía justo encima de mí empezó a parpadear. Al principio no le di importancia, el mantenimiento de este lugar deja mucho que desear. Hasta que a la noche siguiente se repitió, después de haber venido el equipo técnico a revisar las luces y decirme que estaban en perfecto estado.

El delgaducho tragó saliva ruidosamente mientras lo escuchaba atentamente.

—A medida que avanzaba por el pasillo, una luz nueva comenzaba a parpadear. Pero tuve que detenerme al ver que una de las puertas estaba semiabierta. Me pareció extraño, ya que nadie de esa unidad puede salir de noche.

Me sumergí tanto en su conversación que por un mo-93

mento se me olvidó que ellos no sabían que yo estaba aquí.

—Lo que vi. . —Negó con la cabeza, su mirada estaba perdida en la distancia, como si estuviera recordando algún evento aterrador del pasado—: no se me va a olvidar jamás.

—¿Qué viste? —inquirió el delgaducho en un susurro.

Soltó un suspiro.

—Una chica. Se había ahorcado con las sábanas de su ca-ma. Estaba colgada del techo. Sus pies no tocaban el suelo, y su

pequeño cuerpo se balanceaba ligeramente. Su rostro pálido y desencajado estaba oculto bajo su largo cabello.

Me estremecí al escucharlo, tratando de borrar la imagen de mi cabeza que había descrito. El relato parecía sacado de una película de terror, y la atmósfera en la habitación se volvió aún más opresiva mientras el despacho seguía a oscuras, tan solo iluminado por la luz que provenía del exterior.

—¿No te parece extraño que sea el hospital con más suicidios registrados en el país?

Espera, ¿qué?

Si eso era cierto, iba a matar con mis propias manos a Foster por haberme enviado en un lugar como este.

—¿Me tenías que contar esto a la noche? —cuestionó el delgaducho, aunque su voz sonaba aún más aguda.

Su compañero se encogió de hombros.

—Entonces. . ¿crees que hay d-demonios que les quitan la vida a los p-pacientes?

Miré a mi alrededor, asustada, como si esperara ver algo anormal en cualquier momento.

—Quién sabe, pero está claro que aquí pasa algo —afirmó en un susurro, su voz cargada de inquietud—. Tal vez es un lugar tan triste y sombrío que acaba consumiendo a las personas. O tal vez las almas de aquellos que se quitaron la vida 94

aún vagan por aquí e intentan convencer a los demás de que también lo hagan.

Esa suposición quedó suspendida en el aire.

—¿Y si le proponemos a la directora que contrate a un exorcista?

El grandullón soltó una carcajada y rodeó la mesa para dirigirse a la puerta.

—No digas gilipolleces.

—¡Te recuerdo que eres tú el que ha dicho que existen fantasmas! —exclamó, separándose de la mesa para seguirle a trompicones.

—¡Yo no he dicho eso!

—¡Pero lo has insinuado!

—¡Si le decimos eso a la directora nos mandará un psiquiatra en lugar de un exorcista, idiota!

Los escuché alejarse por el pasillo mientras seguían discutiendo. Cerré los ojos y dejé salir todo el aire que había retenido.

Salí de mi escondite, todavía pensando en lo que acababa de oír. No era fácil de digerir que acababa de infiltrarme en el hospital psiquiátrico con más suicidios registrados. Solo deseaba que durante estos dos meses no presenciara ninguno.

Dejé la cámara encima de la mesa y saqué el bolígrafo de mi bolsillo. Desenrosqué la parte superior y, con cuidado, sacudí el bolígrafo. En mi palma de la mano cayó lo que parecía un imán del tamaño de una lenteja.

Justo antes de mi ingreso, Foster me había enviado una imagen detallada por dentro de cómo era el bolígrafo.

En la parte inferior, cerca de la punta, había un pequeño micrófono y altavoz integrados en la carcasa que me permi-tirían poder comunicarme a través de él. El sonido se trans-95

mitiría al equipo de Foster, y el pinganillo me permitiría a mí escucharlos. En uno de sus extremos tenía un botón dis-creto, en la parte superior, para encender y apagar el intercomunicador cuando fuera necesario.

Con manos temblorosas, me coloqué el pinganillo en mi oreja y encendí el intercomunicador con el botón.

—Inspector, soy Jules. ¿Me oye? —susurré en voz baja.

El silencio en el otro extremo del pinganillo era ensordecedor. Las interferencias se mezclaban con mi respiración entrecortada mientras esperaba una respuesta del inspector.

Cada segundo que pasaba aumentaba la tensión en la habitación. Podía sentir la ansiedad acumulándose en mi pecho.

—Exijo una respuesta inmediata. No tengo mucho tiempo.

Cuando encendía el botón, emitía una señal a la comisaría central de Harpers Ferry, donde se trasladaba la conexión directa con el móvil de Foster. Pero comencé a temer que algo hubiera salido mal o que el inspector no estuviera en condiciones de comunicarse. Tal vez lo tenía apagado o no podía hablar en esos momentos.

—Inspector, necesito que. .

—Señorita Miller, me alegra escucharla —oí a través del pinganillo.

Dejé salir el aire, aliviada.

—Menos mal —murmuré.

Eché una ojeada a la puerta para asegurarme de que no hubiese nadie.

—¿Ha descubierto algo ya del asesino?

—No, pero mañana iré a una terapia grupal. Tal vez al fin pueda verlo.

—¿Al fin? —repitió, incrédulo—. ¿No lo ha visto aún?

Cerré los ojos y apreté los labios. No le iba a gustar en ab-96

soluto lo que le contestaría ante eso.

—No —admití—. No está en ningún área común que me dijo.

—Eso no es posible.

—Sí que lo es. En la unidad de tratamiento residencial no dejan salir a los pacientes.

Guardé silencio, esperando cualquier tipo de reacción por su parte. Pero lo único que obtuve fue un denso silencio que me reveló de alguna forma que no era la primera vez que escuchaba esa afirmación.

—Espere, ¿usted lo sabía?

—Jules. .

—¿En cuántas cosas más me ha mentido? —Sentí cómo mi sangre hervía con cada palabra que pronunciaba—. ¿Hay algo más que deba saber?

Se escuchó un suspiro.

—Cuando dudó sobre si aceptar el caso o no, supe que debía hacerle ver que era mucho más fácil de lo que en realidad es. Por supuesto que no lo va a encontrar en áreas comunes, esos pacientes son demasiado peligrosos como para dejar que vayan deambulando por el hospital. La tomaba por una mujer más lista, señorita Miller.

Apreté los dientes con fuerza.

—Me habría facilitado enormemente la tarea si me hubiese dicho la verdad desde el principio.

—Lo sé, pero debía asegurarme que aceptaba ese caso. Es de suma importancia.

—¿Sabe que es de suma importancia? La verdad. Porque sin ella no se va a ninguna parte. Me ha enviado al hospital psiquiátrico con la tasa de suicidios más alta del país. ¿También pensaba decirme eso?

97

Silencio de nuevo.

—Eso no debería incordiar en su misión.

—¿Que no debería incordiar? —repetí, cada vez más furiosa—. ¿Qué hay de mi salud mental? ¡Esta es mi vida, no una simple misión! Estoy atrapada en el mismo lugar que el asesino más temido del país y con una tasa de suicidios alarmante. Eso no es solo un incordio, ¡es una maldita locura!

Rece para que el agente Baker no se entere de esto, porque sino le aseguro que es hombre muerto.

—Esos son riesgos que tiene que asumir como investigadora privada. Sabe que trabaja en casos delicados y a menudo peligrosos.

—Aún así, no puedo hacer mi trabajo si no me proporciona información precisa.

—Lo sé, y lamento haberle ocultado algunos detalles. Pero ahora que ya está allí, debe seguir adelante. Sé que puede hacerlo. Mantén la cabeza fría y recuerde que estamos detrás de un asesino muy peligroso. Si descubre algo importante, contácteme de inmediato. Ahora, céntrese en su tarea y ten cuidado.

—Pero. .

Me corté a mí misma cuando escuché unas interferencias.

Me había colgado.

Me quité el pinganillo de mala gana y lo inserté de nuevo en el bolígrafo, guardándomelo en el bolsillo. Solté un suspiro y me apoyé en la mesa para inspirar aire. Todo el plan se estaba descarrilando.

—¿Con quién hablabas?

Levanté la cabeza de golpe. Beth estaba en el umbral de la puerta, observándome con una ceja enarcada.

—Con. . con nadie, estaba hablando sola. Supongo que es-te lugar te vuelve loca.

98

Mentí en lo primero. En lo segundo no tanto.

—Cuando he visto que han entrado en el despacho y no salían, pensé que te habrían pillado.

—Tranquila, se me da bien pasar desapercibida.

Salí del despacho acompañada de Beth, la cual sonrió ampliamente cuando al fin tuvo la cámara en sus manos.

Mientras andábamos por los oscuros pasillos, no pude evitar estremecerme al recordar lo que habían estado co-mentando esos guardias de seguridad. Miré por encima de mi hombro, desconfiada.

—¿Crees en los fantasmas? —pregunté repentinamente, haciendo que me ganara una mirada incrédula por parte de Beth.

—¿A qué viene esa pregunta?

—He oído decir que este hospital está maldito.

—¿Y tú te lo crees? —Soltó un bufido.

—No, pero. . no sé. A veces me siento observada.

—Eso es porque el encapuchado se la estará cascando por ahí cuando te ve.

Volteé los ojos.

Una vez llegamos a las escaleras, nos dividimos para ir ca-da una a nuestra respectiva habitación. Subí las escaleras a paso rápido, atenta en todo momento por si debía ocultarme de algún guardia. No pude evitar echarle ojeadas a mis espaldas, sintiendo la familiar sensación de que alguien me observaba. Los latidos de mi pulso parecían aumentar de intensidad con cada peldaño que ascendía.

Mi corazón dio un vuelco cuando una mano cubrió mi boca, amortiguando el grito que pegué por el susto. Mi respiración se entrecortó mientras mis ojos se abrían con sorpresa y mi espalda chocaba contra la pared.

99

Al tenerlo de frente, me encontré con un encapuchado amargado.

—i¿Estás loco?! —exclamé en un susurro nervioso, dándole un empujón.

Aunque lo hubiese hecho con todas mis fuerzas, apenas conseguí moverlo un centímetro, lo que hizo que me cabrea-ra aún más.

—Eso debería preguntarte yo. ¿Qué haces deambulando por el hospital a estas horas? ¿Cómo has logrado salir de tu habitación?

Me crucé de brazos, poniéndome a la defensiva.

—No es asunto suyo. —Enarqué una ceja, imitando la respuesta que solía darme él.

—En realidad, sí que lo es. Si has salido, es porque muy probablemente hayas conseguido una tarjeta metálica, lo que significa que muy probablemente la tengas encima ahora mismo.

Lo miré, desconcertada.

¿Él tampoco me había dejado esa nota? Confié en que, si no había sido Beth, sería él. Ya que no conocía a nadie más en este hospital. Al menos, a nadie más con intenciones de ayudarme y no joderme la estancia aquí.

Pero, entonces. . ¿quién había sido?

Chasqueó los dedos muy cerca de mi rostro al ver que me había quedado unos segundos pensativa.

—¿Vas a dármela o no?

—¿Eh?

—La tarjeta.

—¿Por qué iba a dártela?

—Me debes una, ¿recuerdas?

—Pues no puedo darte esta, lo siento. ¿Cómo voy a entrar 100

a mi habitación, sino?

—Eso no es problema mío.

Entreabrí los labios, lista para recriminarle lo muy capullo que solía ser conmigo. Sin embargo, cambié de opinión en el último momento,

y en lugar de iniciar una discusión, simplemente solté un suspiro y dije:

—Está bien.

Adler alzó una ceja. Supongo que no se esperaba que terminara cediendo.

La saqué del bolsillo y se la extendí para que la cogiera, pero justo cuando iba a hacerlo la aparté a tiempo para que quedara su mano suspendida en el aire como un idiota.

—Pero solo si me dices para qué la quieres —añadí.

—¿No puedes dármela y ya está?

—No. Contesta.

—Eres una entrometida. ¿Te lo han dicho alguna vez?

—¿Es para volver de nuevo al despacho de la directora?

—le interrogué, ignorando su comentario.

—Sí —admitió.

—¿Y qué buscas ahí?

Tensó la mandíbula.

Pasaron varios momentos de silencio, lo suficiente como para hacerme pensar que tal vez nunca obtendría una respuesta. Pero finalmente lo hizo:

—El archivo de mi hermana.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Tienes una hermana?

—Tenía —corrigió—. Murió hace un año.

Por primera vez, pude ver una pizca de dolor en su habitual rostro frío e inexpresivo.

101

—Lo siento mucho. ¿Era paciente de este hospital?

Asintió.

—¿Qué le pasó? —pregunté con suavidad.

—Se suicidó.

Tragué saliva con fuerza.

—¿Y por qué necesitas su archivo?

—Porque estoy convencido de que mi hermana no se suicidó, sino que la mataron.

Fruncí el ceño, confusa.

—¿Pero, quién. .?

—Nolan Jenkins.

Mi corazón se detuvo al escuchar ese nombre.

—Ese hijo de puta es un asesino que se divierte matando a chicas jóvenes —agregó, su voz cargada de dolor—. No piensa que esas chicas son la hermana, la madre o la hija de alguien.

Lo encerraron en este hospital para proteger a la sociedad, pero ni siquiera aquí estáis a salvo vosotras.

—¿Han habido homicidios aquí dentro?

No me quedaba constancia de eso. No leí ni una sola noticia donde se informara de los múltiples asesinatos que supuestamente se dieron en este hospital.

—No, suicidios.

—¿Estás insinuando que detrás de todas esas muertes es-tá ese asesino?

—No lo estoy insinuando. Es una realidad.

—Adler, entiendo que quieras encontrar a un culpable, pero. .

—¡No es eso! —gritó, haciendo que diera un respingo.

Los dos volteamos hacia ambos lados para asegurarnos de que no nos hubiese escuchado nadie.

102

Mis ojos se encontraron con los suyos de nuevo. Podía ver la frustración en su mirada, como si estuviera luchando contra su propia impotencia.

—No es eso —repitió, esta vez más calmado—. Es demostrar que mi hermana no eligió quitarse la vida. Es hacer justicia por ella y por todas las personas que han sido víctimas de ese cabronazo. No puedo permitir que quede impune. Pero, sobre todo, no puedo permitir que nadie más sufra como ella sufrió. No pude hacer nada por ella, pero por vosotras sí.

Se me encogió el corazón escucharlo. Yo no tenía hermanos, pero no podía ni imaginarme el dolor que se sentiría perder a una persona que has visto crecer durante toda tu vida. Tal vez por eso siempre tenía una expresión fría en su rostro, porque supongo que eso es lo

que pasa cuando pierdes a alguien, que se lleva una parte de ti que jamás vuelves a recuperar.

—Te acompañaré a la habitación para que puedas usar la tarjeta, y una vez esté abierta me la darás.

Sin darme pie a poder decir nada más, comenzó a caminar por el pasillo.

—¡Espera!

Detuvo sus pasos y me miró por encima del hombro.

—Te acompaño.

—No. Esto no va contigo.

A mi también me interesaba ver esos archivos, porque si Nolan había matado a todas esas chicas y lograba obtener pruebas sobre ello, sería un motivo suficiente para llevarlo ante la justicia.

—¿En serio vas a subir cuatro pisos para luego volver a bajarlos? Por no decir que es bastante complicado que suce-da eso sin que algún guardia te haya visto por el camino.

Mi rostro se iluminó cuando pasó por mi lado y bajó las 103

escaleras para llegar al primer piso.

—Borra esa sonrisa —escuché que decía, haciendo que la ensanchara todavía más.

* * *

—Te hubiese caído bien.

—¿Eh?

—Mi hermana —aclaró—. Me recuerdas un poco a ella.

Siempre tan persistente con todo.

—Entonces supongo que sí. Seguro que hubiésemos acabado haciendo un complot contra ti.

Percibí una sombra de sonrisa en su rostro.

—¿Cómo se llamaba?

—Alyssa.

Adler siguió caminando por el pasillo en silencio. Parecía perdido en sus pensamientos.

—Era de esas personas que son tan buenas e inocentes que te enfadas porque no tienen ni una pizca de maldad. Y

en este puto mundo, con tanta gente mala, no puedes ser así.

Porque se acaban aprovechando de ti aunque no lo merez-cas.

Asentí, dándole la razón.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Supongo —contestó, indiferente.

—¿Por qué estabais los dos en el mismo psiquiátrico?

Adler suspiró antes de responder.

—Ambos compartíamos un pasado difícil. Nuestros padres murieron cuando éramos jóvenes, y fuimos separados. Yo terminé en una serie de hogares de acogida y, después, en el 104

sistema de justicia juvenil por algunas decisiones equivocadas que tomé en mi adolescencia. Ella, por otro lado, fue a-doptada por una familia, pero nunca perdimos el contacto.

» Creíamos que la única manera para volver a estar bien era reuniéndonos de nuevo. Así que ideamos un plan. Soli-citamos una evaluación de trastorno de estrés postraumáti-co para entrar en el mismo hospital psiquiátrico de forma voluntaria. Era la única manera de volver a estar juntos. Y

funcionó, pero lo que no esperábamos es que a ella se le permitiera entrar, pero a mí no.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué? Los dos teníais el mismo derecho a ingresar.

—Por lo que me explicaron, apenas tenían habitaciones vacías. La mayoría estaban ocupadas por pacientes, por lo que solo podíamos acceder uno de los dos, y consideraron que ella era la que necesitaba más urgentemente ingresar al hospital.

—¿Y entonces cómo acabaste aquí?

—Después de que Alyssa ingresara al hospital, la iba a visitar siempre que se me permitía y hablábamos tanto que siempre tenían que venir los guardias de seguridad para cortarnos. Pero, a medida que pasaban las semanas, empecé a sospechar que algo andaba mal. Ya no quería verme con tanta frecuencia, y sus llamadas eran cada vez más cortas.

» Finalmente, un día, llamé al hospital y me dijeron que Alyssa había intentado suicidarse, y que era mejor que dejára-mos de vernos para no interferir en su tratamiento. Eso me dejó. . —Negó con la cabeza —: destrozado.

Escuché cada palabra que decía con suma atención.

—Hasta que un día recibí esa llamada que nos da tanto miedo recibir. Era el hospital informándome que Alyssa había intentado quitarse la vida nuevamente, pero esta vez lo había 105

conseguido.

Pude sentir el dolor.

—Al principio me sentí impotente y devastado por no haber llegado a tiempo y no haber visto antes las señales. Hasta que me enteré de que mi hermana estaba en el mismo hospital psiquiátrico que Nolan Jenkins, y entonces me obsesioné en investigar el caso por mi propia cuenta.

Hizo una pausa.

—Nadie hacía nada, todo el mundo daba por hecho que mi hermana había tenido razones más que suficientes para quitarse la vida. Pero yo estaba convencido de que no era así.

» Por todas las veces que me decía que iba a casarse en una playa paradisíaca, aunque ni siquiera tuviese novio. Por todas las veces que me confesaba que quería tener cuatro hijos y que todos fueran chicos porque, según ella, tienen que afrontar menos problemas que las chicas. Por todas las veces que me aseguraba que sería veterinaria y que llenaría su casa de animales rescatados. Por todas las veces que me hablaba de los planes de futuro que tenía. Así que, no. Me negaba a pensar que mi hermana renunció a todo eso.

Sentí un nudo en la garganta al darme cuenta de que había sido una chica muy ambiciosa. Era triste pensar que no pudo llegar a cumplir todo lo que se había propuesto.

Antes de que pudiera reaccionar plenamente ante la situación, Adler me rodeó la cintura, acorralándome con su cuerpo en un rincón oscuro. Mis ojos parpadearon reiteradas veces, sorprendida. Entonces vi que dos guardias pasaban de largo, charlando como si nada. Ni siquiera habían sospechado de que estábamos aquí.

Nuestros rostros estaban tan cerca que pude sentir su cálido aliento mezclándose con el mío. Cada vez que me fijaba en esos ojos

verdes, tenía más claro que los había visto 106

en alguna otra parte.

Se aclaró la garganta y se separó al darse cuenta de que había mantenido sus manos en mi cintura.

—Tenemos que movernos, no podemos quedarnos aquí.

Asentí con la cabeza, porque no me salía la voz.

Seguimos cruzando con cautela los pasillos del hospital hasta que llegamos a esa pequeña sala. Saqué la tarjeta metálica y abrí la puerta con ella. Segundos después, estábamos los dos en el despacho.

—Vale, ahora falta lo más difícil. La directora tiene todos los archivos guardados en un cajón bajo llave. Así que hay que encontrarla. La última vez no lo conseguí, estuve bastante rato buscándola hasta que tuve que irme. La verdad es que fue una auténtica pérdida de tiempo y. .

Se cortó a sí mismo cuando me siguió con la mirada mientras me dirigía hacia la estantería, sacaba uno de los libros de la estantería y cogía la llave que había oculta dentro.

Me miró con la boca muy abierta.

—¿Cómo. .? ¿Cómo demonios la has encontrado?

—Mi padre siempre decía que tenía cualidades para ser investigadora privada —me limité a decir, encogiéndome de hombros

—¿Y lo fuiste?

Lo miré de reojo mientras me agachaba e insertaba la llave.

—No. Opté por una carrera más convencional. Trabajé en marketing durante unos años antes de. . antes de todo esto

—respondí, manteniendo mi voz en un susurro y tratando de que sonara creíble.

—¿Por qué estás aquí?

—Mis padres fallecieron en un accidente de coche, y su-107

pongo que no supe gestionar del todo la situación.

Adler asintió, y una expresión de comprensión cruzó su rostro.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste antes de. . bueno, de todo esto?

Se apoyó en la mesa, cruzándose de brazos, mientras yo estaba a su lado buscando los archivos.

—Yo era un chico muy conflictivo en mi adolescencia

—contestó Adler, con un tono de voz que revelaba cierta pesadez en su pasado—. Perdí a mis padres a una edad tem-prana y eso me dejó bastante jodido. Me metía en problemas, andaba con la gente equivocada, y cometí errores que me persiguieron durante años.

» En los hogares de acogida la cosa no mejoró. Cambiaba de hogar con frecuencia y no lograba congeniar con nadie, ni siquiera con mis cuidadores. Me convertí en un niño problemático al que nadie quería abrirle las puertas de su casa, así que cuando cumplí los dieciocho años me fui a vivir solo. Hacía pequeños trabajos mal pagados y apenas lograba llegar a fin de mes. Créeme cuando te digo que lo mejor que me ha podido pasar es estar aquí.

Lo miré unos segundos tras confesarme eso último. Tenía que ser muy triste que tu vida fuese tan difícil que lo mejor que te podía haber pasado era acabar en un sitio como este.

—¿Has encontrado algo ya? —me preguntó, en un intento por cambiar de tema.

Desvié la mirada y me centré de nuevo en la carpeta que tenía en mis manos.

—Aquí deberían estar los historiales médicos y psiquiátricos de todos los pacientes del hospital. Si encontramos el de tu hermana, nos puede proporcionar información sobre el diagnóstico, el tratamiento y la evolución de su salud mental.

Tal vez encontremos un descuido en la atención médica o. .

108

—No voy a perder el tiempo buscando eso —me cortó, tajante—. Sé perfectamente que a mi hermana no le pasaba na-da.

Suspiré.

—De acuerdo. ¿Y por dónde crees que deberíamos empezar?

Se mordió el labio, pensativo.

—No lo sé.

—Pues menos mal que he venido contigo —murmuré.

Abrí todavía más el cajón y saqué otra carpeta.

—¿Qué es eso?

—Los registros del hospital —contesté—. Si leemos las anotaciones que iban haciendo los terapeutas y psiquiatras que trataban a tu hermana, podrían contener información valiosa sobre su estado emocional, sus pensamientos, lo que solía hacer en el hospital y, lo más importante, con quién se juntaba últimamente.

Eso último pareció captar su atención, por lo que dejó que buscara el archivo sin protestar.

—Es ella —aseveró cuando vio que estuve a punto de sal-tarme su informe.

Lo sacó con cuidado y lo observó durante unos segundos.

Entonces me di cuenta que, lo que realmente estaba viendo, era la imagen que había de ella.

Alyssa era una versión femenina de Adler. Compartían los mismos rasgos finos en sus rostros, como la forma de su barbilla, los labios finos y esos ojos tan peculiarmente verdes. A pesar de las similitudes físicas, ella tenía su propia esencia.

Su cabello lacio caía en cascadas alrededor de su rostro, y sus labios formaban una ligera sonrisa. A diferencia de Adler, su expresión era más cálida y acogedora, lo que la hacía pa-109

recer una persona amable y comprensiva.

—Os parecíais bastante —comenté.

—Es lo que tiene ser mellizos.

En el archivo salía su nombre completo, Alyssa Hall, y su edad. Tenía veinticuatro años cuando falleció, que fue en el octubre del año pasado, por lo que intuí que Adler tenía la misma edad que yo.

—Suicido reactivo —murmuró, leyendo la causa de su muerte.

El suicido reactivo ocurría en respuesta a una situación particular, como la pérdida de un ser querido, una ruptura amorosa o una crisis financiera. Así que, según el informe, la causa de la muerte de Alyssa se debía a la pérdida de sus padres.

Pasó a la siguiente página y cerré los ojos un instante al ver que habían imágenes impactantes y desgarradoras. Las fotografías documentaban la escena en su habitación y revelaban que Alyssa se había cortado las muñecas con un cristal. Había sangre por todo el suelo.

Le puse una mano en el hombro al darme cuenta de que seguía con la mirada fija y ausente, como si estuviera atrapado en un recuerdo doloroso. Noté un ligero temblor en sus manos mientras sostenía la imagen.

—No deberías ver esto —le aconsejé con una voz suave y aprensiva.

—Ella no. . no se hizo esto. —Negó con la cabeza—. Tuvo que ser alguien. Mi hermana no se cortó, ella no. . no pudo hacerlo. Simplemente no pudo.

Por primera vez, detecté un brillo especial en sus ojos. Se estaba conteniendo las lágrimas.

—Adler. .

110

—¡No! ¡Ella odiaba la sangre! ¡Le tenía pánico, joder! ¡Ni siquiera podía ver las heridas de los demás!

—Adler, deberías. .

—¡¿Y pretenden que me crea que esto se lo hizo ella?!

¡Alguien la mató! ¡Y estoy seguro de que fue ese hijo de puta!

—Su voz temblaba de rabia y dolor, mientras luchaba por entender lo que había sucedido.

Cuando vi que iba a decir algo más, di un paso hacia él y en un acto impulsivo me puse de puntillas y rodeé sus brazos firmemente

contra su cuello. Pensé que me apartaría, pero me correspondió el abrazo y hundió su cabeza en mi hombro mientras sollozaba.

—Ella no merecía esto —murmuró.

—Lo sé. Nadie merece algo así.

Cuando se separó de mí, pude ver cómo apretaba los labios con fuerza, sacudiendo la cabeza como si tratara de deshacerse de los pensamientos que le estaban atormentando.

Cogí su archivo, el cual había dejado Adler encima de la mesa, y comencé a leer lo que realmente nos interesaba, las notas de terapia. Eran anotaciones un poco irrelevantes, como la presión arterial y su frecuencia cardíaca, demostrando que se encontraba perfectamente estable y sin cambios significativos en su estado de salud desde la última re-visión.

Me detuve a leer un apartado que captó mi atención.

—Tal vez he estado equivocado durante todo este tiem…

—Adler. Mira esto.

Se acercó y leyó lo que le señalé con el dedo.

—Tu hermana estuvo saliendo con alguien de este hospital.

111

Me arrebató la hoja de las manos y vi cómo se le tensaba la mandíbula mientras leía al pie de la letra lo que salía escrito:

Fecha y hora: 23 de octubre de 2023, 14 15 PM.

Descripción: La paciente presenta un estado de ánimo no-tablemente deprimido desde ayer, manifestando tristeza y llanto frecuente. Ha informado que ha roto su relación con otro paciente

del hospital, lo que ha tenido un impacto significativo en su bienestar emocional. Se ha iniciado una evaluación de salud mental y se ha proporcionado apoyo psicológico. Se mantendrá un seguimiento cercano de su estado emocional.

Asomé la cabeza y seguimos leyendo lo que ponía en las otras páginas:

Fecha y hora: 24 de octubre de 2023, 11 30 AM.

Descripción: La paciente ha participado en una sesión de terapia individual. Durante la sesión, expresó una profunda tristeza y confusión sobre la ruptura de su relación con el otro paciente del hospital. Mencionó que la relación había sido una fuente de apoyo emocional para ella durante su estadía. Se ex-ploraron sus sentimientos de pérdida y se le brindó apoyo para comenzar a procesar la ruptura.

Fecha y hora: 25 de octubre de 2023, 15 00 PM.

Descripción: La paciente asistió a una segunda sesión de terapia. Durante esta sesión, habló sobre su relación previa con el otro paciente, detallando las razones de la ruptura. A pesar de no haber querido nombrarlo, lo detallaba como una persona manipuladora. Se identificaron sentimientos de culpa 112

y tristeza. Se ha desarrollado un plan de tratamiento que incluye terapia de apoyo y estrategias para lidiar con la pérdida.

Fecha y hora: 27 de octubre de 2023, 10 45 AM.

Descripción: La paciente ha estado participando en sesiones regulares de terapia y muestra una ligera mejoría en su estado de ánimo. Se ha observado una disminución en el llanto frecuente, aunque aún manifiesta tristeza y nostalgia. La paciente está trabajando en identificar sus propias fortalezas y recursos para superar la ruptura.

Fecha y hora: 28 de octubre de 2023, 3 33 AM.

Descripción: La paciente ha fallecido.

—No lo entiendo. Según los terapeutas estaba mejorando.

¿Cómo es posible que al día siguiente se quitara la vida, entonces?

Negué con la cabeza, desconcertada.

—No lo sé —contesté.

—Esto no tiene ningún sentido.

—Si descubrimos con quién salía, tal vez podamos sacarle información.

Asintió, estando de acuerdo conmigo.

Cogí la carpeta y rebusqué entre los papeles el archivo de Nolan Jenkins. Si descubría que Nolan había estado en el mismo lugar y hora que el momento en el que Alyssa murió, tal vez debería empezar a investigar más a fondo.

Una vez lo localicé, lo saqué del portafolio y le eché un rápido vistazo.

No había nada que no hubiese leído antes. Seguía siendo una persona manipuladora con una conducta problemática 113

que lo llevaba a actuar violentamente con los otros pacientes del hospital. Por ese motivo se explicaba que estaba en la unidad de tratamiento residencial.

Pero algo no encajaba.

—¿Has visto alguna vez a Nolan Jenkins? —pregunté con los ojos entrecerrados, sin despegar la mirada de la hoja.

—No.

—¿Alguien más lo ha visto?

—Que yo sepa, no.

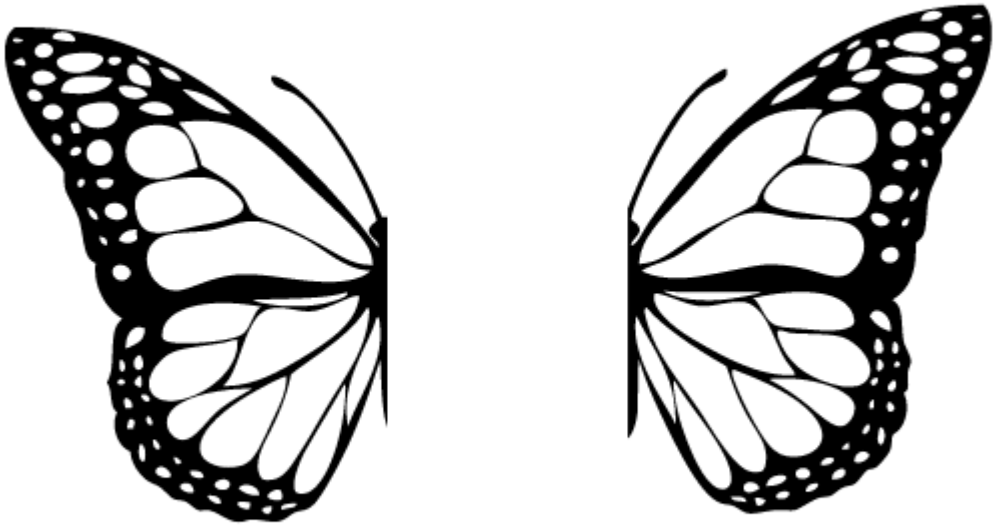
—¿Ni siquiera los de la última unidad?

—¿Por qué lo preguntas?

Hubo un breve momento de silencio.

—Porque creo que no está en este hospital.

114



6

A la mañana siguiente había asistido a la terapia grupal con la esperanza de que estuviese equivocada, pero al parecer no lo estaba. Porque tampoco lo vi allí.

Estaba comenzando a desesperarme por dos razones; u-no, porque eso significaba que mi ingreso no tenía ningún propósito válido y, dos, porque nadie me tomaba en serio.

Después de comunicarme con Foster y explicarle lo que estaba ocurriendo, se había limitado a decirme que no estaba haciendo bien mi trabajo y que, básicamente, era imposible que no estuviese en ese hospital, ya que en los registros del sistema aparecía su nombre.

Esperé a que anocheciera y no hubiese tanta gente deambulando por el hospital para escaparme de nuevo. Unos minutos más tarde, estaba en mi antigua habitación.

Beth se encontraba sentada en su cama charlando con Li-ly. Cuando entré, ambas se giraron hacia mí. Beth abrió tanto la boca que se le cayó el chicle que estaba mascando, haciendo que Lily hiciera una mueca de hastío.

115

—¿Pero, qué. .?

—Hola a ti también.

—¿Me explicas cómo demonios te estás escapando de tu habitación?

—Tengo una tarjeta. Y no me preguntes cómo la he conseguido, porque no lo sé ni yo.

Unos segundos después, la puerta se abrió de nuevo y apareció Adler a mis espaldas con unos documentos a mano.

Se quitó la capucha, dejando ver una melena revuelta que le daba un aspecto desenfadado.

La expresión de sorpresa de Beth fue cada vez a peor.

—¿Y este qué coño hace aquí?

—Habíamos quedado en reunirnos a las once en esta habitación —le expliqué.

—Oh, genial. ¿Y las personas que conviven en ella no tienen voz ni voto?

Adler pasó por mi lado y dejó en la cama del medio, la que ahora estaba vacía porque supuestamente debía ocuparla yo, todos los papeles encima.

—¿Qué es todo esto? —preguntó Beth.

—Los archivos de Alyssa Hall y Nolan Jenkins.

—¿Y esos quiénes son?

—Mi hermana fallecida y el asesino más temido del país

—contestó Adler sin titubear.

Beth me miró como si estuviese bromeando, pero negué de forma imperceptible con la cabeza.

—¿Habéis robado archivos del despacho de la directora?

—inquirió Lily, como si temiera que las consecuencias de eso le fueran a salpicar a ella.

—Los hemos tomado prestados —corrigió él.

—¿Cuándo? —preguntó Beth.

—Ayer por la noche.

Ella se giró en redondo hacia mí, fulminándome con la mirada.

—¿O sea que te cubro las espaldas para que no te pillen y tú decides meterte otra vez en la boca del lobo?

Apreté los labios con fuerza y me encogí de hombros, sin saber qué decir.

—¿Has visto a Nolan en la terapia grupal? —me preguntó Adler.

—No.

—Mierda, pues tenías razón.

—No exactamente. En los registros del sistema aparece su nombre, así que tiene que estar aquí sí o sí. La pregunta es dónde.

Beth y Lily intercambiaron miradas de confusión.

—Espera un momento, ¿estás diciendo que el asesino más temido del país está en este hospital? —preguntó Beth.

—Debería, pero no lo hemos visto por ninguna parte.

Lily se cubrió todavía más con la sábana de la cama de Beth. Parecía un cachorrillo asustado.

—¿Nos dejáis un segundito? —le preguntó Beth a los demás, levantándose de la cama y agarrándome por la muñeca.

Salimos de la habitación y nos quedamos afuera del pasillo.

—¿De qué va todo esto?

—Ayer descubrí que la hermana de Adler se suicidó, pero él cree que en realidad la mató Nolan Jenkins, un asesino que se dedica a matar a chicas que no superan los treinta años.

Revisando algunos archivos, nos dimos cuenta de que Alyssa se suicidó por un motivo que todavía se desconoce. Por eso 117

Adler cada vez está más convencido de que Nolan está involucrado en su muerte. El problema es que nadie lo ha visto.

No está en el ala de cuidados intensivos ni asiste a ninguna terapia grupal.

Me observó fijamente con los ojos entrecerrados, analizando cada palabra que había dicho.

Cada vez que me miraba de esa forma, me ponía nerviosa.

Sentía que en cualquier momento descubriría mi verdadera identidad.

—Ya veo. . —murmuró.

—¿Qué pasa?

—Que ya sé por qué no dejas que lo descubra él solito y te empeñas tanto en ayudarlo.

Oh, no.

—¿Ah, sí? —inquirí con voz temblorosa.

—No te hagas la inocente, Clarke. Se nota a leguas que estás aquí por algo, no solo por su hermana o este misterioso asesino.

Tragué saliva con fuerza. Mi corazón latía rápidamente.

—¿Y por qué crees que estoy aquí?

—Porque te gusta.

Vale, eso no me lo esperaba. Pero debo admitir que me alivió enormemente que en realidad creyera que estaba aquí por eso.

Aún así, mis mejillas se encendieron.

—No me gusta.

—Ya, claro. —Volteó los ojos—. Os ayudaré a investigar qué pasa con ese chico, pero te advierto de que, como me entere que ese asesino está suelto por el hospital, renuncio al plan.

—Eres la mejor. —Sonreí, dándole un abrazo.

118

—¡Quita! —se quejó, removiéndose para que la soltara.

Entramos de nuevo en la habitación. Adler estaba sentado en una de las camas con los codos apoyados en sus rodillas mientras leía una hoja con el ceño ligeramente fruncido, concentrado.

Lily le echaba un vistazo a los archivos desde la lejanía, manteniendo unas distancias con él, como si ese chico le causara miedo.

Me senté al lado de Adler. Beth se acomodó donde estaba antes, con Lily y su habitual cara de espanto.

—Vale, ¿tenéis idea de dónde puede estar? —nos preguntó Beth.

—No —admití.

—¿Y si lo han trasladado a otro hospital? —sugirió Lily.

Se ruborizó de pies a cabeza cuando los tres la miramos.

Bajó la cabeza, avergonzada.

—Bueno, era solo. . una suposición. No me hagáis mucho caso.

—En realidad, es lo más sensato que he escuchado hasta ahora —reconocí—. Tendría bastante sentido, pero no creo.

Sus cosas estaban en el almacén. Recuerdo que vi su bandeja cuando buscábamos nuestras pertenencias.

—No puede ser tan difícil encontrarlo. —Adler negó con la cabeza, pensativo—. Este hospital no es tan grande.

—Ahí te equivocas, Tin Tin. Este hospital parece un cas-tillo, y seguro que es de esos que tiene pasillos ocultos y. .

— ¿Tin Tin? —repitió, incrédulo.

—¿Sabes quién es?

—Sí, pero no me parezco a él.

—¡Venga ya, eres igualito! Solo te falta un perro blanco.

Solté una risita sigilosa al darme cuenta de que Beth tenía 119

una extraña costumbre de comparar a las personas con personajes de cómics.

—¿Y tú de qué te ríes? —me preguntó él, completamente serio.

—Es que. . sí que te pareces.

Beth soltó una carcajada.

—¡Te lo he dicho!

Él nos fulminó con la mirada a las dos.

—¿Podemos centrarnos? —Suspiró.

—Sí, perdón —contesté, tratando de mantenerme seria de nuevo—. Yo propongo que revisemos cada habitación, tal vez no nos hemos fijado bien.

—Vale —dijo Beth.

—Y te encargarás tú.

Se le quitó la sonrisa de golpe.

—Espera, ¿qué?

—Bueno, te han asignado un castigo, ¿no? Y uno bastante valioso, porque te permite pasearte por los pasillos sin que los guardias sospechen de ti.

Beth se rascó la nuca con cierto nerviosismo.

—¿Qué pasa? —pregunté, al ver su extraña reacción. No solía ponerse nerviosa sin un buen motivo.

—Que hoy nos han retirado el castigo.

—¿Y por qué a mi no se me ha comentado nada?

—Porque, según la directora, a los cabecillas del grupo se les prolonga el castigo.

Maldije por lo bajo y me llevé las manos a la cabeza, frustrada. Estaba intentando pensar en algo cuando escuché que Adler decía:

—Esperad un momento. Mañana es Halloween.

—Qué gran aportación. —Beth volteó los ojos.

—¿Y qué? —inquirí, confusa.

—Que se celebra la fiesta anual.

—¿La qué?

—Es una tradición que organiza el hospital. Después de la cena, abren el comedor por la noche y hacen una maratón de películas de miedo con aperitivos. La mayoría de los guardias de seguridad suelen estar en el comedor vigilando el lugar durante la fiesta.

—Celebrar Halloween en un manicomio, qué oportuno

—ironizó Beth.

—Podríamos aprovecharlo —añadió él.

—Es una buena idea —murmuré, pensativa.

—Yo no iré —aseveró Lily.

—¿Vas a quedarte aquí viendo películas de terror y comiendo caramelitos? —cuestionó Beth en un tono de burla.

—Eso suena mucho mejor que buscar a un asesino, ¿vale?

—Miedica —canturreó ella.

—¡No es ser miedica, sino sensata!

Beth se echó a reír.

—Hablas como mi abuela.

—Ya basta. No vamos a obligar a nadie a venir. —Me giré hacia Adler —. ¿A qué hora empieza la maratón de películas?

—A las once —contestó él.

—Bien. Mañana quedaremos a esa hora en esta misma habitación. Revisaremos puerta por puerta hasta dar con él.

Me puse en pie para encaminarme hacia la puerta. No podía permanecer tanto tiempo fuera si no quería levantar sospechas.

Coloqué la mano encima del manillar, pero antes de girar-121

la sentí que, de alguna forma, él necesitaba escucharlo:

—Vamos a encontrar a ese asesino.

Percibí una escasa sonrisa en el rostro de Adler.

* * *

—¿Sabéis que Halloween se originó a través de un festival llamado Samhain? Marcaba el final del verano y el comienzo del invierno. Se creía que en esta noche los espíritus podían cruzar al mundo de los vivos. Encendían hogueras para ahuyentar a los espíritus malignos y. .

Adler se inclinó hacia mí y me susurró al oído:

—¿Siempre habla tanto?

Beth se giró con la indignación plasmada en su rostro.

—¡Te he oído, capullo!

Estábamos caminando por los pasillos del ala de cuidados intensivos, revisando todas las habitaciones. Ya habíamos pasado por más de cincuenta puertas, y en ninguna estaba Nolan.

Llegamos al final del pasillo y revisamos el interior de la última habitación. Como era de esperar, tampoco estaba ahí.

—¿Y ahora qué? —espetó Beth.

—Tal vez se haya escapado —objetó Adler.

—¿Y no crees que los guardias se hubiesen dado cuenta ya de ese pequeño detalle?

Un escalofrío helado me recorrió la espalda cuando se escuchó el eco de unas risas y murmullos. Y no, no era cosa de mi imaginación. Ellos dos también lo habían oído.

El horror se reflejó en el rostro de Beth, quien había pali-decido por momentos.

122

—Vale, yo me piro —balbuceó. No había ni rastro de la Beth segura que conocía—. No pienso quedarme aquí para averiguar qué ha sido eso. Eso sería propio de Lorraine Wa-rren, no de mí.

La agarré firmemente de la muñeca, impidiéndole huir.

—No podemos separarnos ahora. Eso sí que sería propio de una película de terror.

—Viene del conducto de ventilación —nos informó Adler.

Empezó a avanzar sin apartar la mirada del techo, siguiendo el extraño sonido. A Beth y a mí no nos quedó más remedio que seguirlo.

Bajamos las escaleras, pero nos detuvimos en el último peldaño cuando un grupo de personas pasó por delante nuestro, cruzando el pasillo a toda velocidad.

Los tres nos miramos a la vez, confusos. Adler probablemente tenía pensado seguir ese ruido, pero yo decidí seguirlos a ellos sin saber muy bien por qué.

—Clarke, ¡espera! —bramó Adler, siguiéndome por detrás.

—¡No me dejéis sola! —escuché que decía Beth, dando pasos rápidos para alcanzarnos.

Cuando giramos una esquina, Beth y Adler me estaban siguiendo los talones. Por lo que, cuando me detuve en seco, por poco chocaron con mi espalda.

—¿Por dónde han ido? —inquirí.

El pasillo estaba vacío, y era imposible que hubiesen tomado otro rumbo porque al final de todo había una pared.

Ese pasillo no tenía salida.

—Han tenido que entrar en alguna habitación.

—¿Todos? —cuestioné, incrédula—. Eran como diez personas, Adler.

—Sí, no creo que quepan tantas personas en estos cubí-123

culos —comentó Beth.

Adler pasó por mi lado y se acercó a una de las puertas.

Era la única que estaba entreabierta. Mi corazón latió con fuerza al recordar lo que se encontró ese guardia de seguridad cuando hizo lo mismo, y mi primer impulso fue impedírselo.

Sin embargo, cuando abrió la puerta y vi que estaba vacía, dejé salir el aire.

—¿Qué pasa? —me preguntó él al notarme tensa.

—Nada.

Entré en la habitación. Las de esta unidad eran individuales. Tan solo había una cama, una mesita de noche y un pequeño armario con tres cajones.

Me fijé en un detalle. La mesita de noche no estaba bien empotrada contra la pared. Era como si la hubiesen movido.

Desvié la mirada hacia arriba y vi la rejilla del conducto de ventilación, que era lo suficientemente grande como para que cupiera una persona.

Arrastré la mesita hasta que quedara a la altura del conducto, sintiendo el peso de la mirada de los otros dos. Me subí en ella y me estiré lo máximo que pude hasta alcanzar la rejilla. Desenrosqué los cuatro clavos, que estaban prácticamente sueltos, y lancé la rejilla al suelo.

Mis dedos se cerraron en torno a los bordes del conducto de ventilación y me impulsé hacia adentro.

Mi cuerpo se deslizó en la oscuridad del conducto mientras dejaba atrás la habitación. Desde ahí se hacían aún más audibles las risas y los murmullos. Ahora ya sabía de dónde provenían y quién las estaba causando.

Extendí la mano para ayudarlos a subir.

—No sé si es buena idea —dijo Beth, dubitativa.

124

—Si no venís conmigo, voy a ir sola. Pero no pienso volver ahor. .

—No vas a ir sola —dijo Adler, tajante, como si no hubiesen más opciones.

Beth suspiró y, finalmente, se subió a la mesita. Aceptó mi mano y la impulsé hacia arriba. Adler no necesitó la ayuda de ninguna de las dos, pues ya era lo bastante alto como para que entrara solo.

Comenzamos a avanzar por el interior del conducto, gateando por el estrecho y oscuro lugar, mientras perse-guíamos las risas y los murmullos que resonaban en la distancia. Detrás de mí tenía a Beth, y detrás de ella estaba Adler.

Cada movimiento hacía que pequeñas partículas de polvo se levantaran. Tosimos varias veces, pero intentamos no detenernos en ningún momento.

Sin embargo, me vi forzada a hacer una pausa cuando el conducto se bifurcó en dos caminos.

El ruido parecía más audible en uno de los conductos, así que confié en mi intuición y elegí el camino de la izquierda, esperando que nos condujera hacia la dirección correcta.

En uno de los extremos del conducto había otra rejilla.

Desde ahí pudimos ver el comedor. Adler tenía razón, estaban celebrando la festividad de Halloween. Habían apartado las mesas a un lado, dejando el espacio del medio libre para colocar varias sillas. Ahí estaban sentados varios pacientes.

Me fijé en que la mayoría eran personas mayores. No había jóvenes.

Los únicos que había visto hasta ahora eran ese grupo de personas con las que nos habíamos cruzado, pero no sabía a dónde habían ido a parar.

125

Se me erizó la piel cuando noté una fría ráfaga de viento.

Estábamos cerca de la salida.

Continuamos gateando por el conducto, hasta que nos topamos con una rejilla en la que se filtraba la tenue luz de la luna. Me giré y le di

una patada a la rejilla. Conseguí que temblara un poco, pero no se abrió. Lo intenté una y otra vez, cada vez con más fuerza, hasta que se vino abajo de un golpe seco.

Me deslicé por el agujero hasta que mis manos tocaron lo que pareció ser tierra mezclada con hierba. Me puse en pie, expulsando la sociedad de mis rodillas y manos.

Cuando miré a mi alrededor, la oscuridad lo envolvía todo.

Solo vi árboles cuyos troncos se alzaban a una altura vertiginosa. La tenue luz de la luna se filtraba a través de sus ramas y hojas, creando sombras extrañas y algo escalofriantes. A lo lejos se distinguían los muros de piedra del psiquiátrico.

Estábamos en el bosque que lo rodeaba.

—¿Soy la única a la que le está dando muy mal rollo este sitio? —comentó Beth.

—Mirad, están ahí. —Adler señaló un lugar en concreto.

Ahí, en mitad del bosque, había un grupo de personas.

Nos acercamos a ellos con cautela, ya que no sabíamos hasta qué punto seríamos bien recibidos.

Sin embargo, lo que menos esperábamos era que una chica pelirroja nos viera y se acercara alegremente hacia nosotros.

—¡Bienvenidos! —exclamó, extendiendo los brazos.

Le eché una ojeada a sus espaldas. Habían formado una hoguera que crepitaba y lanzaba destellos de luz a través de las ramas de los árboles.

Algunas personas estaban bailando la canción que sonaba por diversos altavoces colocados en el suelo. Otros preferían 126

sentarse en los troncos que había alrededor del fuego. Nadie nos prestó mucha atención, como si estuviesen acostumbrados a que viniera más gente.

—¿Qué es esto? —Beth frunció el ceño.

—¿No habíais venido nunca?

Los tres intercambiamos la misma mirada de no estar entendiendo absolutamente nada.

—¡Es la fiesta juvenil de Halloween! —exclamó la pelirroja, como si fuese algo obvio—. Aquí solo existen tres normas: emborracharse, pasarlo bien y, sobre todo, no acercarse a los muros. En ese perímetro hay cámaras.

—Pero, ¿no se celebraba en el comedor? —pregunté.

—Eso es para los mayores y los aburridos —contestó, bo-tando al aire—. Aquí estamos los que queremos pasar una verdadera noche terrorífica.

—¿Entonces la directora no sabe que estáis aquí? —preguntó Adler.

—Nadie sabe que estamos aquí, bombón. —Le guiñó el ojo con una sonrisa coqueta.

Beth me miró de reojo, como si temiera que eso me hubiese molestado.

Lo cierto es que sí lo había hecho.

—¡Nils, trae las cervezas! —gritó la chica.

Un chico de tez morena con rizos oscuros apareció a su lado con una caja llena de birras en sus manos.

—¿De dónde las habéis sacado? —pregunté por curiosidad.

—Todo lo que veis aquí nos lo han facilitado algunas personas del exterior. En las pocas visitas que recibimos les hacemos una lista de lo que necesitamos y listo —contestó ella, como si no fuese gran cosa.

127

—Entonces, ¿hacéis más fiestas?

—Ya habrá tiempo para preguntas después. Y ahora, uni-ros a la fiesta y relajaos un poco.

El chico repartió una cerveza para cada uno.

—Una bebida no hace daño, ¿no? —me dijo cuando vio que dudaba.

Su sonrisa era dulce e inocente.

—Supongo que no. —Le devolví la sonrisa.

Tomé la cerveza y nos unimos al grupo de jóvenes. A Beth no le costó demasiado soltarse. Después de beberse dos cervezas, bailó todas las canciones que sonaban. Incluso se acercó para hablar abiertamente con otras personas.

La pelirroja no había tardado en acercarse descaradamente a Adler mientras estaba hablando conmigo, aunque no parecía haberle importado mucho eso, así que me senté en uno de los troncos con la cerveza, todavía llena.

Estaba demasiado tensa. No lograba disfrutar del todo del momento. Me dolía la cabeza del estrés que había acumulado todos estos días, y el misterio de Nolan rondaba en mi mente como si fuese una maldita sombra que me perseguía.

El chico moreno de rizos oscuros se sentó a mi lado.

—¿Puedo preguntarte algo? —me dijo.

—Adelante.

—¿Cómo te llamas?

Lo miré de reojo.

—¿En serio? Esperaba una pregunta más interesante.

—Para mí lo es.

Esbocé una pequeña sonrisa, negando con la cabeza.

—Clarke.

Me miró de una forma extraña.

128

—¿Qué?

—Que no te pega.

—¿No? —Alcé una ceja, divertida—. ¿Y, según tú, qué nombre me pega?

Si decía Jules, iba a volverme definitivamente loca.

Se lo pensó un momento.

—Nicole, o tal vez Scarlett. Son nombres de chicas guapas.

—Gracias por el cumplido, supongo.

Le dio un trago a su cerveza y lo imité. Hacía mucho tiempo que no bebía, mi trabajo apenas me lo permitía. Quizás podría aprovecharlo y desconectar un poco.

Aunque la noche era fría y el aire fresco, la cercanía de la hoguera que crepitaba frente a nosotros nos proporcionaba una agradable sensación de calidez.

—¿No me vas a preguntar por mi nombre?

—Te pega el nombre de Nils.

Pareció bastante sorprendido cuando mencioné su nombre, cosa que me hizo bastante gracia.

—¿Cómo. .?

Su mueca de confusión fue sustituida por una de diversión.

—Lo ha mencionado mi amiga —murmuró al recordarlo, claramente avergonzado.

Ambos nos echamos a reír. Noté la mirada de Adler clavada en nosotros cuando nos escuchó.

Permanecimos en silencio un rato, sumidos en la música que se escuchaba a nuestro alrededor, mientras le dábamos unos sorbos a nuestras cervezas.

Beth continuaba disfrutando de la música y la compañía 129

de los demás jóvenes, sin prestar demasiada atención a nuestra conversación. Se movía con soltura y alegría al ritmo de la música, y su risa ocasional se mezclaba con la de los demás.

—Cuando conoces a alguien aquí, lo primero que te suele preguntar es por qué motivo estás en este hospital. —Hice una pausa—. Y, después de eso, automáticamente te miran con otros ojos. Si tienes un trauma, creen que te pasas el día llorando. Si tienes anorexia o bulimia, asumen que no eres capaz de disfrutar de la comida. Si tienes ansiedad, te miran como si fueras un manojo de nervios a

punto de colapsar en cualquier momento. Si tienes esquizofrenia, piensan que escuchas voces constantemente.

» Me parece absurdo, ¿sabes? Tu identidad no debería basarse en eso, porque tu verdadera vida está ahí fuera. ¿Y si aquí dentro creamos identidades distintas? Como si nos pu-siéramos una de esas máscaras de Halloween y al salir del hospital nos la sacáramos.

Oh, mierda.

Maldito alcohol.

Cuando pensé que me había ido demasiado de la lengua, Nils habló:

—Cada uno tiene su razón para estar aquí, pero eso no debería definir quiénes somos. Todos merecemos la oportunidad de ser algo más que nuestros diagnósticos. Así que debería ser al revés. Deberíamos quitarnos las máscaras aquí dentro y dejar de juzgarnos entre nosotros.

Lo miré con algo de asombro por el simple hecho de compartir ese mismo pensamiento. Era reconfortante saber que no era la única que pensaba eso.

—¿Qué te parece si nos quitamos un momento nuestras máscaras y exploramos nuestras cosas en común? —añadió, 130

con un brillo especial en sus ojos.

Iba a contestar, cuando alguien habló primero:

—¿Qué te parece si nos dejas un momento a solas?

No me había dado cuenta de que Adler estaba plantado frente a nosotros. Tenía la mandíbula tensa y me miraba fijamente, ignorando por completo la presencia del chico.

Nils carraspeó, incómodo.

—Sí, claro. Voy a por más birras.

Se levantó para alejarse de ahí.

Adler se sentó donde hacía apenas unos segundos estaba Nils.

—¿Qué haces? —espetó.

—Hablar con gente. ¿No puedo?

—Teníamos un plan. —Me miró de manera significativa.

Solté un suspiro y le di otro trago a mi cerveza, ahora casi vacía, antes de responder.

—No está en el hospital, hoy nos ha quedado claro.

—Sabes que eso no es posible. Seguramente no hayamos mirado bien o. .

—Olvídalo, ¿quieres?

Su mandíbula se tensó.

—¿Quieres volver a repasar todas las habitaciones? —pro-seguí—. ¿En serio? Porque eso es justo lo que hemos hecho hoy. ¿Y sabes que hemos conseguido? Nada.

—Tal vez para ti no sea importante ese chico. .

—No tienes ni idea —murmuré.

—. .pero se trata del imbécil que mató a mi hermana. ¡No puedo simplemente dejarlo ir! ¿Qué pasaría si fuera un familiar tuyo?

—No tengo familia, sólo alguien que es como. . mi padre.

En realidad, me moría de ganas por decirle que era mi padre, pero no podía. Ya le había dicho que era huérfana.

—¡Pues imagínate que lo hubiese matado!

—¡Es que él ya se está muriendo!

Hubo un momento de silencio entre nosotros.

—Lo. . lo siento. No tenía ni idea.

—¡Pues claro que no! ¡Porque no sabes nada de mí!

Me puse en pie de golpe, haciendo que me tamborileara.

—Clarke. .

En cuanto noté su mano en mi muñeca, me aparté con brusquedad.

—¡Suéltame!

Algunas personas nos miraron, curiosas.

—¡Solo pretendía que te pusieras en mi lugar! ¡Ese tío sigue vivo mientras mi hermana está. .!

—¡Tu hermana se suicidó! ¡Asúmelo de una vez!

Oh, mierda.

Detallé cómo su cara se transformaba lentamente a una de incredulidad, como si no se pudiera creer que acabara de decir eso. Su mirada reflejaba una mezcla de tristeza y rabia, y solo podía leer un profundo sentimiento de decepción en su rostro.

Dio un paso atrás y se pasó una mano por el rostro, tratando de controlar sus emociones.

—Adler. .

No quise tocarlo porque sabía que si lo hacía se desataría el caos, así que me limité a hablarle desde la lejanía.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. Yo. .

Pero no dejó que terminara. Dio media vuelta y lo vi desaparecer entre los árboles del bosque dando grandes zanca-132

das.

—Mierda —maldije por lo bajo, apretando los labios con fuerza.

Noté que alguien colocaba una mano en mi hombro, pero ni siquiera me giré para saber quién era. No podía apartar la mirada de Adler, que seguía alejándose de mí.

—Tranquila, se le pasará. —Beth me miraba de manera comprensiva —. Es una realidad que tendrá que aceptar tarde o temprano.

—¿Tú también crees que ella. .?

No pude terminar la frase.

—No quise decir nada porque estaba demasiado obsesionado en intentar encontrar una relación con ese asesino, pe-ro está más que claro. Tan solo tienes que ver los suicidios que ocurren en este hospital. ¿Qué le hace pensar que el de su hermana no fue uno más?

Una parte de mí se había estado convenciendo durante todo este tiempo de que Nolan podría tener una relación con las muertes de este psiquiátrico, pero tal vez solo se trataba de encontrar una esperanza para mandarlo a la justicia y salir de aquí antes.

—¡Hora de jugar al juego más terrorífico del año! —escuchamos que decía la pelirroja.

—Vamos. —Beth hizo un ligero movimiento con la cabeza para que fuésemos.

A pesar de no tener muchas ganas de jugar, la acompañé.

Todos se habían reunido formando un círculo. Miré de reojo a mi alrededor. Adler seguía sin aparecer. Seguramente había regresado al hospital.

La pelirroja fue quien comenzó a explicar el juego.

—El juego se llama "cazar y ser cazado". Es muy sencillo.

133

Un grupo de personas serán cazadores, mientras que los demás serán presas. Los cazadores irán con una túnica y una de estás máscaras. —Nos mostró la que tenía a mano, que era ni más ni menos que la de la película Scream—. Su misión se-rá cazar a las presas. Si encuentran a su presa, podrán hacer lo que quieran con ella. La originalidad está permitida, así que dejad la mente abierta.

Se dibujó una sonrisita lasciva en su rostro.

—¿Y quién elige qué es cada uno? —preguntó Beth.

—Los novatos no podéis elegir. Vosotros seréis presas.

—Pues menuda mierda —murmuró.

Una vez decidieron quién iba a ser cazador y quién presa, nos dividimos en dos grupos.

Me fijé en que Nils estaba en el grupo de los cazadores.

Comprendí el mensaje claramente cuando hizo el gesto de

"te estaré vigilando" al señalarse los ojos y luego señalarme a mí.

Le dediqué una mirada retadora, entrecerrando los ojos.

Cuando los supuestos cazadores se colocaron la túnica negra por encima, y las máscaras de Scream, todas iguales, era imposible diferenciarlos. Incluso se habían ocultado el pelo con la capucha, así que ni siquiera sabía si se trataba de un chico o una chica.

—Os dejaremos treinta segundos para escapar —dijo uno de ellos—. ¡Que empiece la diversión!

Cuando comenzó la cuenta atrás, todos echamos a correr.

No tardamos en dispersarnos, cada uno fue hacia direcciones distintas. Incluso perdí de vista a Beth, que en un abrir y cerrar de ojos ya no estaba corriendo a mi lado.

Los efectos del alcohol ya empezaban a notarse. La maldita cerveza estaba tomando el control de mis sentidos. Cada paso que daba se volvía un desafío, como si en cualquier mo-134

mento fuera a tropezar. Los árboles y las sombras se extendían frente a mí como un torbellino mareante.

Me oculté detrás de un tronco que consideré lo suficientemente ancho como para que no me vieran. Guardé silencio cuando, desde la lejanía, oí que uno de los cazadores advertía con voz grave que estaban listos para atraparnos.

Miré a mi alrededor con la respiración jadeante, pero no vi a nadie. O se habían escondido muy bien, o me había alejado más de lo previsto.

De repente, entre el oscuro bosque, vislumbré una sombra deslizándose entre los árboles. No podía quedarme allí inmóvil esperando a que me atrapara, así que conté hasta tres antes de alejarme del tronco y buscar otro posible escondite.

Pegué mi espalda a otro tronco y asomé la cabeza. Todo estaba desierto. Volví mi mirada al frente, y al hacerlo mis ojos se toparon con una figura inmóvil que se encontraba a unos metros de mí. Aunque su rostro estuviera oculto tras la máscara de Scream, podía notar su mirada clavada en mí.

Sonreí, aliviada, cuando me hizo el característico gesto de

"te estoy observando".

—¡No voy a dejar que me atrapes tan fácilmente, Nils!

Segundos después, eché a correr sin mirar atrás. Podía oír sus pasos acercarse, me estaba persiguiendo de cerca. Un paso en falso y me atraparía.

Mientras zigzagueaba entre los árboles, las risas y los gritos de los otros participantes resonaban en la distancia, creando una atmósfera espeluznante que aumentaba la tensión de la noche. Por un momento me sentí en una película de terror.

Dejé de correr cuando miré por encima de mi hombro y no lo vi. Había logrado perderlo de vista. Suspiré de alivio, 135

tratando de recuperar el aliento, y me giré para esconderme en otro lugar. Sin embargo, ahogué un grito cuando me topé de frente con una figura alta e imponente.

—¡Por Dios, Nils! Qué susto.

Ladeó la cabeza, con la máscara todavía puesta.

—Vale, has ganado. ¿Y ahora qué?

Mi sonrisa se borró de golpe cuando vi que, bajo su túnica, sacaba un cuchillo afilado que tenía oculto.

Una risita nerviosa se escapó de mis labios.

—No creo que eso sea parte del juego.

Comenzó a avanzar hacia mí, su cuchillo en alto, sin emitir una palabra. Por instinto retrocedí lentamente. La distancia entre nosotros cada vez se acortaba más, hasta que mi espalda chocó contra un árbol que tenía detrás.

—Nils, me estás asustando.

Ni siquiera supe cómo lo hice. Me incliné hacia un lado con rapidez cuando percibí sus intenciones, haciendo que el cuchillo se clavara justo a mi lado, a apenas unos pocos centímetros de mi oreja.

Un estremecimiento recorrió mi espina dorsal al darme cuenta de lo cerca que había estado de ser alcanzada por ese arma afilada.

Esta vez no pude disimular la cara de horror, y entonces supe que esto ya no era un juego. Quería lastimarme de verdad. Porque, de no haberme apartado a tiempo, ahora mismo tendría ese cuchillo clavado en mi cabeza.

Volví a la realidad cuando retiró el cuchillo del tronco y se volvió hacia mí.

No lo pensé dos veces. Eché a correr como jamás lo había hecho. Mis piernas tambaleaban con cada paso mientras avanzaba por el oscuro bosque. A pesar de sentirme mareada 136

y confusa, sabía que no podía detenerme bajo ningún concepto. Así que corrí sin parar.

Tropecé bajo mis pies, haciendo que perdiera el equilibrio. Me levanté a duras penas y continué corriendo, sin importar cuántas raspaduras me acababa de hacer.

Me permití detenerme un momento tras asegurarme de que no lo tenía detrás de mí. Apoyé ambas manos en mis rodillas con la

respiración jadeante. Necesitaba recuperar el aliento.

No sabía dónde estaba, me había desorientado por completo. Ya ni siquiera sabía si estaba yendo hacia la dirección correcta. Solo veía los troncos de los árboles ciñéndose sobre mí y oscuridad. Mucha oscuridad. Los árboles eran tan altos que sus ramas ocultaban parte del cielo, haciendo que el bosque apenas se alumbrara por la escasa luz de la luna.

Tenía que encontrar a los demás como fuera. Pensé en gritar y pedir ayuda, pero eso me delataría en seguida y Nils sabría dónde estaba.

«Nils»

¿Por qué iba a querer matarme? ¿Qué le había hecho yo?

Cuando conversamos, todo parecía ir bien. Es más, me dio la impresión de que habíamos congeniado de alguna forma.

Y, en cambio, ahora. .

El ruido de una rama quebrándose a mis espaldas me hizo girar bruscamente, alarmada. Eso fue lo que me impulsó a seguir corriendo, pero el alcohol y la oscuridad me hicieron pasar una mala jugada. No vi una raíz que sobresalía de la tierra y tropecé con ella.

El terreno comenzó a inclinarse, y me di cuenta de que estaba descendiendo por una pendiente. Comencé a dar vueltas sobre mí misma mientras notaba cómo me raspaba la piel con ramas, piedras y tierra. Los árboles pasaban a toda 137

velocidad a mi alrededor mientras descendía sin control.

En un golpe seco choqué contra un tronco, deteniéndome. El mareo se había intensificado el triple. Mis ojos se es-forzaron por enfocar mi entorno. Cuando recuperé la visión, lo vi.

Ahí estaba, de pie, al final de la pendiente, mirándome tras esa máscara. Estaba convencida de que estaba disfrutando de mi vulnerabilidad.

Sabía que no podía quedarme allí. En cualquier momento podría bajar.

Con un último esfuerzo, me apoyé en el árbol para impulsarme hacia arriba, pero apenas podía mantenerme en pie. El dolor se disparó por todo mi cuerpo. Tenía los huesos entu-mecidos por el frío, y me dolía cada músculo de mi cuerpo.

Mi corazón se detuvo cuando alcé la mirada y vi que Nils ya no estaba en la cima de la pendiente. La sensación de alivio me invadió momentáneamente, pero antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba sucediendo, un grito desgarrador se escapó de mis labios cuando sentí una afilada hoja de metal desgarrando la piel de mi antebrazo.

Miré horrorizada mi brazo antes de alzar la mirada y toparme con Nils. La sangre comenzó a brotar sin parar, manchando mi ropa y dejando pequeñas gotas en la tierra. Me cubrí la herida reciente con una mano en un intento desesperado por retener la hemorragia.

—¿Creías que ibas a escapar de mí? —Su voz se distorsio-naba bajo la máscara.

—Por favor, para —le supliqué.

Mi mente corría a mil por hora, buscando una forma de escapar o defenderme, pero el dolor y el pánico amenazaban con nublar mis pensamientos.

—¿Encontraste mi tarjeta debajo de la cama?

Parpadeé, sorprendida.

—¿Fuiste. . tú?

Silencio.

—¿Por. .? ¿Por qué?

—Supongo que quería que tuvieras una muerte digna, desangrándote dentro del hospital, tal y como murió él. Así que tenía pensado matarte ahí y no en este bosque.

Me sentía mareada y confusa, por lo que no estaba entendiendo absolutamente nada.

—De hecho, estuve a punto de hacerlo —añadió—. Pero apareció ese rubio y me jodió todos los planes.

El recuerdo de ese día vino a mi mente. Fue cuando escapé de mi habitación tras haber ido al despacho de la directora y me topé con Adler.

Ahora empezaban a cuadrarme muchas cosas, como la extraña sensación que tenía de sentirme observada desde que pisé ese hospital.

—¿Me has estado siguiendo durante todo este tiempo?

—Quería asegurarme de que fueras tú, pero eres muy reconocible, ¿sabes? No me resultó muy difícil saberlo. Supongo que ser llamativa tiene sus desventajas, entre ellas que destacas entre la multitud de una forma asquerosamente abrumadora y te convierte en un blanco fácil.

Tragué saliva con fuerza.

—Mira, no sé de qué demonios estás hablando, pero podemos hablar las cosas y. .

Me corté a mí misma cuando se abalanzó sobre mí, cayendo al suelo. Se puso encima de mí a horcajadas, acorralándome con sus piernas.

—¡Mientes!

—¡No miento! ¡Lo juro!

139

—Voy a encargarme de que tengas el mismo final que tuvo él, y nadie me lo va a impedir.

No. No. No.

Levantó el cuchillo y lo impulsó hacia mi pecho. Antes de que la punta del afilado cuchillo pudiese tocar mi piel, opuse resistencia y utilicé mis dos brazos para intentar alejarlo de mí. Mis manos se aferraron a sus muñecas con fuerza.

—¡SOCORRO! —grité con todas mis fuerzas—. ¡AYUDA!

Una imagen fugaz de mi padre cruzó mi mente y una lágrima se resbaló por mi mejilla, dándome la fuerza para seguir resistiendo.

Pero era mucho más fuerte que yo. La punta del arma finalmente hizo contacto con mi piel, y comenzó a ejercer presión, amenazando con perforarla. El dolor era agudo y paralizante. Chillé tanto que noté mis cuerdas vocales desga-rrándose por el pánico.

Pero, cuando pensé que todo estaba perdido, unos brazos rodearon el cuello de Nils desde atrás, tirando con fuerza pa-ra alejarlo de mí. Nils emitió un grito de sorpresa mientras el cuchillo se alejaba de mi pecho y caía al suelo.

Tumbada en el suelo, con el aliento entrecortado y el dolor punzante en el pecho, intenté recuperarme de la conmoción. Ni siquiera podía

creer que hubiese escapado de esa situación tan cercana a la muerte.

Beth apareció en mi campo de visión.

—¡Clarke! ¿Estás bien?

Me ayudó a ponerme de pie, pero no pudo disimular la cara de espanto cuando me examinó de arriba a abajo. Debía verme bastante horrible, la verdad.

Asentí débilmente, todavía temblando.

—Hemos oído los gritos. ¿Qué ha pasado?

140

Adler tenía sujeto por el cuello a mi atacante. Cuando escuchó la pregunta que me hacía Beth, me miró por encima del hombro para escuchar atentamente la respuesta.

—No lo sé. Yo. . estaba escondida detrás de un árbol. Pensé que estábamos jugando y. . y de repente él. . él me atacó.

Mi respiración era entrecortada, y sentía un mareo intenso que nublaba mi visión.

La expresión de Adler se distorsionó por la furia. Tenía la mandíbula tensa, y sus ojos brillaban con una intensidad intimidante. Podía percibir la ira ardiendo en él, y supe que sería liberada tarde o temprano.

Sin mediar palabra, Adler agarró a Nils del cuello de su túnica y lo puso en pie con brusquedad. En un movimiento rápido, lo empotró contra el tronco de un árbol y clavó su antebrazo en el cuello. Él opuso resistencia, pero Adler era un poco más alto y musculoso.

—¿Crees que es digno atacar a alguien con una máscara, cobarde de mierda? —gruñó Adler.

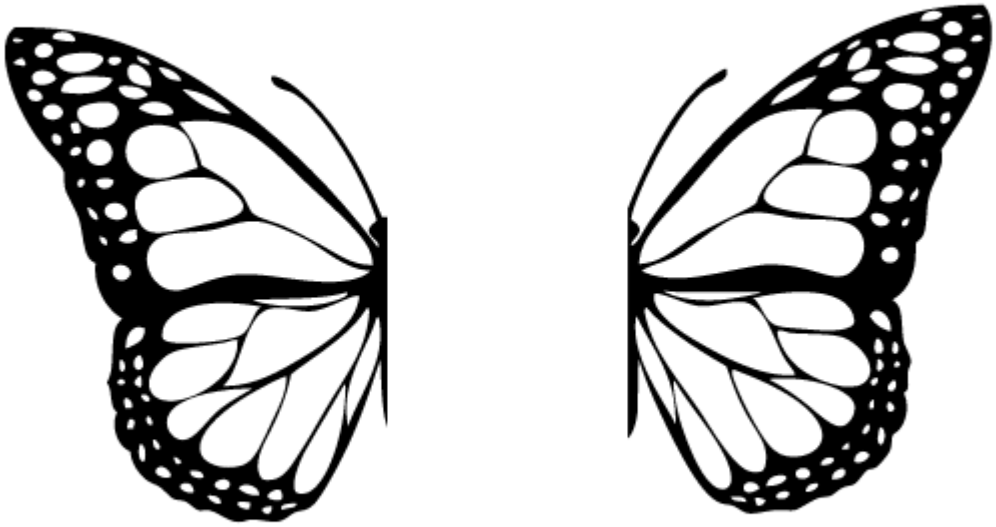
Todos nos giramos cuando escuchamos que se acercaba más gente.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —preguntó la pelirroja.

Para mi sorpresa, todos los que habían estado en la hoguera se habían reunido en el claro del bosque para averiguar qué estaba pasando. Los cazadores ya no llevaban sus máscaras puestas y nos miraban con completa confusión.

Fruncí el ceño cuando reconocí a uno de ellos.

Era Nils.



7

Había estado creyendo durante todo este tiempo que era Nils quien estaba detrás de esa máscara, y ahora lo tenía justo enfrente, observándome con una mezcla de preocupación y desconcierto.

Desvié la mirada hacia el enmascarado, que seguía siendo retenido por Adler. No se me ocurría quién más podía ser.

—Quítale la máscara —dije con un hilo de inquietud.

Adler me obedeció enseguida y la deslizó hacia arriba en un movimiento.

Me topé con un chico. Tenía el cabello de un tono marrón claro y rizado. Al observarlo detenidamente, pude notar algunas pecas salpicadas en su nariz y en sus mejillas, lo que le daba una apariencia inocente.

Está claro que las apariencias engañan.

Sus oscuros ojos se clavaron en mí con tanto odio que sentí un escalofrío.

—¿Lo conoces? —me preguntó Adler.

142

—No, nunca antes lo había visto.

—¡Mientes otra vez! —gritó el chico entre dientes.

Sí. Esta vez sí que estaba mintiendo.

Porque algo en él me resultó familiar.

—Es Matthew Adams —dijo de pronto la chica pelirroja—.

Está ingresado en el ala de cuidados intensivos. Padece esquizofrenia.

Tras esa revelación, el ambiente quedó sumido en un profundo silencio.

—¡Mírame bien, zorra! ¡Me conoces! ¡Él y yo éramos igua. .!

Se interrumpió bruscamente cuando Adler le lanzó un puñetazo en la boca.

—Vuelve a faltarle el respeto y te quedarás sin dientes

—masculló él.

—Lleváoslo de aquí —le pidió la pelirroja a sus amigos—.

Le está dando una crisis.

Adler no lo soltó hasta que no se aseguró de que lo tuviesen bien agarrado, uno por cada brazo.

—¡No estoy loco! ¡Ella lo mató! ¡Fue ella! —comenzó a gritar, forcejeando para liberarse de ellos. Estaba completamente fuera de sí.

De pronto sentí un pinchazo en la cabeza. El ruido a mi alrededor se volvió confuso y mi visión borrosa. Cerré los ojos con fuerza, y cuando los volví a abrir experimenté una sensación abrumadora de mareo. Todo daba vueltas a mi alrededor.

Lo último que recuerdo es oír unas voces distantes, como si estuviese bajo el agua.

Después, oscuridad.

143

** * **

Noté un ligero balanceo, me estaba moviendo. Parpadeé pausadamente, tratando de enfocar mi visión. Los árboles pasaban junto a mí y el viento rozaba mis brazos y piernas desnudas. Pero no tenía frío, de hecho sentía una agradable sensación de calor mientras mi cabeza seguía apoyada en un pecho firme y duro.

El cansancio se apoderó de mí, sumiéndome una vez más en la oscuridad.

** * **

Cuando abrí los ojos, ya no estaba en el bosque. Ahora me encontraba en una superficie blanda y suave. Estaba cubierta por

una fina sábana, y mi antebrazo estaba protegido con u-na gasa. Al igual que la herida del pecho.

Al mirar a mi alrededor, reconocí la habitación que ya había visto en varias ocasiones. Beth estaba sentada en su cama jugando con una caja de chicles, lanzándola y atrapándola al aire de forma repetitiva y automática.

—Me sorprende que aún te queden —dije con voz pastosa.

Abrió los ojos al darse cuenta de que me había despertado y se puso en pie de golpe.

—¡Clarke! Gracias a Dios. ¿Cómo te encuentras?

—Algo mareada.

—Es normal. Perdiste mucha sangre y te desmayaste.

Seguía lidiando con la persistente sensación de mareo, y mi cabeza latía con un dolor sordo y punzante. Era evidente que necesitaría tiempo para recuperarme y volver a sentirme completamente en forma, algo que no me entusiasmaba en 144

absoluto, ya que tenía planes importantes que llevar a cabo, como encontrar a un asesino.

Me incorporé con cuidado, apoyando la espalda en el ca-becero de la cama.

—¿Dónde está Adler?

—¿Ya me echas de menos?

Una voz irónica y conocida surgió desde la penumbra de la habitación. Me giré hacia la dirección de su voz. Allí estaba él, apoyado en la pared, observándome con una ceja enarcada.

—¿Nos dejas un momento a solas? —le pedí a Beth.

Ella asintió y salió de la habitación.

—¿Cómo estás? —le pregunté.

Una de sus comisuras se elevó.

—¿Tienes un corte de cuatro centímetros de profundidad y a ti te preocupa saber cómo estoy yo?

Pero yo no sonreí.

—No debí ser tan dura contigo.

—Supongo que no.

Solté un suspiro.

—Lo siento.

—Disculpas aceptadas.

Se despegó de la pared y se acercó con las manos metidas en sus bolsillos. La cama se hundió cuando se sentó en el borde de ella.

—¿De verdad lo piensas? —preguntó de repente.

Fruncí el ceño.

—¿El qué?

—Que se suicidó.

145

Oh, eso.

Dejé salir un suspiro.

—Adler, estaba borracha y. .

—Los borrachos no mienten.

—Si eso fuera cierto, los tribunales estarían llenos de de-claraciones de criminales ebrios, ¿no crees?

Una escasa sonrisa se asomó en sus finos labios. Sin embargo, al ver que se apagaba lentamente le puse una mano encima de la suya. Fue un gesto casi automático, impulsivo, pero él lo observó con suma atención.

—No pienso eso. Es solo que. . —Negué con la cabeza—.

No sé, todo esto me parece muy extraño.

Nos quedamos sumidos en un extraño silencio, hasta que él lo rompió:

—Al principio estaba obsesionado con resolver el caso de mi hermana. Me pasaba las noches enteras sin dormir e intentando encontrar una manera de acceder al despacho de la directora. Lo único en lo que pensaba era en cómo conseguir una tarjeta metálica y obtener ese archivo sin que nadie se diese cuenta. Cada día que pasaba sin respuestas me impulsaba todavía más a averiguar qué le pasó.

Sus ojos seguían clavados en la mano que estaba encima de la suya, y empezó a trazar círculos suaves en el dorso con su pulgar.

—Pero, cuando llegaste tú. . solo quería averiguar más de ti. Y, por primera vez, dejé de pensar en algo más que no fuese en mi hermana.

Mi corazón latió con fuerza ante esa revelación. Nunca imaginé que me fuese a decir algo así. Viniendo de un chico tan frío como él, además.

—Adler. .

146

Quise advertirle que no era quién él creía, que le había mentido hasta con mi nombre, pero entonces se inclinó hacia mí y me besó.

Al principio no lo correspondí. Simplemente me quedé a-hí, asimilando que nuestros labios se acababan de unir. Pero lo cierto es que anhelaba ese beso tanto como él, así que lo profundicé agarrándole del cuello de su camiseta.

Fue un ardiente encuentro, un beso lleno de emociones reprimidas y deseo, como si finalmente hubiéramos liberado las barreras que nosotros mismos habíamos construido entre nosotros.

Colocó una mano en mi nuca, sus dedos acariciando suavemente mi piel y enviando señales eléctricas por todo mi cuerpo.

Sus ojos brillaban con anhelo cuando se separó de mí. Fue un beso corto, pero bastó para dejarme sin aliento. Nos miramos un breve instante, asimilando lo que acababa de pasar.

Pensé que diría algo, pero carraspeó la garganta con un gesto incierto y se puso en pie, dirigiéndose decididamente hacia la puerta. Cuando la abrió, pasó a toda velocidad junto a Beth. Ni siquiera se despidió de ella.

—¿Y a ese qué le pasa? ¿Va a perder el tren o qué? —ironizó, mirándolo con extrañeza.

Cuando Beth vio mis intenciones de levantarme, se apresuró en llegar hasta mí para ayudarme. Tenía que volver antes de que se hiciese de día y descubrieran que no estaba en mi habitación.

—¿Puedes andar?

Asentí, todavía algo aturdida.

—¿Estás bien? —me preguntó al contemplar mi rostro.

—Sí, sí.

147

Pero no lo estaba en absoluto. Adler me había dejado más mareada de lo que ya estaba.

Maldito encapuchado.

* * *

Los chirridos de la puerta de mi habitación me despertaron.

—Señorita Emmet, tiene visita —me informó un guardia.

Me froté los ojos antes de incorporarme. Seguía bastante cansada y dolorida, pero hice un esfuerzo por levantarme sin que lo notara. Si me veía débil probablemente sugeriría pos-poner la visita, y lo último que quería era permanecer más tiempo entre esas cuatro paredes.

Acompañada por el guardia, salí de la habitación y me dirigí hacia la sala de visitas. Me sorprendió gratamente lo es-paciosa y bien iluminada que era. Se trataba de un lugar que emanaba una sensación de tranquilidad absoluta. Los muebles, como las sillas, mesas y sofás, eran simples pero funcio-nales.

Me di cuenta de que era la única sala que tenía ese aspecto tan limpio. No tenía nada que ver con las instalaciones de aquí, oscuras y lúgubres. Hasta parecía ser un lugar ajeno a ese hospital.

Pensé que era una bonita forma de engañar a los familiares y hacerles saber que los pacientes de ahí estaban bien cuidados.

En algunas mesas había personas sentadas charlando con familiares y amigos. Sentí una oleada de emoción cuando mi mirada se clavó

en una mesa donde había un chico solitario de cabello castaño y bien peinado.

Levantó la mirada y esbozó una pequeña sonrisa antes de 148

ponerse en pie.

Cuando me abrazó y sentí su familiar aroma, fue un bálsamo para mí. Después de pasar tanto tiempo en ese hospital, donde todo me parecía ajeno y desconocido, su presencia hizo que una sensación de familiaridad inundara mi ser.

Nos sentamos en la mesa, uno frente al otro. Landon recorrió mi cuerpo con la mirada, hasta detenerse en mi antebrazo.

—¿Qué te ha pasado?

Oculté la gasa con la manga de mi camiseta.

—Nada importante, un pequeño accidente. —Boté el aire, tratando de desviar su atención—. Te veo bien.

Incluso con ropa informal se veía atractivo, aunque estuviese acostumbrada a verlo con una pistola y el uniforme policial.

—No puedo decir lo mismo de ti.

No me ofendió en absoluto, porque hasta yo era consciente de lo mal que debía verme.

—Ya, bueno. A veces la situación me supera.

—Te noto más delgada. ¿Comes bien?

—Como todo lo que me dan en este sitio, que viene siendo una miseria —respondí con sinceridad.

Él exhaló un suspiro apenas audible.

—¿Has conseguido pruebas?

Negué con la cabeza.

—Ni siquiera lo he visto.

Eso lo pilló por sorpresa.

—¿Cómo que no? Llevas cinco días aquí, Jules.

Abrí mucho los ojos y miré a ambos lados, alarmada. Por suerte las personas de las mesas de al lado estaban tan su-149

mergidas en sus conversaciones que no nos prestaron atención.

—Aquí soy Clarke —le recordé en voz baja.

Volteó los ojos.

—No me gusta ese nombre, así que no pienso llamarte así.

—Pues tendrás que acostumbrarte.

—¿Acostumbrarme? No pienso dejar que estés mucho más tiempo aquí, Jul. . —Apretó los dientes—. Clarke.

—No he conseguido nada durante estos días, Landon.

¿Cómo pretendes que me vaya antes?

—Pues más motivos me das para renuncies a este estúpido caso.

Me incliné hacia delante para que nuestra conversación fuese más confidencial.

—No puedo irme ahora. Necesito averiguar si Nolan está involucrado en un suicidio. Eso podría cambiarlo todo.

—Venga ya, eso no cambiará nada. Pongamos el caso de que descubres que sí que tuvo que ver. ¿Después qué? Lo enviarán a los juzgados para enfrentarse a cargos legales y se salvará el culo otra vez por problemas de salud mental.

—Tal vez esta vez no pueda demostrarlo y lo envíen a una cárcel.

—Por ahora, sí que puede. La que no puede demostrar lo contrario eres tú.

Apreté los dientes con fuerza y me crucé de brazos, frustrada por no poder contradecirle eso.

—¿Es que no lo ves? Deja de centrarte en cosas que no te conciernen y céntrate en encontrar pruebas que demuestren que es plenamente consciente de sus acciones.

Suspiré y asentí con la cabeza, muy a mi pesar.

—Lo siento, es que este sitio me está volviendo loca. ¿Có-150

mo es posible que ni siquiera pueda encontrarlo si está en el mismo hospital que yo?

—Tienes que encontrar una forma de investigarlo sin levantar sospechas —murmuró sin mirarme, como si hablara más por sí mismo—. No puedes asumir una identidad falsa ni hacerte pasar por el personal de aquí porque ya te conocen.

Pero sí puedes ganarte su confianza. ¿Has conocido a alguien aquí?

Me removí en el asiento, incómoda.

—Puede. He congeniando bien con. . mis compañeras de habitación.

No sé por qué, pero no quise mencionar a Adler.

—Bien. —Asintió, satisfecho—. Pues empezaremos por ahí.

—¿Empezaremos? —repetí, confusa.

—Ya te dije que no iba a dejarte sola en esto. Te ayudaré en todo lo que pueda.

¿Por qué tenía que ser tan bueno conmigo?

—¿Cómo está mi padre? —pregunté, desviando el tema.

—Igual de pesimista que siempre.

Sonreí un poco, haciendo que él hiciese lo mismo.

—Ayer fui a verlo y lo primero que hizo fue darme un tor-tazo en la nuca por dejar que te fueras sola, ¿te lo puedes creer? ¡Ni siquiera sabe dónde estás!

Solté una carcajada.

—Da gracias que solo fue eso lo que te hizo.

—La hora de visita ha terminado.

Me estremecí al escuchar esa voz a mis espaldas. Cuando miré por encima de mi hombro, vi a Marlon con las manos apoyadas en su cinturón. Su presencia nunca auguraba nada bueno.

151

Los dos nos pusimos de pie. Íbamos a unirnos en un abrazo cuando Marlon tiró de mí hacia atrás. Para mí mala suerte me cogió por el brazo que tenía la herida, haciendo que soltara un grito ahogado.

—He dicho que la hora de visita ha terminado.

Los ojos de Landon se oscurecieron al momento y dio un paso hacia él, encarándolo.

—Vas a dejar que me despida de ella porque no hay ninguna prohibición de eso al respecto —habló con firmeza—. ¿Te queda claro?

—¿Y tú quién coño eres para hablarme así? —inquirió Marlon, bastante poco intimidado.

Landon extrajo algo de su bolsillo y le mostró su placa de policía, que guardaba en su cartera.

—Un oficial de la Comisaría Central de Harpers Ferry que se encargará de meterte en problemas legales como no hagas lo que te ha dicho.

No pude evitar sentir una enorme satisfacción al notar la expresión de sorpresa en el rostro de Marlon. Le dediqué u-na sonrisita sin que Landon me viera, haciendo que tensara la mandíbula sin tener más opción que ceder.

Landon se giró hacia mí, guardando de nuevo la cartera.

—Cuídate, ¿vale? —dijo, empleando un tono mucho más suave conmigo.

Asentí con la cabeza y nos dimos un abrazo corto, pero igual de reconfortante para mí.

—Iré a visitarte siempre que pueda.

—Gracias. Este sitio es un asco, así que se agradece alguna cara conocida.

—¿Qué esperabas? —Se encogió de hombros—. Estás en un manicomio, no en un cuento de hadas.

Le dediqué una última sonrisa antes de separarnos. Landon me siguió con la mirada mientras abandonaba la sala junto a Marlon.

—¿Es tu novio? —preguntó una vez estuvimos solos.

—No te importa —mascullé, intentando ignorar sus provocaciones.

—Así que, sí que lo es.

Iba a decirle que no, pero prefería que creyera lo contrario. Tal vez así me dejaría en paz.

—¿Qué pensará tu guardaespaldas rubio cuando se entere de que lo has estado engañando?

No dije nada al respecto. Sabía lo que pretendía, y no lo i-ba a conseguir.

—Seguro que lo decepcionarás. —Chasqueó la lengua—.

Después de todo lo que ha hecho por ti, se dará cuenta de que no ha hecho más que perder el tiempo contigo. Cómo sois las mujeres, ¿eh? Calentáis platos y después no os los coméis. .

Me detuve en seco, harta de escucharlo.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos?

—Porque así es mucho más divertido.

Solté una risa desdeñosa.

—¿Qué pasa, que tu vida es tan lamentable que tienes que joder la de los demás? ¿No te llega la sangre a la cabeza o simplemente la acumulas toda en tus genitales?

Tragué saliva con fuerza cuando se acercó a mí con una sonrisa burlona, invadiendo mi espacio personal. Solía hacerlo bastante, y

era algo que odiaba de él. Porque se pensaba que estaba en todo el derecho de hacerlo siempre que quisiera.

—Sigue andando y no me cabrees más de la cuenta.

153

Dio media vuelta para seguir andando, pero yo no lo hice.

Me crucé de brazos, adoptando una posición de indiferencia.

—¿Cómo se llama?

—¿Quién? —preguntó, girándose con aire aborrecido.

—Tu hermana.

Frunció el ceño, claramente incómodo por la dirección que estaba tomando la conversación.

—Tienes una, ¿no? Eso le dijiste a mi guardaespaldas.

—Ni se te ocurra mencionarla.

—¿Por qué? ¿Te da miedo que descubra el monstruo que eres en realidad?

Pude ver cómo sus ojos relucían cada vez más en una ira inquietante, como si en cualquier momento fuese a estallar contra mí. Pero no me detuve, porque eso era justamente lo que pretendía que hiciese.

—¿Qué pasaría si se enterara de lo que le haces a esas pobres chicas?

Apretó los dientes con fuerza, visiblemente al borde de la explosión.

—Basta.

Mantuve mi mirada fija en él, sin inmutarme.

—¿Cuántos años tiene? ¿Es lo suficientemente mayor co-mo para aceptar que su hermano es un monstruo o lo suficientemente pequeña como para dejarle un trauma?

—¡He dicho que basta! —gritó, con los ojos llenos de furia.

Me agarró de los hombros con fuerza.

—Marlon —escuchamos al final del pasillo.

Él volteó al instante en que reconoció la inquietante voz de la directora. Estaba de pie, sosteniendo unas carpetas y unas llaves a mano.

154

—A mi despacho —dijo ella, muy seria—. Ahora.

Marlon tensó la mandíbula y se giró lentamente hacia mí, que lo miraba con una sonrisita de suficiencia.

—Sabías desde el principio que estaba ahí, ¿no?

—No soy tan estúpida como para provocar a alguien sin un motivo.

Esta vez fue mi turno inclinarme hacia él.

—No me subestimes, Marlon —dije en un tono bajo para que la directora no pudiese oírme—. Porque entonces el que va a perder el tiempo eres tú.

Siguió a la directora a regañadientes.

* * *

—¿Qué película visteis? —preguntó Beth, haciendo pompas con su

chicle.

Después de que la directora presenciara los malos tratos de Marlon hacia mí, levantó mi castigo y pude regresar a mi habitación a cambio de que no dijese nada al respecto. Supongo que quería mantener la buena reputación del hospital.

Así que estaba de vuelta con mis compañeras de habitación.

—El resplandor —contestó Lily.

—Esa no da miedo, da risa.

—Pues a mi me dio bastante miedo.

—A ti te da miedo hasta una mosca, Lily. —Volteó los ojos.

—¡No es verdad! —protestó ella, enrojeciendo.

Yo estaba en la ventana mirando con aire ausente a las personas que había en el patio interno.

—¿Y a ti qué te pasa? —me preguntó Beth al darse cuenta—. Sonríe un poco. ¡Has recuperado tu libertad! Deberías 155

sentirte afortunada.

«Mi libertad la recuperaré cuando salga de aquí» pensé.

—¿Qué es eso? —preguntó Lily de pronto.

Estaba señalando un papel que había en el suelo. Al parecer alguien lo había deslizado por debajo del umbral de la puerta, porque antes no estaba allí.

Beth se levantó para cogerlo. Lily y yo nos asomamos para echarle un vistazo, curiosas. Era como una especie de folleto publicitario y colorido.

— Día de todos los santos —leyó Beth en voz alta—. Disfruta de nuestra fiesta de disfraces de ángeles. Todo el mundo está invitado.

—¿Esto lo ha organizado el hospital? —preguntó Lily.

—Lo dudo mucho —opiné.

—Seguro que es cosa de la pelirroja. Hay que ver lo que le consigue la gente de fuera —comentó Beth, asombrada—.

Debería pedirles cinco cajas de chicles y un reproductor de música sólo con canciones de Chase Atlantic.

Le dio la vuelta al folleto.

—Qué raro, no sale dónde se hará.

—Seguro que no lo ponen por si llega a manos de algún guardia —puntualicé.

—¿Y entonces cómo lo van a saber los demás? —inquirió la rubia.

—Es más que evidente. —Señalé el folleto.

Aunque el lugar exacto no se mencionaba, el diseño del folleto sugería que la fiesta probablemente tendría lugar en una bodega antigua.

—¡Genial! —exclamó una Beth sonriente—. Pues ya tenemos plan para esta noche.

—Yo no voy a ir —le hizo saber Lily.

—Oh, ya contaba con eso. Me refería a Clarke.

—Me temo que yo tampoco voy a ir.

No tardó en aparecer una expresión de decepción en su rostro.

—¡¿Qué?! —chilló—. ¡¿Cómo que no?!

—¿Crees que tengo ganas de salir de mi habitación sabiendo que hay alguien suelto en el hospital que intenta matarme?

—Pero, ¿es que no has visto suficientes películas de miedo o qué? ¿Y si cuenta con que no irás a la fiesta y va a buscarte a la habitación?

—Oye, que no estará sola —puntualizó Lily—. Yo también me quedaré aquí.

—No te ofendas, Lily, pero lo mucho que harías tú si lo vieras entrar por esa puerta es pegar un grito y salir corriendo. Solo le pondrías las cosas más fáciles a ese zumbado.

La pobre frunció el ceño, mostrándose algo ofendida.

—Lo siento, Beth, pero no voy a ir —dije.

Soltó un bufido y se cruzó de brazos, enfurruñada.

—Vale. Pues me tocará ir sola.

Y así fue como, cinco horas más tarde, Beth se había despedido de nosotras para ir a esa fiesta.

Lily y yo nos quedamos tumbadas en la cama, cada una en la suya, mientras el silencio reinaba entre nosotras. No era incómodo, simplemente estábamos ahí, calladas, sin ningún tema de conversación.

Hasta que fue Lily quien, sorprendentemente, habló:

—¿Qué te pasó en el bosque?

Vale, no era algo de lo que me apeteciese hablar. Casi que prefería que estuviésemos de nuevo en silencio.

157

Solté un suspiro, mirando al techo.

—Supongo que Beth te lo habrá contado ya.

—Sí, pero supongo que necesito oírlo de tu boca. Beth. .

bueno, ya sabes. Suele exagerar las cosas.

Emití una risa silenciosa.

—Esta vez no creo que exagerara, porque sí, un chico intentó matarme.

El silencio impregnó de nuevo toda la habitación.

—¿Lo conocías?

Negué con la cabeza.

—¿A quién iba a matar yo? —murmuré—. Por Dios, si hasta de pequeña lloraba cuando pisaba una hormiga sin querer porque pensaba que se había quedado sin familia.

Las dos nos echamos a reír.

ADLER

Alcohol.

Ese era el único motivo por el que había decidido asistir a esa estúpida fiesta de disfraces.

Había tantas botellas de vino y licor en esa bodega que estaba convencido que no quedaría una sola alma sobria antes de que saliera el sol.

En los rincones había espesas cortinas de polvo y telarañas, y las paredes eran de piedra y estaban desgastadas, al igual que las vigas de madera que sostenían el techo. Daba la impresión de que en cualquier momento ese lugar se vendría abajo.

Era evidente que no bajaba nadie aquí desde hacía por lo 158

menos siglos. Me preguntaba por qué demonios habría una bodega en un hospital psiquiátrico. No es que fuese muy habitual.

El lugar estaba repleto de estanterías con botellas de vino y barricas de roble. Les eché un vistazo y terminé decantán-dome por una.

Vi por el rabillo del ojo a una mata de pelo pelirroja acercándose.

—Antinori —dijo, observando la botella que acababa de coger—. Buena elección.

Asentí en silencio y retiré el corcho para darle un sorbo.

Mientras el alcohol se deslizaba por mi garganta, pude sentir su mirada siguiendo el movimiento.

—¿Cómo está tu amiga?

—Bien.

—Me alegro. —Sonrió ampliamente—. ¿Ha venido?

—No —contesté con demasiada rapidez.

Lo primero que había hecho al entrar a la bodega fue buscarla con la mirada, pero supe que no había venido cuando vi que estaba su amiga. ¿Cómo se llamaba? ¿Betty? ¿Brenda?

¿Betsey?

Después de lo que le pasó ayer, casi que prefería que Clarke se quedara en su habitación por si ese gilipollas se dignaba a volver.

—Conoces a ese chico, ¿no? Mencionaste su nombre.

Ella suspiró pesadamente al recordarlo.

—Todo el mundo lo conoce —respondió—. Se ha escapado alguna que otra vez de su habitación y ha atacado a guardias de seguridad.

—¿Y por qué no lo trasladan a otro hospital más seguro?

Aquí pone en peligro a todo el mundo.

159

—Porque se supone que este es el más seguro.

—Pues está claro que no lo es.

—Bueno, por lo menos tiene una bodega donde podemos emborracharnos todo lo que queramos. —Se encogió de hombros—. Incluso podemos bajar siempre que nos apetezca sin que se den cuenta.

No se me escapó la miradita que me lanzó.

—Soy Margot, por cierto.

—Adler —dije a modo de saludo.

—Lo sé. Tu nombre suele estar en la boca de muchas chicas de aquí.

Margot era esa clase de chicas que les gustaba gustar, era más que evidente. Era atractiva y lo sabía, y lo usaba a su favor para coquetear con los hombres que se le antojaban. Me bastó una conversación de menos de un minuto con ella para darme cuenta.

—Oye, ¿quieres bailar conmigo?

Y ahí estaba el flirteo.

—Tal vez luego —contesté, tratando de no sonar maledu-cado.

Pasé por su lado y accedí a la sala donde estaba todo el mundo bailando la canción que sonaba por los diversos altavoces. Las paredes eran tan gruesas que probablemente estaban insonorizadas, por lo que a nadie le preocupaba que el volumen de la música estuviese demasiado elevado.

Me apoyé en una de las paredes y le di un trago a la botella, observando con desinterés a los presentes. Todos estaban disfrazados, las chicas de ángeles blancos y los chicos de ángeles negros. Yo me había limitado a ponerme una camiseta negra de manga corta y unos tejanos del mismo color. Pasaba de ponerme cursiladas en la espalda o la cabeza.

160

Volteé los ojos cuando escuché que la amiga de Clarke soltaba un chillido.

—¡Mi canción favorita! —exclamó entre entre el alboroto de la fiesta.

Cómo odiaba esa clase de chicas. Eran ruidosas y molestas. ¿No podían simplemente callarse un rato y disfrutar de la canción?

Le di otro trago a la botella de vino, manteniéndome apoyado en la pared con una actitud relajada. Iba a darle otro sorbo, pero me detuve a mitad cuando mis ojos se clavaron en una chica que acababa de entrar en la sala.

Y, en ese instante, todo lo demás pareció desvanecerse.

Llevaba unas enormes alas blancas en su espalda y avanzaba con su mirada cautivadora. Era como si la música hubiera sido creada solo para acompañar su entrada. Su larga cabellera castaña caía con gracia y fluidez sobre sus hombros. Llevaba puesto un vestido blanco y corto de tirantes que parecía hecho a medida. Se ajustaba a su diminuta cintura y caía en volandas hasta un poco más arriba de sus rodillas, dejando sus piernas descubiertas.

En su cabeza llevaba una diadema de plumas que complementaba con sus alas, y sus manos estaban cubiertas por unos guantes blancos que llegaban hasta sus codos, acentuan-do su encanto.

Detuvo sus pasos y comenzó a recorrer la estancia con la mirada, como si estuviera buscando a alguien. Cuando sus ojos azules se encontraron con los míos desde la lejanía, entre la multitud y la música atronadora, solo existimos nosotros dos.

Y, por un momento, solo un momento, imaginé que no estábamos en un manicomio. Que nos encontrábamos en el bar de un barrio cualquiera de la ciudad, charlábamos durante 161

horas entre risas y tragos, y acabábamos los dos borrachos en mi casa. O tal vez en la suya.

Sus labios se curvaron hacia arriba, y una de mis comisuras se elevó sin siquiera poder controlarlo. Entonces supe que estaba jodidamente perdido.

Desde que llegué a ese hospital, nadie me había causado algo tan fuerte como para provocarme una simple sonrisa. Y

ahí estaba ella, haciendo que sonriera con tan solo su presencia.

Ella ya sabía que, de alguna forma, me había ayudado a dejar de pensar en el tema de mi hermana. Pero, lo que no sabía en realidad es que no era precisamente porque fuera una distracción, sino porque se acabó convirtiendo en otra obsesión.

JULES

Verlo vestido completamente de negro hizo que cada partícula de mi ser se pusiera nerviosa. Esa noche estaba mucho más guapo de lo habitual. De alguna forma destacaba en medio de la bulliciosa fiesta, por eso no fue muy difícil para mí localizarlo.

Decidida, di un paso para acercarme a él, pero alguien se interpuso en mi camino.

—¡Clarke, has venido! —Beth sonrió.

—Sí, supongo que la idea de quedarme no me entusiasmaba demasiado.

Beth me miró de arriba a abajo, analizando mi disfraz con suma atención.

—Dios mío, estás. .

162

—. .preciosa.

Ambas volteamos hacia la persona que había dicho eso.

Nils me observaba con una pequeña sonrisa.

—¿Te gustaría bailar? —me preguntó.

Miré por encima de su hombro. Adler seguía bebiendo de su botella de vino sin despegar los ojos de mí.

—Tal vez luego —contesté, tratando de no sonar maledu-cada.

Lo entendió todo cuando se giró hacia la dirección donde estaba mirando. Asintió lentamente, mirándome de una forma bastante

juzgadora.

—Sí, claro —dijo finalmente, carraspeando la garganta y poniéndose a un lado para que pudiese pasar.

—Yo bailaré contigo, Nils —se ofreció Beth, dándole unas palmaditas en la espalda.

Mientras lo conducía hacia la zona del medio, se giró un momento hacia mí y le devolví la mirada, agradecida. Sin embargo, cuando me volví hacia donde había visto a Adler, ya no estaba.

Fruncí el ceño y miré a mi alrededor, tratando de ver por encima de las cabezas de la multitud, pero no logré localizar su distintiva mata de pelo rubio en ninguna parte.

Lo que sí que vi fue a una pelirroja charlando con sus amigas. Quizás ella sabría a dónde estaba.

Me aproximé a su grupo y decidí tocarle el hombro para llamar su atención, pero en lugar de girarse por completo hacia mí, solo me miró de reojo antes de volver a concen-trarse en su conversación con sus amigas.

Volví a intentarlo una vez más, pero la reacción fue la misma. Es más, en el segundo intento ni siquiera se molestó en mirarme. Así que no me quedó más remedio que pregun-163

tar directamente.

—¿Has visto a Adler?

—¿Qué?

—Que si has visto a. .

—¿Qué?

—¡Que si has vist. .!

—¡No te oigo! —gritó entre el bullicio de la fiesta.

—Pues yo te escucho perfectamente y estamos a la misma distancia. —Alcé una ceja, cruzándome de brazos.

Se giró por completo hacia mí, soltando un bufido despectivo, como si girarse le supusiera un gran esfuerzo.

—¿Qué quieres? ¿No ves que estoy hablando con gente?

¿A esa qué mosca que le había picado para hablarme así?

—No quería interrumpir, solo quería saber si. .

—¿Tus padres no te han dado educación o qué? —espetó, y se giró de nuevo para seguir hablando con sus amigas.

Mi paciencia se agotó al instante.

—No vuelvas a mencionar a mi familia —murmuré entre dientes.

Volteó hacia mí, esta vez con una sonrisa provocativa en su rostro, y se cruzó de brazos.

—Dime, ¿quién fue? —preguntó, manteniendo esa sonrisa.

—¿Qué? —inquirí, confusa.

—¿Quién de los dos falló en tu educación? ¿Tu padre o tu madre?

Oh, no. Eso sí que no.

Noté cómo mi ira se desataba con ese comentario tan hi-riente. Apreté los dientes con tanta fuerza que me dolieron las sienes. Tenía los puños apretados a ambos lados de mi cuerpo, sintiendo cómo mis uñas se clavaban en mi piel cada 164

vez más.

Lo que hice fue sin pensarlo ni premeditarlo un segundo.

Antes de que pudiese controlarlo, la empujé tan fuerte que chocó de espaldas con sus amigas, perdiendo el equilibrio y llevándose consigo a otra chica en su caída.

Todo el mundo quedó boquiabierto y en silencio. Las conversaciones se detuvieron, y las personas se giraron para ver lo que estaba sucediendo. Algunas personas las intentaron ayudar a levantarse, mientras que otras observaban la escena con expresiones de sorpresa y asombro.

—La próxima vez que menciones a mi familia, asegúrate de que yo no esté delante —le advertí muy seria, saboreando las palabras—. Porque sino te aseguro que un empujón será lo más pacífico que te haré.

Beth se apresuró a llegar hasta mí.

—¿Qué ha pasado?

Pero no iba a contestarle, estaba demasiado furiosa.

Di media vuelta y me abrí paso entre la multitud para salir de ahí. No miré hacia atrás, seguí andando, buscando un lugar tranquilo para relajarme, hasta que llegué a una especie de bodega, repleta de vinos y barricas de roble.

Inhalé hondo varias veces, tratando de disipar los nervios que tenía. Ahora mismo me sentía como una bomba a punto de estallar. Y eso solo ocurría siempre que mencionaban a mi padre.

Mi infancia no había sido fácil. Me crié en un orfanato, rodeada de niños y niñas crueles que se burlaban de mí por el rumor que se

corrió ahí dentro. Se decía que mis padres no habían muerto, sino que me abandonaron porque ni ellos mismos pudieron aguantarme.

Ni siquiera yo sabía si ese rumor era cierto, no me acordaba de ellos.

165

En la escuela la cosa no mejoró. Me llamaban "la huérfana"

después de que los niños descubrieran que no tenía familia, solo un padre, y ni siquiera era mi padre biológico.

Podía soportar que me faltaran el respeto a mí, pero cuando se lo faltaban a mi padre acababa teniendo un arrebato de ira. Y a veces no podía controlarla. Era como si tomara el control de mi cuerpo y necesitara liberar esa tensión contra los demás. Algunas veces me limitaba a dar empujo-nes, pero otras veces me pasaba de la raya. Llegué a romperle la nariz a un chico lanzándole un par de puñetazos en la cara.

—No pensé que vendrías.

Me giré de golpe cuando escuché otra voz.

Adler estaba apoyado en una de las barricas de roble con una mano metida en su bolsillo y la otra sujetando una botella de vino.

—Y me arrepiento de haberlo hecho —murmuré—. ¿Dónde estabas? No te encontraba.

—¿Me estabas buscando? —Alzó una ceja, divertido.

Me ruboricé al instante.

—No. O sea, sí. Es decir. ., bueno. .

Se separó de la barrica y se aproximó lentamente, clavando sus ojos en mí con demasiada profundidad. Tuve que alzar la cabeza cuando

se detuvo justo enfrente de mí, muy cerca, haciéndose más notoria la diferencia de altura.

—Te noto alterada.

Apartó un mechón de mi cabello y reposó su mano en mi nuca, dejándola ahí.

—Es que he tenido una pequeña discusión con alguien.

Se mordió ligeramente los labios mientras observaba los míos. Seguí ese gesto con la mirada, y mi corazón bombeó 166

con fuerza.

Vale, definitivamente no estaba alterada por la discusión.

Ahora era por otra. . cosa.

—Existen muchas formas de liberar tensiones.

Sentí un cosquilleo en partes que no debería sentir.

—¿Ah, sí? —le provoqué, siguiéndole el juego—. ¿Cómo cuáles?

Estuvo a punto de contestarme cuando un ruido resonó desde la bodega.

Intercambiamos una mirada, borrando nuestras sonrisas de golpe, y volteamos hacia el lugar de donde provenía el ruido. Durante todo ese tiempo creímos que estábamos solos, pero ese ruido claramente lo había provocado alguien.

Adler tomó la delantera y yo lo seguí por detrás. Se acercó a una de las columnas de ladrillo que sostenían el techo, pensando que sería un buen lugar donde esconderse, pero no había nadie.

—¿Por qué no sales y te hago una charla sobre escuchar conversaciones ajenas? —inquirió él, paseándose por el lugar.

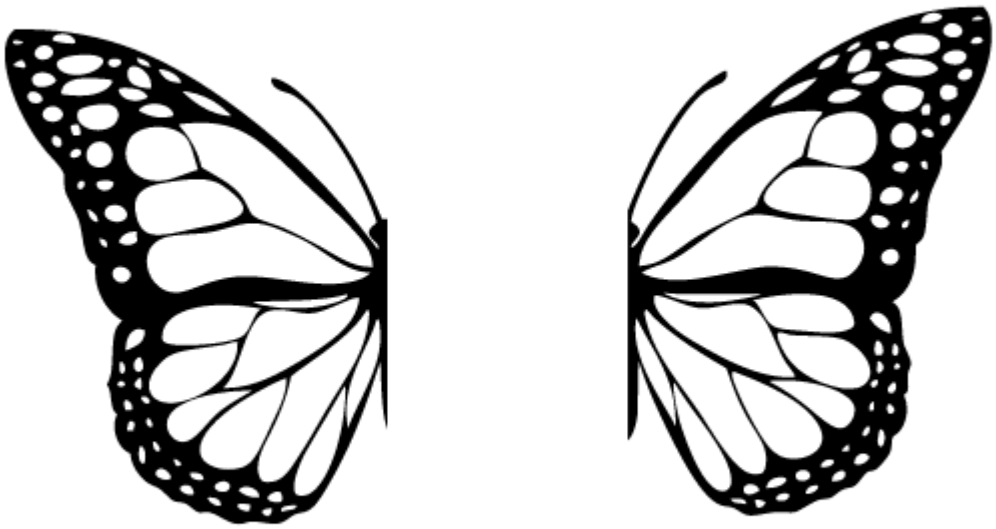
Seguimos recorriendo la estancia, observando todas y ca-da una de las barricas de roble que habían apiladas. Pasé el dedo por encima. Tenían polvo y estaban mugrientas.

—Vamos, sal —insistió Adler.

Fruncí el ceño cuando percibí marcas de mano y huellas en una de ellas. Mi trabajo me había enseñado a distinguir evidencias sólidas, y esas parecían recientes.

Entreabrí los labios para avisar a Adler, cuando de pronto todas las luces estallaron. No tardamos en escuchar los gritos de sorpresa de los integrantes de la fiesta.

Se había ido la luz de toda la planta.



8

Miré a mi alrededor, alarmada. Fue entonces cuando, entre la oscuridad, vislumbré una figura saliendo de la bodega.

Pensé en la posibilidad de que se tratara de Matthew Adams, y no pude dejarlo ir. Me había intentado matar una vez, y él mismo reconoció que no iba a detenerse hasta conseguirlo.

No dudé ni un instante. Corrí tras la figura, atravesando el umbral de la bodega. Me adentré en un pasillo largo que conducía a otra estancia, ahora completamente vacía.

Pensé que se había alejado demasiado y no sería capaz de encontrarlo, pero entonces vi a la figura deslizándose por otro pasillo.

Me detuve un momento para quitarme las alas y ganar agilidad. Hice lo mismo con los tacones, la diadema de la cabeza y los guantes, lanzándolo todo al suelo.

Todo estaba oscuro, no lograba ver nada más que la escasa luminosidad que me proporcionaban las luces de emergencia. Pero no me importó. Solo podía centrarme en alcan-168

zarlo. Necesitaba respuestas, necesitaba saber a quién creía que había matado y por qué demonios creería que lo hice yo.

Al doblar una esquina, me detuve abruptamente al encontrarme con la figura de pie. Estaba de espaldas, contemplan-do el final del pasillo. Para su mala suerte, había llegado a parar a uno que no tenía salida.

Me acerqué lentamente, tratando de no hacer ruido para pillarlo desprevenido. Pero entonces se giró de golpe hacia mí.

Era una niña.

No debía tener más de diez años. Su cabello largo, castaño y lacio caía en desorden, ocultando la mitad de su pequeño rostro. Su respiración era agitada, y las lágrimas amenazaban con empañar sus ojos grandes y oscuros, revelando el miedo que sentía. Se aferraba a un peluche con fuerza, como si fuera su única fuente de consuelo en medio de esa situación.

—No voy a hacerte daño —le aseguré con una voz dulce, dando un paso hacia ella.

Pero seguía mirándome horrorizada. Estaba muy asustada, tanto que temía que le fuese a dar un ataque en el corazón. Le estaba

costando hasta respirar. Tenía que calmarla como fuera.

—Ese peluche es muy bonito —dije en un intento para desviar su atención—. ¿Cómo se llama?

Se creó un silencio tan largo entre nosotras que creí que no llegaría a contestar, pero al final lo hizo con una voz frágil e inocente:

—Pelusín.

Me acerqué un poco más cuando vi que empezaba a ganarme su confianza.

—Pelusín —repetí, asintiendo lentamente—. Me gusta.

169

Lo observó un momento, satisfecha, antes de regresar la mirada hacia mí. Lo extendió un poco para que lo viera bien.

Me pareció adorable ese gesto.

Era un oso bastante poco agraciado. Le faltaba un ojo que había intentado sustituir con un botón, tenía un brazo des-cosido y las costuras estaban deshilachadas, dejando al descubierto pequeñas partes del relleno de algodón en su interior. Pero no iba a admitirlo delante de ella, claro.

—¿Y cómo te llamas tú?

Ella se secó las lágrimas que habían caído de sus ojos con una de sus manitas.

—Renata.

—Es un nombre muy bonito también. Yo soy Clarke.

—¿Clarke? —repitió.

Me miró de arriba a abajo, frunciendo el ceño.

—¿No te gusta?

De pronto, parecía bastante confundida. Se limitó a encogerse de hombros.

—¿Qué haces en este lugar? —pregunté.

—Me. . me estaba escondiendo de. .

Se calló de golpe cuando percibió algo detrás de mí. Me giré, asustada, pero me tranquilicé al ver que se trataba de Adler.

—Al fin te encuentro. ¿Desde cuándo corres tanto? —inquirió con la respiración jadeada, apoyando sus manos a ambas rodillas.

Cuando alzó la mirada de nuevo y vio a la niña que había al final del pasillo, murmuró completamente perplejo:

—¿Qué diablos hace una niña aquí?

Me centré de nuevo en ella, ignorándolo. Ahora la prioridad central era esa niña.

170

—Dime, cielo. ¿De qué te escondías?

Pero ella miraba desconfiada a Adler. Al parecer no le transmitía la misma confianza que yo, y eso que a ninguno de los dos nos conocía.

—Hay que irnos de aquí —me informó él—. El panel de control de electricidad está en los sótanos, y los de seguridad no tardarán en bajar para revisarlo después del apagón que ha habido.

Asentí con la cabeza y extendí mi mano hacia la niña.

—¿Vienes conmigo, Renata?

Negó con la cabeza.

—Si nos quedamos aquí, bajarán unos hombres malos y nos atraparán.

—Él es un hombre malo —dijo, señalando con su diminuto dedo a Adler.

—Vaya, qué simpática. —Volteó los ojos—. Me acaba de recordar por qué odio tanto a los niños.

Lo fulminé con la mirada, antes de girarme de nuevo hacia la niña.

—Él no es malo, solo quiere ayudarnos.

—Todos los hombres son malos —contestó con esa voz inocente.

Suspiré.

—Vale, si no quieres ir con él lo entenderé. Pero no querrás poner en peligro a Pelusín, ¿verdad?

Miró de reojo al oso durante varios segundos, dubitativa, como si se lo estuviese replanteando.

Casi solté un gritito de emoción cuando la pequeña finalmente tomó mi mano, y me miró con una mezcla de miedo y duda. Al parecer la confianza no era algo que pudiera otorgar fácilmente, pero parecía dispuesta a darme una oportunidad.

Esbocé una sonrisa, tratando de transmitirle tranquilidad.

—Vamos a irnos de aquí juntas y todo estará bien, ¿sí?

La niña asintió tímidamente, aferrándose al peluche.

Renata y yo seguimos a Adler mientras avanzábamos por el pasillo.

—¿Dónde están tus padres? —le pregunté mientras andábamos.

Ella se encogió de hombros.

—¿Te has perdido? ¿Es eso?

Asintió con la cabeza.

—¿Y cómo has llegado hasta este hospital?

De pronto, un grupo de guardias apareció al final del pasillo. Sus linternas nos enfocaron de golpe y comenzaron a darnos órdenes para detenernos.

Adler tomó un camino lateral, guiándonos por laberínti-cos corredores en un intento de evadir a los guardias.

Corríamos en silencio, solo interrumpido por el eco de nuestros pasos y el latido acelerado de nuestros corazones.

Renata, aunque estaba bastante asustada, mantenía nuestro ritmo, confiando en que la llevaríamos a un lugar seguro.

Desesperados por escondernos en algún lugar, abrimos una puerta que apareció en nuestro camino y la cerramos detrás de nosotros con cuidado, tratando de no hacer ruido.

Solté un suspiro de alivio, permitiéndome unos segundos recobrar el aliento.

Adler miró a su alrededor, entrecerrando los ojos e intentando enfocar la vista entre la oscuridad.

—Un momento —murmuró, y comenzó a tantear la pared.

—¿Qué haces? —le pregunté.

Unos segundos después, se oyó un click, como si hubiese 172

pulsado un interruptor, y toda la estancia se iluminó.

—Mierda —masculló.

—Te he dicho que no digas palabrotas delante de. .

—Estamos en la sala de control de electricidad —afirmó, haciendo que me callara de golpe—. Aquí es donde se dirigen los guardias.

Le eché un vistazo al lugar para corroborarlo.

Estábamos en una especie de sala que resonaba con un constante zumbido producido por la maquinaria eléctrica, que era probablemente la que mantenía en funcionamiento todo el complejo. Los paneles de control, dispuestos en una pared, creaban una iluminación intermitente. Cables de colores serpenteados se entrelazaban y conectaban entre sí, formando una red compleja que se extendía por toda la sala.

—Nos hemos metido de lleno en la boca del lobo —añadió.

Noté que Renata se estremecía un poco al escucharlo. No supe muy bien si había entendido esa metáfora o era demasiado pequeña como para creer que no lo había dicho en sentido literal.

—¿Y ahora qué hacemos?

Adler se pasó una mano por el pelo, pensativo.

—No lo sé. No podemos impedir que entren.

Ver que no reaccionaba y que tiraba la toalla con tanta facilidad hizo que mi frustración aumentara aún más.

—¿Estás insinuando que nos entreguemos?

—Terminarán encontrándonos tarde o temprano.

—Pero. . ¡no pueden pillarme! ¡Si lo hacen, me enviarán otra vez a la última unidad! ¡O peor aún, me expulsarán del hospital!

—¿Te crees que no lo sé? Estoy igual de jodido que tú.

Tuve que tragarme mi primera contestación, que fue de-173

cirle que no era verdad, porque yo me estaba jugando mi trabajo. Así que me limité a contestar la segunda:

—¡Pues entonces hagamos algo!

—¡Te recuerdo que estamos aquí por tu culpa!

Abrí la boca, claramente ofendida.

—¿Disculpa?

—¡Has sido tú quien ha decidido ir detrás de esta niña!

Noté que la pequeña daba un tirón a mi camiseta, pero la ignoré, presa de la furia.

—¿Y qué querías que hiciera? ¿Dejarla sola? —inquirí, buscando una forma de hacer que Adler entrara en razón.

—¡No es nuestra responsabilidad, Clarke!

Solté una risa sarcástica.

—¿No puedes tener un poco de empatía? ¡Es una niña!

—¡Sí, una niña que no sabemos de dónde ha salido!

De nuevo, noté que Renata tiraba de mi camiseta.

—¡Pues más motivos para preocuparse por ella en vez de dejarla ahí tirada!

—¡No podemos tomar decisiones a la ligera! ¿Qué sabemos de ella? ¡Nada!

—Vamos, mírala. ¿Cómo va a ser peligrosa? ¡Si está aterrada!

—Los hombres malos se están acercando —escuchamos decir a Renata de pronto.

Estábamos tan inmersos en la discusión que pasamos por alto los tenues pasos que resonaban en el pasillo, cada vez más cerca.

—Vamos a escondernos ahora mismo. Los tres —enfaticé, mirando fijamente a Adler—. Y vas a aceptar porque no voy a permitir que ninguno de los que estamos aquí salga perjudi-174

cado, ¿de acuerdo?

Adler soltó un suspiro de resignación, pero por lo menos aceptó.

Él se escondió detrás de una maquinaria lo suficientemente ancha como para ocultar parte de su cuerpo. Renata y yo, en cambio, nos acomodamos en otro lugar estratégico de la sala, utilizando la compleja red de cables y paneles eléctri-cos para escondernos en las sombras.

Fue justo en ese instante cuando oímos la puerta abriéndose.

—¿Ha venido ya el técnico? —escuché que decía uno.

—No creo que sea necesario. Seguro que ha sido un cortocircuito.

—¿Un cortocircuito que apaga todo el sistema de una planta entera? No lo creo.

Mientras hablaban, sus linternas iluminaban la sala, explorando cada rincón en busca de pistas.

—¿Y qué sugieres? —preguntó el otro. Al parecer eran so-lo dos.

—No pasarlo por alto e investigarlo bien —contestó—. No sabemos si es un fallo técnico o si alguien está intentando sabotear el sistema.

—¿Un sabotaje? Vamos, tío. No exageres. Nadie tiene motivos para hacer eso.

—Nunca subestimes lo que puede pasar en este lugar. Ya sabes cómo son las cosas aquí. Podría ser cualquier cosa.

Adler y yo intercambiamos una mirada desde nuestros escondites.

—Está bien, revisemos los paneles de control y veamos si podemos reiniciar esto.

Las linternas barrían la sala, iluminando parte de la ma-175

quinaria, pero por suerte estábamos todos bien escondidos.

La tensión en el aire aumentaba mientras esperábamos a que se alejaran de nuestros escondites, sin saber cuánto tiempo podríamos mantenernos ocultos sin ser detectados.

Tras un denso silencio, escuchamos a uno de ellos decir:

—Ven a ver esto.

Las botas del otro resonaron por el piso.

—¿Qué ocurre?

—Los paneles están intactos, no parece que alguien haya manipulado nada desde aquí.

—Te lo dije, idiota.

—¿No te parece extraño?

—¿Quieres relajarte? Siempre intentas buscar problemas donde no los hay.

—Pero, no es normal que todo el sistema se apague sin razón aparente.

—Mira, tío, ya he trabajado aquí lo suficiente como para saber que aquí pasan cosas raras todo el tiempo. ¿Recuerdas la vez que las puertas automáticas se abrieron solas en el ala de cuidados intensivos? Nadie supo porqué, pero al final to-do volvió a la normalidad.

—Sí, pero esto es diferente. No hay ninguna explicación lógica para un apagón tan generalizado.

—¿Y la hubo cuando se abrieron solas esas puertas? ¿O

cuando el ascensor bajó solo hasta el sótano? Esto es solo otro misterio más en este hospital, tío.

Me asomé un poco para verlos. Uno de los dos rodó los ojos, menos preocupado.

—Si revisamos todo el lugar, ¿vas a quedarte más tranquilo?

—Probablemente.

176

—De acuerdo, pues hagámoslo.

Le lancé una mirada de preocupación a Adler, como si él supiera qué hacer. Pero, en esos momentos, no podíamos hacer nada más que

rezar para que pasaran de largo y no les diera por revisar justamente donde estábamos nosotros.

Los pasos resonaban cada vez más cerca. Se estaban aproximando. Tragué saliva con fuerza cuando la luz de una de sus linternas enfocó nuestro escondite.

Oh, no.

Pero entonces, cuando creíamos que estaban a punto de descubrirnos, una descarga eléctrica saltó entre los paneles de control, creando miles de chispas e iluminando momentáneamente la sala, sobresaltándolos a ambos.

—¿Qué coño. .? —murmuró uno de ellos.

Sentí un inmenso alivio cuando se alejaron hacia el lugar del incidente.

—Vale, pirémonos de aquí y llamemos al técnico.

Dejé salir todo el aire que había estado conteniendo cuando me aseguré de que se habían alejado de la sala, dejándonos otra vez a solas.

—¿Estás bien? —le pregunté a Renata.

Ella asintió una vez.

—Yo también, gracias por preguntar —murmuró Adler.

** * **

El panorama era el siguiente:

Beth todavía con las alas de ángel puestas observando a Renata con una ceja enarcada.

Renata sentada a mi lado, jugueteando con su peluche 177

distraídamente.

Adler estresado, como si quisiera entregar a la niña y acabar con esto cuanto antes.

Y Lily mirándonos a todos desde su cama, soñolienta. Debían ser las cuatro de la madrugada.

Por suerte, conseguimos llegar a la habitación. Pero la co-sa no acababa ahí, claro. Porque ahora teníamos que decidir entre todos qué hacer con Renata.

—Hay que enviarla a la directora —objetó Adler—. Ella sabrá qué hacer.

—Estoy de acuerdo con el encapuchado —señaló Beth.

Adler la fulminó con la mirada. No le gustaba mucho ese mote que le puso.

—Pero, no podemos entregársela sin más.

Él se cruzó los brazos, visiblemente molesto.

—¿Y qué propones entonces, Clarke? ¿Que la cuidemos nosotros? No somos niñeras.

—No, investigar qué le pasó.

Beth soltó una risa antes de bromear:

—¿Qué somos ahora? ¿Detectives privados?

Si tú supieras. .

—Tal vez sea la hija de alguien que trabaja aquí. —Adler se encogió de hombros.

—¿No creéis que, si así fuera, se nos habría informado por si alguien la encuentra? No hay nadie buscándola.

—Eso es lo que tú crees.

Lily, que hasta ese momento había estado en silencio, bostezó y se incorporó:

—¿Habéis intentado hablar con ella?

—Sí, pero no habla mucho —murmuré.

178

Todos volteamos a la vez hacia Renata, que movía su peluche como si tuviese vida propia.

—No parece muy triste, la verdad. —Beth alzó una ceja, a-nalizándola.

—Cuando la encontré estaba aterrada.

—Pues que nos diga de una vez cómo demonios acabó aquí y problema resuelto. Porque ahora mismo me encuentro en la quinta fase de la embriaguez.

—¿La quinta fase? —repitió Adler, confuso.

—La primera fase es cuando todo empieza a parecerte divertido, no importa qué tan estúpido sea. En la segunda empiezas a sentir atracción hasta por una columna. Luego está la tercera fase, en la que te importa todo una mierda. Es peligrosa, porque corres el riesgo de llamar a tu ex. La cuarta es la más desagradable, es cuando devuelves todo lo que has ingerido durante la noche. Y, finalmente, la quinta fase es cuando simplemente caes redondo en la cama y quieres hi-bernar durante una década entera.

—Yo hace rato que estoy en la quinta fase —opinó Lily.

—No puedes estar en la quinta fase si no has salido —le reprochó Beth.

Lily se ruborizó.

Solté un largo suspiro y me incliné un poco hacia la niña, a pesar de saber que seguiría sin contestarme. Si no lo hizo cuando estábamos las dos solas con Adler, dudaba bastante que lo hiciese ahora.

—Cielo, ¿podrías decirme cómo llegaste a los sótanos?

Pero me ignoró completamente, como si en vez de escuchar mi voz, hubiese escuchado el zumbido de un mosquito.

—¿Dónde están tus padres?

De nuevo, silencio.

179

—No parece que vaya a abrir la boca pronto. —Beth torció el gesto.

—Tal vez solo necesita tiempo —objeté.

—No hay tiempo —masculló Adler, impaciente.

Se despegó de la pared en la que había estado apoyado todo este tiempo y se acercó a la niña para quitarle repentinamente el peluche de un tirón.

—¡Eh! ¡Dámelo! —gritó ella, poniéndose en pie y dando saltitos para alcanzarlo. Pero no lo consiguió, porque Adler la doblaba en altura.

—Te lo daré cuando nos digas cómo has llegado hasta aquí.

—Vamos, Adler, así no funcionan las cosas —dije en un suspiro.

—¡Dámelo!

—No.

—¡Sí!

—No.

—¡Sí!

—¡No!

—¡Que sí!

—¡Que no!

Adler pegó un grito cuando Renata le dio una patada en la espinilla, haciendo que se encogiera un poco. Aprovechó ese instante para cogerlo y regresar a mi lado.

—Todos los hombres sois malos —murmuró ella.

Beth soltó una carcajada, divertida.

—Me cae bien esta niña.

Pero la diversión se vio interrumpida por una voz que se escuchó desde los altavoces del pasillo:

180

—Buenas noches, estimados pacientes. Les habla la directora Gerlach. Vengo a informarles de que se ha perdido una niña en las instalaciones de este hospital, y necesito la colabo-ración de todos ustedes para encontrarla. Muchas gracias.

Las miradas de todos nosotros se entrelazaron en un silencio inquietante. Renata, sin embargo, permanecía ajena a la realidad, sumida en su propio mundo.

—Menudo cerebrito la directora —ironizó Adler—, usando los altavoces para avisar.

—¿Y eso qué tiene de malo? —Lily frunció sus cejas rubias.

—Pues que lo ha hecho sabiendo que hay pedófilos aquí que si la encontraran, lo último que harían sería entregarla.

—Es la segunda vez en toda la noche que estoy de acuerdo con el encapuchado —aseguró Beth—. Oye, y… ¿No nos van a dar una recompensa por encontrarla o algo así?

—Eso no importa ahora mismo, Beth. —Rodé los ojos.

—¡Pues claro que importa! Imagínate que nos dan diez mil dólares por ella. Se la entrego hasta con un lazo si hace falta.

Solté un largo suspiro.

—Hay que decirle a la directora que encontramos a la niña

—dictaminó Adler—. Es lo correcto.

Lo dudé por un momento, mirando a Renata. Parecía no haberse dado cuenta de que era la niña a la que buscaban.

A pesar de no conocerla, no podía evitar sentirme preocupada por su bienestar, y la idea de entregarla a la directora sin saber nada sobre su historia o lo que le había llevado a estar en este hospital me resultaba difícil de aceptar.

Pero supongo que no podíamos hacer otra cosa. Adler tenía razón, era lo correcto.

—Está bien, lo haremos.

Le pedí a Renata que me siguiera. Me sorprendió que 181

confiara tanto en mí que ni siquiera se molestara en preguntar a dónde la iba a llevar.

Lily volvió a recostarse, intentando conciliar el sueño.

Beth también decidió quedarse en la habitación, pero nos hi-zo prometer que si nos daban alguna recompensa por haberla encontrado, por más pequeña que fuera, ella también obtendría una parte del beneficio.

Mientras avanzábamos por los pasillos, con Renata a mi lado y Adler siguiéndonos de cerca, empecé a maquinar algunas mentiras para decirle a la directora, ya que era evidente que lo primero que preguntaría sería el lugar exacto donde la encontramos. Y no podíamos dejar que supiera que habíamos estado en una fiesta clandestina que organizaban los propios pacientes.

Di unos toques a la puerta de su despacho con los nudillos. Tras escuchar un "adelante", entramos los tres.

—¿En qué os puedo ayudar? —preguntó, sin apartar la mirada del papel en el que estaba concentrada escribiendo.

—Hemos encontrado a la niña.

Detuvo el bolígrafo, abandonando momentáneamente su tarea. Alzó la mirada, y sus ojos se encontraron con los de la niña. Un brillo especial pareció iluminar sus ojos.

—Gracias a Dios —susurró, colocando una mano sobre su corazón de una forma un poco exagerada.

—Íbamos de camino a los baños cuando la hemos visto sentada en el suelo del pasillo —mentí, tratando de mantener la coherencia con todo lo que había tejido previamente en mi mente.

Tan solo le bastó escuchar eso para creerme, porque asintió una vez con la cabeza sin apenas mirarme y se centró únicamente en la niña.

Rodeó la mesa y se agachó para estar a su altura.

182

—Hola, Renata. —Sonrió entre dientes.

—¿La conoce? —le pregunté, frunciendo el ceño.

—Es la hija de uno de mis trabajadores.

Miré de reojo a Adler, pero él no parecía percibir la extrañeza en el aire. Más bien me devolvió la típica mirada de "te lo dije".

—Qué bien que te hayan encontrado, ¿eh? —le dijo la directora pinchándole una mejilla, pero su sonrisa no parecía del todo sincera —. Nos tenías muy preocupados a todos.

—Cuando la encontramos, estaba muy asustada.

—Es normal, ha pasado toda la noche fuera y sola.

Alcé una ceja.

—Un poco irresponsable por parte de sus padres, ¿no?

—Es una niña un poco traviesa. Cuando viene aquí le gusta deambular por el hospital. Pero ya no lo volverá a hacer.

Verdad, ¿Renata?

La niña asintió tímidamente, pero su mirada estaba fija en el suelo.

—Nos dijo que se estaba escondien. .

—Gracias por entregármela —me interrumpió de manera abrupta, poniéndose en pie—. Ya podéis regresar a vuestra habitación.

Fruncí un poco el ceño cuando me percaté de que la agarraba por la muñeca con un poco de severidad. Renata, por su parte, se aferró a mi brazo.

La directora le lanzó una mirada de advertencia, pero sin quitar esa sonrisa.

—No pongas las cosas más difíciles, Renata.

—No quiero ir —escuché que decía la pequeña, a punto de llorar.

—Seguro que tus padres te echan de menos, y tú a ellos

—le dije, intentando calmar la situación.

Ella negó con la cabeza. Un gesto que no pasó desapercibido para la directora, quien de repente tenía mucha prisa por llevársela.

—Es muy tarde, vamos.

Renata me miró, asustada, como si buscara mi aprobación. Solté un suspiro y asentí con la cabeza de forma imperceptible. ¿Qué iba a hacer, sino? No podía quedármela.

Fue entonces cuando se separó de mí para ir con ella. Pe-ro, antes de hacerlo, le dio la espalda a la directora y sacó al-go de su bolsillo. Con delicadeza, tomó mi mano y colocó al-go en la palma antes de cerrarla suavemente con mis dedos.

Adler me puso una mano en la parte baja de mi espalda y me condujo hasta la puerta del despacho para salir. Una vez fuera, desplegué mis dedos. Me quedé observando confusa la mariposa de origami.

Cuando desvié los ojos hacia la niña, me miró por encima del hombro con una sonrisa enigmática en su rostro justo antes de que la directora cerrara la puerta del despacho.

* * *

—¿Estás insinuando que ese tal Nolan está en este hospital por una. . mariposa de papel? —inquirió Beth.

—Exacto.

Las miraditas que se echaron entre todos dieron a entender que empezaban a cuestionar mi cordura.

Había optado por reunirlos a todos en el comedor durante el desayuno para compartirles la situación, y de pronto me estaba empezando a arrepentir.

184

—Oh, vamos. No me miréis así. Es exactamente la misma mariposa que vi en las pertenencias de Nolan. Tiene que haberla hecho él.

—¿Y tú por qué miraste sus pertenencias? —me preguntó Beth, enarcando una ceja.

—Sentí curiosidad, ¿vale? —mentí—. Sé que está mal mirar las cosas de los demás, pero al menos gracias a eso sabemos que está aquí.

—¿Estás segura? —me preguntó Adler—. Es decir, ¿por qué Nolan le entregaría una mariposa a una cría?

Estaba sentado a mi lado con los brazos cruzados y apoyados encima de la mesa, mirándome con extrañeza. Como todos.

—No lo sé, yo tampoco le veo mucha lógica, pero…

—¿Y no te has replanteado que no es el único en la faz de la tierra que sabe hacer mariposas de papel? —cuestionó Beth.

—Yo no sé hacerlas —murmuró Lily, dándole un sorbo a su zumo.

Mantuve mis ojos en mi bandeja, pensativa.

—¿No creéis que es mucha casualidad? ¿Hay alguien de este hospital que sepa hacerlas?

—Podríamos averiguarlo —propuso Adler.

—Oh, por supuesto. ¡Organicemos un taller de origami!

¡Qué gran idea! —ironizó Beth, extendiendo los brazos de forma exagerada—. ¡Así malgastamos nuestro tiempo a lo grande!

Volteé los ojos.

—Hola, Clarke —escuché a mis espaldas.

Miré por encima de mi hombro y me topé con un Nils sonriente. Estaba de pie a mi lado, sosteniendo su bandeja.

185

—Oh. Hola, Nils.

—¿Puedo sentarme con vosotros?

—No —dijo Adler, tajante.

—Claro. —Sonreí, dejándole un hueco a mi lado.

Fulminé a Adler con la mirada mientras lo empujaba un poco para que le dejara espacio a mi otro lado en el banco.

Beth, que estaba justo enfrente de mí, observó la situación algo divertida.

—¿De qué hablabais?

—Del asesino Nolan Jenkins —contestó Lily sin rodeos.

—Está claro que mantener secretos no es tu punto fuerte.

—Beth rodó los ojos con sarcasmo.

Lily, de pronto, se puso muy roja.

—Es decir. . yo. . ejem. .

—Oh, sí. Sé quién es —respondió Nils con desinterés.

Giré mi cabeza demasiado abruptamente hacia él.

—¿Lo conoces?

Mi pregunta sonó con un poco de urgencia, así que ca-rraspeé la garganta y traté de decirlo con más suavidad:

—Es decir. . ¿Lo has visto en este hospital?

—No, hace tiempo que lo trasladaron a otro centro.

Mi mundo pareció detenerse en ese preciso instante.

Hubo intercambio de miradas rápidas entre el resto del grupo.

—Pero. . eso es imposible. Su nombre aún figura en los registros.

—Los tendrán pendientes de actualizar —contestó, encogiéndose de hombros.

Entreabrí los labios para decir algo, pero se me había se-cado la garganta. Adler lo notó y decidió hacer las preguntas 186

por mí:

—¿Hablaste con él?

—Sí, una vez coincidimos en una terapia grupal que iba sobre apoyo emocional para aquellos que habían experimentado pérdidas significativas en sus vidas, o algo así. —Se encogió de hombros—. ¿Por qué tanto inter. .?

—¿Y dijo algo sobre una chica llamada Alyssa Hall? ¿Sabes si estuvo saliendo con ella?

Comprendí la razón detrás de su pregunta. Si Nolan par-ticipaba en esa sesión, era probable que hubiera sufrido una pérdida reciente en su vida. Y no me hizo falta ser muy lista para saber que Adler tenía un nombre en mente.

El rostro de Nils se transformó por completo al oír ese nombre.

—¿Alyssa Hall? —repitió, perplejo—. ¿De qué. .? ¿De qué la conoces?

—Es mi hermana. Era —corrigió, apretando los dientes—.

¿Estuvo saliendo con ella o no?

De pronto, Nils parecía visiblemente nervioso. Evitaba su mirada y movía una de sus piernas frenéticamente, como si estuviera lidiando con una ansiedad repentina que intentaba disimular.

—No.

—¿Y cómo estás tan seguro?

Él tragó saliva con fuerza.

—Porque lo sé.

Adler estaba a punto de decir algo más cuando, de repente, un grito aterrador resonó desde el pasillo más cercano, sumiendo el comedor en un denso silencio.

Todos nos miramos a la vez antes de ponernos en pie y correr hacia la salida del comedor para averiguar qué había 187

sucedido.

Detuve mis pasos de golpe cuando vi la escena que se extendía frente a nosotros.

Una chica joven sollozaba desconsoladamente y temblaba mientras observaba a la figura de otra joven suspendida en el aire por una cuerda. Sus pies no tocaban el suelo, haciendo que su cuerpo se meciera suavemente desde el techo. Tenía el cuello completamente roto por la presión que ejerció el tirón, los ojos muy abiertos y el rostro azulado por falta de oxígeno.

El pasillo estaba impregnado de un silencio abrumador, solo interrumpido por los sollozos ahogados de la joven, quien, paralizada por el miedo, apenas podía articular palabra alguna.

Sin apenas recuperarme de esa escena, noté que a pocos metros, en otra sala contigua, otra figura colgaba del techo, siguiendo el mismo patrón. Pero, esta vez, la joven había usado unas sábanas en lugar de una cuerda para ahogarse.

Lily se cubrió la boca con ambas manos, como si sintiera unas inmensas náuseas, y junto a Beth desaparecieron por el pasillo.

Los guardias pasaron por nuestro lado a toda velocidad para bajar a las dos jóvenes del techo, pero ya no había nada que hacer.

Adler, a mi lado, empezó a temblar de la rabia. Y sin emitir ninguna palabra, sabía a qué se debía ese enfado. Probablemente estaba empezando a comprender que, detrás de esos suicidios, no habían otros culpables que los propios autores.

Se alejó de la escena dando grandes zancadas.

—¡Adler, espera!

Lo seguí por detrás a duras penas, pero iba muy deprisa.

Cuando cruzó varios pasillos, me di cuenta de a dónde se es-188

taba dirigiendo.

La puerta golpeó con fuerza la pared cuando Adler irrumpió en el despacho de la directora. Ella levantó la mirada, claramente desconcertada por la entrada abrupta.

—¡¿Cómo es posible que dos personas se hayan quitado la vida en este hospital en cuestión de minutos?!

La directora pareció sorprenderse ante la noticia. Al parecer era tan reciente que no había llegado a sus oídos aún. Pe-ro trató de mantenerse serena, y se puso de pie con mucha dignidad, cruzando sus manos por delante.

—Comprendo que esto sea angustiante, pero no puede culpar al hospital por decisiones individuales tan trágicas.

—¡No me venga con rodeos! —gritó Adler, señalándola con furia—. ¿Acaso no tiene la responsabilidad de velar por la seguridad y el bienestar de los pacientes? ¿No es ese el discursito que les suelta a los familiares antes de decidir meterlos en este hospital de mierda?

—Adler. . —le advertí, colocándole una mano en el hombro con suavidad.

Pero él apartó mí mano con rudeza.

—La tenemos, pero no podemos prever cada acción de cada persona. La salud mental es un terreno delicado y complejo.

—¿Delicado y complejo? —Se rió con amargura—. ¿Eso es todo lo que tiene que decir? ¿Cómo puede ser que dos personas encuentren

la manera de quitarse la vida aquí y usted parezca estar acostumbrada?

Aunque la directora mantuvo su compostura, sus ojos revelaban una mezcla palpable de frustración y compasión.

—Desgraciadamente, me encuentro a diario con este tipo de incidentes. Pero aprendemos de cada uno de ellos y me-joramos continuamente nuestros protocolos.

189

Adler tenía la mandíbula tan tensa que pensé que se haría daño a sí mismo.

—¿Cuántas vidas más se perderán antes de que tomen medidas reales en lugar de esconderse detrás de palabrerías vacías?

—Hacemos todo lo que podemos —se limitó a decir.

—¿Y qué es lo que hacéis, exactamente?

—Adler, vamos. . —murmuré.

—Como ya he dicho, la salud mental de una persona es muy compleja, y nos enfrenta a desafíos que no siempre podemos anticipar. Pero prometo que haremos lo que haga falta para evitar estas situaciones.

Él apretó los puños, frustrado.

Pensé que ya era suficiente, así que cogí a Adler por un brazo y le susurré que nos fuéramos. Por suerte, esta vez no se apartó de mí y dejó que lo guiara hasta la puerta.

Sin embargo, apenas coloqué una mano en el pómulo de la puerta cuando escuché que la directora decía:

—Toda esa rabia mal gestionada que tiene es por su hermana, ¿verdad?

Adler se detuvo al instante.

—Alyssa Hall —añadió—. La recuerdo bien.

Cerré los ojos un instante, deseando que él no cayera en ese tipo de provocaciones.

—Es una lástima. Tenía un brillo especial que hacía que destacara entre los pacientes. Era una joven alegre y caris-mática. Pocas veces había visto sonrisas tan contagiosas y sinceras como la suya.

Hizo una pausa.

—Me sorprende lo muy distintos que pueden llegar a ser los mellizos.

190

Vale, ya era suficiente.

—¿Qué es lo que quiere? —espeté, furiosa.

Esbozó una sonrisa formal.

—Culparme a mí o al hospital no cambiará lo sucedido. Así que, si tenéis sugerencias constructivas, ahora es el momento de compartirlas. Sino, me temo que la reunión ha finaliza-do.

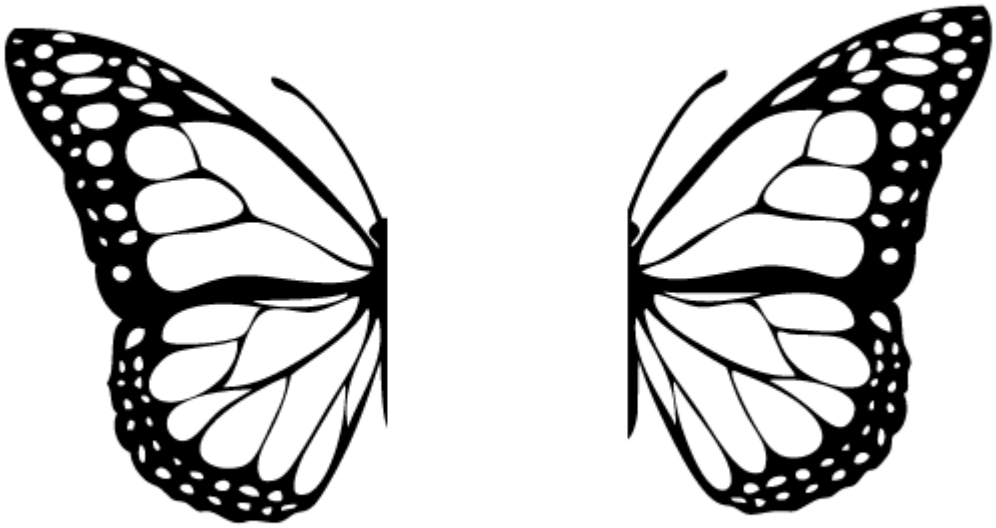
Apreté los dientes con fuerza. Estaba empezando a odiar a esa mujer. Sus expresiones, sus gestos, sus palabrerías. .

Todo me irritaba de ella.

Y una cosa tenía clara.

No iba a detenerme hasta acabar con la reputación de es-te hospital. Por Alyssa, y por todas las jóvenes que perdieron la vida en este lugar.

191



9

Gotas de sudor frío resbalaban por mi frente mientras trataba de concentrarme en otra cosa que no fuese en el dolor palpitante de la cabeza y los oídos.

Mis muñecas ardían, estaba convencida de que esas correas ya me estaban provocando quemaduras a carne viva. Pero no podía verlas.

En realidad, no podía ver nada. Un pañuelo cubría mis ojos, sumiéndome en una oscuridad desesperante.

Una voz susurró algo cerca de mí, pero eran como ecos distorsionados, apenas incomprensible a mis oídos. Traté de articular palabra, pero mi boca se sentía seca y entumecida.

Solo podía pensar en una sola cosa: que este tormento llegara a su fin.

Me incorporé tan rápido que sentí un ligero mareo. Como e-ra de costumbre cada vez que tenía ese tipo de pesadillas, me costó unos segundos comprender dónde estaba en realidad.

192

Pasé el dorso de mi mano por mi frente. Estaba sudando.

De hecho, todo mi cuerpo estaba impregnado de una mezcla de sudor y nerviosismo.

Volteé hacia las otras camas para asegurarme de no haber despertado a nadie, como ocurrió la última vez. Sin embargo, fruncí el ceño cuando vi que las camas de Beth y Lily estaban vacías.

¿Dónde estarían a estas horas de la madrugada?

Me puse en pie y salí de la habitación. Los pasillos también estaban desiertos. No había personal médico, ni guardias de seguridad, ni otros pacientes. Solo el eco que producía mi propia respiración.

Un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras avanzaba con cautela por el pasillo. No recordaba este lugar tan oscuro. La oscuridad se cerraba a mi alrededor como si quisiera sumirme en ella hasta consumirme por completo, y el final del pasillo se perdía en la negrura.

¿Dónde se había metido todo el mundo?

Pasé junto a uno de los ventanales, y sentí un escalofrío mientras la luz de la luna proyectaba sombras de ramas y árboles, que parecían cobrar vida en las paredes.

Apresuré mis pasos con la esperanza de toparme con alguien, ya que la idea de estar aquí sola me aterraba. Pero, entonces, vi una silueta humana al final del pasillo y una inmensa sensación de alivió se apoderó de cada parte de mi a-natomía.

Por lo menos sabía que no estaba sola.

Desde esa distancia no podía reconocer si se trataba de un hombre o una mujer, así que decidí acercarme yo misma.

Mis ojos se esforzaban por distinguir algún detalle en la oscuridad, pero la figura permanecía como una sombra impe-netrable.

193

Un destello metálico atrapó mi atención, y mi alivio se desvaneció en ese instante. Fue entonces cuando noté que sostenía algo en su mano. Era un cuchillo, y la luz de la luna bailaba en su hoja afilada y reluciente.

—¿Creías que ibas a librarte de mí? —La voz gélida resonó en el pasillo, y mi corazón se hundió al reconocerla.

—¿Matthew? —susurré con una mezcla de incredulidad y temor en mi voz.

Dio un paso, revelando su rostro. Tenía una sonrisa retorcida en su rostro.

—Tus manos están manchadas de su sangre —espetó, con una voz cargada de una malevolencia que me heló la sangre—. Y vivirás con

ello por el resto de tu vida.

Inconscientemente desvié mis ojos hacia abajo, y mi corazón se detuvo al ver que tenía las manos teñidas de rojo. Un frío nudo se formó en mi estómago mientras observaba la mancha carmesí que se extendía en mis palmas y dedos.

No, eso no podía ser sangre.

Era imposible.

—¿Lo ves? —Esbozó una sonrisa agria—. Esa eres tú. Una asesina.

Matthew aprovechó ese pequeño momento de distracción en el que me quedaba completamente perpleja observando mis manos para dirigirse hacia mí a una velocidad sorprendente, acortando la distancia entre nosotros de una forma alarmante.

Mis piernas reaccionaron antes de que mi mente pudiera procesar completamente la situación. Di media vuelta y comencé a correr en dirección opuesta, presa de la adrenalina.

Algunas luces del techo empezaron a parpadear, como si el hospital tuviese vida propia y reaccionara ante la escena.

—¡Asesina! ¡Asesina! ¡Asesina! —La voz de Matthew retum-194

baba en mi mente.

Comencé a abrir desesperadamente las puertas con las que me iba topando por el camino mientras gritaba que alguien me ayudara, pero no había ni una sola alma. La desesperación se apoderaba de mí mientras buscaba una salida en ese laberinto de puertas y pasillos.

No quise arriesgarme a perder el ritmo con tal de comprobar a qué distancia se encontraba de mí, pero sabía que cada vez lo tenía más

cerca, tanto que temí que en cualquier momento pudiese sentir esa afilada hoja clavándose en mi espalda.

—¡ASESINA! ¡ASESINA! ¡ASESINA! —Sus gritos se intensifi-caban cada vez más.

Logré visualizar el final del pasillo, que conducía a una sa-la. No sabía si allí habría pacientes, o algún guardia haciendo el turno de noche, pero valdría la pena descubrirlo.

En un último intento, aceleré mis pasos desesperados. Sin embargo, lamentablemente no fue suficiente. Sentí su presencia acercándose rápidamente, como una sombra voraz que se precipitaba sobre mí, y antes de que pudiera reaccionar, ambos caímos al suelo en un golpe seco.

Apoyé mis manos para impulsarme hacia arriba, pero apenas me puse en pie, sentí su mano aferrarse con fuerza en mi tobillo para tirar de mí, arrojándome de nuevo suelo.

—¡No! —grité, forcejeando.

Clavé mis uñas en el suelo en un intento desesperado por no ser arrastrada hacia él, pero al tenerlas manchadas de sangre viscosa resbalaba, dejando un rastro de ese líquido carmesí.

Le propiné una patada en la nariz, haciendo que se retorciera del dolor. Pero eso no bastó para soltarme. Más bien provoqué el efecto contrario. Al haberlo enfurecido más, 195

sentí que ejercía más presión en su agarre hasta dejarme bo-ca arriba.

Se puso encima de mí a horcajadas, tal y como sucedió en el bosque. Y, de pronto, me vi envuelta exactamente en la misma situación. Solo que esta vez no sabía si iba a librarme.

—¡Suéltame!

Alzó el cuchillo con sus dos manos, como si se estuviese preparando para impulsarlo directamente hacia mi pecho.

Sabía que esta vez lo conseguiría. Iba a matarme. Iba a fallar a mi padre, a Landon, a Foster. . a todo el mundo.

—No te resistas más. Este siempre ha sido tu destino.

Y, justamente cuando la punta del cuchillo estuvo a punto de perforar mi piel. .

—¡No! —chillé, abriendo los ojos.

Mi respiración era agitada, y mis mejillas estaban húmedas por las lágrimas que había derramado. Di un respingo, sobresaltada, cuando noté el peso de algo posarse en mis hombros.

—¡Suéltame! —grité, retorciéndose desesperadamente.

—¡Clarke, tranquila!

Cuando reconocí esa voz femenina, parpadeé reiteradas veces, confusa. Fue entonces cuando volví a la realidad.

Ya no estaba en el pasillo, ahora me encontraba en mi ca-ma. Observé mis manos temblorosas, limpias de cualquier rastro de sangre.

Beth me miraba con la clara preocupación palpando en su rostro. Tenía ambas manos apoyadas en mi hombro para intentar tranquilizarme. Mi corazón aún latía con fuerza, recordándome el terror que acababa de experimentar.

—Ha sido una pesadilla. Respira.

Di unas cuantas inhalaciones para que mis pulmones se llenaran de aire, lo que funcionó momentáneamente. Mi pulso se ralentizó un poco hasta volver a la normalidad.

Lily, a unos pocos metros, me miraba con completa cara de horror.

—Lo siento, yo. .

—No tienes que disculparte —me interrumpió Beth—.

¿Desde cuándo tienes estas pesadillas?

—El primer día que vino aquí tuvo una —habló Lily, antes de que yo pudiese hacerlo—. Le dije que era normal, ya que. .

bueno, era la primera noche que pasaba en el hospital. Pero, esto. . parece más grave.

Las dos me observaron fijamente, preocupadas.

—Estoy bien.

—No parece que lo estés —murmuró Beth.

—Solo las tengo muy de vez en cuándo.

—Creo que deberías abordar esto con profesionales —me aconsejó Beth—. Lo que tienes parecen ser episodios o crisis de esas bastante jodidas. ¿Es por el accidente de tus padres?

¿Es eso?

—Lo dudo. No paraba de mencionar el nombre de Matthew —añadió Lily con el ceño ligeramente fruncido—. Es ese chico que la atacó en el bosque, ¿verdad?

Tragué saliva con fuerza nada más recordarlo.

—Vale, se acabó —dijo Beth, poniéndose en pie—. Vamos a ir ahora mismo al personal del hospital a informar de esto.

—No puedo.

—¿Por qué no? Hay un loco suelto que intenta matarte.

¿No crees que va siendo hora de que lo sepan?

—No pueden saberlo, Beth —reafirmé con seriedad—. Si lo 197

hacen, nos interrogarán a ambos. Y es probable que salga perjudicada.

—¿Cómo ibas a salir perjudicada? ¡Si eres tú la víctima!

—Hay algo que no os he contado —admití, cabizbaja.

Las miradas de Beth y Lily se cruzaron con cierta confusión.

—Os mentí cuando dije que no lo conocía. Cuando lo vi. .

no sé, algo en él me resultó familiar. Como si ya lo hubiese visto en alguna parte.

El silencio que vino después dio paso a una inquietud palpable en el ambiente.

—¿Qué estás insinuando exactamente? —preguntó Beth.

Solté un suspiro.

—Que tal vez tenga razón.

—¿En qué? ¿En que eres una asesina? Vamos, Clarke. ¡Ese tío está zumbado! ¿Vas a dejar que te coma la cabeza?

Negué con la cabeza de forma casi imperceptible.

—No lo sé, creo que me estoy volviendo loca aquí dentro.

—Tú y todos. Precisamente por eso se trata de escuchar a los que están cuerdos, y no a los andan por ahí perdiendo tornillos.

Suspiró pesadamente antes de sentarse de nuevo al borde de mi cama.

—¿Sigues teniendo esa tarjeta? —me preguntó.

—Creo que sí. ¿Por qué?

—¿Te quedarás más tranquila si nos colamos en el despacho de la directora y le echamos un vistazo al informe de ese chico? Ya le estoy cogiendo el gusto y todo.

Intenté sonreír, pero estaba convencida de que se asemejó más a una mueca distorsionada.

198

—Supongo.

—Pues en marcha.

* * *

—Sigo sin creer que hayas querido acompañarnos —dijo Beth, dejando un par de hojas en un montón de papeles que había encima de la mesa del despacho—. ¿Qué has hecho con la Lily que conocí hace un par de semanas?

Lily bajó la mirada, jugueteando con un mechón de su cabello rubio. Un leve rubor tiñó sus mejillas mientras sus dedos jugaban nerviosos.

—B-bueno, es solo que. . —titubeó, evitando el contacto visual—. Vosotras me caéis bien y pensé que podría ayudar.

Pero si no queréis que esté no pasa nada, puedo. .

La interrumpí con una sonrisa amistosa:

—Estamos contentas de que estés aquí, Lily. Nos alegra que te vayas abriendo poco a poco a nosotras.

Ella levantó la mirada y me devolvió la sonrisa.

—Los sentimentalismos no van a ayudarnos a resolver es-to más rápido —intervino Beth.

Me puse a su lado y la ayudé a buscar el archivo de Matthew con una sonrisa divertida en mi rostro.

—¿Nunca te han dicho nada bonito?

—No, y el día que lo haga alguien, no va a vivir para contarlo.

Ensanché mi sonrisa, negando con la cabeza.

—¿El chico al que estáis buscando tiene pecas y rizos?

—preguntó Lily, al otro extremo de la mesa. Tenía la mirada fija en un papel que estaba sosteniendo entre sus manos.

Beth y yo entrelazamos miradas antes de rodear la mesa y colocarnos a su lado. Efectivamente, ese era el archivo de 199

Matthew Adams. Reconocería esas pecas y esos rizos en cualquier parte.

—¿Qué pone de él? —preguntó Beth, asomándose.

El informe detallaba su historial médico, tratamientos anteriores y la información recopilada por los profesionales de la salud que lo habían atendido. También se incluían obser-vaciones sobre su comportamiento y síntomas asociados con su enfermedad.

Lily frunció el ceño mientras revisaba el archivo, leyendo algunos fragmentos.

—Parece que ha estado bajo tratamiento durante varios años —resumió ella—. Han probado diferentes medicamentos, pero no parece que hayan encontrado una solución definitiva.

—Aquí hay algo más, chicas —dijo Beth, señalando la hoja con el dedo—. Dice que Matthew ha tenido episodios violentos durante su estancia en el hospital. Ha atacado a otros pacientes en varias ocasiones.

Volteó hacia mí, mirándome de manera significativa, antes de añadir:

—¿Lo ves? No eres la única.

—No sé si me consuela oír eso —murmuré.

—Un momento —intervino Lily—. Aquí pone que tenía un hermano gemelo. Está desaparecido desde hace. . quince años.

Las tres levantamos la mirada de la hoja para observarnos con el mismo semblante de estupefacción.

—¿Quince años? —inquirió Beth, incrédula.

Lily asintió antes de seguir leyendo.

—Sí, según este archivo, el hermano gemelo de Matthew desapareció cuando ambos eran niños. No hay muchos deta-200

lles, solo que nunca se encontró ningún rastro de él. Y, por lo visto. .

Se interrumpió a sí misma cuando percibimos un ruido.

Provenía del exterior del hospital.

Nos asomamos con cautela al único ventanal que disponía el despacho y observamos a un grupo de guardias dirigirse rápidamente hacia el bosque. La urgencia en sus movimientos indicaba que algo inusual estaba ocurriendo.

Apenas nos dio tiempo a articular palabra cuando oímos otro ruido, esta vez provenía del interior. Beth se adelantó y puso la oreja en la puerta para escuchar las voces lejanas.

Cuando se despegó de la puerta, supe que algo iba mal.

Pocas veces nos dirigía una mirada con ese semblante tan serio. No era propio de ella.

—Se ha escapado un paciente del ala de cuidados intensivos.

Tras esa frase, mi mente se desconectó. Alcancé a ver sus labios moverse, pero no escuchaba nada. Solo un zumbido generado por mi propia mente.

Como si supiera exactamente en lo que estaba pensando, Beth se plantó justo enfrente de mí, obligándome a mirarla.

—No sabemos si es Matthew.

—Tiene que ser él —murmuré con voz temblorosa, a punto de entrar en pánico—. Ya has visto su informe. Pone que se ha escapado varias veces y que ha atacado a. .

—Clarke —me cortó de manera abrupta—. Sea quien sea, es peligroso. Así que hay que moverse, no podemos quedarnos aquí.

Pocas veces salía a luz esa Beth, la que tenía la mente fría y dejaba las bromas a un lado para asumir las consecuencias que se le vinieran encima, fueran cuales fueran. Y agradecí enormemente que hubiese salido ahora, porque mi mente es-201

taba completamente bloqueada.

Asentí con la cabeza, tragando saliva con fuerza.

Nos apresuramos en guardar de nuevo todos los archivos.

Lily, a pesar de no decir nada, sabía que en el fondo estaba tan asustada como yo. Incluso me atrevía a decir que se estaba empezando a arrepentir de habernos acompañado.

—Bien —dijo Beth, cerrando el libro donde estaba oculta la llave del cajón—. Saldremos de aquí e iremos directas a nuestra habitación sin levantar sospechas. Cuando llegue-mos, bloquearemos la puerta y esperaremos a que todo vuelva a la normalidad.

Lily y yo asentimos a la vez.

Cuando Beth se aseguró de que lo habíamos entendido a la perfección, abrió la puerta con sigilo. Revisó varias veces la sala de estar, que se encontraba vacía, antes de indicarnos con la mano que la siguiéramos.

Lo cierto es que estaba aterrada. No podía dejar de pensar en la posibilidad de que la pesadilla que acababa de tener se hiciese realidad. Cada vez que girábamos una esquina, sentía cómo mi cuerpo reaccionaba por si nos encontrábamos con él al final del pasillo, esperándome con ese cuchillo afilado. No podía dejar de mirar a mis espaldas por si lo tenía detrás. Y, sobre todo, no podía dejar de recordar esos ojos fríos y esa sonrisa retorcida.

Un grupo de guardias pasó a toda velocidad junto a nosotras. Los seguí con la mirada antes de continuar por nuestro camino.

Cuando no nos dimos cuenta, ya estábamos en nuestra habitación. Bloqueamos la puerta con una silla vieja que había en una esquina de la habitación, colocándola estratégicamente justo debajo del pómulo de la puerta.

—Bueno, no ha sido tan complicado, ¿no? —dijo Beth con 202

una sonrisilla.

Las tres chillamos a la vez, sobresaltadas, cuando oímos que alguien empezó a aporrear nuestra puerta con fuerza.

—¡Soy yo! ¡Adler!

—¿Deberíamos fiarnos? —cuestionó Beth, alzando una ce-ja desconfiada.

Pero yo ya estaba quitando la silla para que pudiese entrar.

—¿Es que no te has visto las películas de Scream? Esas en las que los asesinos se hacen pasar por alguien de confianza para atrapar a sus víctimas desprevenidas. La moraleja es clara, ¡no hay que fiarse de nadie!

En cuanto la puerta ya no estaba siendo bloqueada por ningún objeto, Adler entró precipitadamente.

—¿Estáis bien?

Nos repasó a todas con la mirada, especialmente a mí. Pu-de sentir su alivio al verme sana y salva.

—Sí.

—Se ha escapado un paciente de. .

—Lo sabemos —le cortó Beth—. No vamos por ahí colocando sillas en las puertas por diversión.

—Tenéis que venir conmigo —nos pidió él, todavía con la respiración agitada. Parecía haberse hecho la maratón para llegar hasta aquí.

—¿A dónde?

—Al comedor. Margot está reuniendo a todos los pacientes ahí.

—¿Quién es Margot?

—Ya la conoces. Es esa chica pelirroja que vimos en la fiesta de Halloween.

203

—Oh, sí. Sabe muy bien quién es. —Beth soltó una risita.

Adler frunció el ceño por su comportamiento extraño. La observó unos segundos antes de menear la cabeza y voltearse hacia mí.

—Ahora mismo no es seguro que estemos todos separados.

—Pues yo no veo nada más seguro ahora mismo que estar encerrada en mi habitación —repuse.

—El comedor está cerca, no tardaremos en llegar.

Me crucé de brazos.

—¿Y por qué tienes tantas ganas de ir ahí?

—Porque es más seguro.

—Ya, claro. Eso te ha dicho Margot, ¿no?

—Esto se pone interesante —murmuró Beth, acomodán-dose mejor para escuchar la discusión.

Lily alternaba esa mirada asustadiza que siempre tenía entre nosotros dos, como si no supiera a dónde meterse.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que la tratáis como si fuera la directora de este centro. ¿Organiza una fiesta en el bosque? ¡Genial! Pues vamos aunque suponga un riesgo e infrinjamos las normas.

¿Organiza una fiesta de disfraces? ¡Estupendo! Pues vamos también y nos disfrazamos. ¿Nos dice que vayamos al comedor? ¡Muy bien! Pues vamos aunque haya un paciente de la última unidad suelto por el hospital.

—¿Estás celosa?

¿En serio? ¿Esa era la única conclusión a la que había llegado?

—¡No estoy celosa! —grité, cabreada—. ¡Solo quiero que, por lo menos, se cuestione algo de lo que dice en vez de simplemente hacerlo porque se trate de ella!

204

Tuve intención de seguir discutiendo con él, pero de pronto sentí un pinchazo en la cabeza tan fuerte que hizo que, por un momento, viera puntos negros. Cerré los ojos con fuerza.

—¿Clarke? —inquirió Adler, preocupado.

—Estoy. . estoy bien.

—No es eso lo que parece —opinó Beth, que ya se había puesto en pie para observarme de cerca.

De pronto me sentí tan agotada mentalmente que no quise gastar fuerzas discutiendo, así que terminé diciendo:

—De acuerdo. Vayamos al comedor.

* * *

Margot estaba en la puerta junto a tres chicos más, hablando abiertamente con ellos como si no hubiese alguien peligroso suelto

por el hospital.

Cuando nos vio acercarnos a la puerta del comedor, desplegó la sonrisa más falsa que había visto en todos mis años de carrera. Y eso que había lidiado con criminales que constantemente fingían sus expresiones.

—¡Cuánto me alegro de veros! —exclamó, evitando hacer contacto visual conmigo—. Pasad, tomad asiento en alguna mesa libre que veáis.

Pasé por su lado mirándola de soslayo. No me gustaba en absoluto el rol que había cogido en ese hospital.

Me giré un poco para mirarla por encima de mi hombro, y vi que había borrado por completo esa sonrisa. Tenía los ojos clavados en los míos con tanto odio que lo único que pude pensar es que se me estaban acumulando los enemigos ahí dentro. Pero ese era el menor de mis problemas ahora mis-205

mo.

Excepto Matthew Adams, claro.

Él era el problema principal.

Me sorprendió encontrarme con tantas personas. Prácticamente todos los pacientes del hospital estaban allí. Había gente de todas las edades, desde jóvenes como yo hasta ancianos que debían superar los setenta años. En todos y cada uno de los rostros se reflejaba una expresión de preocupación y nerviosismo.

—¿Qué se supone que tenemos que hacer ahora? —Volteé hacia Adler.

—Esperar.

—¿A qué? ¿A que ese paciente venga?

—No, a que la situación mejore.

—Esto es absurdo —mascullé, negando con la cabeza.

—Yo. . estoy con Clarke —dijo Lily en un susurro apenas imperceptible, como si temiera dar su opinión. A la vez parecía abrumada por la cantidad de gente que había—. Preferiría estar en la habitación. Es. . bueno, es un espacio más pequeño y. .

Se cortó a sí misma cuando vio algo encima de mi hombro. Me giré justo a tiempo para toparme con Nils. Tenía los rizos oscuros un poco más revueltos, y su expresión ya no e-ra tan alegre como la que conocía de él.

Y, bueno, hizo algo que no me esperaba que hiciera.

Me atrajo hacia él y me envolvió en sus brazos con tanta fuerza que sentí un ligero mareo. Ni siquiera me atreví a mirar a Adler en esos momentos, pero estaba convencida de que sacaba humo por las orejas.

—Menos mal que estás bien —murmuró sobre mi hombro—. Si te hubiera pasado algo. .

—No lo hubiese permitido —espetó Adler, rompiendo la magia del momento.

Beth se aclaró la garganta. Para avivar el ambiente, lanzó una pregunta al aire:

—¿Quién creéis que puede haberse escapado?

—Debe ser un paciente muy violento para que haya tanta seguridad y tantos guardias buscándolo —respondió Nils, encogiéndose de

hombros—. Es obvio que es Matthew.

Lily y Beth, las únicas que sabían lo que me había estado atormentando ese pensamiento durante todo este tiempo, intercambiaron una mirada de incomodidad.

—No digas bobadas. —Beth botó al aire, soltando una risita nerviosa —. Hay muchos más pacientes peligrosos que ese zumbado. Sería mucha casualidad que fuera justamente él.

—Pero, tres de cada cuatro veces que ha ocurrido algo así, ha sido Matt. .

—¿Ahora vas a darnos una lección de matemáticas? —le cortó, alzando una ceja.

—Solo digo que es muy probable que sea él.

—Mi amigo tiene razón.

Todos volteamos hacia Margot, que estaba plantada a unos metros con los brazos cruzados y la barbilla alzada. Acortó las distancias hasta integrarse en el círculo que inconscientemente habíamos creado.

—Nadie lo sabe con certeza, ya que la última unidad está escoltada por más de diez guardias de seguridad —agregó, hablando con la misma condescendencia que hablaría un po-lítico para ganarse el voto de todos—. Así que no hay forma de saber si está en su habitación o no. Pero me atrevería a decir que es él.

Entonces se giró hacia mí y me miró a los ojos.

—Yo de ti andaría con cuidado, Clarke.

Quizás para los demás les había resultado un bonito gesto de Margot porque teóricamente se estaba preocupando de mi bienestar. Pero solo yo noté el destello de advertencia en la frase.

Sentí cómo mis dientes se apretaban con determinación.

Nuestras miradas retadoras se aferraban una a la otra, como si ninguna de las dos estuviera dispuesta a ceder.

—Margot, ¿verdad? —inquirí, tendiéndole la mano con una sonrisa fingida.

—La misma. —Sonrió, uniendo nuestras palmas.

—Te creía más lista.

Se le formaron dos finas líneas entre sus cejas.

—¿Qué quieres decir?

—No es muy inteligente reunir a todos los pacientes en un espacio tan amplio como es el comedor. En situaciones de riesgo, lo ideal sería dispersar a la gente para reducir el número de heridos. De este modo, lo único que estás consi-guiendo es justo lo que él quiere; causar el mayor número posible de víctimas. En el peor de los casos, ya habrá conseguido un arma, y le va a ir de perlas que nos encuentre a todos en un mismo lugar, ¿no crees?

Tragó saliva con fuerza.

—Concentrarnos a todos aquí nos convierte en un blanco fácil —añadí, ejerciendo aún más presión en nuestro agarre—. Así que, quizás, la que deberías andar con cuidado eres tú. Sobreestimarse en un lugar como este no siempre es bueno.

No sabía qué tenía que decir al respecto, y no lo llegué a saber porque de pronto se escuchó un estruendo que resonó por todo el

pasillo. El murmullo en el comedor cesó instantáneamente, y todos dirigieron la mirada hacia la puerta.

208

—¿Qué. .? ¿Qué ha sido eso? —preguntó Lily, completamente pálida.

Adler se tensó de pies a cabeza, mirando hacia la entrada del comedor con cautela. Otro ruido, más fuerte esta vez, hi-zo que todos se levantaran de golpe, buscando respuestas.

Los tres chicos que estaban custodiando la entrada cerraron ambas puertas, pero de nada iba a servir porque no tenían ningún mecanismo de seguridad.

Todo quedó sumido en un profundo silencio, tan solo podía oír el galope de mi corazón. Un manto de incertidumbre se cernió sobre la sala mientras todos aguardábamos, expectantes.

Los gritos aterrados de las personas se entremezclaron cuando, de pronto, todos los paneles del techo que iluminaban el comedor estallaron, sumiéndonos en la oscuridad total.

—¡Es Matthew! —exclamó uno de los chicos que estaban en la puerta, señalando hacia el pasillo.

Mierda.

No. No. No.

Un alboroto de gritos y movimientos frenéticos llenó la sala mientras la noticia se extendía. Margot intentó mantener la calma, pero su rostro delataba la preocupación.

—¡Permaneced en vuestros lugares! —gritó ella, pero la histeria ya se había apoderado de muchos.

Vi cómo el chico que había dado la noticia no se le ocurría otra cosa que ir hacia la puerta, y entonces me vi a mí misma dando grandes zancadas hacia él para alcanzarlo. Quizás tenía ganas de morir ese día, pero yo no iba a permitir que nos pusiera en peligro a todos.

Justo cuando hice ademán de agarrarlo por el brazo para impedir que abriera la puerta, volví mi atención hacia la di-209

rección donde su rostro desencajado se dirigía, y sentí cómo mi presión bajaba de golpe.

Era cierto.

Matthew se encontraba en el pasillo.

Pero su cuerpo estaba tendido en el suelo sin vida.

Beth, que me había alcanzado, ahogó un grito al verlo y se cubrió la boca con ambas manos.

Aún bajo el impacto de la sorpresa, me acerqué lentamente hacia donde yacía su cuerpo, por si seguía con vida. Pero al verlo de cerca supe enseguida que no. Había fallecido con los ojos abiertos, pero ahora su mirada estaba vacía. No tenía heridas visibles en su cuerpo, tan solo un hilo de sangre que se deslizaba por su nariz y sus oídos.

¿Habría ingerido algo que le provocara esta reacción?

¿Sería algo relacionado con su propia condición mental? ¿U-na manifestación inusual de su trastorno, tal vez?

Mientras mi mente formulaba preguntas sin respuestas, escuché que Beth inquiría con una mueca de desagrado:

—¿Qué le ha pasado?

—No lo sé, pero todo indica que ha fallecido por causas naturales.

—Qué lástima, se merecía una tortura.

La fulminé con la mirada.

—¿Qué? ¡Este tío no iba a parar hasta matarte!

—Cierto —intervino Adler, de brazos cruzados. Miraba al chico con una expresión de frialdad, sin una pizca de remordimiento, como si se acordara de todo lo que me hizo.

Inconscientemente, mi mirada se dirigió hacia el final del pasillo. Entrecerré los ojos, como si una extraña sensación me invadiera. Aunque, a decir verdad, ya estaba acostumbrada a sentirme observada en ese lugar.

210

Entonces vi que una de las luces del pasillo parpadeaba.

Nadie se dio cuenta de ese detalle, o simplemente no le dieron importancia en medio de ese caos. Pero, tras oír varias historias donde eso sucedía sin motivo aparente, quise indagar. Y la curiosidad pudo conmigo.

Aproveché el momento en que Adler se alejó un instante con Beth para intentar calmar a Lily, que la pobre estaba temblando de pies a cabeza, para escabullirme.

Presenciar tres muertes en dos días no era algo que un ser humano pudiera soportar. Requería una preparación mental que, incluso yo, acostumbrada a enfrentarme a la realidad de la muerte en mi trabajo, no poseía. Nunca se podía estar completamente preparado para el impacto emocional de perder vidas ante nuestros ojos.

Aún así, jamás imaginé que en esta misión hubiesen tantas muertes de por medio. Pensaba que enfrentarme al asesino más temido del

país sería el único desafío al que me en-frentaría, pero estaba muy equivocada.

Me adentré aún más al pasillo, dejando atrás la sala que estaba centrada en el cadáver que yacía en el suelo.

No creía en los fantasmas, y no iba a hacerlo ahora. Pero necesitaba una explicación lógica de todo esto. ¿Luces que parpadeaban solas? ¿Corrientes eléctricas que estallaban sin motivo? No, tenía que haber algo más y no un par de almas malignas intentando manifestarse de cualquier modo.

A medida que avanzaba, una luz distinta parpadeaba, co-mo si me estuviera guiando hacia alguna parte. Mi corazón seguía latiendo con tanta fuerza que estaba empezando a temer por él.

Las luces dejaron de parpadear justo frente a una puerta, tal y como ocurrió en esa historia que escuché de uno de los guardias en el despacho. Impulsada por una fuerza que no 211

podía comprender, giré el pomo de la puerta y entré.

La habitación estaba oscura, pero la tenue luz de las luces del pasillo filtraba lo suficiente como para revelar que estaba vacía. No me sorprendió que no hubiese ningún paciente en ella, ya que en esos momentos todos estaban congregados en el comedor.

Mientras seguía analizando el interior de la habitación con los ojos entrecerrados, una mano fría y firme me cubrió la boca desde detrás, silenciando cualquier intento de grito.

Mis ojos se abrieron desmesuradamente, y todo mi cuerpo se tensó.

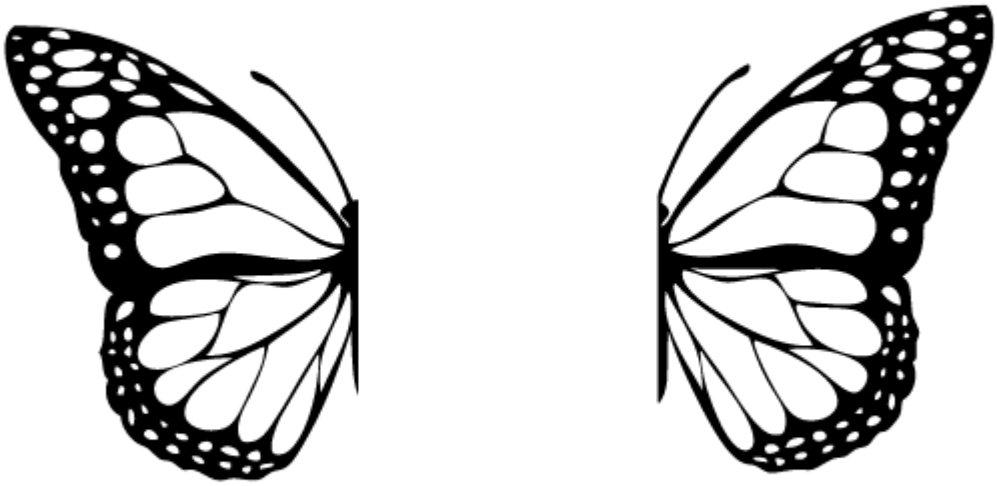
En un movimiento rápido mi atacante me condujo hasta la pared más próxima, chocando mi espalda con ella a la vez que se posicionaba justo frente a mí, manteniendo su mano firmemente sobre mi boca y agarrando mi brazo con la otra.

Era tan alto que tuve que alzar la mirada para observarlo, pues mi cabeza estaba a la altura de su pecho. Cuando sus ojos oscuros se encontraron con los míos, mi corazón simplemente. . se detuvo.

Su cabello era tan oscuro que parecía sumirse en la oscuridad, al igual que sus cejas. Tenía una mandíbula fuerte y definida, y estaba decorada por una barba escasa que la enmarcaba aún más.

Era probablemente el rostro más bonito que había visto jamás, y seguramente me hubiese quedado hipnotizada en e-se instante si no fuese porque el chico que tenía enfrente era el mismísimo Nolan Jenkins.

212



10

Y ahí estaba, en la misma habitación que el asesino más temido del país. El responsable de más de trescientas muertes en estos últimos cinco años. El autor de crímenes inhumanos, cuyas atrocidades llenaban los archivos y quedaban grabados en la memoria de quienes lo investigábamos.

Intenté recordar la gravedad de sus crímenes y la razón por la cual estaba allí, pero sus rasgos perfectamente escul-pidos y su presencia imponente nublaban mi juicio. Esos ojos oscuros y esos labios tan perfectos alejaron por un segundo todo pensamiento coherente.

Su atractivo era innegable, y debía ser sin lugar a dudas un arma valiosa para usarla en contra de sus víctimas, pues la gran mayoría eran chicas jóvenes que debían haberse rendido ante sus pies.

Y no las culpaba. Lo había visto en algunas imágenes que se me proporcionaron de él, pero verlo en persona era muy distinto. Tenía algo en su mirada que era magnético, como si pudiera hipnotizar a cualquiera que se cruzara en su camino.

213

¿Trataría de matarme aquí? ¿Sería su próxima víctima?

¿Encontrarían mi cadáver en esta habitación, como aquellas pobres chicas? No me pareció haber visto que llevara ningún arma encima.

Nolan sonrió con una calma escalofriante, como si disfrutara de mi desconcierto. Era consciente del impacto que su presencia generaba, y se estaba aprovechando de ello.

—¿Te sorprende encontrarme, detective? —preguntó ladeando la cabeza con una voz grave que hizo que me erizara toda la piel.

«Detective»

Una oleada de pánico recorrió mi cuerpo. Abrí los ojos ante la sorpresa, todavía con su mano cubriéndome la boca con firmeza. No supe cómo, pero sabía por qué estaba aquí.

Y eso me dejaba en una clara desventaja.

Mi pulso se aceleró. Tragué saliva con dificultad, intentando mantener la compostura. Era una investigadora privada, acostumbrada a enfrentarse a situaciones peligrosas, pe-ro nada me había preparado para este encuentro.

Necesitaba oxígeno, y respirar solo por la nariz no estaba ayudando en absoluto. Nolan pareció notar ese detalle, porque recorrió cada centímetro de mi rostro antes de bajar lentamente la mano.

En cuanto mi boca quedó libre de cualquier agarre, comencé a dar grandes bocanadas.

Me sentiría ridícula si le pidiera que no me hiciese daño.

Después de todo, tenía motivos más que suficientes para hacerlo. Si había asesinado a chicas jóvenes sin ningún motivo,

¿qué le impedía hacerlo a una detective con intenciones de enviarlo a prisión?

—Debo reconocer que es muy valiente por tu parte entrar sola en un lugar como este. Dime, ¿qué te ha impulsado a a-214

ceptar este caso? ¿La sed de justicia o simplemente la necesidad de dinero?

—No te incumbe —respondí con vehemencia, tratando de recuperar mi coraje.

Nolan soltó una risa suave y burlona, como si mi respuesta le divirtiera.

—Oh, por supuesto que me incumbe. Porque ahora formas parte de este juego. Un juego en el que cada movimiento que hagas podría ser tu último suspiro.

—Tienes que tener una mente muy retorcida para creer que todo esto es un juego.

Se inclinó hacia mí con esa sonrisa ladeada y me susurró al oído:

—La vida, detective, ya es un juego. Y el más peligroso de todos. Tú deberías saberlo mejor que nadie. Algunos lo jue-gan con más astucia, y otros simplemente son. . eliminados.

Me quedé en silencio, absorbida por sus palabras. Cuando se separó de nuevo, manteniendo una distancia prudente, pude volver a soltar el aire que inconscientemente había retenido en los pulmones.

Mi furia aumentó ante su indiferencia. No podía entender cómo podía hablar de vidas humanas de esa manera.

—¿Eliminados? —repetí, incrédula—. ¿Así es como llamas matar a cientos de personas?

Nolan se dio la vuelta cuando escuchó voces que provenían del patio interno y se acercó a la ventana, observando las vistas con una expresión casi contemplativa.

Le eché un rápido vistazo a la puerta, que seguía abierta a unos pocos metros. Pero sabía que, de alguna forma, me estaba vigilando. Por lo que no me atreví a intentar cualquier estupidez.

215

Ahora que lo tenía frente a mí, quizás era el momento perfecto para sacarle algo de información. Era una oportunidad que no se me presentaría fácilmente otra vez.

—Quizás no sepas por qué estoy aquí, pero yo sí sé por qué lo estás tú —declaré con determinación, dando un paso al frente—. Y puedo prometerte que no te dejaré salir impune de tus crímenes.

Nolan se giró hacia mí para enfrentarme de nuevo, con una expresión que rozaba la diversión. Chasqueó la lengua, negando con la cabeza.

—Te creía más astuta, Jules.

Mi corazón dio un vuelco, dejándome sin aliento. Acababa de llamarme por mi nombre real, lo que confirmaba que sabía cuál era mi verdadera identidad.

—¡Revisad cada habitación de este pasillo! —se escuchó en el exterior de la habitación.

Desvié la mirada de la puerta antes de volver mi atención hacia él. Estaba claro que buscaban a Nolan, pero no parecía nervioso. Es más, ni siquiera reaccionó al escuchar a los guardias.

—Así que, eres tú a quién buscan.

—¿Y tú eres detective? —Me miró con una ceja enarcada.

Eso me ofendió más de lo que debería.

—Sí, la detective que se va encargar de meterte entre rejas. No lo olvides.

Iba a añadir un «imbécil» al final de la frase, pero por ahora no me atrevía a insultarlo.

—¿Qué pasaría si te dijera que puedo ayudarte a atrapar al verdadero responsable de esos crímenes? —inquirió, cruzándose de brazos.

Al hacerlo, los músculos de sus bíceps se tensaron con el 216

movimiento, atrayendo mi atención de manera involuntaria hacia ese gesto.

—No tengo tiempo para tus juegos mentales —reforcé mi tono, aunque me sentía atrapada en una telaraña que él había tejido.

Todas las alarmas de mi cabeza saltaron cuando se aproximó a mí con una pausada calma. Por instinto me pegué aún más a la pared, asustada.

Se inclinó tanto que pude sentir su aliento a escasos centímetros de mi rostro.

—No soy el monstruo que buscas, pero sé cómo cazarlo

—susurró en mi oreja, enviando corrientes eléctricas por to-do mi cuerpo.

Antes de que pudiera formular otra pregunta, cinco guardias invadieron la habitación, uno detrás de otro. Lo apuntaron con sus pistolas mientras le ordenaban que alzara las manos y se quedara quieto en su lugar.

Él, pese a ser más alto que cualquiera de esos guardias, no opuso resistencia cuando le colocaron las manos detrás de su espalda para retenerlo.

Mientras uno de ellos le ponía unas esposas, me miró fijamente con esos ojos oscuros tan intimidantes.

* * *

—Se lo dije —escuché que me decía Foster a través del pinganillo.

Volteé los ojos. Cómo odiaba esa frase.

—Ya tendrá tiempo de echarse flores encima. ¿Puede con-seguirme esos archivos o no?

—Cuente con ello. Landon irá a verla esta tarde y le entre-217

gará esos archivos que necesita.

—Bien.

Hubo unos instantes de silencio que se alargaron tanto que me vi en la obligación de hablar:

—¿Ocurre algo?

Escuché que soltaba un pesado suspiro.

—No quiero comunicarle esto por aquí.

Sentí un sabor amargo cuando cortó la interferencia.

Desde que me había puesto en contacto con él estaba de lo más extraño. Pensé que se alegraría de oír la noticia de que al fin había visto a Nolan y, sin embargo, parecía que su mente estaba en otro lugar.

Salí de una de las cabinas del baño. Ahora que estaba de vuelta en una habitación compartida, tenía que esconderme ahí para hablar con el inspector por el pinganillo. Solía hacerlo por la noche para no levantar sospechas, pero ese día no había aguantado más para darle la buena noticia.

Unos brazos me tomaron por sorpresa mientras avanzaba por el pasillo. Adler me atrajo hacia él, aprisionándome contra la pared para besarme de forma apasionada. Cuando se separó un poco para mirarme, tenía un extraño brillo en su cara.

—¿Qué hacías tanto tiempo en el baño?

—¿Ahora me espías? —Levanté una ceja.

—Solo te vigilo. Por si alguien más se digna a tocarte.

Sonreí, negando con la cabeza.

—¿Y a ti qué te pasa? —lo aparté un poco, colocando ambas manos en su pecho, para mirarlo fijamente—. Estás más. .

intenso.

—Está contento porque hoy nos trasladan al piso de arriba, junto a él —aseveró Beth, pasando por nuestro lado para 218

dirigirse hacia el baño.

—¿Sabes lo qué son las conversaciones privadas? —inquirió Adler.

—¡Estaba pasando por vuestro lado! ¡Ha sido inevitable escuchar!

La seguí con la mirada antes de centrarme en Adler.

—¿Es eso verdad?

Asintió con una sonrisa pícara en los labios. Pocas veces lo había visto con una expresión tan radiante como esa.

—Ya han pasado tres semanas desde que estáis en la primera unidad. Ahora podremos pasar más tiempo juntos. ¿No te alegra?

—No, sí sí. . —Fingí una sonrisa.

En realidad, era todo lo contrario. De ahora en adelante lo tendría más complicado para escabullirme de la habitación sin que Adler se enterara. Por lo menos las habitaciones de esa unidad eran individuales, lo cual añadía un mínimo consuelo a la situación.

Al mediodía recogimos todas nuestras cosas y nos dirigimos hacia la nueva unidad en el piso de arriba. Los que nos escoltaban eran el guardia flacucho y el otro con el que siempre iba acompañado.

Una vez arriba, me despedí de Beth y Lily, deseándoles lo mejor. Era consciente de que no era una despedida del todo, pues nos seguiríamos viendo en el comedor, el patio interno o incluso en los mismos pasillos del hospital. Pero, aún así, sentí algo de lástima. Había empezado a cogerles cariño.

Cuando ya solo quedaba yo por llegar a mi habitación, mi-ré a ambos guardias de reojo.

—¿Puedo preguntaros algo?

—No —respondió el grandullón sin tapujos.

219

El otro volteó los ojos.

—No le hagas caso, está amargado todo el tiempo porque no consigue adelgazar más de dos kilos.

—¡No es mi culpa que mi metabolismo sea lento! —se defendió el grandullón, enfurruñado.

—Eso no es excusa, puedes hacer ejercicio o cambiar tu dieta.

—¡Oye, no generalices! ¡No todos los gordos comemos mal!

Oh, no. Iban a empezar con sus absurdas discusiones.

—¿Vais a escucharme o no?

—Qué remedio —murmuró el grandullón.

—¿Habéis vuelto a presenciar algo inusual en este hospital?

Ambos entrelazaron miradas cuando lancé tal pregunta.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Los rumores aquí vuelan —respondí, encogiéndome de hombros.

Detuve mis pasos cuando llegamos a la puerta de mi nueva habitación.

—No te metas en lo que no te llaman —me advirtió el grandullón antes de dar media vuelta—. Vamos, Mike.

El flacucho, que al parecer se llamaba Mike, dio un respingo.

Pensé que lo seguiría, sin embargo, esperó a que estuviese lo suficientemente lejos como para que no lo escuchara.

—En los sótanos.

—¿Eh?

—Este hospital es muy antiguo, así que tiene sótanos abandonados —reveló, aunque eso ya lo sabía. Incluso descu-220

brí que tenían una jodida bodega ahí abajo—. La mayoría del personal evita hablar de ello, pero hemos escuchado cosas extrañas. Ruidos, sombras. . incluso historias de pasillos que no deberían existir.

Mike miró a su compañero antes de volver a mirarme con temor.

—El otro día vi. . algo.

—¡Mike, vamos! —gritó el grandullón, que estaba esperán-dolo al final del pasillo.

Hizo ademán de marcharse, pero lo tomé por la muñeca.

—¿Qué viste?

Tragó saliva con fuerza.

—Yo. . —Negó con la cabeza—. No estoy muy seguro.

Lo analicé con los ojos entrecerrados, observando su lenguaje corporal. Los hombros encogidos, la mirada evasiva, gestos nerviosos en las manos. .

—Mientes.

Su compañero lo llamó con impaciencia, interrumpiendo de nuevo nuestra conversación.

—Lo siento, tengo que irme.

** * **

Mi sonrisa se ensanchó cuando vi a Landon, sentado en una de las mesas de la sala de visitas con las manos entrelazadas.

Me acerqué con paso decidido, emocionada por compartir los avances que tenía de mi investigación. Seguro que estaba muy orgulloso de mí.

Sin embargo, al observarlo más de cerca, noté que su expresión estaba distante, con una sombra de tristeza en sus ojos.

—Cambia esa cara. ¿No te ha contado Foster que he logrado hablar con el asesino? —inquirí, tratando de contagiar-le mi entusiasmo.

Él levantó la mirada, forzando una sonrisa.

—¿Debería alegrarme que hayas estado cerca de él?

—Debería alegrarte que al fin lo haya podido ver —corregí.

No se levantó de la silla para saludarme, lo cual me resultó un poco extraño. Pero traté de no darle importancia.

—Fue un poco difícil al principio, pero logré sacarle información. El muy idiota se cree que puede engañarme. —Negué con la cabeza mientras tomaba asiento—. ¿El asesino o-freciéndome ayuda para encontrar al asesino? Oh, vamos.

Este se piensa que nací ayer.

Landon asintió en silencio, pero su mirada seguía perdida.

Algo no estaba bien.

—¿Tienes los archivos? —le pregunté.

Sacó una carpeta de la mochila que estaba en el suelo y la atrajo hacia mí.

Al estar en la segunda unidad, se consideraba que los pacientes ya podían tener sus pertenencias. Incluso podían recibir algunas cosas del exterior, lo cual era un alivio. Si no me hubiesen trasladado hoy, tendría que habérmelas apañado para esconder esa carpeta. Y no es que fuese muy discreta, que digamos.

—Venga, suéltalo de una vez. ¿Qué te pasa?

Landon suspiró, todavía con la mirada fija en algún otro lugar que no fuesen mis ojos. Supongo que sabía que tarde o temprano llegaría esa pregunta.

—Hay algo que debes saber, Jules.

En otro momento le hubiese recordado que aquí usara el nombre de Clarke, pero me tenía tan preocupada que decidí 222

no cortarle.

Se tomó un momento antes de encontrar las palabras adecuadas, como si cada una de ellas le pesara en el corazón:

—Siento mucho tener que ser yo quien te diga esto.

—Landon, ¿qué pasa? Me estás preocupando.

Se pasó ambas manos por el pelo de manera nerviosa. Entonces me fijé en que esta vez había algo distinto en él. No tenía su habitual cabello castaño bien peinado, ahora lo tenía revuelto, como si se hubiese pasado los dedos por el pelo muchas veces. Y su mirada estaba decaída, envuelta por una manta oscura de ojeras. Jamás lo había visto así, solo cuando pasó lo de su hermana pequeña.

Un momento.

—Es sobre. . ¿mi padre? —inquirí con voz temblorosa.

Lo supe incluso antes de que lo dijera.

—Ha fallecido esta mañana.

El mundo pareció detenerse a mi alrededor. La noticia golpeó mi pecho como un martillo, dejándome sin aliento.

No podía ser real, no podía ser cierto. Mi padre, el único pilar que tenía en mi vida, no podía haberse ido tan fácilmente.

Mi mente luchaba por asimilar las palabras de Landon, pero el eco de la realidad se instaló en mi corazón. Muy a mi pesar, sabía que este momento llegaría. Solo que no estaba preparada.

—No. . —murmuré, incapaz de articular más palabras.

Sentía un nudo en la garganta que amenazaba con ahogarme. Era como si el suelo se hubiera desmoronado debajo de mí, dejándome en un abismo del que dudaba que pudiese salir.

Lo que más me dolió fue pensar que no había podido despedirme de él, que nunca supo que el verdadero motivo por

el que me fui fue para salvarlo, que las últimas palabras que hubiésemos compartido fueran un "nos vemos pronto", sin saber que nunca más íbamos a volver a hacerlo.

La silla en la que estaba sentada era mi único anclaje, porque dudo mucho que mis piernas hubiesen podido sostenerme en ese momento. Mi mente repasaba recuerdos y momentos compartidos con mi padre, todos buenos, lo que solo intensificaba la pena al saber que se convertirían en recuerdos del pasado, irrepetibles, y ahora lejanos.

La imagen de su sonrisa cálida y sus ojos llenos de orgullo se volvían borrosas entre lágrimas que se estaban acumulando. Quise abrazarlo una vez más, quejarme de lo pesimista que era o hablar con él durante horas mientras veíamos esos horribles programas de subastas.

Duele. Duele cuando darías la vida por alguien, y te das cuenta de que incluso eso no habría sido suficiente para im-pedirlo. Es un dolor que se arraiga en lo más profundo, dejando cicatrices invisibles que solo el tiempo puede atenuar, pero nunca borrar del todo.

Landon me estaba diciendo algo, podía ver sus labios moverse. Pero no escuchaba nada. El zumbido sordo en mis oídos eclipsó cualquier sonido externo.

—¿Sufrió? —No supe ni cómo encontré la voz.

Landon negó con la cabeza.

—Su corazón dejó de latir mientras dormía, perdió la con-ciencia incluso antes de que despertara.

Bajé la cabeza y vi cómo una lágrima caía sobre mi pantalón.

—Lo siento mucho, Jules —murmuró—. Su pérdida me duele tanto como a ti, créeme.

Le creía, por supuesto que lo hacía. Landon era como uno más de la familia. Innumerables veces se quedaba charlando 224

con mi padre mientras yo hacía la cena, o compartíamos risas los tres en el Rabbit Hole, uno de los bares más conocidos del pueblo. No quise ni imaginarme el dolor que debió sentir él también al enterarse de la noticia.

—La funeraria es mañana. Te iré a buscar en cuanto estés lista.

Parpadeé, volviendo a la realidad.

—No. . no puedo salir de aquí, Landon.

—Claro que puedes. Porque hoy mismo vas a darte de baja

—dictaminó.

Fruncí el ceño, todavía con los ojos húmedos.

—¿Qué?

—Ya no tiene ningún sentido que sigas con este caso. Sé que lo hiciste por tu padre, pero ahora está. . —No pudo terminar la frase —. Él no habría querido esto.

Fue suficiente para levantarme de la silla, notando cómo la tristeza empezaba a tomar forma de enojo. Landon se pu-so en pie y se apresuró a rodear la mesa antes de que pudiera irme, poniéndome una mano en mi hombro.

—Sabes que tengo razón. ¿Qué padre querría esto para su hija?

Aparté su mano.

No quería aceptar esa verdad en ese momento.

—No me digas lo que querría mi padre, no puedes saberlo

—afirmé con determinación—. Pero sé que él querría que se hiciera justicia, y eso es lo que estoy intentando hacer.

Sus ojos se encontraron con mi mirada furiosa, y en el tenso silencio que siguió pude sentir la tensión cargada en el aire.

—¿Y crees que vas a ser capaz de trabajar en este estado?

—¿Y todas las familias de esas pobres chicas? —reproché.

Mi voz llevaba consigo un tono de indignación y dolor acumulado—. ¿Crees que fueron capaces de ir a sus trabajos sabiendo que sus hijas habían muerto en manos de un asesino?

¿Crees que pudieron hacer vida normal después de volver a casa y ver que ya no estaban? ¿Que habían muerto de la forma más cruel que puede morir un ser humano, que es en manos de un monstruo?

Su rostro reflejaba compasión, pero también preocupación por mi estado emocional.

—No, por supuesto que no. Es solo que. .

—No necesito que decidas por mí, Landon.

Cogí la carpeta y comencé a avanzar hacia la puerta de la sala.

—Al menos piénsatelo —escuché que decía a mis espaldas, suplicante.

* * *

Landon tenía razón, si estaba aquí era únicamente por mi padre. Y pensé que sería capaz de seguir adelante con esto, pero al parecer no estaba tan preparada como creía.

Pasó una semana, dos. . o tal vez más. Lo cierto es que perdí la cuenta. La soledad me envolvió, aún cuando estaba rodeada de gente. Cada día se volvía una batalla interna, y los días pasaban como un borrón difuso. Aunque intentaba seguir adelante con el caso, la realidad era que no me sentía preparada para enfrentarme a ella.

Desde que él se fue, dejaron de haber matices de colores en mi vida. Ahora lo veía todo negro, opaco, oscuro. Ya no encontraba el fulgor que solía percibir incluso en las cosas más insignificantes. Todo dejó de brillar. Los sentimientos, en lugar de ser aliados, se volvieron en mi contra, y el aire se 226

volvió tan asfixiante que me costaba respirar.

Los sabores eran amargos y el silencio uno de mis peores tormentos. Porque, cuando no hay distracciones, los pensamientos se abren paso. Y no hay nada peor que estar atrapado física y mentalmente en un lugar sombrío.

Al principio el inspector Foster trató de contactar conmigo, pero al final comprendió que necesitaba pasar esta etapa sola y que sería inútil que hablara conmigo si ni siquiera me había empeñado en seguir con la misión. Así que dejó de hacerlo.

Me preguntaba una y otra vez por qué a mí, por qué tenían que suceder las cosas de esta manera.

No ayudaba despertarme cada mañana sola en esa fría y oscura habitación, con una sola ventana protegida por barrotes y sin ningún objeto con el que pudiese sentirme iden-tificada. No había nada ahí que revelase que, de alguna forma, pertenecía a ese lugar. Tan solo la carpeta que me dio Landon, la cual todavía no había podido abrir, pues era un misterio que aún no me sentía con ánimos de descifrar.

En cuanto menos me lo esperé, el invierno llegó. Estaba observando a través del cristal de la ventana cómo los copos de nieve

descendían delicadamente hasta acumularse en el marco que sostenía el vidrio.

Giré la cabeza de forma automática y mis ojos se clavaron hacia el rincón oscuro de mi habitación. No supe explicarlo, pero fue como si algo me impulsara a mirar hacia ese lugar.

Aunque no había nadie ahí.

Meneé la cabeza antes de volver a centrarme en la ventana.

227

ANÓNIMO

Me rompía en mil pedazos verla en ese estado, tan frágil y vulnerable, sin saber que era la persona más fuerte que conocía. Solo que ella aún no era consciente de ello.

Esos ojos tan preciosos que tenía, capaces de hipnotizar a cualquiera que la mirara, se habían apagado, como esos copos de nieve que en algún momento fueron gotas de agua, ahora congeladas ante una ráfaga de viento fría y helada.

Me sentía impotente por no poder hacer nada, deseando que encontrara de nuevo esa calidez que pudiera devolver el resplandor a esos ojos que alguna vez irradiaron luz y vida.

Su cabeza se giró hacia mi presencia omnipresente. Aunque no pudiese verme, sabía que de algún modo estaba ahí.

—Vamos, princesa, anímate —murmuré, deseando que me escuchara—. Estoy aquí contigo, aunque no me veas. Siempre lo estaré.

JULES

El olor a comida llenó mis fosas nasales mientras caminaba hacia la mesa donde Beth, Lily y Adler solían reunirse. El bullicio de voces y risas se mezclaba con el tintineo de cubiertos y platos.

—¡Clarke! —exclamó Beth al verme, levantando la mano para saludarme.

Durante estas últimas semanas llegaba al comedor más tarde que ellos ya que dedicaba menos tiempo a saborear la comida. De este modo me permitía disfrutar un rato más de mi soledad antes de unirme al ajetreado comedor.

228

Le devolví la sonrisa y me senté al lado de Adler, que ya me miraba de esa forma que estaba empezando a odiar.

La conversación continuó, pero en algún momento mi mente se desconectó de la realidad. Los observé hablar y re-ír, pero todo sonaba lejano, como si estuviera atrapada en u-na burbuja de mis propios pensamientos.

—¿Cómo estás? —me preguntó Adler en un tono más confidencial, con la clara preocupación en sus ojos.

Traté de esbozar una sonrisa convincente.

—Lo estoy llevando.

Fue imposible ocultar el intenso dolor que embargó mi ser cuando recibí esa noticia, por lo que no tardaron en notar que algo me ocurría. Como se suponía que la Clarke que había ideado en mi cabeza ya había perdido a sus padres, no podía contarles la verdad,

así que me limité a decirles que había perdido a un familiar, sin dar más detalles.

—¿Hoy también vas a dejarte la mitad? —cuestionó, desviando la mirada hacia mi bandeja.

—Las salchichas están demasiado frías.

—Sí, y ayer estaban demasiado saladas.

Supongo que esperaba a que dijese algo al respecto, pero hacía tiempo que había perdido el interés en crear discusiones absurdas.

—Tienes que comer algo, Clarke.

Cada bocado se volvía un desafío. La comida, que ya de por si estaba mala, ahora había perdido su sabor, como si el dolor hubiera afectado también mi capacidad de disfrutar las cosas más simples de la vida.

—¿Crees que no lo intento? —espeté—. Y no ayuda en absoluto que la comida de este lugar parezca que la hayan sacado de un vertedero.

229

Apretó los dientes, pero no me lo discutió. Ni siquiera él se comía todo lo que había en su bandeja.

—Deberíamos romper la rutina y hacer algo esta noche

—propuso Beth de pronto con una chispa de emoción en sus ojos.

—Yo no voy a. .

—Por el amor de Dios, Lily. —Volteó los ojos—. Sé de primera mano que tú no lo harás. Me refería a los demás.

—Yo estoy aquí por un propósito, así que no pienso jugár-mela dos veces —afirmó Adler con severidad.

Lo que no sabían era que yo también estaba aquí por una buena causa, pero discrepaba con lo de no querer saltarse las normas. Para indagar más en este lugar, no me quedaba más remedio que hacerlo.

—¿Qué propones? —pregunté.

Beth sonrió, satisfecha por haber captado al menos mi atención.

—Pues todavía no lo he pensado, pero podríamos invitar a la chica nueva.

—¿La chica nueva? —Fruncí el ceño.

—Llegó ayer por la tarde —nos explicó mientras le daba un mordisco a su manzana—. Se llama Maya y está bastante buena, aunque hayamos intercambiado unas pocas palabras.

Me pregunto si le gustarán las mujeres que escuchen Chase Atlantic.

—Lo que deberías preguntarte en realidad es si le gustan las mujeres, a secas. —Adler la miró con las cejas enarcadas.

—¿Y a quién no le gustan? Oh, por ahí viene.

Me volví distraídamente para verla. Sin embargo, mi rostro se descompuso por completo cuando vi a esa chica rubia de ojos castaños.

230

¿Qué demonios hacía ella aquí?

Mi mente comenzó a trabajar a toda velocidad, tratando de encontrar una explicación lógica ante su presencia. ¿Sería parte de

la operación?

—¡Maya! Te presentó a Clarke —dijo Beth.

—Hola, encantada.

Extendió mi mano hacia mí con una sonrisa cálida, como si no nos conociéramos. Como si no hubiésemos compartido tiempo juntas, ni hubiésemos hablado durante horas en el Coffee Mill, la cafetería a la que solíamos ir en el descanso de nuestra larga jornada de trabajo.

Traté de mantener la compostura y devolver el saludo con una sonrisa forzada. Porque estaba claro que aquí dentro de-bíamos fingir ser dos desconocidas.

Ella se sentó a mi lado y Beth empezó a proponer sus ideas, haciendo mil sugerencias, pero mi mente estaba ocupada en la chica que tenía al lado.

En cuanto las personas empezaron a levantarse para dar por terminada la comida, vi cómo ella me hacía un ligero movimiento con la cabeza para que la siguiera antes de que desapareciera por uno de los pasillos de la primera unidad.

Me excusé diciéndoles a los demás que tenía que ir al baño antes de abandonar el comedor.

—¡Oye! ¡Teníamos que hablar sobre el plan de esta noche!

—alcancé a oír a Beth.

La seguí a una distancia prudente para no levantar sospechas, y cuando estuvimos lo suficientemente alejadas de las miradas y los oídos curiosos, nos reunimos en un lugar que quedaba oculto entre las sombras.

—¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté en voz baja, indignada y preocupada a partes iguales—. ¿Cómo te has involucrado en todo esto?

231

—Foster me pidió que viniera, porque cree que tú sola no vas a ser capaz de seguir con esto.

—Soy perfectamente capaz de hacer mi trabajo, créeme.

Solo necesito tiempo.

—Ya, pues no hay tiempo. Este caso cada vez está más cerca de cerrarse. Los jueces consideran que no es relevante, y si no actuamos ahora, todo este caso podría perderse.

Guardamos silencio cuando dos chicas pasaron de largo para dirigirse al baño.

—Lárgate ahora mismo, Lexi —dije entre dientes, furiosa—. Antes de que sea demasiado tarde. ¿Es que no lo entiendes? Aquí presenciar suicidios se ha convertido en algo común, y al parecer que te intenten matar también.

Lexi se llevó una mano a la boca para cubrírsela, con los ojos tan abiertos que pensé que se le saldrían de órbita.

—¡¿Te han intentado matar?!

—Una larga historia. —Exhalé aire—. Lo que te estoy intentando decir es que no tienes ni idea de a dónde te has metido. Esto no va contigo. ¡Ni siquiera eres investigadora privada, solo una oficial de policía!

—Eso me ha ofendido más de lo que debería. —Percibí una sombra de sonrisa en su rostro. Ni siquiera en momentos tan tensos como

esos dejaba de bromear—. ¿No puedes simplemente aceptar mi ayuda?

—Tampoco tengo opción —murmuré.

—Esta noche busca mi habitación, es la ciento cuatro. Ah, y trae esa carpeta. Vamos a investigar a fondo a ese cabronazo para tenerlo cogido por los huevos.

* * *

Esperé impacientemente en mi habitación hasta que la aguja 232

del reloj marcaron las doce, que era la hora a la que la gente solía acostarse.

Me puse en pie con la carpeta a mano y giré el manillar de la puerta con cautela, pero mi intento de discreción se vio interrumpido al encontrarme cara a cara con Adler.

Tenía la mano alzada en un puño, como si justo en ese instante fuese a picar mi puerta con los nudillos.

—Hola. —Deslizó la capucha de su sudadera negra hacia atrás, revelando su perfilado rostro.

Me apresuré en ocultar la carpeta detrás de mi espalda.

—Hola. ¿Qué haces aquí?

—Solo quería saber cómo estabas.

—Pues me temo que vas a obtener la misma respuesta que todas las otras veces que me lo has preguntado.

Una de sus comisuras se elevó, acostumbrado ya a mi humor.

—¿Puedo pasar? —inquirió.

—Es que. . justo ahora iba al baño.

—Bien, pues te acompaño.

—¡No! —Me aclaré la garganta al darme cuenta de que había rechazado esa oferta demasiado rápido—. Es decir. . prefiero ir sola. Si no te importa.

Frunció el ceño, analizando cada una de mis palabras, y asintió comprensivamente.

—Vale, pues nos vemos mañana.

—Sí, nos vemos mañana —repetí, forzando una sonrisa.

Se giró con aire dubitativo para finalmente desaparecer por el mismo pasillo.

Un suspiro escapó de mis labios a la vez que mi sonrisa se esfumaba. Odiaba tener que ocultarle cosas. Ojalá algún día 233

pudiese contarle toda la verdad y liberarme de ese peso.

Cerré la puerta tras de mí, asegurándome de que la carpeta quedara fuera de su vista, y bajé las escaleras que conducían al primer piso.

Recorrí con la mirada hacia todas las puertas con sus res-pectivos números, buscando la habitación con el número que Lexi me había indicado.

Justo cuando me disponía a llamar, la puerta se abrió de golpe y tuve que ponerme a un lado para dejar pasar a un chico, que se estaba ajustando el cinturón. Lo seguí con la mirada antes de entrar.

—¿En serio? —Alcé una ceja, viendo cómo Lexi se estaba acomodando el cabello con los dedos—. ¡No llevas ni un día aquí!

—Necesito lidiar con el estrés de alguna manera, ¿vale?

—se defendió.

—¡Pero si llevas menos de veinticuatro horas! Yo estoy aquí desde hace un mes.

—Sí, y no me creo que no hayas echado ningún polvo.

Se puso en pie, alisando las arrugas de su camiseta con ambas manos.

—Pues no lo he hecho, así que créetelo.

—Porque no has querido. —Se encogió de hombros—. No creas que no he visto cómo te mira el rubito ese.

Solté un suspiro, dejando la carpeta sobre su escritorio.

Supongo que mi silencio me delató, ya que no le contradije eso.

Lexi detuvo sus movimientos para mirarme fijamente con un brillo travieso en sus ojos, como si fuera una adolescente de quince años que acababa de descubrir que su amiga había perdido la virginidad.

—Ay, Dios. Ha pasado algo entre vosotros, ¿verdad?

—Solo nos hemos besado —aclaré, apoyando mi peso en la mesa.

—¿Y cómo fue? ¿Te gustó?

Lo cierto es que ansiaba tener ese tipo de conversaciones tan triviales con alguien, en especial con una persona que ya conociera. Me recordaba a la normalidad, a la vida antes de los secretos y las preocupaciones que me habían llevado a este lugar. Era como si, por un momento, pudiera sumergirme en la cotidianidad y dejar atrás mi nueva y cruda realidad.

—Puede —dije finalmente, disimulando una sonrisa.

—¡Lo sabía! —Me señaló acusatoriamente—. Yo también tendría que haber sido detective. Se me da de perlas deducir cosas.

No pude evitar reírme, negando con la cabeza.

—¿Te han asignado una habitación sin compañeros? —le pregunté distraídamente, echándole un vistazo a la habitación vacía—. Eso es toda una suerte.

—Pues sí, así podré follar todo lo que quiera.

Rodé los ojos.

Se acercó al escritorio y, junto a mí, comenzó a revisar todos los papeles que había en la carpeta. Cinco minutos después, la mesa era en una montaña de documentos esparcidos sobre ella.

Le había pedido a Foster que reuniera toda la información que tuviera de Nolan, desde su infancia hasta los últimos años previos a su ingreso en este hospital. Necesitaba empezar por sus raíces.

—Este tipo es un enigma —murmuró Lexi, hojeando concentrada un informe—. Nació en una pequeña ciudad, no tiene padres registrados y, según esto, fue un talentoso bo-235

xeador.

Entre los papeles encontré un recorte de periódico con una noticia que se titulaba: "El prodigio del boxeo, Nolan Jenkins, vive una pesadilla en el cuadrilátero." Con una chispa de intriga en los ojos, comencé a leer lo que ponía en él: En una noche llena de expectativas y emociones, el joven boxeador Nolan Jenkins se enfrentó a un combate trascenden-tal en el Evento Internacional del Boxeo (EIB) que marcaría su séptima victoria en los últimos cuatro

años, consolidando su posición como una estrella ascendente en el mundo del boxeo.

Sin embargo, lo que prometía ser un evento inolvidable pa-ra muchos seguidores, se convirtió en una tragedia cuando u-no de los contrincantes, Dexter Zagaley, de 20 años, sufrió un paro cardíaco durante el combate, desplomándose sobre la lo-na. A pesar de los esfuerzos inmediatos del personal médico por reanimarle, no se pudo salvar, dejando a todos los presentes conmovidos.

El mundo del boxeo se une en luto por la pérdida de un valiente competidor, que nos recuerda la importancia de priori-zar la seguridad y el bienestar de los atletas en este deporte tan exigente.

—Vaya. . era realmente un prodigio en el ring —comenté en voz alta —. Llevaba una racha impresionante de victorias.

—¿Y qué pasó?

—Su contrincante falleció en uno de los combates por un paro cardíaco.

Lexi alzó las cejas, sorprendida.

—¿Crees que por eso dejó el boxeo?

—No se abandona una carrera tan prometedora sin una 236

razón importante, así que es posible. Pero no tiene sentido.

¿Se traumó por una muerte y ahora provoca cientos al año?

—Puede que sea su manera de lidiar con ese trauma. Hay personas que tienen un nivel de estrés tan alto que acaban cometiendo atrocidades.

—Pero, ¿realmente crees que alguien pueda cambiar tanto por un incidente? ¿Hasta el punto de convertirse en el asesino más temido

del país?

—Sí, es raro. —Lexi dejó escapar un suspiro—. Aunque la mente humana es compleja.

—No creo que venga de ahí el problema —me limité a decir, y continué revisando los documentos, tratando de encontrar pistas sobre lo que pudo haber llevado a Nolan Jenkins a un cambio tan radical en su vida.

Mis ojos quedaron irremediablemente atrapados en las imágenes que mostraban a Nolan sin camiseta, con los guantes de boxeo y el cuerpo sudoroso mientras entrenaba en esa federación de boxeo.

La intensidad con la que miraba a su contrincante o al sa-co de boxeo hizo que la parte baja de mi vientre se manifestara, recordando cuando esos ojos tan hermosos estaban puestos en mí. Se le marcaban tanto los abdominales que hasta podría contarlos fácilmente con un dedo. La tensión muscular de su espalda y brazos hacía que te quedaras ab-sorbido. Seguro que era otra arma poderosa para usarla a su favor en un combate, y estaba convencida de que, si yo fuera su contrincante, me habría rendido incluso antes de que. .

Un golpe sutil en el hombro me sacó del trance.

—Céntrate. —Lexi me lanzó una mirada de reojo con una sonrisa divertida en su rostro.

Me aclaré la garganta, algo avergonzada, y seguí con mi búsqueda.

237

Mientras analizaba otras imágenes, me di cuenta de que en muchas de ellas aparecía un hombre de unos cincuenta años con el cabello blanco.

—Antes has mencionado que no tiene padres registrados,

¿verdad? —Entrecerré los ojos, sin apartar la mirada.

—Mhm. .

—¿Y quién es este, entonces? —señalé una figura en la fotografía.

Lexi se asomó.

—Quizás sea un familiar.

—Déjame ver su certificado de nacimiento —le pedí, pues lo tenía en sus manos.

Me lo tendió y lo examiné meticulosamente.

—¿Por qué no tiene ningún tutor legal?

—Porque es mayor de edad —dijo Lexi, como si fuese obvio.

Sabía con certeza que, cuando una persona alcanza la mayoría de edad, se le considera legalmente competente y capaz de tomar decisiones por sí misma. Pero me preocupaba el hecho de que no lo tuviera antes.

—Aún así, se le debería haber asignado uno cuando nació, y no sale registrado ningún nombre. ¿Con quién ha estado viviendo todo este tiempo?

Ambas entrelazamos una mirada de desconcierto, dándonos cuenta de que cada vez surgían más preguntas en vez de respuestas.

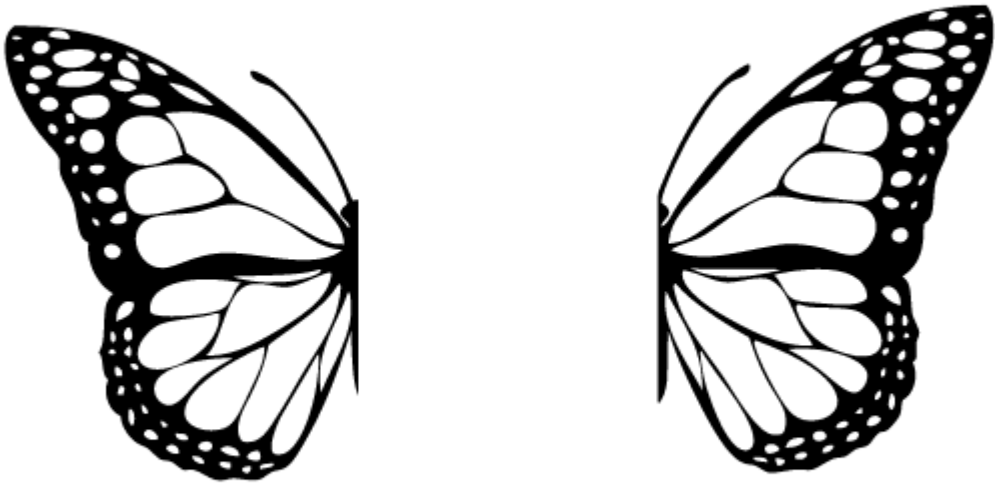
—Mañana hablaré con Foster —dictaminé—. Le pediré que organice entrevistas a los entrenadores de boxeo que tuvo para saber cómo se comportaba antes, si hubo incidentes con sus compañeros o tenía indicios de violencia. Y que ave-rigue quién es ese hombre. Si es cierto que tiene un trastor-238

no antisocial de personalidad, deberían haberse manifestado esos patrones de comportamiento antisocial desde la adolescencia.

—¿Y si realmente es cierto que padece ese trastorno?

—Pues el caso se cerrará y podremos al fin salir de aquí.

239



11

Mis ojos no lograban discernir nada más allá de la negrura.

Era un lugar oscuro y desolado. No había nada a mi alrededor, era como si estuviese atrapada en un abismo sin límites perceptibles. Ni

paredes que delimitaran el espacio, ni objetos que pudieran orientarme de alguna forma, ni personas a las que pudiese acudir. Nada. Solo un espacio vacío y perturbablemente silencioso.

Comencé a caminar sin rumbo, pero cada paso que daba no conducía a ninguna parte. Simplemente andaba, buscando inútilmente alguna salida.

De pronto vislumbré una silueta emerger de la negrura.

Mis pies se detuvieron al instante. Su presencia se volvía más clara a medida que se acercaba, y fue imposible no saber de quién se trataba. Esos hombros anchos, esa figura esbelta, ese hermoso rostro. .

—¿Nolan? —murmuré, escudriñándolo con mis ojos.

Se detuvo a pocos metros de distancia.

240

—¿Dónde estamos? —le pregunté.

—En tu mente.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué estoy contigo en mi propia mente?

—Porque es el único lugar al que puedo contactar contigo.

—No. . no lo entiendo.

El suelo comenzó a temblar bajo mis pies.

—No tengo mucho tiempo. Tienes que ir a la última planta de este edificio.

—¿En los sótanos?

—No. En la última planta, Jules. En el corazón de este hospital.

—¿Qué. .?

La figura de Nolan comenzó a desvanecerse lentamente en la penumbra, como si la oscuridad misma se lo llevara consigo.

—¿A qué te refieres? ¿A dónde tengo que ir?

—Recuérdalo, Jules. No hay tiempo que perder.

—¡Nolan, espera!

Me desperté de golpe, jadeando y empapada en sudor. La línea entre la realidad y la pesadilla se desdibujaba mientras trataba de ajustar mis sentidos. Al incorporarme, mis ojos se enfocaron en la figura que tenía a mi lado y di un respingo, asustada.

—¿Otra pesadilla? —preguntó Adler, sentado en la silla del escritorio con ambos codos apoyados en sus rodillas y la mirada fija en mí.

—Eso parece —murmuré, algo confusa. Era la primera vez que la sentía tan real—. ¿Llevas mucho rato aquí?

—He ido a buscarte porque me ha parecido extraño que 241

no bajaras a desayunar.

Me pasé una mano por el pelo, adormecida.

—¿Qué hora es?

—Las once. Ya hace una hora que han cerrado el comedor.

Genial, me había quedado dormida. Y era algo que no podía permitirme, especialmente porque aquí solo había tres comidas al día y ya me había saltado una.

Supongo que eso es lo que sucede cuando no duermes las horas suficientes. Anoche regresé a mi habitación bastante tarde. Estuve hasta las cuatro de la madrugada con Lexi, intentando resolver un rompecabezas al que le faltaban al menos la mitad de sus piezas.

—Has mencionado a Nolan en tus sueños —dijo de repente, cambiando abruptamente de tema.

Sus ojos, que estaban clavados en mí, transmitían una mezcla de curiosidad y otro sentimiento que no supe descifrar en ese momento.

—¿Ah, sí? No lo recuerdo —mentí.

Asintió lentamente, pero algo en su expresión me decía que no me creía.

—La noche que Matthew murió, desapareciste. ¿A dónde fuiste?

Fruncí el ceño.

—¿A qué viene esa pregunta?

—Contéstame, Clarke.

De pronto, sentí como si se hubiesen cambiado los papeles y él fuera el detective.

—Necesitaba alejarme de ahí. Eso es todo.

La mirada de Adler se intensificó, como si estuviera buscando más allá de mis palabras, escudriñando mis gestos en busca de la verdad. Porque no, no era esa.

—¿Después de lo que sucedió decidiste deambular sola por el manicomio? —Su tono no sonaba a pregunta, más bien a

recriminación.

Exhalé un suspiro de risa, pero era una risa fingida e indignada que apenas logró ocultar mi verdadera frustración.

—Esto es absurdo. Si estás insinuando algo, más vale que no pierdas el tiempo y me lo digas directamente.

Sus ojos se estrecharon.

—Creo que no me estás contando la verdad.

—¿Y por qué no lo haría?

—Porque probablemente no me guste oírla.

Antes de que pudiera preguntar otra cosa, añadió:

—Esa noche viste a Nolan, ¿no es cierto?

Tragué saliva con fuerza, intentando encontrar las palabras adecuadas, pero la presión en el aire se volvía más densa con cada segundo que pasaba.

—Eso no es. .

—Nadie nos llegó a decir qué paciente se escapó.

—Fue Matthew.

—Eso nos quieren hacer creer —afirmó—. Pero yo no me lo creo.

Aparté la mirada, sabiendo de primera mano que es algo que no debes hacer si pretendes mantener tu credibilidad.

Pero me resultaba muy difícil mentir a los ojos a alguien que me estaba ayudando tanto aquí dentro, y sobre todo en quien estaba empezando a confiar.

El problema era que él no podía confiar en mí.

—He notado cómo reaccionas cuando su nombre sale en alguna parte. No estoy ciego, Clarke. —Hizo una pausa—. Mi-ra, te estoy dando la oportunidad de que me digas la verdad ahora. Si estás mintiendo, te aseguro que lo descubriré. Por-243

que estoy empezando a pensar que lo estás defendiendo por un motivo que no logro entender.

No podía dejar que Adler descubriera el verdadero motivo por el que estaba interesada en ese nombre, pero no tenía sentido mentirle ahora.

Exhalé profundamente.

—Está bien, tienes razón.

Su mandíbula se tensó, maldiciendo por lo bajo, y un destello de nerviosismo cruzó sus ojos.

—¿Cómo fue?

—¿Qué?

—El encuentro —aclaró, seco y directo—. ¿Cómo fue cuando lo viste? ¿Te hizo algo?

—No. Ni siquiera sabía que estaba en esa habitación cuando entré, pero. .

Me corté a mí misma cuando se levantó de golpe y comenzó a pasearse de un lado a otro. Nunca lo había visto tan tenso. No podía ni mirarme a la cara y, de algún modo, sentía como si le hubiese traicionado.

—No te lo conté precisamente porque sabía que reaccio-narías así.

—Joder, ¿y cómo iba a reaccionar, sino?

Se pasó una mano por el pelo, visiblemente alterado.

—No lo sé, pensé que. .

—¿Has estado junto al asesino de mi hermana y no me lo has dicho? —El tono de decepción en su voz fue como una estocada directa a mi corazón.

—¿Qué iba a ganar diciéndotelo?

—¡Mi confianza, maldita sea! —Cada palabra suya luchaba por salir entre sus dientes apretados.

244

El silencio que vino después estaba cargado de tensión.

La rabia en sus ojos comenzó a disiparse, y su rostro se suavizó un poco. Aproveché la ocasión para ponerme en pie y acercarme a él.

—Fue él quien se escapó, no Matthew —dije finalmente—.

Sabes lo que significa eso, ¿no?

—¿Que debemos preocuparnos?

—Que está aquí —corregí—, en este hospital. Así que existe una posibilidad de que haya sido él el responsable de las muertes de este hospital. Pero creo que lo tienen retenido en alguna otra parte. Solo hay que encontrarlo.

Seguía con la mirada clavada en el suelo, perdido en sus propios pensamientos. Tomé sus mejillas con ambas manos y lo obligué a mirarme.

—Averiguaremos si fue él, te lo prometo.

—No me preocupa mi hermana, ella ya ni siquiera está en este mundo. Pero, tú. . —Negó con la cabeza—. Si te hubiese pasado algo, no lo habría soportado.

Su voz estaba cargada de preocupación. Pude ver en sus ojos el miedo de perder a alguien más importante en su vida.

—Estoy bien, ¿vale? Bueno, tengo un poco de hambre, pe-ro por lo demás estoy estupendamente —respondí en un intento de aligerar la tensión en el ambiente, logrando arran-carle una pequeña sonrisa.

—Lo he imaginado.

Metió las manos en el bolsillo de su sudadera y sacó una manzana. La tomé con una pequeña sonrisa de agradecimiento y le pegué un mordisco.

** * **

245

El patio interno del hospital era como un pequeño oasis de serenidad en medio del caos que reinaba en ese lugar. Me preguntaba por qué no había ido antes.

Un árbol majestuoso se alzaba en el centro, proporcionando una sombra reconfortante. Había bancos de piedra que rodeaban un pequeño estanque, donde el suave murmullo del agua era lo único que se escuchaba.

Beth, Lexi y yo estábamos sentadas en uno de esos bancos charlando sobre trivialidades. La tarde se desplegaba an-te nosotras con un cielo salpicado de tonos anaranjados y rosados, mientras las últimas luces del día se filtraban entre los edificios circundantes.

—Al final anoche no hicimos nada —protestó Beth.

Lexi y yo entrelazamos miradas por un breve instante.

—Creo que un poco de tranquilidad no nos vendría mal

—murmuré.

—Nuestros días ya se resumen en esa palabra. Deberíamos saltarnos las reglas por una noche.

—¿Por una noche? —repetí, incrédula—. Hemos estado rompiendo las reglas desde que llegamos aquí.

—¿Ah, sí? —Lexi arqueó una ceja acusadora, obligándome a apartar la mirada con cierta vergüenza. Puede que hubiese hecho cosas que no entraban en el plan—. ¿Alguna idea que tengas en mente, Beth?

La sonrisa que se dibujó en su rostro reveló que tenía una, y conociéndola seguro que una bastante mala.

—Robar una botella de alcohol en la bodega y emborracharnos.

Y ahí estaba la pésima idea.

El silencio reinó entre nosotras. Beth paseó la mirada entre las dos.

—¿Qué? No es mala idea.

—Es una idea malísima —aseguré.

—Para ser honesta, a mí sí que me apetece emborracharme —opinó Lexi.

La fulminé con la mirada por llevarme la contraria.

—¡Sabía que Maya era de las mías! —exclamó Beth, dándole un ligero empujón con el hombro.

—¿En serio estamos considerando esto? —pregunté.

Lexi asintió con una expresión traviesa.

—Sí, ¿por qué no? No es como si tuviéramos muchas opciones emocionantes por aquí.

—Vamos, Clarke. Anímate —agregó Beth, poniendo ojos de cachorrillo, como si así pudiese convencerme.

Lo consideré un momento. La bodega se encontraba en la última planta. Quizás esta noche podría ser la oportunidad perfecta para explorar más a fondo esos sótanos de los que todos hablaban.

—Está bien.

—¡Sí! —festejó Beth, extendiendo los brazos hacia arriba—.

¡Esta noche promete!

* * *

—Menuda locura —dijo Lexi, observando el interior de la bodega asombrada—. Y yo que pensaba que no habría suficiente alcohol para escoger.

Beth se acercó a una estantería y cogió una botella de vi-no, sosteniéndola con esa sonrisa que aparecía cada vez que cometía alguna travesura.

—¿Qué tal un Merlot de la añada del 95? —inquirió, mos-247

trando la etiqueta.

—Es perfecto para la ocasión. —Lexi sonrió.

Nos acomodamos en el suelo y comenzamos a pasarnos la botella entre nosotras para darle un sorbo, aunque moderaba los míos ya que debía tener mis sentidos nítidos esa noche.

—¡Juguemos a un juego para conocernos mejor! —propuso Beth—. ¿Qué tal una ronda de verdad o reto hecho a mi manera?

—¿A tu manera? —repetí, alzando una ceja—. Miedo me da.

—Es simple. Solo se hacen preguntas y por cada respuesta que creamos que no es cierta, la persona bebe.

—¿Y qué sentido tiene que se llame reto? —Lexi frunció el ceño.

Beth se encogió de hombros.

—Ninguno. ¿Quién quiere empezar?

—Yo misma —se animó Lexi.

Beth no tardó ni tres segundos en lanzar la pregunta:

—¿Te gustan las mujeres?

—Qué discreta —murmuré, volteando los ojos.

Lexi soltó una risita divertida antes de contestar.

—Me temo que no.

—Pues bebe, porque no me lo creo.

—¿No te lo crees o no quieres creerlo? —La miré con aire burlón.

—¡No es eso! —Beth se ruborizó visiblemente—. Es que nadie puede estar tan seguro si no lo han probado nunca.

—¿Estás insinuando algo, pelinegra? —Lexi alzó una ceja de manera divertida.

La pobre Beth ya parecía un tomate de lo roja que estaba.

—¡¿Qué?! ¡N-no!

Era la primera vez que la veía tartamudear.

—Clarke, te toca —dijo Beth, intentando recobrar la compostura.

—No me vas a preguntar a mi también si me gustan las mujeres, ¿no?

—Oh, cállate.

Lexi y yo comenzamos a reírnos.

—Bueno, ¿lista para tu pregunta? —inquirió Beth.

—Dispara —dije con una mirada desafiante.

—¿Te has acostado ya con Adler?

—De todas las preguntas que podías hacerme, ¿solo se te ocurre esa?

—Siento curiosidad. Y no solo yo, el otro día Nils me preguntó si tú y Adler estabais enrollados.

—¿Nils? ¿Y ese quién es? —preguntó Lexi.

—Otro de sus pretendientes —contestó Beth, encogiéndose de hombros.

—Pues no, no nos hemos acostado. Ya puedes ir corriendo a Nils a decírselo.

Seguimos haciendo preguntas, algunas más incómodas que otras, mientras le dábamos tragos a la botella y nos reíamos por las reacciones de todas, en especial las de Beth.

Nunca imaginé que sería tan divertido incomodar a una persona tan segura como ella.

Una hora más tarde, Beth estaba en una esquina devolviendo al mundo la mitad de la botella de vino que se había tomado. Lexi le sujetaba el pelo con una mueca de desagrado, aunque no es que estuviese mejor que ella. Supongo que no tuvieron en cuenta lo mucho que podía llegar a emborrachar un buen vino.

249

Yo, por el contrario, me encontraba bien. Sentía una agradable sensación de relajación, como si mis músculos estuviesen sueltos. Incluso un poco desinhibida, tal vez. Pero no al nivel de ir completamente ebria.

Estaba apoyada en una de las paredes de la entrada de la bodega, esperando a que Beth se encontrara mejor para marcharnos. Volteé la cabeza cuando una luz de una de las paredes comenzó a parpadear de una forma tan sutil que me hizo devolver la mirada al frente, soltar un suspiro, y seguir esperando con paciencia.

En otras circunstancias hubiese creído que era una simple luz en mal estado debido a la antigüedad de ese lugar. Sin embargo, cuando mi mente atribuyó ese fenómeno a los extraños sucesos que habían ocurrido en ese hospital, me obligué a girarme de nuevo y prestarle atención.

Fue justo entonces cuando la luz dejó de parpadear, y otra luz cercana se dispuso a hacerlo. Ya había presenciado e-se acontecimiento antes, y extrañamente me condujo hacia Nolan. Tal vez, si lo hacía ahora. .

Me giré hacia Beth y Lexi antes de considerar la opción.

No creí que notaran mi ausencia por unos minutos, así que sin decirles nada me despegué de la pared y me adentré en el pasillo de

las luces parpadeantes.

Seguía sin encontrarle una explicación lógica, pero estaba empezando a creer que alguien manipulaba las luces desde el panel de control o algo así —si es que eso era posible, claro—. Pero estaba convencida de que eso no era un fallo eléc-trico, incluso muchos guardias ya se habían dado cuenta de ello.

Algo extraño ocurría aquí.

Mis pasos resonaban en el pasillo mientras mantenía mi atención ante cualquier cambio en las luces. Justo cuando 250

estuve a punto de tomar un nuevo camino, las luces se apa-garon de golpe, dejándome en la oscuridad total.

Todos mis sentidos se pusieron en alerta cuando escuché unos pasos acercarse. Fue tan repentino que no me dio tiempo a esconderme, pero no hizo falta ya que mi pasillo era el único que estaba sumido en la penumbra, por lo que cuando un grupo de personas pasó por delante de mí no me vieron.

Ese día la suerte estaba de mi lado.

Pero esas personas no parecían guardias, y eso me resultó extraño. Todos iban vestidos con batas blancas. Hablaban en un tono apresurado, así que no pude entender las palabras exactas que estaban diciendo.

Tuve que cubrirme la boca con una mano cuando dos personas más aparecieron detrás de ese grupo transportando en un carro camilla lo que parecía ser un cuerpo cubierto por una tela blanca. Y la manera en que lo hacían sugería que estaban acostumbrados a esta tarea.

—. . y hay que asegurarse de que los protocolos de seguridad son suficientes —escuché que decía uno de ellos.

—Sí, no podemos permitirnos otro incidente como el del mes pasado —contestó otro hombre.

Fue todo lo que alcancé a oír antes de que desapareciera por otro pasillo.

Comencé a retroceder lentamente. Mi vista se desenfocó por un segundo, y sentí que mi corazón latía con fuerza. Me pregunté qué demonios estarían transportando en esa camilla. Porque eso no podía ser un cuerpo humano, me negaba a creer eso. Es decir, ¿qué sentido tendría?

De pronto tuve mucha prisa por ir a las demás y advertirles de lo que acababa de ver. Sin perder más tiempo, di media vuelta y comencé a correr sin mirar atrás, tratando de alejarme de lo que sea que estuviera ocurriendo en las pare-251

des de ese sótano.

Por poco choqué contra dos personas cuando doblé una esquina a toda velocidad.

—¡Clarke! —pronunció Beth. Tenía mejor estado que antes—. ¡Te estábamos buscando! ¿A dónde. .?

—Hay que largarse de aquí —la interrumpí con la respiración jadeante—. Ya.

Beth y Lexi voltearon para mirarse a la vez, pero no les dio tiempo a formular cualquier pregunta que se estuviesen haciendo porque un sonido inconfundible resonó en el pasillo.

Eran pasos pesados y decididos.

Y se estaban acercando hacia nosotras.

La expresión de confusión en sus rostros se transformó en una de alarma y preocupación. Eso fue motivo suficiente para que las tres echáramos a correr. Tuve que tomar la delantera ya que los pasos de las demás eran algo torpes por el alcohol.

Corrimos a través de pasillos oscuros y giros confusos, buscando desesperadamente la salida. La adrenalina bombeaba en nuestras venas mientras nos esforzábamos por mantener el ritmo.

Cuando al fin encontramos las escaleras, subimos los escalones de dos en dos, jadeando y sin mirar atrás. Una vez llegamos a la primera planta, nos permitimos recobrar el aliento.

—¿Nos vas a decir. . a dónde demonios. . has ido? —inquirió Lexi, intentando recuperar el control de su respiración entrecortada.

Pero no le contesté, porque mi atención se desvió hacia la única persona que había al final del pasillo. Estaba paseándose de un lado a otro, vigilando el pasillo con aire aborrecido.

No parecía haberse dado cuenta de nuestra presencia.

252

Mis piernas, guiadas por la furia y la adrenalina del momento, se dirigieron automáticamente hacia esa persona.

—¿Y ahora a dónde va? —escuché que preguntaba Beth en voz alta.

Mike se giró en cuanto la escuchó, y fue en ese instante cuando me vio venir. Y por su rostro, sabía que iba directa hacia él. Me miró con los ojos muy abiertos, repasándome con la mirada de arriba a abajo cuando me planté justo delante de él.

—¿Qué viste esa noche?

—¿Q-qué. .?

Su respuesta titubeante no hizo más que aumentar mi irritación.

—¡Contesta!

—Deberías volver a tu habitación.

—Y tú deberías contestarme si no quieres que te meta en un buen lío.

—No sé de qué estás hablando —respondió Mike, con gotas de sudor en la frente.

Lexi apareció a mi lado, tratando de poner fin a la situación.

—Tal vez deberíamos calmarnos un poco.

Pero no le hice caso.

—Si no hablas, lo descubriré de alguna manera. Y si estás involucrado, ya puedes ir preparándote para las consecuencias.

Mike tragó saliva, nervioso. Pareció debatirse en si hablar o no.

—Eran un grupo de personas —dijo finalmente—. Iban todos vestidos de blanco.

—¿Y sabes quiénes eran esas personas?

—No, solo sé que no eran del personal médico autorizado.

No reconocí a ninguno de ellos.

Estaba convencida de que tenía más cosas que decir, pero vi el momento exacto en el que palideció cuando sus ojos se posaron hacia algo detrás de mí.

—Bonita charla. —La voz de la directora sonó desde lo más profundo del pasillo.

Lexi y yo nos miramos brevemente antes de girarnos.

Beth la miraba desde su lugar con un profundo odio en sus ojos.

Su porte alto y firme denotaba una mujer acostumbrada a liderar. Mantenía ese aspecto impoluto, con su pelo rubio cenizo en un recogido moderno que no dejaba espacio para un solo cabello fuera de lugar.

Sus ojos eran agudos, penetrantes, y su expresión, aunque serena, transmitía una firme determinación. No había rastro de indulgencia en su mirada, solo la expectativa de que las cosas se hicieran a su manera. Tan solo con mirarla sentías la necesidad de seguir sus instrucciones sin cuestionarlas.

—¿Puedo unirme yo también? —preguntó con un claro to-no sarcástico.

—Claro. —Sonreí de oreja a oreja, a pesar de ser lo último que me apetecía hacer—. De hecho, esta conversación no tendría sentido sin usted.

—Me alegro de haber aparecido, entonces.

Di unos pasos para acortar la distancia entre nosotras.

—Estábamos hablando de los sótanos de este hospital.

¿Ha ido alguna vez?

Noté que su expresión dejaba entrever un destello de tensión, aunque fue apenas un instante antes de volver a colocarse su máscara.

—Hace tiempo que nadie se pasa por ahí.

—Es curioso, porque corren rumores de que se ha visto a personas deambular por ahí.

Desvió la mirada hacia el guardia que tenía al lado, haciendo que él se tensara de pies a cabeza, antes de volver a centrarse en mí.

—Como bien dices, son rumores.

Asentí, sin borrar esa sonrisa.

—Pero ya sabe lo que dicen, ¿no? Siempre hay algo de verdad en ellos, algún hecho que los origina.

La expresión de la directora se volvió aún más cautelosa, pero mantuvo su compostura.

—No me gusta perder el tiempo con habladurías sin fundamentos. Deberíais iros a vuestra habitación, ya es tarde.

Nos dio la espalda y sus tacones comenzaron a resonar por el piso cuando empezó a alejarse.

—¿A dónde tenéis metido a Nolan Jenkins?

Se detuvo en seco. La pregunta quedó flotando en el aire.

Su giro lento para enfrentarme expresaba que mis palabras habían tocado un nervio sensible.

—Porque está en este hospital, ¿cierto? —añadí—. ¿O eso también son habladurías sin fundamentos?

—No os lo repetiré. Id a vuestra habitación y dejad que nos ocupemos de los asuntos de. .

—¿Su familia sabe que no está en el ala de cuidados intensivos, donde debe estar?

Incluso desde esa distancia pude ver cómo apretaba los dientes con fuerza.

—Me vi en la obligación de retenerlo en otro lugar para garantizar la seguridad de los pacientes y del personal —admitió finalmente.

255

Y ahí estaba la verdad que quería escuchar. Mi teoría era cierta, y acababa de descubrirlo.

—Eso no puede ser legal. No podéis simplemente retener a alguien sin notificar a su familia o sin su consentimiento.

—Nolan no tiene familia —afirmó con frialdad—. Y tenemos su consentimiento, nadie ha obligado a nadie.

—De ser así, ¿por qué querría escaparse?

Beth palideció. Supongo que acababa de enterarse de que no fue Matthew quien se escapó esa noche.

—¿Está defendiendo a un asesino? —Enarcó una ceja.

—Debería ser usted quien hiciese tal cosa, no yo. No lo olvide, Nolan sigue siendo uno de sus pacientes. Y tiene derecho a ser tratado como tal.

La directora me miró con dureza, pero no pudo refutar la verdad en mis palabras.

—Su situación es delicada, pero velamos por su bienestar de la mejor manera posible. Créeme, es mejor para él estar aislado de la sociedad.

—Y no digo lo contrario. Pero, ¿de verdad cree que es ético aislarlo también del hospital?

—Hay situaciones que requieren medidas excepcionales.

Eso fue lo último que dijo antes de dar media vuelta y desaparecer por el pasillo, dando por finalizada la conversación.

** * **

—Hay que volver allí —insistí, levantando la mirada del plato.

Beth y Lexi dejaron de comer, posando sus ojos en mí co-mo si hubiera dicho algo absurdo.

—¿Estás demente o simplemente la cena de hoy no te está sentando bien? —cuestionó Beth.

—Vosotras no visteis lo mismo que yo. Estaban transportando un maldito cuerpo sin vida. ¿No entendéis la gravedad del asunto o qué?

Mis palabras colmaron la tranquilidad que había reinado en la mesa minutos atrás, pero llevaba rato dándole vueltas al asunto. Mi mirada se dirigió hacia ambas, pero la mantuve unos segundos más en Lexi.

—¿Llegaste a ver el cuerpo? —preguntó esta última.

—No, pero. .

—Entonces no deberías sacar conclusiones precipitadas.

Mi trabajo me obligaba siempre a ponerme en lo peor, ser precavida y considerar todas las posibilidades, a cuestionarme absolutamente todo lo que ocurría a mi alrededor para que no se me escapara

ningún detalle. Y Lexi era consciente de ello, por eso me miraba como si pusiera en duda mi veracidad.

Genial, creía que estaba exagerando.

—Escuchad, no soy la única que lo ha visto, ¿vale? Mike, el guardia de seguridad con el que he hablado esta madrugada, vio exactamente lo mismo que yo.

Pero eso no fue suficiente para que me creyeran, pues compartieron una mirada dubitativa entre ellas.

—Gracias por vuestra comprensión —susurré con un deje de ironía, poniéndome en pie.

—Clarke, espera. . —dijo Lexi.

Pasé por el lado de Adler, quien acababa de aparecer con su bandeja, y salí del comedor con determinación. Que Beth no me creyera podía entenderlo, pero. . ¿Lexi? Representaba que estaba ahí para ayudarme, no para poner en duda todo 257

lo que decía.

No sabía que Adler me había estado siguiendo hasta que me alcanzó, agarrando una de mis muñecas con suavidad pe-ro ejerciendo la suficiente fuerza para detenerme.

—Ey, ¿qué ocurre?

Respiré hondo, intentando calmar mi frustración.

—Nada, solo que cuesta mantener la cordura cuando incluso tus propios amigos creen que estás loca.

Sus cejas se hundieron ligeramente.

—Yo no pienso que estés loca.

—¿Incluso si te digo que esta noche en los sótanos he visto cómo transportaban un cuerpo sin vida?

De pronto, su expresión se contrajo, mostrando una clara y repentina preocupación.

—¿Has ido a los sótanos?

—Fue idea de Beth. Quiso ir a la bodega para emborracharse.

—¿Y dices que allí viste un cuerpo sin vida?

De pronto, quise contárselo todo.

—Sí. Estaba esperando a que Beth se recuperara, ya que la muy irresponsable se bebió casi media botella de vino. Entonces fue cuando vi unas luces que parpadeaban en el techo y yo las seguí como una estúpida. Después de eso fue cuando. .

—¿Unas luces parpadeantes? —me interrumpió con el ce-ño fruncido.

—Sí, sé que es una locura. Pero te aseguro que es. .

—Yo también las he visto.

Un momento. ¿Qué?

—¿En serio?

Asintió con la cabeza.

—Aquella noche en la que Marlon te acosó en las duchas, no te habría encontrado si no fuera por las luces. Todos los paneles del tejado del pasillo que conducían a las duchas comenzaron a

parpadear, siguiendo un recorrido. Se que suena descabellado, pero era como si de alguna forma me estuviesen guiando. . hacia ti.

Me quedé unos segundos en silencio, procesando lo que acababa de decir. Y nunca tuve tan claro algo.

No era casualidad que hubiesen elaborado un recorrido para que el guardia encontrara el cadáver de la joven que se suicidó. Tampoco lo fue que, justo cuando necesitaba ayuda, reaccionaran para llamar la atención de Adler, quien casualmente debería pasar por ahí en ese momento. Ni cuando me llevaron hasta la habitación donde se hallaba escondido Nolan Jenkins.

Y, por supuesto, tampoco lo fue cuando parpadearon mientras inspeccionaba el sótano, y que se apagaran de golpe justo cuando estaba a punto de ser descubierta.

Cuando las luces parpadeaban, servían de apoyo. Pero cuando se apagaban, también.

—Alguien manipula las luces desde algún lado, y sea quien sea nos está ayudando.

Él pareció pensar lo mismo, porque no me contradijo. O

tal vez le daba miedo hacerlo después de haber visto cómo había reaccionado con Beth y Lexi.

—Esta noche volverás a los sótanos —ordenó con determinación, haciendo que lo mirara con extrañeza—. Pero esta vez conmigo.

* * *

259

La lámpara de la habitación de Lexi proyectaba el plano del hospital, desplegado sobre su cama, revelando con detalle la complejidad del edificio. Adler lo había robado cuando se co-ló en el despacho de la

directora pensando que algún día le sería de gran ayuda, y nunca imaginó que ese momento sería hoy.

—Aquí está la bodega —señalé una sección específica del plano, y después deslicé el dedo unos centímetros más—. Y

aquí fue donde vi a esas personas.

Adler, Beth y Lexi se inclinaron sobre el plano, examinando detenidamente las áreas señaladas.

—¿Y hacia dónde se dirigían? —preguntó Adler—. En ese área solo hay pasillos, pero el plano no muestra ninguna puerta ni ningún lugar al que pudiesen ir.

—Eso es lo que hay que averiguar, por si no te habías dado cuenta. —Beth rodó los ojos.

—Ni siquiera sé qué haces aquí si sigues sin creer a Clarke

—masculló él.

—Sí que la creo, ¿vale? —contestó, levantando la barbilla con determinación—. Pero me cuesta hacerlo.

—Pues yo lo hice desde el principio.

—Claro, porque para ti todo lo que diga ella es sagrado.

—Eso no es. .

—¡Ya basta! —exclamé, irritada—. Así no puedo concentrarme.

Adler se cruzó de brazos, enfurruñado. Beth, por su parte, se limitó a hacerle una peineta.

—Tenían que dirigirse hacia alguna parte —murmuré pensativa, mientras analizaba el plano.

Lexi, que hasta ahora se había mantenido en silencio, dijo:

—¿Y si no está aquí?

260

—¿Eh?

—El lugar al que se dirigían —aclaró—. ¿Y si no está en es-te plano porque quieren ocultarlo?

—Eso sería ilegal. —Beth frunció el ceño.

—¿Y no lo es tener retenido a Nolan en otro lugar? —Alzó una ceja —. ¿O que solo haya tres comidas al día? Vamos, este lugar tiene el nombre ilegal puesto en el cartel de entrada.

Tras esa posibilidad que no había considerado hasta ahora, el sueño que tuve ayer se desplegó frente a mí, recordando las palabras exactas que me dijo Nolan:

—No tengo mucho tiempo. Tienes que ir a la última planta de este edificio.

—¿En los sótanos?

—No. En la última planta, Jules. En el corazón de este hospital.

Sé que era un sueño, pero por extraño que sonara, tenía sentido.

—Maya tiene razón —dije.

—Yo siempre la tengo.

Una sonrisa se dibujó en mis labios al recordar que siempre me contestaba eso cada vez que se lo decía. Cuando le contaba mis problemas y lograba mencionar una solución que no se me había

ocurrido, cuando me ayudaba a investigar mis casos y sabía detectar algo que yo pasaba por alto. .

Ella pareció evocar esos recuerdos, porque me devolvió la sonrisa.

—Bien, ¿y qué hacemos ahora? —preguntó Beth, haciendo que volviéramos a poner los pies en la Tierra.

—Ya hemos comprobado en más de una ocasión que po-261

demos acceder a la bodega sin ser detectados, lo que nos llevará a esos pasillos —contesté, mirándonos unos a otros—.

Si este hospital oculta algo, lo averiguaremos esta noche.

Salimos de la habitación y nos dirigimos cautelosamente hacia las escaleras que nos conducirían a la bodega.

Sin embargo, apenas doblamos una esquina, tuvimos que retroceder para ocultarnos detrás de la pared.

Había dos guardias escoltando la entrada de las escaleras.

—Estupendo —murmuró Beth.

—¿Hay alguna otra manera de acceder a los sótanos?

—preguntó Lexi.

—Sí, la hay. —Alcé la mirada hacia el techo—. Hay que buscar un conducto de ventilación.

Recorrimos varios pasillos hasta encontrar una rejilla. Adler se ofreció a subirme en sus hombros para poder alcanzarla. Nos aseguramos de que no hubiese ningún guardia ni algún paciente deambulando por ahí antes de hacerlo.

Mis manos temblaban ligeramente mientras desenroscaba el último clavo que faltaba. Una vez quitada, se la di a Lexi para que la dejara en el suelo.

Hice todos mis esfuerzos para impulsarme hacia arriba.

Los demás hicieron lo mismo, entrando uno tras otro en el estrecho espacio. Adler fue el último en subir, ya que no necesitaba la ayuda de nadie.

La oscuridad del conducto se cerró a nuestro alrededor mientras avanzábamos. Cada movimiento y susurro resonaban de manera amplificada. Avanzamos con precaución, sorteando giros y bifurcaciones.

Mis pensamientos iban y venían entre la incertidumbre y la adrenalina que corría por mis venas. No sabía con qué nos íbamos a encontrar esa noche, pero de lo que sí que era muy consciente era que, si nos pillaban, estábamos jodidos.

262

Nos detuvimos enfrente de una obertura que había en u-no de los extremos del conducto, por donde provenían voces lejanas. Al ser amplia, nos permitió a todos observar el área desde las alturas.

Unos cuantos metros más abajo, justo debajo de nosotros, había un grupo de guardias armados, cargando lo que parecía ser un arma bastante pesada. No supe identificar cuál e-ra, jamás la había visto. Pero estaba bastante segura de que eso lanzaba balas a más de cincuenta metros de distancia.

—Deberíamos seguir por aquí —sugirió Lexi, sin apartar la mirada del grupo de guardias que se paseaban por los pasillos—. No es seguro ir a pie.

Asentí, dándole la razón. Me daba la impresión de que había mucha más seguridad desde que tuve esa conversación con la directora.

Seguimos gateando por el conducto, intentando que nuestros movimientos no nos revelaran. Llegamos a un co-rredizo donde teníamos que pasar por encima de una rejilla que parecía bastante inestable. Me asomé por encima del hombro para advertirles de eso.

—Cuidado, no creo que aguante el peso de tod. .

Un grito reconocido detrás de mí hizo que girara la cabeza, alarmada. La rejilla había cedido justo cuando Beth estaba pasando por encima de ella, haciendo que se desplomara con un estruendo metálico.

—¡Beth! —la llamé, con la garganta crispada por el pánico.

Me asomé por la apertura.

—Estoy bien —aseguró, algo aturdida.

El alivio inundó todo mi ser, cerrando los ojos un momento.

Eran unos tres metros de caída, por lo que si caías bien podías salir ileso. Pero por la forma en la que se estaba aga-263

rrando el tobillo me hizo pensar que no había sido tan afortunada.

Antes de que pudiera preguntárselo de nuevo, escuché otro ruido, pero esta vez provenía de la distancia. Era el sonido de pasos apresurados, pasos de guardias de seguridad. El impacto de la rejilla contra el suelo debía haber atraído su atención.

—¿Puedes levantarte? —le pregunté con algo de urgencia.

Si no lo hacía ya, nos descubrirían.

Se impulsó hacia arriba con la ayuda de sus manos, pero al quedar de pie no pudo apoyar una de sus piernas.

—No creo que pueda seguir —murmuró con una mueca de dolor en su rostro.

Elevó la vista y no hizo falta que emitiera palabra alguna, pues pude descifrar lo que quería decir con tan solo su mirada. Quería que siguiéramos sin ella.

—No. —Negué con la cabeza—. No pienso dejarte aquí.

Me acosté boca abajo para estirar el brazo todo lo que pude.

—Dame la mano.

—Sabes que no puedo —lo dijo con una calma que me estaba empezando a desesperar.

Los guardias estaban muy cerca. Podía sentirlo.

—¡Tenemos que irnos de aquí! —gritó Adler.

—Dame. La. Mano. —repetí palabra por palabra.

—Además, os retrasaría.

—¡Dame la mano, Beth!

—Siempre te he creído, Clarke. Averigua qué está pasando en este lugar —dijo, mirándome fijamente con una sonrisa cálida. Era como si solo confiara en mí para que hiciese tal cosa.

264

El sonido de un disparo resonó en el aire, y no comprendí lo que estaba pasando hasta que vi el cuerpo de Beth desplo-marse hacia atrás.

La bala le había alcanzado a ella.

Sus ojos perdieron su brillo al instante. La vitalidad que alguna vez había habitado en ellos, se extinguió por completo en un parpadeo.

Un grito amenazó con escapar de mi garganta, pero apenas pude articular palabra. Fue como si mi cuerpo entero se congelara y no reaccionara.

No. No. No.

Beth, la primera persona que conocí en este hospital, no podía habernos abandonado. Simplemente me negaba a creerlo. Porque no se merecía morir así, no de esta manera. Y

pensar que nunca podría contarle quién era en realidad, el verdadero propósito por el que estaba aquí y lo que estaba sucediendo en este hospital, hacía que se me revolvieran las tripas.

Más disparos. Escuché más disparos. El caos reinaba en mi entorno. Y, sin embargo, seguía sin poder apartar la mirada del cuerpo inerte de Beth. Mi brazo todavía colgaba, como si inútilmente despertara y me agarrara la mano una vez más.

Pero eso no iba a suceder. Porque estaba muerta.

Noté que tiraban de mí hacia atrás, alejándome de esa persona a la que le había confiado tantas cosas, a la que le había prometido que no le dejaría sola.

Mi vista se nubló mientras los recuerdos salían a flote co-mo una marea que amenazaba con derribar todo a su paso.

La primera vez que nos conocimos y me sentí afortunada por tenerla como compañera de habitación. Las sonrisas que compartimos cuando comenzó a reírse de los guardias de 265

seguridad, llamándolos con apodos extraños que sólo ella era capaz de imaginar. La vez en que me encontró en los baños y, sin conocerme de nada, se ofreció a mostrarme el hospital. .

Todo agolpaba en mi mente en un sordo zumbido, que ya no sabía si lo estaban provocando el sonido de las balas o mi propia cabeza. El peso de la pérdida y la impotencia se instalaron en mi pecho, oprimiendo el aire que luchaba por llevar a mis pulmones.

Noté una sacudida de hombros.

—¡Clarke, hay que irse! ¡Ahora! —Era la voz de Adler, pero ni siquiera pude mirarlo.

—Beth está. . está. .

Sentí las lágrimas fluir por mis mejillas. Me temblaba el labio inferior.

Lexi emitió un grito cuando una de las balas por poco la alcanzó, perforando el conducto de ventilación e impactando en la pared que teníamos detrás.

—¡No podemos quedarnos aquí o nos matarán a todos!

—gritó, desesperado—. ¡Ya no hay nada que podamos hacer por ella!

Un impacto sordo reverberó a través del conducto y, de pronto, una nube de humo comenzó a envolver el lugar.

Fue como si mis sentidos despertaran de un letargo mo-mentáneo.

Sentí que mis manos se aferraban con fuerza a las paredes del conducto mientras me obligaba a avanzar. Mi cuerpo se movía de forma automática, pues mi mente seguía allí con Beth. La promesa de no dejarla sola resonaba en mi cabeza mientras la distancia entre nosotras aumentaba cada vez más.

La adrenalina corría por mi sangre mientras huíamos de 266

la densa nube de humo que se infiltraba en el conducto, en-volviéndonos en una cortina asfixiante. Nuestras respiraciones entrecortadas se mezclaban con el sonido atronador y metálico de las balas impactando contra el conducto, que temblaban bajo el constante martilleo de los proyectiles.

Tosíamos violentamente, luchando por respirar en ese espacio claustrofóbico y sofocante, pero aún así seguimos mo-viéndonos.

—¡Allí! —Lexi señaló una rejilla que pareció ser nuestra vía de escape más próxima.

Adler, quien había estado liderando el camino, comenzó a patalear la rejilla con la esperanza de abrir un camino hacia la libertad.

Me asomé por encima de mi hombro. La nube cada vez estaba más cerca, y por la forma en que mis músculos se estaban empezando a debilitar supe que no era humo para difi-cultarnos la visibilidad, sino un agente calmante para ador-mecernos.

La sensación de entumecimiento ya se estaba extendiendo por todo mi cuerpo, y estaba convencida que en el de los demás también. Una corriente de angustia se apoderó de mí.

Me sobresalté al escuchar el crujido metálico. La rejilla había cedido.

Adler fue el primero en bajar de un salto. Extendió una mano para ayudar a bajar a Lexi, y luego se volvió hacia mí con los ojos llenos de urgencia. Sin perder más tiempo, me agaché para pasar por la abertura. Justo cuando me disponía a bajar tomó mi cintura al vuelo con ambas manos, dejándome en el suelo con suavidad.

Ya estábamos lejos del peligro.

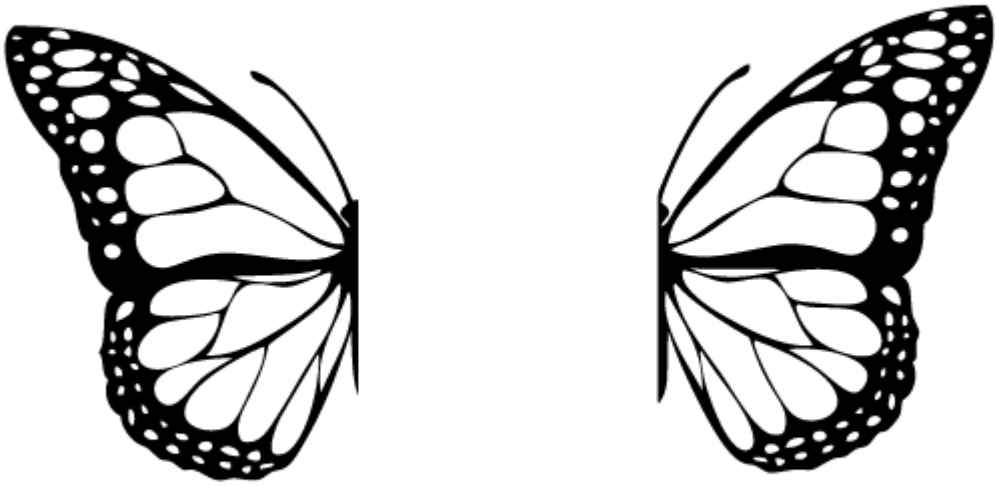
Comencé a toser, llevándome una mano al pecho, buscando desesperadamente oxígeno. Adler me colocó una mano 267

en la espalda, trazando suaves círculos en ella.

—¿Qué demonios es este sitio? —escuché que preguntaba Lexi.

Alcé la mirada lentamente y mis ojos se abrieron con asombro. Fue en ese mismo instante cuando comprendí que no estábamos lejos del peligro, sino más cerca que nunca.

268



Recuerdo que había un cuento que mi padre siempre me leía cuando era pequeña. Iba sobre una chica que caía en una madriguera de un conejo y se encontraba en un mundo extraño y fantástico lleno de personajes peculiares y situaciones surrealistas. En ese instante me sentía como la protagonista de ese cuento.

Era como si, al cruzar esa abertura, accedieras a otra di-mensión. Incluso llegué a dudar si seguíamos en el hospital psiquiátrico, pues nada de ese lugar parecía pertenecer ahí.

Experimenté una sensación similar cuando entré por primera vez a la sala de visitas.

Las paredes, de un impoluto blanco casi deslumbrante, junto a las luces fluorescentes, daban paso a una estética más futurista. A pesar de encontrarnos en un hospital bastante antiguo y negligente, ese sitio parecía haber sido reformado recientemente. Fuese lo que fuese ese lugar, no debería estar aquí.

«Beth»

269

Una oleada de pánico me invadió de nuevo al pensar en ella. Mi vista se nubló por las lágrimas que amenazaban con volver a salir.

—La he abandonado —dije en apenas un susurro.

Ambos se giraron hacia mí.

—Clarke. . —empezó a decir Adler.

—Joder, la he dejado sola. ¿Cómo. .? ¿Cómo he sido capaz?

La angustia se apoderó de mí, haciendo que mi voz temblara.

—No podíamos hacer nada —murmuró Lexi, incapaz de sostenerme la mirada.

Negué con la cabeza, mordiéndome el labio inferior.

—Si hubiésemos bajado, tal vez. .

—En ese caso, nos hubieran matado a todos —afirmó Adler.

—¡O tal vez no! —grité, la desesperación brotando en mis palabras —. ¡Tal vez ahora ella seguiría aquí con nosotros!

¡Hemos sido unos cobardes! ¡Hemos. .! ¡Hemos. .!

Necesitaba expresar el dolor y la frustración que sentía, aunque las palabras parecieran insuficientes para aliviar la carga de responsabilidad que pesaba sobre mí.

Lexi me envolvió en sus brazos, dejando que sollozara sobre su hombro. El llanto liberador se convirtió en la única vía para expresar la profunda tristeza y el desgarrador remordimiento que me embargaban.

—Hay que seguir, Clarke. —Hizo hincapié en el nombre, como si tratara de recordarme por qué no usaba mi verdadero nombre.

Estaba aquí por un propósito.

Me sequé las lágrimas con las palmas de mis manos y asentí, tragando saliva con fuerza.

270

El lugar se bifurcaba en varias direcciones, por lo que ele-gimos uno de los caminos, sin estar seguros de hacia dónde nos dirigíamos. No supe ni de dónde estaba sacando la energía para andar. A pesar de la tormenta emocional que me envolvía, seguí adelante con Adler y Lexi a mi lado. Ellos eran el único pilar que me sostenía en ese momento.

Detuvimos nuestros pasos al percatarnos de que habíamos estado a punto de adentrarnos en un pasillo repleto de cristaleras, a través de las cuales podíamos ver figuras humanas en su interior. Nos asomamos cautelosamente y reconocí al grupo de personas con batas blancas que ya había visto en los pasillos del sótano.

—Fueron ellos —aseveré en voz baja.

—¿A los hombres que viste? —preguntó Lexi en el mismo tono.

Asentí.

—¿Eso es un laboratorio? —Adler frunció el ceño.

Los tres entrelazamos miradas, porque eso era justamente lo que parecía.

Había varios equipos tecnológicos avanzados dispersos por la zona, algunos emitiendo zumbidos suaves y otros mostrando pantallas brillantes llenas de información que no podíamos entender.

Me fijé en que estaban manipulando una sustancia líquida amarillenta con un aire de concentración y seriedad. Todo estaba sumido en un silencio inquietante, interrumpido por el destello metálico de los instrumentos.

De pronto, la puerta que había al otro extremo del pasillo se abrió de golpe. Y, en menos de un segundo, ya había más de seis guardias armados dirigiéndose hacia nosotros.

—¡Corred! —gritó Adler.

Salimos disparados hacia la dirección opuesta. El aire sil-271

baba a nuestro alrededor, y el pulso acelerado marcaba el compás frenético de nuestra huida. Giramos en una intersección, tomando decisiones instintivas sin tiempo para pre-meditarlas.

Sin embargo, mis pasos se ralentizaron hasta detenerse por completo cuando noté ese característico pinchazo en la cabeza. Cerré los ojos con fuerza, intentando aminorar el dolor, pero era insoportable.

Adler y Lexi, al percatarse de que había dejado de correr, se detuvieron a unos cuantos metros.

—¡Clarke, vamos! —escuché que gritaban.

La punzada aguda se intensificaba, como si un rayo de dolor recorriera mi cabeza. Me apoyé contra la pared, luchando por mantenerme en pie mientras el malestar se apoderaba de mis sentidos.

Lexi se acercó a mí.

—Escúchame, Jules —comenzó a decir en voz baja para que Adler no lo escuchara—. Deja de culpabilizarte por lo que le ha ocurrido a Beth, tienes que. .

—¡No es eso! —grité, exasperada. Necesitaba hacer desaparecer ese dolor como fuera.

—¿Entonces, qué. .?

Mis rodillas fallaron, y en cuanto pensé que caería al suelo, Adler ya estaba a mi lado para evitarlo. Pasó mi brazo alrededor de sus hombros y me impulsó hacia arriba para que siguiéramos corriendo.

—¡Deteneos! —escuchamos a nuestras espaldas.

Los tres nos giramos y vimos a los guardias apuntándonos con esas armas. Comenzaron a dar órdenes, pero las voces me llegaban desde la distancia, como a través de un túnel.

El dolor en mi cabeza alcanzó su punto máximo, y mi 272

cuerpo se rindió.

** * **

Todavía me palpitaba la cabeza cuando desperté. La luz suave de la enfermería del hospital iluminaba la habitación, revelando las caras preocupadas de Lexi, Adler y Lily. Parecieron bastante aliviados al ver que había abierto los ojos.

—Hola, dormilona. —Lexi sonrió.

—¿Qué ha pasado?

Antes de que cualquiera de los tres pudiera responderme, la directora apareció en mi campo de visión, acompañada por un doctor. Su presencia siempre me imponía.

Con su mirada penetrante y su sonrisa pulida, se acercó al lado de mi cama y sentenció:

—Anoche resbalaste en las duchas y perdiste el conocimiento. Afortunadamente, una compañera te encontró y a-lertó al personal de seguridad. Te diste un buen golpe en la cabeza, pero por suerte no ha sido necesario ponerte puntos.

Llevé mi mano a la frente, donde noté algo rugoso. Me habían colocado una tirita sobre la herida, lo que no recordaba cómo me la había hecho.

Aunque sus palabras sonaban convincentes, mi mente se resistía a aceptar esa versión de los hechos.

Y, entonces, como un destello de luz que rompe la oscuridad de la noche, los recuerdos emergieron en mi mente, despejando la neblina que los envolvía.

Recordé ir por el conducto de ventilación.

Recordé el laboratorio.

Recordé escapar de los guardias.

273

Recordé a Beth.

—Eso no es cier. .

—Finge que no recuerdas nada.

Mis palabras quedaron atascadas en mi garganta al escuchar la voz de Nolan.

Giré mi cabeza, alertada, pero no estaba en esa habitación. Lo busqué desesperadamente con la mirada —aunque su voz hubiese sonado extrañamente cercana—, rezando pa-ra que estuviese en algún rincón de ese lugar y no fuera el hecho de que había perdido la poca cordura que me quedaba.

—No, no estoy aquí. Ahora hazlo.

Acababa de escucharlo otra vez. Acababa de hacerlo.

—¿Qué. .?

—Hazlo. Ahora.

Sentí el peso de todas las miradas sobre mí, expectantes, aguardando a que dijese algo.

—Oh, sí, es. . verdad. —Mi voz sonó débil, y la confusión aún nublaba mis pensamientos.

—Hazlo mejor. Mientes fatal.

Me aclaré la garganta, tratando de encontrar mis cuerdas vocales.

—Necesitaba un baño frío —añadí.

—¿Un baño frío? Estamos en invierno, cúrratelo un poco más.

—Déjame en paz —mascullé en voz alta.

Todos parpadearon confusos, tratando de comprender a quién le acababa de decir eso.

Lexi alzó las cejas de manera significativa, instándome a actuar con normalidad. Eso fue lo que me impulsó a seguir 274

con la mentira.

—Tendré más cuidado la próxima vez.

La directora asintió satisfecha con una sonrisa forzada, pero sus ojos parecían más inquietos de lo que su expresión mostraba.

—Bien, ahora descansa. Necesitas reposo.

Cuando la directora desapareció por la puerta junto a ese doctor, dirigí mi mirada hacia cada uno de ellos.

—¿Me podéis explicar qué demonios está pasando?

—Ya te lo ha contado la directora. —Adler frunció el ceño, como si no entendiera la pregunta.

—Lo que ha contado no es la verdad, y lo sabéis.

—No sigas.

Y ahí estaba otra vez la voz de Nolan.

—Nos enteramos horas más tarde de que estabas en la enfermería, y hemos venido a ver cómo te encontrabas

—explicó Lexi—. Nosotros no podemos decirte qué fue exactamente lo que pasó, ya que no fuimos nosotros quienes te encontramos en el baño. Pero confiamos en que fue un accidente.

—Sí, porque si Marlon tuvo algo que ver, está muerto —añadió Adler, muy seriamente.

—¿Quién es Marl. .?

—¡Dejad de mentir! —grité, perdiendo la paciencia y cortando a Lexi —. ¡Estabais conmigo cuando visteis ese lugar!

—Mierda, Jules.

—¿Qué lugar? —preguntó Adler.

—Creo que deberíamos dejarla descansar —sugirió Lily—.

Tiene una conmoción.

Me giré hacia Lily, muy indignada. Acababa de insinuar 275

que todo lo que decía era fruto de la conmoción producida por un golpe que ni siquiera se había llegado a producir.

Si la ira tuviese una representación gráfica, sería yo ahora mismo.

—¡Tú no viste lo que vimos nosotros, así que no estás en derecho de hablar!

—Clarke, deberías relajarte —me pidió Adler.

—¿Qué visteis? —preguntó Lily.

—No lo digas.

—¡No sé cómo explicarlo, pero solo sé que era real! ¡Nos encontrábamos en otro lugar, ni siquiera parecía que estuviéramos

en este hospital! ¡Había un laboratorio, y guardias armados, y. . estábamos huyendo de ellos! ¡¿Es que nadie recuerda nada?!

El rostro de todos reflejaba el más remoto desconcierto, y los conocía lo bastante como para saber que no estaban fingiendo. Realmente no sabían de qué estaba hablando. Pero. .

¿cómo era posible eso? ¿Cómo podía recordarlo yo y ellos no?

Existía la posibilidad de que hubiese sido una de esas pesadillas que tenía a menudo y que parecían tan reales.

Pero sólo había una manera de saberlo, una forma de averiguarlo.

—¿Dónde está Beth?

Los tres cruzaron miradas.

—Se ha ido esta mañana —contestó Adler—. Le han dado la baja.

—Quería despedirse de ti, pero seguías inconsciente —añadió Lexi.

Desvié la mirada hacia las sábanas que me cubrían, pero en realidad mi mente estaba mucho más lejos. Comencé a 276

dudar de la realidad de lo vivido.

¿Acaso todo lo que recordaba era fruto de una mente de-sorientada por la conmoción? ¿O habría sido una pesadilla que habría experimentado mientras descansaba en la camilla de esta enfermería?

Adler se acercó a mí.

—Lily tiene razón, debes descansar. Te iremos a ver mañana por la mañana.

Pero yo no podía dejar de cuestionarme mi propia cordura y la realidad de lo acontecido. ¿Había vivido una experiencia surrealista o mi mente se burlaba de mí con recuerdos falsos? Joder, hasta estaba empezando a escuchar a Nolan en mi mente.

Definitivamente la locura se había apoderado de mí.

* * *

Lo único reconfortante del día siguiente fue ver a una de mis personas favoritas.

—No sé cómo te lo haces, pero cada día tienes peor aspecto.

Bueno, discrepaba en lo de favorita.

—No sé si debería agradecerte o preocuparme de que se-as la única persona honesta aquí.

—La honestidad está infravalorada. —Landon se encogió de hombros —. ¿Cómo estás?

Solté un suspiro.

—He pasado la noche en enfermería.

Sus cejas se alzaron ligeramente.

—¿Esa tirita que tienes en la frente es el motivo?

—No es grave —aclaré—. Pero eso no es lo peor. Tengo recuerdos confusos, cosas que no cuadran. Ni siquiera distingo las pesadillas de la realidad. No estoy segura de si estoy volviéndome loca.

—¿Sigues teniendo pesadillas?

Oh, oh.

—Yo. .

—Me dijiste que dejaste de tenerlas hace años.

—Nunca he dejado de tenerlas —admití en voz baja.

Landon tensó la mandíbula y desvió la mirada.

—Joder. ¿Y son tan preocupantes como las que presencié ese día?

Hablaba de esa vez en la que me quedé a dormir en su ca-sa tras haber vuelto tarde de una búsqueda de una niña que desapareció en el bosque. Él decidió dormir en el sofá, así que cuando me escuchó gritar fue corriendo hacia su habitación.

Yo no lo recordaba del todo, pero me dijo que jamás había visto a alguien sufrir tanto por unas pesadillas. No sólo gritaba, sino que lloraba y me retorcía del dolor, un dolor que ni siquiera era real, sino que lo estaba generando mi propia mente.

—Sí —contesté con sinceridad.

Todo su cuerpo se enderezó al instante.

—¿Por qué no me lo has dicho antes?

—No quería preocuparte.

Exhaló aire.

—Hablaré con Foster. Tienes que volver con nosotros y dejar este caso.

Negué con la cabeza.

—Aunque sea una oferta bastante tentadora, sé que lo mejor que puedo hacer es seguir con esto.

Me miró con seriedad, pero también con preocupación.

—Tú misma lo has dicho. Te estás volviendo loca aquí dentro.

Una de mis comisuras se elevó, formando una débil sonrisa.

—Supongo que valdrá la pena.

* * *

Deslicé la bandeja por los barrotes metálicos mientras me ponían la cena del día. Las verduras, que parecían haber pasado por un proceso de cocción más prolongado del necesario, compartían espacio con lo que se suponía que era carne.

Tuve que hacer mis esfuerzos para ignorar a la pelirroja que se había saltado toda la cola para ponerse expresamente a mi lado, ganándose miradas de reproche. Cogió su bandeja y sonrió amablemente a las trabajadoras.

—Sé un poco más agradecida con la comida —espetó al ver mi expresión de desagrado—. No todo el mundo puede permitirse el lujo de comer.

—No se trata de ser agradecida, sino de tener estándares mínimos de calidad. No porque estemos aquí significa que debamos conformarnos con comida que parece haber pasado por una licuadora.

Margot frunció el ceño, defendiendo su postura.

—Al menos, agradece que tienes algo para comer. Hay personas que darían cualquier cosa por estar en tu lugar.

—Lo dudo —murmuré.

Me detuve al final de la sección, observando a través de la 279

vitrina qué postre elegir. Aunque, sinceramente, prefería quedarme sin con tal de no aguantar más a esa pelirroja que ahora iba de alma caritativa con los tercermundistas.

—Se dice por ahí que crees que te estás volviendo loca en este lugar.

Me mantuve en silencio con la mirada al frente.

—¿Sabes? En tu defensa, siempre he creído que no estás muy cuerda —agregó—. Bueno, lo supe desde que me diste ese empujón porque mencioné a tu familia.

Mis puños se tensaron tanto que pude ver los nudillos blancos marcarse bajo mi piel, pero intenté mantener la calma.

—Es la reacción que suelo tener cuando alguien que no sabe nada sobre mí se atreve a opinar.

—Una reacción muy madura, ¿no crees? —inquirió con un deje de ironía.

—La misma madurez que usaste tú para mencionar a mi familia.

Esbozó una sonrisa en esos labios voluminosos, disfrutando del malestar que causaba.

—Solo digo lo que todos piensan. Joder, parecías una desquiciada esa noche. —Se rió de manera mordaz—. A lo mejor, deberías considerar lo que dice Adler.

Me giré hacia ella, logrando lo que ella quería. Pero me daba igual. Porque me importaba bien poco lo que opinaban todos sobre mí, excepto Adler.

—¿Qué dice?

—Oh, solo que estás al borde de la locura y que deberías dejar este lugar por tu bien, antes de que te vuelvas completamente inestable —explicó, sin borrar esa sonrisita—. Pero, a fin de cuentas, todos los que estamos aquí se supone que 280

es porque ya hemos perdido un poco de nuestra cabeza.

Dime, ¿qué te llevó a acabar en este lugar?

Apreté los dientes con tanta fuerza que mis sienes comenzaron a dolerme. Me giré lentamente hacia ella hasta confrontarla.

—Te aconsejaría que cuidaras tu boca, Margot. Mi paciencia tiene un límite, y tú lo estás rozando.

Ni siquiera supe la fruta que cogí, pero la puse en mi bandeja y me alejé de ella, dando grandes zancadas hasta llegar a la mesa donde estaban Lexi, Adler y Lily. Los tres se giraron hacia mí cuando dejé la bandeja con un poco más de fuerza de la necesaria.

—¿Cómo estás? —preguntó Lexi, analizándome con la mirada.

—Bien. Genial. Estupendamente. —Ensanché una sonrisa, asintiendo frenéticamente.

Adler, a mi lado, alzó una ceja.

—¿Y a ti qué te pasa?

Sin siquiera mirarle, dictaminé:

—No me arruines la cena, porque bastante tengo con comerme esta aberración.

Lo dije de forma tan directa y tajante que el silencio que se formó en la mesa estuvo cargado de tensión. Y así fue co-mo estuvimos durante la siguiente media hora. Lexi iba haciendo algún comentario, pero de nada servía para aliviar la tensión que había.

En cuanto terminé, me despedí de ellos excusándome que estaba cansada. Sin embargo, volteé los ojos cuando noté u-na sombra siguiéndome.

—Ahora no, Adler.

—Estás enfadada, lo pillo —dijo, caminando más deprisa 281

para adaptarse a mi ritmo—. ¿Y ahora me puedes explicar por qué soy yo el motivo?

Me detuve para mirarlo fijamente, obligándolo a hacer lo mismo.

—Si querías que me fuera, solo tenías que decírmelo.

Su rostro reveló que se esperaba de todo, menos eso.

—Oh, venga ya. ¿De qué te sorprende que me haya enterado si vas por ahí contándole las cosas a Margot?

Al fin pareció comprender de qué iba todo esto.

—Solo le he dicho la verdad.

—¿Que estoy al borde de volverme loca y que es mejor que me vaya de este hospital? ¿O por el contrario crees con más razón que debería quedarme?

—No sé qué te pasa últimamente, pero estás diferente.

—¿Ahora no tengo derecho a cabrearme?

—¡A esto me refiero! ¡Te pones siempre a la defensiva!

Mi paciencia llegó a su límite, y le espeté:

—¡¿Cómo esperas que reaccione cuando todos están opi-nando sobre mi salud mental y tú no eres la excepción?! Joder, me lo

esperaba de todo el mundo. Pero, ¿de ti? Eso sí que ha sido una sorpresa. Si tan preocupado estabas, podrías haberme preguntado directamente qué me ocurría en lugar de andar divulgando tus propias teorías.

Hice una pausa antes de añadir:

—Si yo no me defiendo, no habrá nadie que lo haga por mí.

Dicho eso, me alejé de él, dejándolo en medio del pasillo.

Al llegar a mi habitación, me quité los pantalones y el sujetador, dejándome únicamente una camiseta ancha que usaba para dormir. Me tumbé en la cama, exhausta, y miré el techo mientras la oscuridad de la noche se colaba por la venta-282

na.

¿Cómo podía explicarle a alguien lo que estaba pasando sin parecer completamente desquiciada?

Alguien llamó a la puerta, pero ni siquiera me molesté en contestar. No quería hablar con nadie, porque con cualquier persona que interactuaba me sentía más y más incomprendi-da.

La puerta se abrió suavemente y entró alguien.

—¡Vete con Margot y déjame en paz!

Agarré lo primero que tenía a mano, que resultó ser mi cojín, y lo lancé en su dirección con fuerza.

Lexi, sorprendida, logró atraparlo al aire antes de que le diera en toda la cara.

—Mierda. Lo siento, Lexi. Creí que eras. . —Cerré la boca, sellando mis labios—. No importa.

No hizo falta que mencionara su nombre, pues ella misma había presenciado la tensión en la mesa.

—Tranquila, ya tengo habilidad para esquivar objetos vola-dores. Una vez mi ex me lanzó unos calzoncillos al pensar que no eran suyos. Pilló esta extraña costumbre cuando se i-ba encontrando con cosas que creía que no tenía.

—¿Y eran suyas?

—No.

Ambas nos reímos. Fue como un bálsamo para mí al notar mi pecho vibrar. Hacía tiempo que no experimentaba esa agradable sensación.

Cerró la puerta detrás de ella y se sentó al borde de la ca-ma, junto a mí.

—¿Tú también crees que estoy loca?

La alegría abandonó su semblante.

—Lo que creo es que llevas más de un mes aquí, y has pa-283

sado por mucho. Hay ciertos límites que la mente puede so-brepasar si se enfrenta a situaciones extremas.

Solté un suspiro.

—Landon cree que debería dejar este caso.

—Tú eres la única que puede decidir si es lo correcto o no seguir adelante. ¿Qué piensas tú?

—Pienso que estoy a punto de descubrir la verdad, pero que voy a perder la cordura en el proceso. Si es que no la he perdido ya.

—Estás buscando respuestas, y eso te hace valiente, no loca.

No lo había considerado de esa manera.

—Esta mañana he hablado con Foster —añadió—. He tenido que contarle lo que te había pasado, ya que hace tiempo que no te comunicas con él.

Esperé a que siguiera.

—Y. . tiene algo —añadió.

La miré fijamente con un destello de intriga.

—Tal y como le pediste, ha entrevistado a varios entrenadores de boxeo de la academia a la que fue Nolan. No han si-do muy reveladoras, solo han reconocido que era bueno en ese deporte. Pero, cuando le han mostrado la imagen de ese hombre que aparecía en varias ocasiones, han admitido que lo han visto de espectador en prácticamente todos los rings.

—O sea que tenía un vínculo estrecho con Nolan.

—Así es.

—¿Se sabe ya si es un familiar o. .?

—Su nombre es Nathaniel Schneider. Es uno de los neurólogos más prestigiosos del país.

—¿Un neurólogo? —repetí, frunciendo el ceño—. ¿Y qué haría un neurólogo con Nolan?

—Foster tuvo la teoría de que podría ser su médico, pero al intentar localizarlo se dio cuenta de que lleva años viviendo fuera del país.

—Mierda, hubiese estado genial entrevistarlo —murmuré, más por mí misma.

—En fin, solo quería contarte esto.

Se levantó de mi cama.

—Lexi —la llamé.

Se giró hacia mí.

—¿Sí?

—¿No recuerdas nada. . de un laboratorio?

Frunció el ceño.

—¿Fuera del hospital?

—No, de hecho. . —Sacudí la cabeza—. Olvídalo.

Asintió y se marchó de mi habitación.

Giré mi cabeza hacia la ventana que tenía encima de mi cama. Me vi reflejada a mí misma y, sin embargo, no me reconocí. Mis ojos, que alguna vez reflejaron seguridad, ahora mostraban una mezcla de confusión y desesperación. Era el reflejo de una persona que había cambiado, y no precisamente para mejor.

Llevé mi mano hacia la herida y arranqué las tiritas. Al quedar mi piel descubierta me di cuenta de que no había ninguna señal que indicara que me había dado un golpe ahí.

Ni un moratón, ni la zona enrojecida, ni hinchada. Nada de nada. Por no hablar de que nunca me había llegado a doler.

Una herida no se curaba tan deprisa.

Me levanté, con el pánico aplastándome las costillas, y sentí la necesidad de abrir la carpeta de Nolan para rebuscar en sus archivos cualquier pista, cualquier cosa que me indicara que no estaba loca.

285

Fui pasando hoja por hoja a una velocidad sorprendente, mientras mi respiración se agitaba cada vez más. Ni siquiera sabía qué estaba buscando exactamente, pero necesitaba encontrar algo nuevo.

Entre los documentos encontré unos dibujos y un post-it encima de ellos:

"He encontrado estos dibujos que hiciste cuando eras pequeña, tu padre los tenía guardados. Pensé que te haría ilusión tenerlos. Échales un vistazo cuando estés lista."

Landon

Los saqué de la funda de plástico para verlos mejor. No es que estuviera lista, de hecho creo que nunca llegaría a estarlo, pero una pequeña parte de mí quería encontrar refugio en un lugar tan desconocido como ese.

En uno de ellos, mi padre y yo estábamos sentados en el jardín de nuestra casa, riendo bajo la sombra de un árbol. Otro mostraba a mi padre llevándome a cuestas en una feria, con algodón de azúcar en nuestras manos.

Un tercer dibujo capturaba un momento especial, nosotros bailando al ritmo de nuestra canción favorita, "Happiness is a Butterfly" de Lana del Rey, con el suave sonido del vinilo de música girando en el salón. Casi que podía escucharla en ese momento. Había dibujado mariposas a nuestro alrededor, danzando en armonía con la melodía.

Las lágrimas se acumularon en mis ojos mientras examinaba meticulosamente cada dibujo. Los detalles eran tan ví-286

vidos que pude sentir la conexión emocional que existía en ellos, porque todos eran recuerdos con él, como si quisiera plasmarlos en alguna parte para que no cayeran en el olvido.

Dejé escapar un sollozo que emergió desde lo más profundo de mi garganta. Traté de contener las lágrimas, consciente de que el papel era frágil y que podía estropearlo, pe-ro era inútil. El recuerdo de esos momentos felices ya se había instalado en mi mente, envolviéndome en una ola de nostalgia y pesar.

Lo echaba mucho de menos, y pensar que cuando saliera de aquí él no estaría en casa esperándome, simplemente me destrozaba. La idea de regresar a mi vida sin su presencia, sin sus bromas pesimistas, sin el aroma de su café matutino impregnando el aire, se cernía como una sombra oscura sobre mi futuro. Sería un choque de realidad que no sabía si podría llegar a enfrentar.

Iba a pasar a otro dibujo cuando uno de ellos captó mi atención. Era distinto al de los demás. La hoja estaba en blanco, a excepción de una niña en el centro sentada en una silla.

En su rostro había dibujado lágrimas que caían hasta el suelo, y encima de ella estaba trazado un globo de texto donde había escrito "socorro".

Supe enseguida que había dibujado mis propias pesadillas, y me pregunté si mi padre se habría dado cuenta alguna vez de ello.

Lo aparté de los demás y seguí observando otros, pero el siguiente también era distinto. Esta vez aparecía un chico.

Tenía el pelo negro y revuelto, y lo había dibujado como si fuese la complexión de un niño de mi edad. Estaba sentado en una silla junto a una mesa, y al parecer él también pedía ayuda. Su rostro reflejaba miedo, tanto como el mío. Me pregunté quién sería ese chico, pues en la escuela nunca llegué a hacer amigos.

287

Mis dedos acariciaron la superficie lisa mientras mi mente divagaba, tratando de recordar si alguna vez había visto a alguien así.

Un suave golpeteo resonó en la puerta de mi habitación.

Mi corazón dio un brinco y me apresuré en guardar de nuevo todos los dibujos en la carpeta. Vacilé por un momento, pero decidí abrir la puerta. Me sequé las lágrimas antes de hacerlo, pero fuese quien fuese que estuviese detrás de esa puerta, sabría que había llorado.

La mirada de Adler me recorrió de arriba a abajo con intensidad. Entonces recordé que solo una camiseta ancha cubría mi cuerpo, dejando mis piernas al descubierto.

—Pensé que estarías durmien. . —Sus ojos se detuvieron en mi rostro—. ¿Estás bien?

—¿Qué te hace pensar que quiero hablar contigo?

—Me has abierto la puerta.

—Sí, porque no sabía quién era. Suerte para ti que no haya una mirilla, sino te quedabas en el pasillo.

Hice ademán de cerrar la puerta en sus narices, pero él se adelantó y la sostuvo con la mano, impidiendo que se cerrara por completo.

—No soy esa clase de persona que se va a dormir sin arreglar las cosas.

Me crucé de brazos, poniéndome a la defensiva.

—¿Pero sí la clase de persona que va por ahí hablando mal de mí? —Alcé una ceja.

—No he hablado mal de ti.

—¿Decir que estoy al borde de la locura no es hablar mal de mí?

—No he dicho eso. . exactamente.

«Exactamente»

288

Emití una risa sarcástica, pero antes de que pudiera darle un portazo, colocó un pie entre el marco y la puerta.

—Por favor, Clarke. Deja que te lo explique.

—¿Quieres perder el pie? Porque si no lo mueves, eso es exactamente lo que va a pasar.

—Lo que no quiero es perderte a ti. Me importa una mierda mi pie.

Solté un largo suspiro y miré por encima de mi hombro.

—Bien, entra. Pero que sea rápido —dije mientras cedía y dejaba espacio para que entrara.

Cerré la puerta detrás de mí cuando pasó por mi lado, sumiéndonos en un tenso silencio que solo él podía romper.

—Ayer, mientras estabas en la enfermería, Margot vino a hablar conmigo. Supongo que me vio un poco decaído, porque me preguntó qué me pasaba. Le dije que te habías dado un golpe en las duchas y que. .

—Esa historia ya me la sé —lo corté de manera abrupta.

—No le dije que estabas loca —dijo finalmente, suspirando—. Joder, ¿cómo iba a decir eso cuando el loco aquí soy yo?

Fruncí el ceño.

—¿Tú?

—Sí. Estoy loco por ti, Clarke. Jodidamente loco.

Mis ojos se abrieron por la sorpresa, no esperaba que su confesión tomara ese giro.

—Me vuelve loco cada parte de tu cuerpo, cada parte de ti. —Dio un paso al frente—. Y por eso no soporto estar mal contigo, porque siento que cada discusión me aleja más de ti.

Desde que nos besamos, no he podido sacarte de mi cabeza.

Así que créeme cuando te digo que el que ha perdido la cabeza aquí soy yo.

Su mirada buscaba la mía, como si quisiera encontrar el 289

mismo deseo que había en él. La habitación parecía cargarse con una nueva energía, una tensión distinta.

Seguía cabreada con él, pero no podía negar lo innegable.

Lo deseaba, tanto como él me deseaba a mí.

Lo empujé con fuerza por el pecho, haciendo que se tam-baleara hacia atrás algo confundido. Antes de que pudiera articular palabra, me abalancé sobre él con urgencia. Segundos más tarde, mi boca estaba en la suya.

Nuestros labios se encontraron en un beso apasionado.

La tensión que llenaba la habitación se transformó en una ardiente complicidad, y cada roce de sus labios avivó la llama de la atracción que, a pesar de todo, persistía entre nosotros.

Rodeó sus manos en mi cintura, atrayéndome más hacia él. Le bajé la capucha para poder pasar mis dedos por su melena rubia y alborotada mientras seguíamos besándonos de forma salvaje. Esta vez era distinto a la última vez que nos besamos. Había algo más, queríamos algo más que solo un beso.

Atrapó mi labio inferior con sus dientes, succionándolos de una manera deliciosa. Al imaginar que podía hacer eso en otras partes de mi cuerpo hizo que mandara señales eléctricas por todo mi cuerpo.

Joder, necesitaba más. Mucho más.

Él pareció notar mis ansias, porque me agarró por las nal-gas para levantarme, envolviendo mis piernas alrededor de su cintura y haciendo que mi camiseta se subiera un poco.

Sentí mi espalda chocar contra la pared que tenía detrás, aprisionándome en ella. El beso continuó con una voracidad que trascendía las palabras, haciendo que nuestras respiraciones se agitaran cada vez más.

Se separó un poco para recorrer mi cuello, dejando besos húmedos en él mientras ahogaba un grito por el placer que 290

sentí ante la deliciosa fricción de nuestras caderas. Mis manos se aferraron a su espalda con fuerza.

—¿Estás segura? —preguntó antes de seguir.

—Solo cállate y haz que olvide este día de mierda.

Estampó su boca en la mía con más fuerza, conduciéndo-me hacia su cama. Mi cuerpo rebotó al caer tumbada encima del colchón. Se quitó la sudadera de un solo movimiento, dejando su piel descubierta. Mis ojos ardientes recorrieron su torso desnudo y el calor me llenó el cuerpo.

Abrí mis piernas para recibirlo, y con ese simple movimiento supe que lo volví loco. Lo pude ver en su mirada, ahora completamente oscura. Se colocó entre mis muslos, apoyando sus codos a ambos lados de mi rostro para no a-plastarme, y siguió besándome por el cuello.

Mientras lo hacía, noté que la luz del techo que proyectaba la lámpara de noche comenzaba a parpadear. Giré mi cabeza y mis ojos se clavaron en la bombilla, creando destellos intermitentes que iluminaban la habitación de forma irregular.

Sus labios seguían explorando mi cuello con una urgencia creciente, pero todo el calor que había experimentado en ese momento se volvió gélido al tiempo en que me concentraba en esas luces. Si existía la posibilidad de que hubiese alguien detrás de ellas, significaba que sabía lo que estaba pasando en esa habitación.

—Para —dictaminé.

Sus ojos se encontraron con los míos y frunció el ceño.

—¿Qué ocurre?

—Creo que alguien podría estar mirando —susurré, y Adler, ahora también alerta, siguió mi mirada hacia la lámpara.

Pero la luz había vuelto a la normalidad.

—Aquí no hay cámaras, Clarke.

291

—No lo digo por eso, es que las luces. . —No sabía cómo explicarlo sin que pareciera una demente.

—¿Qué le pasa a las luces? ¿Quieres que las apaguemos?

—No, es que. . —vacilé un poco, incapaz de explicar la extraña sensación que me había invadido—. Las luces estaban parpadeando, y han dejado de hacerlo cuando hemos dejado de besarnos.

Adler me miró con escepticismo, y la tensión que antes era puramente sexual ahora se había transformado en una atmósfera incómoda.

—¿Estás bromeando? —preguntó, y su tono se volvió más áspero.

—¡Claro que no!

Se separó de mí, poniéndose en pie y cogiendo la sudadera del suelo para ponérsela.

—¿Es que no me crees? —inquirí, incorporándome.

—Escúchate, Clarke. Ni siquiera comprendo cómo te crees a ti misma.

Eso me dolió más de lo que debería.

—Si he hecho algo que te ha podido molestar, simplemente dímelo —agregó—. Y no uses como excusa las malditas luces.

—No es una excusa.

—Ya, claro.

Terminó de ponerse la sudadera y se dirigió hacia la puerta.

—Adler, espera.

Pero ya había cruzado la puerta, cerrándola de un portazo. Dejé escapar un suspiro frustrado. No podía culparlo por no entender mi desconcierto, hasta yo dudaba de mí misma.

292

** * **

Miré a mi alrededor. Estaba en una habitación tan blanca que costaba diferenciar los límites. Mi mirada fue atraída hacia la única persona que había en ella, una niña de no más de diez años. Sus manos estaban atadas a la silla en la que estaba sentada con

correas bien firmes. Me pregunté por qué no se resistía a soltarse. Quizás simplemente se había rendido.

Un escalofrío me recorrió la espalda al comprender la impotencia que la pequeña debía estar sintiendo. Mi primer instinto fue ayudarla, pero algo me detuvo. Al acercarme, su rostro me resultó familiar. Ojos azules, cabellera castaña, piel clara. .

La mirada de la niña se alzó hacia mi dirección. Pero entonces comprendí que no me estaba mirando a mí, sino a alguien que acababa de entrar por la puerta que tenía a mis espaldas.

Me giré y vi a tres hombres vestidos de blanco. Dos de ellos sostenían a un niño que debía tener la misma edad que ella, pero parecía un poco más mayor. Aún así, no debía superar los catorce años. Tenía la cabeza agachada, por lo que solo podía ver su pelo oscuro.

El otro se acercó a la niña, lanzándole una mirada amena-zadora.

—Hazlo —ordenó el hombre con voz grave.

La niña negó con la cabeza. Sus ojos ya se habían llenado de lágrimas, como si supiera por qué estaban aquí.

—Si no lo haces tú, lo haremos nosotros —insistió.

—¡No quiero hacerlo! —sollozó con una voz frágil y quebrada.

Sentí una mezcla de impotencia y rabia, preguntándome quiénes eran esos hombres y por qué tenían a una niña atada 293

a una silla, forzándola a hacer algo que no quería hacer. Pero no podían verme, así que intuí que tampoco podrían escucharme.

El guardia se giró hacia los otros dos. Ahogué un grito cuando uno de los hombres que sostenía al niño le lanzó un puñetazo en las

costillas, haciendo que el pobre se doblara por el dolor.

—¡Basta! —gritó ella.

El siguiente puñetazo que le dieron en el mismo lugar fue tan fuerte que se escuchó el crujido de un hueso roto. La niña comenzó a llorar desesperadamente.

—¡Parad! ¡No le hagáis daño!

—Hazlo —repitió el mismo hombre que se lo había pedido.

Volteé hacia el otro lado de la habitación al notar la presencia de alguien más. Nolan estaba en un rincón de la habitación, observando la misma escena que yo. Apretó los dientes con fuerza, con los ojos fijos en ese niño. Sentía la misma impotencia que yo.

Entonces sus ojos se clavaron en mí y pronunció las siguientes palabras:

—La verdad está en tus pesadillas, Jules.

Cuando desperté, el cielo estaba empezando a esclarecerse, pero seguía siendo de noche. Aparté las sábanas y me puse en pie de golpe.

Abrí la carpeta y saqué todos los dibujos, extendiéndolos por la mesa para poder verlos todos a la vez. Luego, aparté a un lado los que salía con mi padre y en el otro los que creía que eran pesadillas.

Los dibujos de las pesadillas eran similares. En todos apa-294

recía una niña, un fondo blanco y en algunas ocasiones un niño.

En medio de esos dibujos, encontré uno que me heló la sangre. Era la representación exacta de la escena que acababa de experimentar en mi pesadilla. La niña atada a una silla, los hombres de blanco sujetando al niño. .

El dibujo era tan detallado que me resultaba imposible creer que fuera simplemente una coincidencia.

Y ya había visto a esos hombres de blanco.

—La verdad está en tus pesadillas —murmuré.

Cogí el dibujo y lo comparé con un recuerdo que hubiese recreado con mi padre. Al observar con atención, noté que la niña protagonista en todos esos dibujos era la misma, con sus ojos azules y su cabello castaño.

Era yo.

Me quedé sin respiración.

¿Y si no eran pesadillas? ¿Y si eran recuerdos?



13

Esa mañana me sentí con más ánimos para hablar con Foster.

Me puse el pinganillo en la oreja y esperé pacientemente a que me contestara.

—Investigadora Miller, me alegro de que haya vuelto.

Hacía tiempo que nadie me llamaba así. Sentí como si estuviera retrocediendo en el tiempo, recordando los días en que mi trabajo como detective eran normales.

—Le prometí que no le defraudaría.

—Y no lo ha hecho —respondió—. Entendemos su situación, y admiramos la fuerza de voluntad que está teniendo.

La agente Collins me contó que estuvo en enfermería. ¿Có-mo se encuentra?

—No se preocupe por eso, solo fue un golpe.

Recé para que no me preguntara más detalles, pues teniendo en cuenta que su especialidad era detectar mentiras y la poca habilidad que estaba teniendo últimamente en ocultar la verdad, iba a terminar descubriéndome.

296

—Me alegro, porque tengo preparado algo para usted y esperaba que estuviera en condiciones.

—¿Y de qué se trata exactamente? —pregunté, con un de-je de intriga en mi voz.

—Hoy va a poder salir del hospital.

La noticia me dejó perpleja. Nunca antes me habían dado la oportunidad de salir del hospital psiquiátrico desde que ingresé.

—¿Es en serio?

—Yo nunca bromeo. El agente Baker la llevará a un lugar que creemos que es necesario para que avance en la investigación.

La idea de abandonar el hospital, aunque solo fuera por un tiempo limitado, me inundó de emoción. Por no hablar de que iba a pasar el día con Landon.

—Agradezco esta oportunidad, inspector. No sabe cuánto significa para mí.

Era como si me estuvieran ofreciendo una bocanada de aire fresco después de tanto tiempo.

—Ya nos hemos encargado de que el psiquiátrico obtenga su permiso. Regresará al hospital antes de que anochezca. A-provéchelo, espero que esta salida le sirva.

Con esas palabras, Foster cortó la comunicación.

Me quedé unos momentos con el pinganillo en la oreja, procesando la información. Tuve que contener un grito de emoción.

¡Iba a salir del hospital!

* * *

297

Después de comer, subí a mi habitación para preparar la mochila. Habría deseado que esta salida fuese durante el trans-curso del día con tal de ahorrarme comer allí, pero solo iban a ser unas pocas horas. Aunque sería más que suficiente.

Alguien picó a mi puerta e intuí que sería el guardia de seguridad que me acompañaría hasta la salida. Metí la carpeta dentro, por si a alguien se le ocurría indagar en mis cosas mientras estuviera fuera, y me apresuré en cerrar la cremallera antes de colgármela en el hombro.

Nada más abrir la puerta, mi sonrisa desapareció al ver que ese guardia era ni más ni menos que Marlon. Sus ojos se desviaron hacia los tejanos que tenía puestos.

—Esos pantalones te sientan de maravilla —comentó con esa sonrisa que tanto me repugnaba.

Rodé los ojos y avancé rápidamente, tratando de poner distancia entre él y yo. Sin embargo, se colocó a mi lado, por lo que no me

quedó más remedio que andar junto a ese capullo.

—Al fin vas a salir de aquí, ¿eh?

—Eso parece —respondí con sequedad, deseando que se limitara a cumplir con su deber sin hacer más comentarios.

—No te emociones demasiado, querida. A la noche estarás en este infierno de vuelta.

—¿Podemos andar en silencio? —le pedí de manera amistosa, aunque en realidad quería meterle un guantazo y ce-rrarle la boca yo misma.

Sorprendentemente me obedeció, y bajamos las escaleras en silencio hasta llegar al primer piso.

Marlon saludó a la secretaria cuando pasamos junto a ella y me detuve al umbral de la entrada. Mi corazón dio un vuelco cuando vi el coche de patrulla estacionado frente al hospital.

298

Landon estaba apoyado en el capó de brazos cruzados, con su uniforme de policía impecable, mientras esperaba pacientemente a que saliera.

—¿Una escapada romántica, eh? —inquirió Marlon con un tono juguetón.

—Hoy no tienes permitido arruinar mi día, Marlon. Así que hazme un favor y guarda tus comentarios para alguien a quien le importen.

Sin esperar respuesta, crucé el umbral de la puerta. El ai-re fresco acarició mi rostro cuando salí al exterior, sintiendo el cambio de temperatura, y una pequeña sensación de liberación se impregnó en

mí. Aquella tarde prometía ser especial, y estaba decidida a aprovecharla al máximo.

Landon se giró hacia mí y una de sus comisuras se elevó mientras se despegaba del vehículo. Con entusiasmo, corrí hacia él como si temiera que en cualquier momento cambia-ran de opinión y me mandaran de vuelta al hospital. Dejé ca-er mi mochila al suelo y envolví mis brazos alrededor de su cuello en un abrazo firme.

—Cualquiera diría que nos vimos ayer —comentó divertido, rodeándome con sus brazos para corresponder el abrazo.

—Cállate y no estropees este momento.

Sentí su pecho vibrar junto al mío cuando se rió.

Agarré mi mochila del suelo y entramos en el coche. Me abroché el cinturón, acomodándome en el asiento.

—¿Lista?

—Nunca he estado más lista —le aseguré.

Puso el coche en marcha y rodeamos la fuente con estatuas angelicales esculpidas en piedra. La puerta con barrotes de metal oxidado se abrió frente a nosotros y pasamos junto al muro de piedra que rodeaba la edificación.

A través del retrovisor vi cómo el hospital psiquiátrico quedaba atrás. Era un alivio verlo desvanecerse en la distancia, al menos temporalmente.

Abrí la ventanilla del coche y cerré los ojos, inspirando el aire que impregnaba el bosque que nos rodeaba y disfrutando de la calidez de los rayos de sol que se filtraban entre las copas de los árboles. La

sensación en mi pecho era indescriptible, como si finalmente pudiera quitarme la máscara y ser yo misma después de mucho tiempo.

Encendí la radio y dejé que la música bautizara mis oídos.

Volteé hacia Landon, que parecía concentrado mientras conducía, pero sabía que había elegido ese disco expresamente.

—Lana Del Rey, ¿eh? —Enarqué una ceja.

—Pensé que sería una de las cosas que echarías de menos.

Sonreí, negando con la cabeza, y subí aún más el volumen para disfrutar de la canción como se merecía. Las primeras notas de «Ride» de Lana del Rey llenaron el coche. Mis dedos jugueteaban con el borde de mi asiento al ritmo de la música, y mis ojos se perdían en el paisaje que se deslizaba ante nosotros.

Landon, concentrado en la carretera, asentía ligeramente con la cabeza, siguiendo la melodía. En un momento, nuestras miradas se encontraron y una sonrisa cómplice se dibujó en nuestros rostros.

Cuando llegó mi parte favorita, seguí la letra de la canción en voz alta:

—I'm tired of feeling like I'm fucking crazy.

«Estoy cansada de sentirme como una maldita loca»

—All I've got to keep myself sane, baby.

«Es todo lo que tengo para mantenerme sana, cariño»

—So I just ride, I just ride.

«Así que solo viajo»

—I am alone at midnight.

«Estoy sola a medianoche»

—Been tryin' hard not to get into trouble.

«He estado intentando no meterme en problemas»

—But I've got a war in my mind.

«Pero tengo una guerra en mi mente»

Seguimos escuchando música de Lana del Rey durante todo el camino. En un momento dado la pantalla mostró el nombre de la siguiente canción: "Happiness is a butterfly". La reconocí de inmediato, y una mezcla de nostalgia y emoción invadió todo mi ser. Antes de que pudiera seguir sonando me apresuré en cambiarla.

—Esa canción estaba bien —dijo él, sin apartar la mirada de la carretera.

—Ya la he escuchado muchas veces.

Y era cierto. Había escuchado cientos de veces esa canción, pero con mi padre. Por lo que ya no era lo mismo. Ahora simplemente era incapaz de escucharla.

Desvié mi mirada hacia el cartel que acabábamos de pasar, donde se podía leer "Harpers Ferry". Mi hogar. Cruzamos el puente que conducía al pueblo, pasando por encima del río en el que había ido a pescar varias veces con mi padre.

Condujo unos minutos más hasta estacionar en una zona apartada del pueblo. Entonces comprendí al fin a dónde me querían llevar, y el sentido de esa salida cobró vida.

La entrada al cementerio estaba marcada por un enrejado de hierro forjado con detalles intrincados, parecida a la del psiquiátrico. Dos

columnas altas sostenían un arco ornamen-tado que daba la bienvenida a los visitantes.

301

Landon apagó el motor y giró la cabeza para mirarme.

—Queríamos darte la oportunidad de que te despidieras de él.

Tragué saliva con fuerza, intentando deshacer el inmenso nudo en la garganta que se me había formado. Él pareció notar mi evidente cambio de humor.

—Si no quieres, podemos ir a otra parte y. .

—No, quiero hacerlo. —Hice una pausa—. Pero prefiero ir sola, si no te importa.

Landon comprendió de inmediato que era un momento íntimo que debía respetar, así que no se contrapuso.

—Tómate el tiempo que necesites. Estaré aquí esperándo-te.

Asentí una vez con la cabeza.

Salí del coche y tomé una bocanada de aire antes de adentrarme por el sendero de grava, flanqueado por árboles que formaban una especie de túnel natural.

Las lápidas se alzaban en memoria de aquellos que yacían en reposo para siempre. Algunas estaban decoradas con flores, notas escritas a mano y pertenencias, mientras que otras permanecían solitarias, como si hiciese tiempo que nadie las visitaba. Sentí lástima por ellos. Nadie merecía ser olvidado de esa manera.

El césped bien cuidado y los árboles proporcionaban sombra y serenidad al lugar. Busqué la lápida de mi padre entre las demás, pero muy a mi pesar no quería encontrarla.

Porque eso significaría que era real, que mi padre estaba muerto.

Entonces la vi.

El nudo que ya se me había formado en la garganta se intensificó, y una oleada de latidos frenéticos resonó en mi pe-302

cho. Esa era la primera vez que veía su tumba, y se me hizo. .

extraño. La última vez que lo vi estaba en casa, y sus ojos estaban llenos de vida. Ahora, en cambio, nos distanciaban dos o tres metros bajo tierra. Me negaba a creer que todo lo que quedaba de él era una lápida que llevaba su nombre y unas simples fechas. Unas fechas que debían haberse prolongado más. Mucho más.

Aún tenía que verme con un vestido de boda, resolviendo muchos más casos en mi trabajo, una barriga pronunciada por el embarazo que tanto ansiaba él y una pequeña versión mía. Tal vez dos, quizás.

Pero la vida es cruel, y a veces te arrebata a las personas que más quieres, incluso si son las únicas que tienes en tu vi-da.

Acorté la distancia, dando unos pasos pequeños. Suspiré profundamente, intentando contener la emoción que amenazaba con desbordarse. Al hacerlo, un vapor helado salió de mi boca.

—Hola, papá —murmuré, y mi voz se quebró.

No esperaba una respuesta, pero hubiese dado lo que fuera por escucharla.

—No pensé que tuviera que decirte adiós tan pronto

—confesé. Mi vista ya se había nublado por las lágrimas que empañaban mis ojos—. Y no tengo la menor idea de cómo hacerlo.

Hubo un silencio pesado en el aire.

—Hay una cosa que debes saber —continué—. El caso que me asignaron fue distinto a los demás. Me pedían que me hiciera pasar por una paciente de un hospital psiquiátrico, e ingresara ahí hasta que encontrara pruebas suficientes para acusar a un interno que supuestamente debería estar en prisión. Si acepté fue por ti, papá. Estaba dispuesta a darte todo 303

lo que me ofrecían de dinero para salvarte. Y ahora no le encuentro sentido a esto.

El frío se apoderaba de mis huesos, pero no era solo el cli-ma helado que nos rodeaba. Era el frío de la realidad, la sensación gélida de que había perdido a la persona que más quería en este mundo.

Las lágrimas se escapaban de mis ojos, y mis mejillas ya estaban empapadas. Miré la inscripción en la lápida y sentí un dolor punzante en el pecho.

—No sé qué hacer —susurré con voz entrecortada, mi aliento visible en el aire frío—. Antes hubiese dado cualquier cosa por irme del hospital, pero ahora me da miedo ir a casa y que no estés.

El viento soplaba entre los árboles, llevándose consigo las palabras que apenas podía articular. Las lágrimas caían sin cesar, y cada una llevaba consigo el peso de la soledad que se había apoderado de mi vida desde su partida.

Recordaba las palabras exactas que me dijo antes de que me fuera:

"Tú hiciste que me sintiera vivo, Jules. Por eso la idea de morir ya no me asusta."

Cerré los ojos, intentando contener el dolor que me a-plastaba el pecho. Mi corazón dolía demasiado en ese momento, y no sabía cómo aliviarlo. Cada vez se hacía más insoportable.

Mi mente empezó a deslizarse por los recuerdos, buscando pequeños detalles que habían definido a mi padre. Recordé su sonrisa cálida, su risa peculiar cuando algo le resultaba gracioso de verdad y la manera en la que sus ojos se achina-ban cuando lo hacía. Todo eso se convirtió en una llama que 304

ardía en mi memoria, y el dolor se intensificó con cada imagen evocada. Sentía que mi corazón gritaba en silencio, cla-mando por la presencia que ya no estaba.

Al levantar la vista de nuevo, noté algo que no había percibido antes. Una furgoneta. Estaba estacionada a cierta distancia. Era negra, y los cristales estaban tintados, por lo que no podía ver si había alguien dentro. Pero me sentí extrañamente observada.

Quise quedarme un poco más allí, pues no sabía cuándo podría volver, pero la sensación de incomodidad creció. Me pregunté cuánto tiempo llevaba esa furgoneta allí, esperando. Observé una última vez la lápida, intentando memorizar cada detalle, antes de dar media vuelta y alejarme.

Al llegar al coche, abrí la puerta y me deslicé en el asiento, agradeciendo que la calefacción estuviese puesta.

Landon, con una expresión comprensiva, preguntó:

—¿Mejor?

—Sí, lo necesitaba. Gracias —susurré, y él respondió con una suave sonrisa, dejando claro que no tenía nada que agradecer.

—Todavía nos quedan dos horas. Podemos ir al Coffee Mill o a visitar el. .

—El Coffee Mill está bien.

Solíamos pasar el rato ahí, así que me pareció buena idea para mantener esa sensación de cotidianidad a lo largo de la tarde, intentando que el día pareciera lo más normal posible.

Apoyé mi cabeza en el asiento mientras nos dirigíamos hacia el centro del pueblo, dejando atrás el cementerio.

Durante el trayecto, nos mantuvimos en un silencio cómodo. La radio sonaba bajito, proporcionando un suave murmullo de fondo. Mientras me sumergía en mis pensamientos, divisé por el espejo retrovisor las luces de un vehí-305

culo que se estaba aproximando.

Miré detenidamente y me di cuenta de que era la misma furgoneta negra que había visto en el cementerio. El pánico comenzó a subir por mi garganta, y la sensación de incomodidad regresó con intensidad. Traté de calmarme, pues estábamos en una carretera, por lo que era obvio que habría más vehículos.

Sin embargo, empecé a preocuparme cuando, después de varias intersecciones y cambios de dirección, la furgoneta seguía detrás nuestro.

—Landon.

—¿Mhm?

—Esa furgoneta lleva detrás nuestro todo el rato.

Landon, con el ceño ligeramente fruncido, miró primero por el espejo central y luego por el lateral.

—¿Qué quieres decir?

—¿Hace falta que te lo diga? Eres policía.

Al ver que su rostro seguía con la misma incertidumbre, añadí con un tono obvio:

—Nos están siguiendo.

Landon emitió una pequeña carcajada.

—No creo que sean tan estúpidos de seguir a un coche patrulla, Jules.

—Los he visto en el cementerio. Eran los mismos.

—Será un vehículo fúnebre —agregó, y lo miré fijamente con el ceño fruncido—. Ya sabes, esos vehículos que están diseñados para transportar ataúdes y facilitar el traslado de. .

—Sé lo que son.

Soltó un suspiro.

—Mira, Jules. Entiendo que como investigadora privada 306

tienes el deber de ponerte siempre en lo peor, pero. .

—¡¿Por qué todo el mundo piensa lo mismo?! —lo interrumpí, indignada y harta a partes iguales.

Justo cuando me disponía a mirar de nuevo por mi retrovisor, me di cuenta de que los teníamos más cerca. Y se estaban acercando a una velocidad alarmante.

—Landon.

La furgoneta seguía aproximándose, casi alcanzándonos.

Ahora estaban tan cerca que apenas veía su capó.

—¡Landon! —grité, temiendo que en cualquier momento colisionaran con nosotros.

Pero, entonces, la furgoneta se cambió de carril y nos adelantó.

Mis mejillas se ruborizaron, siendo claramente consciente de la ridícula e inútil escena que acababa de protagonizar.

Cerré los ojos un momento, pensando en que mis instintos paranoicos cada vez me estaban haciendo jugar una mala pasada. Supuse que Landon pensó lo mismo, porque se limitó a echarme una ojeada algo preocupado antes de clavar la vista de nuevo hacia la carretera.

Al llegar a la cafetería, el aroma a café recién hecho nos recibió, y el cálido murmullo de voces junto al suave tintineo de las tazas humeantes crearon una agradable atmósfera familiar. Elegimos un rincón tranquilo, donde los últimos rayos de sol se filtraban a través de la cristalera del local y pintaban patrones dorados en las mesas de madera.

—Echaba de menos esto —admití, observando la calle que teníamos enfrente.

—Y yo a ti.

Sonreí con complicidad.

La camarera se acercó para tomar nuestras órdenes. Él 307

pidió su bebida habitual, un café solo, mientras que yo opté por un café con leche de soja. La facilidad con la que podía sumergirme en cualquier charla trivial con Landon siempre me sorprendía, independientemente del tema. Los silencios incómodos no eran un problema para nosotros, pues Landon siempre tenía un tema que sacar, y yo una anécdota que recordar.

De esta manera, nos pasamos toda la tarde ahí. A medida que esta avanzaba, las sombras se alargaban dentro de la cafetería hasta que solo quedó iluminada por las luces artificia-les del lugar.

«Las luces»

Ya ni siquiera podía pensar en ellas sin imaginármelas parpadeando.

Mis ojos se posaron irremediablemente hacia una de las lámparas de la cafetería, y el recuerdo de las luces intermitentes en el hospital psiquiátrico resurgió en mi mente. Una incomodidad familiar se apoderó de mí, haciendo que mi piel se erizara, y me di cuenta de que, incluso en un lugar tan acogedor, las sombras del pasado aún podían acechar.

—¿Jules?

Devolví la atención hacia mi amigo.

—¿Sí?

—Te estaba preguntando si te está ayudando que Lexi es-té ahí contigo.

—Oh, sí. Es un alivio contar con ella.

Le dio un sorbo a su café e hice lo mismo.

—Fue idea mía —admitió—. De hecho, iba a ser yo quien ocupara su lugar.

Eso me tomó por sorpresa.

—¿En serio?

—Sí, pero Foster considera que mi papel es más valioso aquí, en la comisaría. —Landon suspiró, revelando un atisbo de resignación en sus palabras.

—Lo cierto es que no te veo mucho siendo detective.

—¿Debería ofenderme eso? —preguntó Landon, con una sonrisa socarrona.

—Por Dios, no durarías ni un día ahí. ¿Debo recordarte esa vez en la que llegó un paquete a comisaría y lo etiquetaste como sospechoso?

—No, no lo recuerdo. —Se llevó la taza a sus labios, tratando de ocultar su rostro con ella.

Oh, por supuesto que lo recordaba.

—¡Era una caja de donas! —Estallé en carcajadas.

—Para.

—¡Y te pensabas que era una maldita caja de explosivos!

—No sigas.

—¿En qué mente existe esa posibilidad?

—En mi defensa diré que esa caja era rara. No había ninguna razón para envolver donas de esa manera.

Su argumento me causó más gracia aún. Incluso él pareció darse cuenta de que lo que acababa de decir era una gilipollez, porque se sumó conmigo a las carcajadas.

Mi mirada se desvió hacia la puerta de la cafetería, que alguien acababa de abrirla para entrar. En ese momento, fue como si me tiraran una jarra de agua fría. La sonrisa desapareció gradualmente de mi rostro al reconocer a la persona que acababa de entrar.

No. Podía. Ser. Verdad.

Su pelo oscuro estaba recogido en una coleta alta, dejándose algunos mechones rebeldes que le enmarcaban su fino rostro. A pesar del frío que hacía fuera, llevaba puesta una 309

simple cazadora negra, junto a unos tejanos del mismo color y unas botas militares.

—Jules, ¿estás bien? —preguntó Landon, notando mi cambio de expresión.

Pero no encontraba las cuerdas vocales para contestar, ni siquiera podía apartar la mirada de la figura que acababa de entrar. Era ella, sin duda. Mi corazón ya se había agolpado a mi pecho con fuerza mientras intentaba procesar lo que veía.

Se acercó a la barra y se quitó los auriculares de las orejas para pedirle a la camarera un chocolate caliente para llevar.

Mientras esperaba a que se lo prepararan, sacó el móvil de su bolsillo y comenzó a teclear en él distraídamente.

Tragué saliva con fuerza. La confusión en mi mente era tan abrumadora que ya ni siquiera confiaba en lo que mis propios ojos presenciaban.

Como si notara que alguien la estuviese observando fijamente, giró la cabeza hacia mi dirección y sus ojos color ámbar se encontraron con los míos. A pesar de la indiferencia que caracterizaba su rostro, este se iluminó con una amplia sonrisa al reconocerme.

Cuando vi que se acercaba a nuestra mesa, mi respiración se cortó.

—¡Clarke! —exclamó, lanzándose hacia mí, y en un instante ya estaba entre sus brazos.

¿No odiaba los abrazos?

Landon se quedó mirándonos con desconcierto.

—Beth —dije en un murmuro apenas audible.

—¿Os conocéis? —preguntó Landon.

—¡Por supuesto! Fuimos compañeras de habitación en un. . Bueno, que te lo diga ella mejor. —Su mirada se dirigió de nuevo hacia mí—. ¿Qué has hecho ya?

310

No entendí el contexto de la pregunta. Mi mente aún intentaba asimilar el encuentro.

—¿Eh?

Señaló a Landon con la cabeza, quien llevaba puesto su habitual uniforme de policía.

—Oh, esto. . Somos amigos.

—¿Y tú cómo estás? —me preguntó ella, cambiando de te-ma—. Me dijeron que te diste un buen golpe en las duchas.

¿Que cómo estaba?

Joder, vi cómo moría. Vi cómo su cuerpo se desplomaba como una marioneta, cómo su pecho dejaba de subir y bajar, cómo esos ojos color ámbar perdían su vida, cómo ese rostro, tan lleno de expresión, se volvía estático. Todavía recordaba el sonido sordo de su cuerpo al chocar contra el suelo.

¿Cómo era posible que ahora estuviera aquí frente a mí, sonriéndome como si nada hubiera pasado?

Y no solo eso. El estruendo de los disparos todavía retumbaba en mis oídos. Recordaba el humo consumiendo todo el conducto de ventilación, la sensación de asfixia mientras intentaba escapar de ese infierno. Recordaba la adrenalina bombeando furiosamente por mis venas y el miedo nublando mi mente mientras corría sin rumbo fijo.

De todo lo que recordaba, ¿qué era real y qué no?

—¿Clarke?

—Está mejor —intervino Landon, tratando de llenar el incómodo silencio que se había apoderado de la mesa.

Beth me miró con una mueca de confusión, como si notara que algo no estaba bien en mí.

—¿Estás molesta conmigo? Si es porque no me despedí de ti, puedo explicarlo. Me avisaron horas antes de que me daban la baja. Fue todo muy rápido, y tuve que irme ese mismo 311

día. Quise despedirme de ti, pero seguías descansando y pensé que. .

—Beth, no estoy enfadada —la interrumpí—. Me alegro muchísimo de verte.

Y lo dije con total sinceridad, remarcando cada palabra.

De hecho, nunca pensé que me alegraría tanto de verla.

Una sonrisa se asomó en sus finos labios, ahora algo a-grietados por el frío.

—¿Y qué haces fuera del hospi. .? —Abrió mucho los ojos, como si hubiese estado a punto de decir algo que no debía—.

Es decir, del. . bueno, ya sabes.

—Del hospital psiquiátrico. Sí, lo sé. —Landon volteó los ojos—. De hecho, estoy aquí por eso.

Beth volteó hacia mí.

—¿A ti también te han dado la baja?

—Ojalá —murmuré—. Me han dado un permiso de salida, pero en un rato debo regresar.

Beth iba a decir algo más, pero la camarera la llamó.

—Mi chocolate caliente me espera. —Sonrió—. Dales recuerdos a Lily, Maya y Adler de mi parte.

—Se los daré.

Beth se dirigió hacia la barra, y aproveché para mirar a Landon, quien me seguía observando con curiosidad. La seguí con la mirada a través de la cristalera, mientras se conectaba los auriculares de nuevo y se alejaba con pasos des-preocupados.

Pero no podía dejarla ir. Necesitaba confirmar lo que mi mente sospechaba.

Escuché que Landon me llamaba, pero mis pies ya se estaban moviendo hacia la puerta de la cafetería. Me abracé a mí misma para entrar en calor cuando el aire gélido de in-312

vierno me recibió, pero seguí avanzando.

—¡Beth, espera!

Pero no se detuvo.

—¡Beth!

Tuve que correr para alcanzarla. Le coloqué una mano en su hombro, y ella se giró con sorpresa en los ojos al tiempo que se desconectaba los auriculares.

—Clarke. ¿Qué pasa?

—¿Recuerdas algo de esa noche en el hospital?

—¿Qué noche?

—Antes de que te dieran la baja.

Arrugó la frente, tratando de hacer memoria.

—Me fui a dormir temprano. ¿Por qué?

Dejé caer mi mano de su hombro.

—Por. . nada.

—¿Eso era todo?

—Sí, supongo.

Asintió con algo de incomodidad.

—Deberías entrar. Te vas a congelar.

Dicho eso, conectó sus auriculares y siguió su camino. Me miró una última vez antes de regresar la mirada al frente.

Me quedé ahí de pie, inmóvil, asimilando lo que acababa de decirme. Landon llegó hasta mí y me colocó su chaqueta alrededor de mis hombros, cubriéndome con ella del frío.

—Beth nunca se iba a acostar temprano —murmuré para mí misma.

—¿De qué hablas? —inquirió él, confundido.

El aire gélido de la noche acariciaba mis mejillas mientras observaba a Beth alejarse.

313

** * **

Al llegar al hospital, la soledad me envolvió como un manto.

Nunca me acostumbraría a la frialdad que emanaba ese sitio.

La luz tenue de la recepción apenas logró disipar la oscuridad que me rodeaba cuando crucé la entrada del hospital. La mujer mayor que estaba detrás del mostrador, ocupada con papeleo, ni siquiera levantó la vista para mirarme mientras pasaba junto a ella.

Al doblar la esquina para adentrarme a la sala principal, me sorprendió la cantidad de gente que había congregada en ella. Pude percibir expresiones de preocupación en sus rostros mientras hablaban.

—¡Lo he visto, os lo juro! —declaró un chico, con los ojos ampliamente abiertos.

En una esquina, un grupo de chicas compartía la misma noticia inquietante.

—¡Os digo que era él! ¡Estoy segura! —alcancé a oír.

El rumor se propagaba como un fuego incontrolado, y mi curiosidad se mezclaba con la preocupación. ¿Quién era ese

«él» al que se referían, y por qué había tanta gente reunida en el pasillo?

Al vislumbrar a Lexi, Lily y Adler congregados en la sala, decidí acercarme a ellos. Las chicas intercambiaron miradas nerviosas cuando me vieron.

Por un momento pensé que me preguntarían cómo había ido la salida, pero nadie mencionó nada.

El rostro imperturbable de Adler no mostraba ninguna emoción, como siempre. Su mirada se cruzó con la mía por un breve instante, y con eso me bastó para saber que seguía molesto conmigo por lo que ocurrió en mi habitación.

314

—¿Alguien puede decirme qué está sucediendo?

Lexi, usualmente la más expresiva del grupo, titubeó antes de responderme.

—B-bueno, no estamos seguros, pero creemos que. .

El silencio se apoderó del lugar cuando escuchamos unos pasos resonar en el piso. Todos volvieron la mirada hacia el pasillo del que provenía, y un murmullo de sorpresa y temor se extendió entre los presentes.

Me giré para averiguar qué es lo que estaba viendo todo el mundo.

Mis ojos se clavaron hacia la figura que se estaba acercando. Su presencia imponente llenaba cualquier lugar al que acudiera. Su cabello, tan oscuro como la noche, caía en mechones desordenados sobre su frente. Su piel contrastaba con la intensidad de sus ojos, que parecían penetrar hasta lo más profundo de aquellos a quienes miraba. Cada movimiento suyo parecía calculado, como si estuviera siempre un paso por delante de todos los demás.

Y ese no podía ser otro que Nolan Jenkins.

Sus ojos fríos y calculadores se encontraron con los míos, y una tensión eléctrica se instaló en el aire. El temor se apoderó de mí, y por un instante, todo lo demás desapareció. La frialdad del hospital

se volvió insignificante ante la presencia del hombre cuyo nombre era sinónimo de peligro.

Dos guardias lo escoltaban, a pesar de llevar las manos atadas con esposas por seguridad. Cada uno de sus pasos estaba lleno de una confianza inquebrantable, como si estuviera acostumbrado a ser el epicentro de la atención, a pesar de las circunstancias.

A medida que se abría paso entre la multitud, la gente se apartaba, como si fuera un tiburón y nosotros un simple banco de peces que no podía hacer otra cosa que esquivarlo.

315

Mientras avanzaba por el pasillo, su mirada nunca se apartó de la mía. Era como si nuestros ojos estuvieran conectados por un hilo invisible, y sentí la oscuridad de su mirada penetrando en cada rincón de mi ser.

De repente, algo se movió a mi lado a toda velocidad, y antes de que pudiera reaccionar, el puño de Adler ya había impactado en la mandíbula de Nolan.

Todos los presentes parecieron respaldar a Adler, porque cuando los guardias trataron de retenerlo, varias personas lo impidieron.

Y entonces se desató la locura.

Los dos guardias, visiblemente superados en número, se vieron envueltos en una lucha tumultuosa. Personas de la multitud se unieron a la refriega, los cuales no dudaron ni dos segundos en agredir a los guardias con tal de apoyar a Adler. El caos reinó a mi alrededor en cuestión de segundos, con puños y gritos volando alrededor.

En un extremo se encontraban Adler y Nolan, y en el otro, esas personas que, movidas por la pasión del momento, formaron una

especie de banda en apoyo a Adler. Uno de los guardias trató de agarrar su porra, pero un hombre se abalanzó sobre él. Con una ferocidad repentina, el hombre de-rribó al guardia al suelo, desarmándolo y tomando la porra para usarla como arma propia.

Nolan, a pesar de estar esposado, demostró una destreza impresionante en la lucha, lo que me recordó el prodigio que era en el boxeo. Tenía una agilidad increíble, moviéndose con una gracia sorprendente. Aunque sus manos estuvieran atadas, su habilidad para esquivar y contraatacar era evidente.

Ahogué un grito cuando Adler empujó a Nolan con tanta fuerza que su espalda chocó con la pared más próxima en un sonido sordo. Una vez tuvo a Nolan acorralado, comenzó a 316

propinarle golpes sin parar. Nolan, a pesar de su musculatura y de ser unos centímetros más alto que él, estaba en una posición indefensa debido a las esposas que llevaba. Intentaba retener a Adler, pero cada golpe parecía minar su capacidad de defensa.

Jamás había visto a Adler tan fuera de sí. Apretaba los dientes con fuerza, disfrutando de cada rasguño que le hacía a Nolan. Estaba convencida de que en ese momento solo podía pensar en una persona; en su hermana.

Estaba desatando toda la ira que había estado acumulando contra él.

Miré a mi alrededor, alarmada. Nadie se atrevía a detener la brutal paliza. Aquellos que habían optado por mantenerse al margen vitoreaban a Adler, incitándole a que siguiera. Pero si seguía, iba a matarlo.

No pude explicarlo, pero algo se encendió dentro de mí cuando vi el rostro magullado y ensangrentado de Nolan. Y

era consciente de que no debería sentir ninguna lástima por él. Después de todo, había arrebatado la vida de cientos de mujeres, tanto niñas como adolescentes. Sin embargo, en ese momento, la fragilidad de su figura desató una respuesta i-nesperada en mi interior.

Empujé a las personas que se interponían en mi camino, abriéndome paso entre la maraña de gritos y golpes, hasta llegar a Adler. Traté de apartarlo de Nolan, pero al instante en que coloqué una mano en su espalda para retenerlo, sentí su codo clavarse en mi boca. No tardé en notar el sabor metálico. Llevé la mano a mis labios y vi el líquido rojo manchando mis dedos.

Adler se dio cuenta y su rostro se transformó momentáneamente, pasando de la furia descontrolada al arrepentimiento.

317

—Mierda. Lo siento, Clarke —musitó—. Yo. . No era. . no e-ra mi intención.

Desvié la mirada hacia Nolan, y vi el momento exacto en el que sus ojos se llenaban de rabia al ver la sangre en mi ma-no. Sentí tanto miedo al ver esa mirada, que me pregunté si sería la misma que ponía antes de matar a sus víctimas.

Nolan aprovechó que Adler estaba de espaldas a él. En un movimiento rápido, rodeó las esposas en su cuello e hizo presión en ellas, pegándolo a su pecho. Adler abrió mucho los ojos ante la repentina falta de respiración, llevándose las manos a su cuello.

Se inclinó para susurrarle algo a la oreja, pero no lo alcancé a oír.

—¡Nolan, basta! —grité.

Mantuvo su agarre firme, pero finalmente, después de un momento tenso, soltó a Adler. Este cayó al suelo, tosiendo y recuperando el

aliento. Me agaché para estar a su altura y comprobar que estaba bien. Su rostro estaba enrojecido, ya no solo por la furia, sino también por la falta de oxígeno.

Más guardias llegaron al pasillo, restableciendo el orden.

Los que estaban agrediendo a los guardias, al notar la presencia de refuerzos, empezaron a dispersarse, huyendo en distintas direcciones para evitar ser detenidos.

Nolan se dejó llevar por uno de ellos, aunque lanzó una mirada intensa en mi dirección antes de desaparecer por el pasillo.

Adler se levantó, ignorando mi ayuda, y fue en dirección hasta el baño. Me apresuré en ponerme de pie para seguirlo con pasos torpes.

—¡Adler, espera!

Sus pasos eran grandes zancadas que no estaba dispuesto a detener.

318

Antes de que pudiera entrar al baño de chicos, me coloqué justo delante de él, bloqueándole el paso.

—Apártate —espetó de mala gana.

Pero no lo hice. A pesar de que su comportamiento hacia mí me estuviera doliendo, elevé el mentón, sin dejar pisote-arme por nadie.

—¿O qué? ¿Vas a golpear a alguien sin motivo otra vez?

Desvió la mirada hacia mis labios, manchados de sangre.

—Joder, Clarke. No era mi intención.

—No me refiero a mí.

Por la forma en que sus ojos se oscurecieron, supe que acababa de comprender que el golpe al que me estaba refiriendo era al que le había propinado a Nolan, no a mí.

—¿Sin motivo? —repitió, irritado—. ¿Matar a mi hermana crees que no es un motivo suficiente?

Me miró fijamente, como si buscara algo en mis ojos.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó.

La repentina confusión hizo que frunciera el ceño.

—¿Hacer el qué?

—Lo has ayudado —contestó con un destello de molestia en su voz —. Has impedido que lo matara.

—No se solucionan así las cosas.

—¿Crees que hay una solución para lo que hizo?

—Lo único que sé es que la venganza no es la respuesta.

—¿Y tú qué sabes? ¿Crees que tienes alguna idea de lo que es perder a alguien así? ¿En manos de otra persona que mata por puro placer? —Sus ojos mostraban un dolor profundo, pero también resentimiento.

Apreté los labios con fuerza. No tenía respuesta para eso.

—No, por supuesto que no —contestó por mí.

—i¿Y qué querías que hiciera?!

—¡Nada! ¡No tendrías que haber hecho nada!

Nuestras voces retumbaron en el estrecho pasillo, atrayendo miradas curiosas de algunos guardias que aún patru-llaban la zona.

Sabía que lo siguiente que iba a decir lo destruiría por dentro, pero era necesario que lo escuchara. Si no se lo decía yo, no habría nadie que lo hiciese.

—Matar a Nolan no devolverá a Alyssa.

Mis palabras parecieron ser un filo cortante que se clavó en su corazón sin piedad, dejando una herida desgarradora.

Esa clase de herida que duele más por quién te la ha hecho.

—¿Cómo puedes ser tan fría? —murmuró con amargura—.

Si fuera alguien a quien amas, harías cualquier cosa para hacer justicia.

La verdad de sus palabras me golpeó como un puñetazo.

—¿Qué crees que te hubiese pasado a ti si lo hubieras matado? —cuestioné, pues necesitaba que entrara en razón.

—¿Estás segura que soy yo quien te preocupa?

La ira en sus ojos aún no se había disipado por completo, pero la mía sí.

—¿Qué estás insinuando?

—¿Sabes lo que me ha dicho mientras me tenía acorralado con sus esposas en mi cuello?

Recordaba el momento exacto en que Nolan le susurró al-go a Adler, pero no pude escucharlo.

Negué con la cabeza.

—Me ha amenazado, Clarke. Me ha dicho que si me atrevía a tocarte otra vez, era hombre muerto. Y que me tomara las palabras en serio teniendo en cuenta quién es.

¿Qué. .?

320

Eso era imposible.

¿Por qué Nolan le habría dicho algo así? ¿Por qué querría proteger al enemigo?

Pero entonces me pregunté otra cosa; por qué no le había revelado a nadie mi verdadera identidad. Había tenido la oportunidad de hacerlo, y había optado por mantenerse en silencio. De lo contrario, ya hubiese asumido las consecuencias y no seguiría en este lugar.

La paradoja de la situación me dejó sin palabras. No tenía ningún sentido.

¿A qué juego estaba jugando Nolan y cuál era su verdadero propósito?

321



14

Después del desayuno, nos convocaron a todos a una amplia sala de reuniones, normalmente utilizada para presentacio-nes médicas y sesiones informativas. Ofrecía suficiente espacio para acomodar a todos los internos.

Las sillas estaban distribuidas en filas frente a una pantalla grande, que ahora permanecía apagada. Tomé asiento en una de ellas junto a Lexi y Lily.

Podía imaginar por qué estábamos aquí cuando vi entrar por la puerta a la directora, con su habitual postura erguida y ese plante tan profesional.

Se colocó justo delante de la pantalla, con las manos entrelazadas por detrás. Su mirada firme recorrió la sala antes de posarse en cada uno de nosotros. Me dio la impresión de que sus ojos se clavaban en los míos más tiempo del debido.

El silencio se apoderó del lugar, solo interrumpido por el crujir de las sillas mientras nos acomodábamos nerviosos.

—Buenos días a todos —comenzó a decir—. Como sabrán, la situación de ayer fue inaceptable. No toleramos la violen-322

cia ni las confrontaciones en nuestras instalaciones. Estamos aquí para mantener un entorno seguro y terapéutico. Lo que ocurrió es completamente contrario a esos principios.

Mi mirada se desvió hacia Adler, que estaba unas filas más por delante de mí. Ya le había salido un moretón alrededor del ojo izquierdo en tonos púrpura y azul.

No volvimos a hablar desde que ocurrió lo de Nolan. Estaba segura de que empezaba a sospechar cosas.

—Dos miembros del personal resultaron gravemente heridos durante la confrontación. Ambos están recibiendo atención médica y se espera su pronta recuperación. Si este tipo de incidentes se repite, nos veremos obligados a tomar medidas más drásticas.

Aunque se escuchaban algunos murmullos entre los presentes, era evidente que nadie se atrevía a expresar en voz alta lo que comentaban entre ellos.

—Adler Hall, en pie —dijo de pronto.

Todas las miradas de los presentes se posaron en él. Adler, que hasta ahora se había mantenido cabizbajo, oculto ba-jo su capucha, hizo lo que le pidió y se levantó de su silla.

—Debido a su participación activa en la agresión y ser directamente quien la causó, será trasladado a la unidad de tratamiento residencial durante un periodo de tiempo que a-ún está por determinar.

La noticia no pareció afectarle demasiado, o simplemente llevaba puesta esa máscara de serenidad que le permitía so-brellevar las emociones sin mostrar vulnerabilidad.

Hizo ademán de sentarse de nuevo. Sin embargo, la directora añadió con voz firme:

—No he terminado.

Adler tensó la mandíbula, pero dejó que siguiera hablando.

323

—El arrepentimiento es fundamental para poder progre-sar en este lugar, es el primer paso hacia el cambio y la recuperación. Sin él, su proceso aquí será más complicado. ¿Se a-rrepiente de lo que hizo?

Ni siquiera titubeó antes de contestar:

—No.

Supuse que no era la respuesta que quería la directora.

Un murmullo inquieto se extendió por la sala mientras algunos internos compartían miradas de sorpresa.

Fue entonces cuando alzó la cabeza y sus ojos se encontraron con los de la directora por primera vez desde que había entrado a esa sala.

—Lo haría una y otra vez hasta conseguir lo que quiero

—añadió.

La directora inclinó la cabeza, curiosa.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Matarlo.

La declaración de Adler dejó a todos boquiabiertos.

—Quiero acabar con su vida, hacer con mis propias manos que su corazón deje de latir, y sus pulmones se vacíen de aire hasta que acabe con su último suspiro —profirió con una ferocidad que jamás había visto de él—. No merece vivir, y haré lo que sea necesario para asegurarme de que pague por cada vida que ha quitado. No pienso quedarme de brazos cruzados, no mientras ese monstruo siga respirando.

Las impactantes palabras de Adler dejaron un silencio tenso que fue rápidamente roto por un chico de unas filas más atrás, que se puso en pie de golpe con el puño alzado mientras gritaba:

—¡Bien dicho!

El grito desató una ola de fervor entre los presentes, y fue 324

seguido por un coro espontáneo de vítores y aplausos, como si todos estuvieran de acuerdo con la justicia que Adler quería hacer por sus propios medios.

Más personas no tardaron en levantarse de sus sillas, mostrando su apoyo.

—¡Muerte para Nolan, justicia para todos! —exclamó Adler, alzando un puño.

—¡Muerte para Nolan, justicia para todos! ¡Muerte para Nolan, justicia para todos! —repitieron todos con la misma determinación, creando un estribillo que era lo único que resonaba en la sala.

Los rostros que antes reflejaban asombro ahora eran expresiones de apoyo y, en algunos casos, hasta admiración por la valentía de Adler al expresar lo que muchos quizás pensaban pero no se atrevían a decir.

Lexi y yo intercambiamos miradas inquietas. Lily optó por taparse los oídos con los ojos cerrados, como si quisiera ais-larse de la sala.

La directora hizo un ligero movimiento con la cabeza al grupo de guardias que estaban posicionados estratégicamente alrededor de la sala. Adler no opuso resistencia cuando dos de ellos se acercaron y retuvieron sus manos detrás de su espalda.

Fue conducido por los guardias hacia la salida. Mientras pasaba junto a mi fila, me lanzó una mirada cargada de odio.

Estaba convencida de que, después de lo que ocurrió ayer, ya no me miraría de otra forma que no fuese esa.

—La reunión se da por finalizada —sentenció la directora, aunque su voz quedó eclipsada por los gritos eufóricos de los presentes.

Lexi, Lily y yo nos pusimos en pie, siguiendo el flujo de la multitud para abandonar la sala en la que, en cuestión de se-325

gundos, había reinado el caos.

Cuando la directora pasó por mi lado, se detuvo frente a mí con una pequeña sonrisa victoriosa que no comprendí hasta que me dijo:

—Eso es lo que pasa, señorita Emmett, cuando dejo que Nolan Jenkins entre en estas instalaciones. ¿Ahora entiende por qué tuve que retenerlo en otro lugar?

Antes de que pudiera responder, continuó su camino.

* * *

Taché con el bolígrafo lo que acababa de escribir.

Sentada en mi cama con un cuaderno a mano, había plas-mado detalladamente todo lo que había intentado para resolver el misterio de Nolan. Sin embargo, a medida que las palabras fluían, también se deslizaban tachaduras sobre ellas, reflejando los intentos fallidos y las estrategias que no habían llevado a ningún lado.

Había probado de todo; hablar con pacientes y personal del hospital, indagar en las cosas de Nolan, investigar los expedientes médicos que la directora tenía en su despacho, acceder a la unidad de tratamiento residencial. . Y nada de eso me había resultado del todo útil. Excepto lo último, claro. E-so hizo que la investigación tomara un rumbo distinto.

Una idea fugaz cruzó mi mente y la plasmé en la hoja.

Pero para ello necesitaría una cosa. Me puse en pie, rebuscando entre los bolsillos de mi chaqueta para asegurarme de que aún lo tenía. Entonces noté algo en mi mano y lo saqué.

Di gracias a todos los dioses que no me hubiese deshecho de ella.

Até los cordones de mis zapatillas y me subí la cremallera 326

de mi sudadera hasta el cuello antes de salir de mi habitación.

ANÓNIMO

Vi cómo salía de la habitación y se ocultaba con la capucha de su sudadera, manteniendo la cabeza gacha para evitar miradas curiosas.

¿A dónde iba ahora?

La había estado observando desde que llegó, siguiéndola muy de cerca y pisándole los talones. Siempre había sospechado de ella, pero cada vez tenía más claro que no era quien decía ser.

Me deslicé entre las sombras, observando atentamente cada movimiento que realizaba, cada paso que daba. Intenté moverme con destreza, utilizando las esquinas y las paredes para mantenerme fuera de su campo de visión.

Después de bajar las escaleras y cruzar varios pasillos, acabamos en el patio interno del hospital. Maldije por lo bajo cuando el aire nocturno rozó mi piel desnuda. No pensé que saliera al exterior.

A medida que avanzaba, me iba ocultando detrás de las columnas de mármol que sostenían el peso del edificio, manteniendo una distancia prudente con ella. Escondida detrás de una de las columnas, asomé sigilosamente la cabeza para observarla. Fue entonces cuando presencié cómo sacaba al-go de su bolsillo.

Una tarjeta metálica.

La insertó en una ranura discreta en la pared. Un suave zumbido resonó en el aire mientras la puerta se abría. Di un respingo cuando su cabeza se giró de golpe hacia mi dirección, y tuve que ser más rápida que ella para que no me vie-327

ra. Después atravesó el umbral, desapareciendo en la oscuridad del interior.

Mierda. Mierda. Mierda.

Si entraba allí, iba a descubrir todo lo que habíamos tratado de ocultar.

Regresé corriendo para contárselo a los demás.

JULES

Cuando se cerró la puerta detrás de mí, los paneles de luz del techo comenzaron a parpadear hasta encenderse por completo, activados por el sensor de movimiento.

A medida que dejé caer lentamente la capucha, mis ojos se posaron en ese lugar, repleto de pantallas de ordenadores alineados en filas. No había cámaras de seguridad, algo en lo que me había fijado desde el principio.

Todo hospital psiquiátrico tiene un ala administrativa donde se gestiona el funcionamiento interno, los registros y las operaciones diarias. Solo debía encontrarla. Sospeché que sería este lugar cuando una noche desperté a causa de las pesadillas y me asomé a la ventana, que daba directamente al patio interno, tratando de encontrar calma en el paisaje.

Fue entonces cuando vi a un grupo de personas saliendo por esa puerta con carpetas y archivos a mano.

Con paso decidido, me acerqué a uno de los ordenadores.

La silla giratoria crujió suavemente cuando me senté en una de ellas. Busqué el botón de inicio y lo presioné, haciendo que la pantalla iluminara mi rostro.

Estos ordenadores estaban destinados exclusivamente al personal autorizado, que debían poseer una tarjeta metálica para acceder al sistema. Lo que no contaban es que alguien que no fuese del personal pudiese llegar tan fácilmente a e-328

lla. Por eso, cuando me pidió la contraseña del ordenador, tan solo tuve que insertar los números que había en la tarjeta para acceder.

La adrenalina fluía por mis venas, esa adrenalina que aparece cuando sabes que estás haciendo algo mal, pero te impulsa a seguir haciéndolo.

Mi mirada se desplazó por los iconos del escritorio. Después de unos interminables minutos de exploración, encontré una carpeta llamada «expedientes médicos». Deslicé el ratón hasta ella. Al abrirla, reveló los historiales clínicos detallados de todos los pacientes, además de informes de terapias, notas de los médicos y más.

Pensé que acceder a las oficinas administrativas del hospital podría proporcionarme información más detallada sobre Nolan. Además, podía consultar cualquier información por internet, algo que ya empezaba a echar de menos.

Eso era lo que había escrito en mi cuaderno, y esperaba que no fuese otra estrategia que no llegara a ninguna parte.

A medida que revisaba los archivos dentro de la carpeta, mi respiración se volvía más superficial, y mis ojos se movían frenéticamente sobre los nombres de los pacientes.

Después de unos momentos de búsqueda ansiosa, encontré su nombre.

Las fechas indicaban que lo habían trasladado el 16 de noviembre de 2020, y desde entonces había residido en este hospital, lo que significaba que llevaba cuatro años aquí. Los registros también proporcionaban información sobre la razón detrás de su traslado. Fue por motivos clínicos, nada que no supiera antes.

Mientras continuaba revisando los registros, un escalofrío recorrió mi espalda al darme cuenta de que algo no cuadraba. Las fechas de traslado y la información sobre la razón de-329

trás de la decisión parecían estar alineadas, pero mi intuición de investigadora privada me indicaba que algo no estaba bien.

Me fijé en que los historiales médicos de todos los pacientes tenían la firma de un profesional de salud mental; Richard James. Esta firma no solo autenticaba la información, sino que también garantizaba la responsabilidad y la autoría de los datos registrados.

Abrí el navegador e inserté su nombre. Según la información de internet, era un psiquiatra altamente respetado y u-no de los más demandados en Virginia. Su reputación destacaba por varias razones; experiencia y trayectoria profesional, especialización en diversas áreas, metodologías innova-doras. .

Estreché los ojos cuando se presentó frente a mí la siguiente información:

Nacimiento: 11 de septiembre del 1937

Defunción: 13 de noviembre del 2020

Abrí nuevamente la pestaña de los registros médicos y observé detenidamente el expediente de Nolan, comparando las fechas. Mi corazón latió más rápido mientras asimilaba la información que se presentaba ante mí.

Oh, Dios.

La firma de Richard James, plasmada en el expediente de Nolan, desafiaba la lógica temporal. Días después de su falle-cimiento, su firma figuraba en documentos médicos. Simplemente era inconcebible que él hubiese firmado tal expediente. La única conclusión plausible era que habían falsificado su firma, desatando una verdad inquietante: 330

Los archivos estaban falsificados.

Esta información era todo lo que estaba buscando desde que llegué aquí, todo lo que necesitaba. Con esto, al fin podría salir del hospital. Y no precisamente con las manos vacías.

Joder, por supuesto que no había encontrado nada en el despacho de la directora. Porque estaba todo aquí.

Giré mi cabeza cuando me pareció oír un ruido externo, pero no se volvió a repetir, así que traté de tranquilizarme.

Tomé una respiración profunda y me apresuré en realizar u-na copia del expediente de Nolan.

Una vez completada la descarga, el siguiente paso era enviarlo a Foster. Sin más preámbulos, abrí mi correo electrónico. Escribí su mail, que por suerte me lo sabía de memoria tras comunicarme con él tantas veces, y adjunté el archivo.

Al hacer clic en «enviar», sentí un peso liberador.

La evidencia más crucial de mi investigación estaba lista para ser compartida, pero el tiempo jugaba en mi contra. Mi pierna se movía frenéticamente mientras observaba la barra de progreso. Mientras el documento se cargaba lentamente, la espera se volvió casi insoportable.

30%. . 35%. . 40%. .

De pronto, escuché unas voces que provenían del patio interno.

55%. . 60%. . 65%. .

—Vamos —murmuré, con el corazón en la garganta.

Esta vez oí las voces detrás de la puerta. Y todo apuntaba a que iban a entrar. Pero no me importaba. Había encontrado la pieza crucial que necesitaba, y con ella, la posibilidad de salir del hospital con la verdad en mis manos. No iba a irme ahora.

331

80%. . 85%. . 90%. .

Entonces la pantalla se apagó de golpe.

—¡No! —grité, desesperada.

Mi dedo se aferró al botón de encendido, apretándolo tantas veces como fuera necesario para encenderla de nuevo, pero no respondía. La frustración y la ansiedad se apoderaron de mí mientras luchaba con la incertidumbre de si mi mensaje habría sido enviado antes de que la pantalla se sumiera en la oscuridad total.

Fue entonces cuando me di cuenta de que se había ido la electricidad de toda la sala administrativa, iluminada únicamente por las luces de emergencia.

Segundos después, escuché fuertes golpes en la puerta.

Estaban intentando entrar, pero no podían porque la puerta también iba con un sistema de electricidad. Me puse en pie de golpe, buscando desesperadamente cualquier otra salida.

Pero en ese lugar solo había una puerta, y no era una opción salir por ahí.

Mis ojos recorrieron cada esquina de la sala. La idea de ocultarme bajo una mesa cruzó mi mente, pero rápidamente la descarté. Sería el primer lugar donde buscarían.

Los golpes seguían resonando, y aunque la puerta vibrara en respuesta, se mantenía firme.

—No me puedo creer que de verdad seas detective.

Oh, no.

Otra vez su voz.

—Ahora no, Nolan —mascullé, entrando en pánico por la desesperación.

—¿No crees que este es un buen momento?

Incluso en mi propia mente noté el sarcasmo en su voz.

—No, no tengo tiempo para escuchar una voz que ni si-332

quiera es real. Como podrás observar, estoy en una situ…

—Tienes una ventana detrás de ti, Jules.

Fruncí el ceño, pensando que no era posible que se me hubiese escapado ese detalle. Pero entonces me giré sobre mis talones y vi que, efectivamente, había una ventana que conectaba con otro rincón del patio interior. Entre su tamaño, algo estrecha, y la oscuridad, ni siquiera me había fijado.

Aunque era pequeña, evalué rápidamente las posibilidades de poder pasar por allí.

Sí, parecía la única opción.

Me acerqué a ella, pero estaba como a dos metros de altura. Ni saltando llegaría a ella.

—Usa una silla.

—No hacía falta que me lo dijeras, ya lo había pensado.

—Ya, claro.

Arrastré una de las sillas y la coloqué justo debajo de la ventana, pegada a la pared.

De pronto, me di cuenta de que ya no se escuchaba nada ahí afuera. El silencio que siguió fue casi más aterrador que los golpes anteriores. Mi ceño se frunció, pensando en que tal vez se habrían ido y. .

Ahogué un grito cuando la puerta se desplomó en un fuerte estruendo, chocando contra el suelo.

—¡Allí! —gritó un guardia, señalándome—. ¡Que no escape!

Subí a la silla y abrí el cristal antes de impulsarme hacia arriba con la ayuda de mis manos. Un escalofrío recorrió mi espina dorsal mientras me deslizaba por la abertura. Logré pasar medio cuerpo, pero antes de que pudiera sacar mis piernas, una mano firme agarró mi tobillo. Miré hacia abajo y me encontré con la mirada furiosa de Marlon.

—¿A dónde te crees que vas, querida? —inquirió, mostrán-333

dome esa sonrisa cínica.

Tiró con fuerza hacia mí, pero me agarré firmemente a los bordes de la ventana. Con la pierna que tenía libre, le lancé una patada con fuerza a la cara, sintiendo el crujir de algún hueso bajo mi suela. El agarre se aflojó momentáneamente cuando Marlon se llevó la mano a su nariz, dolorido. Aproveché la oportunidad para liberarme y salir al exterior.

—¡Será zorra! —escuché que bramaba.

Salí al patio y, sin perder tiempo, comencé a correr. La adrenalina impulsaba mis piernas a toda velocidad, pero antes de que pudiera llegar mucho más lejos, un grupo de guardias apareció desde el otro lado y bloqueó mi camino. Tampoco es que pudiese llegar muy lejos teniendo en cuenta que estaba encerrada en un hospital psiquiátrico.

Una risa irónica resonó en el aire. Me giré y vi a Marlon limpiándose la sangre de la nariz. La expresión de triunfo en su rostro me hizo estremecer. Se acercó a mí con determinación y, cuando estuvo a apenas unos centímetros de mí, me agarró del cuello de la camisa con un puño firme.

—Escúchame bien, zorra —murmuró cerca de mi oreja, sintiendo su aliento a escasos centímetros de mi piel—. No sé qué hacías ahí dentro, pero te aseguro que la directora será el menor de tus problemas.

Cuando me soltó, lo hizo con tanta fuerza que me tamba-leé hacia atrás. Pero no me caí al suelo porque dos guardias que estaban detrás de mí se apresuraron a sujetarme por ca-da brazo, arrastrándome hacia donde ya suponía que me llevarían.

Al llegar al despacho, entré sola con Marlon. Los otros guardias se quedaron fuera. La luz tenue de la lámpara que había en su escritorio iluminaba su rostro cansado, pero a pesar de eso no parecía tener intención de dejar de trabajar.

334

Estaba concentrada leyendo unos archivos.

Cuando escuchó la puerta abrirse, alternó la mirada entre Marlon y yo, fijándose detenidamente en la sangre que le brotaba en la nariz.

—¿Qué ha. .?

—Me ha golpeado —se adelantó Marlon, haciendo presión en mi antebrazo con fuerza.

Madeline, la directora, se puso en pie. Me escrutó con la mirada, mostrando una mezcla de enfado y decepción.

—¿Cuántas veces he dicho que evitéis los enfrentamientos físicos? —inquirió, con un tono de voz que revelaba su molestia—. No llevan a ninguna parte. ¿Es que acaso la charla que os he dado esta mañana no ha servido de nada o qué?

Tragué saliva con fuerza y bajé la cabeza.

—La hemos encontrado en las oficinas administrativas

—informó Marlon.

La directora se mostró pensativa por un momento, como si estuviera sopesando varias opciones en su mente, pero no dijo nada al respecto. Simplemente se limitó a asentir con la cabeza.

—¿No le va a preguntar qué hacía allí? —cuestionó Marlon—. ¿O cómo consiguió entrar?

—Es evidente cómo —contestó la directora, acercándose y extendiendo la mano hacia mí.

Solté un suspiro y metí la mano en el bolsillo para dársela.

La directora tomó la tarjeta y la examinó detenidamente antes de guardarla en su propio bolsillo.

—¿Y no quiere saber qué demonios hacía en las oficinas?

—Los jóvenes se aburren, Marlon. Es parte de su naturaleza. Si los mantienes mucho tiempo encerrados en un lugar, es normal que busquen maneras de entretenerse —respon-335

dió Madeline, sorprendiéndome con su actitud despreocupada.

—Pero. .

—De hecho, estos días he estado considerando una idea.

—Rodeó la mesa y se sentó al borde de ella—. En estos últimos meses han habido muchos incidentes, y todos son conflictos originados entre los internos. Es evidente que el ambiente en el centro no favorece el bienestar ni la rehabilita-ción de los pacientes. Por eso, pensé en un enfoque diferente, algo que pueda cambiar la dinámica y contribuir al progreso de todos.

Marlon y yo la escuchamos, expectantes.

—Estaba pensando en organizar excursiones alrededor de los bosques para que los jóvenes conecten con la naturaleza.

Ahora, después de este incidente, veo con más motivos aún la necesidad de implementar este enfoque innovador.

La propuesta de la directora me dejó atónita.

—¿Está de coña? —cuestionó Marlon—. ¿Una paciente se cuela en las oficinas y lo único que se le ocurre a usted es organizar escapadas por el bosque?

—No esperaba que estuviese de acuerdo, Marlon. Pero no se le debe olvidar que la directora de este centro soy yo. Usted solo se dedica a protegerlo, yo a gestionarlo. Ahora, si no tiene nada más que aportar, le pediría que me dejara para que pueda hablar con la paciente en privado.

Marlon apretó los dientes con tanta fuerza que me dio miedo la rabia que estaba acumulando, especialmente porque esa rabia iba dirigida hacia mí. Pero no dijo nada más al respecto. Al fin liberó su agarre, sintiendo que la sangre volvía a circular por mi brazo, ahora adormecido.

Me sobresalté cuando escuché la puerta cerrarse de un portazo.

336

La directora tomó asiento otra vez. El silencio en el despacho se hizo bastante pesado. No sabía si debía disculpar-me, agradecerle por no haberme impuesto ningún castigo o esperar a que hablara ella.

Al final, me decanté por romper yo misma el silencio.

—Directora Gerlach, yo. .

—No hace falta que se justifique —me cortó—. Entiendo perfectamente por qué lo hizo.

Se formó un nudo en mi garganta.

—¿Ah, sí?

Madeline sonrió enigmáticamente.

—Claro. Quería buscar la manera de encontrarse de nuevo con Adler. He estado observando últimamente que hay un vínculo especial entre vosotros.

El nudo en mi garganta se deshizo de golpe.

—Oh, sí. . Claro.

—No la juzgo por eso. A veces el amor nos impulsa a hacer cosas extraordinarias.

La frase quedó flotando en el aire. Hubo una pizca de melancolía en ella, como si entendiera esa sensación.

—¿Puedo preguntarle en qué van a consistir esas escapadas?

—La idea es llevaros fuera del entorno hospitalario. Creo que la naturaleza tiene un poder curativo y que la experiencia al aire libre puede contribuir al bienestar mental de los pacientes. Realizaréis actividades en el bosque para fomentar el trabajo en equipo y así daros la oportunidad de conoceros mejor.

Asentí con la cabeza, dándole a entender que lo había comprendido.

—No será obligatorio, solo participarán aquellos que estén 337

dispuestos. Será una oportunidad para hacer algo diferente

—añadió Madeline, sorprendiéndome con su tono inusualmente comprensivo.

—¿Y qué pasa con los de la última unidad?

—Por ahora, no puedo considerar la posibilidad de inclu-irlos en estas actividades.

Me analizó con la mirada, como si pensara justamente lo que se me estaba rondando por la mente. O más bien quién, porque añadió:

—Eso incluye a Nolan.

—Claro. —Forcé una sonrisa—. Lo suponía.

—Bien, en ese caso ya puede retirarse.

Salí del despacho de la directora con un sabor amargo en la boca.

¿Qué acababa de pasar?

¿Por qué en vez de regañarme por un presunto comportamiento inapropiado, había propuesto algo tan inusual co-mo dejar salir a los pacientes?

* * *

El aire fresco y el sonido de la nieve crujir bajo nuestros pies era lo único que se escuchaba, creando una atmósfera diferente a la habitual dentro de las paredes del centro. Había aceptado participar en la excursión propuesta por la directora Madeline, y hasta ahora, todo transcurría de manera tranquila.

Tuve que apartarme un poco cuando una chica pasó corriendo por mi lado, gritando desesperadamente mientras huía de un chico que tenía una serpiente enroscada en un palo con una sonrisa malvada.

—Estoy convencida de que ese chico hubiese sido Beth

—comenté divertida, observándolo.

—Que no te quepa ninguna duda —contestó Lexi.

Mi sonrisa se desvaneció un poco mientras seguíamos avanzando por el bosque junto a los demás.

—La vi el otro día, cuando me dieron el permiso de salida.

Lexi se giró hacia mí.

—¿De veras? ¿Y cómo estaba?

«Viva» «Estaba viva»

—Bien, como siempre. —Me encogí de hombros.

Asintió en silencio.

—Oye, quería preguntarte una cosa.

Volteé hacia ella, curiosa.

—Esa noche. . Bueno, cuando vimos a Nolan. . Lo prote-giste porque es parte de la investigación, ¿no?

Fruncí el ceño.

—Pues claro. ¿Por qué iba a ser, sino?

—Bueno. ., es que Landon, si lo hubiese tenido enfrente. .

Ya sabes, por lo de su hermana.

Sí, lo habría matado si le hubiese surgido la oportunidad.

Era muy consciente.

—No sabemos si fue él.

—Vamos, Jul. . Clarke —corrigió—. Desapareció días después de que Nolan llegara al pueblo. Tiene que haber sido él.

—Sin pruebas, no hay culpable. Y sin cuerpo, no hay delito. Así de simple.

Me miró de reojo.

—¿Entonces crees que está viva?

«Anne»

339

Todavía me acordaba de esa pequeña. Apenas tenía cinco años cuando desapareció, y aunque nunca llegué a conocerla, Landon siempre me hablaba muy bien de ella. Decía que era muy inteligente para la edad que tenía, y que siempre mostraba asombro ante el mundo que la rodeaba. Él estaba convencido de que era una niña muy especial. Y, bueno, teniendo en cuenta que Landon era su hermano, yo también lo creía.

Después de su desaparición, la familia de Landon quedó devastada. La búsqueda no condujo a ninguna pista sólida, y con el tiempo, el caso se cerró sin resolverse. Habían pasado varios años desde aquel trágico episodio, pero Landon aún llevaba consigo el peso de la pérdida. A veces, en la comisaría, lo pillaba con la mirada perdida en recuerdos que aún le dolían. Pero siempre que le preguntaba si estaba bien, nunca reconocía el dolor que en realidad sentía.

—Han pasado muchos años —admití—. Pero si hay algo que me ha enseñado mi trabajo, es que nunca debes dar por hecho algo.

Mi mirada se cruzó con la de Marlon, que le había tocado ser uno de los guardias de seguridad durante la excursión.

Caminaba unos pasos por delante de nosotras, observando a todos los internos con atención. Supuse que desconfiaba de todos nosotros, como si cualquiera fuese a escaparse. Lo cierto es que ganas no me faltaban.

No le había contado nada a Lexi sobre lo que vi en ese ordenador. Sin pruebas contundentes, no iba a creerme. Tenía que encontrar una manera de volver a esas oficinas y enviar a Foster esos documentos.

Continuamos nuestra caminata en silencio, cada una perdida en sus pensamientos mientras nos adentrábamos más en el bosque. La luz matutina del sol se filtraba a través de los altos pinos cubiertos de nieve, creando destellos mágicos 340

de un blanco pulido.

Siempre me había gustado el paisaje que ofrecía un bosque cubierto de nieve. Cada rama estaba decorada con un manto de nieve que crujía suavemente con cada ráfaga de viento. El aire fresco y nítido nos envolvía, haciendo que ca-da inhalación se sintiera liberadora.

Lexi rompió el silencio, volviendo al tema anterior.

—Siempre me pareció extraño que Nolan Jenkins llegara al pueblo justo antes de que ella desapareciera. Y no fue la única, después empezaron a desaparecer más chicas. Algunas siguen sin aparecer, y otras ya han encontrado sus cuerpos. Solo espero que si un día aparece el cuerpo de Anne, sea con vida.

Era una sospecha que había cruzado mi pensamiento más de una vez, pero sin una evidencia tangible, no podíamos acusar a alguien sin más.

—Es una coincidencia, Lexi. No podemos basar nuestras sospechas solo en eso.

—¿Por qué te empeñas tanto en protegerlo?

Me detuve en seco y la observé detenidamente, tratando de entender de dónde venía su desconfianza.

—¿De verdad crees que lo estoy protegiendo? —pregunté, incrédula.

—Solo digo que, a veces, confiamos demasiado en nuestro trabajo y perdemos de vista nuestra intuición. Puede que no haya pruebas concretas, pero siempre he creído en la energía que emana de las personas. Y la de Nolan. . no sé, siempre me ha parecido inquietante.

Desvié la mirada, y entonces fue cuando vi a Nils acercarse a nosotras.

—Ey, chicas.

341

—Nils —dije a modo de saludo, sonriéndole.

Pero mi atención se desvió rápidamente hacia Margot, quien lo acompañaba, y ahí fue cuando mi sonrisa duró tres segundos contados.

—¿Cómo va la excursión? —preguntó Nils.

Mi mirada seguía evaluando cada movimiento de Margot.

—Bien, gracias. Estábamos disfrutando del paisaje —respondió Lexi con cortesía.

—¿Queréis veniros con nosotros?

—¿A dónde? —pregunté.

—Hay un lago congelado a unos cien metros de aquí —explicó él—. No se nos permite ir, pero hay tanta gente que no creo que se den cuenta de que desaparecemos un rato.

Lexi y yo intercambiamos miradas, pero supe la respuesta de Lexi cuando una sonrisa iluminó su rostro.

—No es buena idea —le advertí, pero ella seguía con esa sonrisilla.

—¿Por qué no? No se van a enterar.

—¿Nos han dado la posibilidad de salir y vais a arruinarlo de esta manera? ¿Y si nos pillan qué?

—Oh, vamos —se quejó Margot—. No seas aguafiestas. Deberías hacer caso a tu amiga.

Eché un vistazo a los guardias, que estaban concentrados charlando. Estaba convencida de que incluso a ellos les había dado un respiro este tipo de escapadas, pues también era u-na oportunidad para que pudiesen salir de entre esas cuatro paredes y hacer su trabajo de una forma distinta.

Solté un largo suspiro.

—De acuerdo. Pero no tardemos demasiado.

Unos minutos más tarde, el lago se extendía ante nosotros, cubierto por una capa uniforme de nieve glacial que 342

brillaba bajo la luz del sol invernal. Más allá, al otro lado, se podían apreciar las laderas de las montañas, todas nevadas, como si las hubiesen pintado de blanco. Era realmente hermoso.

Nils se colocó a mi lado, metiendo las manos en sus bolsillos para entrar en calor.

—Es bonito, ¿eh?

—Sí, lo es —contesté, observando fascinada el paisaje.

Nils y yo permanecimos en silencio mientras observába-mos cómo algunas personas decidían aventurarse en el lago congelado, deslizando sus pies sobre la capa de hielo, fingiendo que estaban patinando. Tan solo se escuchaban risas y carcajadas.

Ver a la gente sonreír era agradable, últimamente no estaba acostumbrada a ver a la gente divertirse. De alguna forma me recordaba que, a pesar de las circunstancias, todos éramos seres humanos que anhelábamos la felicidad. Y la buscábamos incluso en las cosas más insignificantes.

—Tú y Adler. . Bueno, vosotros. . —Se aclaró la garganta, como si no supiera cómo continuar.

—¿Me vas a preguntar si nos hemos acostado?

Abrió mucho los ojos.

—¿Qué? ¡No! Eso no sería nada galán de mi parte.

—Así que decidiste enterarte por terceros para mantener tu galantería, ¿no es así? —respondí con una sonrisa burlona.

Nils pareció visiblemente avergonzado al darse cuenta de lo que estaba sugiriendo con mis palabras.

—Menuda chivata… —murmuró, refiriéndose a Beth.

Solté una carcajada.

—Tranquilo, Adler no quiere saber nada de mí, así que no hay un nosotros.

Asintió con la cabeza en un gesto ligero, haciendo que algunos rizos de su pelo se asomaran por su frente.

—En otras circunstancias te hubiese pedido una cita, pero aquí lo único que puedo hacer es ofrecerte este magnífico paisaje.

Emití una risa que emergió de forma natural por mi garganta. Nils era un chico con el que podías hablar de cualquier cosa, que siempre acabarías riéndote con él. Las pocas veces que había hablado con él me lo había demostrado.

—¿Eso es que la cita está yendo bien? —Nils enarcó una ceja.

—Es que, verás. . yo no. .

—Amigos, entonces —reafirmó, mirándome con una sonrisa cómplice antes de que la situación se volviese más incómoda.

Ni siquiera hizo falta que diera una justificación, lo entendió perfectamente. Por eso me agradaba tanto ese chico.

—Amigos —repetí, sonriendo.

Busqué con la mirada a Lexi, que estaba charlando con un grupo de chicas que acababa de conocer. Admiraba la facilidad con la podía hacer amigos, yo desconfiaba hasta de mi propia sombra.

—¿Alguna vez has patinado en un lago congelado? —preguntó de repente.

—Ni siquiera me atrevo a meterme. Me da un poco de mie. .

Me corté a mí misma cuando noté que me agarraba por las rodillas, y segundo después, estaba colgando de sus hombros. Tan solo veía su espalda.

—¡Nils! ¡Ni se te ocurra! —exclamé, mientras intentaba e-quilibrarme.

Pero por supuesto que lo hizo, y comenzó a trotar hasta el lago. Una vez nos adentramos en él, me bajó de nuevo con suavidad.

—Solo te estaba ayudando a decidirte. —Nils se encogió de hombros.

Le di un golpe en el hombro.

—Eres idiota.

Nils empezó a deslizarse elegantemente sobre el hielo, como si fuese todo un profesional, mientras yo intentaba mantener mi equilibrio tambaleante.

—Vamos, muévete, pareces un muñeco —se mofó de mí, patinando a mi alrededor.

—No pienso moverme. Si lo hago, seguro que me caigo.

Nils se detuvo frente a mí y me ofreció una mano.

—Te prometo que no te dejaré caer.

Vacilé por un momento antes de aceptar su mano. Juntos, comenzamos a deslizarnos en círculos, y aunque al principio me sentía torpe y nerviosa, poco a poco fui relajándome. La risa y los gritos de diversión de la gente resonaban en el aire, y por un momento, olvidé dónde estábamos y quiénes éramos.

De pronto, sentí que alguien chocaba contra mi costado con tanta fuerza que perdí el equilibrio. Caí de espaldas sobre el hielo con un golpe sordo, sintiendo cómo las manos se deslizaban sobre la superficie fría y áspera. El contacto con el hielo me quemó ligeramente las manos, haciendo que soltara un quejido de dolor.

Alcé la mirada hacia la persona que me había hecho caer sin querer, pero cuando me encontré con la sonrisa malicio-sa de Margot, supe que ese golpe había sido adrede.

—Ay, lo siento —se disculpó, colocando una mano de for-345

ma dramática sobre su pecho—. Qué torpe soy.

—Sí, seguro que lo sientes mucho. —Volteé los ojos.

—Solo estaba divirtiéndome —contestó, encogiéndose de hombros —. Pero si no puedes soportar un pequeño tropezón en el hielo, tal vez deberías quedarte en tierra firme.

La rabia ya bullía en mi interior, ese era el efecto que causaba en mí cada vez que abría la boca.

Margot se agachó para quedar a mi altura, y con una sonrisa burlona en el rostro añadió:

—Solo era para recordarte la facilidad con la que puedo hacerte caer.

Me levanté del suelo, ignorando el dolor en las manos y la sensación incómoda del agua derretida en mis pantalones.

No iba a dejar que Margot me humillara.

—¿Te duele algo? —siguió con sus provocaciones—.

¿Quieres que llame a un guardia para que te cuide? Ah, no, espera. Ese es Adler, y desgraciadamente no está aquí.

Margot soltó una risita, como si hubiera dicho algo tremendamente gracioso. Fue entonces cuando algo en mí se rompió, y antes de poder contenerme, me volví hacia ella.

—No necesito que nadie me proteja —mascullé.

—Yo diría que alguien como tú en un lugar como este, sí que necesita que la protejan.

—¿Alguien como yo?

—Una zorra lejos de su hábitat natural es una simple presa sin la astucia suficiente para sobrevivir en este entorno.

La miré directamente a los ojos, sintiendo cómo la tensión se acumulaba en mis músculos al tratar de contener la furia en mi interior. Pero era como si no la pudiese controlar, como si fuese un ente con vida propia y creciera dentro de mí sin control.

346

Mis manos se cerraron en puños, clavando las uñas en las palmas y tratando de concentrarme en ese dolor en vez de en la chica que tenía delante, y a la que quería matar con mis propias manos.

Cada inhalación que hacía era más profunda que la anterior, sintiendo como la ira nublaba mi mente. Mi respiración se agitó de manera irregular, y la rabia fluía como un torrente descontrolado. Pero sabía que dejarme llevar por ella solo empeoraría las cosas.

De pronto vi que un hilo rojo se deslizaba por su nariz.

Mis ojos se abrieron de par en par, sorprendida.

—Margot, estás sangrando —le avisé, empleando otro to-no.

Ella parpadeó, confusa, y se llevó la mano a la nariz. Luego la retiró para observarla. Sus dedos estaban manchados de un rojo carmesí, y una expresión de preocupación cruzó su rostro. El hilo rojo seguía deslizándose, y ahora gotas de sangre caían en el hielo.

Mientras Margot intentaba detener la hemorragia, su rostro se volvió pálido. Los demás a nuestro alrededor comenzaron a notar la

situación, y algunos se acercaron para ver qué ocurría. Nils y Lexi se abrieron paso entre la multitud, observando la escena confusos.

—Margot, ¿estás bien? —preguntó Nils con preocupación, pero no recibió respuesta.

Los ojos de Margot se encontraron con los míos, y por primera vez vi un miedo terrible en sus ojos.

—Ellos me. . me obligaron a hacerlo —murmuró con voz temblorosa —. Yo no. . no quería. .

¿De qué estaba hablando?

Entonces sus piernas cedieron y sus párpados se cerraron, desplomándose bajo el frío hielo y desencadenan-347

do un caos de gritos entre los presentes.

—¡Margot! —exclamé, corriendo hacia ella junto a Nils—.

¡Buscad a los guardias, ahora!

Cuatro chicos me obedecieron y salieron disparados del lago, adentrándose en el frío bosque.

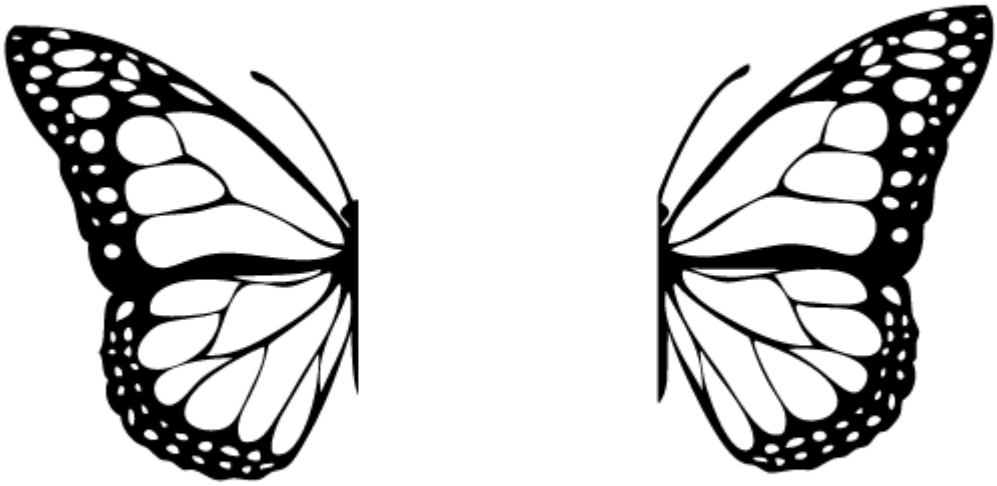
—Vamos a llevarla a la orilla —ordenó Nils, levantando a Margot en brazos.

Corrimos hacia la orilla del lago con rapidez, saliendo de la frágil capa de hielo. No era seguro estar allí. La multitud se apartó para dejarnos pasar, observando la situación con horror. Al llegar a tierra firme, la dejó en la hierba fresca con cuidado y nos arrodillamos junto a Margot, quien yacía completamente pálida.

Nils, con manos temblorosas, colocó dos dedos bajo la mandíbula de Margot para buscar desesperadamente su pulso, o cualquier señal que indicara que seguía con vida.

Su expresión cambió de manera abrupta, y cuando levantó la mirada para encontrarse con la mía, supe que Margot ya no estaba con nosotros.

348



15

Cerré los ojos y dejé que el agua caliente cayera sobre mí, tratando de quitarme de la cabeza lo que había vivido en las últimas horas.

La imagen del cuerpo pálido de Margot, la sangre brotando de su nariz, la mirada de preocupación y desesperación en los ojos de Nils. . Todo se reproducía en mi mente una y otra vez.

"Ellos me. . me obligaron a hacerlo. Yo no. . no quería. ."

¿Quiénes eran "ellos"? ¿Qué le habían obligado a hacer?

Salí de la ducha y me envolví en una toalla. Con la mente nublada de preguntas, comencé a vestirme con ropa seca.

Mientras lo hacía, miré de reojo la esquina en la que descubrí a Marlon mirándome fijamente, y un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

Antes de ingresar a este hospital, traté de mentalizarme de lo que supondría convivir en un lugar como ese, pero jamás me imaginé que fueran a suceder este tipo de cosas.

349

¿Guardias de seguridad que acosan a los pacientes? ¿Suicidios? ¿Luces que parpadean por sí solas?

Una vez vestida, me dirigí hacia el primer piso. Abrí la puerta de mi habitación y, con el cabello húmedo goteando sobre el suelo de madera, comencé a buscar en la mochila el bolígrafo con el chip dentro. Necesitaba poner a Foster al día.

Tras un largo rato buscando, no lo encontré.

La ansiedad se apoderó de mí, haciendo que mis movimientos fueran torpes y descoordinados mientras buscaba en otros sitios; cajones, estantes, rincones. , cualquier lugar al que pudiese estar. Pero no apareció por ninguna parte.

El corazón me latía de manera desbordante, como si quisiera escapar de mi pecho. Respiré profundamente, tratando de mantener la calma, pero resultaba bastante difícil teniendo en cuenta que, sin ese bolígrafo, no solo estaba incomunicada, sino indefensa.

En resumen, estaba jodida.

¿Cómo podía haber perdido algo tan valioso?

Nadie más había entrado a mi habitación, tenía que haber sido yo. Tenía que haberlo puesto en algún lugar que ahora mismo no recordaba o. .

Un segundo.

Mis ojos se clavaron en la puerta y la analicé con la mirada. Para abrirla, tan solo tenías que girar la manilla, pues no contaba con ningún sistema de seguridad. Así que cualquiera podía entrar en las habitaciones de los pacientes.

Oh, mierda.

En un acto impulsivo, salí de mi habitación otra vez y a-travesé el pasillo dando grandes zancadas. Al llegar a mi destino, piqué a la puerta con algo de urgencia. Al no escuchar a nadie al otro lado, insistí con más determinación.

350

—A la mierda —murmuré, girando el manillar para entrar.

En otro momento hubiese esperado, pero ahora no había tiempo que perder. Cada segundo que pasaba sin ese bolígrafo, era un segundo que perdía sin saber si Foster quería comunicarse conmigo.

—Disculpe, necesito. . —comencé a decir, pero mi voz se apagó al darme cuenta que no había nadie sentado en el escritorio.

Estaba de pie, con la mirada perdida en el paisaje que se desplegaba más allá de la ventana. Su despacho era sin duda el que ofrecía unas vistas más impresionantes, especialmente en ese momento.

Desde allí se podía ver el bosque que nos rodeaba y se extendía en la distancia, cubierto completamente de nieve.

Los abetos y pinos estaban vestidos de blanco, con sus ramas algo inclinadas por el peso de la nevada que se acumulaba. El sol, en su ascenso dorado, teñía el cielo de tonalidades que iban desde el naranja brillante hasta el amarillo suave, dando comienzo a un nuevo día.

—¿Directora?

—¿No le parece extraordinario? —inquirió, hablando más para sí misma—. Cada estación trae consigo su propia magia, transformando el entorno a su manera. Sin embargo, el alma del lugar permanece constante, arraigada en su esencia.

Cerré la puerta detrás de mí y permanecí en silencio, sin saber qué debía decir al respecto.

Fue en aquel instante cuando me fijé en el vaso de cristal que sostenía, en el que supuse que había una bebida lo bastante fuerte como para provocarle ese tipo de reflexiones.

—Sí, es. . bonito. —Me aclaré la garganta, volviendo al te-ma de antes—. Directora Gerlach, necesito hablar con usted.

351

Le dio un sorbo a su bebida anaranjada. No me dio paso a hablar, pero tampoco me pidió que me fuera. Así que, sin más rodeos, lo solté.

—No encuentro un objeto importante y creo que alguien pudo entrar a mi habitación.

Sin apartar la mirada de la ventana, preguntó intrigada:

—¿Qué es?

—Un bolígrafo.

Al fin me miró, permaneciendo sus ojos en los míos durante apenas unos pocos segundos.

Porque después estalló en carcajadas.

Sí, la directora, una persona conocida por su seriedad y aparente formalidad. Comenzó a reírse con una intensidad gutural que me dejó desconcertada, como si eso fuera lo más gracioso que había escuchado hoy.

—¿Puedo preguntarle qué es tan gracioso?

Se limpió una lágrima que había soltado de risa.

—¿Ha venido a mi despacho para decirme que ha perdido un bolígrafo? —cuestionó con escepticismo.

—Es que es. .

Las carcajadas llenaron de nuevo el espacio, interrum-piéndome.

Un calor intenso se apoderó de mi pecho, y sentí cómo la ira se acumulaba en cada partícula de mi ser.

—Es importante para mí —terminé la frase con los dientes apretados.

—Oh, ya veo. ¿Tiene tinta de oro o algo así? —se burló.

La seriedad de mi expresión contrastaba con la risa de la directora. Cada carcajada que emitía alimentaba el fuego que ardía en mi interior.

—Usted no lo entien. .

—¿Quiere un bolígrafo? Pues bien, coja uno de los míos y problema resuel. .

—¡No quiero sus putos bolígrafos! —grité, liberando toda la ira que había acumulado.

La directora, sorprendida y atónita, dejó de reír por primera vez.

Y entonces mis palabras fluyeron solas, moviéndose por esa bestia indomable dentro de mí, que había estado exigiendo todo este tiempo ser liberada con ella:

—Era de mis padres, y es lo único que tengo aquí de ellos.

Así que háganos un favor a todos, deje de emborracharse en su maldito despacho y empiece a tomarse las cosas más en serio. Este lugar no puede funcionar si la persona que lo gestiona ni siquiera es capaz de controlar sus impulsos. ¿Cómo espera que los demás respeten las normas de esta institu-ción si ni siquiera usted lo hace?

La directora parpadeó, procesando mis palabras. Sus ojos se abrieron con incredulidad, con una expresión de asombro digna de recordar. El despacho, que antes resonaba con risas, se sumió en un silencio tenso.

Desvió la mirada hacia el vaso de cristal que sostenía, re-moviendo el líquido que había dentro.

—Usted no es precisamente un modelo de autocontrol, señorita Emmett —aseveró, y una sonrisa irónica se dibujó en su rostro.

No supe a qué se refería con eso.

—Preguntaré al personal de limpieza si lo ha visto —se limitó a decir —. Y ahora le invito a que salga de mi despacho.

Estaba convencida de que, más que una invitación, era u-na orden. Solo que no quería aumentar la tensión.

353

Con un gesto de cabeza, abandoné el despacho. Una vez fuera, cerré la puerta con cuidado, permitiendo que la calma del pasillo contrastara con la tormenta emocional que se había desatado dentro.

De camino al comedor me encontré con Lexi, y andamos juntas para ir a desayunar.

—¿Todo bien? —preguntó, notando la preocupación en mi rostro.

—No encuentro el bolígrafo.

—¿El que te dio Foster?

—Sí.

—Tranquila, ya aparecerá. Lo habrás dejado en algún sitio que no te acuerdas.

—O alguien me lo ha cogido —objeté, considerando esa posibilidad.

—¿Quién va a entrar a tu habitación para coger un bolígrafo? —preguntó, incrédula.

La agarré de la muñeca para detenerla.

—¿Y si. .? —Miré a ambos lados del pasillo para asegurarme de que nadie nos estaba oyendo—. ¿Y si han descubierto de alguna manera quién soy?

—Eso no pasará. Eres investigadora privada, lo que implica pasar desapercibida, mezclarse entre la multitud y estar siempre un paso por delante de ellos, pero sin llamar demasiado la atención. Y,

teniendo en cuenta que se te da bien tu trabajo, no tienes de qué preocuparte.

Aunque mi enfado no se había desvanecido por completo, al menos me hizo reflexionar sobre la situación con una perspectiva más tranquila.

Las palabras tranquilizadoras de Lexi siempre eran un consuelo para mí. Y lo decía con tanta seguridad que, si al-354

gún día decía una gilipollez, me la podría llegar a creer.

—Además —añadió—, si ya te hubiesen descubierto, ahora mismo estarías en un coche de patrulla dirigiéndote a la prisión federal de Virginia. Y Landon organizando un plan de escape para sacarte de ahí lo antes posible.

No pude evitar reírme.

—¿Te imaginas la cara que se le quedaría al pobre cuando se enterara de que, después de haber estado dos meses en un psiquiátrico, ahora te mandaran directa a una prisión? Le daría un infarto.

—Y de los grandes —añadí, aún riendo.

Al llegar al comedor, nos pusieron la comida en nuestras bandejas y buscamos una mesa libre.

Mi corazón se rompió al ver que Nils estaba sentado en la misma mesa en la que habitualmente se ponía con Margot.

Aunque en muchas ocasiones quería matarla, sabía lo muy amigos que eran ellos dos, y sentí pena por él. Pena de verdad. Además, por muy mal que me cayera esa chica, no le desearía a nadie lo que le pasó.

Decidimos acercarnos y ocupar los asientos vacíos junto a Nils, quien ni siquiera levantó la vista de su plato al notar nuestra presencia. Estaba completamente ajeno a lo que sucedía a su alrededor. Ya no había ni rastro de la calidez que proporcionaba su rostro, ahora apagado.

—¿Se sabe algo ya? —le pregunté.

Negó con la cabeza de forma imperceptible.

—Está claro que ha sido un aneurisma cerebral —dijo uno de los chicos que habían estado en el lago, sentado frente a mí.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó el otro chico que estaba a su lado.

355

—Mi padre estudió medicina. Un día me contó un caso parecido, y lamentablemente acabó de la misma manera. Es algo realmente impactante —añadió, con un tono sombrío—.

Ver cómo una persona está viva y, en cuestión de segundos, ya se ha ido.

Iba a empezar a comer, pero el nudo que tenía en la garganta me lo impedía.

—¿Qué síntomas tiene eso? —preguntó Lexi a mi lado.

—Pueden variar, pero a menudo incluyen dolor de cabeza, náuseas, vómitos y, en algunos casos, pérdida del conocimiento.

—Margot estaba bien, y de repente. . —murmuró Nils, negando con la cabeza.

Sus palabras quedaron suspendidas en el aire, llenando la mesa con un pesar compartido. Era evidente que aún no había asimilado la muerte de su amiga.

Ni él ni ninguno de nosotros.

—Lo siento mucho —dije en un susurro, colocando una mano en su hombro—. Sé lo que es perder a alguien.

Él me miró de manera significativa, y la sonrisa que esbozó no alcanzaba sus ojos. Era evidente que era más una máscara para ocultar sus verdaderos sentimientos que una expresión genuina de alegría.

De pronto, un grupo de guardias irrumpió en el comedor, encabezado por Marlon. El lugar se sumió en un repentino silencio, todos pendientes por su llegada.

—Atención todos —anunció Marlon—. Debido al incidente de ayer, a partir de ahora las personas que asistan a las excursiones serán seleccionadas.

¿Después de lo de ayer querían continuar con las excursiones?

356

Marlon miró el papel que sostenía en sus manos mientras continuaba hablando:

—Los seleccionados para la excursión de hoy son Olivia Ramirez, Amelia Thompson, Daniela Parker, Emily Turne y Maya Evans.

«Maya Evans»

Ese era el nombre de Lexi.

—¿Solo cinco personas? —preguntó el chico que tenía enfrente.

—Y son todas chicas —agregué, con una mueca de confusión.

—En pie, vamos —ordenó Marlon—. O les daremos esta oportunidad a otras personas.

Lexi me miró una última vez antes de levantarse e ir junto a las demás chicas, que ya se habían reunido con los guardias para salir del comedor. Las seguí con la mirada hasta que desaparecieron de mi campo de visión.

** * **

La aguja del reloj que había en la pared del comedor indicaba que ya eran las doce de la noche, y el grupo de chicas que habían asistido a la reunión todavía no habían vuelto. Llevaban todo el día fuera.

Un inquietante presentimiento me invadió.

Algo no iba bien.

De repente, alguien picó a la puerta de mi habitación. Me puse en pie tan rápido que sentí un ligero mareo.

Corrí hacia la puerta y la abrí sin titubear, esperando encontrarme con Lexi o alguna de las chicas. Sin embargo, para mi sorpresa, me encontré con Nils. Parecía igual de preocu-357

pado que yo.

—¿Estás pensando lo mismo que yo?

Asentí con la cabeza.

—Bien, pues ponte esto. —Me lanzó una sudadera y la cogí al aire—. Vamos a averiguar qué ha pasado.

Parpadeé reiteradas veces, algo confusa por la repentina propuesta.

—¿Y preguntárselo directamente a la directora no es una opción?

—No está aquí. Y, de ser así, ¿de verdad crees que nos lo diría a nosotros?

—Pues también es verdad —murmuré.

No iba a negar que el miedo y la preocupación me estaban carcomiendo por dentro, especialmente por Lexi. Así que me puse la sudadera y seguí a Nils fuera de la habitación.

—¿Y cómo vamos a averiguarlo, exactamente?

Ni siquiera yo, siendo investigadora privada, se me ocurría una manera discreta de hacerlo sin levantar sospe. .

—Escapando del hospital.

Mis pies se detuvieron a mitad de camino.

—Escapando del hospital —repetí, como si estuviera analizando sus palabras.

—Sí.

—Ahora.

—Ajá.

—De noche.

—¡Que sí!

Abrí tanto los ojos que, si no los tuviera pegados en la ca-ra, estaba convencida de que se me saldrían.

—¡¿Estás loco?! ¡¿Cómo vamos a hacer eso?!

—¿Confías en mí? —preguntó, mirándome con intensidad.

A pesar de mis dudas y del nudo en el estómago, asentí ante su pregunta. La confianza era un lujo que no podíamos permitirnos perder en ese momento.

—Pues sigamos. —Hizo un ligero movimiento con la cabeza para que continuáramos avanzando.

Nos desplazamos con cautela por los pasillos, evitando a cualquier personal que pudiera preguntar qué hacíamos deambulando por el hospital a esas horas. No es que estuviera prohibido, solo que era un poco raro.

Nils me guió hacia el piso de arriba y, finalmente, entró a una de las habitaciones. La observé con detenimiento, y fue cuando descubrí que eran las cosas de ella. Su ropa estaba cuidadosamente doblada en los estantes, ropa que alguna vez había usado, y sus pertenencias personales estaban colocadas con orden sobre la mesa.

Era la habitación de Margot.

Una extraña sensación se apoderó de mí. Incluso aún permanecía su olor en el aire. Casi que me la podía imaginar aquí, de pie, junto a nosotros, observándonos de forma acusatoria mientras invadíamos su privacidad.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunté, incómoda.

Nils, sin más preámbulos, colocó la silla del escritorio en una de las esquinas de la habitación. Lo seguí con la mirada, extrañada, mientras se subía en ella. No fue hasta entonces que me fijé en el conducto de ventilación que había sobre él y que estaba abriendo con sus manos.

Después de un ligero crujido, el último clavo cedió. La tapa del conducto de ventilación quedó suelta, revelando un oscuro pasaje que ya empezaba a resultarme familiar.

Nils bajó ágilmente de la silla.

—Listo —anunció, expulsando el polvo de sus manos.

359

Extendió su mano para ayudarme a subir a la silla. Se aseguró de que subiera bien, con cuidado de no caerme. Una vez estuve lo suficientemente alta, alcancé la entrada del conducto. Sentí la fría superficie metálica bajo mis manos mientras me impulsaba hacia arriba y me deslizaba hacia el interior. Nils siguió detrás de mí, cerrando la tapa tras nosotros.

El conducto era estrecho, pero lo suficientemente grande como para permitirnos avanzar. La oscuridad nos envolvía mientras avanzábamos por el pasadizo, solo iluminados por la tenue luz que se filtraba desde el final del conducto.

Entonces recordé aquella noche, donde todo sucedió en estas mismas paredes.

Los gritos desgarradores, el estruendo de las balas, la cortina de humo. . Parecía tan real.

—Clarke, vamos.

La voz de Nils me sacó bruscamente de aquel sombrío recuerdo. Sacudí la cabeza para despejar los recuerdos y seguí avanzando, recordándome a mí misma que aquella noche nunca ocurrió.

Al llegar al final, nos encontramos frente a una tapa similar a la que habíamos abierto antes. Sin embargo, esta tenía un aspecto desgastado y estaba aflojada.

—Parece que no somos los únicos que han descubierto esta salida —comenté, señalando las marcas en la tapa.

—Margot siempre se escapaba por aquí —me explicó.

Me bastó con darle un ligero empujón para que la tapa cediera y cayera junto a la hierba. Al salir, comprendí que habíamos pasado por el mismo conducto que usamos Beth, Adler y yo y en el que acabamos descubriendo la fiesta de Halloween en el bosque.

—Ahora entiendo cómo organizaba todas esas fiestas.

360

—Me levanté del suelo, expulsando la tierra de mis rodillas.

Al alzar la mirada, vi el bosque que se extendía a nuestro alrededor, con árboles cubiertos de nieve que se alzaban co-mo espectros en la penumbra.

—Sí. —Una triste sonrisa se asomó en sus labios, poniéndose en pie. —Siempre le decía que era un culo inquieto. Tenía que estar constantemente organizando cosas para que no nos aburriéramos. Era una buena chica, ¿sabes? No entiendo por qué la tenía tan tomada contigo.

—Me hubiese gustado saber lo mismo —murmuré.

Sacó dos linternas del bolsillo de su sudadera y me dio u-na.

Con las linternas a mano, comenzamos a movernos por el interior del bosque, buscando cualquier señal. El frío penetrante se filtraba a través de mi ropa, y la linterna apenas iluminaba unos pocos metros a nuestro alrededor.

—Tenía la esperanza de que lo arreglarías —dijo de pronto, rompiendo el silencio entre nosotros—. Ambas sois esa clase de chicas que está constantemente cuestionándolo to-do. Vi el parecido cuando hablé contigo por primera vez.

Mi mirada se encontró con la suya, y en la penumbra del bosque, pude ver la tristeza en sus ojos. Un suspiro escapó de sus labios antes de que continuara.

—Traté de hablar con ella, ¿sabes? Hacerle ver que te estaba haciendo la vida imposible aquí dentro, que no tenía ninguna necesidad de tratarte así. Pero nunca quería hablar cuando se trataba de ti.

—¿Cómo os hicisteis amigos?

—Fuimos compañeros de habitación durante las primeras semanas.

Al mencionar a su compañera de habitación, hizo que pensara en la mía, y una oleada de nostalgia me invadió. Lily 361

también era una buena chica, pero Beth se convirtió en una de las pocas luces brillantes en medio de la oscuridad de este lugar.

—Yo también tuve una compañera de habitación al principio. Era. . increíble —mencioné con un tono melancólico en la voz.

Nils asintió con comprensión, como si ambos compartié-ramos la sensación de añoranza por esos tiempos, antes de que todo se desmoronara.

No es que Beth hubiese fallecido. A pesar de creerlo al principio, terminé descubriendo que seguía viva. Pero cuando la vi en esa cafetería, me dio la impresión de que no era la misma persona.

Echaba de menos a la Beth de antes.

—Margot descubrió algo. Algo que la asustaba.

Volteé hacia él con el ceño fruncido, captando completamente mi atención.

—¿A qué te refieres con algo?

La nuez de su cuello se deslizó en un acto de nerviosismo.

—Una noche entró a nuestra habitación temblando, apenas podía reconocerla. Su mirada. . —Negó con la cabeza—.

Era como si hubiera visto algo que no podía explicar con palabras. Se puso de rodillas frente a mí y me rogó que le explicara qué estaba sucediendo en este hospital, pero yo no tenía ni idea de lo que estaba hablando. Nunca la había visto tan aterrada.

Un silencio pesado se instaló entre nosotros, solo interrumpido por el suave murmullo de los grillos de la noche y el viento. No me podía imaginar a Margot arrodillada, supli-cándole a alguien algo. No era típico de ella.

—Intenté calmarla —continuó—, pero se negó a decirme qué vio. Estaba paranoica. Fue esa noche cuando empezó a 362

organizar las fiestas, como si quisiera distraerse de lo que sea que la atormentaba. Pero nunca volvió a ser la misma, y desde que llegaste tú la cosa empeoró.

—¿Yo? ¿Por qué?

—No lo sé. Margot era una chica con carácter. Sí, lo reconozco. Pero eso no significa que no pudiera ser una buena persona. De hecho, cuidaba mucho a la gente de este hospital, incluso a aquellos que no conocía. Pero, por alguna extraña razón, contigo las cosas eran diferentes. Contigo sacaba todo lo malo de ella.

Una sonrisa irónica se asomó en mis labios al venirme una persona en mente.

—Esa razón tiene nombre y apellido.

Me miró con extrañeza.

—Le gustaba Adler —aclaré, como si fuese obvio.

—¿Estás insinuando que se comportaba así solo por celos?

—Nunca subestimes lo que es capaz de hacer una mujer herida.

Pasamos por encima de una raíz de un árbol bastante prominente, cubierta de nieve.

—No quiero ofender con esta pregunta, pero. . —Intenté elegir mis palabras con cuidado—. ¿Por qué motivo estaba ingresada en el hospital?

—¿Y tú eres la misma chica que una noche me dijo que lo primero que te suele preguntar la gente aquí es eso? —Alzó una ceja, divertido.

Una de mis comisuras se elevó.

—Te acuerdas de esa conversación.

—Me acuerdo de todo lo que tiene que ver contigo.

Cuando se dio cuenta de que lo había dicho sin pensar, 363

carraspeó la garganta y desvió inmediatamente la mirada.

—Si quieres saber si tenía esquizofrenia o algún tipo de a-lucinaciones, la respuesta es no. Margot tuvo muchos problemas familiares. Sus padres se intoxicaban con anfetamina, y esa droga les volvía violentos. No te imaginas las cosas que me contó de ellos. —Tensó la mandíbula, como si le hubiese molestado algo que había recordado—. Así que Margot buscó refugio en las bebidas alcohólicas. Bebía tanto que en la mayoría de ocasiones acababa en un coma etílico. Y lo que comenzó como una forma de escapar de sus problemas, se convirtió en una dependencia.

Ahora entendía por qué en cada fiesta se aseguraba de que hubiese alcohol. Tenía una obsesión tan intensa que incluso estableció contactos fuera del hospital para obtener sustancias que alimentaran su adicción.

Me pregunté qué se sentiría ser maltratada por las propias personas que te han traído a este mundo. Aunque mis verdaderos padres no fueran ejemplares teniendo en cuenta que me abandonaron en un orfanato, por lo menos alguien ejerció como tal, y consiguió que creyera que de verdad podía ser querida por alguien. Al menos yo supe lo que era realmente el cariño de unos padres. Margot, desgraciadamente, se fue de este mundo sin saberlo.

—En este hospital pasan cosas extrañas —confesó Nils, con la mirada fija en la oscuridad del bosque que nos rodeaba.

Iba a preguntarle a qué se estaba refiriendo con eso, pero antes de que pudiera abrir la boca, el sonido de una rama crujió en la quietud de la noche, como si alguien o algo la hubiera pisoteado.

—¿Has oído eso? —le pregunté, deteniéndome en seco.

—¿El qué?

—Me ha parecido oír algo.

Entrecerré los ojos, agudizando mis sentidos, pero no pu-de distinguir nada más allá del susurro del viento, las ramas moviéndose en respuesta y el canto persistente de los grillos.

—Deberíamos seguir —sugirió Nils.

Asentí y continuamos nuestro camino.

—¿A qué te referías con eso?

—¿El qué?

—Has dicho que en el hospital pasan cosas extrañas.

Nils guardó silencio por un momento, como si estuviera considerando cuánto compartir.

—Los pacientes dicen que este hospital está. .

—. .maldito —terminé la frase.

—¿Tú también lo crees?

—No creo en lo paranormal —me limité a responder—. ¿Tú sí?

—No sé, a veces siento que hay algo más, algo que no podemos ver pero que está ahí.

Detuvimos nuestros pasos cuando una repentina sombra cruzó velozmente por delante de nosotros. Emití un grito, sintiendo el pánico penetrando en cada poro de mi piel.

Al enfocar la luz de la linterna, descubrí que la fugaz sombra era solo una ardilla, que se movía con agilidad entre la nieve.

—¡Dios mío! —exclamé, llevándome una mano al pecho mientras la adrenalina aún fluía por mi cuerpo.

Nils soltó una risa suave.

—Bueno, parece que hemos encontrado al causante del ruido —comentó, divertido—. Creo que estás un poquito ten-365

sa.

—Oh, perdón por estar tensa en mitad de un bosque por la noche, iluminados tan solo por dos linternas, sin saber qué demonios les ha pasado a las demás mientras consideramos la idea de que el hospital

psiquiátrico en el que convivimos está maldito —ironicé, tratando de disfrazar mi nerviosismo con sarcasmo.

—Ese lugar da más miedo por dentro que por fuera.

—Ahí te doy la razón —admití.

—Yo siempre tengo razón.

—Ya, claro. Como cuando dijiste que Nolan estaba ingresado en otro hospital.

Se rascó la nuca, avergonzado.

—¿Por qué lo hiciste? —Lo miré de manera acusatoria.

—¡Porque eso creía! La directora nos dijo que Nolan había sido trasladado a otro hospital.

—¿Y por qué os mentiría?

—Tal vez para que no nos preocupáramos. —Se encogió de hombros —. Teniendo en cuenta la reputación que tiene, si yo fuese una chica no estaría muy segura conviviendo en el mismo lugar que él.

—Con que así es como funciona este lugar, ¿eh?

—¿A qué te refieres?

—Pues que en este hospital todos mienten.

Incluída yo.

* * *

Ya llevábamos más de media hora, y seguíamos sorteando árboles sin encontrar nada. Mis huesos ya se estaban entume-366

ciendo por el frío, y cada exhalación se convertía en una pequeña nube de vapor visible en el aire gélido. Me moría de ganas de llegar a mi habitación y cubrirme con el edredón.

—¿Qué se supone que estamos buscando? —preguntó Nils, tan cansado como yo de andar.

—Dímelo tú. Has sido tú quien ha tenido la idea de venir hasta aquí.

—Sí, pero no entraba en mis planes que esta búsqueda se extendiera tanto.

Suspiré profundamente.

—Pues no sé, cualquier cosa que nos indique que algo no va bien.

—¿Como qué?

—¿Qué te parece el cadáver de una de ellas?

—Joder, ¿no podrías ser un poco más sensible? Hace un día murió una persona.

Cerré los ojos por un momento, arrepentida. Tal vez Adler tenía razón, y era más fría de lo que pensaba.

—Lo siento.

—¿Y si ya han regresado al hospital?

—Llevan fuera más de quince horas, Nils. Si no han regresado a las doce de la noche, dudo que lo hayan hecho ahora.

—Tal vez se habían perdido y ya han vuelto.

—¿Con cinco guardias? —inquirí, incrédula—. No, les ha pasado algo. Estoy segura.

Nils pareció reflexionar sobre mis palabras antes de decir:

—Seguiremos hasta el lago, y si no vemos nada extraño daremos media vuelta y regresaremos al hospital. ¿De acuerdo?

Y eso fue exactamente lo que hicimos, pero al llegar allí, 367

solo vimos la serenidad de la superficie congelada y el reflejo de la luna en ella.

Nils dejó escapar un suspiro frustrado.

—Menuda mierda —maldijo entre dientes—. No sé en qué estábamos pensando. Esto ha sido una pésima idea.

Un movimiento captó mi atención entre los árboles, apenas visible en la oscuridad de la noche. Nils estaba tan ocupado lamentándose por no haber encontrado nada que no lo notó. Me encaminé hacia esa dirección con la linterna enfocando cada paso que daba.

—Ni siquiera sé por qué insistí tanto en. .

La voz de Nils se desvaneció en el fondo mientras me adentraba entre los árboles. Enfoqué la linterna hacia la nieve y me quedé paralizada.

Había gotas de sangre en la nieve.

Sangre fresca.

Un presentimiento desagradable se apoderó de mí, y mi mente comenzó a jugar con las peores posibilidades. La linterna temblaba ligeramente en mi mano, pero no era solo el frío lo que causaba ese temblor. Era el miedo palpable que se había adueñado de mis sentidos mientras seguía el ominoso rastro, que llevaba detrás del árbol que tenía justo enfrente de mí.

Cuando dirigí la linterna hacia el tronco del árbol, la bombilla comenzó a parpadear. Tragué saliva con fuerza, tratando de tragarme el miedo que ya había calado por mis huesos.

Iba a avisar a Nils cuando escuché un quejido, y era humano. Había alguien detrás del árbol. ¿Y si eran alguna de esas cinco chicas? ¿Y si era Lexi, que estaba herida?

Rodeé el árbol decidida, pero no estaba preparada para enfrentarme a lo que vieron mis ojos. Junto al árbol había un viscoso charco de sangre, aún húmeda. El olor que despren-368

día era tan desagradable que tuve que cubrirme la nariz con mi brazo.

De pronto, algo me cogió del tobillo.

Emití un grito tan fuerte que resonó en el silencioso bosque. Tropecé hacia atrás, y mi linterna cayó en la nieve, apa-gándose. La oscuridad se apoderó por completo de mi visión.

No veía nada, no veía qué demonios me estaba agarrando el tobillo.

—¡Ayuda! —grité desesperadamente mientras luchaba por liberarme.

—¡Clarke! —Nils acudió rápidamente en mi ayuda, enfocando su linterna hacia abajo.

El destello reveló a un hombre retorciéndose del dolor. La sangre salpicaba su rostro pálido. Pero cuando la luz de la linterna iluminó su cuerpo, unas inmensas náuseas se manifestaron en mi vientre, amenazando con expulsar toda la comida que había ingerido durante el día.

El hombre tenía arañazos mortales que habían desgarrado su piel, dejando al descubierto partes del músculo y huesos.

Su ropa estaba rasgada, y la sangre fluía en surcos oscuros por su cuerpo maltratado.

Era uno de los guardias de seguridad que acompañaban a esas chicas en la excursión.

—Dios mío, ¿qué le ha pasado? —inquirió Nils, horrorizado.

El hombre emitía gemidos de agonía mientras se retorcía en la nieve. La escena nos dejó sin aliento.

Me soltó el tobillo para tratar de contenerse la hemorragia de la herida del estómago, pero estaba en carne viva. Y

tenía muy mal aspecto. Me puse en pie torpemente, agarrando de nuevo la linterna. Le di unos golpecitos, pero ya no funcionaba.

369

—Hay que pedir ayuda —aseveró Nils a mis espaldas.

Me giré hacia él para responderle, pero mis ojos se abrieron aterrorizados cuando vi lo que tenía detrás.

—Nils, no te muevas —musité.

—¿Qué?

—No. Te. Muevas.

La urgencia en mi voz hizo que me obedeciera.

Dos pares de ojos amarillos estaban clavados en nosotros, mirándonos fijamente. Un escalofrío me recorrió como un latigazo.

La forma se reveló poco a poco, y lo que emergió de la oscuridad no era humano. Era un lobo, majestuoso y aterrador a la vez. Su pelaje era oscuro como la noche, con matices plateados que destellaban

débilmente a la luz de la luna. Su mirada, llena de hambre, denotaba una sed de caza incontrolable.

—Clarke —murmuró Nils con voz temblorosa, haciéndome una señal para que mirara a mi alrededor.

Al hacerlo, descubrí que había más ojos observándonos.

Era una manada de lobos.

Estábamos rodeados.

Nos observaban desde la distancia, listos para convertir-nos en su banquete de comida esa noche, tal y como habían hecho con ese hombre. Ninguno de los dos se atrevía a mover un solo músculo.

Uno de los lobos emitió un aullido que me puso el vello de punta, y todos los lobos salieron de entre los árboles. Sus ojos brillaban con un resplandor salvaje y famélico mientras se acercaban con sigilo.

Nils y yo intercambiamos miradas nerviosas, retrocediendo lentamente hasta chocar nuestras espaldas. Pero eso solo 370

hacía que nos volviéramos una presa más fácil. Teníamos que dividirnos como fuera y distraerlos, pero no lograba discernir un hueco que nos permitiera escapar sin ser alcanzados por una de esas bestias.

Fue entonces cuando una piedra impactó con fuerza en uno de los lobos, haciendo que este sacudiera la cabeza, dolorido. La manada se detuvo, momentáneamente desconcertada.

Otra piedra alcanzó cerca de nosotros, haciendo que el lobo que teníamos a apenas unos metros retrocediera, asustado. Miré en la dirección de donde provenía el proyectil y divisé una silueta humana entre los árboles.

Al enfocar los ojos, reconocí ese pelo rubio incluso entre la oscuridad.

Lily.

—¡Por aquí! —exclamó.

Nils y yo comenzamos a correr hacia el árbol al que estaba escondida, mientras seguía lanzando piedras a nuestras espaldas para evitar que nos siguieran.

—¡Lily, vamos! —grité para que no se quedara atrás.

Se separó del tronco y los tres empezamos a correr a toda velocidad. Los lobos, hábiles y astutos, se dividieron estratégicamente para cerrar el cerco alrededor de nosotros. Algunos se deslizaban por los flancos, evitando desviarnos del camino, mientras que otros mantenían una distancia constante, esperando el momento adecuado para cortarnos el paso.

Ninguno de los tres estaba dispuesto a detenerse bajo ninguna circunstancia. Si alguno de los tres tropezaba o perdía el ritmo, iban a alcanzarnos. Los teníamos demasiado cerca.

El bosque se convirtió en un laberinto en el que habíamos 371

perdido el sentido de la orientación. Nos movíamos torpemente sin saber hacia dónde estábamos yendo. La nieve nos ralentizaba el paso mientras esquivábamos ramas bajas y raíces traicioneras.

—¡Allí! —Nils señaló hacia un tejado de una cabaña que se elevaba en la distancia.

Los lobos, demostrando su destreza, adaptaron su estrategia a la nueva dirección. Algunos se lanzaron por atajos mientras otros mantenían la persecución desde la distancia.

La manada, como un ente vivo, se movía con una coordina-ción asombrosa.

La cabaña se acercaba rápidamente, y la esperanza de encontrar un refugio crecía con cada paso. Sin embargo, los lobos cerraban el espacio, sus alientos feroces haciéndose más audibles.

Lily, con determinación en sus ojos, recogió más piedras del suelo y las arrojó hábilmente hacia los lobos que se acercaban. Esto proporcionó una breve pausa, permitiéndonos llegar a la cabaña.

Subimos los escalones del porche de dos en dos y, sin pensar en si esa casa sería de alguien o no, abrimos la puerta y nos aseguramos de estar todos dentro antes de cerrarla de un portazo.

Los tres nos apoyamos contra las paredes, agotados y con la respiración entrecortada. La adrenalina seguía latente mientras recuperábamos el aliento.

—Creo que no he corrido tanto en mi vida —admitió Nils, jadeando.

Le eché un vistazo a la cabaña de madera. El frío del exterior se filtraba a través de las grietas de las paredes, bastante negligentes. El mobiliario desgastado y las telarañas en las esquinas sugerían que la cabaña había sido abandonada ha-372

cía bastante tiempo.

Nils se acercó a una ventana y retiró la cortina. Al hacerlo, una mata de polvo danzó por el aire.

—Siguen ahí fuera.

Volteé hacia Lily, quien permanecía apoyada en la pared.

Me la quedé observando unos segundos con atención. Esa faceta suya era nueva, o simplemente la había estado ocultando todo este

tiempo. Pero no la recordaba tan. . valiente.

—¿Qué hacías en el bosque?

Ella enrojeció, apartando la mirada.

—A ver si lo adivino. —Me crucé de brazos, lanzándole una mirada inquisitiva—. Has vuelto a seguirnos.

—Os vi subir al segundo piso.

—Tienes que dejar de hacer eso, Lily. Es peligroso.

—Lo siento, yo. . —Sus manos se movían inquietas, ajustando el dobladillo de su jersey—. Solo quería saber a dónde ibais. Pero no pensé que fuerais. . en fin, a un bosque de noche.

—Queríamos saber si las chicas estaban bien, las que han ido a la excursión de hoy. ¿Sabes algo de ellas? —inquirí con un deje de esperanza en mi voz.

Lily pareció dudar por un momento, pero su rostro se de-sencajó por completo cuando desvió la mirada por encima de mis hombros. Segundos después, escuché el crujido de las tablas de madera del suelo, como si hubiese alguien detrás de mí. Volteé con el pulso desenfrenado.

Era Amelia Thompson.

Una de las cinco chicas que fueron a la excursión.

Dio un paso al frente, emergiendo de la oscuridad. No emitió palabra alguna, pero su presencia hablaba por sí misma.

Su cabello, de un castaño cobrizo, estaba ligeramente revuelto. Tenía los ojos vidriosos y un rastro de lágrimas que había dejado en

sus mejillas. Su cuerpo temblaba visiblemente por la angustia que la consumía. Se abrazaba a sí misma, como si intentara protegerse del frío.

—Amelia —dije en apenas un murmuro—. ¿Qué. .?

—Ellos me atacaron —sollozó.

—¿Los lobos?

Negó con la cabeza.

—Personas. Eran. . personas.

—¿Y las demás? —pregunté.

Se mordió el labio inferior, tratando de contenerse las lágrimas. Pero no podía articular palabras sin que un sollozo e-mergiera de su garganta.

—Amelia, ¿y las demás? —Mi corazón aporreaba mi pecho.

Nils la miraba desde su posición, desconfiado.

—Se las llevaron.

—¿Quiénes?

—Esos hombres —dijo en voz baja, temiendo que alguien la escuchara.

—¿Los mismos que te atacaron?

Asintió.



16

No podíamos regresar al hospital porque la manada de lobos seguía merodeando por la zona, y pedir ayuda tampoco era una opción ya que no teníamos ningún dispositivo para hacerlo. Tan solo había un teléfono colgado en la pared, pero no estaba conectado a ningún cable.

Así que lo más seguro era pasar la noche en la cabaña y esperar a que amaneciera.

Había tres habitaciones, y una de ellas contaba con una cama de matrimonio. Todos estábamos un poco nerviosos, por lo que nadie

quería dormir solo en ese lugar. Pero al final decidí compartir la cama con Lily, que la había notado rara desde que vio a Amelia.

El viento rugía con fuerza ahí fuera, haciendo que las ramas de los árboles golpearan la ventana de la habitación. Hacía rato que ese ruido no me dejaba dormir, de modo que ahora me limitaba a observar el techo.

No podía quitarme de la cabeza la imagen del hombre que habíamos abandonado en el bosque, desangrándose por to-375

das las heridas que tenía en su cuerpo magullado. A estas alturas ya estaría muerto.

Pero, sobre todo, no podía dejar de pensar en Lexi.

En si esos hombres le habrían hecho daño.

Si estaría en un lugar seguro.

Si la volvería a ver.

Me quité de encima la manta que habíamos encontrado en un armario viejo y me puse en pie. Salí con cautela de la habitación, asegurándome de no hacer ruido para no despertar a Lily.

Al entrar al salón, no esperé encontrarme con Amelia. Estaba sentada en la esquina del sofá, con las piernas acurruca-das contra su pecho y la mirada perdida en el vacío. Me pregunté si se habría despertado a mitad de la noche o ni siquiera había hecho el esfuerzo en intentar dormir.

Me senté a su lado, manteniendo una distancia prudente con ella para respetar su espacio.

—¿Tú tampoco puedes dormir? —le pregunté.

Negó con la cabeza de una forma tan sutil que apenas lo noté.

Mis ojos se fijaron en las llamas danzantes de la chimenea que había encendido, proyectando sombras titilantes por to-do el comedor y proporcionando un agradable calor. Las llamas bailaban con una mezcla hipnótica de tonos anaranjados y dorados.

—Sé que no quieres hablar del tema, pero necesito saber qué pasó —murmuré, rompiendo el silencio.

Ella no dijo nada. No movió ni un solo músculo como respuesta.

—Hazlo por ellas —insistí, buscando cualquier señal de respuesta en su expresión imperturbable—. Eres la única que 376

puede ayudarlas.

Al mencionar a las chicas, algo se removió en su interior.

Vi el esfuerzo en sus ojos por no derramar una lágrima más.

Pero resultó inútil, porque vi esa lágrima traicionera deslizándose por su mejilla, salpicada de pecas.

—Ya estábamos volviendo de la excursión cuando ocurrió

—habló finalmente—. Nos habíamos detenido unos minutos a la altura del lago para descansar. Habíamos andando durante horas, estábamos agotadas. Ni siquiera los vi venir cuando nos rodearon.

—¿Los lobos?

—Los hombres —corrigió.

El crepitar de las llamas llenó el silencio cuando dejó de hablar.

—No pude verlos bien, porque pasó todo muy deprisa.

Sentí que me colocaban una bolsa en la cabeza y todo se volvió oscuridad. No podía ver nada, solo oía los gritos de las otras chicas.

—Se estremeció al recordarlo—. Uno de ellos me agarró por detrás, inmovilizándome las manos y obligándome a andar a pesar de no querer.

Mi corazón latía con fuerza, imaginando la aterradora experiencia que había tenido que pasar.

—Andamos durante lo que me pareció una eternidad

—continuó—. No veía nada, solo escuchaba los llantos de las demás, y cada vez que intentaba respirar el plástico de la bolsa me lo impedía. Después de un rato nos detuvimos. No supe por qué, pero los hombres parecían nerviosos. Y luego, todo se volvió un caos.

» Escuché pasos acelerados a mi alrededor, ramas crujir bajo mis pies, gritos de dolor y. . rugidos de animales. Me pregunté qué demonios estaba pasando, por qué todo el mundo estaba gritando y qué animal estaba provocando esos 377

ruidos. Entonces algo me empujó con fuerza y caí de lado. Aproveché la oportunidad para quitarme la bolsa de la cabeza, y ahí lo entendí todo.

Cada palabra que compartía parecía ser un peso que libe-raba, pero también una herida que volvía a abrir.

—Eran lobos. Había muchos, por lo menos veinte, y estábamos rodeados. Supongo que nuestros gritos los atreyeron.

—Hizo una pausa—. Los colmillos. . se hundían en la piel de las personas como si fuesen un trozo de carne, y la sangre. .

salpicaba en todas direcciones. Hasta oí el crujido inconfundible de un hueso rompiéndose. Pensaba que estaba en una pesadilla. Y sé. . sé que debería haber hecho algo, pero estaba tan asustada que. . me paralicé.

—¿Hirieron a alguna de las chicas? —Mi voz sonó con demasiada desesperación.

—No —respondió, y sentí el más profundo alivio. —Vi có-mo esos hombres huían con las demás mientras los lobos se encargaban de atacar a los guardias de seguridad.

Ahora comprendía por qué el guardia que encontramos en el bosque estaba herido. Porque las probabilidades de acabar como ese hombre si estás rodeado por una manada de lobos son considerablemente altas, y Amelia no presentaba ni un solo rasguño.

Mi ceño se frunció ligeramente, y mis ojos se entrecerraron, adoptando mi papel de investigadora privada.

—¿Cómo lograste escapar de ahí?

—No lo sé.

—¿No lo sabes? —Alcé las cejas, incrédula.

Negó.

—A ver si lo he entendido bien. Los lobos estaban ocupados atacando a los guardias de seguridad, por eso los otros hombres lograron escapar con las chicas. Y fue gracias a eso 378

que tú lograste escapar hasta que encontraste esta cabaña y decidiste refugiarte en ella.

—Exacto.

La escruté con la mirada mientras procesaba la respuesta de Amelia. Su relato sonaba demasiado inverosímil para ser verdad, pero no había señales evidentes de que estuviera mintiendo.

—No me crees —intuyó Amelia, notando la duda en mis ojos.

Me puse en pie y comencé a dar vueltas junto a la chimenea, tratando de poner en orden mis pensamientos.

Yo no creía en la suerte, al menos no de la manera convencional. Para mí, las situaciones se desarrollan por causas y efectos, por elecciones y circunstancias. Y estaba convencida que, lo que le ocurrió a Amelia, no fue simple "suerte".

—Fuiste la única que salió ilesa de ahí. ¿Me explicas cómo es posible eso?

—Yo. .

—¿Cuántos hombres eran?

—No lo sé, te he dicho que no los. .

—Algo tuviste que ver.

—Sí, pero. .

—¿Y guardias? ¿Cuántos eran?

—Cinco.

—¿Y no pudieron detener a esos hombres? —cuestioné, incrédula.

—¡No lo sé! —respondió exasperada, elevando la voz. —¡Ojalá tuviera respuestas para todo!

—¡Estabas allí! ¡Si existe alguien que tenga respuestas sobre lo que ocurrió, esa eres tú!

—¡¿Y qué quieres que te diga?! ¡¿Que todo lo que te he contado es mentira?!

Sin tener en cuenta el impacto que podrían tener mis palabras, solté:

—¡Quiero que reconozcas que fuiste una cobarde! ¡Que las dejaste a ellas para salvarte el culo!

Amelia abrió los ojos con asombro, mezclados con un deje de sorpresa y dolor.

—Estaba tratando de sobrevivir —murmuró con lágrimas en los ojos.

—¡Pero aún así las abandonaste!

Se puso en pie de golpe.

—¡¿Crees que no lo sé?! ¡Pero no fue una elección! ¡Solo intentaba mantenerme con vida!

Di un paso para enfrentarme con ella.

—¿Y por qué debería creerte? ¿Cómo sé que no estás in-ventando excusas?

—¡Puedes creerme o no, pero te aseguro que fue real! ¡Y

no sabes lo que daría para que no lo hubiese sido!

El dolor en su voz fue desgarrador, y ahí comprendí que mi nerviosismo y frustración habían tomado por completo el control en esa discusión. Amelia no merecía todas esas acusaciones tan crueles, no después de todo por lo que había pasado.

Sin decir nada más, Amelia rodeó el sofá y cogió la chaqueta que había colgado en la pared.

—¿A dónde vas? —le pregunté.

Pasó un brazo por su manga, para luego hacer lo mismo con el otro.

—Amelia, no puedes salir ahora. Es peligroso.

—Necesito tomar el aire.

380

Abrió la puerta y la cerró de un portazo.

* * *

Una sacudida de hombros me despertó.

—Clarke, despierta —me llamó alguien con urgencia.

Mis ojos parpadearon al ajustarse a la penumbra de la habitación. Lily, con una expresión de preocupación, me miraba fijamente.

—¿Qué pasa? —pregunté con voz pastosa.

—Amelia no está.

La noticia me golpeó como si hubiese abierto la ventana de golpe y una ráfaga de viento frío se colara en la habitación, recuperando todos mis sentidos de un instante a otro.

Un nudo de ansiedad se formó en mi estómago mientras me incorporaba rápidamente.

—¿Qué quieres decir con que no está?

—Cuando he despertado, no la he visto en su habitación.

Me agaché para coger mis bambas, que se habían metido debajo de la cama.

—Nils ha salido a buscarla —añadió.

—¿Él solo? —pregunté incrédula mientras me ataba los cordones.

—Sí, dijo que no se alejaría mucho de la cabaña. Solo quería comprobar los alrededores.

—Aún así, es peligroso —mascullé, poniéndome en pie.

Bajé las escaleras de dos en dos, con Lily siguiéndome los talones. Entré en la cocina y me dirigí directamente a los cajones. Saqué dos cuchillos afilados que pudiesen servirnos.

Sus mangos de madera estaban desgastados por el tiempo, 381

pero las hojas, a pesar de todo, conservaban su filo original.

Tendí uno de los cuchillos a Lily.

—¿Para q-qué necesitamos e-eso? —titubeó.

—Es solo por precaución. No sabemos si los lobos siguen cerca.

Se lo pensó bastante antes de cogerlo con temor, como si en cualquier momento se le fuera a resbalar de las manos y pudiese herirse ella misma.

El aire matutino nos recibió cuando salimos al exterior. El amanecer se asomaba tímidamente en el horizonte, revelando contornos difusos de árboles y senderos cubiertos de nieve. Si no fuese por las circunstancias, hubiese disfrutado un poco más los paisajes que estaba viendo últimamente.

—¿Por qué crees que Amelia se ha ido? —preguntó Lily.

Solté un vago suspiro.

—Ayer por la noche discutimos, y después de eso se fue de la cabaña. No sé si regresó o ha estado toda la noche fuera. Dijo que quería tomar el aire, pero creo que simplemente quería alejarse de mí.

Lily me miró fijamente con sus enormes ojos celestes.

—No te sientas culpable. Amelia se fue porque quiso.

—Sí, pero fui demasiado dura con ella. Debería haberme callado y. .

—Lamentarse ahora no servirá de nada.

Su respuesta me tomó por sorpresa. No estaba acostumbrada a que hablara de una manera tan clara, directa y apenas sin titubear.

Ella lo notó y desvió la mirada rápidamente.

—¿Sabes? Deberías dejar salir esa Lily más a menudo, me gusta.

Una tímida sonrisa se asomó en sus labios.

382

Me detuve cuando sentí que alguien agarraba mi brazo por detrás. Me giré de golpe con el cuchillo alzado, temién-dome lo peor.

Pero solo vi a Nils, observando el cuchillo que tenía a apenas unos centímetros de su cara con una mueca de horror.

Y a su lado estaba Amelia.

Sana y salva.

—Amelia —murmuré, bajando el cuchillo. Nils soltó un suspiro audible cuando lo hice, relajando los hombros—.

Pensé que. .

—. . ¿que me habría ido? —Se cruzó de brazos, mirándome de manera desafiante—. No soy una cobarde.

Remarcó la última palabra como si quisiera dejar claro que no aceptaría ese calificativo. Asentí con la cabeza y desvié la mirada, incómoda por la repentina situación. No me e-norgullecía haberla llamado así.

—Hay algo que me dijiste ayer en lo que sí que estoy de acuerdo, ¿sabes? —continuó ella—. Soy la única que estuvo allí cuando ocurrió, por lo tanto, soy la única que puede ayudarlas. Por eso esta mañana he decidido ir al lugar exacto en el que las vi desaparecer. Por suerte esta noche no ha nevado demasiado, así que las pisadas en la nieve seguían casi intactas, lo que me ha permitido seguir su rastro. Y creo que ya sé a dónde se han ido.

* * *

—¿Estás segura de que las huellas conducían aquí? —pregunté, frunciendo el ceño.

—Sí, es aquí.

La linterna de Nils, la única de la que disponíamos, ilumi-383

naba la entrada oscura de un desagüe de unos dos metros de altura. Confluía a un río rocoso parcialmente cubierto de hielo, creando una mezcla peligrosa de superficies resbaladi-zas y rocas afiladas. Tuvimos que hacer un gran esfuerzo en cruzarlo, pero a Amelia se la veía tan convencida que la seguimos de todos modos.

—No sé, no parece un lugar al que vaya a entrar alguien

—musitó Nils, enfocando la luz hacia la abertura, pero estaba tan oscura que apenas se veía el límite.

—¡Precisamente por esa razón! ¿Es que no lo veis? —Amelia buscó la mirada de todos nosotros—. ¿Qué tipo de se-cuestradores llevaría a sus víctimas a lugares donde es probable que aparezca gente?

—Pero, ¿en una desagüe? —Nils arrugó la nariz.

—Sí, es raro —admití, y antes de que Amelia pudiese protestar, añadí—: pero no imposible.

—Gracias. —Amelia suspiró, aliviada.

Todavía había resentimiento en su mirada cada vez que posaba los ojos en mí, pero al menos agradeció que le diese la razón.

—Vale, ¿y cuál es el plan? —preguntó Nils—. ¿Entrar ahí dentro con solo una linterna y sin saber lo que nos espera al otro lado?

Nadie contradijo sus suposiciones, así que intuyó que eso era justamente lo que haríamos.

—Oh, no. Ni de coña.

—Nils. . —empecé a decir.

—¿Entrar en un desagüe? No, es una mala idea. Una malísima y nefasta idea. —Nils meneó la cabeza, como si quisiera deshacer la idea—. Seguro que hay otra forma menos. . claustrofóbica y peligrosa de descubrir a dónde las han llevado.

384

—Yo. . estoy de acuerdo con él —habló Lily—. Es mejor que volvamos antes de que descubran que nos hemos escapado del hospital.

—Sí, y seguro que cuando se lo digamos a la directora, lla-mará a la policía y se abrirá una investigación —añadió Nils—.

Así, de paso, nos ahorramos. .

Amelia lo interrumpió, impaciente:

—Cuanto más tiempo pasa, más probable es que estén muertas. Si hay alguna posibilidad de encontrarlas, es ahora.

Así que, o venís conmigo o dad media vuelta y dejad de perder el tiempo discutiendo. —Sin previo aviso, le quitó a Nils la linterna—. Y dame eso, lo voy a necesitar.

Sin esperar la respuesta de nadie, se adentró decidida en la oscura abertura del desagüe. Admiré lo valiente que estaba siendo y lo decidida que estaba en encontrar a las chicas.

—Amelia, espera. —Intenté alcanzarla, pero Nils me detuvo agarrándome de la muñeca.

—¿Estás loca? ¿Vas a seguirla? —preguntó él con incredulidad.

—No voy a dejar que vaya sola.

Lily miró hacia el desagüe con una expresión preocupada.

—Pero…, no podemos separarnos —balbuceó ella—. Es peligroso.

—Clarke, ¿vienes? —escuché que decía Amelia.

Volteé a mirarla. Se había detenido para esperarme.

Mi mente se quedó procesando un instante, observando la oscura entrada del desagüe. Aunque el peligro era innegable, también se presentaba la oportunidad de descubrir qué les había sucedido. Y mis ansias de respuestas superaban cualquier temor que pudiera sentir en ese momento.

Saqué el cuchillo que llevaba en la cintura y se lo di a Nils, 385

que lo agarró con una mueca de decepción en el rostro, intuyendo la decisión que ya había tomado.

—Antes de usar el cuchillo, usad el cerebro —les aconsejé—. Si solo veis un lobo, es porque los otros no están a la vista. Un lobo hambriento es parte de una manada que también tiene hambre.

Evitad lugares en los que os puedan rodear y, si podéis, haced ruido. Los lobos generalmente evitan a las personas ruidosas.

Lily tragó saliva con fuerza.

—¿Cómo sabes tanto de lobos? —preguntó Nils.

—Solía ver documentales de supervivencia con mi padre.

Todavía me dolía mencionarlo.

—Tened cuidado —murmuró Lily.

La miré con una débil sonrisa dibujada en mi rostro.

—Saca esa Lily que me gusta, te vendrá bien ahora.

Ella asintió con una sonrisa que no alcanzó a sus ojos.

—¡Clarke, vamos! —insistió Amelia.

Di media vuelta y la alcancé. No pude evitar echarles un vistazo antes de entrar en el desagüe. Tuve un sabor amargo en la boca cuando los dejamos atrás.

—No te preocupes por ellos —me dijo Amelia, notando mi expresión —. Preocúpate más por nosotras.

—Los hemos dejado solos en mitad del bosque con una manada de lobos merodeando por la zona.

—Al menos ellos saben lo que les espera ahí fuera, nosotras no.

Me permití observarla un segundo. Ya no había ni rastro de la Amelia con la que nos encontramos en la cabaña. Ni siquiera había soltado ni una sola lágrima.

Sabía que todo eso lo estaba haciendo para demostrar que no era una cobarde. Me sentí mal por haberla juzgado 386

tan duramente, sin tener en cuenta la pesadilla que había vivido.

—Sabes que no tienes que hacer todo esto, ¿no?

Frunció el ceño.

—¿Hacer el qué?

—Demostrar que no eres una cobarde. Sé que no lo eres.

Apretó los dientes, devolviendo la mirada al frente.

—Las verdades más crudas salen a la luz cuando estamos enfadados.

—Eso no es cierto. No pienso lo que dije.

—Ya, claro.

La detuve por la muñeca, haciendo que desviara los ojos hacia el agarre antes de mirarme fijamente.

—Hablo en serio, ¿vale? Estaba nerviosa y. ., bueno. ., aún lo estoy. Desde que llegué al psiquiátrico, no he hecho otra cosa que presenciar suicidios, hacer que por poco me maten y encima ahora tengo que lidiar con la desaparición de una amiga mía. Así que perdón si digo las cosas sin pensar, pero es que creo que mi cabeza se ha rendido hace mucho.

Parpadeó, sorprendida, antes de decir:

—Vaya, Maya tenía razón.

Hubo un breve instante de silencio.

—Sé lo bien que te llevabas con ella —aclaró—. No paraba de hablarme de ti durante la excursión. Me dijo que eras una de las personas más fuertes que conocía. Y ahora entiendo por qué lo decía.

Debo reconocer que me emocionó pensar en lo bien que Lexi hablaba de mí en mi ausencia. Eso solo confirmaba lo buena amiga que era. Sentí el miedo calándose por mis huesos cuando pensé que tal vez ayer sería la última vez que vería.

387

—¿Sabes qué hace una abeja en un gimnasio?

—¿Qué. .? —titubeé, confundida.

Antes de que pudiera especular, ella misma respondió con entusiasmo:

—¡Zum-ba!

Mi rostro pasó de la confusión inicial a una expresión completamente perpleja. Una pequeña sonrisa se asomó en los finos labios de Amelia, divirtiéndose por mi reacción de desconcierto total.

¿A qué venía eso? ¿Estaba ingresada en el hospital por bi-polaridad o algo así?

—Mi hermano y yo establecimos una regla —aclaró—. Ca-da vez que discutíamos, solo podías aceptar disculpas si iban acompañadas de chistes. Ahora te toca a ti, vamos.

Entreabrí los labios, sin saber qué decir. Me había pillado bastante desprevenida.

—Pues, no sé. . ¿Cuál es el animal más antiguo?

—¿Solo se te ha ocurrido ese, en serio? La cebra, ¡porque está en blanco y negro!

—¿Cómo lo has sabido? No era tan fácil.

—Porque discutía mucho con mi hermano. —Se encogió de hombros —. En fin, disculpas aceptadas, supongo. Pero la próxima vez cúrratelo un poco más.

Negué con la cabeza, divertida.

Seguimos avanzando en silencio, mientras cada uno de nuestros pasos resonaban bajo la escarcha que recubría el suelo resbaladizo del desagüe. El sonido de la nieve desha-ciéndose y goteando era lo único que se escuchaba en el estrecho pasaje.

—¿Intentaron matarte en el hospital? —me preguntó sorprendida, rompiendo el silencio.

—Sí, Matthew Adams. Todavía recuerdo su nombre.

—Oh, sí. Sé quién es. Ese tío trajo muchos problemas. A ver si lo adivino, te agredió sin ningún motivo.

—Y no sólo eso —afirmé—. Insinuó que había matado a alguien, y parecía bastante importante para él.

—¿Te dijo eso? Pues sí que estaba majareta.

Amelia se detuvo de repente y enfocó con la linterna hacia algo que vio en el suelo helado. Se agachó para recogerlo y lo analizó, haciendo que su expresión se transformara abruptamente.

Una pulsera.

—Era de Emily —murmuró, perpleja.

Amelia y yo nos miramos por un instante, estupefactas.

Sentí que un escalofrío recorría mi espalda al escuchar el nombre de una de las chicas desaparecidas.

—¿Estás segura?

—Sí, se la vi puesta.

Eso significaba que estábamos siguiendo el rastro correcto.

Se levantó, guardándose la pulsera en uno de sus bolsillos, y seguimos avanzando por el desagüe. El ambiente cerrado y húmedo se volvía más opresivo ahí dentro. No sé si tenía más miedo de encontrarlas o no. Habían pasado muchas horas desde que las secuestraron. Quién sabe si seguirían vivas.

La nieve, que en algún momento debió infiltrarse desde la superficie, se había acumulado en pequeños montones en las esquinas. El agua que goteaba de las paredes se congelaba antes de llegar al suelo, formando estalactitas y creando un paisaje gélido y desolador.

Mientras mis ojos dibagaban por las paredes distraídamente, noté algo inusual.

389

—Enfoca ahí —le pedí, señalando el lugar.

Amelia dirigió la luz de la linterna hacia donde le había indicado. Ambas quedamos boquiabierta cuando vimos que había una puerta oxidada. Parecía como si alguien hubiese construido forzosamente una entrada a través de las paredes de ese desagüe, una puerta que no encajaba en la estructura original.

Las dos entrelazamos miradas antes de acercarnos hacia la puerta. Las bisagras chirriaron cuando la empujamos, revelando un oscuro

pasillo más allá de ella.

—¿Crees que han podido ir por aquí? —me preguntó, con el miedo palpable en su voz.

—Solo hay una manera de saberlo.

Cruzamos el umbral de la puerta y empezamos a avanzar por el túnel. Era tan estrecho que apenas cabíamos nosotras dos, las paredes parecían cerrarse en cualquier momento sobre nosotras. El aire dentro del túnel era denso, impregnado de un olor terroso y rancio que se adhería a la piel con cada inhalación. La única fuente de luz que teníamos era la linterna, y ni siquiera lograba iluminar todos los rincones.

Ninguna de las dos tenía reloj, pero estaba convencida de que llevábamos andando por ese angosto pasaje por lo menos treinta minutos.

—Necesito un minuto —resopló Amelia, apoyándose en la fría y húmeda pared.

Yo también necesitaba descansar, hasta todavía podía notar la tensión en mis piernas tras haber corrido tanto la noche anterior. Pero me mantuve en pie esperando a que Amelia recuperara el aliento.

—Nils tenía razón, esto no ha sido una buena idea —se quejó, entre jadeos—. ¿Y si esta mierda se viene abajo? ¿Y si nos encontramos con alguno de esos hombres? Ni siquiera 390

estoy segura de que mis piernas vayan a responder.

Mientras Amelia seguía lamentándose, percibí un movimiento extraño en la linterna que estaba sujetando.

—La luz —murmuré, notando que comenzaba a parpadear débilmente.

Amelia dirigió su mirada hacia la linterna.

—Sí, creo que se le están acabando las pilas.

—No, no es eso.

Desvié la mirada hacia la oscuridad que se extendía más allá.

—Estamos cerca —agregué.

—¿Cómo lo. .? ¡Clarke, espera! ¡Todavía no he descansado lo suficiente!

Amelia se separó de la pared y me siguió torpemente.

Siempre que parpadeaban las luces, me llevaban extrañamente a un lugar. Y estaba convencida de que esta vez no sería una excepción.

Al final del túnel distinguimos por primera vez luz que no provenía de la linterna. Doblamos una esquina y nos topamos con otra puerta de metal. En el umbral se filtraba una luz, revelando un resplandor tenue que escapaba al otro extremo de la puerta. Esta tenía mejor aspecto que la anterior, pero seguía agrietada por la humedad.

Amelia y yo intercambiamos miradas antes de empujarla.

Al cruzarla, vimos paneles en el techo que iluminaban un pasadizo que se me hizo familiar, con conductos de ventilación y cables que se entrelazaban formando una red en el techo.

—¿A dónde estamos? —preguntó Amelia.

—No estoy segura.

Tenía una vaga teoría, pero necesitaba confirmarlo.

El pasadizo que conectaba con la puerta que acabábamos 391

de cruzar era bastante largo y ancho, pero luego se bifurcaba en varios pasadizos más estrechos. Estuvimos un rato andando hasta que oímos voces y retrocedimos para ocultarnos en la pared más cercana.

Asomé la cabeza con cuidado y me quedé helada al reconocer a los uniformes que llevaban esas personas.

—¿Quiénes son? ¿Son las chicas? ¿Las has visto? —me preguntó Amelia en voz baja, quien ni siquiera se atrevía a a-somarse para no ser descubierta.

Negué con la cabeza.

—Yo. .

—¿Tú qué? ¿Qué has visto?

Giré la cabeza lentamente para mirarla a los ojos.

—Amelia, creo que estamos en el hospital psiquiátrico.

Las voces de los guardias se alejaban cada vez más, dándonos un poco de espacio para discutirlo.

—¿Qué?

—He visto a los guardias de seguridad.

—Eso es imposible. ¡Si estábamos en un maldito desagüe!

—Piénsalo. Hemos andado durante media hora más o menos, y eso es justo lo que se tarda de donde estábamos hasta llegar al hospital. Lo más probable es que Nils y Lily también hayan llegado.

—Vale, pero. . ¿Por qué una maldito túnel secreto conecta directamente con el hospital?

—No lo sé —admití—. Pero, si estoy en lo cierto, las chicas han ido a parar al psiquiátrico y. .

—. .están bien —Amelia terminó la frase, fascinada ante la idea.

Asentí con una sonrisa tranquilizadora.

392

Después de asegurarnos de que el pasillo estaba desierto, salimos de nuestros escondites y continuamos nuestro camino. Mi mente bullía con preguntas sin respuesta, tratando de entender cómo habíamos pasado de explorar un bosque a encontrarnos en las instalaciones del hospital psiquiátrico.

Mis pensamientos se vieron interrumpidos cuando nos topamos con una doble puerta, similar a la que había en los hospitales normales y corrientes. La empujamos sin saber lo que nos depararía al otro lado.

Frente a nosotras, se extendió un corredor lleno de puertas metálicas con cerraduras de seguridad reforzadas.

—¿Crees que aquí están ingresados los pacientes más peligrosos? — preguntó Amelia en voz confidencial, observando las puertas selladas.

Podría ser una opción que no descartaba, pero entonces eso signficaría que. .

Oh, Dios.

Con grandes zancadas, me acerqué a la puerta que teníamos más próxima y me puse de puntillas para observar a través de la rendija,

cubierta por un cristal que parecía blinda-do. Me impactó ver que no había absolutamente nada en ese cubículo blanco. Ni una cama, ni un armario, ni un maldito retrete. Nada de nada.

A excepción de un chico. Estaba en una esquina, encogido y hecho un ovillo en el frío y duro suelo. Su cuerpo, hecho una bola humana, temblaba sin parar. No pude verle la cara, pero sabía que no era él. Así que pasé a la siguiente habitación.

Esta vez era una chica. Su espalda estaba apoyada en la pared, con la mirada perdida hacia un punto fijo, pero sus ojos no transmitían ningún tipo de vida. Era como si su cuerpo estuviera ahí, pero su mente la hubiese abandonado hace 393

tiempo.

Ignorando las preguntas constantes de Amelia sobre qué estaba haciendo, seguí analizando puerta por puerta. En todas me encontraba con jóvenes que se hallaban en estados de abandono físico y emocional.

Llegué a una de las últimas puertas e hice exactamente lo mismo, mirar por la rendija y esperar a que fuera él quien estuviese al otro lado.

Había un chico sentado en el suelo, con la espalda en la pared y los brazos apoyados encima de sus rodillas. Aunque su cabeza estaba agachada y no pudiese verle su rostro, de alguna forma sabía que era él. Simplemente. . lo sabía.

—Nolan —murmuré.

Mi voz fue apenas un susurro, pero cuando la escuchó, levantó la cabeza lentamente y sus ojos oscuros se clavaron en los míos a través de la rendija. Incluso con esas oscuras ojeras bajo sus ojos se veía atractivo.

Al fin lo había encontrado.

Se puso en pie con dificultad, como si llevara un peso invisible sobre sus hombros. La camisa desgastada se levantó un poco con el movimiento, revelando moratones dispersos en su piel. Mis ojos se abrieron de par en par al notar esas marcas.

—¿Qué te han hecho? —exclamé horrorizada, incapaz de contener la preocupación en mi voz.

Seguía sin entender por qué verlo herido hacía que se en-cendiera una chispa de rabia en mi interior.

—Dile que se vaya —ordenó con voz firme, mirando a la chica que tenía al lado.

Suspiré y me giré hacia ella.

—Amelia, ¿puedes darnos un segundo?

Ella nos miraba a los dos sin entender absolutamente na-da, pero asintió y comenzó a pasearse por el pasillo, observando curiosa el interior de las otras habitaciones.

Nolan se acercó un poco más hasta que estuvo demasiado cerca de mí. Si no fuese por la puerta de metal que nos separaba, mi pobre corazón no hubiese soportado la proximidad.

—¿Has estado aquí todo este tiempo? —le pregunté.

Él asintió y mi estómago se encogió.

—¿Y qué es este lugar? ¿Por qué os tienen a vosotros apartados del resto?

—Porque somos diferentes.

—Es decir, ¿más peligrosos?

—Algo así.

Entreabrí los labios para seguir hablando, pero apenas iba a hacerlo cuando dijo:

—Jules, tienes que irte del hospital.

—¿Qué? ¿Por qué?

Tensó la mandíbula.

—Te han descubierto. Saben quién eres.

Justo después de decir eso, una alarma estridente resonó en el aire y las luces del pasillo se tiñeron de rojo, titilando de manera frenética.

—Clarke, ¡hay que irnos! —exclamó Amelia con urgencia.

—¿Quién me ha descubierto? —inquirí.

El miedo envolvía mi corazón como si fueran garras heladas, apretándolo con fuerza.

—Vete. Ahora.

—Pero. .

—¡Vete! —gritó él, haciendo que diera un respingo.

Retrocedí unos pasos torpemente, pero comprendí que 395

teníamos que salir de allí antes de que nos descubrieran o saldríamos muy perjudicadas. Amelia empujó la doble puerta y la seguí, corriendo tanto como nuestras piernas nos permitían.

La alarma continuaba su aullido constante, emitiendo zumbidos al ritmo de mi corazón. Pasamos junto a un grupo de personas con batas blancas, que nos siguieron con la mirada, perplejos. No tuve tiempo de preguntarme quiénes eran o por qué estaban allí, ya que la prioridad era escapar.

Mientras corríamos, miré por encima del hombro y vislumbré un grupo de guardias uniformados que nos seguían de cerca. Sus rostros decididos y la determinación en sus pasos dejaban claro que no les había gustado mucho nuestra visita.

Ahogamos un grito cuando una bala impactó cerca de nosotras, y después de esa vinieron más. Muchas más. Solo se escuchaban disparos impactando por todas partes. El suelo y las paredes temblaban con cada bala que perforaba.

—¡Nos hubiese venido muy bien ese cuchillo que le has dado a Nils! —exclamó Amelia entre el alboroto, sin dejar de correr.

—¡Ahora no es momento para discutir!

—¡Es que no quería morir sin decírtelo!

—¡No vamos a morir!

Una bala pasó por mi lado a una velocidad tan sorprendente que supe que, de haberme alcanzado la cabeza, me habría perforado el cráneo.

—¡Pues yo no estoy tan segura! —me reprochó.

Una bala retumbó contra una pared cercana y cayó al suelo. Mis pasos se detuvieron instintivamente cuando el brillo que desprendía atrajo mi atención.

—¡¿Qué haces?! —bramó Amelia, deteniéndose también.

La recogí del suelo y la metí en el bolsillo antes de seguir corriendo.

A lo lejos, distinguí la entrada de la bodega. Era el único lugar al que podíamos escondernos. Corrimos hacia ella y, sin dudarlo, nos adentramos en la penumbra, ocultándonos entre los barriles, con el sonido de los disparos aún resonando en el exterior.

El olor a humedad y madera vieja llenaba el aire mientras nos agachábamos, tratando de controlar nuestra respiración acelerada. Oímos cómo los guardias pasaban de largo, pensando que habíamos seguido por el pasillo.

—¿Soy la única. . que se pregunta. . qué hace una bodega. .

en un. . psiquiátrico? —cuestionó, sofocada de tanto correr.

Metí la mano en el bolsillo y saqué la bala.

La observé detenidamente entre mis dedos mientras cogía la linterna y enfocaba la luz. Era una especie de cápsula puntiaguda para perforar la piel que tenía un contenido azul en su interior. La sustancia líquida de un tono cerúleo intenso brillaba de manera extraña a la luz de la linterna.

—¿Qué es eso? —preguntó Amelia.

—No parece una bala normal.

Entonces mi mente viajó hacia la noche que vi morir a Beth, esa noche que todo el mundo me hacía creer que no e-ra real. Incluso yo misma.

Pero, ¿y si lo era?

Recuerdo que Beth se desplomó en el suelo cuando una de esas balas la alcanzó, pero jamás llegué a ver sangre brotando de su

herida. Porque tal vez no era una bala lo que la alcanzó, sino una de estas cápsulas.

No tenía certeza sobre el efecto que causaban, pero al recordar cómo afectó a Beth, supe que eso no te mataba, sino que te sedaba. Y cabía la posibilidad de que, tal vez, esa cosa 397

también manipulara los recuerdos.

Eso explicaría por qué Beth seguía viva, y por qué no recordaba nada de esa noche.

Joder, no estaba loca. Lo que vi era real, todo era real.

Y eso lo cambiaba todo.

398



17

—Entonces, ¿cuál es el plan?

Se lo repetí una vez más:

—Vamos al almacén, buscamos un móvil que nos sirva y llamamos a la policía. Con suerte, en un par de horas ya esta-rán aquí y todo habrá acabado.

—¿Y cómo llegamos al almacén?

—Hay que encontrar un conducto de ventilación. Llevo tiempo usándolos para moverme por el psiquiátrico sin ser detectada.

La expresión de Amelia pasó de la confusión a la incredulidad total.

—Que tú. . ¿qué?

—Ahora no importa. —Me asomé con cuidado al pasillo, que estaba despejado—. No hay nadie, vamos.

Amelia pareció tener una lucha interna sobre si seguirme o quedarse en donde estaba, pero finalmente me siguió y ca-minó a mi lado.

399

—¿Por qué no vamos directamente a la directora y se lo explicamos todo?

—Porque no es de fiar —respondí con simpleza.

Sus ojos se estrecharon, esperando una explicación más detallada.

—¿De verdad crees que la directora no sabe que hay un laboratorio en su propio psiquiátrico? Llevo tiempo pensándolo —añadí—, pero cada vez estoy más segura de que este psiquiátrico no es lo que parece. Esas balas que has visto no son normales, son sedantes. Y no unos cualquiera, porque jamás había visto algo similar. Y esas personas a las que hemos visto en el pasillo las tienen retenidas ilegalmente. Todo lo que hacen en este lugar va contra la voluntad de las personas, así que básicamente estamos en peligro. Y no solo nosotras, sino todos los pacientes de este hospital.

Amelia me sostuvo la mirada seriamente, dándose cuenta de la gravedad de la situación.

—¿Y cómo sabes que son sedantes?

Tragué saliva con fuerza, intentando deshacer el nudo que ya amenazaba con ahogarme.

—Un día vi cómo. . cómo una de esas balas alcanzaba a u-na chica que conocí en este lugar. Pensé que había muerto.

Lo estuve pensando durante semanas. Y luego. . luego me la encontré en una cafetería pidiendo un maldito chocolate caliente. —Emití una risa sarcástica, pensando en lo surrealista que sonaba—. Comencé a creer que me estaba volviendo lo-ca, que todo lo que vi. . no era real. Pero había algo que no cuadraba. La chica era la misma, pero de algún modo había algo en ella que había cambiado. No recordaba nada de lo que pasó.

—¿Insinuas que están utilizando esas balas para borrar los recuerdos de las personas?

400

—Ni siquiera sé si existe tal cosa, pero es una opción

—respondí—. Tal vez todo lo que vimos aquella noche es real, y ellos no querían que lo descubriéramos.

—¿Qué visteis?

—Parecía un laboratorio.

—¿Aquí? ¿En el psiquiátrico?

—Sí. Está oculto en los sótanos.

—Vale, definitivamente hay que llamar a la policía —murmuró—. Pero, aún así, ¿cómo van a creernos si no tenemos pruebas de nada?

—No harán falta.

Antes de que pudiese decir nada al respecto, agregué:

—Llamaremos a un amigo que es policía. Y él va a creerme sin pruebas, porque me prometió que, si pasaba cualquier cosa, me sacaría de aquí. Y ha llegado el momento.

** * **

Bajamos del conducto despacio y comenzamos a avanzar por el almacén a paso silencioso.

Teníamos que encontrar entre las pertenencias de los pacientes un móvil para contactar con alguien de fuera. Les in-formaríamos sobre la situación en el hospital y esperaríamos a que vinieran.

Fácil, ¿verdad?

Pues bien, la tarea no resultó tan sencilla. Resulta que todos los móviles que encontrábamos en las bandejas estaban apagados, no tenían batería y, si funcionaban, iban con contraseña, por lo que no podíamos acceder a ellos.

—Esto está resultando más difícil de lo que pensaba —comentó Amelia, dejando escapar un suspiro de frustración.

401

—Tiene que haber alguno que funcione.

—Odio a la gente optimista —se quejó.

—Qué ataque más gratuito.

—Lo siento, es que. . ¡Este mundo no es de color rosa! Es más como un tono gris con manchurrones negros. Y los optimistas os creéis que por pintar vuestras propias pinceladas de color vais a cambiar este mundo de mierda.

Traté de esconder mi sonrisa, pero fue bastante notoria.

—¿Por qué estás sonriendo? —preguntó, confusa.

—Me recuerdas a ella.

—¿A quién?

—A la chica de la que te he hablado —le refresqué la memoria.

—Oh, la que la palmó y luego resucitó.

Sí, definitivamente era igualita a ella.

—Siempre tenía una respuesta sarcástica para todo. En situaciones así, ella diría lo mismo.

—¿Y era tan optimista como tú? Porque, entonces, no so-portaría que. .

Una notificación de teléfono clara y distintiva resonó en el aire. Ambas nos miramos al instante, intercambiando una mirada esperanzadora.

Amelia enfocó la linterna hacia la estantería que teníamos detrás.

—Ha venido de esa bandeja —aseguró, señalándola con la cabeza.

Nos acercamos a ella y, en cuanto leí la etiqueta de la respectiva bandeja, pensé que había una jodida cámara oculta y querían grabar mi reacción.

—¿De Matthew Adams? ¿En serio?

402

De todos los pacientes que había ingresados en este lugar, tenía que sonar justamente su móvil.

—Al fin ese chico resultará útil —se limitó a decir Amelia, antes de empezar a indagar entre sus cosas. Al apartar algunos objetos

personales, descubrimos un móvil que parpadeaba con vida, mostrando la pantalla iluminada—. ¡Funciona!

Sostuve el móvil con cuidado y me fijé en que tenía muy poca batería. Sin embargo, en la pantalla indicaba que se estaba cargando, como si estuviese conectado a una fuente de corriente. Una expresión de desconcierto cruzó mi rostro al comprobar que no estaba enchufado a ningún lugar visible.

Deslizando mi dedo por la pantalla, la desbloqueé sin necesidad de introducir ninguna contraseña. Al revisar las noti-ficaciones, descubrí que no había ninguna. Nadie había enviado un mensaje. Era como si el móvil hubiese sonado sin motivo aparente, pero no podía detenerme a pensar en eso ahora.

Fue entonces cuando mi atención se posó en el ícono de la galería. Aunque sabía que husmear en las pertenencias de alguien fallecido no era apropiado, una corazonada me llevó a hacer clic en ese ícono.

Dentro de la galería, descubrí varias imágenes que captu-raban momentos aparentemente cotidianos: selfies, fotografías de lugares y paisajes. Pero mi mirada se detuvo en una imagen en particular.

Dos chicos idénticos se abrazaban sonrientes, mostrando sus dientes de leche. Tenían el mismo pelo castaño y rizado, e incluso las pecas decoraban de manera idéntica sus mejillas y narices respingonas. No debían tener más de seis años.

Sus rostros irradiaban una juventud llena de vida y felicidad, una imagen que contrastaba con el trágico destino que les acabó deparando.

403

—¿Tenía un hermano? —preguntó Amelia, asomándose por encima de mi hombro para poder ver mejor la imagen.

—Sí, pero desapareció cuando eran niños.

Sentía que la fotografía despertaba algo más en mí. Esos dos chicos seguían resultándome familiar, como si los hubiese visto en alguna parte. O tal vez solo uno de ellos, pero era difícil saber a quién de los dos ya que eran exactamente iguales.

Recuerdo haber sentido algo similar con Adler. Aunque no puedo ubicar exactamente dónde o cuándo lo vi antes, su presencia me despertaba una extraña conexión, como si nuestras vidas se hubieran entrelazado de alguna manera en el pasado.

—Clarke, la policía —me recordó Amelia, haciendo que regresara a la realidad.

—Sí, perdón.

Marqué el número de Landon con apresuramiento, pero la llamada ni siquiera se pudo realizar porque, al parecer, no había señal en el almacén.

—No hay cobertura.

—¿Es en serio? —inquirió Amelia con fastidio.

Unas voces repentinas llenaron el pasillo del exterior.

—Mierda —maldije, guardándome el móvil en el bolsillo—.

¡Rápido, al conducto!

Nos movimos velozmente hacia la abertura en la pared, pero un murmullo de voces y sonidos metálicos provenientes de su interior nos detuvo en seco. Alguien se estaba deslizando por los conductos, y no parecía solo una persona.

Mi rostro palideció instantáneamente al darme cuenta de lo que estaba pasando.

—Quieren rodearnos —murmuré, estremeciéndome.

404

—¿Y ahora qué hacemos?

—No lo sé.

Mi mirada se dirigió de nuevo hacia la puerta, que no tardarían en abrirla.

—¡Te dije que el mundo no es de color rosa! —me reprochó Amelia, nerviosa—. ¡No pueden cogernos ahora, Clarke!

¡Ni siquiera hemos llamado a la policía!

—¡Lo sé, Amelia! ¡Déjame. .! ¡Déjame pensar!

—¡No hay tiempo para pensar!

—¡¿Y cómo pretendes que encontremos una solución si no usamos la maldita cabeza?!

—¡Pues actuando sin pensar!

—¡¿Y qué es actuar sin pens. .?!

Me corté a mí misma cuando Amelia, en un grito de lucha, empujó hacia adelante la estantería más cercana a la puerta, haciendo que todas las bandejas almacenadas se precipitaran al suelo con un estruendo. En apenas un parpadeo, la puerta ya estaba bloqueada.

— Esto es actuar sin pensar —dijo orgullosa, expulsándose las manos de polvo.

Parpadeé reiteradas veces, sorprendida.

Las voces del conducto resonaron con más fuerza. Cada vez estaban más cerca de la rendija.

—Y en cuanto a esos —empezó a decir Amelia—, no tengo ni la más menor idea de cómo impedir que bajen. Podríamos escondernos detrás de una estantería y. .

—Escondernos no servirá de nada, ya saben que estamos aquí. Además, ya lo intenté una vez y nos acabaron descubriendo.

—¿Que ya lo intentaste una vez? —repitió, escéptica—.

¿Cuántas cosas ilegales has hecho en este psiquiátrico?

405

Desde que puse un pie en este hospital ya estaba haciendo algo ilegal, pero me guardé esa posible contestación para mis adentros.

Eché un vistazo a mi alrededor, evaluando todas las posibilidades. El almacén estaba más o menos igual desde la primera vez que vine. Y digo «más o menos» porque había algo distinto, algo que no lograba descifrar. Las estanterías seguían alineadas entre sí, y. .

Espera.

No todas las estanterías estaban alineadas. Había una que la habían empotrado contra la pared.

¿Por qué motivo la recolocarían?

Entonces detallé otra cosa. El almacén estaba más oscuro de lo habitual. Cuando entré por primera vez con Beth, recuerdo que estaba sumido en la penumbra, pero había algo de luz. Y esa luz provenía de. .

¡Por supuesto!

¿Cómo no se me había ocurrido antes?

Me acerqué a la estantería que estaba colocada de manera diferente.

—Ayúdame a moverla.

—¿Para qué. .?

Nos sobresaltamos cuando escuché un fuerte sonido metálico. Me giré hacia la puerta y mi corazón se aceleró al ver que habían logrado abrir casi la mitad de la puerta, revelando a los guardias que forcejeaban por entrar. Pero por suerte la estantería aún aguantaba.

—¡Tú hazlo! —grité con los nervios a flor de piel.

Ambas nos colocamos en el mismo lado.

—¿Lista? —La miré con determinación.

Asintió.

406

Comenzamos a empujar la estantería con todas nuestras fuerzas, pero apenas logramos moverla unos centímetros. No era suficiente, a este paso los guardias ya entrarían.

—¡Más fuerte! —grité.

Amelia me obedeció y puso todo de su parte, clavando los pies en el suelo mientras la pesada estructura se deslizaba por el suelo. La estantería avanzaba lentamente, pero cada centímetro ganado nos acercaba a encontrar una alternativa para salir de allí.

Nos detuvimos inconscientemente cuando oímos la rendija ceder. El miedo se instaló en lo más profundo de mis huesos cuando vi a los guardias deslizándose por la abertura.

Ya estaban dentro.

—¡Vamos! ¡Solo un poco más! —grité, aunque el aliento escapaba de mis pulmones con cada palabra.

En un último intento, usamos todo nuestro cuerpo para moverla. Nuestros dedos se apretaban con fuerza alrededor de los bordes de la estantería. Con esfuerzo conjunto, conseguimos desplazarla lo suficiente para descubrir la pequeña ventana.

—La ostia —murmuró Amelia, observando la pequeña abertura con fascinación.

De un salto, pude alcanzar el borde de la ventana y me impulsé hacia arriba. Empujé la manilla y la ventana se abrió en un crujido, como si hiciese tiempo que nadie la abría.

El viento frío se instaló en mi cuerpo al tiempo en que me asomaba. Al hacerlo, observé el vacío bajo mis pies y sentí una oleada de vértigo. Estábamos probablemente a más de veinte metros de altura. No había nada a lo que pudiéramos agarrarnos directamente, tan solo podíamos aprovechar la infraestructura del propio edificio.

Sin dudar, me dejé caer hacia la saliente que sobresalía li-407

geramente de la pared, apoyando los pies en ella.

Un estruendo retumbó a mis espaldas, obligándome a volver la vista hacia el almacén. La puerta había cedido por completo, y los otros guardias irrumpieron en el almacén.

—¡Date prisa, Amelia!

Le agarré el brazo para ayudarla a subir más rápido, pero apenas había metido la mitad de su cuerpo, noté que algo tiraba con fuerza de ella, impidiendo que subiera más.

Un guardia la tenía cogida por uno de sus tobillos.

Amelia comenzó a gritar desesperadamente, tratando de zafarse de él.

No iba a dejar que se la llevaran, porque la última vez que se llevaron a Beth, algo hicieron con ella. Y no podía permitir que hiciesen lo mismo con Amelia.

—¡Clarke, ayúdame! —gritó ella, su rostro reflejando el más puro pánico.

El guardia me superaba en fuerza, por no decir que los demás no tardarían en ayudar a su compañero, así que tenía que buscar otra alternativa.

Con las manos temblorosas, busqué frenéticamente en mi bolsillo y saqué el sedante que llevaba conmigo.

—¡Clávaselo en el cuello! —le ordené, sin estar segura de los efectos que tendría.

Yo no podía hacerlo, desde fuera no alcanzaba al guardia.

Además, no podía moverme. Si hacía un paso en falso, iría directa al vacío. Tenía que intentar mantener la vista al frente y concentrarme en no poner los pies en un sitio erróneo.

Amelia soltó una de sus manos para agarrar la bala afilada y, sin pensarlo dos veces, se inclinó hacia adelante y se lo clavó en el cuello del guardia. Él soltó un grito de dolor, y ella aprovechó el momento para liberarse.

408

Se escabulló por la pequeña ventana y quedó de piedra al ver la altura que nos separaba del suelo.

—¡Hay una tubería! —grité, señalando hacia ella. El aullido del viento resonaba en mis oídos—. ¡Hay que llegar hasta ella!

¡Agárrate bien a los bordes!

Amelia asintió y se unió a mí en la estrecha plataforma.

Sin embargo, se giró una última vez para observar el interior del almacén y murmuró, pasmada:

—Tenías razón. Esas balas son sedantes.

Tomé aire por la nariz y lo solté lentamente por la boca, obligándome a respirar pausadamente para que el ritmo de mi corazón volviera a la normalidad. No tenía miedo a las alturas, pero sí a morir. Y si resbalaba, ya me podía dar por muerta.

Comencé a mover los pies con pasos pequeños y precisos.

El viento rugía a mi alrededor, y el frío penetrante ralentizaba mis movimientos. Mis ojos estaban fijos en la tubería metálica, la cual representaba nuestra única oportunidad para descender de forma segura.

Amelia y yo nos movíamos con cautela, aferrándonos a los bordes de la plataforma para mantener el equilibrio, pues el viento azotaba con fuerza, haciéndonos tambalear en la estrecha pasarela.

Finalmente, llegamos a la altura de la tubería y nos agachamos para agarrarnos a ella. Sentí el frío del metal en mis manos, pero la firmeza de la superficie me dio un atisbo de seguridad.

Me aseguré de que fuera estable antes de enroscar mis piernas al conducto. Mi cuerpo se deslizó hacia el siguiente saliente. Me detuve un segundo para mirar a Amelia, quien parecía haber perdido el color en su rostro desde que vio las alturas.

—Es seguro —aseguré, tratando de infundirle confianza desde ahí abajo.

Ella tragó saliva con fuerza, como si quisiera tragarse el miedo, e hizo exactamente lo mismo que yo, descendiendo por el tubo. De esta forma, pudimos bajar de manera más controlada y segura. Deslizamos lentamente nuestros cuerpos por la tubería, sintiendo cada vibración metálica.

Por fin alcanzamos el suelo, y nos desprendimos de la tubería con alivio. El ruido del viento disminuyó y la presión en mis oídos se alivió momentáneamente, al igual que el trote de mi corazón.

—Es buen momento para llamar a la policía, ¿no crees?

—sugirió Amelia con un toque de humor.

Observé nuestro entorno. Estábamos en la parte trasera del hospital, y más allá de nuestra posición, se alzaba la muralla que separaba la edificación del exterior. Aún no estábamos a salvo.

—Hay que encontrar un lugar seguro para hacerlo —respondí.

Amelia siguió mi mirada hacia la muralla.

—No pretenderás que nos escapemos otra vez, ¿no?

—Cuanto más lejos estemos de este psiquiátrico, mejor.

—¿Y si nos descubren? ¿Qué castigo crees que nos im-pondrá la directora si. .?

—Amelia, no vamos a volver —afirmé con decisión—. Así que olvídate de la directora.

—Pero, ¿qué voy a decirles a mi familia? ¿Cómo voy a explicarles que. .?

—¿Es que no lo entiendes? —espeté, mirándola fijamente con incredulidad—. Si volvemos, estaremos en peligro. Tú has visto lo mismo que yo. ¡Están sedando a las personas y 410

metiéndolas en habitaciones donde deben dormir en el maldito suelo! Esto debe saberlo la policía y la gente de fuera.

Hay que poner fin a todo esto.

—¿Y qué hay de las otras chicas? De Maya, Daniela, Emily, Olivia. .

—Sabemos que llegaron al hospital, ¿no? Pues entonces siguen aquí. Pero nosotras no podremos hacer nada, necesi-taremos ayuda para salvar no solo a las chicas, sino a todos los pacientes.

Un suspiro escapó de los labios de Amelia, pero por lo menos asintió y me siguió sin protestar. Cruzamos la extensión de hierba y tierra que rodeaba la edificación hasta llegar a la muralla.

—No creo que podamos escalar eso —murmuró Amelia, observándola.

—Mide tres metros, no diez. Claro que podemos escalarla.

—¿Puedes dejar de ser tan optimista? —protestó, volteando los ojos.

Caminé a lo largo de la muralla, escudriñando en busca de una abertura o saliente que nos permitiera cruzar al exterior.

—Aquí. —Detuve mis pasos—. Hay un pequeño espacio entre las rocas. Podemos meter un pie e impulsarnos. Quizás a-sí llegamos hasta arriba.

—¡Allí! ¡En la muralla! —oímos a nuestras espaldas.

Miramos rápidamente hacia atrás y vimos un grupo de guardias armados que venía de camino hacia nosotras.

No teníamos muchas opciones, así que decidimos intentarlo. Primero lo hizo Amelia. Con cautela, se acercó al estrecho espacio entre las rocas. Tal y como le dije, apoyó un pie en él y logró impulsarse lo suficiente como para agarrarse al borde superior de la muralla.

411

Se quedó sentada a horcajadas, esperando a que subiera yo. Coloqué un pie en el estrecho y pude llegar arriba con la ayuda de Amelia, quien me ofreció su mano.

Ahogamos un grito cuando unas balas se incrustaron en la muralla, sintiendo cada impacto bajo nosotras. Contamos hasta tres antes de lanzarnos al otro lado.

Al ponerme en pie, sentí un ligero dolor en las piernas, pero nada que indicara una lesión seria. Me giré hacia Amelia para comprobar que ella también estaba bien. Tenía la respiración entrecortada, pero parecía estar en perfectas condiciones.

Ya estábamos fuera del psiquiátrico.

Con el sol del día cegando nuestra vista, empezamos a correr desesperadamente. Cada árbol parecía convertirse en un obstáculo, pero la urgencia de escapar nos impulsaba a superarlos. La adrenalina nos envolvía mientras la distancia entre nosotras y el psiquiátrico aumentaba, dejando atrás e-se oscuro y peligroso lugar.

Cuando sentimos que habíamos dejado el psiquiátrico lo suficiente lejos, nos paramos detrás de un árbol. Respiramos agitadamente, tratando de recuperar el aliento.

Saqué el móvil de mi bolsillo y encendí la pantalla.

—Hay cobertura.

Amelia y yo nos miramos con incredulidad antes de que una risa nerviosa se apoderara de nosotras. Era una risa liberadora, la clase de risa que brota cuando la tensión acumulada finalmente encuentra una salida. Nos aferramos al árbol para mantenernos en pie mientras nuestras risas resonaban en el bosque.

—¿Puedes creerlo? —dije entre risas, con una mezcla de asombro y alivio.

—Voy a empezar a ser igual de optimista, porque funciona 412

—respondió Amelia, aún riendo.

Me aclaré la garganta, regresando a la seriedad. Miré alrededor, asegurándome de que estábamos bien ocultas entre los árboles, antes de marcar el número de Landon.

Puse el móvil en altavoz y esperé pacientemente a que lo cogiera. Sin embargo, después de varios tonos, solo obtuve la frustrante grabación de la contestadora.

—No responde —informé, sintiendo un leve nudo en el estómago.

—Inténtalo de nuevo.

Lo intenté una vez más y esperé ansiosa. Nunca había deseado tanto que alguien me cogiera el teléfono.

—Más vale que no sea propaganda, porque como vuelvas a molestarme en mi trabajo voy a demandarte por interrupción de servicio.

Cuando escuché la voz de Landon al otro lado de la línea, fue de las mejores sensaciones que tuve en toda mi vida.

—¿Interrupción de servicio? —Amelia me miró con el ceño fruncido —. ¿Eso existe?

—Landon, soy yo.

Hubo un breve silencio antes de que Landon respondiera con un tono más suavizado.

—¿Jules?

—¿Quién es Jules? —me preguntó Amelia, completamente perdida. Pero no había tiempo para explicárselo ahora.

—Necesito tu ayuda. He escapado del psiquiátrico con u-na chica, ambas estamos en el bosque que rodea el edificio.

No tenemos mucho tiempo, nos están buscando.

Al otro lado de la línea, pude escuchar el sonido de una puerta abriéndose, como si Landon estuviera saliendo apresuradamente de algún lugar.

413

—¿Qué ha pasado?

—No podíamos quedarnos más tiempo allí. En ese lugar corremos peligro. Te lo explicaré todo, te lo prometo. Pero ahora tienes que encargarte de obtener pruebas sobre cualquier cosa extraña que haya ocurrido en ese lugar.

—Bien, le diré a Foster que acceda a las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—No, no hay cámaras de. .

Me corté a mí misma cuando comencé a comprender las cosas.

—No hay cámaras de seguridad —murmuré para mí misma—. Pues claro que no.

Siempre me había parecido extraño, pero al fin comprendí el verdadero motivo por el cual no hubiesen. Tener cámaras de seguridad implicaba eso, que en casos en los que la policía se viese implicada, sería lo primero a lo que recurrirí-an.

No querían que supieran lo que hacían ahí dentro.

—Tú solo ven, por favor —le pedí.

—Estoy de camino desde que has llamado.

Y ese era Landon.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro, pero se esfumó al instante en que sentí una repentina punzada de dolor en la pierna junto al sonido de un disparo en el aire. No comprendí lo que estaba pasando hasta que me llevé la mano a la pierna y sentí la humedad en mi mano.

Me habían disparado.

Mis piernas fallaron, cayendo al suelo. El móvil se me resbaló de las manos y al chocar contra el suelo se rompió, perdiendo el contacto con Landon.

—¡Clarke! —exclamó Amelia, agachándose a mi lado.

414

Desvió la mirada hacia la herida, y su rostro se llenó de horror al ver la sangre que empapaba mi pantalón.

—Amelia, tienes que. . irte.

Ella negó con la cabeza, incapaz de apartar la vista de la herida.

—Voy a conseguir ayuda, ¿vale? —dijo finalmente, mirándome con determinación—. No te muevas, aguanta.

—No, no puedes. . volver. Aléjate todo lo que. . puedas

—mascullé con dificultad, sintiendo la quemazón del dolor—.

Encuentra la carretera principal. . y espera a que aparezca. .

el coche de patrulla.

—Podemos escapar juntas.

—No te pases de optimista. —Sonreí un poco, pero estaba convencida que se asemejó más bien a una mueca distorsionada por el dolor.

Amelia parecía aterrorizada. Miraba a ambos lados, tratando de discernir de dónde había venido el disparo.

—¡No pienso dejarte aquí sola!

Giré mi cabeza cuando escuché las botas de los guardias crujir bajo las ramas.

—Si nos atrapan a las dos, nadie podrá ayudarnos.

Muy a su pesar, sabía que tenía razón.

—Pero. .

—¡Lárgate, ahora! —insistí, furiosa y dolorida a partes iguales.

Me miró una última vez con los ojos empapados de lágrimas antes de levantarse rápidamente y correr en busca de ayuda. La vi desaparecer, esperando que al menos ella pudiera llegar a un lugar seguro y dar aviso a las autoridades.

Cubrí la herida con mis manos e hice presión en ella, pero no lograba detener la hemorragia. La sangre se escapaba en-415

tre mis dedos, manchando mis manos. Comprendí entonces que no habían usado esas cápsulas sedantes, sino balas normales. Supongo que fuera de las instalaciones no las utiliza-ban por precaución.

Muy inteligentes.

—Buscad a la otra chica —escuché a mis espaldas esa voz femenina tan reconocible.

Tres guardias pasaron junto a mí, dirigiéndose hacia donde se había ido Amelia.

La directa apareció en mi campo de visión junto a más guardias armados. A su lado estaba Marlon con una sonrisa burlona, como si disfrutara viéndome herida y vulnerable.

—Sé todo lo que hacéis en este psiquiátrico —mascullé, mirándola fijamente.

—¿Sí? —La directora ladeó la cabeza—. ¿Y qué es lo que hacemos?

Una carcajada irónica se escapó de mi garganta.

—Ni siquiera sé por dónde empezar.

—Estaré encantada de oírlo.

Todavía en el suelo, elevé el mentón con osadía. Aunque mi cuerpo estaba débil, mi mirada reflejaba un destello de desafío, como si tuviera el poder en ese momento. O, al menos, eso quería transmitir.

—Cuando vi el laboratorio que tenéis en el sótano, me hicisteis creer que se trataba de la conmoción cerebral producida por un golpe. Pero ese golpe jamás se produjo, ¿verdad?

La directora me miró con suspicacia, pero no lo negó. Supongo que ya no tenía sentido hacerlo. Así que continué con mis suposiciones.

—Después comprendí por qué Beth, Maya y Adler no recordaban nada de ese día si estaban conmigo. Usáis balas se-416

dantes para dejar inconscientes a las personas, y después les borráis la memoria. Tal y como hicisteis con ellos.

El dolor en la pierna me palpitaba.

—¿No crees que todo esto es simplemente fruto de tu imaginación desbocada?

La ira ardía en mi interior.

—Ya no funciona la estrategia de hacerme quedar como a una maldita loca, así que déjese de tonterías.

Mientras sentía la pérdida de sangre debilitándome, me negué a mostrar miedo. Sabía que mi resistencia estaba desafiando su autoridad, y eso les molestaba.

—Eres valiente, Clarke. Pero la valentía no siempre garantiza la victoria. Y ahora, es hora de que enfrentes las consecuencias de tus acciones.

Levantó la mano y dio una señal a los guardias. Estos se acercaron y me sujetaron, levantándome del suelo con brusquedad. Grité de dolor al sentir la presión en mi pierna herida.

—Llevadla de vuelta. Y aseguraos de que esté bien vigilada esta vez.

AMELIA

Corrí tanto como mis piernas me permitían, dando enormes zancadas mientras esquivaba raíces de árboles, arbustos tupidos que se cerraban en mi camino y piedras que asomaban amenazantes en el suelo del bosque. El corazón me latía con fuerza en el pecho, impulsado por el miedo y la urgencia de conseguir ayuda para Clarke. Su voz aún resonaba en mi mente, pidiéndome que me alejara y buscara ayuda.

Al llegar a la carretera principal, busqué con ansias algún 417

rastro de un coche de patrulla. Miré hacia ambos lados, pero la carretera estaba desierta. La desesperación creció en mí mientras pensaba en cómo podría alertar a las autoridades lo más rápido posible.

Fue entonces cuando escuché el sonido de un motor a lo lejos. Giré la cabeza y vi las luces intermitentes de un vehículo que se acercaba. Sin dudar, levanté la mano y agité los brazos para llamar su atención.

A medida que se acercaba, me di cuenta de que no era un coche policial, sino una furgoneta oscura con los cristales tintados. Pero cualquier ayuda era válida.

Un suspiro de alivio escapó de mis labios mientras veía cómo se detenía a pocos metros de mí. Rodeé el capó y esperé a que el conductor saliera del vehículo.

—¡Mi amiga está herida! ¡Tenéis que ayudarla, por favor!

La puerta del conductor se abrió al mismo tiempo que las puertas traseras y aparecieron tres hombres con un traje negro que al instante reconocí.

Eran los mismos hombres que secuestraron a las chicas.

—No te preocupes por tu amiga —dijo uno de los hombres, sonriendo de manera poco amistosa—. Ya nos encarga-remos de ella. Pero tú te vienes con nosotros.

La sensación inicial de alivio se desvaneció abruptamente para dar paso a un repentino y abrumador pánico.

Intenté retroceder, pero los hombres se cerraron alrededor de mí. Mis músculos se tensaron, paralizándome por completo.

—¿Qué habéis hecho con las demás? —pregunté con voz trémula.

Ninguno me contestó. Las risas burlonas resonaron a mi alrededor, mientras los hombres continuaban cerrándose en círculo.

418

No solo había fallado a Clarke, sino que había puesto en peligro a todos los pacientes del hospital. Era la única que había tenido la oportunidad de buscar ayuda, y la había des-perdiciado.

Fue entonces cuando, de la nada, el sonido de un disparo rasgó el aire y el hombre que estaba más cerca de mí se tambaleó hacia atrás con un gemido de dolor. Había recibido una bala en el hombro.

Miré hacia el origen del disparo y vi a un joven con el uniforme policial, emergiendo de entre los árboles cercanos.

Sostenía una pistola humeante en la mano, y su mirada decidida dejaba claro que estaba dispuesto a protegerme a pesar de no conocerme de nada.

Ese debía ser Landon.

La sorpresa y el pánico se apoderaron del grupo mientras yo aprovechaba la oportunidad de esconderme tras un árbol en busca

de refugio.

Los dos hombres, en un movimiento, sacaron las pistolas que tenían ocultas bajo sus trajes con tal de defenderse, pero el joven fue más rápido y disparó en dirección a uno de ellos.

Tenía buena puntería, porque le dio directamente al brazo que sostenía la pistola y cayó al suelo, sosteniendo su brazo ensangrentado.

El oficial de policía se colocó en la parte trasera de la furgoneta para esquivar los disparos del último hombre que quedaba. La furgoneta se convirtió en su improvisado escudo, protegiéndolo de las balas que silbaban a su alrededor.

De mientras, el hombre trajeado continuaba disparando hacia el oficial, intentando encontrar un ángulo vulnerable.

Pero el oficial, con la pistola en mano, se agachaba, se movía lateralmente y utilizaba cada oportunidad para devolver el fuego con precisión milimétrica. Era realmente bueno.

419

En un momento crítico, el oficial de policía aprovechó un descuido del hombre trajeado. Con movimientos rápidos y decididos, se desplazó lateralmente hacia una posición estratégica. Cuando el hombre se expuso momentáneamente, el oficial disparó con precisión, impactando en la pierna del adversario.

El hombre, gritando de dolor, se tambaleó y finalmente cayó al suelo. La pistola se deslizó fuera de su alcance mientras se agarraba la pierna herida.

Había dejado a tres hombres heridos. Él solo.

El joven se giró hacia mí y asintió en señal de que la amenaza había desaparecido. Cuando comprendí que estaba a salvo, salí de mi escondite y me dirigí hacia donde estaba él.

Era bastante alto, probablemente su altura rondaba el metro ochenta, y sus rasgos revelaban una juventud que contrastaba con la valentía que acababa de demostrar.

—¿Estás bien? —preguntó, mientras guardaba de nuevo su pistola en la funda. Sus movimientos eran cuidadosos para no transmitir amenaza alguna hacia mí.

Asentí nerviosa, mirando de reojo a los hombres.

—¿Dónde está Jules?

Recordaba que la había mencionado así cuando reconoció su voz en la llamada, así que intuí que se estaba refiriendo a Clarke. No sabía por qué la llamaba de un modo distinto, pe-ro no quise detenerme a pensarlo.

—En el bosque. La han disparado.

Su mandíbula se tensó y se giró lentamente hacia mí.

—Llévame hasta ella.

Y eso hice. Atravesamos el bosque, guiándolo por los caminos en los que recordaba que había ido en mi desesperada carrera por conseguir ayuda. Sin embargo, cuando llegamos al lugar donde había dejado a Clarke, ya no estaba.

—Se la han llevado.

Me miró con una desesperación que crecía cada vez más en su interior, y ese chico seguro al que había visto minutos antes, pareció

desvanecerse ante la notícia.

—¿Quiénes?

—Los del psiquiátrico.

La postura del chico se volvió rígida cuando vio el charco de sangre que había en el suelo y comprendió que era de su amiga. Clarke debía ser una persona bastante importante pa-ra él.

Sin perder tiempo, el joven acercó la radio que reposaba en su pecho y habló con celeridad.

—Aquí el oficial Baker. Solicito permiso para entrar en el hospital psiquiátrico Henninger. Necesito refuerzos y una ambulancia. La situación es crítica, repito, la situación es crítica.

Se volvió hacia mí y decretó:

—Y ahora vas a contarme todo lo que sabes de ese psiquiátrico.

JULES

Abrí los ojos lentamente, sintiendo una luz intensa que perforaba mi visión. Todo a mi alrededor era blanco, tan blanco que me costaba distinguir dónde estaba.

Mi cuerpo se sentía pesado, como si estuviera anclada a la cama en la que me encontraba. La blancura de las paredes me hacía parpadear varias veces, tratando de acostumbrar-me a la luminosidad abrumadora.

Al intentar moverme, el dolor no tardó en hacerse presente. Una punzada aguda recorrió mi pierna, y sentí el pulso 421

palpitar con intensidad en la zona de la herida.

Fue gracias a eso que recordé el momento exacto en el que sentí esa bala incrustarse en mi piel, a Amelia huir ante mi petición y a los guardias sujetándome para llevarme de vuelta al psiquiátrico. Pero en algún punto debí desmayarme, porque no recordaba cómo había llegado hasta aquí.

Traté de incorporarme de nuevo, pero mi cuerpo protestó en respuesta. La pierna seguía doliéndome, como un recordatorio constante de lo que sucedió.

Entonces escuché cómo alguien abría la puerta. La habitación blanca se estabilizó un poco, y pude distinguir la presencia de una persona que se acercaba hacia mí.

—¿Dónde estoy? —pregunté con voz débil.

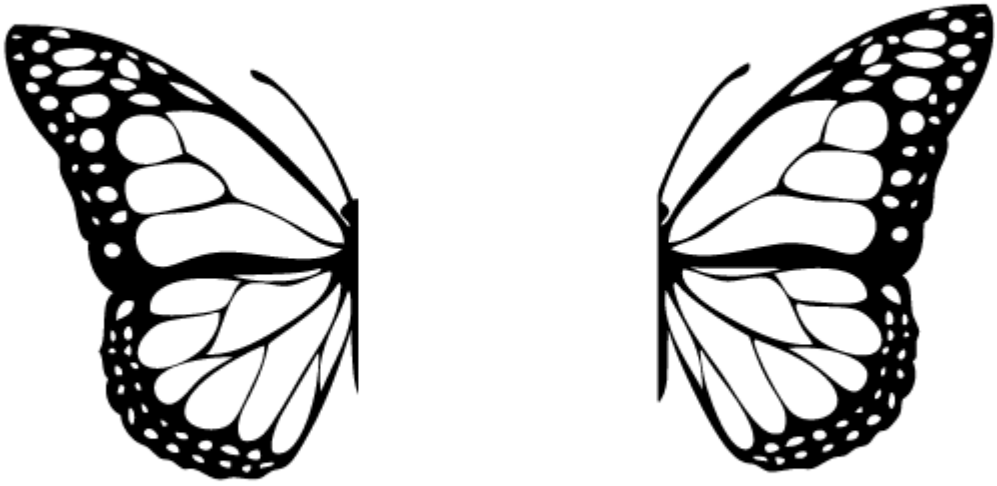
La figura que se acercaba se hizo más clara a medida que mi visión se ajustaba a la intensidad de la luz. Un escalofrío me recorrió de arriba abajo al reconocerla.

—Creo que deberíamos presentarnos de nuevo —dijo ella.

La directora me miró con una sonrisa condescendiente antes de añadir:

—Bienvenida al hospital Henninger, Jules.

422



18

Tal vez creerás que sentí un miedo inexplicable al escuchar mi verdadero nombre, que mi cuerpo enteró se paralizó y que el aire a mi alrededor se volvió opresivo hasta tal punto de cortarme la

respiración. Y hubiese sido lo normal, teniendo en cuenta que ahora tenía que enfrentar las consecuencias que temía desde el principio.

Pero lo cierto es que no fue así.

Ya no me asustaba la idea de perder algo, porque lo había perdido todo. Acepté este caso con la esperanza de salvar a mi padre, y ahora estaba muerto. Ya no importaba nada. Porque perder mi trabajo no iba a ser ni la mitad de doloroso que enfrentar la realidad de que mi padre ya no estaría ahí en cuanto saliera. Y aunque al final consiguiera resolver este caso, su ausencia había creado un vacío tan grande en mi vi-da que ningún logro profesional podría llenar jamás.

La directora seguía mirándome fijamente, analizando mi reacción. Pero no hubo ninguna, y eso la desconcertó aún más.

423

—Has cometido un grave error viniendo aquí —comentó con un tono neutro.

Tragué saliva con fuerza, tratando de hidratar mi garganta seca y áspera.

Mi atención se desvió por un instante cuando escuché el peculiar sonido de los monitores médicos mezclándose con el tenso silencio. Miré a mi alrededor y me di cuenta de que estaba exactamente en el mismo lugar al que desperté cuando fingieron que me había dado ese golpe en las duchas.

La enfermería del psiquiátrico.

—Si sabéis quién soy, ¿por qué no me habéis enviado ya a la policía?

Pensé que era más que evidente; porque era una prueba tangible de lo que no querían que saliera a la luz. Si tenían que lidiar conmigo

por medios legales, iban a salir perjudica-dos.

Sin embargo, la respuesta que vino después no fue la que esperaba:

—Porque tu llegada fue como un regalo para nosotros.

Una sonrisa intencionada tiró de las comisuras de sus labios.

Antes de que tuviese la oportunidad de preguntar al respecto, dio media vuelta y supe que su intención era dar por finalizada la conversación. Pero yo no estaba dispuesta a quedarme sin respuestas, no ahora que había llegado hasta aquí.

Con la mirada clavada en la directora, me levanté apresuradamente con la intención de llegar a la puerta antes de que se cerrara. Sin embargo, un repentino latigazo de dolor recorrió mi pierna izquierda cuando la apoyé en el suelo, recordándome la herida de bala que aún estaba en proceso de curación. Mis rodillas cedieron, y caí al suelo con un es-424

truendoso golpe.

Podía haberme levantado, aporrear la puerta hasta que alguien me escuchara y la abriera. Pero no lo hice. Permanecí en el frío y duro suelo, ignorando el mordaz dolor que sentía en mi muslo y el vacío que se apoderaba de cada partícula de mi ser. Llevé mis rodillas al pecho hasta hacerme un ovillo y cerré los ojos, como si al hacerlo pudiera escapar temporalmente de la realidad que me rodeaba.

* * *

Mis ojos recorrieron la sala en la que estaba. Era blanca, impecable y silenciosa, con una luz suave que bañaba cada rincón. Siempre me había parecido aburrida, no había nada de color, ni ventanas para poder ver el exterior. Pero sin duda era mi lugar favorito, porque al menos allí no estaba sola.

Me encontraba con más niños. Algunos jugaban con los únicos juguetes que disponíamos, y otros preferían pasar el tiempo aislándose de los demás. Me pregunté por qué no apro-vechaban la oportunidad de disfrutar un poco, si solo nos dejaban ir a esa sala una vez a la semana.

Desvié de nuevo la mirada hacia la mesa en la que estaba sentada y seguí dibujando en el papel. Había optado por coger lápices de colores y pintar en la hoja en blanco. Así es como pasaba el tiempo yo en esa sala, dibujando.

Cogí el lápiz de color amarillo y pinté un sol radiante en u-na esquina de la hoja, imaginando los colores que solían existir fuera de esas paredes. Recordaba vagamente el tono verde de los campos, el tono azul del mar, el tono rosa de las flores en primavera, el tono plateado de la luna, el tono celeste del cielo en un día despejado. .

—Ese sol parece una patata.

425

Me giré hacia el origen de la voz, y descubrí a un chico mirando mi dibujo, curioso. Tenía el cabello tan oscuro que me recordó al cielo estrellado, cuando no había ni una sola nube esponjosa que lo cubriese.

Mis mejillas se encendieron de vergüenza y escondí rápidamente el sol con mis manos.

—Es que eso pretendía hacer.

—Mentirosa —dijo en un tono jueguetón.

Se sentó a mi lado.

—¿Qué estás dibujando?

—Un huerto. —Fue lo primero que se me ocurrió para justificar mi creación y seguir mi mentira.

El chico rió, y juro que su risa fue como una de esas ráfagas de aire fresco que tanto anhelaba. No solía escuchar a muchos niños reírse, pero su risa había parecido real, sincera.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Fruncí el ceño.

—Lo mal que se te da mentir.

Solté un suspiro y cogí otros colores para seguir dibujando, tratando de ignorar al chico que tenía a mi lado. Tracé unas líneas marrones para dibujar el tronco de un árbol, y luego cogí el verde para decorar las ramas con hojas.

—¿Cómo sabes que los árboles son así?

—Porque los recuerdo. —Me encogí de hombros—. Desde la ventana de mi habitación se podía ver un árbol con manzanas rojas. No estoy segura, pero creo que pertenecía a mi vecino.

Porque siempre que trataba de coger una, venía corriendo con una escoba y tenía que acabar huyendo de él. Agitaba la escoba como si fuera un caballero medieval defendiendo su tesoro.

Mientras se lo explicaba, dibujé puntos rojos en las ramas de los árboles.

—¿Y qué más recuerdas fuera de aquí? —me preguntó el 426

chico con un brillo de curiosidad en los ojos.

Me detuve a pensar un momento, intentando rememorar fragmentos de mi vida antes de estar en ese lugar tan blanco y silencioso.

—Pues. . algunas cosas. Recuerdo el sonido del mar en las mañanas, cuando vivía cerca de la costa, la sensación de la hierba bajo mis

pies descalzos mientras corría en el jardín de mi casa, y los domingos por la tarde, cuando mi abuela cocina-ba galletas y el aroma inundaba toda la casa. Pero no recuerdo su rostro, se ve. . borroso.

El chico pareció extrañado al escucharme.

—Es raro, no conozco a nadie de aquí que recuerde algo. Ni siquiera esos pequeños detalles.

Me giré hacia él para observarlo mejor. Parecía realmente extrañado.

—¿Y tú? ¿Qué recuerdas? —inquirí, queriendo compartir no sólo mis memorias, sino también descubrir las suyas.

El chico vaciló por un momento antes de responder.

—Recuerdo el sabor ácido de la limonada en verano, la bicicleta crujiendo bajo mis pedales mientras exploraba senderos.

También las risas de mis amigos cuando jugábamos en el parque. Pero a veces, los recuerdos se mezclan, y no estoy seguro de qué es real y qué es inventado.

—Pero, has dicho que no conocías a nadie que recordara al-go —le recordé, como si se estuviese contradiciendo.

—Nadie más que no fuese yo.

—¿Y tú te acuerdas de esos amigos que has mencionado?

Negó con la cabeza y desvió la mirada hacia otro lado, como si eso lo entristeciera. Era triste pensar que las personas a las que tanto habías querido seguían ahí, en alguna parte, pero no podías recordarlas.

Observé la expresión melancólica del chico y decidí que, en lugar de insistir en el tema, sería mejor intentar animarlo.

Con una sonrisa amable, le pregunté:

—¿Te gustaría dibujar algo que te haga feliz?

El chico volvió su mirada hacia mí. Con ese movimiento, unos mechones rebeldes se liberaron de su frente.

—Prueba a hacerlo —insistí—. Sienta bien.

—Es que. . yo. . no sé cómo dibujarlo —titubeó.

—¿Por qué? ¿Qué es?

—La música.

Oh, yo también la echaba de menos. Muchísimo.

—Todo se puede dibujar —alenté—. Esta es mi canción favorita, observa.

Elegí algunos colores y el chico me miró con suma atención mientras cogía otra hoja en blanco y empezaba a dar vida a la melodía que resonaba en mi memoria, trazando líneas y formas.

Una vez terminado, se lo mostré. Había dibujado mariposas de todos los colores en un cielo azul y despejado, como si estuvieran volando y dando espirales en el cielo.

—¿Sabrías adivinar qué canción es?

El chico arrugó su puntiaguda nariz, pensando en posibles canciones.

—¿Butterflies de Michael Jackson? —probó a decir.

Solté una carcajada, atrayendo la atención de otros niños.

Era extraño escucharnos reír en ese lugar tan serio y aburrido.

—¿Solo se te ha ocurrido esa? ¿En serio?

—¡Es que solo hay mariposas! ¡Es la única pista que tengo!

—se defendió.

Desvié la mirada hacia el dibujo y comprendí que era bas-428

tante complicado acertar solo con esos animalillos.

—Ya, puede que tengas razón. —Me rasqué la nuca.

—¿Cuál es?

—Happiness is a butterfly, de Lana del Rey.

—Tienes buen gusto.

Mi sonrisa se ensanchó, sintiéndome halagada. El chico también sonrió, como si el simple hecho de verme reír le con-tagiara la alegría.

El breve momento de risas se desvaneció cuando la irritan-te alarma sonó en toda la sala, recordándonos la realidad del lugar en el que estábamos. Cada uno tenía que regresar a sus habitaciones.

—No me has dicho cómo te llamas —comentó él, poniéndose en pie.

—Soy Jules.

El chico de pelo oscuro asintió antes de decirme su nombre:

—Nolan.

Cuando desperté, lo primero que sentí fue el frío y duro suelo bajo mi espalda. Me incorporé, dolorida, y al observar la habitación supe que ya no estaba en la enfermería. No había camas, muebles, ni nada más allá de las cuatro paredes y la puerta de metal. No tardé en reconocer ese claustrofóbico espacio.

Estaba en los sótanos del hospital, donde vi a Nolan y a los demás jóvenes.

«Nolan»

La sensación de miedo se arraigó hasta lo más profundo de mis huesos mientras la realidad se asentaba en mi mente.

Por primera vez, supe que no era un sueño lo que había teni-429

do, sino un recuerdo.

Un agudo pitido resonó en mi cabeza y me llevé las manos a las sienes para controlar el dolor. Cerré los ojos con fuerza y aparecieron en mi mente imágenes borrosas, voces distorsionadas y rostros que no identificaba. Era como si mi mente estuviera esforzándose por liberar más recuerdos.

Esperaba ansiosa a que llegara el día para verlo.

Era el único momento de la semana que se nos permitía juntarnos. Comencé a odiar a ese chico por una sola razón, y es que con él la aguja del reloj se movía demasiado deprisa en esa sala. Y yo quería aprovechar el tiempo al máximo. Las horas se convertían en minutos, y los minutos en segundos.

—¿Qué? —le pregunté un día, cuando me di cuenta de que me observaba fijamente.

—Me gustan tus ojos. Me recuerdan al mar.

Sonreí.

—A mí tu pelo. Me recuerdan a las noches estrelladas.

No sé cómo lo hice, pero lo conseguí. Al final se animó a dibujar conmigo, y juntos recreamos todo lo que recordábamos de nuestros pasados. Solía burlarme de él porque digamos que el dibujo no era su especialidad, pero trataba de hacerlo lo mejor posible.

No solo compartíamos recuerdos, sino también el anhelo de un mundo exterior lleno de colores y sonrisas que parecían desvanecerse en aquel lugar en el que los únicos colores que predominaban eran el blanco y el gris, y no había ni rastro de rostros alegres. Todo eran llantos y gritos.

Pero al parecer a esos hombres no les gustaba lo que hacíamos. Por alguna extraña razón, no querían que recordáramos 430

nada del exterior, y cuando se enteraron se llevaron a Nolan.

Estuve semanas sin verlo. El día que tocaba reunirme con los demás, él no aparecía. Y me pareció profundamente injusto que le privaran de ese momento, siendo la única pequeña libertad de la que podía disfrutar en ese lugar monótono y sombrío.

Un día cualquiera, estaba sentada justamente en la misma mesa donde había estado con Nolan, con la esperanza de que regresara y coloreáramos juntos de nuevo. Pero esta vez no estaba dibujando, me había dedicado únicamente a observar la mariposa de papel.

Días antes de que nos separaran me la regaló. Me dijo que la había aprendido a hacer sabiendo que mi canción favorita era la que le dije.

La contemplaba mientras pensaba en lo fascinante que era.

La manera en que se doblaba el papel, los pliegues meticulosos. . Todo revelaba el cuidado y la creatividad que él había invertido en aquel pequeño detalle. Solo para mí.

—Qué chula. ¿Cómo la has hecho?

Sobresaltada, me giré hacia mi derecha. Mis ojos se encontraron con una niña de cabello rubio sedoso y unos enormes ojos verdes. Tenía los labios rosados e iluminados por una cálida sonrisa.

—No la he hecho yo —aclaré—. Es un regalo de un amigo.

—¿Y cómo se consigue un amigo?

La forma en la que lo preguntó hizo que sonriera un poco, pues parecía que lo preguntaba en serio.

—Pues. . no lo sé. Los amigos pueden surgir de muchas formas.

—¿Cómo os hicistes amigos vosotros? —Mostraba interés genuino.

431

Lo consideré un momento. ¿Cómo nos habíamos hecho amigos Nolan y yo?

La respuesta no tardó en venir:

—Haciendo dibujos.

Tomó asiento a mi lado y, sin decir nada más, cogió uno de los lápices de colores que había en la mesa y comenzó a dibujar.

Observé con curiosidad cada uno de sus movimientos, sin entender por qué se había mostrado tan habladora y ahora estaba concentrando dibujando en un papel.

—¿Qué haces? —pregunté, confusa.

—Estoy intentando ser tu amiga.

Parpadeé.

—¿Qué? —La chica se giró hacia mí al ver mi expresión de sorpresa —. ¿Lo estoy haciendo mal?

—No, no es eso. Es solo que. . no esperaba que alguien quisiera ser mi amiga.

La chica siguió dibujando, concentrada en su tarea, y cuando se dio por satisfecha me lo entregó. Había dibujado a dos chicas agarradas de la mano en una casa de madera.

—Y luego, ¿qué más se hace?

—Bueno, supongo que hablar sobre las cosas que os gustan.

—Ah, eso es fácil. Me encantan los animales. Cuando sea mayor, quiero ser veterinaria y llenar mi casa de animales rescatados. Gatos, perros, conejos, loros, hámsters. . ¡Todos serán bienvenidos a mi casita!

Me sorprendió lo muy segura que estaba de que saldríamos de aquí. Yo dudaba de eso, pero aún así me callé. No quería desanimarla ni arruinar sus emocionantes planes para el futuro, parecía muy entusiasmada.

432

—Suena bien. —Sonreí con la máxima naturalidad que pu-de.

—¿Qué más necesitas para que yo sea tu amiga?

—Mmm. . ¿Qué tal tu nombre?

—¡Qué fácil es ser amigo de alguien! Soy Alyssa.

Abrí los ojos de nuevo, con el cozarón latiéndome a toda prisa.

Dios mío, todo empezaba a cobrar sentido a una velocidad vertiginosa. Los ojos de Adler. . Cada vez que los miraba, tenía más claro que los había visto en alguna otra parte. Pero no eran los suyos los que me resultaban familiares, sino los de su hermana.

Había conocido a Alyssa Hall.

Me preguntaba tantas cosas que sentí un ligero mareo, como si mi cabeza no estuviese procesando adecuadamente toda la información. Ni siquiera pude asimilar lo que acababa de ver cuando otra punzada de dolor me obligó a cerrar los ojos.

Alyssa hizo que esos días de la semana fuesen más llevaderos.

Me parecía sorprendente cómo una niña pudiese ser tan alegre en un lugar como ese. La mayoría de niños habían perdido sus sonrisas, el brillo en sus ojos. Pero Alyssa parecía conservar esa parte de ella, como si no pudiese evitarlo.

Cuando percibía que algo no andaba bien en mí, me sacaba la lengua y hacía todo tipo de muecas graciosas para hacerme reír, y al final lo conseguía. Alyssa tenía la capacidad de traer un destello de felicidad a pesar de las circunstancias, y fue 433

gracias a esa parte de ella que no tardamos en hacernos íntimas amigas.

Hasta que un día cualquiera, mientras estaba con Alyssa en un rincón de la sala jugando a ser princesas e imaginar que estábamos en un reino encantado, escuché que las puertas de la sala se abrían y lo vi aparecer.

—¡Nolan! —exclamé, emocionada.

Dejé a Alyssa para ir corriendo hacia él.

Sin embargo, cuando fui a abrazarlo me rechazó, apartán-dome con brusquedad. La confusión se apoderó de mí mientras observaba su expresión, intentando comprender lo que estaba pasando.

—Aléjate de mí.

Parpadeé, sorprendida.

Nunca había usado ese tono tan seco conmigo.

—Pero. .

—¡Márchate! —me gritó, haciendo que diera un brinco del susto.

Con los ojos empapados de lágrimas, me di la vuelta y regresé con Alyssa, quien nos miraba extrañada.

Acababa de perder la amistad que siempre había sido un refugio en aquel lugar sombrío, y ni siquiera sabía cómo. No entendía qué había hecho mal.

—¿Ese es el amigo que sabe hacer mariposas de papel?

—preguntó Alyssa, algo asustada por el comportamiento de Nolan.

Asentí, secándome las lágrimas.

—Pues ya no quiero uno.

Cuando me giré de nuevo hacia él, vi cómo uno de esos hombres se acercaba a Nolan para decirle algo al oído. Después de intercambiar algunas palabras, el hombre le dio unas pal-434

maditas en la espalda y regresó a su lugar.

Traté de concentrarme en esos recuerdos, de darles sentido, pero cada intento provocaba un dolor punzante en mi cabeza. El pitido en mi cabeza persistía, y hubiese dado lo que fuese para detenerlo.

Pero sentía que no podía, pues estaba al borde de descubrir algo crucial, algo que lo cambiaría absolutamente todo:

La verdad.

Inhalé hondo y me sumergí de nuevo en la oscuridad de mis recuerdos, dispuesta a enfrentar la verdad que se escondía en lo más profundo de mi mente. Porque, como dijo Nolan, la verdad estaba en mis recuerdos.

Estaba muy triste.

Nolan llevaba días ignorándome, y no entendía el por qué.

Me pregunté tantas veces qué hice mal, que me dolía el corazón. Cada intento de acercarme a él acababa teniendo el mismo resultado, así que al final decidí no insistir más.

Alyssa, siempre atenta a mis emociones, intentaba animar-me con sus travesuras, pero era inevitable estar mal.

—¿Jugamos al ahorcado? —Su voz me sacó de mis pensamientos.

Estábamos sentadas con la espalda apoyada a una de las paredes estúpidamente blancas, apartadas del resto. Supongo que perder un amigo era eso, ver las cosas de manera negativa.

Ahora todo me irritaba.

—No me apetece.

Alyssa siguió mi mirada hacia el chico al que estaba miran-435

do y soltó un resoplido.

—Olvídalo de una vez.

Pero yo no quería hacerlo. No quería olvidar todos los momentos que habíamos pasado juntos, ni las risas que compartimos, ni los dibujos que habíamos hecho de nuestros recuerdos.

Porque todo eso era justamente lo que hacía que no me derrumbara en ese lugar.

La alarma sonó y nos pusimos en pie, listas para regresar a nuestras habitaciones.

Justo cuando estaba a punto de cruzar las dos grandes puertas de la sala, una mano agarró suavemente mi muñeca.

Me giré sorprendida para encontrarme con Nolan.

Extendió disimuladamente hacia mí una pequeña mariposa de papel. Antes de poder decir algo, se alejó rápidamente por el pasillo, dejándome con la mariposa de papel entre las manos.

Al llegar a mi habitación, cerré la puerta detrás de mí y me quedé observando esa figura de papel con el ceño fruncido, intentando entender por qué me la había dado si se suponía que ya no éramos amigos.

Fue entonces cuando noté algo extraño entre las alas de la mariposa. Unas letras apenas visibles se asomaban tímidamente. Intrigada, deslicé mis dedos con cuidado entre las alas de papel y lo desplegué por completo, deshaciendo la figura.

Había escrito los siguiente:

"Lo siento. Yo no quería separarme de ti, ellos me han obligado. Pero hay un lugar en el que podemos reunirnos de nuevo. Solo tú y yo, nadie más. Mañana te lo enseñaré."

Una sonrisa se escapó de mis labios.

* * *

Siempre había odiado la oscuridad, y ahora me encontraba en ella.

Solo escuchaba mi propia respiración y el latido de mi corazón, nada más. Todo a mi alrededor era perturbablemente negro. No había personas, ni juguetes, ni mesas. . Nada. Solo un espacio vacío y tan silencioso que me ponía los pelos de punta.

—No tengas miedo —escuché detrás de mí.

Me giré, asustada, y me encontré con Nolan. El miedo se desvaneció de inmediato, reemplazado por esa calma profunda que solo él podía ofrecerme. Incluso en un lugar como ese.

—¿Dónde estamos?

—En tu propia mente —respondió—. No hay un lugar más seguro que este.

—Pero, ¿cómo. .?

Acortó los metros que nos separaban.

—Busqué la manera de contactar contigo de alguna forma, y descubrí esta.

—¿Cómo lo haces?

—Imagina la mente como una cerradura. Hay miles y miles de llaves, así que necesito una específica para acceder a la mente de alguien. Y la tuya encaja perfectamente. No sé cómo lo hago, pero solo puedo hacerlo contigo.

Parpadeé, sin entender absolutamente nada. Pero por lo menos lo tenía aquí conmigo, y quería aprovechar ese momento para hablar

con él.

—¿Por qué has estado ignorándome todo este tiempo?

—pregunté, dolorida.

—No ha sido elección mía, Jules.

437

—¿Esos hombres te obligaron? —Recordé lo que me había escrito en ese papel.

Asintió.

—¿Por qué?

Antes de que Nolan pudiera responder, un destello de luz apareció en medio de la oscuridad. Un lugar diferente comenzó a tomar forma, contrastando con la negrura que nos envolvía.

—Te estás despertando —afirmó, observando esa luz.

Arrugué la frente.

—¿Y eso qué significa?

—Solo puedo contactar contigo cuando estás dormida, allí es cuando la mente está en reposo.

La figura de Nolan comenzó a desvanecerse lentamente.

—¡Nolan, espera!

El dolor era insoportable.

Cada recuerdo que se desencadenaba en mi mente me debilitaba aún más. Mi cuerpo entero estaba empapado de sudor, luchando

contra la creciente incomodidad que se extendía por todo mi ser.

Por alguna extraña razón, dejaron de llevarme a la sala con los demás niños. Ahora ni siquiera había un día que pudiese sentir un poco de libertad, si es que podía llamarse así. Pero por lo menos Nolan seguía contactando conmigo en mi propia mente, y a pesar de no saber cómo lo hacía, no quería que dejara de hacerlo nunca.

Escuché unos pasos cerca de mi puerta. Dos hombres vesti-438

dos de blanco entraron con esas expresiones tan serias que ya estaba acostumbrada a ver.

Sin previo aviso, me agarraron sin suavidad por ambos brazos y salí acompañada de ellos. Cruzamos varios pasillos, todos igual de aburridos. No había cuadros, ni dibujos, ni fotografías. Siempre me imaginaba decorando esas paredes con pinceladas de colores alegres.

Llegamos a una habitación con una única silla en el centro.

Parecía bastante incómoda. La superficie del asiento y el respaldo estaba cubierta por un material rígido y frío, sin ningún tipo de acolchado.

Los hombres me obligaron a sentarme, y uno de ellos me ató ambas manos con correas firmes a los apoyabrazos de la silla.

Mientras lo hacía, vi aparecer a dos hombres más. Iban vestidos distintos. Uno de ellos llevaba una bata blanca, y el del cabello blanco iba vestido normal. Llevaba puesta una camisa igual de blanca que ese lugar y pantalones de traje negros.

—Pasamos directamente a la segunda fase —informó el hombre de cabello blanco.

El de la bata blanca, un hombre que parecía un poco más mayor, se giró hacia él y vi cómo su ceño se fruncía.

—No podemos saltarnos una fase.

—Ya recuerda cosas.

Yo alternaba la mirada entre los dos, sin entender nada.

—Como desee, doctor —asintió finalmente el hombre más mayor.

Mi pequeño corazón aumentó sus latidos cuando colocaron una máquina a mi lado. Era bastante grande, y desprendía un pitido desagradable. Observé con nerviosismo cómo ajustaban los controles del dispositivo por algunas zonas de mi cuerpo.

No pude evitar soltar un grito involuntario cuando una corriente eléctrica recorrió mi cuerpo. Cerré los ojos con fuerza, 439

intentando bloquear la sensación, pero cada descarga iba a más y desafiaba mi resistencia.

—¡¿Por qué me hacéis esto?! —grité entre las descargas.

La sala se llenó con el sonido desagradable de las descargas y mi propia angustia. Mientras experimentaba ese insoportable dolor físico, la mirada del hombre de cabello blanco permanecía imperturbable. El hombre de la bala blanca observaba con atención, aunque su expresión reflejaba cierta incomodidad.

—Ya es suficiente —dijo este último.

—No. Todavía no.

Incrementó aún más la potencia de la máquina, haciendo que todo mi cuerpo se contrajera y temblara con cada descarga. El dolor se intensificó hasta convertirse en una tortura insoportable. Mi cuerpo

se sacudía involuntariamente, y mis gritos se entremezclaban con el estruendoso zumbido de la máquina.

—¡Ya basta! ¡Parad, por favor! —supliqué entre lágrimas.

—Lo está prolongando demasiado.

El hombre de pelo blanco se giró irritado hacia el otro hombre.

—¿Por qué no cierra la boca y me deja hacer mi trabajo, señor James?

—Lo siento, pero no voy a permitir más incidentes.

El hombre de la bata blanca se acercó a la máquina y la apagó.

Sentí un inmenso agradecimiento cuando lo hizo. Mi cuerpo aún temblaba, y mi respiración no lograba regularse. Mis ojos, llenos de lágrimas, miraron con desconfianza al hombre de cabello blanco.

—No nos hubiese servido de nada muerta —justificó el hom-440

bre mayor cuando recibió una mirada fría del otro hombre.

La puerta de la habitación se abrió y un hombre vestido de blanco entró con una bandeja de metal a mano. El de cabello blanco agarró el pequeño objeto que había en ella, una muñeca de porcelana, y la colocó encima de la máquina.

—Ahora, quiero que intentes mover este objeto solo con tu mente. Concéntrate en él y visualiza que se mueve —ordenó, manteniendo su mirada fija en mí.

Aunque no entendía completamente qué pretendían, intenté enfocar mi mente en el objeto, deseando que de alguna manera respondiera a mi voluntad. Porque algo me decía que, si no les daba lo que querían, el sufrimiento iba a prolongarse.

Lo intenté con todas mis fuerzas, pero la muñeca permaneció inmóvil. Ni siquiera sabía cómo iba a ser capaz de hacerlo.

No me dieron ninguna indicación más de cómo se supone que debía moverse un objeto con tan solo la maldita mente. Solo me dijeron que me concentrara en él, pero de nada servía.

—¿Y crees que viva nos va a servir de algo? —escuché que le decía el hombre de cabello blanco al otro, antes de largarse por la puerta molesto.

Unas voces y otros ruidos fuertes me sacaron del recuerdo, aunque ya no sabía si todavía seguía en ellos o eran parte de la realidad.

A pesar de mi intento por comprender la situación, mi mente estaba atrapada en una bruma de aturdimiento. Cerré los ojos con fuerza, porque si los abría la habitación giraba a mi alrededor como una noria interminable.

Escuché que la puerta de la habitación en la que estaba se abría en un estruendo, dejando entrever una luz que me hizo entrecerrar los ojos. Distinguí una figura acercarse hacia mí 441

y, después, dejé de sentir el frío suelo para pasar a unos brazos más cálidos.

La luz se intensificó, obligándome a cerrar los párpados y acurrucarme más contra el pecho de la figura que me sostenía. La sensación de seguridad y calor era un contraste reconfortante con el frío y la oscuridad que había experimentado momentos antes.

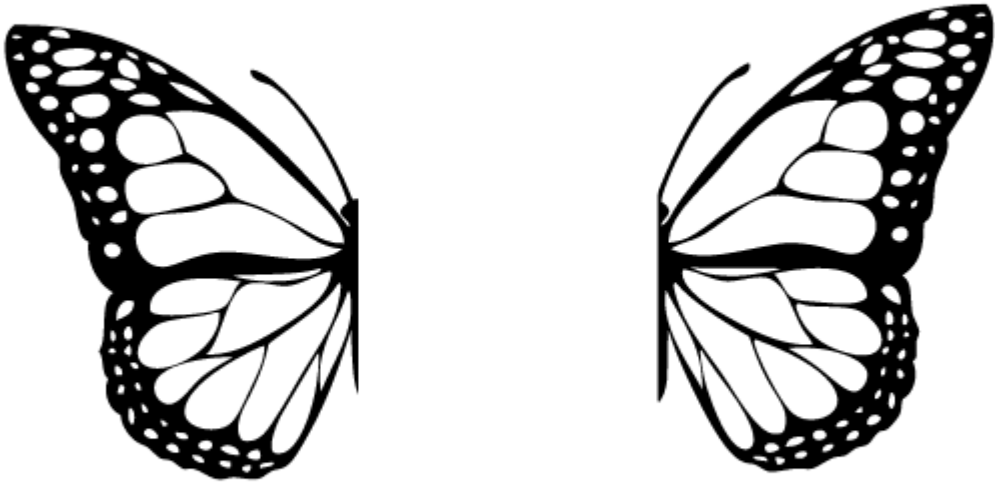
—No te fuerces, princesa.

Era imposible no reconocer esa voz.

—¿Nolan? —balbuceé.

—Te estás debilitando, y no podremos salir de aquí sin tu ayuda.

442



19

NOLAN

Tenía que parar, o sus propios recuerdos iban a terminar matándola.

—Cuando salgamos de aquí grítame, insúltame, pégame, pídeme lo que sea. Yo mismo te contaré la verdad. Pero ahora te necesito con vida, ¿me oyes?

A pesar de tener los ojos cerrados, sabía que podía oírme.

Los temblores sacudían su cuerpo sin parar, pero no era a causa del frío. Su piel irradiaba un calor excesivo bajo mis brazos. Le estaba subiendo la temperatura a una velocidad alarmante. Algunos mechones de su cabello se pegaban a su pálido rostro por el sudor, y sus párpados descansaban pesadamente sobre unos ojos cansados y exhaustos.

Cada respiración parecía ser un esfuerzo para ella, pero yo sabía mejor que nadie lo muy fuerte que era esa mujer.

Siempre lo había sabido. Y estaba convencido de que podría 443

superarlo. Porque si era capaz de enfrentar el presente, también podría enfrentar el pasado.

Las alarmas comenzaron a sonar por todo el pasillo, inundando las paredes de una luz roja constante. Sabían que me había escapado, y era cuestión de tiempo que el sótano se llenara de guardias de seguridad.

Desvié la mirada hacia su rostro.

—Jules, ¿me oyes?

JULES

Tras varias semanas llevándome a esa habitación, supe que no me dejarían en paz hasta que no lograra mover algo con la mente. Lo que fuera.

Primero lo intentaron con objetos pequeños como llaves, monedas e incluso corchos de vino. Y, aunque no hubiese habido resultados, se animaron a probar con cosas más grandes, como muñecas, tazas y libros.

Sin embargo, la verdadera prueba llegó cuando decidieron desafiar la gravedad con objetos más pesados, como sillas y mesas. Cuando les dije que no podía hacerlo, ya que era imposible, trajeron a un niño que debía tener unos pocos años más que yo. Le ordenaran que moviera una mesa que habían colocado delante de mí. Lo hizo sin parpadear.

Estaba convencida de que fue una manera de decirme que era un despropósito, que había niños que movían muebles que seguramente pesaban el doble que ellos y yo no podía ni hacer temblar un corcho de vino.

Tal vez creían que era una superheroína, de esas que apa-recen en los cómics y tienen increíbles habilidades. Pero yo so-444

lo era Jules, una niña de diez años que ni siquiera podía recordar su pasado sin tener lagunas de por medio.

—Menuda decepción —murmuró el hombre de pelo blanco, negando con la cabeza al tiempo que observaba el oso de peluche que permanecía intacto encima de la máquina.

—Ten paciencia —le pidió el otro hombre con el que siempre iba acompañado.

—Llevo cuarenta y nueve días teniendo paciencia con ella, y ni siquiera ha sido capaz de mover un maldito muñeco de algodón.

—Entiendo que esté buscando resultados rápidos, pero no puede forzar algo que tal vez no esté destinado a suceder.

—La fase dos ha demostrado resultados —insistió el hombre de pelo blanco—. Puede verlo usted mismo en la reacción de los otros sujetos. Ella, en cambio, no muestra ningún signo de progreso.

—No puede comparar a todos los sujetos de la misma manera. Puede que ella aún no haya alcanzado su potencial.

—¿Potencial? —Emitió una carcajada gutural—. ¿Qué potencial? Mírela y dime si ve algo especial en esa criatura.

Los dos hombres me miraron y quise arrancarme la piel.

Me sentía triste, impotente, devastada. Como uno de esos papeles que arrugaba y lanzaba al suelo porque el dibujo no me estaba quedando bien. Sí, así me sentía yo.

Lo que nadie sabía es que, detrás de esa aparente fragilidad, yacía un potencial que aún no habían visto.

Ni siquiera yo.

445

NOLAN

Seguí avanzando por los pasillos con ella cargada en mis brazos, evitando las áreas más congestionadas y procurando eludir la atención de los guardias de seguridad. Sin embargo, al doblar una esquina, tuve que detenerme de golpe al toparme con diez guardias. Todos armados.

JULES

Ya no podía aguantarlo más.

Cada vez que abrían la puerta de mi habitación, me estremecía nada más ver a esos hombres entrar. Porque era muy consciente de a dónde me llevarían y qué harían conmigo, a e-sa fría silla y a esas interminables sesiones. Y sabía que tenía que poner fin a todo esto como fuera.

Porque ya no me quedaba voz para gritar, ni fuerzas para intentar mitigar el dolor. Y no solo un dolor físico, corporal, tangible. Sino un dolor mucho más profundo. Me habían quitado mi niñez, mi inocencia, mi derecho a sentirme segura en mi propio cuerpo y en mi entorno. Habían robado mi confianza, mi autoestima, mi sentido de valía como persona.

Un día cualquiera, dentro de esa habitación, algo cambió en mí.

Mientras uno de los guardias me estaba atando las correas, listo para descargar corrientes eléctricas hasta que suplicara que pararan, mis ojos se clavaron en ese hombre con los dientes apretados. Fue justo en ese instante cuando sentí una presión en la cabeza que no había sentido jamás, provocando un zumbido en mis oídos bastante molesto.

446

Sin embargo, por primera vez, el dolor no ocupó mi mente.

Estaba eclipsado por una emoción mucho más poderosa: la ira.

Quería que todos y cada uno de esos hombres pagaran por lo que me estaban haciendo, que sufrieran el mismo daño que me estaban provocando a mí. Ni siquiera les deseaba la muerte, porque consideraba que eso no era ni siquiera un castigo suficiente. Quería

que experimentaran cada pizca de dolor, cada fracción de angustia que estaban infligiendo sobre mí.

Entonces, de repente, vi cómo al hombre comenzaba a bro-tarle sangre de la nariz. Se llevó la mano al hilillo de líquido carmesí que salía por uno de sus orificios y su ceño se frunció, confuso.

Segundos después, se desplomó al suelo sin vida.

Lo supe porque su pecho ya no subía ni bajaba, y sus ojos estaban clavados en el techo, pero no veía nada. Porque no había vida en ellos, estaban vacíos.

Los otros hombres se apresuraron a socorrerle, llevándoselo de la habitación. Sin embargo, el único que se quedó ahí de pie, plantado frente a mí, fue el del pelo blanco. Su expresión se volvió en una confusión absoluta que jamás había visto en ese hombre tan seguro, el mismo que no dudaba ni temía de nada.

Pero esa vez sí que vi miedo en sus ojos. Un miedo real. Porque, de alguna manera, supe que sabía lo que había ocurrido.

O, al menos, lo sospechaba.

NOLAN

La situación se estaba complicando más de lo previsto.

Era muy consciente de que me encontraría con guardias armados, teniendo en cuenta que estábamos en la planta 447

más protegida del psiquiátrico, pero ese no sería un impedimento para poder escapar. Solo que necesitaba la ayuda de ella, y no esperaba que fuera a recordarlo todo tan pronto.

—¡Suelta a la chica y pon las manos arriba! —ordenó uno de los guardias, apuntándome con su arma.

Miré a Jules y supe que no podía dejar que regresara en manos de esos hombres. Debía protegerla de este mundo cruel, y estaba dispuesto a hacer lo que fuera por conseguirlo.

—Vamos, princesa, despierta —susurré—. No puedo hacerlo sin ti.

JULES

Un resplandor cegador llenaba la habitación, como si estuviera directamente expuesta a la luz del sol. No había relojes en las paredes, ni ventanas que permitieran ver el exterior. No había nada que pudiese indicarme qué hora era.

Me dolían las muñecas tras haber hecho tanto esfuerzo por liberarme, pero había terminado siendo en vano. Esas cuerdas estaban demasiado bien atadas. Cada intento de moverme solo aumentaba la tensión en mi piel, así que al final decidí detenerme y apoyar la cabeza en la pared.

Me pregunté por qué me habían atado, pues no había forma de escapar de entre esas cuatro paredes. Lo único que se me ocurrió fue pensar que, tal vez, me tenían miedo. Si había sido capaz de hacerle eso a ese hombre, sería capaz de hacérselo a cualquiera que se interpusiera en mi camino.

El frío se calaba por mis huesos. Aproximé mis rodillas al pecho en busca de calor, pero seguía notando el frío y duro suelo. Mis pies estaban descalzos, y mis piernas descubiertas.

448

Los párpados luchaban por cerrarse y los músculos no respon-día a mi pequeño cuerpo, pero era el miedo lo que hacía que me mantuviese despierta.

De pronto, la puerta de la habitación se abrió con un chi-rriante crujido metálico. Dos hombres vestidos de blanco entraron. Era el hombre de pelo blanco y el otro con el que siempre iba acompañado.

Mi mirada se llenó de terror y mi cuerpo empezó a temblar de miedo mientras luchaba por liberarme de las ataduras, pero era inútil.

El del pelo blanco se acercó dando grandes zancadas y me golpeó en la cara con fuerza. El dolor cortante y el sabor metálico de la sangre llenaron mi boca mientras mi cabeza se sacudía con el impacto.

—No te pases —dijo el otro hombre—. Es solo una niña.

Pero lo ignoró completamente y, con esa mirada despiada-da, me preguntó sin rodeos:

—¿Cómo lo hiciste?

—N-no lo sé —tartamudeé.

—¡No mientas!

—¡Es la verdad! ¡Lo juro!

Mis ojos se llenaron de rabia e impotencia al darme cuenta de que seguían sin creerme. Ya no sabía cómo demostrarlo.

Sin previo aviso, me agarró por el brazo, alzándome del suelo con esa facilidad con la que solían hacerlo.

—¡No! ¡Otra vez no! —grité, mi voz resonando por toda la silenciosa habitación.

Clavé mis pies en el suelo con determinación para evitar cruzar la puerta y llegar a ese lugar.

—¡No, por favor! ¡No, no!

449

NOLAN

Tal y como me indicaron, dejé a Jules con cuidado en el suelo, apoyando su espalda en la pared. Luego, me volví hacia ellos y

apreté los puños con fuerza, sintiendo el familiar cosquilleo en cada músculo de mi cuerpo.

—¡Las manos arriba! —insistió el mismo hombre, aferrándose al arma como si fuese la única manera de protegerse de mí.

Una de mis comisuras se elevó.

—Como prefieras.

Extendí mi mano hacia el guardia, concentrándome en el arma que sostenía. El hombre no entendió lo que estaba haciendo hasta que notó que su arma se sacudía ligeramente bajo sus manos.

Los ojos del hombre se abrieron de par en par al ver que su arma se estaba moviendo lentamente hacia su dirección, completamente fuera de su control.

—Pero, ¿qué. .? —empezó a decir.

Aproveché la sorpresa momentánea para hacer exactamente lo mismo con el resto de armas. Con un movimiento fluido de mis manos, todas las armas se giraron hacia los propios guardias, apuntándoles directamente.

Vi los rostros de temor antes de que el sonido ensordecedor de las balas inundara el pasillo, estallando contra los cuerpos de los guardias. En cuestión de segundos, la letali-dad de sus propias armas los dejó sin vida, y el pasillo quedó envuelto en un silencio perturbador.

Me quedé allí de pie, observando la escena con solemnidad, sabiendo que no había otra opción. Nosotros estábamos luchando por nuestra libertad, y lamentablemente, eso significaba enfrentar la violencia con la misma fuerza.

JULES

Llevaba más de quince minutos esperando a que alguien entrara. Me habían sentado en esa silla metálica y, sin embargo, me habían dejado ahí sentada. Un rayo de esperanza cruzó mi mente al pensar que tal vez ese día no me harían daño.

Mi mirada se alzó hacia los tres hombres vestidos de blanco que acababan de entrar en la habitación. Mi corazón se detuvo en el instante en que vi que dos de ellos sostenían a Nolan. Tenía la cabeza agachada, por lo que solo podía ver ese pelo oscuro que me recordaba a las noches estrelladas.

—Hazlo —ordenó el hombre de pelo blanco.

Negué con la cabeza. Mis ojos ya se habían llenado de lágrimas, porque comprendí que no estaban aquí para hacerme da-ño a mí, sino a él. Y eso era mucho peor.

—Si no lo haces tú, lo haremos nosotros —insistió.

—¡No quiero hacerlo! —sollocé con una voz frágil y quebrada.

El hombre de pelo blanco que tanto odiaba se giró hacia los otros dos guardias. Ahogué un grito cuando uno de ellos le lanzó un puñetazo en las costillas, haciendo que Nolan se doblara por el dolor.

—¡Basta! —grité.

El siguiente puñetazo que le dieron en el mismo lugar fue tan fuerte que se escuchó el crujido de un hueso roto. Vi el rostro de sufrimiento de Nolan y la angustia se apoderó de mí.

Comencé a llorar desesperadamente.

—¡Parad! ¡No le hagáis daño!

—Hazlo —repitió el mismo hombre.

Sabía que si esos hombres seguían golpeándolo no pararían hasta romperle otro hueso, así que tenía que intentarlo a pesar 451

de no tener ni la más mínima idea de cómo lo hice la última vez.

Cuando maté al guardia, no pensaba hacerlo. Simplemente estaba furiosa, exhausta y rabiosa. Así que traté de sentirme así. Comencé a pensar en todas las cosas que provocaban una rabia inexplicable en mi interior, y canalicé todo ese sentimiento que había acumulado durante ese tiempo para hacer exactamente lo mismo que hice con ese guardia.

Cerré los ojos, concentrándome en la sangre que fluía por las venas de Nolan, y sentí una ligera presión en mi cabeza antes de que hacer sangrar su nariz.

Nolan dio un respingo, llevándose la mano instintivamente a la nariz, sorprendido pero sin sentir dolor. Sus ojos se abrieron de par en par, llenos de asombro y confusión, mientras el líquido carmesí manaba por su rostro.

—Excelente —murmuró el del pelo blanco, pensativo. —No solo tiene la habilidad de provocar dolor, sino de no hacerlo.

—¿Insinúa que tiene algún tipo de control sobre el dolor que causa? —preguntó el hombre más mayor. Si no me equivocaba lo llamaba por el apellido James.

El hombre de pelo blanco asintió lentamente, sus ojos brillando con un brillo casi imperceptible.

—Le dije que era cuestión de tiempo descubrir su potencial.

—Sí, supongo que estaba equivocado con ella —admitió, evaluándome con su mirada—. Si le enseñamos a controlar y dominar completamente esa habilidad, será el arma más valiosa que tendremos.

NOLAN

Me incliné para cogerla de nuevo. Pasé un brazo por debajo 452

de sus rodillas y el otro por su espalda antes de levantarla del frío suelo. Sus temblores habían disminuido un poco, pero seguía estando muy débil.

—Déjala en su sitio. Ahora.

Cada músculo de mi cuerpo se tensó al oír esa voz femenina.

Me giré lentamente para encontrarme con la directora al final del pasillo. Estaba protegida por varios guardias. Aunque su figura era menuda en comparación con los robustos guardias que la rodeaban, emanaba una autoridad indiscutible.

—Este no es su sitio, y lo sabe.

La directora se adelantó con una seguridad palpable en cada paso, con esa mirada de superioridad fijada en mí. Así es como miraba a todos los pacientes del hospital, como si ella fuese un titiritero y nosotros sus simples marionetas, atados por hilos invisibles que solo ella podía controlar a su an-tojo.

—No tienes derecho a decidir su destino, Nolan —dijo la directora con voz calmada pero firme.

—Usted tampoco.

—Ella pertenece aquí, bajo nuestra custodia.

Mi mandíbula se tensó mientras sostenía su mirada con determinación.

—No permitiré que la retengan en contra de su voluntad.

No otra vez.

La directora arqueó una ceja, evaluándome con desdén.

—¿Y qué piensas hacer al respecto? —preguntó, con una sonrisa sutil que apenas ocultaba su desprecio.

—Lo que sea necesario para protegerla.

Los guardias a su alrededor se agitaron inquietos, pero la 453

directora mantuvo la compostura, como si estuviera acostumbrada a desafíos similares.

—¿Incluso si eso significa ponerte en peligro?

Asentí sin vacilar.

—Jules no es un experimento, ni un sujeto de prueba. Es una persona, y merece ser tratada como tal.

—Habláis incluso igual. —Soltó una risita condescendiente—. Es curioso, porque ella me dijo exactamente lo mismo de ti. Que eras uno de mis pacientes, y que tenías derecho a ser tratado como tal.

Mis ojos se entrecerraron sobre la mujer, pero me mantuve en silencio.

—Tus emociones te están cegando —añadió—. La chica que tienes ahora mismo en tus brazos es un peligro para la humanidad. Mató a una paciente de este psiquiátrico hace unas semanas sin siquiera tocarla, y lo sé porque yo misma le dije a esa chica que la provocara hasta que sacara toda la rabia que tiene en su interior. Solo así iba a asegurarme de que era la misma Jules que tuvimos en estas paredes hace años.

—Vosotros fuisteis los que provocasteis todo esto.

—Nadie la obligó a cometer ese acto. La violencia está arraigada en su naturaleza, solo estamos tratando de contenerla antes de que lastime a alguien más.

Mi mente giraba mientras absorbía sus palabras.

La conocía desde que éramos niños y, aunque sabía que había matado a ese guardia de seguridad y vi con mis propios ojos cómo me provocaba una hemorragia nasal, nunca la vi como una amenaza para otros.

—No sabe de lo que está hablando —respondí con voz entrecortada, luchando por mantener la calma.

—Lo sé mejor que tú, Nolan. Conozco cada detalle de su 454

historia, cada incidente que la ha llevado a este punto. Y es mi responsabilidad asegurarme de que no represente un peligro para sí misma o para los demás.

Desvié la mirada hacia Jules, que seguía con los ojos cerrados, susurrando palabras que no alcanzaba a oír. Supuse que aún seguía sumergida en sus recuerdos.

Solo de imaginármela en manos de esos hombres crueles, sometiéndola bajo esos experimentos inhumanos, hacía que la rabia bulliese en mi interior. No podía permitir que Jules volviera a ser sometida a la crueldad y la opresión de este lugar.

—Le propongo un trato. Dejad que ella se vaya, y a cambio me quedaré yo aquí, con vosotros.

La directora asintió, pero su gesto parecía más una con-cesión forzada que un acuerdo genuino. Sus ojos, fríos y calculadores, escudriñaron mi rostro con una mirada que dejaba entrever escepticismo.

—Un gesto muy valiente de tu parte —admitió—. Pero ya hicimos ese trato, ¿recuerdas? Y fue el peor error que pudimos cometer. Porque, créeme, ella es mucho más peligrosa que tú. Aunque tus habilidades destaquen sorprendentemente sobre la de los otros sujetos, su habilidad nunca antes había existido. Jules posee una habilidad que va más allá de lo que puedes imaginar.

—Habilidad —repetí, emitiendo una carcajada sarcástica—. No puede llamarlo don, ¿verdad? Porque fuisteis vosotros quienes la obligasteis a poseer esa dichosa habilidad.

Por ese mismo motivo no pueden responsabilizarla por algo que no eligió tener.

—Ahí te equivocas, Nolan. Siempre la ha tenido, solo que nosotros la hemos sacado. Y eso no cambia el hecho de que su capacidad es extraordinaria, y potencialmente peligrosa si 455

no se controla adecuadamente. Así que no me dejas otra opción.

Levantó la mano e hizo una señal con los dedos. Mi cuerpo se tensó de pies a cabeza, esperando cualquier señal, cualquier posible movimiento que hicieran a continuación.

Pero para mi sorpresa, ninguno de los guardias movió ni un solo músculo. Permanecieron inmóviles, apuntándonos con esas armas y sin ninguna intención de intervenir.

Estaba tan concentrado en ellos que fue demasiado tarde cuando escuché un fuerte ruido en el techo. La rejilla del conducto que había justo encima de nosotros se abrió de golpe, cayendo con un estruendo ensordecedor justo encima de mí.

Sentí un palpitante dolor al recibir todo el peso en uno de mis hombros. Perdí el equilibrio por el impacto repentino, y antes de que pudiera reaccionar, me encontré cayendo hacia atrás. Apenas tuve

tiempo de proteger a Jules antes de que impactáramos contra él con un golpe sordo y doloroso.

Un grupo de guardias bajó por el conducto de ventilación, uno por uno, hasta que nos rodearon de cerca. Aunque fueran demasiados, podía con ellos. Pero no contra las armas que sostenían. Una bala de esas era capaz de sedarme y no despertarme en horas. Y aunque tenía habilidades suficientes para mover objetos de todo tipo, nunca había enfrentado la velocidad de una bala.

Miré hacia arriba, encontrándome con la mirada fría y triunfante de la directora, quien ahora se acercaba lentamente hacia mí, abriéndose paso entre los guardias.

—Si hubieses colaborado desde el principio, todo habría sido más sencillo. No solo te has puesto en peligro a ti mismo, sino también a ella.

Volteé hacia Jules, que seguía inconsciente en el suelo.

456

Sentí un nudo en la garganta al verla en ese estado, tan vulnerable y frágil. Una oleada de pánico me invadió, ese tipo de pánico que solo aparecía cuando se trataba de ella.

—Metedlos de nuevo en sus habitaciones —ordenó.

Cuando la directora se disponía a alejarse del pasillo, los paneles del pasillo comenzaron a parpadear. Todos alzaron la mirada, incluida ella, confundidos. En ese momento, una figura pequeña emergió al final del pasillo.

Sabiendo lo que estaba a punto de suceder, me levanté del suelo y corrí hacia Jules. Nadie me lo impidió, pues todos estaban demasiado absortos en las luces y esa niña que había aparecido repentinamente por el pasillo.

Segundos después, las luces estallaron en un destello cegador. Cubrí a Jules con mi cuerpo, protegiéndola de cualquier chispa de electricidad que pudiese lastimarla. El estruendo de la explosión resonó en mis oídos, junto a gritos de algunos hombres que les alcanzaban corrientes de electricidad. En medio del caos, vislumbré cómo dos de los guardias se apresuraban a proteger a la directora, formando un escudo humano que la mantuvo a salvo de cualquier peligro.

El calor abrasador de la explosión me envolvió brevemente antes de que el humo y el olor a quemado llenaran el pasillo, impidiéndome respirar con facilidad.

Tomé un rápido vistazo a nuestro alrededor. Los guardias yacían en el suelo, algunos inconscientes y otros luchando por levantarse. La directora, con una expresión furiosa, gritaba órdenes mientras intentaba recuperar el control de la situación.

Aprovechando el caos y la confusión causada por la explosión, me levanté con Jules en brazos. Con el humo y el ruido de la explosión dificultando la visión y la respiración, me abrí paso entre los guardias tosiendo y confundidos.

457

—¡Que no escapen! —ordenó la directora, en un grito furioso.

Los disparos comenzaron a sonar, pero la falta de visibilidad a causa del humo nos dieron una ventaja crucial. Ninguna bala nos alcanzó.

—¡Te dije que esperaras a que fuera a buscarte! —le dije a la niña, entre el ruido de los disparos.

—¡Es que estabas tardando demasiado!

La niña me condujo a través de pasillos oscuros y laberín-ticos, sorteando obstáculos con una destreza que sugería u-na familiaridad

innata con el entorno. Se había escapado de su habitación cientos de veces, solo que nadie sospechaba de ella porque no conocían la habilidad que tenía.

Los muy ignorantes se pensaban que todos esos cortocircuitos eran a causa de una mala instalación eléctrica o simples fallos técnicos.

Finalmente, las escaleras se presentaron frente a nosotros. Comenzamos a subirlas de dos en dos, hasta que al fin dejamos atrás los sótanos y llegamos a la primera planta.

Nuestras esperanzas de libertad se vieron frustradas al encontrarnos con un enjambre de guardias bloqueando la única puerta de salida. Incluso con nuestras habilidades, en-frentarnos a esa cantidad de oponentes armados parecía una tarea casi imposible. Debían haberles advertido de que habíamos subido, porque era como si todos los guardias del psiquiátrico se hubiesen reunido en un mismo lugar.

Retrocedimos para adentrarnos en un pasillo y nos metimos en una habitación que encontramos vacía. La niña cerró la puerta detrás de nosotros mientras dejaba a Jules en la ca-ma. Me senté en el borde de ella para contemplarla.

Aparté con suavidad algunos mechones de su rostro. Sus largas pestañas descansaban sobre su piel, que había perdido 458

algo de color. A pesar de la palidez, su rostro conservaba esa luminosidad que había tenido desde pequeña. Cada rasgo, desde sus labios entreabiertos hasta la curva de sus mejillas, estaba impregnado de una delicadeza que me recordaba por qué me fijé en ella por primera vez.

Su cabello castaño caía en cascada sobre la almohada, en-marcando su rostro con una belleza natural que me dejaba sin aliento. Contemplarla así, vulnerable pero aún hermosa, reforzaba mi

determinación de protegerla a toda costa. Cada fibra de mi ser ansiaba su bienestar.

—¿Qué le pasa? —preguntó la pequeña, observándola con preocupación.

Traté de pensar en algo para que lo entendiera.

—Está. . en un profundo sueño.

—¿Cómo La Bella Durmiente?

Sonreí al ver que había captado el mensaje. A su manera, claro.

—Sí, exacto.

—¡Pues dale un beso de amor verdadero!

La sonrisa se me borró de golpe. Abrí los ojos de par en par.

—¿Qué? ¡No!

—¿Por qué no? Así es como la despierta el príncipe.

—Bueno, sí, pero. . eso solo sucede en los cuentos de hadas.

—No es verdad. Los príncipes y las princesas existen, al igual que los reyes y las reinas.

—Sí, pero. .

—Tú la llamas princesa, y toda princesa necesita un príncipe —insistió ella, con una chispa demasiado traviesa en sus ojos para una simple cría de nueve años.

—No es lo mismo.

—¡Sí que lo es!

—No.

—¡Seguro que funciona!

—No.

—¡Ya verás, pruébalo!

—No.

—¡Hazlo!

—¡Que no voy a besarla!

La niña se enfurruñó, cruzándose de brazos mientras se sentaba en la cama de al lado.

—Amargado —murmuró.

Negué con la cabeza antes de ponerme en pie y dirigirme hacia la ventana. Desde ahí se podía ver el patio interno del hospital con algunos pacientes paseando por ahí.

No teníamos mucho tiempo, pero esperaríamos lo que hiciese falta a que el estado de Jules mejorara antes de buscar un plan para huir de allí.

AMELIA

—Si queréis entrar al hospital sin peligro, tendréis que hacerlo por aquí.

Landon intercambió una mirada con los demás policías.

Estábamos delante de la entrada oscura del desagüe por el que nos adentramos en busca de las chicas.

Todos parecían igual de desconfiados, y no los culpaba.

Entrar por un desagüe no era precisamente el método más convencional para ingresar a un hospital.

460

—¿Cómo sabes que esto da al psiquiátrico? —preguntó él, dubitativo.

—Porque tu amiga y yo entramos por aquí hace unos días, y nos llevó directamente a los sótanos del edificio.

Se giró en redondo hacia mí.

—¿Cómo llegasteis hasta aquí?

—Eso ya te lo contará ella. —Sonreí angelicalmente—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Tomé la delantera y me adentré al oscuro pasaje. Landon hizo un ligero movimiento con la cabeza a los demás policías antes de seguirme.

Observé de reojo a Landon. Sostenía la pistola con profe-sionalidad, como si estuviese demasiado acostumbrado a hacerlo. Sus ojos no

dejaban de escudriñar el desagüe, alerta en todo momento.

—Debe importarte mucho esa chica para que hayas acce-dido a entrar a un desagüe —reconocí, con una sonrisilla perversa.

—Nos conocemos desde hace un tiempo —se limitó a decir, manteniendo la seriedad.

—¿Dónde os conocisteis? —pregunté, intrigada.

—En el trabajo.

—Oh, ya veo. . —susurré, con una sonrisa burlona.

Se giró hacia mí con el ceño fruncido.

—¿Qué pasa?

—Nada —respondí, tratando de contener una risita.

—Conozco a las mujeres, y cuando decís nada es de todo menos eso. Así que sea lo que sea que estés pensando, dilo.

—Vale, mujeriego —bromeé.

Landon se defendió de inmediato.

461

—No soy mujeriego.

—Pues tienes toda la pinta de serlo.

Volteó hacia mí con la preocupación expresada en su rostro.

—¿Eso te ha dicho ella? ¿Que soy un mujeriego?

—¿Ves cómo te importa?

Su intento de mantener la serenidad solo lo hacía aún más gracioso.

—Cálmate, ella no piensa eso de ti. Es solo que ya entiendo por qué no estáis juntos, porque no sería muy profesional de vuestra parte —añadí, encogiéndome de hombros.

—¿Esa es tu teoría? ¿En serio?

Asentí.

—Pues es absurda.

—Es lógica —corregí—. Los dos sois atractivos. Así que, o le gustas o te gusta.

Landon frunció el ceño, considerando mis palabras por un momento.

—No creo que le guste —contestó con un gesto de duda en su rostro.

—¡Ajá! —exclamé, señalándolo con el dedo índice—. ¡Te he pillado!

—¿Qué. .?

—¡Era una pregunta trampa! —Solté una carcajada—. No has dicho que a ti no te guste.

Landon no respondió, pero su expresión dejaba claro que había algo más que quería decir. Suspiró y miró hacia adelante mientras continuábamos avanzando por el pasaje.

Me detuve cuando atisbé entre la oscuridad la puerta que nos llevaría por ese túnel.

—Allí —señalé.

Avanzamos hacia la puerta junto a los demás policías. Se colocaron estratégicamente en la pared con las pistolas a mano, asegurándose de que no hubiera ninguna amenaza ahí dentro. Tras unos segundos, Landon abrió la puerta lentamente mientras los demás permanecían en posición de alerta, listos para reaccionar ante cualquier imprevisto.

—Todo despejado —informó él.

Iba a ser el primero en entrar, pero lo detuve por el brazo.

Landon siguió con la mirada el agarre antes de dirigir sus ojos hacia mi rostro, confuso.

—Vamos a encontrarla, y estará bien —afirmé, tratando de infundir seguridad.

Tragó saliva con fuerza, preparándose para lo que nos esperaba al otro lado de esa puerta.

NOLAN

Estaba sentado en el borde de la cama, con los codos apoyados en las rodillas y las manos entrelazadas. La niña estaba de pie, indagando en las cosas del armario. Se estaba pro-bando un gorro de lana amarillo.

—¿Cómo me queda? —preguntó, girando sobre sus talones con la intención de voltearse hacia mí. Pero le iba tan grande que le cubría los ojos, y en lugar de girarse en mi dirección, acabó encarando la pared.

—Ven, anda.

Tuvo que levantar un poco su gorro para saber a dónde estaba. Se acercó a mí y se lo coloqué bien, doblando los bordes para ajustárselo a su tamaño.

463

—Listo.

Sonrió con gratitud antes de volver al armario en busca de más prendas que pudiese ponerse.

Respiré hondo y eché un vistazo a Jules. Seguía descansando.

Recordar cosas puede resultar agotador para la mente debido a la carga cognitiva que implica. Cuando tratamos de recuperar información almacenada en nuestra memoria, el cerebro realiza una serie de procesos complejos.

Pero recordar cosas que te han obligado a olvidar no solo puede ser agotador, sino doloroso. Jules llevaba años intentando superar de una forma inconsciente las barreras que le obligaron a reprimir esos

recuerdos, y eso es como buscar u-na aguja en un pajar que ni siquiera sabías que existía.

—¡Mira lo que he encontrado! —exclamó la niña, regresando a mí con una libreta.

Me la dejó encima de las piernas.

—¿Por qué me la das?

Señaló la libreta.

—¿Qué? —pregunté, confuso.

Volteó los ojos, algo que me pareció gracioso porque me lo había visto hacer a mí. Ya estaba imitando algunos de mis gestos.

Abrió la libreta para arrancar una hoja en blanco.

—Hazme una.

—Ahora no.

—Poorfaaa —me pidió con ojos suplicantes.

—En otro momento.

—Pooorfaaaa.

—Te he dicho que. .

464

—¡Poooorfaaaaaa!

Santa paciencia había que tener con los críos.

Cogí el dichoso papel y la niña sonrió entusiasmada mientras veía cómo empezaba a hacerla. A medida que iba do-blándolo, la sonrisa en su rostro se ampliaba, y sus ojos brillaban de emoción al ver cómo la figura iba tomando forma entre mis manos hasta convertirse en una mariposa de papel.

Una vez terminada, se la entregué.

—¡Qué bonita! —exclamó, entusiasmada—. Jules, ¿te gusta?

—Está durmiend. .

Me corté a mí mismo cuando, al girarme para observarla, reparé en que tenía los ojos abiertos. El corazón me dio un vuelco en el pecho.

—¿Renata? —inquirió con voz pastosa, mirando a la niña fijamente.

Un destello de asombro cruzó sus ojos cuando desvió la mirada hacia la figura de papel que la niña sostenía en sus manos.

—¿Te acuerdas de la mariposa? —pregunté con mucha suavidad, pues era consciente del choque de realidad por el que estaría pasando ahora mismo.

Ella asintió lentamente, tragando saliva con fuerza. Era como si un velo se hubiera levantado de sus ojos, revelando recuerdos que habían estado ocultos durante demasiado tiempo.

—Lo recuerdo todo —susurró, con voz quebrada.

De pronto, las lágrimas asomaron en sus ojos al tiempo en que su mano buscaba su corazón. Podía casi sentir desde aquí el galope frenético de sus latidos. Su respiración se volvió entrecortada, como si el aire le faltara de repente.

465

—Jules, tienes que relajarte.

—¿Por qué. .? ¿Por qué no recordaba nada?

Decidí no responder, temiendo que cualquier palabra mía pudiera empeorar las cosas.

—Te lo explicaré, pero todo a su debido tiemp. .

—¡No! —gritó, haciendo que la niña diera un respingo y se refugiara a mi lado—. ¡Estoy harta de tus medias verdades y tus excusas! ¡Quiero la verdad ahora mismo!

—Primero cálmate.

Me arrepentí enseguida de haberle dicho eso. Cuando una mujer está alterada, lo último que tienes que pedirle es que se calme.

—¡¿Qué me calme?! —Abrió los ojos de par en par. Retiró las sábanas y se levantó de la cama.

Hice lo mismo, poniéndome en pie y tensando la mandíbula al ver que se estaba esforzando demasiado con la pierna que había recibido el disparo.

—¡Estoy en este hospital psiquiátrico por ti! ¡Porque necesitaba obtener pruebas que te incriminaran de todos los asesinatos que has cometido! ¡Y ahora me entero de que conozco al asesino desde que tenía diez años y ni siquiera sé por qué no lo recordaba!

—Lo sé.

La ira se reflejaba claramente en su mirada.

—No, no lo sabes. No sabes todo lo que he perdido por es-te caso. —Escupía cada palabra con odio—. Si no hubiese venido aquí, podría seguir con mi trabajo, con mi vida normal.

¡Podría haberme despedido de mi padre! ¿Sabes lo doloroso que fue para mí eso? Estuve semanas encerrada en mi habitación,

culpándome una y otra vez por no haber tenido el valor de rechazar este caso. Así que cuéntame la verdad de 466

una maldita vez o cruzo ahora mismo esa puerta y lo descu-bro por mi cuenta.

Era el momento de revelarle toda la verdad, aunque no estaba seguro de si estaría preparada para recibirla. Pero ya no podía soportar verla destrozada por las mentiras.

Me pasé una mano por el pelo.

—Te borraron la memoria.

A pesar de parecer una locura, no le sorprendió. Era una mujer inteligente, por eso supuse que lo intuyó desde el principio.

—Como hicieron con Beth —murmuró, apartando su mirada hacia un punto en concreto.

—Sí, pero a ti te la borraron cuando tenías diez años. Todas las pesadillas que tenías eran manifestaciones de tu mente por recordar cosas que te obligaron a olvidar, fragmentos de tu memoria que luchaban por salir.

—¿Y por qué? —Alzó la mirada para toparse con la mía—.

¿Por qué lo hicieron?

—¿Acaso todo lo que hacían esas personas era ético?

—cuestioné—. Estaban torturando a niños, sentándolos a una silla eléctrica y descargándoles corrientes eléctricas por to-do su cuerpo por intereses personales. No les interesa que haya personas que saben lo que hacen sueltas por ahí. Nos quieren tener controlados bajo su custodia.

—Intereses personales —repitió, más para sí misma. Estaba empezando a encajar las piezas de un puzle que hacía tiempo que esperaba ser completado—. Querían que moviera objetos con la mente. Pero, no lo consiguieron.

—Precisamente por eso te borraron la memoria.

—¿Porque no les resulté útil?

—Porque descubrieron que no podías hacer eso, sino algo 467

mucho peor —corregí—. Y algo en tu expresión me dice que sabes lo que es.

Agitó la cabeza, incrédula.

—No, yo nunca he matado a nadie.

—Mataste a un guardia, Jules.

—Solo le salió sangre de la nariz.

—Porque le provocaste un derrame cerebral.

Frunció el ceño.

—Ni siquiera lo toqué.

—No hizo falta.

Vi el momento exacto en el que su rostro cambiaba. La expresión de desconcierto y convicción que había estado mostrando, se transformó en una mirada penetrante y desconfiada.

Dio un paso atrás, cojeando con el movimiento y mirándome de esa forma que tanto odiaba. No solo no me creía, si-no algo mucho peor. Me tenía miedo.

—No. —Negó con la cabeza—. Este es otro de tus juegeci-tos mentales.

Y cuando pensé que habíamos avanzando un paso, retrocedimos otros cinco.

—No, Jules. Esto no es un juego.

—¡Tú mismo me lo dijiste! ¡Me dijiste que formaba parte de un juego! ¿Eso es lo que les dices a las víctimas antes de matarlas? ¿Las vuelves desquiciadas hasta tomar el control de la situación?

Acorté las distancias, odiando la desconfianza en su mirada.

—¡Debía hacerte creer que todo esto era un juego! ¡No me quedaba otra alternativa!

468

—¡Y una mierda!

—¡Si te contaba toda la verdad, te pondría en peligro! ¡Mi-ra cómo ha reaccionado tu cuerpo al intentar recordar cosas!

¿Después de haber visto todos tus recuerdos sigues sin entenderlo?

—Aléjate de mí —masculló.

Pero no lo hice, y avancé otro paso más.

—¿Recuerdas la noche en que me encontraste en esa habitación del psiquiátrico?

—Nolan, para.

—¿Sí o no?

Tragó saliva con dificultad.

—Sí.

—¿Qué te dije esa noche?

—No lo sé.

—Haz un esfuerzo, por favor.

A pesar de todo desvió la mirada, haciendo memoria.

—No soy el monstruo que buscas, pero sé cómo cazarlo

—susurró finalmente, repitiendo las palabras que le dije.

Bien, lo recordaba.

—Te lo advertí desde el principio. Yo no soy el asesino.

—¿Entonces quién es?

—Lo has tenido frente a ti durante todo este tiempo, y ni siquiera te has dado cuenta.



20

NOLAN

Parecía estar reconsiderando cuánto debía confiar en mis palabras. Y estaba más que dispuesto a resolver las dudas que tuviera, pero el ruido de voces y pisadas que procedie-ron del exterior me recordó que aún seguíamos en ese lugar y, por tanto, seguíamos en peligro.

—Hay que irse —informé, dirigiéndome hacia la ventana.

—Lo intenté —admitió mientras quitaba el pasador de la ventana y lo abría de par en par. El aire gélido de invierno se coló por la habitación—. Pero apenas crucé el bosque antes de que un puñado de guardias me atrapara. Por suerte pude avisar a un oficial de policía que conozco, así que él sabe que. .

Me giré en redondo hacia ella.

—¿Has involucrado a la policía en esto? —pregunté, notando el ceño fruncido de Jules ante mi reprimenda.

470

—¿Por qué no debería llamarla?

Entreabrí los labios para responder, pero preferí no hacerlo.

Dirigí mi mirada de nuevo hacia la ventana, analizando los barrotes de metal. Estaban cubiertos de una capa gruesa de óxido, con algunos fragmentos desprendidos, revelando el metal corroído debajo. Serían lo suficientemente débiles co-mo para romperse.

—¿Por qué no debería llamar a la policía, Nolan? —repitió Jules de forma acusadora, cruzándose de brazos.

Seguí observando con precisión los barrotes, calculando la fuerza que necesitaría para derribarlos y que se convirtie-ra en una posible

vía de escape. Estábamos en la primera planta, así que podríamos saltar sin problemas. Debía separarnos un metro del suelo.

—Te he hecho una pregunta. Y dos veces.

Solté un exasperado suspiro. Tratar de explicarle por qué no era una buena idea involucrar a las autoridades en esto requeriría más energía de la que tenía en ese momento. Cada vez tenía más preguntas, y nosotros menos tiempo para salir de aquí.

—Te lo explicaré todo, pero ahora no es el momento.

—Pues yo creo que es el mejor momento —respondió en un tono cortante—. Estoy a punto de huir por la ventana con una niña y un hombre que hasta entonces creía que era un asesino, y ahora me estás diciendo que no comprometa a la policía en todo esto. ¿No crees que es un poco sospechoso?

—La policía podría complicar las cosas más de lo que ya están.

—¿Se te olvida que soy investigadora privada? —añadió en un tono obvio—. Trabajo con ellos.

La miré fijamente, comprendiendo su perspectiva, pero 471

sabiendo muchas más cosas de las que ella podía entender en ese momento.

—Hay cosas que no puedes entender ahora mismo —me limité a decir.

—¡No puedo entenderlo porque no me estás diciendo na-da!

—Porque estoy tratando de mantenernos a salvo. Tienes que confiar en mí.

Jules soltó un bufido de incredulidad.

—¿Por qué debería confiar en ti cuando ni siquiera puedo entender tus razones?

Di un paso hacia ella, alejándome de la ventana.

—¡Porque me conoces! —exclamé, elevando la voz involuntariamente.

Parpadeó reiteradas veces, sin esperar mi reacción.

—Me conoces —repetí, suavizando el tono de voz. Con ella no podía ser rudo—. Estuve contigo en ese lugar, y me hicieron lo mismo que a ti.

La expresión de Jules se suavizó.

—¿Te sometieron a la silla eléctrica?

Asentí despacio.

—Pasé exactamente por lo mismo que tú. Me obligaron a mover cosas con la mente mediante descargas eléctricas dolorosas e interminables. Sé lo que es sentir tanto dolor hasta desear la muerte. Y no la de ellos, sino la tuya. Para simplemente dejar de sentir. Sé lo que es sentirte una mierda por no poder hacer lo que ellos querían que hicieras, por no superar las expectativas que tenían puestas en ti. Y desearía que no recordaras nada si incluso eso implica olvidarme a mí también, pero tu mente es asombrosa. Y gracias a eso te ha permitido recordar cosas, por muy dolorosas que sean.

472

Sus ojos se habían humedecido tanto que algunas lágrimas asomaban por sus ojos, listas para ser derramadas. Se mordió el labio inferior para ahogar un sollozo.

Sentí una inmensa necesidad de acariciar sus mejillas, sentir su piel bajo las yemas de mis dedos con tal de evitar que llorara. Joder, me moría por acariciarla. Pero no sería lo más apropiado en ese momento.

—Por supuesto que mereces saber la verdad, Jules. Y yo mismo te la contaré. Pero para eso necesito que confíes en mí, como lo hacías cuando eras pequeña.

—Desde entonces, hay muchas cosas que han cambiado

—sentenció con la barbilla en alto.

Detesté que eso me doliera tanto.

Permanecimos en silencio, mirándonos el uno al otro sin decir nada, pero a la vez diciéndonoslo todo.

—Hay un hombre en la ventana —dijo la niña con voz dulce e inocente.

Me giré hacia ella y la vi asomada en la ventana señalando a alguien. Sentí un escalofrío recorrer mi espalda cuando vi una figura negra a unos metros de la ventana. No me hizo falta verlo de cerca para saber que era un guardia de seguridad, y que nos estaba apuntando directamente con su arma.

—¡Renata, aléjate de la ventana!

Anticipándome a lo que iba a ocurrir, me lancé hacia adelante, agarrando a la niña con fuerza y tirándola hacia atrás justo a tiempo para esquivar el brillo metálico de un disparo.

Volteé hacia Jules, rezando a todos los dioses que esa bala no le hubiese alcanzado a ella. Por suerte llegó a parar a la pared que tenía justo detrás.

Después, vinieron más disparos. Uno tras otro. Ni siquiera pude alzar la cabeza para asomarme a la ventana sin que una de esas balas impactara en mi cráneo. Jules se había agacha-473

do al pie de la cama más próxima, cubriéndose las orejas con las manos para amortiguar el sonido ensordecedor de las balas.

—¡Jules, cuando te diga, sal corriendo con la niña! —grité, intentando hacerme oír sobre el estruendo de los disparos.

—¿Y tú qué harás?

—¡Yo los distraeré!

—¿Cómo?

—¡Tú sólo haz lo que te digo!

Cuando los disparos cesaron, supe que era el momento.

—¡Ahora! ¡Corre! —grité, empujando un poco a la niña hacia ella.

Jules salió de su escondite y desapareció por la puerta con Renata agarrada de la mano.

JULES

Noté una extraña sensación de preocupación y vacío en mi pecho al dejar a Nolan en esa habitación.

Aunque todavía no confiara plenamente en él, al menos podía estar segura en una cosa, y es que lo conocía. Era un hecho innegable, pues mis recuerdos no podían mentir. Todo lo que recordaba era porque en algún momento sucedió. Pe-ro seguían sin encajarme algunas cosas, pues nunca me llegó a resultar familiar.

No sucedió lo mismo que me ocurrió con Adler o Matthew. Cuando los vi, supe de algún modo que esa no era la primera vez. Pero con Nolan no había tenido esa sensación. Y

por eso había una pequeña parte de mí que seguía desconfi-ando.

474

Sin embargo, el día en que Adler se abalanzó sobre Nolan para hacerle daño, algo se despertó dentro de mí. Sentí la misma angustia que cuando vi a esos guardias lanzándole puñetazos en el estómago siendo tan solo un niño.

Deslicé los ojos hacia la niña que tenía agarrada de la ma-no. Tenía tantas dudas en mi cabeza que empezaba a notar punzadas en mis sienes, como si cada pregunta abriera una compuerta en mi mente, liberando un flujo de incertidumbre.

¿Qué hacía Renata con Nolan? ¿Se conocerían de antes?

Pero, ¿cómo era eso posible si Renata era la hija de un guardia de seguridad? ¿Se habría escapado otra vez?

Fuese lo que fuese, estaba en peligro. Al igual que nosotros.

—¡Ve más deprisa o nos atraparan! —exclamó Renata, preocupada. Irónicamente era ella la que me estaba prácticamente arrastrando para impedir que aminorara la velocidad.

—Eso intento —murmuré, cojeando. Cada paso que daba con la pierna herida sentía los puntos tibar mi piel, como si en cualquier momento se fueran a soltar.

Pasamos junto a uno de los grandes ventanales que había en el pasillo, revelando la oscuridad del exterior. Ya había a-nochecido, lo que facilitaría enormemente nuestra huída pa-ra no ser vistos. Si es que lográbamos salir de aquí, claro.

Pero, si tenía una cosa clara, es que no iba a irme sin algunas de las personas que seguían en este hospital. Supuse que Nolan se enfadaría si no me veía cerca de la habitación, pero no podía dejarlos atrás.

Conduje a Renata hacia las escaleras, y al comprobar que no había nadie subiendo ni bajando, nos adentramos en ellas.

Por los menos no había cámaras de seguridad dentro de las instalaciones, así que no había forma de que supieran a dón-475

de estábamos exactamente.

Apreté los dientes con fuerza, cada escalón ascendido era como un desafío contra el dolor que me retorcía la pierna.

Mis músculos temblaban por el esfuerzo, pero me negaba a ceder ahora. Solo quedaban dos pisos más para llegar.

Al llegar al rellano de la escalera, nos encontramos con un largo pasillo iluminado por la tenue luz de las lámparas col-gantes. Había tantas puertas que me llevaría tiempo encontrarlo, pero estaba dispuesta a hacerlo.

Comencé a asomarme por todas y cada una de las rendijas de las puertas de metal, deseando que en alguna de ellas viera a esa persona. Pero solo veía los mismos rostros de a-flicción sin mucho éxito.

—¿Qué haces? —preguntó Renata, siguiéndome de cerca.

—Necesito. . necesito encontrar a alguien.

Justo cuando me disponía a asomarme por otra rendija, un sonido característico rompió el silencio, el click de una puerta siendo desbloqueada. Pensé que habría tocado algo sin querer, pero entonces me di cuenta de que no se había desbloqueado solo la puerta que tenía enfrente, sino todas.

¿Qué demonios. .?

El pasillo se llenó de un denso silencio segundos después de que se volviera una maraña de puertas abriéndose de par en par, gritos eufóricos y pacientes saliendo mientras vitoreaban por su libertad.

Acerqué a Renata hacia mí, queriendo protegerla en medio del caos repentino que se desataba a nuestro alrededor.

La gente corría hacia las escaleras, ansiosa por escapar de aquel lugar opresivo. Sentí un empujón en el hombro que me hizo tambalearme, obligándome a sujetar con más fuerza a Renata para mantenernos juntas en medio de la marea humana que nos rodeaba.

476

Me pregunté si había sido una especie de fallo técnico o algo por el estilo, pero mis dudas se disiparon cuando, entre las personas, vi a ese chico rubio al que estaba buscando.

—¡Adler! —grité para llamar su atención.

Sus ojos, confusos, se encontraron con los míos desde la lejanía. Se abrió paso entre la multitud hasta llegar a mí.

—Clarke —murmuró—. ¿Has sido tú la que ha abierto las puertas?

Negué con la cabeza.

—Debe haber sido un fallo del sistema.

—¿Y qué haces aquí? —preguntó, y luego sus ojos descen-dieron irremediablemente hacia la niña—. ¿Y por qué estás con. .? ¿Cómo se llamaba?

—Renata —dijo la niña, mostrándose algo ofendida porque no se hubiese acordado de su nombre.

—Eso.

Ni siquiera tenía respuesta para esa pregunta.

—Hay que escapar del hospital.

La masa de gente ya se había disipado prácticamente por completo, quedando tan solo nosotros tres en el pasillo.

—¿De qué estás hablando?

—He descubierto cosas, Adler. Cosas que ahora mismo no tengo tiempo para contarte. Pero, si vienes conmigo, te lo explicaré todo con detalle. Te lo prometo.

Tuve que retener todo lo que quería decirle para otro momento, pues la última vez que nos vimos fue cuando se lo llevaron para trasladarlo al ala de cuidados intensivos por haberse peleado con Nolan. No me quería ni imaginar lo que sucedería si le contaba que había estado hacía apenas unos pocos minutos con él.

Adler frunció el ceño, claramente indeciso sobre si confi-477

ar en mí o no. Sus ojos verdes escudriñaron los míos en busca de alguna señal de respuestas.

—No puedo simplemente seguirte sin saber lo que está pasando —dijo, su voz cargada de desconfianza.

—Adler, me conoces. Soy yo. .

—No, no la conoces.

Esa voz había provenido del final del pasillo.

Giré la cabeza con el corazón aporreándome las costillas y mis ojos no creyeron lo que estaban viendo.

Era Lily. Estaba sosteniendo una pistola entre sus manos, y nos apuntaba directamente con ella. Renata se escondió detrás de mis piernas.

—Lily —murmuré, ahogando una exclamación—. ¿Qué. .?

¿Qué haces?

—Impedir que os vayáis.

Tuve que parpadear varias veces para comprobar que era real, que Lily sujetaba una pistola con una determinación que sugería que ya lo había hecho otras veces. Y en sus ojos solo pude ver una seguridad que me estremeció de pies a cabeza, como si no dudara ni un segundo en apretar ese gatillo.

—No la conoces —repitió con los dientes apretados por la furia, refiriéndose a mí.

Adler, que se había quedado tan pasmado como yo, preguntó:

—¿A qué te refieres?

—Explícaselo, Clarke. Dile cómo te llamas en realidad.

El tiempo se ralentizó para avanzar a paso de tortuga.

Comprendí entonces que lo más probable es que estuviese cabreada porque se había enterado de quién era en realidad.

Me preguntaba cómo. Tal vez Nolan se lo había dicho, y había caído en su trampa. En su juego.

478

—Lily. .

—¡Díselo! —gritó, haciendo que diera un respingo, sobresaltada.

Mis manos temblaban ligeramente mientras buscaba una respuesta adecuada, pero antes de que pudiera abrir la boca para hablar, la voz de Adler resonó en el aire tenso y pesado.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió, alternando su mirada entre Lily y yo, cada vez más nervioso.

Lily mantenía su mirada fija en mí, desafiante y peligrosa, mientras que Renata se aferraba a mi pierna, temblando de miedo. Sentí la presión aplastante de la situación sobre mis hombros, mientras intentaba reunir el coraje para enfrentar lo inevitable. La verdad estaba saliendo a la luz, y sabía que no había vuelta atrás.

—No soy Clarke, ese no es mi verdadero nombre —admití en voz baja.

Adler frunció el ceño, evidentemente confundido por mi confesión repentina. Lily, por otro lado, parecía triunfante, como si hubiera logrado justamente lo que quería. Como si disfrutara de la situación. No la reconocía.

—¿Qué significa eso? —preguntó él.

Antes de que pudiera responder, Lily intervino con un to-no lleno de amargura y resentimiento:

—Significa que no puedes confiar en ella, porque nos ha estado mintiendo a todos desde que puso un pie en este hospital. —Hizo una pausa antes de añadir—: Es Jules Miller, una investigadora privada de Harpers Ferry.

La cabeza de Adler se giró hacia mí.

—¿Es eso cierto?

Deseé poder decir que no pero, llegados a este punto, no podía seguir mintiendo.

479

—Sí, es cierto —admití, sintiendo el peso de la verdad en mis palabras—. Pero eso ahora no importa.

Y era la verdad. Nada de esto importaba, no después de todo lo que había descubierto. Mi verdadera identidad era el menor de los problemas en este psiquiátrico.

—¿Que no importa? —repitió Adler, incrédulo. Su rostro estaba enrojecido por la ira que crecía dentro de él, y sus ojos brillaban con furia contenida—. ¡Me has estado engañando durante todo este tiempo!

—No tenía otra opción, yo. .

Adler retrocedió un paso, como si yo desprendiera un calor que lo estaba quemando.

—¿Qué más me has estado ocultando? ¿Cuántas mentiras más hay?

—¡Nada! —salté, desesperada para que no cambiara de bando y se uniera a la desconfianza de Lily—. ¡Tienes que creerme!

—¿En serio a estas alturas me estás pidiendo eso?

Sentí el peso de su mirada sobre mí, acusadora y llena de decepción. Sabía que había perdido su confianza, que mi engaño había creado una brecha insalvable entre nosotros.

Tragué saliva con verdadero esfuerzo.

—Adler, por favor —le supliqué, mirándole fijamente a los ojos—. Sabes que no podía contarte quién era en realidad, mi trabajo no me lo permite.

—¿Por qué estás aquí? —inquirió con un tono cortante, el mismo tono que usaría con un completo desconocido—. ¿Pa-ra investigar casos como los de mi hermana y sacarme información? ¿Por eso te acercaste a mí?

Me dolía que pensara eso de mí, que creyera que de verdad sería capaz de hacer algo así.

480

—Jamás usaría eso en tu contra.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —repitió, insistente.

—Tenía que encontrar pruebas que incriminaran a. . un paciente.

—Un paciente —repitió Lily con una risita burlona desde el otro extremo del pasillo, con la pistola todavía en alto—.

¿Por qué sigues ocultando cosas si ya has sido descubierta?

Inspiré aire en un intento inútil por aliviar la ansiedad de mi pecho, sabiendo que cada palabra que saliera de mi boca tendría consecuencias irreparables.

No podía decirle que estaba aquí por el asesino de su hermana. Si le decía eso después de haber visto cómo lo defen-día en la pelea que hubo entre ellos dos, ¿en qué lugar me pondría a mí? No podía arriesgarme a perderlo aún más.

Mis ojos se posaron en la chica rubia que había al final del pasillo con la rabia bullendo en mi interior.

—¿Por qué no te metes en tus asuntos, Lily?

—Porque no voy a permitir que mientas más —replicó con determinación.

—¿Acaso tú no has mentido? —contraataqué, alzando una ceja—. ¿Qué hay de la Lily que conocí hace unas semanas? La que se mostraba vulnerable y asustada en todo momento, la que odiaba socializar con las personas, la que temía siquiera coger un cuchillo de cocina, por no hablar de una pistola.

Los rasgos suaves y delicados que solían adornar su rostro estaban endurecidos, revelando una expresión de pura furia y desdén. Sus ojos azules, una vez cálidos y llenos de vi-da, ahora ardían con una intensidad gélida. Y sus labios, que solían curvarse en una sonrisa encantadora, tímida e inocente, se torcían en un gesto de desprecio, dejando al descubierto la punzante acumulación de ira que había estado oculta bajo su apariencia tranquila.

—Supongo que he dejado salir esa Lily que tanto te gustaba, ¿recuerdas?

—Entonces supongo que tú y yo no somos tan diferentes.

Después de todo, hemos estado ocultas bajo una faceta que no es la nuestra. Porque la Lily que estoy viendo ahora mismo, no es la misma chica que conocí en mi habitación. Eso te lo garantizo.

—Tú y yo no nos parecemos en nada —masculló entre dientes.

Por un segundo dejé que los recuerdos con ella invadie-ran mi mente, los momentos compartidos en los que la Lily tímida y vulnerable se había abierto a mí. Pero ahora, frente a mí, había una Lily diferente, una Lily furiosa. Y todavía no entendía del todo el por qué.

—¿Qué te he hecho para que estés así conmigo?

—Ya te lo he dicho, no me gusta la gente que miente ni. .

—No creo que sea solo por eso —la corté, entrecerrando los ojos—. Es como si. . me detestaras. Ese odio tan profundo que viene de ti solo puede deberse a haberlo estado conteniendo durante demasiado tiempo.

El rostro de Lily pareció vacilar, pero fue tan solo un instante antes de recuperar su compostura.

—¿Cuánto hace que me detestas, Lily? ¿Acaso todos los momentos que hemos estado juntas han sido una farsa?

—¡Aquí la única farsa has sido tú! —estalló, y la pistola tembló bajo sus manos de la rabia. Escondí aún más a Renata detrás de mí.

Adler, por su parte, se mantenía impasible, observando la escena con una expresión difícil de descifrar. Pero en sus ojos verdes, a pesar de que seguían reflejando desconfianza hacia mí, también había firmeza, como si estuviese preparado para intervenir si la situación se salía de control.

—¿Y eso en qué debería afectarte exactamente a ti? Ni siquiera eramos amigas.

Abrió la boca, como si fuera a replicar, pero luego la cerró de golpe. Por primera vez, se quedó sin palabras. En ese momento comprendí que estaba yendo por el camino correcto.

Entonces una posible idea surgió en mi mente, una teoría que amenazaba con salir a la luz y que comenzaba a formarse entre los fragmentos de recuerdos que había recopilado con ella hasta ahora.

—Tengo una pregunta. ¿Por qué ingresaste a este psiquiátrico?

—Eso no es asunto tuyo —respondió con brusquedad, pe-ro percibí una fisura en su fachada, una grieta que sugería que mis palabras habían dado en el blanco.

—¿Sabes? Es curioso que cada vez que fuese a algún lugar, tú estuvieses ahí. Cuando me colé en el almacén con Beth, apareciste poco después. Cuando decidimos colarnos al despacho de la directora para buscar el informe de Matthew, decidiste venir con nosotras a pesar de mostrarte siempre asustada y nerviosa. Cuando fuimos al bosque a asegurarnos de que las chicas estuviesen bien, casualmente llegaste justo cuando Nils y yo estábamos en peligro.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—No creo que todo esto sea una casualidad. Creo que me has estado vigilando durante todo este tiempo. Me pregunto por qué no quisiste seguirme también cuando Amelia y yo entramos en el desagüe, pero la respuesta viene sola. Fuiste tú la que avisaste a los guardias de seguridad, ¿verdad?

Lily me miró fijamente durante lo que pareció una eternidad. Su rostro se mostraba impasible, pero sus ojos brillaban con un deje nerviosismo que no podía ignorar.

—Está claro que ser investigadora privada es lo tuyo —dijo 483

finalmente con un tono despectivo.

—Siempre se me ha dado bien mi trabajo.

Adler me miró de reojo, recordando la conversación que tuvimos en el despacho de la directora cuando hablamos sobre nuestras vidas fuera del psiquiátrico. Sentí lástima por él, por haberle mentido en todo eso. Pero la chica que había conocido aquí dentro no era de mentira. Todo lo que había compartido con él era real. Lo nuestro, de algún modo, fue real.

—Imagino que esas balas son sedantes, pues también sabrás lo del laboratorio.

—¿Qué laboratorio? —intervino Adler. Seguía sin poder creerme que no se acordara de nada habiendo estado allí.

—Son balas normales —me contestó Lily, ladeando la cabeza—. ¿Quieres comprobarlo tú misma?

—No tendría ningún sentido que fuesen balas normales si han estado usando. . —comencé a decir, pero fui interrumpida por el estallido ensordecedor de una bala impactando a pocos metros de nosotros.

Un grito escapó de mis labios mientras el sonido reverbe-raba en el aire, haciendo que Renata soltara un sollozo agudo. La miré rápidamente para comprobar que estaba bien.

Temblaba de pies a cabeza como una hoja en el viento. Sus ojos, grandes y llenos de terror, buscaban refugio en mis piernas, mientras sus manos se aferraban con fuerza a mi pantalón.

Apreté los dientes con fuerza y alcé la cabeza lentamente hacia Lily, escrutándola con la mirada.

—Es solo una niña, maldita sea.

—Pues no haberla traído contigo.

La rabia se encendió en mi pecho ante su indiferencia.

484

—Al menos deja que Adler y ella se vayan.

—Nadie se irá a ninguna parte. No podéis.

—¿Por qué no? Sabes perfectamente lo que hace este lugar, lo que hacen con las personas. Si nos quedamos, segui-ran abusando de nuestros derechos y nuestra libertad.

—Solo están haciendo lo correcto —defendió.

Alcé las cejas.

—¿Lo correcto? —repetí, y mi voz tembló por la ira que bastante estaba conteniendo ya—. ¡Están torturando a personas, ocultándolas en el sótano sin poder ver la luz del sol y borrando sus recuerdos sin ningún tipo de consentimiento ni humanidad! ¿Por qué sigues defendiéndolos? ¡Podrían hacer lo mismo contigo!

No hubo ni un ápice de miedo en su rostro tras mis palabras, como si estuviera segura de que nada malo le sucedería. Era desconcertante, casi sobrenatural, y un escalofrío recorrió mi espalda mientras contemplaba su confianza imperturbable.

Entonces, en medio de la tensión que colmaba el aire, una revelación impactante cruzó mi mente. Tenía que haber una posible y extraña relación entre Lily y aquel lugar, una relación que antes me hubiese parecido inverosímil pero que cobraba sentido en aquel momento.

Y entonces lo supe. Lo supe con una certeza indiscutible.

—Tú. . tú estás conectada a ellos de alguna manera, ¿verdad? —Mi voz era apenas un murmullo, pero fue suficiente para que me

escuchara, y resonó con una veracidad que me estremeció hasta lo más profundo—. Por eso sabes que a ti no te va a suceder nada.

Un destello de miedo pasó fugazmente por sus ojos, como si la idea de ser descubierta la hubiera tomado por completo desprevenida. Quiso disimularlo, pero lo noté. Por supuesto 485

que lo noté.

Traté de recordar todos los momentos en que pudiese tener una conexión con el psiquiátrico, y entonces me vino a la mente esa vez en la que nos llevaron al despacho de la directora. No pasé por alto la manera en que la directora miró a Lily, cómo sus ojos se encontraron en un intercambio silencioso que duró apenas unos segundos pero que, en re-trospectiva, parecía cargar con un significado más íntimo.

Y no fue hasta ese momento que me di cuenta de la similitud en sus facciones. Sus labios, ligeramente más voluminosos que los de la directora, compartían una curva similar, aunque en Lily siempre había habido un rastro de inocencia que no encontraba en la expresión imperturbable de la directora.

Pero ahora parecía estar viendo a Madeline frente a mí.

Tenían el mismo tono rubio en sus cabellos, solo que la directora parecía habérselo teñido para lograr acercarse a un tono más cenizo. Incluso la forma de sus cejas era sorprendentemente parecida, arqueadas ligeramente hacia arriba en una expresión de determinación y autoridad. Lo único que parecían no compartir era el color de los ojos, pues la directora los tenía de un tono castaño oscuro.

—La directora. . ella es tu madre.

Un leve temblor recorrió su mandíbula, una señal inequí-voca de que estaba luchando por mantener el control de sus emociones. Pero no

dijo nada, y dejó que la verdad cayera por su propio peso.

—Ahora entiendo por qué defiendes las atrocidades que ocurren en este lugar, eres igual que ellos —escupí las palabras con rabia.

—Yo no pienso como ella —refutó, y un rayo de esperanza se asomó en medio de la oscuridad, como si aún hubiera una 486

oportunidad para que las cosas tomaran un rumbo distinto—.

Mi madre quiere manteneros entre las paredes de este psiquiátrico porque cree que las personas como tú se os puede controlar, que ellos os pueden controlar. Pero yo pienso que sois un peligro allí donde vayáis.

Espera, ¿qué?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, con las cejas fruncidas.

—Oh, vamos. Sé lo que le hiciste a Margot.

El aire se volvió espeso a mi alrededor.

—No sé de qué estás hablando

Lily esbozó una sonrisa que heló mi sangre.

—No te preocupes, puedo refrescarte la memoria.

—¿Qué le hiciste a Margot? —preguntó Adler.

—La mató —contestó Lily.

Ni siquiera pude mirar a Adler a los ojos.

Bajé la mirada y sentí cómo mis ojos ardían por las lágrimas que luchaban por salir, pero me resistía a dejarlas caer.

Mi corazón se retorcía con el dolor de una verdad que se negaba a aceptar. Era una realidad devastadora: yo había matado a Margot. Nolan trató de decírmelo, pero no le creí. Y aún sabiendo que era verdad, no podía asimilarlo por completo.

La culpabilidad invadía cada partícula de mi ser y pesaba co-mo una losa en el pecho.

"Ellos me. . me obligaron a hacerlo. Yo no. . no quería. ."

Esas fueron las últimas palabras de Margot, antes de que nos dejara. Y ahora cobraban sentido. La directora, la única que estaba al mando, tenía que haberla obligado a hacer todo lo que había estado haciendo conmigo. A provocarme, a irri-tarme, a sacar lo peor de mí. . Para que terminase sucediendo lo que sucedió. Y lo habían conseguido. Les había demostrado que, años más tarde, seguía siendo la misma chica que 487

mató a un guardia de seguridad de la misma manera.

—¿Realmente crees que puedes confiar en ella, Adler?

—Lily siguió hablando—. Después de todo lo que ha hecho, después de todas las vidas que ha arrebatado.

—¿Ha matado a más. . personas?

—Sí, a un hombre. Cuando tan solo tenía diez años. —Se estaba refiriendo al guardia de seguridad, al que vi en mis recuerdos—. Es una asesina, siempre lo ha sido. Y vivirá con e-so para el resto de su vida. Por eso no puedo permitirlo.

Antes de que pudiese comprender lo que estaba sucediendo, un fuerte empujón me sacudió con fuerza al tiempo en que escuchaba un sonido ensordecedor, haciendo que perdiera el equilibrio y cayera al suelo junto a Renata.

Un dolor agudo se disparó desde el muslo hasta el tobillo, recorriéndome como un latigazo que parecía retorcer mis músculos. Pero, aún así, eso no fue ni la mitad de doloroso cuando me giré para ver qué estaba pasando.

Adler estaba de pie, con la mirada perdida en el vacío, justo donde había estado yo apenas unos segundos. Un grito de horror se atascó en mi garganta cuando vi cómo comenzaba a extenderse lentamente una mancha en el pecho, tiñendo la sudadera gris que llevaba habitualmente de un rojo oscuro.

Adler se llevó la mano al pecho lentamente y sus facciones se llenaron de sorpresa cuando bajó la vista, observando sus manos manchadas de sangre.

El tiempo pareció ralentizarse a mi alrededor mientras la realidad se filtraba en mi mente, abrumándome con un horror paralizante. El sonido que había escuchado era el de un disparo, y la bala le había alcanzado a él.

Dios mío.

—¡Adler! —grité.

Cuando vi que se tambaleaba hacia atrás, me puse en pie 488

torpemente. Corrí hacia su lado justo cuando sus piernas cedieron, pero al doblarme en altura y peso no pude con él, y cuando cayó al suelo, yo caí con él.

Le sujeté la cabeza con mis manos temblorosas y la coloqué despacio en el frío suelo para impedir que se hiciese más daño. El terror me inundó sin poder apartar la mirada de la herida que amenazaba con arrebatarle la vida. La sangre brotaba implacablemente, dejando una mancha cada vez más grande y espesa.

Hice presión en la herida para detener la hemorragia, sintiendo el líquido caliente bajo mis manos.

—Vamos, aguanta. . —murmuré, tratando de infundirle fuerzas con mi voz temblorosa.

Lo único que escuchaba era mi pulso latiendo con fuerza en mis oídos. Las lágrimas nublaban mi visión, pero me obligué a mantener la concentración, a ignorar el miedo que amenazaba con bloquear cada músculo de mi cuerpo. Porque no podía dejarlo morir, no ahora que estaba a punto de conocer toda la verdad.

Merecía saber que yo llegué a conocer a su hermana, que estábamos más cerca de descubrir qué le pasó. Y pensar que se iría de este mundo sin saberlo, simplemente me destrozaba.

—¿Por qué lo has hecho? —inquirí con un nudo en la garganta, mientras las lágrimas empapaban mi rostro y la sangre mis manos.

Ese disparo tendría que haberlo recibido yo, y no él. A pesar de haber depositado toda su confianza en mí y descubrir que le había mentido, que había matado a Margot y a otro hombre con tan solo diez años. . a pesar de todo eso, quiso ponerse en mi lugar. Quiso protegerme.

Supongo que al menos él no había mentido sobre quién e-489

ra. Seguía siendo el mismo chico que conocí, dispuesto a sacrificarse por quienes le importaba sin dudarlo. Y ahora estaba pagando el precio por mi culpa.

Mientras intentaba contener las lágrimas, mi mente se llenaba de recuerdos compartidos con Adler, de todas las conversaciones que tuvimos, donde se abrió a mí sin dudarlo. Todas las veces en que se ofreció a seguirme aunque pensara que mis ideas eran de lo más absurdas. Todas las veces en que lo necesitaba y estuvo ahí. Ahora, todo eso parecía tan frágil, tan lejano, tan efímero. .

—Prométeme una cosa. —Las palabras le salían atascadas por la garganta, tratando de llevar aire inútilmente a sus pulmones. Pero por el lugar de la herida, supe que la bala le había perforado uno de ellos.

Aguardé silencio, mordiéndome el labio inferior para contener otro sollozo.

—Si es verdad que eres. . investigadora privada, descubre qué le pasó. . a mi hermana. —Un hilillo de sangre se escapaba de sus labios, amenazando con ahogarle—. Sé que ella. .

no se suicidó. Simplemente. . lo sé.

Mierda, cómo dolía eso. Incluso en sus últimos instantes de vida, seguía teniendo a su hermana en la cabeza. No podía ni imaginarme pensar que tendría que averiguarlo sin él, que para ese entonces, él ya no estaría a mi lado.

—No, —Negué con la cabeza—: no lo digas como si no fueras a sobrevivir. Estarás ahí. Tienes que estar ahí cuando. .

Me corté a mí misma al sentir que colocaba su mano fría encima de la mía. Levanté la vista para encontrarme con su mirada, sorprendida por la sonrisa que había aparecido en su rostro por primera vez en mucho tiempo. Tuve que parpadear para disipar las lágrimas y ver con claridad lo que veía. Estaba sonriendo. Por primera vez, me mostró una sonrisa. Era 490

débil, pero real.

—Haz justícia. Por. . favor —me suplicó, y pude apreciar u-na lágrima resbalar por su mejilla.

Le costaba un mundo entero poder respirar, y a mí de algún modo también. Sentía mi garganta más comprimida, más cerrada, como si quisiera asfixiarme.

—Los dos, Adler. La haremos los dos —aseguré mientras intentaba detener el flujo de sangre con mis manos temblorosas. Pero era inútil, salía a caudales.

—Prométemelo —me rogó, aferrándose a mis palabras con la poca fuerza que le quedaba. Sus ojos se encontraron con los míos y odié ver esa mirada, como si supiera con certeza que iba a morir.

No quería hacerle esa promesa, no quería enfrentar lo que venía sin él a mi lado. Pero tampoco quería que se fuera sin habérselo prometido antes. Era como si necesitara escucharlo de mis propios labios.

—Lo haré, te lo prometo —susurré con certeza.

Asintió despacio, satisfecho.

—Lo siento. . —balbuceé entre sollozos, apenas capaz de articular las palabras mientras mi voz se quebraba por la angustia y el remordimiento—. Lo siento tanto, Adler.

—No lo sientas. —Su mano se apretó sobre la mía—. Está bien, lo. . entiendo. Entiendo tus razones.

Eso era todo lo que necesitaba escuchar en ese momento, y supongo que él lo sabía.

Sus dedos se aflojaron en los míos. Alcé la vista hacia su rostro con el miedo impregnado en mis venas, y pude ver có-mo esos preciosos ojos verdes se apagaban lentamente, co-mo una vela que se apaga en la oscuridad. Su pecho dejó de subir y bajar, ya no respiraba.

—Adler. . —murmuré, sintiendo cómo el dolor me envolvía como una manta fría.

Pero no hubo respuesta, jamás la habría. Solo el silencio abrumador de la muerte. Cerré los ojos con fuerza, sintiendo cómo las lágrimas resbalaban por mis mejillas sin control.

Dejé salir sollozos entrecortados, permitiéndome llorar todo lo que mi cuerpo me pedía. Me incliné sobre su cuerpo inerte y le aparté un mechón de cabello rubio de su rostro pálido y frío, manchándolo de sangre.

Todavía en el suelo, mis ojos hinchados y vidriosos se posaron en Renata. Estaba observando el cuerpo inerte de Adler con una mueca de terror y tristeza a partes iguales. Pensé que ella no tendría que haber visto todo esto, que era una ni-ña demasiado pequeña para saber lo que era la muerte, y mucho menos presenciarla de cerca.

Entonces, giré la cabeza lentamente hacia Lily.

En algún momento había bajado la pistola, y ahora había arrepentimiento en sus ojos, como si no hubiese querido matarlo. No, por supuesto que no quería matarlo a él. Quería matarme a mí, y había apretado el gatillo sin pensarlo. Si Adler no me hubiese empujado, ahora mismo yo ya no estaría aquí para contarlo.

La tristeza comenzó a transformarse en una furia abrasa-dora, y mis pensamientos se nublaron con el deseo de hacerle pagar a Lily por lo que había hecho. Sentí esa familiar presión en la cabeza, justo detrás de los ojos. Mis manos temblorosas se cerraron en puños y mi mandíbula se tensó mientras luchaba por contener el torrente de poder que se agitaba dentro de mí.

Hinqué una rodilla en el suelo y me impulsé hacia arriba sin dejar de mirar a Lily, quedando en segundo plano el dolor de la herida en mi pierna. En realidad, todo quedó en segundo plano. Solo podía mantener mis ojos clavados en la chica 492

rubia que tenía frente a mí, y por un segundo fue casi como si estuviese viendo a una persona completamente desconocida para

mí.

Solo podía pensar en que ella era tan responsable como su madre. Había dejado que encerraran a pacientes en esas celdas, durmiendo en el suelo y torturándolos. Casi que podía ver los moratones en la piel de Nolan cuando lo vi por primera vez en esa habitación.

Se me formó un nudo en el estómago al recordar las miradas perdidas de aquellos que habían sido privados de su humanidad. Tal vez por eso muchos preferían optar por la muerte, y decidían quitarse la vida por su propia cuenta. Y

Lily había permitido que murieran cientos de personas. El peso de todas esas muertes estaba encima de sus hombros, aunque no quisiera admitirlo.

Incluso había estado de acuerdo en borrar los recuerdos de quienes habían sido sometidos a experimentos crueles e inhumanos, o simplemente habían visto algo que los de este psiquiátrico no querían que vieran. Como Beth y Adler. A ellos también les habían privado de su identidad, de su pasado. Cuando a veces eso es todo lo que le queda a una persona para que sea feliz: los recuerdos. Si tan solo le arrebatas eso, ¿qué le queda?

Pero lo que realmente me llenaba de una rabia que me hacía sentir como si mis tripas se retorcieran y tuviera ganas de vomitar era el hecho de que, de algún modo, Lily estaba al tanto de los experimentos con niños. Lo supe porque conocía mi pasado, sabía lo que había ocurrido con ese hombre y lo que era capaz de hacer. Con lo cual, sabía entonces lo que significaba someter a esos pequeños a descargas eléctricas para provocar y manipular habilidades que tal vez ni siquiera existen en ellos.

La idea de que ella, o alguien como ella, pudiera consentir 493

y participar en tales atrocidades, me resultaba inconcebible y repugnante.

—Lo siento, yo. . no quería matarlo —titubeó ella—. Tienes que creerme, Jules. No era. . no era mi intención.

Pero eso ya no solo era por Adler.

Ladeé la cabeza, dejando que mi poder se liberara con u-na intensidad que ni siquiera sabía que existía y que, por tanto, todavía no podía contener ni controlar del todo. Un aura oscura y pulsante comenzó a emanar de mí, envolviéndome en una nube de energía que vibraba con una intensidad casi palpable.

Noté que la presión en mi cabeza aumentaba, haciendo que mi corazón latiera bruscamente en mi pecho. Apreté los dientes con fuerza y tuve una sed de venganza que jamás había experimentado en toda mi vida.

Entonces, un hilillo de sangre brotó de la nariz de Lily. No supe explicar el placer que sentí cuando vi cómo la sorpresa invadía sus facciones al llevarse la mano a la nariz, dándose cuenta de lo que estaba haciendo.

Intentó articular palabras, pero otro hilillo de sangre escapó de sus labios, interrumpiendo cualquier intento de hablar. En ese momento, no vacilé ni un solo segundo. La determinación ardía en mi interior, y no había espacio para la duda.

Sus ojos estaban abiertos de par en par, horrorizados, mientras se llevaba las manos al cuello, como si no pudiese respirar. Ni siquiera me di cuenta del momento exacto en el que había soltado la pistola, pero ahora yacía en el suelo. Su cuerpo se tambaleó y cayó de rodillas. Estaba dispuesta a seguir, a no parar hasta ahogarla con su propia sangre y. .

Alguien tiró de mi camiseta. Aún aturdida por el zumbido de los oídos y la presión en la cabeza, pude ver a una niña a 494

mi lado. Sus grandes ojos castaños me miraron fijamente con esa inocencia propia de un ser humano tan pequeño.

Comprendí entonces que me había olvidado de ella. De Renata. Negó con la cabeza lentamente, como si suplicara que no lo hiciera, que no hubiesen más muertes.

No quería que presenciara más violencia, por eso paré.

Cuando sentí que recuperaba todos mis sentidos, vi a Lily recuperando el aliento con el rostro manchado de sangre.

Faltó poco para que la matara. Iba a hacerlo sin dudarlo.

Me dejé llevar por la gravedad y caí al suelo de rodillas, sintiendo cómo cada músculo de mi cuerpo protestaba por el esfuerzo sobrehumano que acababa de realizar. Mis piernas temblaban y mi cabeza daba vueltas, pero lo peor de to-do era el vacío en mi interior, un vacío que ninguna cantidad de poder o venganza podría llenar.

Renata se acercó a mí con paso vacilante y dejé que sus diminutos brazos me rodearan. Me permití ser vulnerable, al menos por un momento, y lloré. Lloré por Adler, por todos los que habían perdido la vida a causa de la crueldad y el e-goísmo de este lugar.

Y así, entre sollozos, me permití sentir todo el dolor, la rabia y el pesar que había estado reprimiendo durante tanto tiempo. Porque aunque no pudiera borrar el pasado, aunque no pudiera cambiar lo que había sucedido, al menos podía permitirme sentirlo. Y tal vez, solo tal vez, encontraría la fuerza para seguir adelante.



21

No miré atrás cuando me levanté del suelo, tampoco lo hice cuando agarré a Renata de la mano, ni cuando cogí la pistola del suelo, la misma causante de la muerte de Adler.

Todavía se escuchaban los jadeos de Lily, intentando recuperar el aliento que le había robado. Podría haber sentido lástima por ella, pero la verdad es que nunca un ruido me había resultado tan gratificante.

Me había traicionado, creí conocer lo poco que me mostró de ella durante todo este tiempo. Pero solo era otra chica ocultando su verdadera identidad. Tampoco es que pudiera culparla por eso, pues

yo hice exactamente lo mismo. Pero sin duda jamás compartiría las razones por las cuales lo hizo.

Renata caminaba a mi lado en silencio mientras nos dirigíamos hacia las escaleras, sus pequeños dedos entrelazados con los míos. Tenía que sacarla de aquí, devolverla con sus padres y asegurarme de que nunca más volviera a este sitio.

Sin embargo, apenas bajamos el primer escalón, escuchamos los pasos apresurados de alguien subiendo al último pi-496

so. Renata apretó mi mano con fuerza a la vez que un gélido temblor sacudía todo mi cuerpo. Fue tan repentino que no tuvimos tiempo de retroceder, ni la oportunidad de escondernos en alguna de las habitaciones.

Alcé la pistola sin titubear, preparada para utilizarla si la situación lo exigía. No quería más muertes, no quería más sangre derramada. Pero estaba más que dispuesta a apretar ese gatillo si alguien se interponía en nuestro camino.

No supe en qué momento había pasado de tenerle miedo a sentir un inmenso alivio al verlo, pero nunca imaginé que me alegraría tanto de verlo.

Venía con la respiración agitada, como si hubiese subido todos los pisos corriendo. Sus ojos oscuros se encontraron con los míos y un destello de confusión cruzó su rostro al observar mis manos. Pensé que era por el hecho de que lo estaba apuntando directamente con una pistola, pero entonces preguntó:

—¿La sangre es tuya?

Podía haberme preguntado muchas cosas teniendo en cuenta que tenía una pistola a la altura de su pecho y que su vida peligraba en ese instante, pero no cabía en mi cabeza la idea de que, lo primero que quisiera saber, fuera si la sangre era mía. No debería importarle

si estaba herida o no, pero si de verdad le importaba eso, significaba que. .

No, era un asesino. No podía sentir preocupación ni nada por nadie. Ni siquiera estaba segura de que tuviese ese órgano en el pecho llamado corazón.

Negué con la cabeza, sintiendo un nudo en la garganta mientras esos ojos verdes sin vida se proyectaban en mi mente. No podía permitirme desmoronarme ahora.

La respuesta pareció tranquilizar a Nolan, quien asintió lentamente, aunque la expresión de confusión persistía en su 497

rostro.

—¿Has sido tú? —pregunté entonces, sin mover un solo músculo de la mano que sostenía la pistola.

Se formó un pliegue en su frente.

—¿Qué?

—Saben quién soy, lo saben todo de mí.

Su mirada denotaba cierta indignación por la acusación.

—Ya veo —murmuró—. Y sospechas que he sido yo quien ha filtrado la información, ¿verdad?

—¿Quién iba a ser, sino? —espeté, cansada de que me in-fravalorara —. Nadie más de este psiquiátrico conocía mi verdadera identidad, excepto tú.

—¿No crees que, si de verdad quisiera hacerlo, ya lo hubiese hecho desde el principio?

En eso tenía razón. Además, el tono de su voz era firme y sincero, lo que hizo que bajara un poco la guardia.

Aunque hubiese una parte de mí que todavía desconfiara de él, podía ser mi única esperanza de salir de ese lugar. Así que lo mejor era que fingiera que todo iba bien, hasta que saliera de ese hospital y lo encerraran entre rejas para no verlo nunca más.

Tomé una respiración profunda, dejando que mi pistola bajara lentamente mientras me esforzaba por aplacar los latidos frenéticos de mi corazón.

—Tienes que ayudarnos a salir de aquí.

—No hace falta que me pidas eso, princesa.

¿Princesa?

Por un instante, me quedé embobada por cómo acababa de llamarme. Él pareció notar mi evidente nerviosismo, porque pude jurar que sus labios se curvaron un poco hacia arriba.

498

Tuve que sacudir la cabeza para centrarme en lo que sea que estuviésemos hablando.

—Pero antes tengo que encontrar a unos amigos. No pienso irme sin ellos.

No pareció gustarle mucho la idea, pero aún así respondió:

—Nada de lo que diga va a hacerte cambiar de opinión,

¿verdad?

—Veo que nos vamos entendiendo.

Nolan suspiró.

—¿Y dónde están esas personas a las que buscas?

—Son pacientes de este hospital, así que pueden estar por todas partes.

—Eso no ayuda, estamos perdiendo demasiado tiempo.

—Cuanto antes los encontremos, antes saldremos de aquí.

Así que andando.

Pasé por su lado con Renata y comencé a bajar escalones.

—Debería llamarte reina en vez de princesa. Tu carácter mandón hace honor a una verdadera monarca —comentó con un tono juguetón, provocando que mis mejillas se rubo-rizaran.

Menos mal que estaba detrás de mí y no podía ver mi reacción.

—No deberías llamarme de ninguna de las dos maneras

—maticé.

—Entonces, ¿cómo prefieres que te llame?

—Por mi nombre.

—¿Cuál de los dos? ¿Clarke o Jules? —preguntó, y sonaba como si estuviera sonriendo.

Puse los ojos en blanco.

** * **

—¿Ves esos guardias de ahí? —preguntó Nolan.

Asentí con la cabeza.

Estábamos asomados al pasillo que daba a la sala principal más cercana a recepción, observando la filera de guardias. Al menos una docena de ellos estaba escoltando la entrada principal. A estas alturas, la noticia de que habíamos escapado de nuestras habitaciones ya debía haberse extendido, pues estaban bloqueando nuestra única alternativa para salir.

—No tienen ninguna intención de moverse, ni la tendrán

—prosiguió—. Pero podemos con ellos. Lo que no podemos luchar es contra sus armas.

—¿Qué quieres decir? —inquirí, mirándolo con el ceño fruncido.

—Habrá que desarmarlos.

—¿Cómo?

—Usando sus armas a nuestro favor.

—¿Y cómo pretendes que hagamos eso?

—¿Quién ha dicho que tengamos que hacerlo nosotros?

—Nolan esbozó una sonrisilla que me desconcertó aún más.

Se adelantó un paso, separándose de la pared con una mirada determinada y una sonrisa enigmática que sugería un plan en marcha. Me dio la impresión de que sus ojos se oscurecieron todavía más cuando observó a los guardias fijamente desde una posición en la que no nos veían.

Sin embargo, tuve que desviar la mirada de él cuando mi atención cayó sobre las armas de todos los guardias. Vi con mis propios ojos

cómo comenzaban a vibrar en sus manos, como si una fuerza invisible tratara de desarmarlos. Me cos-500

tó comprender lo que estaba sucediendo hasta que me di cuenta de que Nolan era el que lo estaba provocando.

A más de diez metros de distancia, y sin tocarlos.

Ahora, al ver a Nolan mover objetos con la mente, me di cuenta de que aquellos años de experimentación no habían sido en vano. Todas esas sesiones a las que lo sometieron cuando tan solo era un crío parecieron tener sus frutos. Recordaba en mis sueños a esos hombres mencionar otros sujetos con los que había funcionado, en los que habían obteni-do resultados excelentes. Pero nunca los llegué a creer, no hasta que no lo viera con mis propios ojos.

Y ahí estaba.

Permanecí con la boca abierta durante tanto tiempo que la boca se me secó. Los guardias miraban confundidos a su alrededor, incapaces de entender lo que estaba ocurriendo.

Sus muñecas comenzaron a girarse en contra de su voluntad, desviando el arma hacia ellos mismos. En un instante, todas las armas quedaron apuntando directamente en las cabezas de sus propios compañeros.

Entre ellos distinguí a Mike, el chico delgado y joven con el que siempre iba con su compañero grandullón. El color había abandonado su rostro, dejándolo pálido y demacrado mientras su pecho subía y bajaba en rápidas respiraciones entrecortadas. Sus manos se aferraban con fuerza al arma que se movía por sí sola, como si pudiera detenerla con el simple poder de su voluntad. Pero su agarre tembloroso no era rival para la fuerza invisible que la controlaba.

Un fogonazo de pánico estalló en mi estómago al ver có-mo sus dedos se acercaban peligrosamente al gatillo, y la imagen de un Adler vulnerable volvió a mi mente. El sonido del disparo antes de la tragedia, el olor metálico impregnado en el aire, el líquido viscoso entre mis dedos, la sensación de impotencia al tratar de detener la hemorragia. .

501

No podía revivir esa situación, no podría soportarlo.

Si de verdad eran conscientes de lo que estaba ocurriendo en este psiquiátrico, de lo que hacían con los pacientes, no merecían vivir. Pero Mike no sabía nada de lo que ocurría dentro de esas paredes, y mucho menos lo que sucedía en esos sótanos. Lo supe porque siempre que había tratado de obtener respuestas, no podía darmelas. Y no porque no quisiera, sino porque simplemente no las tenía. Él era tan inocente como nosotros, y como él habría muchos más.

Las palabras emergieron solas de mi garganta:

—No lo hagas.

Nolan se giró hacia mí y su expresión se suavizó al contemplar la preocupación en mi rostro. No sabía a qué se debía el motivo, pero algo debía intuir.

Pensé que aún le quedaría algo de humanidad, que tal vez me equivocaba y no era el monstruo que creí imaginar, pero entonces desvió la mirada de nuevo hacia los guardias y un túmulo de disparos resonó por toda la instancia, creando un ruido ensordecedor.

Cerré los ojos con fuerza y cubrí los de Renata con mis manos por si ella no lo había hecho, intentando bloquear el caos a su alrededor y protegerla de la realidad aterradora que se desplegaba frente a ella.

No me atreví a abrir los ojos cuando el silencio impregnó de nuevo la instancia. No estaba lista para ver más muertes.

Se lo había suplicado. Le había pedido una sola cosa, y es que no lo hiciera. Pero no debí haber confiado en él. Debí haberlo imaginado.

Cuando finalmente reuní el coraje para abrirlos, tuve que parpadear varias veces para terminar comprendiendo que no los había matado. Estaban en el suelo, pero había hecho que las armas se desviaran segundos antes de apretar los gatillos 502

hacia distintas extremidades con tal de no provocarles la muerte. Algunas de las balas les habían alcanzado los brazos y las piernas, pero no habían ido a parar a ningún órgano vital.

Los dejó a todos heridos, tumbados en el suelo mientras trataban de cubrir sus propias heridas y evitar que la sangre se extendiera. Sin embargo, había dejado a alguien ileso.

Y ese alguien era Marlon.

Era el único que permanecía todavía de pie, con el arma entre sus manos. Sus ojos reflejaban una profunda confusión mientras observaba a sus compañeros heridos. Su expresión era un torbellino de emociones encontradas: shock, incredulidad, quizás incluso un atisbo de alivio al verse ileso mientras sus compañeros yacían heridos a su alrededor.

Nolan salió de nuestro pasillo y Marlon alzó la mirada mientras veía cómo se acercaba hacia donde se encontraba él. Con un gesto firme, el guardia levantó el arma y le ordenó que se detuviera en varias ocasiones, pero Nolan no tenía ninguna intención de obedecerle. Seguía avanzando con pasos deliberados y seguros.

Hizo un ligero movimiento con la cabeza y el arma de Marlon salió volando por los aires. Un destello de pánico cruzó sus ojos mientras retrocedía un paso instintivamente, sintiéndose repentinamente

desprotegido sin su arma. Nolan cogió una de las armas que estaban tendidas en el suelo y siguió avanzando hacia Marlon.

Entonces se detuvo cuando apenas los separaban tres metros de distancia. Desde esa posición, no podía ver el rostro de Nolan, pero podía percibir la tensión en su espalda, la rigidez de sus hombros. Lo que sí que podía ver era la cara de miedo y desconcierto de Marlon, sin saber del todo lo que pretendía hacer con ese arma, por qué lo había dejado ileso solo a él y minutos después se estaba acercando con un ar-503

ma. Yo me preguntaba exactamente lo mismo.

Nolan levantó la pistola, apuntando directamente hacia u-na parte en concreto de sus pantalones: los genitales. Antes de que pudiera reaccionar, el sonido ensordecedor del disparo cortó el aire, seguido por el desgarrador grito de agonía de Marlon.

La bilis subió por mi garganta al presenciar cómo un cho-rro de sangre salpicaba el aire, manchando los pantalones de Marlon mientras se retorcía en el suelo, agarrándose desesperadamente sus partes íntimas con ambas manos.

Impulsé a Renata hacia atrás para que no lo viera, pero e-ra demasiado tarde. La situación ya se había desarrollado frente a nosotras, y fue tan repentino que ni siquiera lo había visto venir.

Una desconcierta sensación se apoderó de mi pecho. No era pena, ni miedo. No, era rabia lo que sentía. Muchísima rabia acumulada en mi interior. Eso fue lo que me impulsó a permanecer en mi sitio, a no ir a socorrerle.

Recordé esa vez que lo pillé en las duchas del psiquiátrico, observándome fijamente y esperando a que me quitara la toalla para verme desnuda. Pensé también en todas esas veces en que lo hizo con otras mujeres. Eso significaba que Nolan estaba al tanto de lo que ese hombre había hecho. Me preguntaba si sabría lo que había

ocurrido en las duchas, la primera noche que había pasado en este hospital.

—Jules. —Parpadeé y levanté la vista hacia él. No debí darme cuenta de que había regresado hacia nosotras, porque ahora estaba plantado frente a mí. Sus ojos oscuros se habían suavizado, pero seguía con los hombros tensos. —¿Estás bien?

Lo normal sería que no. Maldita sea, acababa de disparar a los genitales de un hombre frente a mí. Pero sentía un ex-504

traño alivio inundar mi ser. Así que todo lo que pude hacer fue asentir.

—La entrada ya está despejada.

—Pero, mis amigos. .

—Lo sé —me cortó—. Y regresaremos en cuanto podamos, pero ahora hay que salir de aquí. Y esta vez hablo en serio, Jules. Como perdamos un minuto más, se nos escapará la oportunidad de salir.

Miré hacia atrás, dubitativa, con el inmenso dolor de no querer abandonarlos. Pero Nolan estaba en lo cierto, aunque no quisiera.

Lo seguí hacia la salida, y vi cómo cogía otra arma más. La palma de mi mano ya estaba impregnada de sudor al no haber soltado en ningún momento a Renata.

Me preocupaba que no dijera nada y se mantuviera en silencio en todo momento. Lo habitual hubiese sido que llorara o gritara de terror. Una reacción que tendría cualquier ni-ño de su edad al ver. . en fin, todo lo que había ocurrido frente a ella. Pero su reacción era bastante inusual.

El aire fresco del exterior golpeó mi rostro mientras salía-mos del edificio. Nolan me ofreció una de las armas que había cogido, pero

se la rechacé.

—Jules. .

—No pienso usarla —lo corté.

—Y no tienes por qué hacerlo, es solo por si la situación se complica.

Solté un suspiro antes de soltar la mano de Renata y coger la pistola.

—Tengo frío —se quejó la niña, abrazándose a sí misma.

Hice además de quitarme la sudadera que llevaba puesta.

Era bastante fina, pero al menos serviría de algo.

505

—Ni se te ocurra —dictaminó Nolan—. Estamos a menos de cinco grados.

Con un gesto decidido, Nolan se quitó la sudadera que tenía puesta, quedándose tan solo con una camiseta negra de manga corta. Observé en silencio cómo se agachaba para pasar la sudadera por la cabeza de la niña con una suavidad sorprendente. Luego la ayudó a colocarle las mangas. Le iba tan grande que parecía un vestido, y las mangas ocultaban sus manos por completo.

Cuando se levantó de nuevo, se acomodó el cabello, que le había quedado algo revuelto tras quitarse la sudadera. Seguí ese movimiento con atención hasta que me di cuenta de que había permanecido demasiado tiempo mirándolo fascinada.

Me aclaré la garganta.

—¿Y cuál es el plan ahora?

—Encontrar un vehículo que esté cerca del psiquiátrico.

Con suerte habrá alguno estacionado que utilice el personal de seguridad.

—¿Y no es mejor ir a la carretera más próxima y buscar a alguien que nos lleve a una comisaría?

—Sabes perfectamente que yo no iré a una comisaría.

Rodé los ojos.

—Oh, por supuesto. Porque no quieres ir a prisión, ¿verdad? Si tan inocente eres, no debería preocuparte acudir a la policía.

—Te dije que la policía solo complicaría las cosas.

—Para ti —remarqué.

—Para ambos —corrigió.

—Yo no he matado a personas.

—¿Estás segura? —Alzó una ceja.

506

Apreté los dientes con fuerza, sintiendo cómo la ira ardía dentro de mí.

Por supuesto que había matado a alguien, pero lo que ocurrió hace años no me hacía igual o más culpable que él.

Nolan había matado a tantas chicas que ni siquiera llevaba la cuenta, por no hablar de que lo hizo de una manera extremadamente cruel.

—No tienen pruebas de eso.

—Pero las tendrán —respondió—. Si vas a comisaría y des-mantelas todos los secretos de este psiquiátrico, acabarán descubriendo lo que hacían con nosotros. Y eso incluirá todo lo que has hecho tú.

—Ya sé lo que pretendes, y no lo vas a conseguir.

Ladeó la cabeza. Sus ojos brillaron con una chispa de curiosidad.

—¿Y qué es lo que crees que quiero conseguir?

—Hundirme contigo.

Una risa ronca escapó de su garganta.

—No me puedo creer que de verdad pienses eso después de todo.

—¡No es lo que pienso, es la verdad! —estallé, perdiendo los nervios —. ¡No me puedes negar que tenías todo esto planeado desde el principio! ¡Sabías que íbamos a salir, y que después de eso no iría a la policía porque según tú yo también soy una asesina!

—Yo no he dicho eso.

—¡Pero lo has insinuado!

—Solo quería que supieras la verdad.

—¿Y después de eso qué? ¿Crees que nos escaparíamos agarrados de la manita y que tendríamos un final feliz?

Nolan se quedó completamente quieto, sus puños se a-507

pretaron con fuerza y su mandíbula se tensó con una furia creciente. Probablemente eso era justamente lo que esperaba que ocurriera.

—Tal vez en un pasado nos conociéramos, pero ya no somos los mismos de antes. Yo me crié en un orfanato y acabé viviendo con un hombre encantador que me adoptó y al que no tenía ningún

problema en llamarlo padre. Y tú, en cambio. . —Negué con la cabeza, sin saber qué decir—. No sé qué te llevó a hacer todo lo que hiciste, pero te acabaste convirtiendo en un monstruo. Así que en cuanto salgamos de aquí, si es que lo logramos, te aseguro que no voy a querer tener nada que ver contigo.

El rostro de Nolan seguía endurecido, con la mandíbula tensa y las líneas de sus expresiones marcadas. Pero los ojos nunca mienten, y fueron los que delataron cuánto le habían dolido esas palabras.

—Así que, sigues creyendo que yo soy el asesino —murmuró con un deje de decepción.

—He visto con mis propios ojos todos los documentos donde se ven los cadáveres de esas pobres chicas a las que asesinaste, y todos ellos están repletos de tu ADN, Nolan. En las puntas de sus uñas, en sus cabellos arrancados, incluso en los fragmentos de piel bajo sus dedos. Hay fotografías que te muestran en la escena del crimen en el momento exacto en que ocurrió, y testimonios de testigos que te señalan co-mo el culpable.

—¿Y no has pensado en que puede que todas esas pruebas hayan sido manipuladas?

Suspiré.

—Nolan, el problema aquí es que no me estás dando nada con lo que trabajar. Mi trabajo se basa en hechos, no en palabras. Y menos si vienen de la persona a la que han incrimina-508

do. —Hice una pausa antes de seguir—. Mira, cuando te envíen de nuevo al juzgado, prometo que voy a otorgarte el beneficio de la duda. Revisaré cada detalle una vez más y tendré en cuenta todo lo que me estás diciendo. Pero, por ahora, con lo que tengo delante de mí, no puedo hacer nada más. No puedo ignorar las pruebas que apuntan directamente hacia ti. Mi deber es conocer la verdad, y

hasta que no vea algo que cambie esta perspectiva, tengo que seguir lo que dictan los hechos.

Nolan se quedó muy callado, pues sabía que tenía razón.

—Si tienes algo, cualquier cosa que pueda ayudar a demostrar tu inocencia, ahora es el momento de decirlo. Porque hasta que no vea una razón concreta para creer que to-do esto es un montaje, no puedo hacer más por ti.

Él entreabrió los labios para responder, pero fue interrumpido bruscamente por el chirrido de neumáticos y el estruendo de motores.

Nuestras miradas se cruzaron antes de que una sucesión de furgones rodeara la fuente. Los vehículos eran todos negros, con los cristales tintados, impidiendo ver su interior.

Me resultaron familiares, como si no fuera la primera vez que los había visto, pero en ese momento estaba tan tensa que no pude pensar con claridad.

Las puertas de los vehículos se abrieron y por lo menos una docena de guardias bajó de cada uno de los furgones.

Aunque Nolan y yo estuviéramos armados, nos superaban en número. Eran demasiados, y no pudimos hacer nada cuando nos acorralaron.

Nuestro primer instinto fue entrar de nuevo hacia el psiquiátrico, pero justo cuando nos giramos, emergió por la puerta esa figura imponente. La directora Madeline Gerlach.

Vestida con un traje impecable de chaqueta y falda a jue-509

go, nos ofreció una sonrisa de todo menos amistosa y sincera.

—Cuando pienso que no me podéis decepcionar más, lo hacéis de nuevo.

Un escalofrío recorrió mi espalda mientras mi mente corría a mil por hora, buscando una posible vía de escape. Si Nolan tenía miedo, no lo parecía. Pues se mostraba tan seguro como siempre.

—Si no deja que nos vayamos ahora, terminaremos buscando la forma de hacerlo —aseguró él.

—Tendremos que reforzar la seguridad, entonces —contestó, sin sentirse ni un poco amenazada.

Renata se agarró a mi pierna y se escondió detrás de ella.

—¿Y crees que eso le bastará para detenernos? ¿Un puñado más de guardias? —Nolan ladeó la cabeza, desafiándola—.

¿No ha visto de lo que somos capaces de hacer con ellos?

Por supuesto que lo había visto. Tenía justo detrás a más de diez guardias en el suelo desangrándose. Incluso desde a-hí se podían escuchar aún algunos lamentos, y todo apuntaba a que los más fuertes eran los de Marlon.

La directora no respondió de inmediato, pero pude distinguir un destello de rabia en esos ojos fríos y calculadores.

Un silencio incómodo se extendió entre nosotros, cargado de expectación.

—Y, aún así, todavía creéis que merecéis estar libres.

—Negó con la cabeza, mostrando desencanto.

—No nos quedaremos aquí encerrados, esperando a que decidáis nuestro destino por nosotros.

La voz de Nolan denotaba una firmeza inquebrantable. No sabía cómo lo hacía para mantenerse tan firme, teniendo en cuenta que estábamos rodeados por guardias armados que tan solo les faltaba mover un poco el dedo para quitarnos la 510

vida, o tal vez sedarnos y mandarnos de nuevo a ese lugar.

No sé qué era peor.

Madeline pareció reconsiderar las palabras que iba a decir después.

—Podríais cooperar con nosotros. Podríamos encontrar una solución que beneficiara a todos, una manera de garantizar vuestra seguridad y la de los demás sin necesidad de manteneros encerrados.

Eso llamó mi atención. Fruncí el ceño, intrigada por la propuesta.

—¿Y qué sugiere? —pregunté.

Noté la mirada incrédula que me dirigió Nolan a mi lado.

—Podríais trabajar para un grupo de personas.

—¿Un grupo de personas? —repetí, frunciendo el ceño.

—Sí, un grupo de personas que necesita vuestra ayuda

—respondió con una mirada penetrante que indicaba que tenía algo específico en mente.

—¿Y qué clase de personas nos necesitaría?

—El ejército.

Parpadeé, sorprendida.

—Trabajaríais para una unidad especializada del ejército, una fuerza de élite que se encarga de misiones delicadas y de alto riesgo —

añadió.

La idea me dejó perpleja. Eso era algo que nunca había considerado, pero tenía sentido. Las personas con habilidades como las nuestras podrían ser de gran utilidad en situaciones donde se necesitara control mental o manipulación de objetos a distancia.

—¿Y qué tipo de misiones realizaríamos?

La directora Gerlach sonrió con satisfacción.

—Eso es algo que podríamos discutir más adelante. Por a-511

hora, lo importante es que estáis considerando la posibilidad de trabajar con nosotros.

—Yo no estoy considerando nada —sostuvo Nolan, y me miró antes de añadir—, y Jules tampoco.

Nadie deseaba más que yo volver a la normalidad, seguir con mi vida cotidiana. Pero después de recordar mi pasado, algo en mí había cambiado. La idea de regresar a casa y pretender ser la misma de antes, como si nada hubiera pasado, ya no era una opción viable. Tenía habilidades especiales, aunque aún no pudiera aceptarlo del todo. Y por primera vez pensé que podría usar esas habilidades para algo bueno, en lugar de matar.

Madeline debió ver algo en mi expresión que revelaba que me estaba pensando su propuesta, porque sus ojos se posaron en mí.

—Jules, entiendo que esto pueda ser abrumador para ti

—comenzó, su tono suave pero persuasivo—. Pero debes entender que tus habilidades tienen el potencial de marcar la diferencia en el mundo. Trabajar para esta unidad del ejército te brindaría la oportunidad de utilizar tus dones de una manera que nunca antes

habías considerado. Juntas, podríamos lograr mucho más de lo que podrías imaginar.

—Y una mierda —masculló Nolan—. Lo único que queréis es usarnos como armas.

La directora Gerlach mantuvo la compostura, pero pude ver una chispa de irritación en sus ojos ante la franca oposi-ción de Nolan.

—Estoy tratando de encontrar una solución que beneficie a todos.

—¿Y en qué nos beneficiaría a nosotros exactamente esa solución? —preguntó con un tono burlón en su voz.

La directora Gerlach sostuvo la mirada de Nolan con se-512

riedad antes de responder:

—Tendríais la oportunidad de utilizar vuestras habilidades de una manera controlada y dirigida hacia un propósito más grande. La sociedad ya no os vería como asesinos, sino como héroes, dispuestos a arriesgar todo por el bienestar de los demás. —Sus ojos marrones se encontraron con los míos—.

Jules, tú entraste con la finalidad de hacer justicia, ¿no es a-sí? Eres investigadora privada, es tu pasión ayudar a los demás. Pero, ¿qué pasará cuando cruces esas puertas? ¿Qué les dirás a los demás, si eres tan culpable como Nolan?

Apreté los dientes con fuerza y mi respiración se aceleró.

—Los dos sois iguales, lo quieras o no —agregó.

La voz de la directora resonó en mi mente, planteando cuestiones que había estado evitando enfrentar. ¿Era realmente diferente de Nolan? Ambos teníamos habilidades especiales, ambos habíamos usado esas habilidades para matar, para ejercer violencia. La idea de

ser considerada tan culpable como él me llenaba de una sensación abrumadora de culpa que empezaba a consumirme por completo.

—No. . —murmuré, luchando por encontrar las palabras adecuadas.

Nolan me miró con preocupación, leyendo la lucha interna que estaba teniendo.

—Jules, no la escuches. Tú eres diferente, no eres como yo —dijo con convicción.

—Eso no es lo que has dicho antes —refuté.

—Nunca he dicho que fueras una asesina. Ellos te obligaron a hacer lo que hiciste.

—Eso no es verdad —intervino la directora—. Nosotros no. .

—¡Cállese! —gritó Nolan entre dientes, y le dirigió una mirada tan fría que ni la propia directora se atrevió a darle la 513

contraria. Luego se volvió hacia mí y empleó un tono mucho más suave conmigo—. Eras una niña asustada y confundida que solo quería sentirse querida por alguien, ver de nuevo todo lo que pintabas en esos dibujos, escuchar una vez más tu canción favorita y poder recordar todo lo que te habían arrebatado.

Mis ojos ardieron por las lágrimas que amenazaban con emerger. Por un momento, el peso de la realidad se instaló en mi pecho.

—Tú tienes el poder de decidir quién eres. No dejes que esta mujer te defina por tus acciones pasadas.

Unos aplausos resonaron por el lugar. La directora estaba aplaudiendo con una sonrisa enigmática, como si estuviera disfrutando de mi angustia.

—Ese discurso es muy conmovedor, Nolan. Pero no es la realidad. —Dio un paso al frente, y los tacones resonaron ba-jo la gravilla—. La realidad es que vosotros no fuisteis seleccionados al azar. Los niños a los que sometimos a esas pruebas eran niños problemáticos, con rasgos de violencia inna-tos y problemas de autocontrol. Fueron elegidos por sus pre-disposiciones a la agresión y a la manipulación. Y ni mucho menos vosotros sois la excepción.

—Yo no soy lo que usted insinúa —negué con rotundidad.

—¿De veras? ¿Nunca le has deseado la muerte a nadie?

¿Nunca has sentido tanto odio que has fantaseado con la sangre y la venganza? —Por supuesto que lo había sentido, pero no iba a reconocerlo delante de ella—. He visto la rabia en tus ojos cuando tratabas de contenerla, pero no pudiste con Margot, ¿verdad?

El aire dejó de llegar a mis pulmones.

La mención de un nombre que había intentado enterrar en lo más profundo de mi ser, hizo que un nudo se instalara 514

en mi estómago. Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies, arrastrándome hacia un abismo de dolor y culpa.

—Yo no quería matarla —balbuceé.

—No la escuches, Jules —insistió Nolan.

—Sí que querías —continuó la directora—. No había otra cosa que desearas más en el mundo que verla muerta.

—¡No es cierto! —grité, y las lágrimas dificultaron mi visión.

Pero ella siguió:

—Si no hubieses deseado su muerte, ahora mismo seguiría viva.

La tristeza se transformó en una ira incontrolada.

—¿Sabes que tenía un hermano pequeño? Tenía la misma edad que la niña que está detrás de ti. No fue muy agradable tener que darle la noticia, pero terminó descubriendo por qué su hermana ya no le llamaba cada semana para saber có-mo estaba. —Se encogió de hombros con fingida lástima—.

Deberías haber visto su cara cuando se enteró, estaba destrozado. No pude decirle la verdad de lo que le sucedió a su hermana, claro. Le dije que fue un accidente y. .

Un zumbido atronador llenó mis oídos, ahogando las palabras de la directora en un mar de ruido ensordecedor. Era como si cada fibra de mi ser resonara con la furia contenida, una energía que bullía en mi interior, ansiosa por liberarse.

Mi visión se nubló, las lágrimas de rabia y frustración empa-ñando mis ojos y distorsionando la imagen de la directora frente a mí.

Mis manos temblaban con violencia mientras apretaba los dientes con una fuerza descomunal. Podía sentir cómo las uñas se clavaban en las palmas de mis manos, una punzada dolorosa que apenas notaba en medio del torrente de emociones que me consumía. En ese momento, nada más impor-515

taba que la ira que se acumulaba en mi pecho, una ira latente y poderosa que amenazaba con desbordarse en cualquier momento.

Estaba muy furiosa.

En medio del caos emocional que estaba sintiendo, percibí una ligera vibración bajo mis pies. Pensé que era fruto de mi mente, que apenas podía pensar con claridad en ese momento, pero entonces la directora desvió la mirada hacia el suelo al notar lo mismo.

—Nolan, te aseguro que si intentas algo. .

—Yo no estoy haciendo nada —le interrumpió él.

Su expresión de superioridad se desvaneció gradualmente, reemplazada por una mezcla de confusión y temor. Sus ojos se ampliaron mientras miraba a su alrededor, tratando de entender lo que estaba sucediendo.

Entonces sus ojos se posaron en los míos y me miró de la misma manera en que lo hizo ese hombre de cabello blanco cuando descubrió lo mucho que me había estado infravalo-rando.

Sus labios se entreabrieron ligeramente, pero ninguna palabra salió de su boca.

Un estallido muy fuerte sorprendió a todos.

Los cristales de todas las ventanas del psiquiátrico se rompieron en mil pedazos. Fragmentos afilados de vidrio salieron disparados en todas direcciones. Algunos trataron de refugiarse en algún lugar, pero otros no tuvieron tanta suerte y les rasgaron la ropa, alcanzando la piel y dejando cortes profundos.

Después, reinó un silencio sepulcral.

Todos los guardias se miraron entre sí, desconcertados por lo que acababa de ocurrir. Pero la directora sabía perfectamente lo que había sucedido, pues sus ojos seguían fijos en 516

los míos. Se sacó un pequeño cristal que se le había clavado en el hombro con una mueca dolorosa y lo lanzó al suelo.

—Dejadlos con vida, pero a ella matadla.

Tras la orden de la directora, todas las armas apuntaron directamente hacia mí.

—¡No! —exclamó Nolan, con un ligero quiebre en la voz.

Antes de que pudiera asimilar lo que estaba sucediendo, abrieron fuego.

Bajé lentamente la mirada hacia mi cuerpo, esperando ver lo mismo que vi cuando a Adler le alcanzó esa bala en el estómago. Sin embargo, lo que sentí fue un alivio repentino al darme cuenta de que no había ninguna herida.

Aturdida, levanté la vista hacia los guardias. No supe lo que estaba pasando hasta que reparé en que ninguno de ellos había disparado.

Más disparos se escucharon. Entonces la atención de todos recayó en el interior del hospital, de donde provenían.

Los guardias, alertados por el ruido, giraron hacia la entrada principal. La directora, a unos pocos metros de la puerta, volteó hacia esa dirección con evidente confusión en su rostro.

Cuando los disparos cesaron, un pesado silencio se abatió sobre el lugar. Supongo que todos nos preguntábamos lo mismo. Si todos los guardias estaban reunidos fuera, ¿quién podría. .?

—¡Soltad las armas, ahora mismo!

Mi corazón dio un vuelco al reconocer al dueño de esa voz.

Landon.

Fue el primero en aparecer por la puerta, liderando el grupo de agentes que iba seguido de él. Iban todos armados, 517

con sus uniformes y las pistolas en alto. Desvié la mirada al escuchar los motores de varios vehículos acercarse, anun-ciando la llegada de más refuerzos.

Más de seis coches patrulla se instalaron en los terrenos del psiquiátrico. Se posicionaron estratégicamente alrededor del

hospital, rodeando los furgones. Más figuras emergieron de las puertas del psiquiátrico, protegidas por varios policías.

Entre ellas distinguí a Lexi, Nils y Amelia. Esta última me dirigió una sonrisa cálida desde la distancia que nos separaba.

Lo había logrado, había conseguido encontrar a Landon y pedir ayuda. Le devolví la sonrisa.

Landon se aproximó a la directora con precaución, apun-tándola con su arma. Ella alzó las manos en señal de rendición.

—Madeline Gerlach, queda usted bajo arresto por cargos de conspiración, operaciones ilegales con fines de lucro, tortura sistemática a varios pacientes y violación flagrante de los derechos humanos —declaró él con voz firme, su mirada clavada en la mujer.

—Se está equivocando. Yo no soy el peligro, es ella.

Me señaló con la cabeza. Los ojos castaños de Landon se desviaron hacia mi dirección, y su expresión cambió de repente. Pero entonces me di cuenta de que no me estaba mirando a mí, sino a la niña que tenía detrás.

A Renata.

El shock cruzó su rostro, y pude ver cómo la confusión más absoluta se apoderaba de él. Su mano instintivamente bajó el arma, como si su mente estuviera luchando por comprender lo que veía.

Sus ojos se ampliaron con incredulidad antes de emitir las siguientes palabras:

—¿Anne?



22

Mi mente daba vueltas mientras procesaba cómo Landon se había dirigido a la niña que tenía detrás. Esa no podía ser Anne, no podía ser su hermana, la niña que desapareció hace más de cuatro años.

Pensé en la posibilidad de que se estuviera confundiendo.

No sería la primera vez. Sucedió un día soleado de julio, cuando pasamos por un parque repleto de niños pequeños que iban con sus padres. Landon se quedó paralizado al ver a una niña de espaldas muy parecida a su hermana. Sin pensarlo dos veces, corrió hacia ella y no pude hacer nada para impedírselo.

Sin embargo, cuando llegó a su lado y la tomó del brazo para girarla, la niña se asustó y comenzó a llorar, alejándose de él en busca de refugio en los brazos de su madre. Durante las próximas semanas, Landon no habló con nadie. Nunca llegó a hablar de lo sucedido.

Temía que esta situación terminara de manera similar, con una ilusión destrozada y el corazón de mi amigo roto u-519

na vez más. Pero algo en la mirada esperanzadora de Landon me decía que esta vez era diferente, que estaba plenamente convencido de que era ella.

Mis ojos se clavaron en Renata, porque así es como dijo que se llamaba. Pero, ¿y si ese no era su verdadero nombre?

¿Y si no era la hija de un trabajador de este psiquiátrico? Todavía recordaba cómo me suplicó que no la dejara sola con la directora cuando la llevamos a su despacho, pensando que estaba haciendo lo correcto. Parecía aterrada ante la idea de volver con esa mujer, y me pregunté qué motivos tendría pa-ra estarlo.

Mis ojos, aún llenos de escepticismo, se desplazaron lentamente de Renata a Landon, buscando cualquier similitud entre ellos. Al principio, solo vi dos rostros separados por la distancia, pero poco a poco, como si las piezas de un rompecabezas se estuvieran ensamblando frente a mis ojos, comencé a notar los rasgos que compartían.

El color de sus ojos, el mismo tono de cabello, la forma del arco de cupido en sus labios, incluso la manera en que fruncían el ceño cuando estaban confundidos. Eran sutiles, pero innegables. Y habían estado siempre ahí, solo que esta vez las vi con claridad.

Un estremecimiento helado serpenteó por mi columna mientras mi corazón martilleaba con violencia en mi pecho.

¿Cómo era posible que nunca hubiera sospechado nada antes? Recordé que Landon mencionó que tenía cinco años cuando desapareció. Esa niña no debía tener más de diez años, pero tampoco menos de cinco. Si realmente era Anne,

¿dónde había estado todos estos años? ¿Qué había pasado para que esta verdad permaneciera oculta tanto tiempo?

Landon seguía observando a la niña petrificado, como si su cuerpo no reaccionara, por lo que Madeline logró alejarse antes de que el caos pudiera desatarse por completo.

520

Los guardias abrieron fuego hacia los policías. Solté una exclamación ahogada al ver que mi amigo era directamente el objetivo a abatir. Sin embargo, Landon finalmente despertó de su trance. Retrocedió unos pasos para lograr ocultarse en el interior del hospital junto a sus compañeros, quienes contraatacaron disparando a través de las ventanas, ahora sin cristales. Lexi, Nils y Amelia hicieron lo mismo, ingresando de nuevo al edificio.

Nolan me tomó del brazo y me condujo hasta la fuente de piedra, brindándonos un poco de protección en medio del embrollo de disparos y gritos. Una bala impactó en una de las estatuas de ángel, desmoronándose en fragmentos. Los pedazos de piedra salieron disparados en todas direcciones, haciendo que los tres nos cubriéramos la cabeza con las manos.

La niña emitió un agudo chillido al ver cómo un trozo de piedra pasaba zumbando cerca de ella, apenas esquivándola por muy poco antes de caer al suelo con un golpe sordo. Pu-de volver a respirar cuando comprendí que tan solo había si-do un susto, pues ninguna piedra la había alcanzado.

Podíamos escuchar por encima del tumulto la voz de Landon dando órdenes a los demás policías. Nuestro refugio era lo mejor que

teníamos en medio del caos que se desataba a nuestro alrededor, pero no podíamos permanecer mucho ra-to ahí.

—¿Cómo vamos a salir de aquí? —le pregunté a Nolan, con un deje de desesperación en mi voz.

Nolan frunció el ceño, escudriñando el entorno en busca de alguna posible ruta de escape. Sus ojos se detuvieron en uno de los furgones que quedaban más cerca de donde estábamos.

—No podremos hacerlo a pie.

521

Asentí, comprendiendo lo que pretendía que hiciésemos.

El furgón estaba a varios metros de distancia, pero tampoco teníamos muchas más opciones.

Me giré hacia la niña, que no paraba de observar su entorno como si no supiera a dónde meterse.

—Vamos a tener que movernos, ¿de acuerdo? —le hice saber, tratando de transmitir tranquilidad ante todo.

Tragó saliva con fuerza, como si no le gustara demasiado la idea.

—Cuando os lo indique, corred —nos instó Nolan.

Asentimos en silencio. Ahora mismo no importaba que fuera un asesino, ni todas las muertes que había ocasionado.

Sentía la necesidad de seguir sus instrucciones al pie de la letra. Al menos para poder sobrevivir.

No sabía por qué la directora había cambiado tan repentinamente de opinión, pero no dudó ni un segundo en ordenar que me mataran. Estaba claro que no le importaba que los daños colaterales tuvieran

nombre y apellido, pues elimina-ría a cualquiera que se cruzara en su camino y evitara su objetivo.

Nos pusimos de pie, tratando de no llamar la atención de los guardias. Le di la mano a la niña y me miró con estipula-ción. Era muy valiente por la edad que tenía, y temí que fuera porque las circunstancias de la vida le habían obligado a serlo.

En cuanto Nolan hizo un gesto afirmativo con la cabeza, comenzamos a correr. La gravilla crujía bajo nuestros pies mientras nos abríamos paso entre el caos. Los músculos de la pierna herida ardían como mil demonios, pero sabía que no podía detenerme a no ser que quisiera poner en peligro a todos.

Otro estallido de disparos llenó el aire, más cercano esta 522

vez, como si los guardias hubieran descubierto nuestras intenciones y estuvieran tratando de evitarlo a toda costa. La adrenalina bombeaba a través de mis venas mientras redo-blábamos nuestros esfuerzos para llegar al furgón.

El miedo se asentó en mis huesos cuando vi por el rabillo del ojo a uno de los guardias apenas a pocos metros de nosotros. Su arma apuntaba directamente hacia mí. Nolan pareció darse cuenta del peligro y alzó la pistola, disparando en su dirección sin titubear. Un grito de sorpresa y dolor resonó en el aire mientras el guardia caía al suelo, su rostro contor-sionado por la agonía mientras se sujetaba una de las piernas ensangrentadas.

El furgón se acercaba lentamente, como un faro de esperanza. Parecía estar a kilómetros de distancia, aunque en realidad estaba a solo unos metros. Me preguntaba si lograrí-amos escapar o si este sería el final de nuestro intento desesperado por la libertad, pagando por un precio tan alto co-mo lo era la vida.

Pero entonces, noté que la mano de la niña se deslizaba de la mía, hasta que se soltó por completo. Me giré con brusquedad, solo para

darme cuenta de que la niña se había tro-pezado, y ahora estaba en el suelo.

—¡Renata! —grité, mi voz mezclándose con el estruendo de los disparos.

El pánico se apoderó de mí.

Di media vuelta y corrí hacia ella, ignorando los disparos que pasaban silbando por nuestro lado. Me arrodillé a su la-do, sintiendo una oleada de alivio al verla moverse, pero también una punzada de miedo al darme cuenta de que no había salido ilesa de la caída. Se había rasgado las palmas de las manos y las rodillas. Una fina línea de sangre se deslizaba por su pierna, indicando una herida superficial pero que seguramente le dificultaría correr

523

Metí la pistola en mi cintura, dentro del pantalón, y impulsé hacia arriba para cogerla en brazos. Un dolor atroz estalló en mi muslo y amenazó con no levantarme, pero aún así lo hice. Apreté los dientes con fuerza antes de correr hacia Nolan, que se había detenido para esperarnos.

En cuanto se percató de que estaba herida y aún así estaba ejerciendo un esfuerzo monumental, se apresuró en quitarme la niña de mis brazos para continuar con ella cargada.

Sin embargo, apenas había asumido su peso cuando un rugido metálico llenó el aire, seguido de un impacto brutal que sacudió el suelo bajo nuestros pies.

Instintivamente, volví la cabeza hacia el origen del sonido.

Uno de los furgones negros había embestido contra un coche patrulla con tanta fuerza que su capó quedó completamente aplastado contra la estructura del edificio cercano.

Deseé con todas mis fuerzas que no hubiese alguien dentro, pues nadie podría haber sobrevivido a un impacto tan violento.

La colisión había desencadenado un infierno de llamas, impregnando el aire con un olor a caucho quemado y gasoli-na. Los restos retorcidos de los vehículos ahora yacían envueltos en un manto de fuego ardiente, mientras las llamas se abrían camino hacia el edificio.

El resplandor anaranjado iluminaba la fachada del psiquiátrico, destacando las ventanas y las puertas como bordes de oro fundido. El humo espeso se arremolinaba en el aire, oscureciendo la noche con su presencia ominosa y tóxica. El fuego rugía vorazmente, y sus llamas danzaban frenéticamente, como criaturas vivientes hambrientas de destrucción, consumiendo todo a su paso con un apetito insaciable.

Mientras observaba el desastre que se desplegaba ante mis ojos, recordé la palabra que había escrito Marlon en mi cuaderno cuando llegué al hospital.

524

«Infierno»

Así es como había descrito este lugar. En ese momento, había creído que lo hizo solo para asustarme. Pero ahora, mientras el fuego devoraba todo a su paso, entendía que no podía haber estado más cerca de acertar en su descripción.

Este lugar era un maldito infierno, y yo había estado todo este tiempo en la línea de fuego.

—¡Jules, vamos! —La voz de Nolan sonó más distante, y cuando me volví para encararlo, lo vi ya junto al furgón.

Maldije entre dientes antes de dar media vuelta y alcanzarlo. Abrió la puerta trasera y colocó a la niña en uno de los asientos. Luego rodeó el vehículo y se instaló en el asiento del conductor. Abrí mi puerta para hacer lo mismo, pero una mano fría me tomó del brazo.

Mi cuerpo se tensó de golpe y mi corazón dio un brinco en mi pecho. Giré sobre mis talones al tiempo en que sacaba la pistola para enfrentarme a mi adversario.

—Bonita forma de demostrarme que me has echado de menos.

—¿Amelia? —pronuncié su nombre, pasmada.

Ella mostró una sonrisa tenue, reflejando el mismo alivio que yo sentía de verla. Alterné la mirada entre la puerta del psiquiátrico, donde la había visto por última vez, y su figura ahora frente a mí.

—¿Cómo. .? ¿Cómo has logrado llegar hasta aquí?

—Siendo optimista y pensando que podría hacerlo —con.

testó, encogiéndose de hombros.

Una sonrisa se curvó en mis labios al recordar las nume-rosas veces que Amelia solía burlarse de mi optimismo.

Antes de que pudiera responder, Amelia fue empujada sin suavidad hacia un lado, y en un instante, apareció Nils, con 525

su característica sonrisa radiante iluminando su rostro.

—Ahora me toca a mí —afirmó él, segundos antes de darme un fuerte achuchón.

La energía positiva de Nils siempre era contagiosa, y su presencia me reconfortó más que nunca. Le devolví el abrazo con fuerza, sintiendo cómo la tensión se disipaba poco a po-co.

—Me alegro que estés bien, Nils —dije con sinceridad.

—Yo también, Clarke. —Alzó una ceja, como si supiera to-da la verdad—. Te dije que ese nombre no te pegaba.

—Yo. .

—Ya hablaremos de esto. —Me guiñó el ojo.

Entonces Nils se hizo a un lado, dejando espacio para Le-xi. Mi corazón se apretó en un puño al verla, y el alivio que me inundó fue indescriptible. Era la primera vez que la veía desde que desapareció en el bosque junto con esas chicas.

Me había puesto en lo peor, creí que no se habría liberado de esos hombres y le harían cosas inhumanas. Pero ahí estaba, sana y salva.

Unas lágrimas se asomaron en sus ojos castaños. Juraría que esa era la primera vez que la veía llorar en toda mi vida, pues Lexi mantenía sus emociones bajo control incluso en las circunstancias más difíciles.

—¿Estás llorando? —pregunté, con una sonrisa divertida.

—No, idiota, solo me sale agua de los ojos.

Arqueé una ceja, conteniendo una leve risa. Ahí estaba la Lexi que conocía, con su típico sarcasmo, sacándome una sonrisa incluso en situaciones como esas.

Ella dio unos pasos hacia mí, acortando la poca distancia que nos separaba, y me envolvió en un abrazo conmovedor, aferrándose a mí como si temiera perderme de nuevo. La ha-526

bía echado mucho de menos.

—Siento interrumpir este emotivo encuentro, pero hay que largarnos de aquí ya. —La voz de Nolan nos sacó del em-belesamiento,

rompiendo el abrazo.

—¿Soy el único que se pregunta qué demonios hace con este asesino? —preguntó Nils.

No, no era el único. Los demás parecieron preguntarse exactamente lo mismo, porque ahora todos los ojos cayeron en Nolan, esperando una explicación que por ahora no podía dársela.

—Es una larga historia —respondí, suspirando—. Vamos, subid.

—¡¿Estás demente?! —exclamó Nils, como si la simple idea lo aterrara.

—Vuélvela a llamar demente y te aseguro que te arrepen-tirás de haber abierto la boca —masculló Nolan con un tono amenazante y una mirada que dejaba claro que no estaba bromeando.

Nils abrió mucho los ojos, aún más asustado.

—¡No pienso subirme con este tío!

—Tengo nombre —contestó Nolan, dando toquecitos al volante, impaciente.

—Lo sé, creo que todo el mundo lo sabe —añadió Nils, con una mirada desafiante, aunque su voz le traicionaba con un toque de nerviosismo—. Te has ganado la suficiente fama co-mo para que todo el mundo lo sepa.

Su respuesta desató una risa suave de parte de Nolan, co-mo si estuviera disfrutando del intercambio de palabras. Nils frunció el ceño, claramente frustrado por la actitud relajada de Nolan.

—¿Qué te hace pensar que es seguro montarnos contigo?

Nolan arqueó una ceja, como si la pregunta le pareciera ridícula.

—Porque tengo licencia de conducir.

—¡Eso no responde a mi pregunta! —insistió, comenzando a perder los nervios.

Nolan solo se encogió de hombros con indiferencia.

—Bueno, tienes dos opciones —dijo con tranquilidad—.

Subirte conmigo o quedarte aquí y esperar a que los guardias te encuentren, si es que las llamas no te han abrasado antes, claro. Yo preferiría la segunda opción, pero supongo que a Jules no le hará mucha gracia que haga eso.

Hubo una lucha de miraditas entre esos dos, hasta que al final Nils soltó un suspiro resignado.

—Está bien —murmuró entre dientes, y se giró para abrir la puerta trasera del vehículo. Sin embargo, su expresión serena se desvaneció instantáneamente cuando sus ojos se posaron en algo dentro del vehículo—. ¿Qué coño hace una ni-ña aquí?

—No digas palabrotas delante de ella —le reñí.

—Sube al puto furgón —gruñó Nolan.

—¡Que no digáis palabrotas! —repetí, aunque parecía que nadie me estaba escuchando.

—¡No pienso subir hasta que no me expliquéis qué cojones está pasando!

Vale, definitivamente nadie me estaba escuchando.

Nolan se pasó una mano por el rostro, visiblemente frustrado por la situación.

—Muy bien, tú quédate, pero yo me piro —dijo Amelia.

Pasó junto a Nils y ocupó uno de los asientos traseros. Acomodó a la niña en su regazo para que Nils y Lexi pudieran subirse a los dos otros asientos. Nils lo terminó haciendo a 528

regañadientes cuando comprendió que no había muchas más alternativas.

Antes de que Lexi entrara al vehículo, me agarró de la muñeca con suavidad y me dijo en voz baja para que nadie más pudiera escucharnos:

—Más vale que sepas lo que estás haciendo.

Asentí, tratando de infundirle confianza en mi mirada.

Una vez todos dentro, me desplacé en el asiento de copiloto. Agarré el cinturón para ponérmelo y. .

—Oh, mierda —murmuró Amelia desde el asiento de atrás.

—¡Que no digas palabr. .! —Me corté a mí misma cuando me fijé en el grupo de guardias que Amelia estaba viendo en ese momento. Se estaban acercando peligrosamente con las armas apuntando directamente hacia nosotros—. ¡Oh, mierda!

Nolan pisó el acelerador bruscamente, y las ruedas derra-paron mientras el vehículo tomaba velocidad. La respiración se tornaba entrecortada en el interior del furgón mientras el ruido de los disparos comenzó a perforar el aire.

Todos emitimos un grito cuando una bala impactó contra la ventana trasera, estallando detrás de nosotros en pequeños cristales afilados. Me giré para comprobar que todos estuvieran bien. Los encontré agachados detrás de sus asientos, con las cabezas gachas para protegerse de los proyectiles.

—¿Estáis bien? —pregunté.

Un coro de asentimientos y murmullos de confirmación llenó el espacio del furgón.

Asentí lentamente, dejando soltar el aire, y regresé la vista al frente. Al hacerlo, mis ojos se abrieron de golpe al distinguir la misma valla que crucé con Landon el primer día que vine a este lugar. Solo que ahora estaba cerrada, y por la ve-529

locidad a la que íbamos, Nolan no parecía tener ninguna intención de detenerse.

—Nolan. . —Mi voz tembló con la advertencia.

—Es de metal oxidado, se doblará como cartón.

—¿Estás. .? —Nils se detuvo—. Espera, ¿a ti sí te puedo llamar demente?

—A mí llámame como quieras, pero si vas a hablar de ella, lávate la boca primero.

—Pues, con tu permiso. . ¡¿Estás demente?!

Nolan mantenía un respeto hacia mí que no lograba comprender del todo. No dejaba que nadie me hiciera daño en todos los sentidos ni hablara mal de mí. Ni siquiera Nils, que ya lo conocía y si me decía algo sabía que estaba bromeando.

Pero a Nolan no parecía importarle demasiado eso.

Nolan no dijo nada, solo apretó más el acelerador, y el furgón se lanzó hacia adelante sin disminuir la velocidad. El repentino movimiento hizo que Nils perdiera el equilibrio y cayera de culo en su asiento con un estrepitoso golpe, dejando escapar un gruñido de molestia.

La valla se acercaba aterradora y ominosamente. Me agarré con fuerza al asiento, sintiendo que el tiempo se ralentizaba mientras nos acercábamos a lo inevitable.

—¡Agarraos fuerte! —grité, cerrando los ojos con fuerza.

El furgón chocó contra la valla con un estruendo ensordecedor, sacudiéndonos violentamente a todos. Un crujido metálico resonó en el aire cuando la valla se desprendió de su lugar, saliendo disparada por los aires. El impacto fue tan potente que sentí como si el mundo entero diera vueltas a mi alrededor.

Gritos y exclamaciones llenaron el interior del furgón mientras nos aferrábamos desesperadamente a lo que pudiéramos para mantener el equilibrio. Cuando la sacudida cesó 530

y el polvo se asentó, nos encontramos todos respirando agitadamente.

—¿Estáis bien? —preguntó Nolan. Aunque lo hubiese dicho en plural, sus ojos se posaron en mí, como si mi respuesta fuera la que más le importara.

Asentí.

—Sí, claro. De hecho, te quería preguntar si lo podemos repetir otra vez. —El tono sarcástico de Nils arrancó algunas risas nerviosas de Amelia y Lexi, aliviando un poco la tensión del momento.

Pero a mí me fue imposible sonreír. Había imaginado este día con mil escenarios distintos; periodistas rodeándome, cámaras y micrófonos capturando cada detalle; Nolan saliendo del psiquiátrico esposado para llevárselo a prisión; Foster, Landon y Lexi saliendo de sus coches patrulla para felicitar-me personalmente por haber resuelto el caso; mi padre esperándome con sus brazos abiertos para recibirme. De seguro que primero me reñiría por haberle ocultado la verdad.

Pero nunca pensé que sería de este modo.

Me giré disimuladamente para mirar a Nolan sin que se diera cuenta. La luz de la luna que se filtraba a través de la ventana bañaba su rostro, resaltando los ángulos perfectos de su mandíbula y la línea de su nariz recta y definida. Una de sus manos sujetaba el volante con destreza, mientras que la otra reposaba en la ventana. No supe en qué momento la había abierto, pero ahora el viento jugueteaba con mechones de su cabello oscuro, dándole un aspecto más desenfadado.

Aparté la mirada de él y la posé en el espejo retrovisor de mi ventana. Podía observar cómo el psiquiátrico se desvanecía en el horizonte, envuelto en llamas y humo. Si los bomberos no llegaban pronto, todo quedaría reducido a cenizas.

Mi mente se llenó de preguntas mientras el paisaje ar-531

diente se desvanecía en la distancia. ¿Había hecho lo correcto al huir? ¿O debería haberme quedado, luchando por aquellos que no podían defenderse por sí mismos? ¿Qué les ocu-rriría a todos los pacientes que habíamos dejado atrás, aquellos que seguían bajo el sometimiento de ese infierno? ¿Encontrarían ayuda? ¿Serían capaces de escapar, como nosotros?

Entonces me vino alguien a la cabeza.

—Hay que volver —mencioné, sintiendo que todos los ojos se clavaban en mí como si hubiera dicho algo inesperado y desconcertante.

—¿Estás. .? —comenzó a decir Nils, pero vio que Nolan le lanzaba una mirada de advertencia desde el espejo retrovisor—. ¿. .malita de la cabeza?

—Hemos dejado atrás a Landon.

—¿Quién es Landon? —preguntó Nils.

—El amigo de Clark. . Jules —Amelia se corrigió a sí misma, carraspeando la garganta. Supongo que aún no estaba acostumbrada a que no fuera Clarke Emmet. Merecía una explicación de por qué le había mentido, al igual que Nils, pero eso es algo que hablaría con ellos en otro momento—. Es el agente de policía que me ayudó a entrar al hospital psiquiátrico.

—Es policía, se las apañará —contestó Nolan con tranquilidad.

Pero yo no estaba nada tranquila.

—Había demasiados guardias de seguridad —insistí.

Me giré hacia Lexi con una mirada significativa, esperando que al menos ella me entendiera, pues era la única que conocía a Landon tanto como yo. Además, sabía lo mucho que significaba para mí. Pero en lugar de encontrar apoyo, vi reflejada en sus ojos la misma resignación que había percibi-532

do en los demás.

—Lo siento, Jules, pero no creo que sea lo mejor regresar.

Solté un resoplido frustrado y me enderecé en mi asiento.

En ese momento, escuché el seguro de mi puerta cerrarse.

Fruncí el ceño y giré la cabeza hacia Nolan.

—¿Por qué has cerrado la puerta?

—Por si acaso.

Solté una risa incrédula.

—¿Crees que saltaré del furgón en marcha o algo así?

—Nunca se sabe viniendo de ti.

Abrí la boca, claramente ofendida.

—¡Eso es lo mismo que llamarla demente! —objetó Nils, indignado.

—Tú, cállate —bramó Nolan.

Nils se cruzó de brazos y negó con la cabeza mientras miraba por la ventanilla, pero no tardó en volver a hablar.

—¿Y a dónde se supone que estamos yendo ahora?

—A una comisaría —respondí con certeza, aunque la reacción de Nolan me desconcertó. Sus labios se curvaron ligeramente en una sonrisa mientras mantenía la mirada fija en la carretera—. ¿Qué es tan gracioso?

—Lo ingenua que eres a veces —replicó con una nota de burla en su voz.

—¿Por qué dices eso?

—Porque crees que llevarnos directamente a una comisaría resolverá todos nuestros problemas. ¿Crees que nos van a recibir con los brazos abiertos después de lo que hemos hecho?

—¿Lo que habéis hecho? —repitió Lexi, como si no entendiera por qué lo decía en plural.

—Aquí el único que está en problemas eres tú —comentó Nils.

—Eso no es del todo cierto —murmuré, sintiendo la mirada de desconcierto de mis amigos clavándose en mí como dardos.

Nils, Lexi y Amelia intercambiaron una mirada confusa, como si estuvieran tratando de descifrar qué estaba pasando por mi cabeza para que llegara a decir eso. Por otro lado, Nolan simplemente mantuvo su expresión enigmática, como si ya hubiera previsto esta reacción.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Lexi.

Traté de reunir mis pensamientos dispersos antes de responder, consciente de que mis palabras podrían cambiar el curso de todo.

—Yo. . —titubeé antes de seguir—: he hecho cosas en un pasado, cosas de las que ni siquiera sé si me arrepiento, y si la policía las descubre digamos que estoy en un buen lío.

—Para tu información, yo soy policía —intervino Lexi, recordándome algo que yo sabía.

Pero Nils y Amelia no.

—¿Tú? —ambos preguntaron al unísono.

Lo que me pareció extraño fue que Nolan no se sorpren-diera por la revelación, como si ya lo supiera. O simplemente le daba igual, aunque me extrañaba después de haber insistido tanto en que la policía no se metiera en esto.

Lexi asintió.

—Pero, ¿tú no eras paciente de este hospital, como nosotros? —Nils frunció las cejas.

—Jules no ha sido la única que ha ocultado su verdadera identidad. —Se encogió de hombros—. No soy Maya Evans. Mi nombre real es Lexi Collins.

—Vale, no entiendo nada —dijo Amelia.

Estuve a punto de hablar cuando sentí algo húmedo en mi muslo. Bajé la mirada y di un respingo al ver cómo una mancha de sangre comenzaba a manar justo donde tenía la herida.

Oh, mierda.

Iba a avisar a los demás, pero Nolan ya se había dado cuenta de ello. Sus ojos estaban clavados en la sangre con la mandíbula tensa.

—Se te han soltado los puntos —informó él, regresando la vista al frente—. No es grave, pero hay que detener la hemorragia.

Tragué saliva, tratando de mantener la calma a pesar de la creciente sensación de pánico que se apoderaba de mí.

—¿Es la herida de bala? —preguntó Amelia, y asentí.

—¿Cuándo te dispararon?—inquirió Lexi, asomándose un poco. Nils parecía igual de perdido que ella.

Amelia comenzó a explicarles todo lo que había ocurrido ese día para que terminaran disparándome. Relató cómo nos vimos atrapadas en el almacén del psiquiátrico, y cómo finalmente nos vimos acorraladas en el bosque cuando tratába-mos de huir.

Mientras seguía hablando, Nolan me pidió en un tono au-toritario:

—Abre la guantera y mira si hay pañuelos o vendas.

Hice lo que me pidió. Removí entre las hojas y documentos que iba encontrando, buscando desesperadamente algo que pudiera detener la hemorragia.

—No hay nada —dije finalmente.

—¿Y detrás?

Los demás comenzaron a buscar entre los compartimen-tos de las puertas, incluso entre los asientos.

—Nada —sentenció Lexi.

Nolan maldijo por lo bajo.

—¿Cómo estás ahora? ¿Puedes aguantar hasta que llegue-mos a un lugar seguro? —me preguntó, su tono lleno de preocupación mientras continuaba concentrado en la carretera.

—Eso creo.

—Tenemos que llevarla al hospital —afirmó Nils, dejando de lado las bromas—. Necesita atención médica urgente.

—Si lo hacemos, avisarán a las autoridades.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Dejar que se desangre?

—¿De verdad crees que haría eso? —Nolan frunció el ce-ño, como si fuera lo más absurdo que había oído en lo que quedaba de día.

—No lo sé, eres un asesino. ¿Tú que crees?

—Pues creo que eres idiota.

—Por lo menos no soy un. .

—¡Basta ya, los dos! —intervino Amelia, tratando de calmar los ánimos—. No estamos ayudando a nadie peleando entre nosotros. Necesitamos encontrar una solución ya.

Se formó un denso silencio.

—Hay una gasolinera cerca —habló Lexi finalmente—. Podemos parar ahí.

—Es lo más sensato que he escuchado hasta ahora —murmuró Nolan.

Se desvió del camino en dirección a la gasolinera.

** * **

536

—Necesito que alguien me acompañe —dijo Nolan, nada más detener el vehículo.

Un incómodo silencio llenó el interior del vehículo. Nadie parecía dispuesto a moverse. Los ojos de Lexi, Nils y Amelia se cruzaron entre sí, reflejando el miedo que todos compartíamos en ese momento. Supongo que no querían ni pensar en la sola idea de acompañar a un asesino como Nolan a algún lugar, fuese cual fuese.

—A mí me duele el tobillo —dijo Nils.

—¿Desde cuándo? —Fruncí el ceño.

—Desde… ahora.

Volteé los ojos.

Cuando desvié la mirada hacia Amelia, dio un respingo.

—A mí… me duele el dedo gordo del pie.

—Venga ya —espetó Lexi—. No podemos perder más tiempo. Ya me quedo yo con Jules y la niña.

—¿Y por qué tú? —se quejó Nils.

—Porque es mi amiga —se excusó la rubia rápidamente.

—Y también la nuestra —replicaron Amelia y Nils a la vez.

—Sí, pero yo la conozco desde hace más tiempo —contestó con firmeza, intentando sellar la discusión.

Nils abrió la boca para responder, pero al final solo suspiró y se quedó en silencio, aceptando a regañadientes la explicación de Lexi.

—Que sepas que eso no te hace más valiente, sino más cobarde. —Nils le lanzó una mirada de resignación a mi amiga.

Los otros tres salieron del vehículo en dirección a la gaso-537

linera en busca de suministros médicos, mientras Lexi y yo esperábamos dentro del furgón. Renata se había quedado dormida en el camino, su cabeza reposaba en el cinturón, durmiendo plácidamente. Ni siquiera sabía cómo había podido conciliar el sueño tan rápido después de todo lo que había visto.

Lexi esperó a que los demás nos dejaran solas y entraran a la gasolinera. Se deslizó al asiento del medio y se asomó entre los dos asientos delanteros.

—Vale, esto es lo que haremos —comenzó a decir—. Me pondré en el asiento delantero y conduciré hasta el hospital más cercano para curarte esa herida. Tenemos unos trece minutos hasta allí, así que es probable que para ese entonces Nolan ya no esté en la gasolinera. Pero por suerte Amelia y Nils están con él, así que tendremos testigos confiables. Ellos podrán proporcionarnos detalles precisos sobre qué dirección ha tomado. A no ser que los utilice de rehenes, claro. En ese caso, tendremos que basarnos en las cámaras de seguridad de la gasolinera. He visto que hay una en uno de los extremos de la puerta, por lo que muy probablemente habrá más en el interior.

Parpadeé, sorprendida.

—¿Cuándo has ingeniado este plan?

—Al comprender que teníamos que parar en algún lugar, sabía que sería una buena oportunidad para escapar.

Mis ojos divagaron hacia Renata.

—¿Y qué hay de la niña?

—Las autoridades sabrán qué hacer con ella.

—Pero, Landon dijo que. .

Lexi me lanzó una mirada inquisitiva.

—Sabes lo mucho que le conmocionó perder a su hermana, pero es imposible que sea ella. Las personas que desapa-538

recen casi nunca se las vuelve a encontrar, generalmente son secuestradas, llevadas a otros países o, lamentablemente, a-sesinadas. Tan solo el veinte por ciento de personas desaparecidas vuelven con sus familias y, siendo realistas, la probabilidad es mínima. —Hizo una pausa—. Sé lo mucho que te gustaría escuchar que fuera ella, y yo también. Pero esta no es Anne, Jules. No puede serlo.

Ante las palabras de Lexi, sentí un nudo en el estómago. A pesar de comprender la lógica detrás de su argumento, mi corazón se aferraba a la pequeña chispa de esperanza que había surgido en mí. ¿Cómo podíamos estar seguras de que Renata no era realmente Anne? ¿Y si nos equivocábamos y perdíamos la oportunidad de que Landon se reuniera con su hermana?

No podía quitarme de la cabeza cómo Landon había mirado a esa pequeña. Era la primera vez que había visto esperanza en sus ojos, y no quería que nadie se la arrebatara. No otra vez. Así que me

esforcé por mantenerme firme en mi creencia, incluso cuando la duda me asaltaba.

—¿Recuerdas el caso de Sophia Robinson?

Lexi empezó a negar con la cabeza, como si no quisiera que siguiera por ahí.

—Jules. .

—Llevaba semanas desaparecida —le interrumpí, recordando los detalles del caso—. La policía inició más de treinta búsquedas exhaustivas en una semana, peinando cada bosque cercano y revisando cada rincón de las calles de este pequeño pueblo. Sus padres estaban desesperados, todos pensaban que era imposible que siguiera viva. Y yo llegué a pensarlo también. Tenía tan solo cinco años, no podría alimen-tarse por sí misma ni protegerse de las noches frías. Pero entonces tú me dijiste que nunca debemos darnos por vencidos hasta que agotemos todas las posibilidades.

539

—Jules, esto no es lo mism. .

—Al final la encontramos en una finca abandonada en las afueras del pueblo —continué, sintiendo cómo el recuerdo del caso me envolvía —. Estaba tan desnutrida que se le marcaban los huesos por todas partes, y apenas podía mantenerse en pie. Pero, a pesar de todo, estaba viva. Fue un milagro encontrarla, pero lo logramos porque no nos dimos por vencidos. Si nos hubiéramos rendido antes de tiempo, nunca habríamos logrado encontrarla. Al menos, no viva.

Lexi bajó la mirada, sin saber muy bien qué decir. Sus labios se apretaron en una fina línea, como si estuviera luchando por contener alguna respuesta o comentario que preferiría no expresar en voz alta.

Finalmente suspiró, pareciendo comprender mi perspectiva, aunque no necesariamente compartirla por completo.

—Primero la llevaremos con Landon. Si es verdad que es su hermana, lo reconocerá.

Dejé salir el aire que estaba conteniendo, aliviada.

—Gracias.

Sabía que detenernos a encontrar a Landon nos retrasaría, pero era necesario. Porque desde que la encontré en los sótanos del hospital, sentía que era mi responsabilidad proteger a esa niña. Y una vez que la policía se hiciese cargo de ella, yo ya no tendría el control de la situación.

Lexi se desplazó al asiento delantero y comenzó a buscar las llaves, revisando los bolsillos delanteros y la consola central. Su expresión se volvió cada vez más tensa a medida que no encontraba lo que buscaba.

—¿Dónde demonios están estas llaves? —murmuró, frunciendo el ceño.

Dimos un respingo cuando la puerta del conductor se abrió de golpe. Nolan apareció al lado de Lexi. Se inclinó para 540

estar a su altura, balanceando las llaves con una sonrisa victoriosa en el rostro.

—¿Buscabas esto, rubia? —preguntó, mostrando las llaves frente a ella.

Cerré los ojos por un momento, frustrada.

Habíamos sido unas completas inútiles las dos, Lexi por proponer este plan sin considerar la opción de que él se hubiera llevado las

llaves, y yo por creer que nos dejaría las dos solas en un vehículo sin ninguna preocupación.

Lexi lo miró con una mezcla de sorpresa y desilusión, pe-ro rápidamente recuperó su compostura.

—Sí. —Lexi carraspeó la garganta—. Es que Jules tiene que ir al baño, es una urgencia.

Los ojos de Nolan volaron hacia los míos.

—¿No puedes esperar?

Lexi se giró hacia mí y me lanzó una mirada significativa, como si tuviera que seguirle la corriente o me decapitaría con sus propias manos.

—No —mentí—. Es que. . yo. .

Cuando Lexi se percató de que estaba tardando demasiado en hablar, intervino apresuradamente:

—Le ha bajado la regla. Ya sabes, esa cosa que tenemos las mujeres que aparece sin invitación y causa estragos emocionales.

—Sé lo que es.

Traté de mantener una expresión de preocupación en mi rostro, asintiendo vigorosamente para reforzar la mentira que acababa de salir de los labios de Lexi.

Después de unos segundos agonizantes en los que nadie parecía estar dispuesto a añadir nada más al respecto, Nolan rodeó el capó y abrió mi puerta. Todavía llevaba las llaves a 541

mano, lo que sugería que no confiaba del todo en nosotras.

—¿Qué haces? —inquirí, repentinamente nerviosa por su proximidad.

Dejó la bolsa de plástico en el suelo y se agachó frente a mí. Sabiendo al fin lo que pretendía hacer, dije torpemente:

—Puedo hacerlo yo.

Nolan levantó la mirada hacia mí, sus ojos oscuros cente-lleando con incredulidad.

—¿De veras? ¿Alguna vez has curado una herida abierta?

—No, pero estoy segura de que tú tampoco.

—Pues no lo estés tanto —respondió, y una de sus cejas se levantó —. Me he abierto varias heridas practicando un deporte, más de las que me gustaría admitir.

Sacó de la bolsa unas tijeras, pinzas, gasas estériles y una pequeña botella de desinfectante. Observé con atención ca-da uno de los utensilios.

Sin decir una palabra, Nolan se inclinó hacia mí y, con cuidado, comenzó a cortar la tela de mi pantalón alrededor de la herida. Un escalofrío se abrió paso por mi columna cuando sus dedos rozaron la piel de mi muslo, enviando una corriente eléctrica que hizo arder todos los músculos de mi cuerpo.

Una vez que abrió lo suficiente la tela para acceder a la herida, roció un poco de desinfectante en la zona, haciendo que me estremeciera por la sensación de ardor. Sin embargo, me contuve, sabiendo que era necesario para prevenir todo tipo de infecciones.

Con manos firmes, utilizó las pinzas para retirar con cuidado los restos de tela y los hilos sueltos que habían quedado atrapados en la

herida. Cada movimiento era preciso y meticuloso, y me sorprendió la destreza con la que manejaba los instrumentos médicos.

542

—Ese deporte que practicabas —hablé, rompiendo el silencio—, es el boxeo, ¿verdad?

Sus ojos se encontraron brevemente con los míos y sentí un revoltijo en el estómago.

—Así es.

La pregunta surgió en mi mente antes de que pudiera detenerla:

—¿Por qué lo dejaste?

Percibí cómo su mandíbula se tensaba un poco.

—No iba a hacerlo, pero me propusieron algo mejor.

Me mordí el labio inferior, sintiendo la curiosidad cosqui-lleando por mi lengua. Pero no quería preguntar más acerca de ello, no era de mi incumbencia.

Después de limpiar la herida con gasas estériles y desinfectante, comenzó a suturarla con habilidad, asegurando ca-da punto con cuidado para cerrarla adecuadamente. Cada punción me hacía sentir una punzada de dolor, haciendo una mueca de dolor.

—Lo siento —murmuró con una suavidad que contrastaba con la dureza en su voz.

Intenté ignorar la sensación de su tacto, centrando mi atención en cómo iba curándome y luchando contra la oleada de emociones contradictorias que inundaban mi interior.

A medida que comenzó a limpiar la herida y a suturar los puntos que se habían soltado, el dolor se mezcló con una extraña sensación de calor que se extendía por todo mi cuerpo.

Cada roce de sus dedos era como una caricia, despertando una sensación de anhelo que apenas podía contener.

Él era un asesino, un monstruo según la sociedad, bautizado como «el depredador de las mujeres». Todavía recordaba el post-it que había encontrado pegado a una de las hojas 543

de los documentos donde hablaban de él. Y, sin embargo, ahí estaba. Agachado frente a mí, curándome una herida que ni siquiera él había provocado.

—Listo —anunció.

—Gracias —murmuré, tragando saliva con fuerza.

Se puso en pie, dejando la bolsa junto a los asientos de atrás, donde ahora estaban Amelia y Nils con la niña dormida.

Lexi apareció al lado de Nolan.

—La acompañaré al baño —dijo, su voz sonando casual pero con un brillo de urgencia en sus ojos.

Nolan pareció dudar por un momento, quizás percibiendo la urgencia en la solicitud de Lexi, pero luego asintió con una pequeña inclinación de cabeza.

—No tardéis mucho.

Sin perder tiempo, Lexi me tomó del brazo y me condujo hacia la gasolinera. A medida que nos alejábamos, sentí una mezcla de nerviosismo y anticipación creciendo en mi pecho, sin estar del todo segura de qué es lo que pretendía hacer Lexi a continuación.

—¿Y ahora qué plan has ingeniado? —pregunté, mientras las puertas de la gasolinera se abrían y entrábamos.

Lexi sonrió al chico de lentes que atendía tras el mostrador cuando pasamos por su lado. Noté cómo me lanzaba una mirada de reojo al percatarse de la herida que tenía en la pierna.

Nos adentramos por el pasillo que llevaba al baño. Al doblar la esquina, llegamos frente a la puerta del baño de mujeres y abrió la puerta para dejarme pasar primero.

—¿Qué se supone que estamos haciendo aquí? —pregunté, sintiendo la intriga bullir en mi interior mientras me apoyaba contra el lavamanos.

544

Lexi se aseguró de que no hubiera nadie en el lavabo antes de responder:

—Es hora de escapar.

545



23

Lexi pareció percibir mi confusión más absoluta, porque con un gesto suave dirigió mi atención hacia un lado del baño. Allí, por encima del nivel de nuestras miradas, se encontraban dos ventanas estrechas, apenas lo suficientemente grandes para meter nuestros cuerpos.

—No creo que pueda hacerlo —admití, regresando la mirada hacia ella.

La incredulidad se vio marcada en cada rasgo de su rostro.

—¿Por qué no?

—Tengo una herida de bala en la pierna, Lexi —le recordé, por si curiosamente se le había olvidado—. Incluso si logro moverme, no llegaremos muy lejos. Solo te atrasaría.

—No es momento de dudar. Hemos pasado por cosas peores y hemos salido adelante. Esto no será diferente.

Se acercó a las ventanas, evaluando la altura y el espacio con una mirada calculadora

—Podremos abrirlas fácilmente, están aseguradas por un pestillo. Además, he visto un contenedor de basura justo a-546

fuera que puede amortiguar nuestra caída. No debe separarnos más de metro y medio del suelo.

—Lexi. .

Pero ella no estaba dispuesta a ceder, ni siquiera por un momento.

—Tú subirás primero —prosiguió—, y yo te ayudaré a hacerlo. Una vez fuera, te apoyarás hasta el contenedor de basura. Solo necesitas deslizarte hacia abajo. Luego, nos move-remos con discreción por el bosque hasta que encontremos una cabina telefónica y podamos contactar con nuestros compañeros de comisaría.

—Yo no voy a hacerlo.

—Si yo subo primero, ¿quién te ayudará a pasar por la ventana? ¿Quién se asegurará de que no pongas demasiado peso en esa pierna? No, tiene que ser al revés. Confía en mí.

—No, Lexi, no me entiendes. No voy a escapar —reiteré.

La tensión en el aire se volvió casi tangible. Lexi se quedó mirándome, sus ojos expresivos y marrones buscaron algún indicio

de cambio en mi decisión, pero todo lo que encontró fue determinación.

—Jules, quedarnos no es una opción.

Mis ojos se desviaron hacia el suelo, fijándome en las baldosas frías y grisáceas del baño. La idea de escapar con mi pierna herida sin saber cuántos metros podría recorrer sin que se me soltaran los puntos otra vez parecía descabellada.

Pero la alternativa, quedarnos con el asesino al que todo un país entero temía, no era menos aterradora.

—Es por él, ¿verdad?

Levanté la mirada bruscamente hacia ella.

—¿Qué? —respondí, aturdida.

—He visto cómo lo mirabas mientras te curaba la herida 547

—explicó, y todo lo que pude hacer fue abrir ligeramente los labios, sin emitir sonido alguno—. Ese hombre llega siquiera a tener las manos puestas en mí y estaría aterrada, pero en cambio tú. .

—Más vale que tengas una buena razón para creer esa estupidez —mascullé, irritada.

—Ni siquiera le tienes miedo. ¿Cómo es posible eso?

—Te estás equivocando.

En realidad, no del todo.

Lexi tenía razón, en parte. Había algo en Nolan que me atraía, lo supe desde la primera vez que lo vi. Y no solo física-mente. Era una conexión que no podía negar, pues ya la había sentido antes. Eso

era lo que hacía que no le tuviese miedo, pues había otros sentimientos que prevalecían por encima de ese.

—He observado lo suficiente como para saber que estoy en lo cierto. Y si hay algo en lo que somos buenas es en observar los detalles, ¿no es así? —Alzó una ceja, cruzándose de brazos—. Dime, ¿qué hacías con Nolan en la salida del psiquiátrico? ¿Ibas a escaparte sin decirme nada? ¿Sin siquiera saber si seguía en el hospital?

—Iba a regresar a por ti, Lexi.

—Y una mierda —contestó, furiosa—. ¿Acaso te has preguntado dónde he estado todos estos días? ¿Por qué no regresé el día de la excursión?

—¡Pues claro! —exclamé agobiada, dando un paso al frente—. En cuanto supe que algo iba mal, Nils y yo fuimos a buscaros al bosque, pero solo nos encontramos con Amelia. No sabíamos nada de vosotras.

—¡Por supuesto que no, porque nos secuestraron!

Amelia ya nos había advertido de lo sucedido, pero escucharlo de la boca de Lexi hizo que se volviera una realidad 548

tremendamente dolorosa. Habían secuestrado a Lexi. Y no solo a ella, sino a todas las demás chicas.

Se me comprimió el corazón, al tiempo en que un nudo empezaba a formarse en mi garganta. Sus palabras resonaron en mi cabeza como un eco distante. Todo parecía tan irreal, tan ficticio, que ya no estaba segura de poder distinguir una pesadilla de la realidad.

—¿Cómo lograste llegar al hospital? —pregunté con voz queda.

—Porque es allí donde querían llevarnos.

Fruncí el ceño.

—Espera, ¿qué?

—Me cubrieron la cabeza con una bolsa, así que no vi na-da. Solo escuchaba voces, eran masculinas y graves. —Tragué saliva, luchando contra la sensación de impotencia y confusión que me invadía—. No sé cuánto tiempo estuvimos andando, pero cuando me quitaron la bolsa, ya no estaba en el bosque con las chicas. Me encontré completamente sola, en una habitación vacía, blanca e iluminada, pero no reconocí el lugar. No parecía el psiquiátrico.

Los engranajes de mi cerebro empezaron a ir más rápido.

—El sótano —murmuré.

Ese era el lugar que descubrí con Beth y Adler, allí es donde vi junto a Amelia las habitaciones que Lexi estaba descri-biendo, donde tenían retenidas a todas esas personas. Inclui-do a Nolan.

—Entonces Landon y Amelia aparecieron con los demás oficiales de policía —continuó—. Cuando me dijeron que estaba en el psiquiátrico, no podía creérmelo. No tenía ningún sentido.

No, no lo tenía.

549

—¿Viste a esos hombres? ¿Pudiste identificar a alguno de ellos?

Negó con la cabeza.

—Nunca los había visto, pero no parecían guardias de seguridad del psiquiátrico.

Eso me desconcertó aún más.

—Creo que de alguna manera están relacionados con Nolan —añadió, captando toda mi atención—. Puede que fueran conocidos suyos y usaran la amenaza de causarnos daño co-mo un medio para presionar al hospital y obtener la liberación de Nolan.

—¿Como un chantaje?

Asintió.

—Eso podría explicar por qué nos llevaron de vuelta al psiquiátrico —siguió—. Seguramente estarían al tanto de las excursiones que la directora planeaba hacer con sus pacientes, así que simplemente esperaron a que se hiciese la primera salida para actuar. Debió ser una oportunidad perfecta para ellos.

Fruncí el ceño.

—¿Por qué todo tiene que estar relacionado con Nolan?

—¡Porque es un asesino retorcido y manipulador!

—¡Eso no significa que tenga que estar detrás de cada co-sa mala que pasa! —repliqué—. Es cierto que Nolan ha hecho cosas horribles, pero no podemos atribuirle cada problema.

—¿Y tú por qué demonios te empeñas tanto en protegerlo ahora?

Apreté los dientes.

—Hay algo que no te he contado —admití.

Por un lado, Lexi se sintió aliviada de que finalmente estuviera dispuesta a abrirme con ella. Pero al mismo tiempo, 550

parecía preocupada, preguntándose probablemente qué más podría estar ocultando y cómo eso podría afectar la situación.

Tomé una respiración profunda antes de continuar:

—Nolan y yo nos conocíamos de antes.

Su rostro fue digno de enmarcar en ese momento y recordarlo para toda la vida. Vi cómo sus cejas castañas espesas se empezaban a fruncir hacia abajo.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo habías dicho antes?

—Porque no lo recordaba.

—¿Cómo no vas a recordar que conoces al asesino al que te mandaron a investigar?

—Me borraron la memoria.

No hubo ningún tipo de reacción por su parte, tan solo silencio. Un denso e inquietante silencio. Estuvimos tanto rato así que no llevé la cuenta del tiempo que pasó cuando al fin habló.

—Te borraron la memoria —repitió.

—Sí.

—Por eso no recuerdas nada.

—Exacto.

—¿Me estás tomando el pelo? —exclamó, su voz teñida de incredulidad y enfado.

—A mí también me costó asimilarlo, y he tardado en comprenderlo, pero es la verdad.

Una de sus cejas se levantó de manera acusadora.

—¿No me crees?

—¡No puedes simplemente sacar algo así de la nada y esperar que me lo trague sin más! —exclamó mientras agitaba las manos en el aire—. ¿Cómo puedes esperar que crea que 551

te borraron la memoria y justo ahora recuerdes algo tan importante?

—¡No ha sido tan repentino! Fue más bien. . un proceso.

Todas las pesadillas que he tenido desde mi niñez han sido manifestaciones de mi mente por recordar cosas del pasado.

Siempre han estado allí, solo que ahora he comprendido que no eran pesadillas, sino recuerdos.

—¿Y cómo demonios se borra la memoria de una persona?

—Todavía no lo sé. Pero es posible, ¿vale? Yo soy el claro ejemplo de ello.

La mirada de Lexi me atravesó como un puñal. Podía sentir el peso de su incredulidad aplastándome, y fue en ese instante cuando me di cuenta de lo muy poco creíble que había sonado.

—Creo que es mejor que me vaya —dijo finalmente, dándome la espalda para acercarse a la ventana.

—Lexi, por favor. . —supliqué, mi voz apenas un susurro lleno de desesperación—. Sé que es difícil de creer, pero tienes que confiar en mí.

Ella se detuvo por un momento, su espalda aún hacia mí.

—No puedo —alcancé a escuchar, y supe que había perdido su confianza.

Sentí un nudo en la garganta mientras veía cómo trepaba por la ventana. Ni siquiera miró atrás antes de saltar al otro lado.

Cerré los ojos por un instante, deseando poder deshacer todo lo que había dicho. Sabía que había cometido un error al ocultar la verdad, pero tal vez tendría que haberla ocultado durante un poco más de tiempo. No había sido buena idea soltárselo así sin más, debería haber esperado el momento para hacerlo. Y no ahora, que sospechaba que estaba empezando a crear algún tipo de vínculo especial con Nolan.

552

Abrí los ojos lentamente, enfrentándome a mi reflejo en el espejo del baño. Pero lo que vi no fue a la misma Jules de antes, pues la Jules de antes habría seguido a su amiga sin dudarlo, habría encontrado un teléfono para buscar ayuda y habría hecho lo correcto.

Miré de nuevo hacia la ventana, donde Lexi ya no estaba.

Puede que la herida de pierna fuese un motivo que pesaba bastante ante la decisión que tomé, pero no era suficiente para justificarme. Lexi tenía razón, habíamos enfrentado cosas peores y, aún así, había decidido quedarme.

Desvié la mirada hacia mis manos, todavía manchadas de sangre. De la sangre de Adler. Entonces un recuerdo fugaz de él me llenó.

Recordé cómo nos conocimos, cómo solía voltear los ojos cuando algo le parecía ridículo, esa sonrisa que apenas cur-vaba sus labios y aparecía en muy pocas ocasiones, pero que iluminaba su rostro, y una punzada de dolor atravesó mi corazón al recordar que ya no estaba con nosotros.

Adler había sido valiente hasta el final. No dudó en ingresar en ese psiquiátrico para descubrir la verdad sobre su hermana. Y murió allí, en ese mismo lugar, protegiéndome.

Me había salvado la vida. Si no fuera por él, yo no estaría aquí ahora mismo. Y eso era injusto.

Abrí el grifo del lavabo y dejé que el agua corriera sobre mis manos, intentando limpiar la sangre que las manchaba.

Froté mis uñas contra la piel con tanta fuerza que comencé a hacerme daño. Sin embargo, por más que frotaba, no podía deshacerme de la sangre reseca que se aferraba a mis dedos.

El agua empezó a teñirse de un tono rojizo, llevándose consigo parte de la sangre de Adler. Pero por más que intentaba borrar las manchas de mis manos, no podía apartar de mi mente el recuerdo del disparo que recibió. La imagen se repetía una y otra vez en mi mente, hasta podía jurar que 553

aún escuchaba el sonido del disparo.

Me apoyé en el lavabo, sintiendo cómo las lágrimas amenazaban con escapar de mis ojos. Me sentía impotente, abrumada por la culpa y el dolor, preguntándome cómo podría seguir adelante sabiendo que alguien había perdido su vida por salvar la mía.

—¿Estás bien?

Me giré de golpe, sobresaltada.

Nolan estaba apoyado al umbral de la puerta con los brazos cruzados, mirándome fijamente desde esa estatura imponente. Sus rasgos angulares, delineados por una mandíbula marcada y unos ojos profundos y enigmáticos, mostraban una ligera contracción al fijarse en mis ojos humedecidos.

—No deberías estar aquí —respondí, tajante. Cerré el grifo y me sequé las manos con papel—. Es el baño de las chicas.

—Solo quería asegurarme de que no habías escapado.

Por un momento, me lo quedé observando en completo silencio. ¿Él sabía. .?

—Me alegro que hayas decidido quedarte —prosiguió—.

Has tomado la decisión correcta, créeme.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo sabes que. .?

—¿De verdad te piensas que me he tragado todo ese rollo de que estás con la regla? —Tensé la mandíbula al sentirme expuesta—. Sabía que lo usaríais como excusa para intentar escapar, pero por suerte has usado la cabeza. Así que, sí. Lo sabía. Porque básicamente te estaba poniendo a prueba.

Sentí un hormigueo de frustración y furia al comprender que siempre estaba un paso por delante de mí, teniendo el control de la situación en todo momento, incluso cuando creía tenerlo yo.

—No necesito tu aprobación —respondí con frialdad, intentando mantener mi guardia en alto—. Y no me hagas partícipe de tus planes, porque en cuanto salga de este baño, vas a llevarme a la comisaría más cercana y todo esto habrá terminado.

Nolan me observó con calma, sin inmutarse por mi actitud desafiante. Sus ojos profundos parecían penetrar más allá de mi fachada de determinación, como si pudiera leer mis pensamientos más íntimos con solo una mirada.

—No puedo hacer eso —contestó finalmente.

—No tienes derecho a intervenir en mis decisiones.

—Sí, si eso implica que esas decisiones que tomes van a ponerte en peligro.

—¡¿Por qué ir a la policía debería ponerme en peligro?!

—estallé.

—¡Porque acabarán descubriendo lo que eres!

—¡¿Y eso qué demonios significa?!

Pareció vacilar por un instante, como si buscara las palabras adecuadas para contestar ante eso.

—Eres más de lo que crees —se limitó a decir en voz baja, con una seriedad que me estremeció—. Tú misma has visto de lo que somos capaces de hacer. Y si te descubren, pondrás en riesgo no solo tu vida o la mía, sino la de muchos otros.

Apreté los labios con todas mis fuerzas hasta formar una fina línea. La respiración me llegaba entrecortada, mi pecho agitado por la mezcla de emociones que luchaban por salir.

Pero a pesar de mi enojo, había una parte de mí que se preguntaba qué pasaría si estaba en lo correcto, si realmente habría algo más en juego de lo que yo era consciente.

—Dime una cosa, y espero que esta vez seas sincero.

—Lo he sido en todo momento —garantizó, y su tono sincero me tomó por sorpresa.

—¿Tuviste algo que ver con el secuestro de Lexi y las demás chicas?

No es que lo pensara, pero necesitaba que lo desmintiera.

Porque pensar que Nolan podía haber tenido algo que ver con el secuestro de Lexi y las demás chicas hacía que un revoltijo de emociones negativas se manifestaran en mi estómago hasta trepar por mi garganta.

—No sé de qué va a servir que conteste, si todo lo que salga por mi boca lo vas a poner en duda.

—Solo hazlo.

Él suspiró.

—No —respondió firmemente—. Yo no he tenido nada que ver con eso.

—¿Cómo siquiera sabes de lo que te estoy hablando?

En ese instante, el ruido de unos pasos interrumpió nuestra conversación. Una chica con el pelo rojo pasó por el único espacio que Nolan había dejado libre en la puerta.

—¿Te has perdido, guapo? —le preguntó ella, ignorando mi presencia casi como si fuera invisible.

—Estoy exactamente donde pretendía estar —contestó con ese tono habitualmente frío que solía emplear con los demás. Era extraño que conmigo eso cambiara.

—Bueno, pues ya que estás aquí, podrías entrar conmigo y divertirte un poco —sugirió la chica con una sonrisa coqueta, mientras jugaba con un mechón de su cabello rojo con gesto seductor.

—Lo siento, pero estoy ocupado en este momento —respondió él, con los ojos todavía puestos en mí. En ningún momento se había molestado siquiera en desviar la mirada hacia 556

ella.

La chica me miró con aires de prepotencia por encima de su hombro, como si fuera un simple microbio, antes de volver a dirigir sus ojos hacia Nolan.

—Ya veo —murmuró.

Sacó un pequeño papel y un bolígrafo de su bolso, y comenzó a escribir algo en él. Después, se acercó a Nolan y, sin más, metió su mano bastante hondo en uno de los bolsillos delanteros de su pantalón. La dejó reposando ahí unos segundos, antes de sacar la mano de nuevo.

Alcé las cejas ante su descaro.

—Por si algún día decides cambiar de opinión —dijo ella en un tono confidencial, guiñándole el ojo.

Observé la escena con creciente incomodidad, sintiéndome completamente fuera de lugar. Sin embargo, lo que más me desconcertó fueron los celos inesperados que comenzaron a agitarse en mi interior.

La chica pasó por mi lado y se encerró en uno de los baños, dejándonos a los dos solos. Pero ambos éramos muy conscientes de que había compañía.

—Deberíamos irnos —propuso Nolan.

Carraspeé la garganta.

—Sí.

Nolan se hizo a un lado para dejarme pasar primero.

—Puedes estar tranquila, no era mi tipo —dijo mientras cruzábamos el pasillo.

Rodé los ojos.

—Como si me importara.

Sus labios se curvaron en una medio sonrisa de soberbia que me llenó de irritación.

Salimos de la gasolinera en completo silencio. Me sor-557

prendió que Amelia, Nils y Renata siguieran al furgón cuando llegamos. Pero entonces comprendí que no podrían escapar ni aunque quisieran, pues Nolan había bloqueado todas las puertas.

Abrí la puerta del copiloto y me acomodé en el asiento, al tiempo en que Nolan rodeaba el capó y ocupaba el asiento del conductor.

—Ya era hora —bufó Nils desde el asiento de atrás, mientras Nolan ponía el vehículo en marcha y abandonábamos la gasolinera—. ¿Os habéis montado un trío los tres o qué?

Amelia le dio un codazo con ganas.

—¡Que está presente una niña! —le riñó.

—¿Y qué? Un trío puede ser muchas cosas.

Nils giró la cabeza para mirar a la niña con una sonrisa que pretendía ser inocente. Amelia, por su parte, soltó un suspiro de resignación, anticipando la dirección de la conversación.

—Verás, pequeña, un trío es como una pizza con tres ingredientes que te encanten. Cada uno aporta un sabor único, y juntos hacen que la pizza sea deliciosa.

La niña, con los ojos brillando de interés, inclinó la cabeza, procesando la información.

—¿Y si no me gustan los ingredientes? —preguntó con curiosidad, arrugando la nariz.

Nils se rascó la barbilla, fingiendo una profunda contem-plación antes de responder.

—Bueno, lo bueno de las pizzas, y de los tríos, es que tú eliges los ingredientes. Si hay algo que no te gusta, simplemente no lo pones.

—Entonces, ¿podría tener una pizza solo con chocolate, fresas y malvaviscos?

558

—¡Por supuesto que sí! Ese sería un trío perfecto. Aunque lo mejor siempre es mezclar todos los sabores. Ya sabes, diferentes tipos de chocolate; blanco, negro, con leche. .

—Oh, por todos los dioses —murmuré, negando con la cabeza.

Nolan, manteniendo su atención en la carretera, apenas podía disimular una sonrisa.

—Yo elegiría algo más clásico, como jamón, champiñones y aceitunas. Simple, pero nunca falla —comentó Amelia, entrando en el juego.

La niña escuchaba fascinada, como si cada combinación revelara un mundo de posibilidades culinarias que nunca había considerado.

—Yo iría a por algo picante, como pepperoni, jalapeños, y un poco de cebolla. Creo que una buena pizza necesita ese elemento de sorpresa, algo que despierte los sentidos, sino es muy aburrida —expresó Nils, aportando su perspectiva a la charla—. ¿Y tú, Nolan, qué tres ingredientes elegirías?

—La mía no la compartiría con nadie —respondió él, y sus ojos se posaron en mí segundos antes de regresar la mirada al frente.

Ay, dios.

Sentí cómo el calor invadía mis mejillas, tiñéndolas de un rojo intenso, y rápidamente desvié la mirada hacia el paisaje que se deslizaba más allá de la ventana, esperando que mi repentino rubor pasara desapercibido para el resto.

—Pues qué aburrido —murmuró Nils—. Compartir es vivir.

—¡Sí, podrías dejarle al menos un bocadito! —exclamó la niña, dándole la razón.

Amelia soltó una carcajada.

—Espera, ¿dónde está la rubia? —preguntó Nils, dándose 559

cuenta ahora.

—Tuvo otros planes —contesté.

—Oh, vaya. Bueno, pues ella se pierde esta interesante conversación de sabores de pizzas. ¿Qué sabores elegirías tú, Jules? Yo te recomiendo el chocolate negro, es el más deli-cioso.

La mirada que le lanzó Nolan desde el espejo retrovisor me preocupó hasta tal punto que empecé a temer por la vida de mi amigo.

Justo cuando me disponía a contestar, mi atención se desvió hacia el exterior.

Un furgón muy parecido al nuestro seguía nuestro recorrido a una distancia prudente. Por un instante, el pulso se me aceleró, recordando la paranoia que había sentido cuando fui al pueblo con Landon.

—Desvíate del camino.

Nolan volteó hacia mí con el rostro descompuesto.

—¿Qué?

—Hazlo.

A pesar de todo me obedeció sin rechistar y, cuando llegamos a una intersección, en lugar de seguir la carretera principal, se aventuró por un camino secundario de tierra.

Giré todo mi cuerpo para comprobar que los dejábamos atrás, pero al ver que hacía exactamente lo mismo que nosotros, todas las alertas se dispararon en mi cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó, notando mi nerviosismo.

—Creo que nos están siguiendo.

Nolan, con el ceño ligeramente fruncido, miró primero por el espejo central y luego por el lateral.

—¿Qué quieres decir?

—Esa furgoneta lleva detrás nuestro todo el rato, y no nos 560

hemos dado cuenta.

Amelia, Nils y Renata se asomaron en sus asientos para observar el furgón. Sus rostros se tensaron de inmediato.

Nolan maldijo por lo bajo y pisó el acelerador para dejarlos atrás, pero entonces el furgón aumentó también la velocidad. El camino de tierra vibró bajo las ruedas del vehículo, lanzando polvo y piedras pequeñas hacia atrás.

—¿Tienes alguna idea de quiénes podrían ser? —pregunté, intentando mantener la calma a pesar de la creciente ansiedad.

Nolan lanzó otra mirada rápida al espejo retrovisor.

—No, pero no voy a esperar a averiguarlo.

Detrás de nosotros, el furgón persistía, adaptándose a ca-da maniobra que Nolan intentaba. Era evidente que no era una coincidencia ni un simple caso de estar en el camino equivocado al mismo tiempo.

Estábamos en medio de una persecución.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió Amelia.

Nolan evaluó rápidamente nuestras opciones. La carretera de tierra ofrecía pocas vías de escape, limitadas por campos a ambos lados y la falta de desvíos cercanos.

—Voy a intentar algo —anunció, antes de tomar una curva cerrada que apareció de repente en el camino.

La maniobra nos llevó a un área más densamente arbola-da, donde las sombras y el terreno irregular ofrecían una oportunidad de perder a nuestros perseguidores, o al menos complicar su tarea.

A medida que nos adentrábamos en el bosque, la tensión dentro del furgón aumentaba. Todos estábamos alerta. No parábamos de echar ojeadas a nuestras espaldas, observando el camino detrás de nosotros y esperando que en cualquier 561

momento el furgón que nos seguía perdiera nuestro rastro.

Finalmente, tras varios minutos que parecieron horas, el vehículo desapareció de nuestra vista. Nolan no disminuyó la velocidad de inmediato, asegurándose de que nos habíamos deshecho por completo de ellos, antes de reducir la marcha y permitirnos a todos respirar aliviados.

—Creo que los hemos perdido —anunció Nils.

Pero, entonces, un sonido estremecedor cortó el aire: el rugido de un motor a toda velocidad, seguido por el impacto sordo y devastador de metal contra metal. El furgón detrás de nosotros había encontrado una manera de acortar distancia a través del bosque, lanzándose contra nosotros con una fuerza brusca que hizo que nuestro vehículo se zarandeara violentamente.

Nolan luchó con el volante, intentando mantener el control mientras nuestro furgón derrapaba sobre la tierra suelta y las hojas caídas. Los gritos de sorpresa y miedo llenaron el espacio cerrado.

El impacto nos llevó a un frenético esfuerzo por no volcar.

Ni siquiera sé cómo Nolan logró estabilizar el vehículo.

Nos detuvimos bruscamente, todos jadeando, tratando de procesar lo que acababa de suceder.

—¿Estáis todos bien? —preguntó Nolan.

Con manos temblorosas y corazones acelerados, asentimos. Me giré hacia la niña, que a pesar de no entender nada, estaba ilesa. Todos estábamos ilesos. La rápida respuesta de Nolan había evitado un desastre mayor, pero el miedo y la adrenalina aún corrían por nuestras venas.

Mirando hacia atrás, vimos que el furgón que nos había embestido estaba detenido, con el frente abollado por la colisión y una cortina de humo envolviéndolo. No había señales de movimiento dentro de él.

562

Nolan reinició el motor, que afortunadamente aún funcionaba.

—¿Quién demonios puede querer hacernos esto? —preguntó Nils, con los nervios aún crispados por la experiencia—. Es decir, no es

que tenga muchos amigos, pero no he sido tan mala persona como para ganarme este tipo de enemigos.

Nolan, con la mandíbula tensa, observaba el furgón acci-dentado detrás de ellos mientras maniobraba para salir del área boscosa.

—Puede que los haya enviado Madeline Gerlach —dijo él.

—¿La directora del psiquiátrico? —Nils frunció el ceño.

—Es una posibilidad —admitió—. Sabemos que quiere a Jules muerta.

—¿Por qué la querría muerta?

—Porque sé demasiado —contesté, intuyendo lo que estaba pasando —. He descubierto cosas sobre el psiquiátrico, cosas que la directora preferiría mantener ocultas. Y ahora que he escapado, Madeline podría verme como una amenaza pa-ra su reputación.

—Ya no es solo por su reputación. —Nolan tensó la mandíbula—. Cree que eres una amenaza para todos.

—¿Cómo podría ser ella una amenaza para todos? —Nils soltó un bufido, como si fuese absurdo.

Nadie dijo nada más al respecto.

Apoyé la cabeza contra el asiento, cediendo al agotamien-to y estrés que había estado acumulando mi cuerpo. Mis párpados pesaban como plomo y mi respiración se volvía más pausada a medida que me dejaba llevar por el sueño, un sueño intranquilo y angustioso.

** * **

Cuando finalmente abrí los ojos, lo hice con lentitud, como si el sueño se resistiera a soltarme por completo. Me incorporé poco a poco, sintiendo el cuerpo aún pesado por el descanso.

El cielo ya empezaba a esclarecerse, dando paso a lo que estaba convencida que sería un precioso amanecer, pues en los fríos inviernos de Harpers Ferry siempre había amaneceres y atardeceres preciosos. Estos momentos siempre solían ser un buen regalo que conseguía elevar el ánimo, pero desgraciadamente, las circunstancias habían cambiado.

Entonces me di cuenta de que el furgón ya no estaba en movimiento. Nos habíamos detenido. Mi corazón dio un vuelco cuando comprendí a dónde estábamos. Justo enfrente de nosotros se alzaba el familiar edificio donde trabajaba.

La comisaría de Harpers Ferry.

Giré la cabeza hacia Nolan. Uno de sus codos descansaba en la ventanilla, mientras observaba al frente con aire pensativo. Luego volteé hacia los demás. No había nadie despierto, al parecer a todos les había vencido el sueño.

—Tienes razón, no tengo derecho a intervenir en tus decisiones —dijo Nolan, buscando mis ojos—. Es tu elección, Jules. Solo tú decides.

Tragué saliva con esfuerzo.

Mis palabras quedaron atoradas en mi garganta. Ni siquiera supe qué decirle en ese momento. ¿De verdad me estaba dejando elegir? ¿Y si tomaba la decisión que no esperaba? ¿Y si entraba en esa comisaría? A pesar de saber el riesgo que eso comportaría para él, estaba dispuesto a hacer algo tan simple como dejar que yo tomara mis decisiones por mi propia cuenta.

Si salía de ese furgón, lo más probable es que no volviera a verlo jamás. Y esa idea, sin saber del todo por qué, me asustaba. Ahora que sabía que ambos éramos víctimas de un experimento cruel e inhumano, había encontrado a alguien que comprendía mi dolor, que incluso compartía las mismas pesadillas que me persiguieron durante tantos años.

Todavía desconocía las razones que lo habían llevado a ser un asesino. Tal vez fue por vengarse de un mundo donde la violencia parecía ser la única respuesta, o simplemente no supo gestionar sus emociones. Pero no dejaba de ser ese ni-ño que lo sometieron a una silla eléctrica durante horas solo para que hiciese algo que desafiaba toda naturaleza.

Necesitaba saber quiénes eran esas personas, qué me habían hecho de pequeña. Y no solo a mí, sino a Nolan, y probablemente a todos los niños que vi en mis recuerdos. Entre ellos, Alyssa. En cuanto el caso de Nolan se resolviera, eso sería lo primero que quería investigar.

Pero, ¿cómo iba a hacerlo? Las únicas pruebas que tenía estaban en mi mente, pues eran mis recuerdos, mis pesadillas. No sabía el lugar exacto en el que me hicieron todas esas cosas horribles, ni siquiera era capaz de recordar un solo rostro de alguno de esos hombres. Era imposible que así fuera a descubrir algo. Solo tenía a Nolan, pero al no decirme nada, intuía que él sabía lo mismo que yo.

Ahora comprendía por qué había algo en él que me despertaba una chispa de empatía en mi interior. Sucedió una vez, pero fue tan intenso que me dejó durante días pensando en ello. Ese día en que Adler se abalanzó sobre Nolan con la clara intención de hacerle pagar por lo que le había hecho a su hermana, sentí el único sentimiento que no debería sentir en ese momento: empatía. Después de todo, de sus crímenes, de las vidas que había arrebatado sin piedad. . Solo sentí empatía. Y me odié mucho tiempo por ello.

565

Y ahora al fin comprendía por qué, porque había experimentado la crueldad de manos ajenas de una manera que, lamentablemente, yo podía entender más de lo que hubiera querido admitir.

Pero también sabía que ese vínculo no podía, no debía, dictar mis acciones.

—Cuídate, Nolan.

Al pronunciar esas palabras, noté un destello de decepción en sus ojos. Era como si hubiera esperado algo más de mí, algo que no podía brindarle.

Desperté a los demás, haciéndoles saber a dónde estábamos para que se movieran.

No miré atrás cuando salí del vehículo, ni siquiera cuando escuché el motor encenderse para alejarse hacia alguna parte. Respiré hondo en un intento por liberar la presión de mi pecho, pero fue inútil. Sentí un vacío enorme.

Cogí a Renata de la mano y nos dirigimos hacia la comisaría, mientras Amelia y Nils no paraban de mencionar lo muy estúpido que había sido Nolan por arriesgarse siquiera a acercarse a la policía, sabiendo que era el asesino más temido del país.

A unos pocos metros, vi a una figura emerger de la puerta de la comisaría.

Landon.

Mis piernas casi cedieron bajo el peso de la emoción y el alivio. No pude contener el sollozo que se escapó de mis labios.

Solté la mano de Renata y corrí hacia él, ignorando el dolor en mi pierna. Supe que las lágrimas me inundaron el rostro al sentir la humedad en mis mejillas y en los labios.

Landon extendió los brazos hacia mí, envolviéndome en un abrazo tan fuerte que me levantó del suelo, cortándome 566

la respiración.

—Estás bien —murmuré con la cabeza hundida en su hombro, dejando que las lágrimas de alivio y felicidad fluyeran libremente.

—Estoy bien, Jules. Estamos bien.

Me bajó del suelo con cuidado para revisarme de arriba a abajo, inspeccionándome detalladamente.

Vi el dolor en su mirada cuando sus ojos se posaron en la niña, que se había quedado atrás junto a Nils y Amelia.

A pesar de este encuentro, la reacción de la niña al ver a Landon fue de indiferencia, una respuesta inusual para alguien que se reencuentra con un hermano después de tantos años separados. Eso fue lo que probablemente llevó a Landon a abandonar cualquier intento de profundizar en el asunto, y pude ver cómo, una vez más, las esperanzas de mi amigo se desvanecían.

Entonces, divisé a Foster y Lexi, quienes se encontraban cerca de la entrada de la comisaría. Ambos me dirigieron una sonrisa cálida que me reconfortó profundamente.

Todo había acabado.

De un momento a otro, el ambiente se llenó de agentes de policía, coches de patrulla y ambulancias listas para atender a cualquier herido. El sonido de las sirenas llenó el aire, y las luces intermitentes

crearon destellos de color rojo y azul que se reflejaban en las fachadas de los edificios cercanos.

Renata estaba siendo atendida por los paramédicos, quienes la cubrieron con una manta para protegerla del frío. Observé cómo un par de agentes se llevaban a Amelia y Nils al interior de la comisaría.

Landon se alejó un momento para hablar con el inspector.

Mientras tanto, yo permanecí allí, plantada en el mismo lugar, observando a mi alrededor sin poder asimilar completa-567

mente que ya estuviera a salvo.

Metí las manos en los bolsillos en un intento por entrar en calor. Para mi sorpresa, mis dedos tocaron algo arrugado.

Cuando lo saqué, mi pecho se hundió.

Era una mariposa de papel, hecha con el mismo papel que esa chica de la gasolinera le había entregado a Nolan.

568



24

El regreso a casa fue una experiencia agridulce, dolorosa y reconfortante a partes iguales.

Después de tanto tiempo anhelando este momento, por fin podía decir que había vuelto a mi hogar, a lo que solía ser mi vida normal. Y estaba agradecida por ello. Solo que las cosas ya no eran como antes, y dudaba que algún día volvieran a serlo.

Abrir la puerta y encontrarme la casa vacía fue como si me precipitara en un abismo oscuro y angustioso, llevándome a un vacío existencial que no puedo explicar con palabras. No recordaba mi hogar así. Sin mi padre parecía más oscuro y silencioso. ¿Es eso

posible? ¿Las personas pueden llegar a tener este efecto en los lugares? Cerré los ojos y traté de aferrarme a recuerdos felices, pero la realidad se imponía cruelmente.

Me dirigí hacia la vitrina, donde solía guardar mi colec-ción de vinos, y seleccioné una de las botellas que estaban alineadas meticulosamente. Nada más retirar el corcho, un 569

aroma embriagador llenó el aire. Cogí una copa de cristal reluciente y rellené una buena cantidad de vino en ella.

No pude resistirme al destello luminoso que se colaba entre las cortinas blancas, bañándolas en una paleta de naranjas y rosas. Me acerqué a la ventana y aparté suavemente la tela, cautivada por el esplendoroso amanecer que se extendía más allá de las colinas del pueblo. Una tenue sonrisa se esbozó en mis labios, pues era tal y como imaginé. Al menos eso no había cambiado.

Levanté la copa a la luz, admirando cómo los reflejos dorados danzaban en el líquido carmesí, antes de llevarla a mis labios. Cerré los ojos, permitiéndome que inundara mi paladar y saboreara cada matiz, dejando que el amargor del vino mezclado con la dulce melancolía envolviera mi alma.

Había pasado mucho tiempo desde que me permití disfrutar de algo tan sencillo como saborear una copa de vino.

Siempre me abstuve de hacerlo para mantenerme como un buen ejemplo ante mi padre. Pero ahí estaba yo, dispuesta a beberme hasta lo que hiciese falta con tal de dejar de pensar en. . bueno, simplemente dejar de pensar.

Salí de la cocina y rodeé la mesa del comedor en busca de algo que pudiera llenar ese denso silencio que envolvía la casa. Esa era otra cosa de la que no me acostumbraría. Antes de que mi padre enfermara, solía pasar la mayor parte del tiempo fuera, trabajando incansablemente para pagar las facturas y cubrir nuestras

necesidades. Pero cuando ambos estábamos en casa, el silencio simplemente no existía entre nosotros. Nuestros días se tejían con risas, conversaciones que fluían sin esfuerzo y, en ocasiones especiales, nos atreví-amos a bailar en la sala al son de su música favorita.

Mis dedos se deslizaron sobre los lomos de los vinilos, sintiendo la textura familiar de cada uno de ellos. Entre los discos, reconocí algunos de los favoritos de mi padre: Pink 570

Floyd, The Beatles, Led Zeppelin. .

Pero había uno en especial que despertaba algo en mi interior cada vez que lo escuchaba. Con cuidado, coloqué el vinilo que había elegido en el tocadiscos y dejé que la aguja descendiera con un suave crujido. Pronto, la voz envolvente de Lana del Rey fue lo único que se escuchó en el comedor.

Me dejé caer en el sofá, sentándome en el mismo rincón que solía ocupar mi padre. Ese era su lugar preferido, donde pasaba la mayor parte del tiempo. Con un suspiro, me recosté suavemente contra el respaldo y comencé a darle largos sorbos a la copa.

Se escucharon varias canciones en secuencia, una tras otra, hasta que sonó esa canción. «Happiness is a butterfly».

A pesar de ser la favorita de mi padre y mía, mi mente divagó irremediablemente hacia Nolan. Sentí un profundo resentimiento hacia él por haberme arrebatado ese momento que siempre había considerado que era nuestro, un vínculo especial que ahora se veía empañado por la presencia de alguien más.

Mis manos buscaron instintivamente en el bolsillo y sacaron la pequeña mariposa de papel que Nolan había hecho.

Con la melodía de fondo, dejé que mis pensamientos volaran hacia él, preguntándome dónde estaría en este momento, si habría

logrado escapar o las autoridades ya lo habrían retenido. Lo cierto es que ya no sabía qué prefería que sucediera.

Ese pequeño animalillo de papel en mis manos me dio que pensar. Ya lo había visto antes; cuando fui al almacén a por mis pertenencias, o cuando Renata me lo dio antes de que se la llevaran. Nolan había estado presente todo el tiempo. Pero,

¿le había sucedido lo mismo que a mí o siempre lo había recordado todo?

Justo cuando me disponía a darle otro sorbo a mi copa, el timbre sonó.

571

Me metí la mariposa de nuevo en mi bolsillo y no fui consciente de lo mucho que había bebido hasta que me puse en pie. Casi tropecé con la mesa del comedor cuando la rodeé para atender a quien fuese que estuviese detrás de la puerta a esas horas, pues debían ser las siete de la mañana. Y

no, no había dormido en toda la noche. Por muy cansada que estuviera, sabía que iba a resultarme imposible hacer tal co-sa.

Con paso vacilante, me acerqué a la puerta y, tras un breve instante de titubeo, giré el picaporte.

Landon estaba de pie frente a mí, con el uniforme policial aún puesto, aunque desaliñado. Sus ojos estaban cubiertos por unas oscuras ojeras, como si él tampoco hubiese dormido nada en toda la noche. Y su postura, por lo general erguida y segura, ahora parecía más encorvada, como si el peso del cansancio hubiera aplastado sus hombros.

—Lo siento por venir tan pronto, pero necesitaba hablar contigo.

Le hice un gesto para que entrara, dejándolo pasar. La música de Lana del Rey aún flotaba en el aire. Reconocí la canción que estaba sonando en ese instante; «Cinnamon Girl».

—¿Pasa algo? —pregunté, cerrando la puerta detrás de mí.

—Han habido novedades en el caso de Nolan.

Mis ojos se abrieron inconscientemente, sintiendo un nu-do de ansiedad formándose en mi estómago.

—¿Lo habéis encontrado? —Mi corazón comenzó a latir con fuerza en el pecho.

Negó con la cabeza, y me sentí extrañamente aliviada.

Maldita sea, no debería sentirme así. Tendría que estar decepcionada porque aún no lo hubiesen retenido, y sobre todo preocupada porque un asesino anduviera suelto por el 572

país ahora mismo. Ya no solo sería lo correcto, sino lo más sensato. Pero yo seguía viendo a ese niño al que le hicieron sufrir tanto.

—Hallamos el vehículo con el que escapó abandonado en las afueras del pueblo, pero no había rastro de él.

¿Habría abandonado la ciudad? ¿O simplemente se estaba escondiendo? Lo más probable era lo primero, pues no tenía ningún motivo para quedarse.

—Sin embargo, encontré esto dentro del vehículo —continuó, sacando un pequeño sobre del bolsillo de su uniforme para entregármelo.

Lo cogí, algo dubitativa. Mis manos temblaron ligeramente mientras procedía a abrirlo con cautela, revelando una no-ta escrita a mano:

Sé que no he hecho las cosas bien. He arrebatado la vida de muchas inocentes, niñas y mujeres. Pero solo espero que algún día puedas llegar a perdonarme. Debes saber que no soy una persona normal, y nunca he tratado de escapar de la justicia.

Tengo un trastorno que me consume, uno que no puedo controlar por completo. Te ruego que entiendas que no era mi intención lastimarte, pero mi enfermedad mental me llevó por un camino del que ya no puedo volver. Mantente a salvo, y eso significa alejada de mí.

Nolan.

El escalofrío que recorrió mi espalda fue como una descarga eléctrica, dejándome paralizada por un momento. No sé cuántas veces releí el mensaje, pero por mucho que lo leía una y otra vez, seguía sin parecerme real.

573

Tuve que infiltrarme en un hospital psiquiátrico durante casi doce semanas, convivir con personas que lidiaban con una variedad de trastornos mentales y enfrentarme cara a cara con múltiples asesinos. Y todo, ¿para qué? Para investigar lo que acababa de revelar Nolan así, sin más, en una simple carta.

—Esto no lo ha escrito él.

El rostro de Landon se descompuso por completo, como si fuese lo último que esperaba que dijese.

—¿Y quién iba a ser, sino?

—No lo sé, pero algo no encaja. Esta confesión es demasiado evidente. ¿De verdad crees que confesaría todo lo que ha hecho en una simple… carta?

—Podría ser otra mentira de su parte con tal de evitar la justicia, pero también es posible que esté diciendo la verdad.

—Nolan no tiene ningún trastorno mental —le defendí.

—Ahora mismo no me puede importar menos si tiene un trastorno mental o no. —El tono que empleó fue tan áspero que me obligó a alzar la vista hacia él—. Te ha escrito una carta. A ti.

Oh, claro, eso.

Mis manos empezaron a sudar.

—No sé por qué lo ha hecho.

Landon frunció el ceño, observándome a través de esos castaños ojos con una intensidad que me hizo sentir incómoda.

—¿Te crees que soy estúpido?

—Landon, no creo que. .

Y, entonces, lanzó la temida pregunta:

—¿Ha pasado algo entre vosotros dentro del psiquiátrico?

—No, claro que no —respondí apresuradamente.

574

—En ese caso, ¿por qué se molestaría en escribirte una carta?

Me sentí acorralada, sin saber cómo responder a esa pregunta.

—No lo sé.

—Mientes.

La acusación de Landon me golpeó como un puñetazo en el estómago. ¿Cómo se atrevía a insinuar que había algo entre Nolan y yo? No podía creer que precisamente Landon, una de las únicas personas que consideraba de mi círculo más íntimo, pensara tan mal de mí. En ese instante parecía una completa extraña a ojos de él.

Una carcajada agria brotó de mi garganta, impulsada no solo por la incredulidad, sino por el vino que había estado consumiendo durante horas.

—¿Así que ahora simplemente asumes lo peor de mí?

¿Dónde ha quedado la confianza entre nosotros?

—La confianza se gana, Jules, y mintiendo se pierde.

—¿Y qué te hace pensar que estoy mintiendo? —inquirí con una chispa de frustración arrastrando las palabras—.

¿Cómo puedes estar tan seguro de que estoy mintiendo, si ni siquiera sabes la verdad para refutarla?

—Por supuesto que la sé —gruñó, dando un paso al frente.

Me vi forzada a levantar aún más la cabeza para mantener el contacto visual—. Nolan Jenkins es un asesino despiadado que ha arrebatado de este mundo a un sinfín de almas inocentes. Secuestró a tantas niñas y mujeres que la policía ni siquiera supo por dónde empezar. Las autoridades estuvieron tras su pista durante años, mientras yo veía el inmenso dolor en los ojos de familias destrozadas, a quienes no podíamos devolverles a sus seres queridos por mucho que quisié-ramos.

575

» Hubo un momento en que me superó tanto que tuve que pedirle a un compañero que lo hiciera por mí. No podía soportar ver un rostro

más descompuesto por el dolor, no podía enfrentar otra familia desmoronándose ante la irrevo-cable pérdida de su ser querido. Porque cada puerta a la que llamaba, cada mensaje que entregaba, cada vez que veía a u-na familia desmoronarse. . me veía a mí mismo, reflejado en su angustia. Porque mi hermana desaparecida era una de sus víctimas, y muy en el fondo lo sabía. Cuantas más muertes había en el pueblo, tenía más claro que no la volvería a ver.

» Cuando finalmente dimos con él, en lugar de encerrarlo entre rejas como merecía, fue enviado a un hospital psiquiátrico, donde se le ofreció alimento y refugio, como si mere-ciera alguna consideración. Esa es la única verdad, así que si hay alguien que la sabe muy bien, ese soy yo.

Recordé las largas noches en las que él desaparecía, sumido en su búsqueda incansable de justicia. Siempre le decía que descansara un poco, aunque fuera solo unas horas, y al día siguiente siguiera trabajando. Pero él no estaba dispuesto a parar hasta encontrarlo. También recordaba su rostro, ca-da vez más roto. Era como si cada desaparición, cada noticia de otro cuerpo encontrado, reabriera sus propias heridas, haciéndolas tan frescas como el día en que su hermana desapareció.

Era difícil olvidar todo eso.

Pero esa no era la verdad, al menos no del todo. Porque Nolan también había sufrido, aunque hubiese hecho todo lo que hizo. Nadie conocía su pasado ni lo que le hicieron de pequeño, solo yo y los responsables de su sufrimiento.

—¿Crees que hay alguna diferencia entre una prisión y un psiquiátrico? —inquirí, pensando en las habitaciones del sótano en las que estaba. Yo misma estuve ahí y puedo decir que no había ninguna diferencia, era incluso peor.

Aunque la pregunta ideal hubiese sido si hay alguna diferencia entre una prisión y el Hospital Henninger, pues dudaba que todos los psiquiátricos fueran como ese.

—Le proporcionan tres comidas al día, Jules, un techo sobre su cabeza sin las amenazas y peligros constantes que en-frentaría en una cárcel y acceso a terapia y actividades re-creativas, algo irónico considerando los horrores que ha in-fligido. Es como si, de alguna manera, el sistema le haya o-torgado una segunda oportunidad, un privilegio que nunca ofreció a sus víctimas. Ir a ese psiquiátrico ha sido una bendición para él.

¿Una bendición? Era un maldito infierno.

—Estás tan equivocado, Landon. . —Sacudí la cabeza en desacuerdo.

—Entonces explícame, porque hasta ahora lo único que veo es a un criminal preocupándose por lo que pueda estar pensando la investigadora que quiere meterlo en una celda

—respondió él, su voz llena de amargura—. Porque aún quieres llevarlo a prisión, ¿verdad?

Tragué saliva para hidratar mi garganta. No me podía creer lo que estaba a punto de decir.

—Nolan debe estar en un psiquiátrico.

Su risa, aunque leve, estaba impregnada de un cinismo mordaz.

—Déjame explicarme, Landon.

Tenía que contárselo todo, debía saberlo. Desde esa vez que me encontré con Nolan en una de las habitaciones del psiquiátrico, hasta que terminé descubriendo que nos conocíamos cuando apenas éramos unos críos porque a ambos nos sometieron a experimentos

crueles e inhumanos cuyos responsables aún desconocía. Tenía derecho a conocer la realidad detrás de las paredes de ese psiquiátrico, el lugar 577

que muchos consideraban un refugio o una solución, pero que en su esencia escondía prácticas abominables contra aquellos denominados pacientes.

Al no decir nada al respecto, pensé que me estaba dando la oportunidad.

—No todo es lo que parece —continué—. Lo que ocurre en ese lugar, lo que les hacen a personas como Nolan, va más allá de cualquier tratamiento psiquiátrico. En sus sótanos tenían las habitaciones donde les encerraban como si fueran animales, incluso llegué a ver un laboratorio oculto.

—¿Tienes pruebas de lo que estás diciendo? —preguntó, inclinando la cabeza de manera retadora.

Entreabrí los labios para contestar, pero me corté a mí misma cuando me di cuenta de que no las tenía.

Jamás podría desentrañar la verdad, porque el incendio había arruinado todas las pruebas que podrían ser útiles para mi investigación; el laboratorio, el sótano con todas esas habitaciones blancas, los archivos que encontré en uno de los ordenadores, en los que se veía claramente que el archivo de Nolan estaba falsificado. . Ya no quedaba nada. El único lugar donde pensaba encontrar pruebas importantes, ahora estaba reducido a cenizas.

Maldita sea.

Vi decepción en los ojos de mi amigo, la misma que vi en los de Lexi en el baño de esa gasolinera. Soltó aire por la nariz con las líneas de su expresión marcadas antes antes de girarse hacia la puerta.

Un momento.

—No tengo pruebas, pero tú las viste con tus propios ojos.

Esa afirmación hizo que se detuviera en seco y me mirara.

—¿Yo? —repitió, confuso.

578

Asentí.

—Tuviste que verlo. Liberaste a Lexi en esos sótanos.

—Lexi estaba en una habitación, Jules. No sé de qué demonios me estás hablando.

¿Qué…?

—Esperaba que a mí sí me contaras la verdad, ya que no tuviste la consideración de hacerlo con Lexi —respondió con brusquedad, abriendo la puerta—. Pero veo que tenía razón, ya has elegido bando.

Y entonces desapareció, dando un portazo.

3 meses después. .

Aparté la mirada del televisor para echarle un vistazo a la ventana. En la acera de mi calle se veían algunos niños montando en bicicleta y correteando por su jardín, un par de familias aprovechando las últimas horas de luz del día, y vecinos paseando a sus perros. A lo lejos, se escuchaba el sonido ocasional de un coche que pasaba por la calle principal, pero por lo demás, el vecindario estaba tranquilo y apacible. Co-mo siempre.

Con un gesto de resignación, regresé los ojos a la pantalla.

Desde que ocurrió el incidente, no se hablaba de otra cosa que no fuese el Hospital Henninger. El incendio había acapa-rado todos los medios. En internet solo aparecían noticias con diferentes titulares: "Tragedia en el Hospital Henninger",

"Incendio devasta las instalaciones de un hospital psiquiátrico, dejando miles de heridos", "Un psiquiátrico es consumido por las llamas, el fuego arrasa con todo a su paso". Por no decir que se había convertido en el eje central de cualquier conversación entre los ciudadanos del pueblo.

579

Y eso no me ponía las cosas más fáciles.

Cerraba los ojos, y veía el hospital en llamas.

Abría los ojos, y lo veía de nuevo en las noticias.

A esto se sumaba que no tenía a nadie con quien poder hablar. Lexi y Landon, los que consideraba mis dos únicos amigos, no me ofrecían su apoyo. Landon no volvió a visitar-me después de presentarse en mi casa con esa carta, pues según él, yo estaba del

lado equivocado. Tal vez creía que si pasaba el tiempo me daría cuenta y rectificaría mis errores. Y

Lexi estaba de acuerdo con él, así que básicamente estaba sola.

En ese instante un presentador de televisión estaba mostrando imágenes del edificio envuelto en llamas, con equipos de bomberos luchando para contener el fuego y rescatar a cualquier persona atrapada dentro. Aunque ya hubiesen pasado tres meses, seguían recordando lo acontecido.

Me estremecí al recordar mi tiempo en ese lugar, las personas que conocí y las experiencias que viví entre esas paredes. Ahora, todo eso quedaba reducido a cenizas.

Un dolor agudo me atravesó el corazón cuando escuché a uno de los presentadores recordar la cantidad de muertos y heridos que había ocasionado el incendio. Sentí el peso de la responsabilidad por haber escapado de esa pesadilla mientras otros no lo lograron.

Pensé en todas esas personas que vi encerradas en ese sótano y no pudieron escapar, en todos esos pacientes que se habrían quedado atrapados en sus propias habitaciones.

Quizás incluso se vieron obligados a saltar del edificio, creyendo que quedarse dentro les depararía una muerte más lenta y dolorosa.

Me froté los ojos con una de mis manos, dejando escapar un suspiro en mis labios. Con la otra mano sostenía una copa 580

de vino medio vacía, así que me terminé el contenido de un solo trago. La dejé de nuevo encima de la mesa, pensando en que ese vino no era tan fuerte como pensaba. Necesitaba por lo menos dos copas más para deshacer el nudo en mi estómago.

Estaba tan inmersa en mis pensamientos, que di un respingo al oír el timbre de mi casa.

Me levanté del sofá y, al abrir la puerta, me encontré con Steve, el chico de mediana edad que se encargaba de repartir el periódico por el barrio. No había cambiado nada en todos estos meses. La ropa que llevaba siempre estaba tan desali-ñada y descuidada que daba la impresión de llevar semanas sin ver una lavadora. Sus ojos saltones parecían juzgarte con la mirada, y lo estaban haciendo en ese instante.

—¿Por qué siempre tienes que picar el timbre? —espeté.

—Yo también me alegro de verla, señorita Miller. —Alzó una ceja, irritándome—. Ha estado mucho tiempo fuera. ¿Va-caciones por las Maldivas?

—No exactamente.

—Ya la había dado por muerta, pero hoy, por alguna razón, he pensando en llamar al timbre y me he llevado una grata sorpresa —comentó con un tono irónico.

—Me alegro que haya sido grata —respondí con el mismo tono—. ¿Ahora entregas periódicos también a las ocho de la tarde?

—Oh, no, en absoluto. Este ejemplar lo he reservado especialmente para usted —afirmó, extendiéndome un periódico doblado con una sonrisa que rozaba la burla.

Justo cuando me disponía a cogerlo, lo alejó de mí.

—No es que la haya echado de menos —prosiguió—. De hecho, el barrio estaba muy tranquilo sin usted.

—Es bueno saberlo.

—¿Con quién ha ido? ¿Con su pareja? ¿Su amante? ¿Su es-poso?

—¿Puedo tener mi periódico, por favor?

—Sería toda una revelación descubrir que finalmente ha encontrado a alguien capaz de tolerar su pésimo genio, en especial el de las mañanas.

—Dame el maldito periódico —mascullé, perdiendo la paciencia.

—Y ahí está el mal genio.

Solté un largo suspiro.

—¿Sabes? El periódico es todo tuyo, ya no lo quiero.

Intenté cerrar la puerta para poner fin a la conversación, pero un obstáculo lo impidió; la punta de su zapato se había colado, bloqueando el cierre.

—Oh, vamos, señorita Miller, no se ponga así —replicó Steve con una risa nerviosa, manteniendo el zapato en la puerta—. Solo quería ponerme al día, ya sabe, mantenerme informado sobre los eventos del vecindario.

—No necesitas saber dónde y con quién he estado, Steve.

Solo dame el periódico y lárgate —respondí con brusquedad, extendiendo la mano entre el pequeño espacio que había dejado para tomar el periódico.

—Exacto, no necesito saberlo. Porque me acabo enterando de todo.

—Enhorabuena.

—De todo.

—Creo que lo he pillado. —Rodé los ojos.

Solo se escuchó el distante júbilo de los niños del vecindario cuando nos quedamos en silencio.

582

—Aquí lo tiene —dijo finalmente, entregándomelo—. Pero luego no diga que no intenté mantener una conversación amistosa.

Lo agarré con rapidez, cerrando la puerta con un golpe detrás de él. Me recosté contra ella, preguntándome por qué siempre tenía que ser tan insufrible. Desde que lo conocí, su actitud chismosa y su necesidad de meterse en la vida de los demás me habían irritado hasta límites insospechados. Cada interacción con él era como lidiar con un mosquito persistente que no dejaba de zumbarme al oído.

Un día, mientras intentaba disfrutar de un tranquilo almuerzo en un café local, apareció de la nada y se sentó en la mesa frente a mí sin invitación alguna. Antes de que pudiera protestar, comenzó a hablar sobre los rumores que circula-ban en el vecindario, incluyendo algunos sobre mí que eran completamente falsos. Traté de ignorarlo y concentrarme en mi comida, pero él seguía insistiendo en contarme detalles irrelevantes sobre la vida de personas que ni siquiera conocía.

Era agotador.

Recuerdo también una ocasión en la que organizó una fiesta en su casa y, en lugar de simplemente disfrutar del evento, se dedicó a seguir a todos los invitados con una libreta y un bolígrafo, anotando cada detalle de sus conversaciones y comportamientos. No pude evitar sentirme vigilada y aco-sada durante toda la noche.

Sin duda cada encuentro con Steve era una prueba de paciencia y tolerancia. A veces me preguntaba si era solo una persona extremadamente curiosa o si realmente disfrutaba causando incomodidad a los demás. Lo único que sabía con certeza era que

cada vez que se cruzaba en mi camino, ter-minaba sintiéndome más frustrada y deseando que desapareciera de una vez por todas.

Eché un vistazo a la fecha del periódico y me di cuenta de 583

que ni siquiera era de hoy. Era evidente que había utilizado el periódico como excusa para acercarse e indagar sobre dónde había estado todos esos meses, considerando además que se encontraba fuera de su horario de reparto habitual.

Dejé el periódico sobre la mesa y me senté de nuevo en el sofá con un suspiro de frustración. No tenía tiempo ni energía para lidiar con personas como Steve en ese momento.

Pero apenas me acomodé en la silla cuando el timbre volvió a sonar.

Por todos los dioses.

—¡Déjame en paz, Steve! —grité.

Pero no dejó de picar, por supuesto que no. Es más, lo hi-zo con más ímpetu.

Me levanté de la silla, agarrando el periódico con furia mientras el timbre seguía sonando sin cesar. Me dirigí hacia la puerta dando grandes zancadas y, con un grito de frustración, lancé el periódico con todas mis fuerzas hacia la persona que estaba detrás de la puerta, esperando encontrarme con Steve y dejarle claro que ya había tenido suficiente por hoy. No sería la primera vez que le lanzaba el periódico a la cara.

Sin embargo, no fue Steve quien esquivó el proyectil, sino Beth.

—Buen lanzamiento.

Abrí los ojos de par en par ante su repentina presencia.

—Mierda, Beth, lo siento.

A unos metros de nosotras, Steve se reía.

—Qué lástima, señorita Miller, pero no me ha dado. ¡A la próxima ser. .! ¡Au!

Beth se había agachado para recoger el periódico del suelo y lanzárselo ella misma a la cara. Le dio con tanta fuerza 584

que hasta pensé que se le quedarían las letras pegadas a la cara.

Steve, aturdido por el golpe, se frotó la cara.

—¡A ver si innovamos un poco, que estamos en el siglo veintiuno! —exclamó Beth mientras veíamos cómo se montaba en su bici para alejarse—. ¡El periódico de papel ya no se lleva!

—¡Esto le va a costar una denuncia! —sollozó Steve sin mirar atrás, pedaleando deprisa.

—¡Buena suerte explicando eso! —gritó Beth—. ¡A ver si el juez también piensa que un periódico es un arma letal!

No pude contenerme y solté una carcajada. Hacía mucho tiempo que no me reía.

—Gracias.

Beth se volvió hacia mí.

—No hay de qué. Lidiar con capullos es mi pasión.

La invité a pasar a mi casa. Una vez dentro, le ofrecí algo de beber.

—Un vaso de agua está bien, gracias.

Mientras me dirigía hacia la cocina a buscar el agua, Beth aprovechó para echar un vistazo a su alrededor. Su mirada se desplazó con

interés en cada esquina de mi hogar. No es que fuese muy grande, pero era acogedor.

—¿Qué haces por aquí? —pregunté, cogiendo un vaso de cristal y la jarra de agua templada.

—Oh, solo estaba pasando por la zona y pensé en saludar-te —contestó desde la sala de estar.

—¿Y cómo has sabido dónde vivo?

—Eso no es exactamente un secreto, considerando que no es como si habitáramos en una metrópoli del tamaño de Manchester City.

585

Una sonrisa se dibujó en mi rostro, casi sin darme cuenta.

Su presencia y su sentido del humor me habían hecho mucha falta.

Al regresar de la cocina con el vaso en la mano, vi que se había quedado parada frente al televisor, que aún estaba encendido. La pantalla mostraba, como era de esperar, el psiquiátrico en llamas. Mi sonrisa desapareció. Por mucho que cambiara de canal, ahí seguía.

Ambas nos quedamos observándolo en silencio.

—En realidad, solo quería asegurarme de que estuvieras bien —se sinceró—. Cuando me enteré de lo ocurrido, pensé que tú. .

Por primera vez, su voz vaciló. Le tendí el vaso y lo aceptó con una sonrisa agradecida. Luego, le pedí que nos sentára-mos en el sofá, pues era un tema delicado para ambas. Especialmente para mí.

—Yo estoy bien, —comencé a decir, acomodándome—: y los demás también. Nils, Lex. . Maya, Renata. . Todos pudieron salir.

Estuve a punto de referirme a Maya como Lexi, y allí es cuando me di cuenta que seguía creyendo que mi nombre e-ra Clarke. Tal vez era el momento de contarle la verdad, aunque, sinceramente, mi ánimo no estaba en su mejor momento para enfrentar esa conversación.

—¿Y Lily? —preguntó, al ver que no la había mencionado.

—Ella. . —Hice una pausa, tragando saliva con fuerza—.

Resulta no ser quién decía. Cuando descubrí que sucedían cosas extrañas en el hospital, intenté huir con Renata. Fue entonces cuando Lily se nos cruzó con una pistola a mano, bloqueando nuestra salida.

Los ojos de Beth se ampliaron con incredulidad.

—Espera, ¿qué? ¿Lily? ¿La misma Lily que yo conozco?

586

—La misma que creías conocer —rectifiqué.

—Pero, ¿por qué haría algo así?

—Porque es la hija de Madeline Gerlach.

—¿De la directora? —cuestionó, atónita.

Asentí.

Permití que el silencio creciera entre nosotras, dándole tiempo a Beth para digerir lo que acababa de contarle. No es que fuese muy agradable enterarte de que tu compañera de habitación, la persona con la que habías convivido durante meses, no era quien decía ser.

—¿Y Adler?

Se me hizo un agujero en el estómago al nombrarlo.

Aparté la mirada de ella, clavándola en la pared que teníamos enfrente. La imagen de Adler, vivo y vibrante, chocaba contra la cruda realidad de su ausencia. Era la primera persona que se me venía a la cabeza cuando veía el hospital. Ya fuese en un televisor, en un periódico o simplemente apareciendo en alguna conversación. Pero hacía tiempo que nadie decía su nombre en voz alta.

Beth bajó la barbilla al comprenderlo.

—Pensé que los bomberos habrían llegado a tiempo y. .

—Fue Lily —la interrumpí, poniéndome muy tensa—. Ella lo mató.

El rostro de Beth palideció aún más, si eso era posible.

Sus labios se entreabrieron ligeramente, pero las palabras parecían eludirla completamente.

—Iba a dispararme a mí para impedir que me escapara, pero Adler se interpuso antes de que la bala me alcanzara.

Beth me observó directamente a los ojos, escudriñando cada rasgo, cada sombra de emoción que cruzaba mi rostro.

Era como si tratara de entender lo que yacía más allá de las palabras, pues en los ojos siempre encuentras la verdad.

—Lo siento mucho —murmuró, y sonaba realmente sincera—. No es que fuera de mi agrado, pero sé lo mucho que significaba para ti ese encapuchado.

Ensanché una triste sonrisa al recordar el apodo con el que había bautizado a Adler, y lo mucho que le irritaba a él cada vez que lo escuchaba.

—Creo que necesito una copa —comenté cuando empecé a notar mis ojos escocer, levantándome del sofá. Tomé la co-pa vacía que había dejado encima de la mesa y la llené de vi-no.

Beth me miró con atención.

—¿Cuánto has estado bebiendo desde que saliste del psiquiátrico?

Deslicé el pulgar por la fría copa y me la llevé a los labios, dando un largo trago para poder hablar.

—Desde que salí de allí, no ha sido fácil. No logro conciliar el sueño. —Bajé la barbilla e hice girar el vino en la copa, inmersa en el color carmesí—. Cierro los ojos y todo lo que puedo ver es. . sangre. La de Adler, la mía, la que podría haber sido.

No dijo nada al respecto, invitándome a que me abriera con ella.

—He intentado encontrar la calma, de verdad que lo he intentado. Pero el silencio de la noche se llena con los ecos de aquellos días. Me persiguen como malditas sombras. —Hi-ce una pausa, tomando aire como si las palabras mismas fueran pesadas de cargar. —Cada sonido me sobresalta, y he comenzado a evitar los espejos porque no reconozco la persona que veo reflejada.

Beth frunció el ceño, claramente preocupada por mí.

—Lo peor es la soledad. No tengo a nadie. Mis dos únicos amigos no encuentran la manera de apoyarme porque creen que estoy en el bando equivocado.

—¿En el bando equivocado? —repitió, confundida—. No lo entiend. .

—Nolan Jenkins —la corté, y se quedó muy callada—. Creen que estoy de su lado.

Sus ojos brillaron con interés.

—¿Y por qué piensan eso?

Con un suspiro, me acerqué hacia un mueble en concreto del comedor. Abrí uno de los cajones y extraje la carta que aún conservaba. Ella caviló antes de recibirla, y comenzó a leerla. A medida que lo hacía, las líneas de su frente se iban marcando más.

—Encontraron esta carta en el vehículo con el que escapó Nolan.

Vi como sus hombros se tensaban, y no era para menos.

Un asesino —y no uno cualquiera, sino el que un país entero temía— se había molestado en escribirme una carta. O eso querían hacerme creer todos.

—No creo que haya sido él —murmuré—. ¿Tú que piensas?

—No sé, no parece muy típico de alguien como Nolan escribir una carta.

Me la devolvió y me senté junto a ella.

—Ni siquiera puedo contarle todo a mi padre, porque. . ya no está. Murió hace seis meses, y lo recuerdo como si fuese ayer. Y beber. . supongo que ha sido mi manera de lidiar con todo esto, aunque sea por un momento.

—Pero, dijiste que tus padres murieron en un accidente.

Tosí una risa seca.

—Dije muchas cosas.

—Entonces, ¿qué es verdad de todo lo que me dijiste?

Lo consideré un momento.

—Que ese lugar me consumiría —contesté finalmente—.

Sin duda me sobreestimé, porque acabó siendo cierto.

Con un gesto lento y pensativo, llevé la copa de vino a mis labios, dejando que el líquido carmesí se deslizara suavemente, ofreciendo un breve pero necesario respiro. El sabor rico y complejo del vino llenó mi paladar, un pequeño placer que se contrastaba agudamente con la pesadez de mis reflexiones.

—No, no todo lo que has dicho es cierto.

Me giré hacia ella.

—¿Eh?

—Has dicho que tus dos únicos amigos no te apoyan, lo cual me ofende enormemente porque no me consideres tu amiga a estas alturas. Pero, lo que quiero decir es que no estás sola. Aunque te cueste creerlo, nunca has estado sola.

La última frase quedó flotando en el aire entre nosotras.

Lo había dicho con una certeza inquebrantable, pero yo no estaba tan segura de eso.

—Puede que esos dos palurdos no te apoyen, pero yo sí lo hago. — Se puso en pie con esa sonrisa juguetona que conocía demasiado bien y me quitó la copa de las manos—. Así que basta de vino por hoy, porque esta noche nos vamos de fiesta.



25

Beth, la responsable de que al final terminara sentada en un taxi de camino a una discoteca, estaba a mi lado, junto a la otra ventanilla, disfrutando de las mismas vistas que yo.

Las luces de la ciudad de Washington se deslizaban como estrellas fugaces más allá de la ventana. Hacía rato que habíamos dejado el pueblo atrás con la intención de sumergirnos en el bullicio nocturno de la ciudad.

Las últimas horas antes de marcharnos se alargaron tanto que nos faltó poco por no salir esa noche. Al ser un plan improvisado, Beth no había venido preparada para la ocasión, así que me ofrecí a

prestarle algo. Pero cuando empecé a sacar ropa de mi armario, fue todo un desafío encontrar algo que realmente le gustara.

Casi entró en pánico al ver que solo le ofrecía vestidos y faldas. Su expresión fue un cuadro viviente de horror ante la sola idea de vestir algo que pudiera revelar más de lo que ella estaba dispuesta a compartir. Por lo que finalmente optó por un sofisticado pantalón acampanado.

591

No es que se sintiera muy cómoda con ellos, de hecho no paraba de repetir que solo le faltaba una peluca afro y unas gafas de sol enormes para parecer una estrella de los años sesenta. Pero al menos así nos asegurábamos de que el a-tuendo no fuera un impedimento para poder entrar.

La verdad es que las botas negras que seleccioné para ella, en combinación con el pantalón y el top que escogió del mismo color, le favorecían extraordinariamente. Todo el conjunto armonizaba a la perfección con su cabello oscuro, que había decidido llevar suelto, cayendo con naturalidad hasta los hombros.

Por mi parte, había optado por un vestido que rara vez encontraba la oportunidad de sacar de mi armario. Era un vestido de seda azul celeste, que complementaba a la perfección con el color de mis ojos. O eso me decía mi padre cada vez que lo veía en mi armario.

Su corte era elegante pero sutil, con una caída que se ajustaba delicadamente alrededor de mi cintura antes de fluir libremente hacia abajo, terminando justo por encima de las rodillas. La tela capturaba la luz de manera exquisita, brillando con un lustre tenue cada vez que el taxi pasaba bajo las luces de la calle.

Al igual que Beth, yo también decidí dejar mi cabello suelto esa noche, cayendo en suaves ondas hasta casi alcanzar mis caderas.

Lo cierto es que estaba muy contenta de cómo había quedado mi look final. Hacía demasiado tiempo que no dedicaba un poco de tiempo en mí, en verme y sentirme bien.

Lo que comenzó a parecerme un grave error fue la elección de esos malditos tacones. Aunque eran estéticamente hermosos, con delicados cordones blancos que se enredaban alrededor de mis tobillos, resultaban ser tan bellos como implacablemente incómodos. Ni siquiera había salido del taxi y 592

ya me estaba planteando liberar mis pies de esa tortura e ir descalza.

Era la primera vez que salía no solo del pueblo, sino de casa. Me costaba una barbaridad encontrar cualquier excusa para salir, pues era el único lugar en el que nadie me juzgaba.

Los ciudadanos terminaron enterándose por la propia policía, y eso incluía a Landon y Lexi, que el día del incendio me escapé con el temido asesino Nolan Jenkins. Una parte de mí me dolía que ni siquiera hubiesen tratado de negarlo, pero la realidad es que demasiada gente lo había presenciado como para que sirviera de algo.

Y ahora todo el mundo sospechaba de mí.

Durante esos tres largos meses, tuve que soportar miradas llenas de reproche en cada lugar al que iba. Incluso una mañana, al despertarme, me encontré con un graffiti ofensi-vo en mi puerta en el que habían escrito "quién defiende al diablo, arderá en el mismo infierno". Fue Steve quien me avi-só, cuando iba a entregarme el periódico.

Era evidente que la gente me veía como una amenaza, o peor aún, como una cómplice de un peligroso criminal. O me tenían odio o miedo, una de dos. Así que al final creí que lo mejor sería permanecer en casa y salir solo si era estrictamente necesario, al

menos hasta que la gente olvidara lo ocurrido y el tiempo fuera mi único aliado.

El vehículo se detuvo justo delante de la entrada de la discoteca, haciendo que dejara de lado mis pensamientos.

Pagamos al taxista y salimos del coche, adentrándonos en la noche. En el momento en que mis pies tocaron el pavi-mento, aún atrapados en los confines de mis tacones, sentí el cambio abrupto de ambiente. A pesar de estar a mediados de junio, en Washington siempre hacía frío por la noche.

Beth se colocó a mi lado y enroscó su brazo con el mío.

593

—¿Lista para pasarlo bien? —me preguntó con esa chispa de entusiasmo en los ojos.

Hice todos mis esfuerzos por poner mi mejor cara y asentir, obligándome a mí misma a responder que sí. Pero, ¿lo estaba?

Al llegar, nos encontramos con una larga cola que serpen-teaba hasta perderse de vista. En ese mismo instante eché de menos mi tranquila comunidad. Solo esa cola de personas ya eran todos los habitantes de Harpers Ferry.

Antes de que pudiera sugerir esperar nuestro turno pacientemente, Beth evaluó la situación con una mirada cons-pirativa y comenzó a avanzar hacia la entrada, esquivando a la multitud como si nada y ganándose miles de miradas de reproche.

No parecía poder importarle menos.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté en un susurro, tratando de seguir su ritmo.

—Sígueme y actúa normal.

Antes de que pudiera procesar su plan, ya estábamos en la puerta. Su actitud despreocupada contrastaba con mi nerviosismo, pues apenas habíamos entrado y ya corríamos el riesgo de que no lo hiciéramos si nos metíamos en líos.

Se colocó disimuladamente al lado de los guardias de seguridad, dos hombres que debían medir dos metros y pesar al menos cien kilos cada uno. Eran auténticos armarios empotrados con brazos.

—¡Oh, no! —exclamó lo suficientemente fuerte para asegurarse de ser escuchada, mientras fingía buscar algo en sus bolsillos—. ¡Debe haberse caído dentro! ¡Esto es un desastre!

¡Yo soy un desastre!

Los guardias, inicialmente impasibles, no pudieron ignorar su teatral preocupación. Ahora teníamos ambos pares de 594

ojos de los matones posados en nosotras.

—¿Qué hago, tía? ¡¿Qué hago?! —La seriedad con la que me llamó "tía" casi me hizo soltar una risa. No era un apelati-vo muy usual en Beth que digamos.

Uno de ellos, quizás movido por una mezcla de curiosidad y un destello de compasión, se acercó hacia nosotras.

—Disculpa, señorita, ¿ha perdido algo?

Ella hizo una pausa dramática, mirándolo directamente a los ojos.

—Sí, mi inhalador.

Me giré en redondo hacia ella.

—He salido hace nada de esta discoteca —continuó—, y me acabo de dar cuenta de que no lo llevo encima. Si no lo encuentro en unos minutos, podría tener un ataque aquí mismo.

Los guardias intercambiaron una mirada rápida.

—¿Es asmática?

Beth asintió con seguridad.

—En ese caso, quizás este no sea el mejor lugar para usted

—replicó el otro guardia que seguía en la puerta, dando paso a las personas. Su postura sugería que estaba lejos de ser convencido para dejarnos pasar.

Entonces vi cómo la máscara que se había colocado mi amiga, desaparecía lentamente para dar paso a la verdadera Beth, esa que no temía de absolutamente nada ni nadie.

Desvió lentamente la mirada hacia el armario empotrado con brazos y, sin titubear ni un poco, se plantó delante de él.

Le sacaba por lo menos una cabeza y media, pero aún así elevó el mentón para poder mirarlo directamente a los ojos.

Su cambio de actitud fue tan repentino que incluso el guardia pareció sorprenderse por un momento.

595

—¿Está insinuando algo? Porque, en ese caso, me encantaría que me lo dijese sin rodeos.

—No permito excepciones, eso es lo que estoy insinuando

—respondió el hombre con tono cortante, disfrutando de su pequeño momento de autoridad.

—No es una excepción. He estado hace nada en esta discoteca, por lo que simplemente tiene que volver a dejarnos pasar.

—¿Ah, sí? —cuestionó, impasible—. ¿Puede confirmar que realmente ha estado aquí? Porque no me suena en absoluto, y su amiga tampoco.

Beth, a pesar de estar cerca de ser descubierta, no se dejó intimidar.

—Es curioso, porque yo sí que me he quedado con su cara de Miércoles. —Se cruzó de brazos, alzando una ceja—. ¿No ha cenado hoy? ¿Le ha dejado su mujer? ¿Es eso? Porque no encuentro ningún motivo racional para que no nos deje pasar. Le acabo de decir que puedo tener un ataque de asma y armar un escándalo aquí mismo si no hace lo que le he pedido amablemente, y no parece importarle demasiado.

—El escándalo ya lo está armando usted misma.

Mi amiga soltó un bufido.

—Oh, no me conoce si cree que estoy montando un escándalo. Apenas acabo de empezar.

El hombre soltó un exhausto suspiro, echando un vistazo a las personas que Beth tenía detrás.

—Le agradecería si deja que siga con mi trabajo, estáis formando más cola.

Eso no pareció entrar en los planes de Beth, pues un destello de sorpresa y confusión cruzó su rostro. Supongo que pensaba que su plan funcionaría a la perfección, pero ahora no solo había fracasado, sino que dudaba que nos dejasen 596

pasar aunque hiciésemos esa cola interminable.

—¿Sabe qué? Voy a hablar con su supervisor ahora mismo

—amenazó Beth, con un dedo en alto y una expresión indignada—. ¡Esto es discriminación contra los asmáticos!

El guardia soltó una áspera carcajada.

—Ni siquiera existe eso.

—En realidad, sí —intervine, dando un paso al frente al tiempo en que todas las miradas se posaban en mí.

Hasta ahora me había mantenido al margen de esto, pero no me había gustado con qué aires de suficiencia se había dirigido hacia Beth.

—La discriminación por razones de salud —empecé a decir—, como el asma, está expresamente prohibida por la ley.

De acuerdo con la Ley de Estadounidenses con Discapacidades, se requiere que se hagan ajustes razonables para permitir el acceso a lugares públicos a personas con discapacidades, lo cual incluye permitirles el acceso a sus medicamentos necesarios, como un inhalador. Además, negar el acceso a alguien que necesita un medicamento vital podría conside-rarse negligencia.

Esa era la ventaja de mi carrera, que nadie podía tomarme el pelo cuando se trataba de leyes y regulaciones.

Beth parpadeó, sorprendida, pero rápidamente recuperó la compostura y decidió seguirme la corriente.

—Ehhh, eso es lo que estaba diciendo, sí. —Carraspeó la garganta.

—Así que, le aconsejaría que hiciese caso a mi amiga, si no quiere meterse en problemas legales —añadí.

El guardia frunció el ceño, dispuesto a discrepar de nuevo a pesar de todo. Sin embargo, antes de que pudiera responder, intervino su compañero:

597

—Déjalas pasar antes de que nos metamos en líos.

Retiró la cinta e hizo un gesto para que Beth y yo nos adelantáramos.

Con una sonrisa triunfante, Beth se dio la vuelta y enroscó su brazo en el mío para encaminarnos hacia el interior, dejando atrás al guardia gruñón murmurando para sí mismo sobre las complicaciones de su trabajo.

—¿Asmática? ¿En serio? —cuestioné cuando nos alejamos de ellos.

—Tenía que improvisar, ¿vale? —respondió, encogiéndose de hombros—. No pensaba desperdiciar la mitad de la noche estando en una cola más larga que la lista de deseos de un niño en Navidad.

Negué con la cabeza, divertida.

—¿Y tienes un plan B por si te piden el inhalador?

Beth simplemente sonrió con confianza.

—Siempre tengo un plan B. Pero por ahora, celebremos nuestro pequeño triunfo.

Mi corazón aporreó mis costillas al mismo ritmo de la música que ya se escuchaba desde el pasillo que daba entrada al local. Nada más adentrarnos en el jolgorio de la discoteca, fui abrumada por una oleada de energía contagiosa. La pista de baile, iluminada por luces de colores, estaba llena de gente, todos moviéndose al compás de la

música, como si no tuviesen ninguna otra preocupación que no fuese contar los cubatas que se beberían esa noche.

Una sonrisa se apoderó de mi rostro mientras absorbía el ambiente festivo que me rodeaba. Supe en ese instante que esta noche sería la primera en mucho tiempo en la que realmente disfrutaría. Esta noche no habría lugar para pesadillas, oscuridad o lágrimas. Solo diversión.

Beth me agarró de la mano y me llevó hasta la barra.

598

—Una buena noche siempre empieza con una ronda de chupitos.

—No estoy muy segura de eso —contesté.

Beth se inclinó a la barra para pedirle al camarero una ronda de chupitos del mejor whisky que tuvieran. Mientras esperábamos a que lo preparara, Beth aprovechó para preguntarme:

—Dime, ¿te has inventado lo de la ley estadounidense y todo ese rollo, o es verdad?

—Es verdad.

—¿Y cómo sabes tú todo eso?

—Siempre se me ha dado bien el derecho —contesté, y técnicamente eso no era mentira.

Abrí los ojos como platos cuando el camarero colocó uno, dos, tres, cuatro, cinco. . ¡Seis vasos!

—¿Seis? —exclamé, volviéndome hacia Beth—. ¿En serio necesitamos tantos?

—¡Eh, que yo solo he pedido una ronda! —se defendió—.

¿Cómo iba a saber que iban a ser tantos vasos?

—Normalmente son cuatro o cinco por ronda —intervino el camarero con una sonrisa amable—. Pero he añadido uno más porque mi compañero quiere invitaros y tomarse un chupito con vosotras.

—¿Quién. .?

Me corté a mí misma cuando, al desviar la mirada hacia el otro lado de la barra para saber quién era su compañero, me di cuenta de que había otro camarero, con el hombro recostado hacia la pared y los brazos cruzados. Tanto Beth como yo tardamos varios segundos en reconocerlo.

—¡No puede ser! —Beth emitió una carcajada, incrédula.

—¿Nils? —murmuré, estupefacta.

599

Era la última persona que esperaba encontrarme.

Iba vestido con el uniforme habitual de los barman que había en esa discoteca, pero a él le sentaba especialmente bien. Llevaba un chaleco de traje negro, una camisa blanca ajustada debajo que delineaba su torso atlético y contrastaba con su tono oscuro de piel, y una corbata negra metida por dentro del chaleco.

Estaba segura de que Nils era el tipo de camarero que capturaba la atención apenas entrabas en la discoteca. Su presencia era tan magnética como su sonrisa, la cual desplegó ante nosotras nada más vernos.

Se despegó de la pared y acortó la distancia que nos separaba, hasta que se plantó delante de nosotras, detrás de la barra.

—¿Qué. .? ¿Qué haces aquí? —pregunté, aún sorprendida porque nos hubiésemos encontrado en un lugar como ese.

Él se inclinó ligeramente hacia delante, apoyando los brazos en la barra.

—Trabajo como barman desde hace dos meses. Al salir del psiquiátrico, necesitaba curro, y aquí me lo dieron sin problemas. La verdad es que no me puedo quejar de este trabajo, me siento muy cómodo en él.

Y no esperaba menos, pues no era solo su apariencia lo que lo hacía destacar. Nils poseía una habilidad innata para hacer que las personas a su alrededor se sintieran cómodas y especiales, así que encajaba genial en estos ambientes festivos y alegres.

Parecía ser ese tipo de camarero que recordaba tu nombre y tu bebida favorita, el que te saludaba con una sonrisa genuina y te hacía sentir como si fueras el único cliente en el lugar, a pesar de la multitud. Hacía que cualquiera se sintiera valorado a su lado.

600

Pero no pude evitar preguntarme cómo logró recuperarse después del incendio. Parecía tan feliz. . y yo, en cambio, todavía seguía teniendo pesadillas de ese día.

—Cuando el hospital. . —Tragué saliva, luchando por encontrar las palabras correctas sin evocar demasiado dolor—, después de lo que sucedió, ¿te dieron el alta, entonces?

No sabía por qué motivo estuvo ingresado en el psiquiátrico, nunca me lo llegó a decir. Pero sabía que, en circunstancias normales, tras un incidente de esa magnitud, no dejaban a los pacientes volver a su vida normal sin más. Lo habitual era que los trasladaran a otro centro.

Al plantear mi pregunta, noté cómo la sonrisa de Nils se desvanecía lentamente, dando paso a una expresión mucho más seria de lo que lo caracterizaba. Era como si acabara de sumergirlo en recuerdos que, presumiblemente, desearía poder olvidar. Me arrepentí enseguida de haber hecho tal pregunta.

Hubo un breve silencio antes de que me respondiera.

—Bueno, la verdad es que mi situación fue un poco diferente. Estaba en mis últimas semanas de tratamiento allí, y entonces sucedió el incendio. Dadas las circunstancias, y después de varias evaluaciones, decidieron hacer una excepción conmigo. Me dieron el alta, pero con la condición de continuar con un tratamiento ambulatorio. Aunque ya lo he terminado, así que soy libre.

Miré de reojo a Beth, la cual lo escuchaba atentamente.

Me pareció extraño que no preguntara por mi caso, teniendo en cuenta que aún consideraba que yo había sido paciente de verdad de aquel hospital. Era lógico que ella tuviera las mismas dudas sobre mí que yo tenía respecto a Nils.

—Solo Amelia y la niña fueron trasladadas a otro centro junto a algunos pacientes —añadió Nils, capturando nueva-601

mente mi atención hacia él.

El simple hecho de pensar en ellas provocó un nudo de incomodidad en mi estómago. No podía evitar preguntarme adónde las habrían llevado, si sería un lugar más seguro que el hospital Henninger, o incluso habían podido caer bajo la custodia de Madeline Gerlach. La sola idea agitaba una tormenta de preocupaciones y preguntas sin respuesta.

—¿Sabes algo de ellas? —Mi voz salió teñida de urgencia y preocupación.

Negó con la cabeza.

—Tengo entendido que están juntas en un centro que se especializa en ofrecer cuidados tanto a adultos como a niños, con programas y espacios diferenciados en base a la edad. Pero, desde que se fueron, no he vuelto a saber nada más de ellas.

La posibilidad de que les hubiera ocurrido algo empezó a carcomerme por dentro a una velocidad vertiginosa. Mis pensamientos comenzaron a jugar en mi contra, tejiendo escenarios sombríos donde las dos enfrentaban situaciones similares a las de los pacientes que había visto en esas habitaciones blancas.

Beth me colocó una mano en mi espalda.

—Estarán bien, no te preocupes. —Me miró fijamente, tratando de infundirme su confianza.

Era como si supiera exactamente lo que estaba pensando.

Pero no podía saberlo, pues nunca le llegué a contar lo que realmente ocurría en ese psiquiátrico, lo que les hacían a todas esas personas.

Y, aunque había estado muy cerca de descubrir la verdad al haber visto con sus propios ojos ese laboratorio, le habían borrado ese fragmento de la memoria.

—Bueno —Beth carraspeó la garganta—, ¿vamos a beber-602

nos esos chupitos o qué?

No había nada en el mundo que ansiara más en ese momento que emborracharme, así que cada uno agarró un vasi-to de cristal e hicimos un pequeño brindis antes de echar la cabeza hacia atrás e ingerirlo de golpe.

En seguida noté el ardor del alcohol descender por mi garganta, como si fuera un río de fuego que quemaba todo a su paso, pero de una manera extrañamente reconfortante.

Apenas había bebido el primer chupito, cuando agarré el segundo. . y el tercero.

—No tan rápido, fiera —dijo Nils, con una sonrisa de lado.

Beth y yo dejamos nuestro pequeño vaso y nos despedi-mos de Nils para aventurarnos en el vibrante mar de gente que llenaba la pista de baile.

Era imposible que estuvieses ahí y no te entraran ganas de pasarlo bien. La gente, la música, los sonidos de risas contagiosas. .

Con la euforia del momento y el calor del alcohol recorriendo por nuestras venas, dejamos que nuestros movimientos fluyeran con total libertad. Nuestros brazos se ele-vaban, nuestras caderas giraban al compás de la música, y nuestros pies seguían cada ritmo de las canciones.

De vez en cuándo iba agarrando mi melena con ambas manos para dejar que el aire pasara por la nuca, pues el sudor ya perlaba mi piel. Pero no era un impedimento para seguir bailando y disfrutando de cada tema que sonaba, que parecía ser mejor que el anterior. O tal vez era cosa del alcohol.

Sea cual fuera la razón, lo estaba pasando increíblemente bien.

Incluso nos unimos a un grupo de personas desconocidas para formar una improvisada competencia de limbo.

603

Dos chicos colocaron horizontalmente sus brazos para que pasáramos inclinados hacia atrás por debajo sin tocar el suelo con

las manos, desafiando nuestra flexibilidad. Y, dado que Beth carecía de esa habilidad, no pude parar de reír. Sobre todo porque, aunque al principio la altura de los brazos fuese relativamente fácil de superar, en cada intento Beth se caía de culo.

—Es increíble lo tuyo —comenté, aún riendo.

—Oh, cállate —masculló, poniéndose en pie y sacudiendo la suciedad de su trasero.

Los brazos bajaron un poco más, aumentando la dificultad.

—Aprende de la experta —dije con una sonrisa desafiante.

Todos los ojos de los presentes que estaban formando un círculo a nuestro alrededor se posaron en mí, expectantes.

Pues había una distancia del suelo que muchos considerarían casi imposible de superar sin la agilidad de un contorsionis-ta.

Me acerqué con decisión hacia el centro, impulsada por los ánimos y las palmas que comenzaban a sonar a medida que avanzaba. Con cada paso, notaba cómo mis movimientos se volvían un poco más torpes, pero me aferré a la determinación de cumplir con el pequeño desafío.

En el momento justo, incliné mi cuerpo hacia atrás con gracia y fluidez, notando cómo todo giraba a mi alrededor.

Sin embargo, a pesar de los efectos del alcohol, logré pasar por debajo de los brazos extendidos sin tocarlos ni perder el equilibrio. Al incorporarme al otro lado, el lugar estalló en aplausos y vítores. Los rostros sonrientes y las voces de ánimo me llenaron de euforia.

Beth corrió hacia mí y se unió a los aplausos, dando saltitos de felicidad.

—¡Increíble! ¡Eres casi tan elástica como los chicles que mastico! —bromeó Beth.

—Había olvidado lo muy malas que son tus comparaciones.

—Mis comparaciones son geniales —protestó—. Y, para que conste, eso ha sido un cumplido.

—Bueno, eso depende del punto de vista, supongo —comenté, divertida.

—Oh, créeme que lo es. Los hombres te lo agradecerán en la cama.

Volteé los ojos.

—Yo estoy encantado de comprobar eso, morena —me susurró un hombre al oído, haciendo que me estremeciera. Ni siquiera lo había visto acercarse.

Hice una mueca al verlo. Debía rondar los cuarenta años, y algunas arrugas ya decoraban sus facciones.

Beth notó mi incomodidad y se acercó, colocándose estratégicamente entre el hombre y yo. Con su característico ingenio, dijo:

—Oye, creo que podrías tener más éxito en el local de la calle siguiente.

—¿Qué local es ese? —preguntó el hombre con curiosidad.

—Un asilo de ancianos.

Hice todos mis esfuerzos por no estallar en carcajadas en ese momento. El hombre parpadeó, sorprendido. Supongo que no era

consciente de lo muy directa que podía ser Beth con la gente, pero yo lo sabía muy bien.

—¿Me acabas de llamar viejo?

—No, te acabo de llamar viejo verde. Son cosas distintas.

Los viejos verdes siempre son viejos, pero los viejos no tienen porqué ser todos viejos verdes.

605

El hombre se enderezó, mirando fijamente a Beth con desdén.

—Suelo recordar las caras de la gente que se burla de mí

—dijo con voz amenazante—, y créeme, la tuya es la primera que recordaré.

Beth lo miró con una expresión desafiante, sin mostrar ni un ápice de miedo.

—Pues, en ese caso, espero que la mía te inspire buenos recuerdos.

—No te pongas graciosa, pelinegra. No te conviene.

Dicho eso, se alejó para unirse con su grupo de amigos.

Todos cuarentones.

—¡Eso, vete con los de tu edad, fósil ambulante! ¡Espero que tengan bastón para cuando se cansen de hablar de política! —gritó Beth.

Comencé a reírme sin parar.

A pesar de que ya se hubiese alejado, decidimos cambiar de lugar y buscar una nueva pista de baile, pues ya no nos sentíamos cómodas en ese lugar.

Sin embargo, mientras bailábamos al ritmo de la música, noté que Beth parecía inquieta. Observaba a su alrededor con una expresión concentrada y el ceño ligeramente fruncido. No le dije nada al principio, pensando que quizás solo estaba echando un vistazo al ambiente, pero su mirada preocupada no pasó desapercibida para mí.

—¿Todo bien? —le pregunté.

Beth titubeó por un momento antes de responder, pero finalmente asintió con una sonrisa forzada.

—Sí, solo que a veces me agobio un poco en lugares con mucha gente.

—¿Quieres que salgamos un rato fuera para tomar el aire?

606

—No, tranquila. Estoy bien.

No estaba muy convencida de que su respuesta fuera sincera, pero decidí dejarlo pasar por el momento.

Nos sumergimos en la música una vez más, pero algo había cambiado. Beth se mantenía constantemente en alerta, como si estuviera en guardia.

¿Qué demonios le pasaba?

Eché un vistazo a nuestro alrededor para tratar de entenderlo, y allí fue cuando me di cuenta de que tenía la mirada clavada en ese hombre de antes, el que me había hecho ese lascivo comentario, junto a sus amigos cuarentones. Parecían seguir cada uno de nuestros movimientos con una sonrisa cínica, hasta tal punto que me empezó a incomodar algo tan simple como bailar.

Un gemido de dolor que escapó de los labios de Beth me obligó a girarme de nuevo hacia ella. Su expresión se contor-sionó en agonía mientras se llevaba una mano a la cabeza con los ojos cerrados, y supe de inmediato que algo andaba mal.

—Beth, ¿estás bien? —pregunté, colocando una mano en su hombro.

—Creo que necesito ir al baño.

—Te acompaño.

Nos abrimos paso entre la multitud para alcanzar el estrecho pasillo que conducía a los baños. La música se amor-tiguó entre las paredes, pudiendo así tomarnos un respiro.

Al llegar al baño, Beth se encerró en una de las cabinas mientras yo me quedaba fuera, esperando a que saliera. Sin embargo, cuando vi que se demoraba mucho, la preocupación dio paso a la desesperación.

Me acerqué a la puerta y di unos golpecitos con los nudillos.

607

—Beth, ¿va todo bien? Me estás preocupando.

—Sí, sí —contestó desde el otro lado de la puerta—. Es que el alcohol no me ha sentado muy bien.

Fruncí el ceño.

—Solo te has tomado dos chupitos.

Yo me había bebido uno más que ella y, aunque comenza-ra a notarme mareada, ni de lejos me sentía tan mal como ella. Aunque supongo que sería cosa del tiempo, pues estaba convencida de que en un par de minutos ya estaría en la ci-ma de una montaña rusa.

—No me juzgues, hacía tiempo que no bebía.

Sí, tal vez era eso. Yo llevaba tres meses bebiendo vino sin parar. Dudaba que mi padre estuviese muy orgulloso de la hija que tendría en este momento.

Beth finalmente salió de la cabina, luciendo un poco mejor que antes, lo que me tranquilizó enormemente. Parecía que el breve descanso le había sentado bien, y esperaba que el malestar pasara pronto.

Abrió el grifo y se mojó la frente con agua refrescante antes de salir.

Choqué de lleno con la espalda de Beth cuando se detuvo de golpe. Fruncí el ceño, desconcertada. Pero no tardé en entender lo que estaba pasando cuando vi que en la pared de enfrente estaba ese hombre que nos había molestado antes.

—Tú. . —murmuró Beth con los ojos clavados en él, apretando los dientes con fuerza.

Miré de reojo hacia el otro extremo del pasillo cuando noté la presencia de otras dos figuras robustas. Eran los mismos guardias de seguridad que habían escoltado la entrada de la discoteca.

Beth también los vio y les dijo con un suspiro de alivio: 608

—Menos mal que llegaron. Llévense a este hombre a un asilo de ancianos, por favor. Ni siquiera sé por qué sigue aquí.

El hombre soltó una risita baja.

—Creo que te has equivocado, pelinegra.

—¿Qué hacíais en el baño? —preguntó uno de los guardias, el que había discutido con Beth en la entrada de la discoteca.

La pregunta nos pilló por sorpresa a las dos.

—¿No cree que eso es muy intrusivo? —Beth se cruzó de brazos.

—Sólo estamos tratando de mantener el orden aquí.

Esta vez fui yo quien hablé.

—¿Y qué orden va a mantener preguntando eso, exactamente? ¿No deberían estar ocupados buscando a personas que realmente causen problemas, como el hombre que tenéis justo delante de vuestras narices, en lugar de interrogar a dos mujeres por ir al baño?

No sabía qué estaba pasando, pero la forma en que nos miraban, en especial a Beth, no me estaba dando buena espina.

—No voy a repetirlo, ¿qué hacíais en el baño?

Beth y yo nos miramos brevemente, intercambiando una expresión de confusión total.

—Esto es ridículo. Vamos, Beth.

La tomé de la mano para que pudiéramos alejarnos juntas de allí. Sin embargo, al pasar entre los dos seguratas, sentí cómo su mano se soltaba de la mía. Cuando volteé para saber qué estaba pasando, comprendí que a ella no la habían dejado pasar.

—Me temo que tu amiga se viene con nosotros.

—Espera, ¿qué?

609

—¿Por qué? —inquirió Beth.

—Este hombre nos ha informado que vas demasiado borracha y estás causando muchos problemas en el estableci-miento —informó el otro guardia, el que al principio se había mostrado cooperativo con nosotras.

Beth abrió la boca, indignada.

—¡Eso no es verdad! —se defendió ella.

—Ha afirmado que estabas en el baño porque te encontrabas muy mal.

—¡Sí, pero porque yo. .! —Apretó los labios con fuerza, co-mo si lo que dijese fuese a empeorar las cosas—. ¡Le aseguro que no estoy ebria!

—Y qué coincidencia que sea la misma chica que nos ha comentado antes que era asmática, ¿no crees? —dijo el guardia con el que Beth había discutido, esbozando una sonrisa victoriosa—. ¿Puedo echarle un vistazo a ese inhalador que mencionaste?

Mierda.

—Mirad, podemos hablar de esto con calma y. . —empecé a decir, pero entonces agarraron a Beth por los brazos como si se tratara de un maldito muñeco.

—¡Eh! ¡Quitadme las manos de encima!

Con un empujón, me apartaron de su camino para que pudieran llevársela.

—¡Soltadla! —grité—. ¡Todo lo que ha dicho ese hombre es mentira! ¡Mi amiga se encuentra perfectamente!

Sin embargo, mis súplicas cayeron en oídos sordos mientras los guardias continuaban arrastrando a Beth por el pasillo. Sentí un nudo en la garganta mientras los veía alejarse, impotente ante la situación.

Justo cuando me disponía a seguirles, el hombre se des-610

pegó de la pared y me impidió el paso. Sus ojos brillaban con malicia mientras me observaba, como si disfrutara del control que ejercía sobre la situación.

—Parece que tu amiga se ha metido en un buen lío.

Mis puños se cerraron con fuerza, conteniendo la furia que se estaba acumulando dentro de mí.

—Le advertí que se arrepentiría de haberme dejado en ridículo —añadió con arrogancia, encogiéndose de hombros—.

Es culpa suya que no tomara mis palabras en serio.

Mi ira creció ante sus palabras. Pude sentir el familiar hormigueo en los dedos de mis manos, el mismo que sentí todas esas veces que mi ira se salió de control. Sabía que tenía que alejarme antes de que las cosas se pusieran realmente feas.

—Déjame pasar —exigí, mi voz firme a pesar del temblor en mis manos.

—¿Y a dónde irás? Ahora estás sola, eso no suena nada divertido.

—Seguro que va a ser mucho más divertido que estar con-versando contigo.

El hombre se acercó un poco más. Su sonrisa tomó un matiz lascivo que me hizo sentir repugnancia.

—Podrías pasarlo muy bien conmigo, morena —dijo con voz suave, pero llena de insinuación—. Mucho mejor que seguir persiguiendo a tu amiguita. A estas alturas ya le deben estar pidiendo un taxi para que se vaya a casa. O, mucho mejor, quizás la policía ya está de camino para que se la lleven a comisaría por haberse colado en la discoteca y mentir al decir que era. . ¿Qué dijo que era? ¿Asmática?

Su carcajada resonó por el pasillo.

—¿Sabes? —prosiguió—. Deberías agradecérmelo. Al menos solo he mentido respecto a ella, para que tú puedas se-611

guir disfrutando de la fiesta. . conmigo.

Un escalofrío recorrió mi espalda ante sus palabras. La sola idea de estar cerca de él me provocaba náuseas.

Mis ojos se estrecharon ligeramente, y mi postura se volvió más rígida. Pero no moví ni un solo músculo de mi cuerpo.

—Aléjate de mí antes de que haga cosas de las que luego me arrepienta.

El hombre, lejos de mostrarse amenazado o incómodo, parecía más bien tomar mis palabras como un desafío.

Su sonrisa se ensanchó ligeramente, como si encontrara divertido mi intento de intimidación.

—Sorpréndeme.

Cerré los ojos por un momento, sintiendo los efectos del alcohol con más fuerza, pero luché contra la embriaguez y me concentré en el hombre frente a mí, imaginando ese hilillo de sangre que era capaz de provocar sin siquiera tocar a alguien. Tal y como sucedió con ese guardia de seguridad.

Con Margot. Con Lily.

Podía hacerlo.

Recordé cómo había utilizado mi habilidad en el pasado, cómo había hecho que la sangre brotara con un simple pensamiento. Tan solo tenía que sentir ese odio y canalizarlo hacia mi objetivo.

Mi concentración vaciló por un momento mientras luchaba contra la sensación de desorientación, pero seguí imaginando la escena que quería que se desplegara.

Pero cuando abrí los ojos de nuevo, me quedé paralizada.

El hombre seguía allí, sin mostrar ni el más mínimo signo de sentir dolor. De hecho, parecía bastante desconcertado por cómo estaba actuando.

612

Sentí el fracaso arder en mi pecho. Creí que funcionaría, pensé que esta vez no sería distinta a las otras veces. Pero no había funcionado. Mis poderes no habían respondido.

Así que ahora solo tenía una posibilidad de salir de aquí.

Huyendo.

Me impulsé hacia adelante, empujándolo por un hombro para deslizarme hacia un lado. Mi movimiento tomó por sorpresa al hombre, pero no pareció ser lo suficientemente rápido, pues logró alcanzar uno de mis brazos. El tirón fue tan fuerte que sentí una aguda corriente de dolor en mi hombro que serpenteó hasta mis dedos. Entonces, antes de que pudiera procesar las opciones que tenía, mi cuerpo se estrelló contra la pared con un impacto brusco.

El hombre me aprisionó contra la pared, rozando partes de su cuerpo con el mío. Sentí un revoltijo en el estómago, una mezcla de asco, miedo y desesperación. Quise gritar, alejarme de él como pudiera y aprovechar la mínima oportunidad para salir de esa, pero una sensación de impotencia me paralizó. Porque, a pesar de que él fuese de por sí más fuerte que yo, no estaba en mis mejores condiciones. El alcohol que fluía por mis venas había alcanzado su punto máximo, y ahora estaba notando todos los efectos en su máximo esplendor.

Notaba mi frente empapada de sudor, mi respiración jadeante por la ansiedad arraigada en mis pulmones y estómago, y una sensación persistente de mareo que hacía que el mundo girara a mi alrededor con tanta vehemencia que estaba convencida de que acabaría perdiendo el equilibrio si seguía en pie.

El momento justo en el que sentí una de sus manos deslizarse por dentro de mi vestido, ahí fue cuando el pánico alcanzó límites titánicos.

613

La palabra que salió por mi garganta estuvo empapada de terror:

—¡Suéltame!

Su aliento caliente rozó mi oído.

—Vamos, morena, si lo estás deseando.

Cada vez que empujaba mis manos temblorosas contra su pecho para tratar desesperadamente de apartarlo de mí, hacía aún más presión. Así que ya solo me quedó gritar todo lo que mi garganta pudo con la esperanza de que alguien me escuchara.

De repente, noté cómo el cuerpo del hombre se separaba con brusquedad del mío.

Un instante de confusión pasó por mi mente antes de que el alivio inundara cada fibra de mi ser. Pero al no tener ningún soporte al que agarrarme, mis piernas fallaron y mi espalda se deslizó por la pared hasta alcanzar el suelo.

Por un momento, todo quedó en silencio. El sonido de mi respiración jadeante resonaba en el pasillo, y podía sentir el latido frenético de mi corazón retumbando en mis oídos. Pe-ro ahora, al menos, podía

respirar. La sensación de asfixia había desaparecido, reemplazada por un aire fresco que llenaba mis pulmones.

Mis ojos se alzaron, tratando de entender lo que acababa de suceder.

Ahora, una figura alta y esbelta había invertido los papeles, pues era mi agresor quien estaba aprisionado en la pared, mientras esa figura borrosa que no distinguía del todo lo agarraba por el cuello con una sola mano. No pareció inmutarse ante sus súplicas.

—Vuelve a ponerle las manos encima y rezarás cada día de tu miserable vida no coincidir en otras conmigo.

Algo en la firmeza de esa voz me resultó reconocible, fa-614

miliar, pero estaba demasiado aturdida y mareada como para hacer que los engranajes de mi cabeza empezaran a funcionar con normalidad.

—No volveré a tocarla, lo. . lo juro. Ahora suéltame, por. .

por favor —le pidió el hombre. No podía verlo del todo, pero se notaba claramente que le estaba empezando a faltar oxígeno.

Lo estaba asfixiando.

Una risa áspera trepó por la garganta de mi defensor, co-mo si su petición le hubiese resultado ridícula.

—Escuchar tus súplicas es una de las cosas más gratificantes que me ha pasado hoy. Pero, ¿escuchar las suyas?

—cuestionó, remarcando cada palabra antes de girar media cabeza para mirarme—. Eso es lo más doloroso que me ha pasado en la vida.

Mis ojos luchaban por mantenerse abiertos, pero cada vez me estaba costando más.

—¡La iba a soltar, de verdad! —exclamó el hombre, su voz debilitándose con cada inhalación.

—No, no ibas a hacerlo. Y solo por eso te mataría con mis propias manos aquí mismo, pero ahora lo último que quiero es otro motivo más para que me acusen de cosas terribles.

Así que, en cuanto te suelte, tienes tres segundos para echar a correr antes de que cambie de opinión.

El hombre asintió reiteradamente, con los ojos abiertos de par en par.

Cuando quedó libre de su agarre, se tambaleó hacia atrás, pero no quiso perder un segundo más. Ni siquiera para recuperar el aire. Echó a correr como un maldito cobarde hacia el otro extremo del pasillo, desapareciendo entre la negrura.

Entonces, la figura que había intervenido se acercó hacia mí con paso firme pero cuidadoso, y se agachó para estar a 615

mi altura. No me hizo falta enfocar mi vista para distinguir su rostro, el reconocimiento llegó a mí como un destello en medio de la confusión.

—Te mataría con mis propias manos —repetí sus palabras con un susurro apenas audible—. Eso solo puede salir de la boca de un asesino.

Él esbozó una pequeña sonrisa.

—Este asesino siempre estará dispuesto a protegerte, princesa.



26

No supe en qué momento perdí el conocimiento, pero cuando abrí los ojos de nuevo, ya no estaba en la discoteca. Me llevó varios minutos reconocer lo que era mi habitación.

Respiré aliviada al saber que estaba en casa, aunque no recordaba cómo había llegado hasta aquí. ¿Alguien me había traído? ¿Había tomado un taxi?

El palpitante dolor de cabeza fue lo único que me ayudó a saber el motivo de que no recordara nada. Tendría que haberme pensado mejor lo de beberme tres chupitos de golpe, especialmente cuando ya había estado consumiendo alcohol durante el día.

Giré la cabeza hacia la ventana, pero no supe distinguir si era de día o de noche ya que las cortinas estaban cerradas.

Me incorporé sobre mis codos con cuidado, pues la habitación se balanceaba levemente a mi alrededor, y cada movimiento brusco solo incrementaba esa sensación.

Mi cuerpo se resistía a levantarse, luchando contra el deseo de dejarse caer nuevamente sobre la cama. Pero necesi-617

taba urgentemente un vaso de agua, de modo que, con un suspiro resignado, aparté las sábanas para ponerme en pie.

Fue ahí cuando me di cuenta de que ya no llevaba mi vestido, sino una camiseta ancha y vieja que solía usar mi padre para dormir, y unos pantalones cortos de algodón. ¿Había tenido fuerzas para cambiarme, a pesar de todo? Tampoco recordaba eso.

La confusión se sumaba a mi dolor de cabeza cada vez que intentaba reconstruir los eventos de la noche anterior, así que lo dejé estar para otro momento en el que me sintiera mejor. O, al menos, para cuando tuviese otro líquido en mi organismo que no fuese alcohol.

Con pasos vacilantes, crucé la puerta de mi habitación.

Había muy poca luz en el pasillo, por lo que intuí que aún sería de noche.

Justo cuando estaba llegando a la cocina, mis piernas se congelaron al distinguir voces en mi salón. Los latidos de mi corazón empezaron a latir frenéticos sobre mi pecho.

Había gente en mi casa.

Y vivía sola.

Me planteé dar media vuelta y salir por la ventana del ba-ño o de alguna de las habitaciones, pero esta era mi casa. Si alguien iba a irse, esa no sería yo.

Me armé de valor y me acerqué al salón con la máxima discreción que pude, tratando de hacer el menor ruido posible. La luz titilante de la única lámpara que había encendida iluminaba débilmente el salón, permitiéndome ver a tres personas.

No sé decir si sentí alivio al darme cuenta de que conocía a cada una de ellas, o sentirme extraña.

Nils estaba sentado en el sofá con una expresión seria, mientras hojeaba concentrado el periódico que dejé el día 618

antes encima de la mesa, donde aparecía la noticia del incendio del psiquiátrico. Aún llevaba el uniforme de barman, aunque se había aflojado un poco la corbata.

Beth daba vueltas de un lado a otro, nerviosa. Parecía co-mo si estuviera a punto de decir algo, pero se detenía antes de abrir la boca, reconsiderando sus palabras una y otra vez.

Ella tampoco se había cambiado de ropa, pues lo que llevaba puesto era mío.

Y luego lo vi a él.

Tenía la espalda apoyada en la pared más cercana a mí, con los brazos cruzados sobre el pecho y una mirada pensativa en su rostro. Su cabello oscuro caía de manera desenfa-dada sobre su frente. Desde su perfil, podía ver la perfecta línea que marcaba su mandíbula, fuerte pero suavizada por la sombra de una barba incipiente, y su nariz recta y bien definida.

A pesar de todo, parecía algo cansado. Todos en general tenían un aspecto exhausto, como si esa noche nadie hubiese descansado lo

suficiente.

Pero, lo que realmente me importaba saber no eran las horas que habían dormido, sino qué demonios hacían esos tres juntos en mi salón.

Por un lado, Nils parecía extrañamente relajado, a pesar de saber que Nolan también estaba allí, compartiendo el mismo espacio con un asesino. Y, sin embargo, parecía importarle más no saltarse ni una sola línea de ese periódico.

Lo que también me desconcertó fue la aparente calma de Beth. ¿No se daba cuenta de quién era el chico que tenía enfrente? ¿Acaso no sabía que era el asesino del que tanto le había hablado durante todo este tiempo?

No estaba entendiendo absolutamente nada.

—Tendremos que hacerlo con discreción —estaba dicien-619

do Nolan en ese momento—. Ahora mismo me está buscando un país entero, por lo que más nos vale no cagarla o, por el contrario, no tendremos otra oportunidad.

Alternó la mirada en esos dos cuando un denso silencio se extendió por mi comedor.

—¿Por qué no decís nada? —preguntó.

—Estoy pensando —dijo Beth.

—Y yo leyendo —añadió Nils, sin despegar los ojos del periódico.

—No hay nada que pensar, ya he elaborado el plan. —Sus ojos volaron hacia Nils—. Y tú deja de leer. Esto es importante.

—Para vosotros —repuso—. Yo ni siquiera sé qué hago en este fregado.

Nolan estuvo a punto de decir algo, pero su expresión cambió sutilmente al percibir mi presencia. Giró la cabeza lentamente hacia mí y se despegó de la pared, dejando caer sus brazos y analizándome con esos oscuros ojos.

Beth, al notar su cambio de atención, siguió su mirada y detuvo sus pasos al encontrarse conmigo parada en medio del pasillo.

—Jules. —Ella pronunció mi nombre.

Mi nombre real.

—Esto se va a poner interesante —murmuró Nils, dejando el periódico en la mesa.

Tenía muchísimas preguntas en la cabeza, pero la primera duda que me surgió fue cómo se había enterado Beth de mi verdadera identidad. Era consciente de que tarde o temprano tendría que enfrentar esa conversación, pero preferiría haber sido yo quien se lo contara, para poder darle todas las explicaciones que merecía.

620

—¿Le habéis contado quién soy en realidad? —le pregunté a los demás, incrédula—. ¿No podíais haber esperado a que. .?

—Siempre lo he sabido, Jules —me interrumpió Beth.

Espera, ¿qué?

Si antes me dolía la cabeza, ahora se volvió insoportable.

La examiné minuciosamente con la mirada, buscando cualquiera señal que refutara esa verdad. Porque me negaba a creer que era cierto, que supo desde el principio que era una investigadora privada infiltrada en el psiquiátrico.

—¿Cómo. .?

—Deja que te lo explique.

Cuando avanzó, yo di un paso atrás, alejándome un poco más.

—No —la corté, apretando los dientes con fuerza. Me sentía una completa idiota—. ¡¿Has estado sabiendo durante to-do este tiempo quién era en realidad y me lo has ocultado?!

Beth mantuvo la calma ante mi arrebato, pero pude ver un destello de incomodidad en sus ojos.

—Sí, lo supe desde el principio —admitió en un murmuro.

Comencé a sentir una creciente desconfianza hacia ella.

Hacia todos los que me rodeaban.

—Entonces, ¿has estado fingiendo todo este tiempo? —Mi voz temblaba por la furia reprimida.

Beth asintió con pesar.

—¿Y la parte en la que eras mi amiga? —inquirí, mis palabras se quebraron—. ¿También has estado fingiendo eso?

Las lágrimas amenazaban con emerger. Ella no podía haberme mentido también.

—No, Jules. En eso no he fingido en absoluto —respondió con sinceridad—. No sería capaz.

621

No me la creía, ya no creía a nadie. Todos acababan de-cepcionándome de un modo u otro.

—Tú también me has mentido, y no te juzgo por ello

—empezó a decir, pero no podía mirarla a la cara—. Porque sé que no te quedaba otra opción. Lo entiendo, ¿vale? Pero debes entender que yo tampoco tenía otra alternativa que o-cultarte la verdad todos estos meses.

Me quedé sin aliento, golpeada por sus palabras. Tenía razón. Maldita sea, por supuesto que la tenía. Pero eso no hacía que doliera menos.

—¿Y qué razón tenías tú para mentir?

—Debía proteger a mi primo.

—¿Quién es tu. .?

Y una sola mirada suya dirigida hacia una persona presente en ese salón bastó para que comprendiese lo que estaba pasando. No hizo falta que emitiera ninguna palabra cuando sus ojos se desviaron hacia Nolan.

Una risa tosca escapó de sus labios.

—Tiene que ser una broma.

Empecé a negar con la cabeza, sintiendo cómo mi estómago se contraía y una oleada de náuseas amenazaba con expulsar todo lo que tuviese en mi organismo. Mi cabeza da-ba vueltas, intensificando cada vez más esa sensación de vértigo.

Ese cabello que compartían, negro como el azabache, esos ojos color avellana, ese carácter que usaban con los demás. . Era evidente que tenían la misma sangre.

La traición de Beth me dolía profundamente, pero no podía culparla. En realidad, no podía culpar a nadie. Y eso es lo que más me estaba quemando por dentro. Después de todo,

¿quién era yo para juzgarla? No podía pedir que fuera sincera conmigo, cuando yo no lo fui con ella desde el principio.

622

—Ha llegado el momento de que sepas toda la verdad

—habló Nolan, haciendo que girara la cabeza hacia él.

—¿Cuál de todas? —recriminé.

—La única que hay.

—¿Y cómo sé que no me mentiréis?

Nolan sostuvo mi mirada con seriedad antes de avanzar hacia mí con pasos cautelosos.

Tuve el instinto de retroceder, pero permanecí en mi sitio cuando metió la mano en el bolsillo de su pantalón y sacó u-na mariposa de papel, esa que tenía tanto significado para ambos.

—Porque ya la sabes —respondió—, solo te ayudaremos a encajar las piezas que quedan del rompecabezas.

* * *

Estábamos los cuatro de pie, alrededor de la mesa del comedor, rodeados de periódicos, fotografías y documentos esparcidos por la superficie. Había sacado todos los informes que había recopilado del caso de Nolan.

—Has estado persiguiendo al asesino equivocado. Te lo advertí desde el principio.

Alcé la mirada hacia Nolan, quien acababa de decir eso.

Supe que esas palabras se quedarían conmigo mucho después de que la conversación hubiera terminado.

—Si eso es cierto, ¿quién es el culpable de todos estos crímenes? —cuestioné, señalando los papeles esparcidos sobre la mesa.

—Eso me pregunto yo —murmuró Nils, con una expresión de disgusto al observar una de las imágenes que sostenía en sus manos. En ella aparecía el cadáver de una pobre chica 623

con los brazos torcidos de una forma inhumana.

Él y yo nos estábamos enterando de todo al mismo tiempo, lo cual me reconfortó enormemente pensar que había alguien honesto que sí que había sido sincero desde el minuto uno.

Durante nuestra breve conversación, me relató cómo vio a los guardias llevándose a Beth hacia la puerta de la discoteca, por lo que decidió ir a buscarme, sospechando que me habían dejado sola. Sin embargo, para su sorpresa, ya había alguien cuidándome.

Entonces los tres me llevaron a casa, y así fue como acabaron congregados en mi salón.

—No es solo una persona, hay varias involucradas —aseguró Beth.

Mis cejas se alzaron en sorpresa.

No había considerado eso. De hecho, no había considerado nada. Había estado tan enfocada pensando que solo había un responsable, y que ese era Nolan Jenkins, que en mi mente no cabía otra posibilidad que no fuese esa.

—¿Varias personas? —repetí con voz temblorosa, pensando en lo mucho que se estaban complicando las cosas. Pues ya no estábamos hablando de un asesino, sino de varios.

Beth intercambió una mirada con Nolan, indicándole que era su turno de hablar. Probablemente prefería que fuera él quien lo dijera.

—El hospital psiquiátrico Henninger ha estado maquillan-do los crímenes como suicidios para ocultar la verdad —sentenció Nolan.

Mis ojos se abrieron de par en par, asimilando la gravedad de las palabras que acababa de pronunciar.

Esa era una acusación muy fuerte, y si era cierta, entonces estábamos frente a una conspiración de proporciones e-624

normes.

—Y tú sabes esa verdad que querían ocultar, Jules —corro-boró Beth —. Tú misma la has vivido.

Entonces todo cobró sentido.

La verdad no era otra que los experimentos inhumanos que habíamos sufrido, tanto Nolan como yo. Pero no solo nosotros, sino muchos jóvenes. Jóvenes que tal vez no habían tenido la misma suerte que nosotros, y perdieron la vida debido a esas prácticas atroces. Y para encubrir estos crímenes, los responsables simplemente los catalogaron como suicidios.

El peso de esa revelación me golpeó como un martillo directo a las costillas, dejándome momentáneamente sin respiración. Durante mucho tiempo había estado cegada por la idea de que Nolan era el culpable, incluso de esos suicidios, sin siquiera considerar la posibilidad de que hubiera más de lo que pensaba detrás de todo esto.

La primera persona que cruzó mi mente de inmediato fue Alyssa. Si Adler hubiese descubierto que en realidad su hermana había sido sometida a esos crueles experimentos, habría cargado con un dolor que ni él mismo hubiese sido capaz de llevar.

Tuve la oportunidad de decírselo, pues lo descubrí mucho antes, en mis recuerdos. Sin embargo, preferí que su partida estuviera libre de

preocupaciones, muriendo en paz.

—Dios mío —susurré, apenas dejando escapar un hilo de voz.

—Sé que es difícil de digerir —respondió Beth, con un ápice de empatía.

¿Difícil de digerir? Era mucho más que eso.

Era una jodida locura.

625

Pero, todavía había aspectos que no encajaban del todo en esa supuesta verdad. Eso explicaba los innumerables suicidios que había en el psiquiátrico, pero. .

¿Qué pasaba con los secuestros y las muertes fuera del psiquiátrico? ¿Acaso también estaban vinculados al hospital?

Según los informes, las desgracias comenzaron justo cuando Nolan apareció en el pueblo. Pero, ¿qué conexión tenía él con todo esto?

Fruncí el ceño, tratando de ordenar mis pensamientos caóticos. Tenía la sensación de estar frente a una verdad a medias.

—Sé lo que estás pensando —afirmó Nolan, con los ojos clavados en mí—. El psiquiátrico ha estado detrás de cada u-na de esas muertes, incluso de los secuestros. Han estado o-perando en las sombras durante años, y nadie se ha dado cuenta.

Me estaba empezando a marear, y ya no sabía si era por la resaca o la cantidad de información nueva que estaba recibiendo. Quizás un poco de ambas.

—¿Cómo es posible? —pregunté. A duras penas lograba articular palabras, como si mi lengua estuviera atada en nudos—. ¿Cómo

pudieron salirse con la suya durante tanto tiempo sin que nadie lo notara?

—Porque son expertos en ocultar la verdad —contestó Nolan con resentimiento—. Manipulan los informes, silencian a quienes intentan revelarla y mantienen a todos bajo su control.

Recordé las palabras del inspector Foster cuando me explicó el caso de Nolan. Al principio, todo parecía señalarlo como el responsable de una serie de crímenes horribles, y la forma en que el sistema parecía doblarse ante él solo reforzaba ese odio. Pero ahora veía las cosas con una claridad 626

nueva.

No era Nolan quien manipulaba los hilos de la justicia, si-no el psiquiátrico Henninger, ocultándose en las sombras co-mo malditos cobardes mientras el pueblo apuntaba con el dedo al asesino que ellos mismos se habían encargado de es-tigmatizarlo como tal, pues les convenían que creyeran que un asesino despiadado era quien estaba detrás de todo esto.

Y, en realidad, tenía todo el sentido del mundo. A Nolan se le categorizó como uno de los criminales más peligrosos del país cuando llegó al pueblo, tras la cantidad de muertes que supuestamente estaba ocasionando en una comunidad tan tranquila como lo era Harpers Ferry.

Aunque no solo por eso, sino por la forma en que desfigu-raba los cadáveres y los dejaba tirados a la vista de cualquiera, el hecho de que incluyera a niñas en su larga lista de víctimas y no tuviese compasión ni por los más pequeños y vulnerables. . Todo eso solo sirvió para alimentar el terror que el psiquiátrico necesitaba para cubrir sus huellas.

Madre mía.

Era un plan maestro de manipulación.

—Aunque esto que me estás diciendo fuera cierto, ¿cómo puedo estar segura? Tenemos montañas de pruebas en tu contra, pero del psiquiátrico no tenemos nada. Nada que nos haga sospechar siquiera que tienen algo que ver en todo es-to.

—Las pruebas siempre han estado allí, Jules. En tu mente, en tus pesadillas, en tus recuerdos. Lo que viviste, lo que presenciaste. . eso es la verdad. Por eso nadie la sabe, solo los que la hemos vivido.

Me quedé en silencio, procesando sus palabras.

—Así que, ¿no eres un asesino?

—Nunca lo he sido.

627

Quería creerle, y estuve a punto de hacerlo, hasta que me vino algo a la mente. Me dirigí hacia uno de los cajones del armario y lo abrí, encontrando algo que agradecía haber guardado durante todo este tiempo.

Al regresar a la mesa, le entregué la carta firmada con su nombre. Tenía mis sospechas, pero ahora que lo tenía enfrente, me las podría confirmar.

—Entonces, ¿qué es esto?

Nolan cogió la carta, dubitativo.

A medida que la leía, sus espesas y oscuras cejas se fruncían aún más. Sus ojos se deslizaron por las líneas escritas con una expresión de incredulidad creciente. Cada palabra parecía sumarlo a un mar de dudas.

—Yo no he escrito esto —sentenció finalmente, levantando la mirada hacia mí con un desconcierto evidente.

—Eso pensé yo —murmuró Beth.

—Yo tampoco lo creí, pero entonces… ¿Quién ha sido?

—pregunté, sintiendo cómo aumentaba mi intriga.

Volvió a mirar la carta, y entonces en su rostro se asomó una mueca donde se dibujaban unos dientes perfectos y alineados, como si hubiese atado cabos.

Esa sonrisa, esa maldita sonrisa, aunque no hubiese sido genuina, era la más bonita que había visto en toda mi vida. Y

la acompañaban unos labios carnosos y simétricos que me hicieron desconcentrarme antes de preguntar lo que quería preguntar.

—¿Qué ocurre?

—Sabían que la policía la encontraría. Lo han hecho a propósito.

—¿De qué estás hablando?

—Ha sido Madeline Gerlach y su gente.

628

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Han suplantado mi identidad para asegurarse de que me envíen a un psiquiátrico —continuó—. Porque saben que si me envían a la cárcel, ya no estaré bajo su control.

Comencé a sentirme mal por él, por todas las veces que lo había llamado asesino, por todas las acusaciones horribles que le había hecho, por haberle echado en cara su supuesta maldad cuando en

realidad era solo una persona tratando de sobrevivir en un mundo que, a pesar de que hubiese crecido, seguía siendo cruel.

Lo había etiquetado como un monstruo sin siquiera considerar la posibilidad de que fuera simplemente una víctima más en todo este caos.

—Con vuestro permiso, me voy a tomar el aire —dijo Nils con una palidez en el rostro algo inusual—. Acabo de tener u-na sobrecarga de información.

Beth se levantó y lo acompañó, saliendo de mi casa para quedarse en el porche con Nils. Ahora, Nolan y yo estábamos solos en mi comedor.

—¿Por qué a ti? —inquirí.

Es decir, ¿por qué el psiquiátrico lo eligió a él para inculparlo? ¿Fue sin motivo o había otra razón?

—¿Recuerdas cuando salimos del psiquiátrico y me dijiste que no entendías por qué me convertí en un monstruo?

—Nolan, no lo sabía. Yo. .

—No te estoy culpando —me interrumpió—, solo quiero que lo recuerdes.

Inhalé profundamente antes de asentir.

—Tan solo era un crío cuando a ti te enviaron de vuelta al orfanato. Tú tenías trece años y yo quince. Creíste que fue a partir de ahí que comencé a delinquir, que tuve una carrera 629

delictiva tan larga que estaba destinado a ser un delincuente reincidente. Pero no fue así, porque a mí no me liberaron.

Mis labios se entreabrieron.

—¿Seguiste en ese lugar? ¿Con esas personas?

Asintió con un gesto pesaroso. Sus ojos bajaron momentáneamente, como si reviviera aquellos recuerdos con cada parpadeo.

—¿Por qué?

—Hice un pacto con ellos. Si dejaban que te marcharas, yo ocuparía tu lugar.

Un nudo empezó a instalarse en mi garganta, apretándola con fuerza y amenazando con ahogarme.

—¿Cuánto tiempo estuviste, Nolan?

Su mandíbula se tensó, pero no dijo nada.

—Responde.

—Eso ahora no importa.

—Sí que importa. ¿Cuántos años estuviste siendo tortura-do? —repetí la pregunta, sintiendo el peso de la rabia acumulándose dentro de mí.

Una sombra cruzó por su rostro antes de que pudiera o-cultarla.

—No lo recuerdo.

Mentira.

—¿Cuánto, Nolan?

Sus ojos esquivaron los míos por un instante antes de volver a encontrarse con los míos.

—Diez años.

Aspiré una brusca bocanada de aire. El aliento se me cortó por un instante.

—¿Dejaste que te torturaran durante diez años solo para 630

evitar que yo ocupara ese lugar?

Nolan no dijo nada, y sentí cómo la impotencia dentro de mí. El aire que respiraba se me quedó atrapado en los pulmones por un momento.

—Eras solo un niño —murmuré con los ojos cristalizados, recordando ese Nolan pequeño y sonriente al que había visto en mis recuerdos.

—Tú también.

—Maldita sea, Nolan. ¿Por qué lo hiciste?

—No podía verte sufrir.

Nuestros ojos se encontraron en un silencio cargado de emociones que hasta ahora había estado ignorando.

—En algún momento tuvieron que liberarte, porque vivías en Toronto. Además, fuiste boxeador. Y uno bastante bueno.

Tuviste la oportunidad de tener una vida normal.

—Sí, la tuve. —Se pasó una mano por su cabello, un gesto que denotaba su tensión—. Me dejaron en libertad a los dieciocho años. Fue entonces cuando descubrí el boxeo. Sentía tanta rabia, no solo por lo que me hicieron a mí, sino por el daño que te causaron a ti. . que necesitaba desahogarme de alguna manera, canalizar toda esa furia. Resulté ser bueno en el ring, así que empecé a competir. Pero un día perdí el control en una pelea. Maté a mi contrincante. Fue un accidente, no pude controlarlo.

La noticia que leí con Lexi vino a mi mente como un pequeño rayo de luz, proporcionando un poco de claridad. Según los periódicos, el joven con el que competía Nolan ese día sufrió un paro cardíaco durante el combate, muriendo al instante.

Pero, en realidad. .

—Fuiste tú. . —susurré, asimilando la impactante verdad.

631

Nolan asintió con solemnidad.

—Todos creyeron que fue un accidente, que mi contrincante simplemente sucumbió a la presión del combate. —Se detuvo antes de volver a hablar—. Solo hubo una persona que pareció darse cuenta de lo que había ocurrido en realidad, alguien que estaba entre el público.

» Se llamaba Nathaniel Schneider. Era un neurólogo muy prestigioso que solía ir a combates de boxeo. Le gustaba la violencia, encontraba placer viendo sangre derramada como si fuera un espectáculo, y disfrutaba escuchando las súplicas de los contrincantes que se rendían al llegar al límite del dolor y el cansancio. Recuerdo sus ojos brillantes de emoción cada vez que un golpe impactaba con fuerza en el ring.

Tragué saliva con verdadero esfuerzo.

No era la primera vez que oía ese nombre, pues le pedí a Foster que lo investigara al pensar que podría ser útil en la investigación. Pero no llegaron a ninguna parte porque hacía años que no estaba en el país.

Comencé a rebuscar entre el montón de papeles e imágenes esparcidas en la mesa, hasta dar con el recorte de la noticia. En ella se veía una imagen en la que aparecía en primer plano a Nolan

entrenando boxeo, y si te fijabas, entre el público había un hombre con el pelo un poco canoso observando la batalla.

Una punzada aguda atravesó mi cabeza. Cerré los ojos por un momento, conteniendo el repentino dolor. Entonces, el rostro borroso que había estado tratando de recordar durante tanto tiempo, finalmente cobró forma en mi mente.

Ese hombre de pelo blanco era Nathaniel Schneider, el mismo que me sometió a esos experimentos. Cuando Nolan me dijo que había tenido al asesino enfrente de mí durante todo este tiempo, nunca pensé que sería en un sentido tan 632

literal.

—Es el mismo que nos torturó —murmuré, y asintió.

—Siempre evitaba mirarlo directamente a los ojos, pues me recordaba a todo lo que te hizo. Pero ese día lo hice, y al-go cambió dentro de mí. Y acabó pagando mi ira la persona equivocada.

Sentí un nudo en el corazón al darme cuenta de que, aunque él había sufrido tanto como yo, se preocupaba más por mí que por él mismo.

—Después del accidente, Nathaniel se acercó a mí. Le pe-dí que se alejara, pues estaba muy furioso. Había sido él quien me había hecho perder el control. Pero entonces me ofreció su ayuda para controlar esa habilidad que nunca pensé que tendría. Me aseguró que podía enseñarme a usarla sin necesidad de dañar a nadie. Estaba tan desesperado, me sentía tan culpable por lo que hice, que acepté su oferta sin dudarlo. —Su expresión se tensó—. Pero fui un idiota al creerle.

» No quería ayudarme, sino convertirme en un arma. Yo mismo había creado una habilidad que estaba fuera de su control, y le interesaba investigar más sobre ella. Por eso, u-na vez me retuvo en

los sótanos, ya no pude salir. Y, una vez más, permanecí allí retenido durante cuatro años. Hasta que apareciste tú.

—¿Y cómo sabías quién era? ¿Cómo te acordaste de mí?

Una leve sonrisa asomó en una de las comisuras de su bo-ca.

—Recordaría esos ojos en cualquier parte, princesa.

Tuve que apartar la vista de él, abrumada por la intensidad de su mirada.

—Sabías que era investigadora privada. ¿Cómo lo supiste si estabas ingresado en el psiquiátrico?

633

—Porque vi a una preciosa morena graduarse en la Escuela Secundaria Roosevelt de Washington.

Abrí mucho los ojos.

—¿Me espiaste?

—Solo quería asegurarme de que estuvieras bien. Pero, cuando me enviaron al psiquiátrico, ya no pude hacerlo. Así que le pedí a Beth que lo hiciera por mí.

Por eso Beth me dijo que, aunque me costara creerlo, jamás había estado sola.

Porque Nolan y ella siempre habían estado allí.

Desvié la mirada hacia la ventana lateral de la puerta, donde vi a Beth apoyada en la barandilla de madera, hablando con Nils. La luz del amanecer que empezaba a filtrarse iluminaba la calidez de su rostro.

—Nathaniel hizo un pacto con el hospital psiquiátrico Henninger para usar sus sótanos —siguió explicándome—, dónde se dedicó a realizar experimentos secretos que desafiaban los límites de la ciencia y la ética. El objetivo principal era desbloquear y utilizar la habilidad de la telequinesis. Lo lla-maron el "Proyecto Mindwave".

Una ola de incredulidad me golpeó de lleno, dejándome completamente aturdida. Nunca había oído de ese proyecto.

—Eligieron el psiquiátrico Henninger por varias razones.

En primer lugar, porque les proporcionaba un entorno cerrado y alejado de cualquiera, ideal para poder llevar a cabo sus experimentos de manera discreta. En segundo lugar, porque ofrecía una excusa perfecta para mantener a los sujetos bajo observación constante, siendo vigilados en todo momento. Y, en tercer lugar, porque la directora de ese centro es ni más ni menos que su esposa.

¿Madeline Gerlach era la esposa de Nathaniel?

634

El miedo se instaló en mis huesos al pensar que había estado meses conviviendo bajo el mismo techo que la hija de los responsables de esos experimentos.

Terminé descubriendo que Lily era la hija de Madeline, pero lo que no sabía es que también lo era de ese hombre que me perseguía en los sueños y me atormentaba en los recuerdos.

«El amor a veces nos lleva a hacer cosas extraordinarias»

Esas palabras que Madeline había dicho una vez, ahora cobraban un nuevo significado.

—Nathaniel no solo era neurólogo —añadió Nolan—, era un científico brillante y ambicioso que había dedicado toda su vida a comprender

el potencial humano más allá de los límites tradicionales. Estaba obsesionado con desbloquear la telequinesis, y no iba a detenerse hasta conseguirlo. Al principio, intentó llevar a cabo sus experimentos tanto con niños como con niñas, creyendo que podrían ser igual de efectivos en el desarrollo de habilidades telequinéticas.

» Sin embargo, descubrió que los niños, por naturaleza, parecían manifestar habilidades telequinéticas de manera más incontrolada y, en algunos casos, peligrosa. Esto hizo que el proceso fuera más difícil de gestionar y que los riesgos para los sujetos de prueba y el personal del laboratorio fueran significativamente mayores. No podía arriesgarse de esa manera.

No supe ni por dónde empezar a asimilar la información.

—Fue entonces cuando el doctor decidió cambiar de enfoque y centrarse exclusivamente en reclutar a mujeres jóvenes menores de treinta años que habían experimentado traumas infantiles y problemas emocionales en sus vidas.

Creía firmemente que las heridas emocionales profundas y recientes son la clave para acceder a las habilidades latentes.

635

Esta nueva dirección en su investigación finalmente le condujo a resultados más prometedores, aunque a un costo humano muy alto.

Dios mío.

Ahora comprendía por qué sus supuestas víctimas eran solo mujeres que no superaban los treinta años.

Un intenso escalofrío me sacudió de pies a cabeza.

—Su obsesión llegó a superar ciertos límites. Estas mujeres, conocidas como sujetos, eran sometidas a un régimen de pruebas

intensivas y sesiones de terapia para desbloquear sus habilidades telequinéticas latentes. Tú lo sabes mejor que nadie.

Sentí un nudo en el estómago.

—Cada una de las mujeres tenía una historia única y dolorosa, desde abusos infantiles hasta tragedias familiares. Ninguna colaboró en su investigación de forma voluntaria, sino que eran niñas de orfanatos que obtenían sus custodias legales, alegando que estaban siendo trasladadas a un entorno más seguro y adecuado para su recuperación.

Es decir, que Nathaniel y su equipo buscaban específica-mente a jóvenes que hubieran experimentado traumas infantiles, ya que creían que estas heridas emocionales profundas podrían ser la clave para desbloquear sus habilidades telequinéticas.

Por eso yo fui una de esas niñas.

Mi mandíbula amenazaba con desencajarse ahí mismo si no estuviera unida a mi rostro.

—Tú fuiste el sujeto más valioso que tuvieron. —Noté có-mo las líneas de sus facciones se endurecían, como si no le gustara admitirlo—. Te llevaron a ese laboratorio cuando eras una niña, entre otras muchas del orfanato, convirtiéndote en la más exitosa de todos los sujetos de prueba en ese proyec-636

to. Tu capacidad para desarrollar una habilidad que nunca antes se había visto era impresionante, e hicieron que te destacara entre las demás participantes.

» Los científicos y médicos del laboratorio estaban impre-sionados por tus resultados, que superaron con creces las expectativas. Sin embargo, a medida que crecías y se daban cuenta del alcance de tus habilidades, te volvías cada vez más peligrosa y difícil de controlar. Creí que esa sería la oportunidad perfecta para que te dejaran libre.

Les hice entender que podías usar tus poderes en su contra o que serías perfectamente capaz de escapar, así que decidieron borrar tu memoria y llevarte de nuevo al orfanato.

Y fue entonces cuando mi padre me adoptó. Recuerdo que alguna vez llegó a preguntar sobre mis verdaderos padres, pero yo nunca le dije nada de ellos. De hecho, jamás los mencioné. Y ahora comprendía el por qué. No era porque no quisiera o me doliera hacerlo, sino porque no los recordaba.

Era una mezcla abrumadora de emociones.

Sentía una profunda ira hacia aquellos que me habían sometido a tal experimento, una tristeza abrumadora por las otras mujeres que habían sido víctimas de su obsesión con la telequinesis, y una desconcertante sensación de pérdida de identidad al darme cuenta de que mi vida había sido moldea-da por mentiras y manipulaciones desde el principio.

Pero también sentía una extraña liberación, como si finalmente hubiese encontrado esa verdad que tanto buscaba.

Nolan me observó atentamente, preocupado, examinando detenidamente mi reacción. Respondí a su mirada, y por primera vez me permití verlo de verdad.

Conocía esos ojos castaños y ese pelo oscuro que en algún momento me hicieron pensar en noches llenas de estrellas, así como la leve y delicada sonrisa que comenzaba a di-637

bujarse en sus labios al percatarse de que, finalmente, había descubierto la verdad.

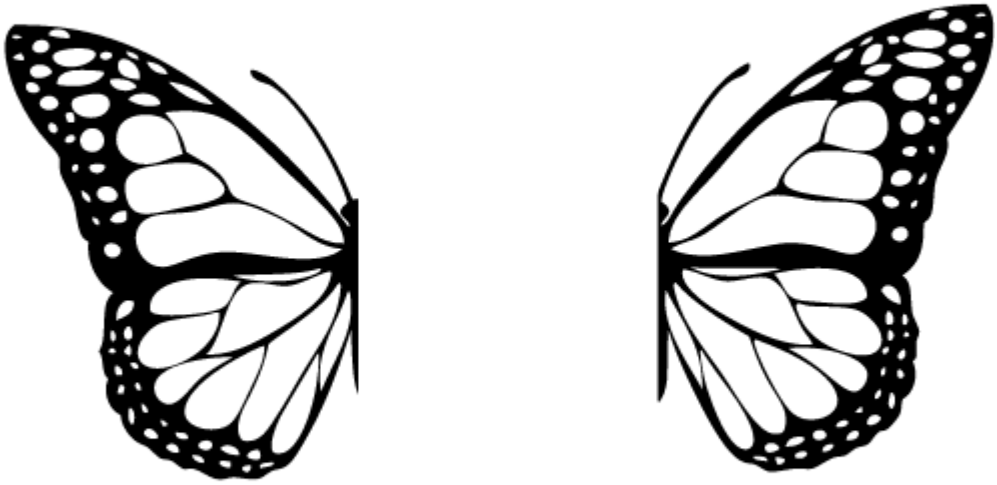
Entonces comprendí que él fue la única persona que me protegió en ese lugar, siendo apenas un niño.

—Pero, si me borraban la memoria, te olvidaría —murmuré—. Y, aún así, aceptaste.

—Tuve que pagar un precio, y ese fue sacrificar nuestro pasado para asegurar tu futuro.

En sus ojos se reflejaba el dolor de esa elección, una decisión tomada desde lo más profundo de su corazón, sabiendo que protegería a la única persona que tenía en este mundo cruel, aunque eso significara perderla para siempre.

638



Desvié la mirada hacia el vaso de agua que Nolan me había traído antes de darle un largo sorbo, tratando de calmar el dolor que me martilleaba la cabeza.

Todo lo que me había contado sobre Nathaniel, Madeline, el Proyecto Mindwave. . Era como si mi vida estuviera cons-truida sobre un lecho de mentiras y manipulaciones, creando una red de engaños que me llevaron hasta aquí.

Me apoyé en la mesa, como si la verdad fuese una entidad tangible y no pudiese soportar su peso. Sabía que aún quedaba mucho por descubrir, pero ahora que conocía la verdad detrás de todas las muertes del pueblo, tenía que hacer algo.

No podía quedarme de brazos cruzados.

Porque, si se habían salido con la suya hasta ahora, podrían seguir haciéndolo. Quién sabe, quizás Madeline y su equipo se habían instalado en otro psiquiátrico y estaban causando estragos en otro poblado.

—¿Por qué no vamos a la policía? —pregunté, alzando la mirada hacia Nolan—. Eres inocente, todos merecen saberlo.

639

—No es tan sencillo.

—¿Por qué no? Podríamos acabar con todo esto de una vez.

—Esto solo acaba de empezar, Jules.

La manera en que lo dijo hizo que todo mi vello se erizara, estremeciéndome.

—¿A qué te refieres? —pregunté, confusa.

Nolan apretó un poco los labios.

—Lo que te acabo de contar es solo la punta del iceberg

—dijo con una seriedad que me heló—. Nathaniel y Madeline no son los únicos involucrados en todo esto. Hay más personas detrás de ellos, personas poderosas que harán lo que sea para proteger sus intereses.

Seguía sin entender qué tenía que ver la policía en todo esto. Nunca comprendí por qué desde el principio se había empeñado tanto en mantener a las autoridades al margen.

Precisamente por eso había estado sospechando durante to-do este tiempo de él.

A no ser que. .

—Espera. Con personas poderosas, ¿te refieres al inspector Foster?

La mirada de Nolan indicó que había dado justo en el clavo, lo que me dejó aún más perpleja.

—Pero, ¿qué tendría que ver él con todo esto?

Nolan se quedó en silencio durante un par de segundos, hasta que reveló:

—Foster es el hermano de Nathaniel.

Sentí como si el suelo se abriera bajo mis pies. Inhalé una bocanada de aire abrupta y mis labios se entreabrieron sin poder controlarlo.

—¿El hermano de Nathaniel? —repetí en un susurro, como si al hacerlo pudiese procesarlo mejor. Pero no sirvió de na-da, estaba igual o incluso más aturdida que antes.

—Todo está conectado de formas que ni siquiera puedes imaginar.

La sola idea de que el inspector Foster estuviera implicado de alguna manera en todo esto me resultaba totalmente desconcertante, pero que fuera el hermano de ese hombre que había cometido tantas atrocidades. . Eso sí que no me lo hubiese imaginado jamás.

Porque, de ser así, sabría entonces desde el principio que los verdaderos responsables de esos crímenes estaban dentro de las paredes de ese psiquiátrico. Y, por supuesto, no me habría enviado allí para investigar a un inocente.

Durante los dos años que había trabajado con él, siempre lo había visto como un hombre dispuesto a sacrificar su trabajo por la justicia, aunque a veces fuera un poco áspero con los demás. Pero jamás pensé que apoyaría ese tipo de experimentos.

—Nunca habría sospechado de él —admití en voz baja, manteniendo mis ojos hacia un punto fijo del suelo—. Siempre lo vi como alguien dedicado a su trabajo, comprometido con la ley.

—Precisamente por eso te envió allí.

Fruncí el ceño, pero me mantuve en silencio, aguardando a que me diera una explicación más clara.

—Aunque sean hermanos, son personas muy diferentes

—comenzó a explicar—. Foster es un inspector de policía que cree firmemente en la justicia y el orden establecido, mientras que Nathaniel es un científico que desafía constantemente las normas preestablecidas. Por eso Foster te envió al psiquiátrico, porque cree que en una prisión podrán contro-641

lar a personas como yo y que un par de autoridades bastarán para hacerse cargo de mí. Pero Nathaniel piensa que somos demasiado peligrosos, por eso se encargó de falsificar todos los documentos que hiciese falta para encerrarme en el psiquiátrico Henninger.

Así que, estábamos ante una disputa entre dos hermanos con dos visiones opuestas, en el que cada uno perseguía sus propios objetivos.

Foster representaba la facción de la ley y el orden, buscando encerrar a Nolan en prisión para contener lo que consideraba una amenaza. Mientras tanto, Nathaniel optaba por métodos más clandestinos, manipulando documentos para confinar a Nolan en el psiquiátrico, convencido de que era la única forma de mantenerlo bajo control.

—Entonces, Foster sabe lo de las habilidades telequinéticas —concluí, y él asintió—. Lo que significa que también es consciente de que tú no eres el responsable de todas esas muertes. ¿O Nathaniel mintió con eso?

—Tu querido inspector lo sabe, Jules. Lo sabe todo.

Sentí un deje de decepción por haber caído tan fácilmente en sus mentiras.

—¿Por qué insistió, entonces, en que encontrara pruebas que sabía de antemano que no existían?

—Hay una sola prueba que podría ser suficiente para en-viarme a prisión, y la encontraste.

—¿Qué prueba?

—Mi informe —contestó, ladeando la cabeza—. Lo hallaste en los archivos del ordenador, ¿recuerdas? Y te diste cuenta de que estaba falsificado.

Iba a preguntarle cómo sabía eso si no había estado allí, pero entonces añadió:

—Si le hubieses enviado ese archivo a Foster, habría sido 642

mi sentencia. Y ahora mismo estaría en prisión.

Aparté la mirada de él.

—Yo. . —No supe qué decir, sintiéndome repentinamente incómoda ante la situación—. Lo siento, es que en ese momento creí que. .

—No tienes que disculparte, al fin y al cabo, estabas ahí para eso, para encontrar pruebas que me incriminaran —me interrumpió, pero aún así me sentí culpable. Si hubiese ido a prisión siendo inocente, no me lo hubiese perdonado jamás—. Hiciste bien tu trabajo, princesa.

Sentí que el rubor subía por mis mejillas. Aunque hubiese recibido varios elogios por mi trabajo, escucharlo de él, especialmente con ese apodo, hacía que tuviese una reacción muy distinta a la de los demás.

—¿Foster sabía quién era? —pregunté, cambiando de te-ma—. ¿Lo que hicieron conmigo? ¿Por eso me envió allí?

—Nadie esperaba que estuvieras ahí, ni siquiera la directora —reconoció—. Por eso creo que fue una simple coincidencia. Seguramente tuvo otras razones para enviarte al psiquiátrico. Tal vez pensó que al ser joven, podrías pasar desapercibida o ser más manipulable. Las personas con experiencia suelen ser más difíciles de engañar.

Recordaba que Madeline mencionó algo sobre mi llegada, como si hubiese sido un regalo para ellos. Ahora entendía a qué se había referido. Cuando descubrieron mi verdadera identidad, vieron una oportunidad perfecta para retenerme de nuevo.

Me sentía como si fuese un ratón al que había vuelto a la ratonera en la que me atraparon.

Me paré a pensar en ese informe, haciendo memoria de todo lo que había leído en él.

—El médico que firmaba esos documentos, murió días an-643

tes de que él pudiera haberlo firmado —empecé a decir—.

Por eso, cuando vi su firma, supe que algo no estaba bien. Si no recuerdo mal, se llamaba Richard James.

Nolan suspiró, como si no le estuviese diciendo nada que no supiera ya.

—Según lo que me contó Beth, James murió en un accidente automovilístico. Sin embargo, ambos creemos que no fue un simple accidente.

—¿Insinuais que alguien causó su muerte?

—Richard James era la mano derecha de Nathaniel, siempre lo apoyaba en todo. Pero cuando se enteró de los planes que Nathaniel tenía conmigo, de volver a retenerme en el psiquiátrico después de haberme liberado, no estuvo de acuerdo. No creía en retener a personas por tanto tiempo, ni mucho menos a someterlas a sillas eléctricas, especialmente a niños. Por eso se negó a ser partícipe en todo esto, renun-ciando al Proyecto Mindwave. Días después, murió.

La conexión entre los eventos comenzaba a hacerse evidente. Definitivamente Nathaniel había tenido algo que ver con la muerte de ese hombre. No tenía pruebas, pero tampoco me hacían falta.

Otra punzada de dolor atravesó mi mente mientras el recuerdo de los sueños regresaba con fuerza. Había algo que había pasado desapercibido hasta ahora. El hombre que aparecía junto a Nathaniel en mis sueños, el que siempre estaba a su lado mientras me sometían a esos experimentos, era Richard James.

Nolan, al notar mi malestar, rodeó la mesa hasta que lo tuve justo enfrente. Con delicadeza, apartó un mechón de cabello detrás de mi oreja.

—Esto que sientes es normal, sucede cada vez que un recuerdo vuelve a tu mente.

644

Su contacto hizo que un revoltijo de mariposas se manifestara en mi estómago.

«Sí, y esto otro que siento sucede cada vez que te acercas» pensé, pero no iba a admitirlo en voz alta.

Suspiré con los ojos cerrados, esperando a que el dolor cesara un poco.

Tenerlo tan cerca hizo que su aroma me embriagara por completo, perdiendo todos los sentidos. Alcé la cabeza y lo miré directamente a los ojos. Nolan sostuvo mi mirada, sin apartar sus ojos de los míos.

En ese momento, pareció que el tiempo se detenía a nuestro alrededor, como si en lugar de estar en mi casa, estuviésemos en mi mente, ese lugar oscuro al que acudía para que no me sintiera sola.

Entonces sentí la necesidad de hacer algo.

Sin previo aviso, me lancé hacia él y lo abracé. Tuve que ponerme de puntillas para envolver firmemente mis brazos alrededor de su cuello. Parecía bastante sorprendido por mi repentino gesto, pero pronto correspondió, rodeando mi cintura con sus brazos y apoyando la barbilla sobre mi cabeza.

Levantó una de sus manos para acariciar mi cabello con ternura, mientras la otra permanecía en mi espalda baja.

—Lo siento —susurré, aún aferrada a su cuello—. Siento haberte tratado así.

Mis ojos comenzaron a arder. Parpadeé rápidamente para disipar las lágrimas. Estaba harta de llorar, pero pensar en todo lo que tuvo que sufrir durante años hacía que el alma se me cayera a los pies.

—No es tu culpa, Jules. Te borraron la memoria.

Que intentara hacerme sentir bien todo el tiempo, impidiendo que pensara que yo era la responsable de todo, solo 645

hizo que las ganas de llorar se intensificaran. ¿Por qué era tan bueno conmigo, después de todo?

—Lo sé, pero había personas en este psiquiátrico que, de algún modo, me resultaban familiares. En cambio, tú. . —Sacudí la cabeza con pesar—. Es como si simplemente nunca hubieras existido. Te miraba y no había nada en ti que conociera. Era como ver un completo desconocido.

Noté cómo la nuez de su garganta se deslizaba, y supe que mis últimas palabras le habían dolido. Nos separamos de nuevo, aunque manteniendo la misma cercanía. Con suavidad, limpió una lágrima solitaria que resbalaba por mi mejilla con su pulgar.

—¿Y ahora a quién ves frente a ti, Jules?

Tragué saliva para deshacer ese maldito nudo que ya se había formado en mi garganta, pero parecía haberse aferrado con fuerza, negándose a desaparecer.

—Veo. .—titubeé antes de continuar—. Veo a ese niño pequeño que siempre estuvo ahí cuando creí que estaba sola.

Veo a aquel chico de cabello oscuro y ojos castaños que hacía todo lo posible para asegurarse de que estuviera bien, incluso cuando él

mismo no lo estaba. Veo a un niño que solo ansiaba escapar de ese lugar, pero que sacrificó esa posibilidad solo para protegerme. No puedo ni imaginarme lo doloroso que debió ser para ti.

Apretó los dientes, haciendo que su mandíbula se tensara.

—Te mentiría si te dijera que fue fácil. Al principio pensé que me acostumbraría a tu ausencia, pero nunca aprendí a vivir sin ti — admitió, y se me rompió el corazón en mil pedazos—. Te veía en cada par de ojos azules, cada sonrisa bonita, cada mariposa de papel. . Te veía en todos lados. Pero sabía que había hecho lo correcto, y si me preguntas si lo volvería a hacer, ya sabes la respuesta.

646

Sí, la sabía.

Su confesión me dejó sin aliento, y sentí cómo mi corazón se desgarraba al escuchar el dolor en su voz. Agaché un poco la cabeza, tratando de ocultar el mar de lágrimas que era, pero sabía que con Nolan era imposible ocultar esas cosas.

Noté su cálido contacto en mi mentón, levantándolo suavemente para obligarme a encontrarme con su mirada. En esos ojos vi un refugio seguro donde dejar caer todas mis barreras y permitir que mi vulnerabilidad se mostrara por completo.

—Jules, no tienes que sufrir en silencio. No conmigo. Estoy aquí para ti, siempre lo he estado, y que no te quepa ninguna duda de que siempre lo estaré.

No había falsedad en sus palabras, era una promesa sincera. Lo había sido desde el principio.

Algo me empujó a desviar mis ojos hacia esos perfectos labios. Estaba convencida de que, detrás de ellos, se asomaba la misma

sonrisa genuina de aquel niño que conocía. Pero a-ún no había tenido el privilegio de verla.

Sus ojos oscuros siguieron mi gesto con la mirada y los clavó en mis labios, percibiendo un atisbo de deseo en ellos.

Podía jurar que estuvo a punto de cruzar un límite, pero justo en ese instante, la puerta de mi casa se abrió.

Nils y Beth entraron en el comedor, inmersos en una animada conversación que se desvaneció en el instante en que nos vieron a Nolan y a mí tan cerca.

Me aclaré la garganta, creando una distancia entre él y yo.

En un intento por romper el silencio que se había apoderado entre los cuatro, le pregunté a Nils:

—¿Estás mejor?

—¿Os habéis besado? —Nils alzó una ceja, ignorando mi cordial pregunta.

647

Mis ojos se abrieron de par en par, sintiendo cómo el rubor volvía a subir por mis mejillas. A Beth se le empezó a asomar una sonrisa divertida en su rostro.

—¿A qué viene esa pregunta?

—¿Ha sido con lengua?

—¿Qué. .?

—¿Sí o no?

—¡No! —contesté con firmeza, esperando que esa respuesta zanjara el tema.

—¿No, qué? ¿Que no ha sido con lengua, o que no os habéis besado?

Por Dios.

—¡Que no nos hemos besado!

—Entonces estoy estupendamente —respondió finalmente, sonriendo de oreja a oreja.

Nolan soltó un resoplido burlón.

—Pues te va a durar poco.

Me giré en redondo hacia Nolan.

¿Acababa de insinuar que. . nos ibamos a besar?

—Bueno —Beth intervino con una risita—, me encantaría seguir con esta maravillosa conversación, pero tenemos un plan que ejecutar.

Entonces recordé la conversación que tuvieron cuando los vi a los tres en el salón. Estaban hablando sobre hacer al-go con discreción.

—¿En qué consiste ese plan?

Fue Nils quien me contestó:

—Vamos a liberar a Amelia y Renata.

* * *

648

Abrí el armario y saqué unos tejanos, un suéter y unas bambas. Me habían dejado intimidad para cambiarme antes de marcharnos, pues

solo me habían dicho que me vistiera, sin darme detalles de a dónde iríamos. Por eso me sorprendió que picaran a la puerta de mi habitación.

—¡Me estoy vistiendo! —les hice saber, mientras me abro-chaba el tejano.

No sé para qué avisé, si entraron de todos modos.

Me apresuré en cubrirme los pechos con el suéter, pues en la parte de arriba solo llevaba puesto el sujetador. Sin embargo, dejé salir el aire que había retenido en mis pulmones cuando vi que era Beth.

Ajustó un poco la puerta detrás de ella, sin cerrarla del todo, y se sentó en mi cama. Nos quedamos mirando en un silencio algo incómodo, como si ninguna de las dos se atre-viera a romperlo.

Justo cuando iba a hablar, ella también lo hizo.

—Lo siento —dijimos a la vez.

Un atisbo de risa surgió entre nosotras y pronto estábamos riéndonos a carcajadas. Me senté a su lado con una sonrisa que poco a poco se fue desvaneciendo.

—De verdad que lo siento, Beth. Deberías haber sido la primera en enterarte de la verdad.

—No me has ocultado nada, lo sabía desde el principio. Así que no había nada nuevo de lo que enterarme.

—Aún así, siento mucho todo lo que te he dicho antes.

Desde que estuve en ese psiquiátrico, cada vez que me enfado con alguien. . No sé, siento que en realidad estoy furiosa conmigo misma. Por no haber hecho las cosas bien, o pensar que podría haberlas hecho de otra manera.

—No tienes que culparte de nada, Jules. Has pasado por mucho. Bastante has tenido con los demás, como para que 649

encima te juzgues tú misma.

Desvié los ojos de ella, sintiendo un nudo en la garganta, y comencé a juguetear con mis dedos, buscando algo en qué concentrarme para evitar su mirada y no sentirme tan expuesta.

Nolan y ella tenían algo en su mirada que te hacía querer apartar los ojos, o simplemente no hacerlo nunca para admi-rarlos.

«Has pasado por mucho»

Ella lo sabía muy bien, porque había estado cerca en cada paso de mi vida. Por eso, apenas necesitábamos palabras entre nosotras.

—Nolan me lo ha contado todo. Me ha dicho que siempre has estado ahí, aunque yo no lo notara. Ni siquiera sé cómo agradecértelo.

Durante toda mi vida me había sentido tan sola, había estado tan convencida de que no tenía a nadie, que descubrir ahora que Nolan y ella habían estado siempre presentes, incluso aunque yo no fuera consciente de ello, era una sensación que no podía explicar.

—Una entrada para un concierto de Chase Atlantic sería suficiente.

Sonreí, negando con la cabeza.

Justo en ese instante, la puerta de la habitación se abrió, haciendo que Beth y yo giráramos la cabeza de golpe hacia Nils, quien acababa de entrar.

—Chicas, ya estamos listos. Cuando queráis. . —Sus palabras quedaron ahogadas cuando Beth agarró un cojín y se lo aventó a la cara.

—¡Que Jules va en sujetador, pervertido!

Bajé la vista hacia mis pechos y me sonrojé de pies a ca-650

beza al darme cuenta.

—¡Y yo qué sabía! —se defendió él, cubriéndose los ojos con el cojín —. ¡La puerta estaba abierta!

Cogí el suéter que había dejado encima de la cama y traté de ponérmelo apresuradamente, pero con las prisas no encontré el agujero para meter la cabeza.

—¡Eso no significa que puedas pasar! —exclamó Beth.

Nils bajó el cojín de su cara para mirarla.

—¡Una puerta abierta siempre es una invitación a. .!

Pero Beth no le dejó terminar, porque cogió otro de mis cojines y se lo lanzó en su dirección, esta vez con mucha más fuerza que antes.

—¡Que no mires!

—¡Vale, vale! ¡Ya me voy!

Se marchó de la habitación.

Me agaché para atarme los cordones de las bambas y recogí mi cabello en una coleta alta, pues me estaba agobiando mi melena. Una vez lista, salimos de mi habitación. Los otros dos ya estaban en el porche de mi casa, esperándonos pacientemente.

—Que sepas que Nils le ha visto las tetas a Jules —le dijo Beth a Nolan nada más cruzar la puerta.

Nolan se giró lentamente hacia el mencionado, clavándole una mirada que habría hecho temblar a cualquiera.

—¡Eso no es verdad! —protestó Nils, visiblemente asustado—. ¡Iba en sujetador!

—¿La has visto en ropa interior? —cuestionó Nolan, incrédulo y enfadado.

—Bueno, técnicamente, eso es mejor que verla desnuda

—murmuró Nils, rascándose la nuca.

—¿Qué te hace pensar que acabas de arreglarlo diciendo 651

eso?

Nolan cada vez parecía más molesto con cada palabra que decía el pobre Nils, quien solo trataba de aligerar el momento.

—¡Oh, vamos, no fue para tanto! —exclamó Nils, levantando las manos en señal de inocencia—. Solo estaba pasando por el pasillo y. . bueno, la puerta estaba entreabierta.

—Eso no es excusa —intervino Beth.

—¡Tú, cállate, chivata! —vociferó Nils.

—Eso decía Gordolix. —Beth suspiró dramáticamente—.

En verdad los echo de menos.

—¿Quién demonios es Gordolix? —Nils frunció el ceño.

Volteé los ojos y bajé las escaleras de mi porche, dejando atrás la ridícula discusión que estaban teniendo entre ellos.

Me dirigía a abrir la puerta del coche de Nils cuando percibí movimiento por el rabillo del ojo.

Oh, no.

—¡Señorita Miller! ¡Qué sorpresa verla!

Hice ademán de abrir la puerta, pero maldije por lo bajo al darme cuenta de que Nils aún no había desbloqueado el coche. Me giré hacia su dirección y los vi todavía inmersos en su debate.

—¿Quiénes son? —preguntó Steve, con su típica actitud entrometida, observándolos.

Se bajó de la bicicleta, dejándola en el suelo.

—Mis amigos.

—¿De verdad tiene? —Alzó una ceja, incrédulo.

Dejé escapar un suspiro, sintiendo cómo la paciencia se me agotaba. Si a eso le sumabas que todavía me dolía la cabeza, iba a terminar con su cadáver en el maletero del coche como no se callara de una jodida vez.

652

Me giré hacia él para enfrentarlo, cruzándome de brazos.

—¿No tienes un diario que entregarme?

—Estamos a domingo, merezco un día libre.

—Pues disfrútalo lejos de mí.

—Oh, no se preocupe por eso. Ya lo daba por hecho. Dudo que pudiera disfrutarlo cerca de usted.

Una vez más, traté de abrir la dichosa puerta del coche, pero seguía cerrada. Una oleada de frustración me recorrió mientras miraba a Nils, preguntándome cuánto tiempo más iba a tardar en desbloquearlo.

Steve, sin dar muestras de querer retirarse, continuó con su interrogatorio mientras se apoyaba despreocupadamente en el capó del coche que había aparcado detrás del de Nils.

—Corren rumores de que anoche se fue de juerga.

—Piérdete, Steve.

Pero él no parecía dispuesto a dejarme en paz tan fácilmente.

—¿A dónde fue?

—Con lo mucho que preguntas, seguro que lo averiguas tú solito.

Justo en ese momento, escuché un clic.

—Gracias a Dios —murmuré, abriendo la puerta y entrando en el coche.

Beth rodeó el coche y se sentó en los asientos de atrás, junto a mí. Nils se colocó en el asiento del conductor, dejando la cartera y algunas cosas suyas en el portavasos, mientras Nolan ocupaba el asiento de copiloto.

Beth y yo nos sobresaltamos al escuchar unos golpecitos en la ventana. Steve tenía el rostro pegado al cristal, observando a mi amiga con los ojos entrecerrados.

—Tú. . —susurró al reconocerla.

—¿Y este quién coño es? —preguntó Nils, girando la llave de contacto, listo para iniciar la marcha. Pero, al estar Steve en la ventana, prefirió esperar a que se fuera.

Pero esperar a que Steve se marchara por su propia cuenta era como esperar a que Selena Gómez y Justin Bieber re-gresaran. Ese

chico era capaz de perder cuatro horas de su valioso tiempo solo en molestar a los demás.

Beth bajó la ventanilla hasta la mitad.

—¿Ya has ido a la policía? —inquirió ella—. Porque todavía no he recibido ninguna denuncia.

—No creas que me he olvidado de usted —replicó con un tono amenazante que no le pegaba en absoluto, pues no inti-midaba lo más mínimo—. En cuanto tenga un momento libre, iré a la comisaría y le denunciaré por agresión.

—¿Un momento libre? —repitió Beth, burlándose de él—.

Pero si cuando lo tienes, lo dedicas a fastidiar a los demás.

—Concuerdo con eso —murmuré.

Al hablar, los ojos saltones de Steve se posaron en mí.

—Usted tampoco se va a librar de esa denuncia, señorita Miller. Tenle claro que no voy a parar hasta que las dos aca-béis en el calabozo por lo menos una noche entera.

Su amenaza sonó más como un berrinche de niño que co-mo una advertencia seria.

—¿Debería haber temblado de miedo con eso? —preguntó Beth, alzando una ceja.

El rostro de Steve se tornó rojo de rabia y vergüenza.

—¡Vais a temblar cuando. .! —Steve comenzó a amenazar-nos, extendiendo la mano hacia nosotras con furia para se-ñalarnos con el dedo índice. Pero, antes de que pudiera terminar, la ventana se subió rápidamente, atrapando su brazo.

El grito de dolor de Steve resonó en el interior del auto-654

móvil mientras se retorcía, tratando de liberarse.

Beth y yo estallamos en carcajadas.

—¡Maldita sea! ¡Soltadme! —gritó, con la voz entrecortada por el dolor.

Pero Nils mantuvo la ventana cerrada con firmeza, sin ceder a sus peticiones.

—¡Duele! ¡Duele! ¡Dueleeee! —lloriqueó.

La sonrisa desapareció lentamente de mi rostro al ver que el brazo de Steve empezaba a adquirir un tono entre rojizo y morado, como si le estuviera cortando la circulación de la sangre.

—Nils, creo que ya es suficiente, ¿no crees? —le dije con un tono de preocupación en mi voz.

—Yo no estoy haciendo nada —aseguró él, con una expresión confundida.

Pero, entonces, ¿quién estaba. .?

Mis ojos se posaron en Nolan, quien había estado sorprendentemente tranquilo para ser él durante todo el rato.

Ni siquiera se había girado para ver la escena.

Oh, por supuesto que estaba tranquilo, porque estaba haciendo exactamente lo que pretendía hacer.

—Nolan, basta.

Sin embargo, la ventanilla continuó ejerciendo presión sobre el brazo de Steve, como si ignorara por completo mis palabras. Steve

comenzó a gemir de dolor mientras su brazo se volvía aún más rojo bajo la presión.

—¡Nolan, detente ya! —exclamé, al borde de la desesperación.

No es que ese chico fuera de mi agrado, pero tampoco pretendía mutilarle un brazo.

Finalmente, después de lo que pareció una eternidad, la 655

ventanilla cedió un poco, permitiendo que Steve liberara su brazo con un suspiro de alivio.

Al fin Nils puso el coche en marcha para irnos.

—¡Esto no acabará aquí! ¡Juro que me vengaré! —chilló Steve mientras lo dejábamos atrás, aunque su voz todavía temblaba por la experiencia.

Me giré hacia Nolan.

—¿Era necesario hacerle eso?

—Sí —contestó, apenas sin pensar.

—¿Qué demonios te pasa? ¡No tienes ni idea del daño que podrías haberle causado!

Nolan se giró hacia mí con una expresión indiferente, co-mo si no entendiera por qué estaba tan molesta.

—Lo hice para que dejara de molestar —respondió con un encogimiento de hombros, como si fuera la cosa más obvia del mundo—. No lo veo para tanto.

—¿Que no lo ves para tanto? —repetí, incrédula—. ¡Casi le dejas sin brazo!

—Y no sería lo único que podría haber perdido si seguía hablándoos de esa manera. Agradece que aún puede tener hijos.

Nils y Beth soltaron una risita silenciosa ante su comentario.

Respiré profundamente, tratando de controlar mi enojo antes de decir algo de lo que pudiera arrepentirme después.

Pensar que podía hacer todo eso tan solo con la mente era. .

fascinante y aterrador a partes iguales.

—¿Vais a decirme cuál es el plan? Ni siquiera sé a dónde estamos yendo.

—Al centro donde están Amelia y Renata —contestó Beth—. Nils se ofreció a llevarnos con su coche, pues es el ú-656

nico que sabe a dónde están.

—Pero, me dijiste que estaban bien —le dije a Nils.

—Eso pensaba antes de que descubriera toda la verdad del psiquiátrico Henninger —respondió él, sin apartar la mirada de la calle por la que estábamos pasando.

—¿Y qué motivaría a un hospital psiquiátrico a entregar a dos niñas sin un permiso legal?

—Hay muchas razones posibles, desde intereses financie-ros hasta manipulación de pruebas médicas —contestó Nolan.

—¿Tenéis dinero que ofrecerles?

—No.

—¿Y pruebas médicas manipuladas?

—Tampoco.

—Entonces, ¿cómo se supone que vamos a hacerlo?

—Por la fuerza —respondió Nolan, como si nada.

Estaba sentada justo detrás de Nils, lo que me permitía tener una vista privilegiada del perfil de Nolan. Llevaba unas oscuras gafas de sol para ocultar sus ojos y evitar ser reconocido por alguien. Su cabello oscuro caía con elegancia sobre su frente, y sus cejas ligeramente fruncidas le daban un aire de determinación, como si se estuviese preparando mentalmente para realizar con éxito el plan que él mismo había elaborado.

La luz del sol filtrándose por la ventana del coche resaltaba los rasgos angulares de su rostro, creando una suave sombra que realzaba su atractivo. Cada gesto suyo, cada movimiento, parecía tener una elegancia natural, como si estuviera siempre en control de la situación.

Involuntariamente, mis ojos se quedaron fijos en él, atrapados por su presencia magnética. Aunque intentaba mante-657

ner la compostura, mi corazón latía con fuerza cada vez que estaba cerca de mí, incluso estar en el mismo coche que él ya me ponía nerviosa. Sin duda, Nolan ejercía sobre mí un po-deroso magnetismo que me resultaba imposible de ignorar.

Me preguntaba qué hubiese pasado si Beth y Nils no hubiesen entrado en casa en ese momento en el que estábamos a solas.

¿Habían interrumpido algo?

Ni siquiera estaba del todo segura

* * *

El centro donde estaban Amelia y Renata no infundía ni una fracción

del temor que provocaba el psiquiátrico Henninger, ni tampoco mantenía el mismo nivel de seguridad estricta.

Por lo que simplemente tuvimos que estacionar el coche en el aparcamiento del centro y cruzar la calle para acceder a él.

Nolan se había puesto la capucha de la sudadera negra que llevaba puesta para ocultar su rostro y evitar que alguien lo reconociera, aparte de las gafas de sol, que no se las había sacado.

Me preocupaba que estuviera arriesgándose demasiado, especialmente considerando que todo el país lo estaba buscando.

Todos nos detuvimos enfrente de la puerta antes de entrar.

—Bien, escuchadme —empezó a decir Nolan—. Nils y yo seremos los encargados de colarnos a las instalaciones. Hay que localizar el comedor. Si es igual que nuestro psiquiátrico, se encontrará en la primera planta, por lo que no hará falta subir escaleras. Todos los psiquiátricos suelen tener el mismo horario. Así que, si no me equivoco, en unos minutos 658

reuniran a todos los pacientes a desayunar. Debemos aprovechar ese momento. Pero para ello necesitamos una distracción. —Luego se giró hacia mí y Beth—. Vosotras seréis las que lo vais a hacer.

—O sea, que seremos el conejito de indias —murmuró Beth—. Genial.

—¿Cómo vamos a distraerlos tanto tiempo? —inquirí.

—Vas a decirles que eres investigadora privada —dictaminó Nolan—, si hace falta les mostrarás tu identificación, y les dirás que estás aquí porque tienes una orden del inspector Foster y necesitas acceder a los expedientes de Amelia Thompson.

—Para acceder a los expedientes de un paciente, se necesita una autorización específica firmada por el paciente o su representante legal, a menos que exista una orden judicial válida que permita el acceso por razones legales. E imagino que no tenéis nada de eso.

—Porque no será necesario.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que no?

—No nos interesa ver los expedientes de Amelia.

—Eso lo daba por hecho, pero pensé que queríais usarlo como excusa para entrar a las instalaciones del centro.

—Solo será para ganar tiempo y distraerles, mientras Nils y yo nos colamos por el pasillo que da a las escaleras. Además, a ti y a Beth se os da de lujo discutir. Lo haréis de maravilla.

Beth y yo pusimos la misma cara de indignación.

Con un plan en marcha, nos dirigimos hacia la entrada del centro, listos para poner en práctica nuestra estrategia. La adrenalina fluía por mis venas mientras me preparaba para el 659

papel que me había asignado Nolan.

Al llegar a la recepción, nos encontramos con una chica joven detrás del mostrador. Debía tener la misma edad que yo, quizás un año menos.

Su rostro se iluminó con una sonrisa amable cuando nos acercamos.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó con voz suave y educada.

Tomé la iniciativa y me acerqué al mostrador junto a Beth.

Los chicos permanecieron detrás de nosotras, aunque noté cómo la joven no podía apartar la mirada de Nolan.

¿Cómo conseguía captar la atención incluso con el rostro oculto?

—Buenos días —comencé a decir, carraspeando la garganta para que centrara de nuevo la atención hacia mí—. Soy Jules Miller, investigadora privada. Estoy aquí porque necesito acceder a los expedientes de una joven que tenéis ingresada en este centro. Es una orden del inspector Foster.

La recepcionista frunció el ceño, mirándome con una mezcla de sorpresa y escepticismo.

—Necesitaría ver la orden y su identificación para poder ayudarla —respondió con cortesía.

Beth se mantuvo a mi lado, lista para intervenir con cualquiera de sus comentarios si era necesario. Mientras tanto, Nolan y Nils observaban la escena con atención desde una distancia prudente, a unos metros detrás de nosotras, listos para actuar según lo planeado.

—Por supuesto. —Asentí, sacando mi cartera para mos-trarle mi identificación—. Lamentablemente, olvidé la orden en la oficina del inspector. Pero puedo darle su número de contacto y él puede confirmar la autorización por teléfono si lo necesita.

660

Beth se giró de golpe hacia mí, como si me hubiese salido una segunda cabeza. Pero solo tenía una, y en ella ya había elaborado un plan improvisado.

La chica pareció considerar mi explicación por un momento. Su expresión mostraba una leve vacilación.

—Entiendo —dijo finalmente, antes de tomar mi identificación y examinarla nuevamente—. Déjeme hacer una llamada rápida al inspector para verificar la situación.

Beth, a mi lado, empezó a ponerse nerviosa. Intenté calmarla con una mirada tranquilizadora. Sin embargo, sus palabras de duda amenazaron con socavar mi plan.

—¿Es necesario? Es decir, podríamos volver otro día y. .

—Un pisotón disimulado la interrumpió antes de que pudiera terminar su sugerencia—. ¡Au!

—Sí, claro. —Forcé una sonrisa confiada—. Le doy su número.

La joven marcó el número que le empecé a dictar en voz alta. Después de un instante, frunció el ceño y miró su teléfono con perplejidad.

—Parece que este número que me ha dado es inválido.

—¿Está segura? Tal vez hubo algún error al marcar. Vuelva a intentarlo.

Acercó el móvil a su oreja después de marcar los mismos números, pero obtuvo el mismo resultado. Como era de esperar.

—Este número no existe.

—Me habré equivocado. —Me encogí de hombros—. Prue-be a marcar un "dos" en lugar de un "tres" al final, no estoy segura de cómo acababa.

Lo hizo una vez más.

Miré por encima de mi hombro. Nolan y Nils seguían allí, 661

esperando la oportunidad para desaparecer. Creo que aún no se habían ido porque la chica no le quitaba ojo a Nolan, y así era imposible que pudieran escapar sin que se diera cuenta.

—No es correcto, señorita.

—¡Ya me acuerdo! —exclamé, inclinándome hacia el mostrador para bloquear la visión de la recepcionista—. Era un

"cinco" al final, no un "dos". Qué tonta soy, ¿cómo se me ha podido olvidar?

Beth, al comprender al fin lo que estaba haciendo, echó una ojeada a los chicos y les hizo una señal con la cabeza pa-ra que se marcharan.

—Disculpe las molestias. —Beth sonrió, volteando de nuevo hacia ella—. Mi amiga tiene memoria a corto plazo. Un día estaba tan despistada que, mientras hablaba por teléfono conmigo, me dijo que la llamara porque había perdido su teléfono y no lo encontraba. ¿Se lo puede creer?

—¿Y por qué no cuentas lo que me dijiste tú después?

—me defendí, fingiendo su historieta—. Cuando me agaché para buscarlo por debajo de la cama, ¡me diste el brillante consejo de usar la linterna del móvil!

—¡Era para que te dieras cuenta de que lo tenías en la ma-no!

—¡Sí, seguro que fue por eso! —objeté con sarcasmo.

La joven nos miró a las dos como si se estuviese empezando a arrepentir de haber elegido la carrera que la llevó hasta aquí.

—¿No tiene anotado su número en alguna parte? ¿En su teléfono, quizás?

—No tengo teléfono, lo perdí.

Al menos en eso no había mentido, pues se había quedado en el almacén del psiquiátrico, y hasta ahora no había sentido la necesidad de reemplazarlo. No es que no tuviese dinero 662

para comprarme otro, simplemente me negaba a sumergirme nuevamente en el mundo de las redes sociales.

Ya tenía suficiente con todas las noticias que se daban del incidente del psiquiátrico, como para que encima se hablara de eso en las redes. Prefería mantenerme alejada de cualquier discusión en línea.

—Entonces, el número correcto es el cinco, ¿verdad?

—Exacto, el cinco.

La recepcionista suspiró.

—Bien, pues probaré otra vez.

Cambió el número que le había dicho y esperamos en silencio. Volteé discretamente hacia donde Nils y Nolan habían estado hace un par de minutos, pero ya se habían ido.

Ya me estaba preparando para decirle a la chica que pro-bara con otro número, cuando la joven levantó la cabeza hacia nosotras y tapó un momento el altavoz con su mano para decir:

—¡Ahora sí que es correcto! —anunció con alegría.

La expresión que compartimos Beth y yo fue digna de recordar, aunque en ese momento estábamos demasiado desconcertadas para reírnos. Abrimos los ojos de par en par, gi-rándonos para mirarnos la una a la otra. No sabría decir quién lucía más sorprendida.

Eso sí que no me lo esperaba. Había estado cambiando el último número de mi propio teléfono con tal que fuera imposible que

hablara con Foster, por eso me sorprendió que escuchara a alguien al otro lado de la línea. Y, desgraciadamente, había dado la casualidad de que sí que existía un teléfono con ese número.

Mierda.

—¿De veras ha contestado? —le pregunté, tratando de en-663

tenderlo.

Ella asintió y destapó el altavoz para poder hablar.

—Buenos días, le hablo desde el centro psiquiátrico de Rippon. Estoy tratando de verificar una situación con un visitante que afirma tener una orden de usted para poder entrar. ¿Podría confirmar si hay alguna cita programada para la señorita Miller?

La voz al otro lado de la línea confirmó que, efectivamente, estaba hablando con alguien. Por la voz, parecía un hombre mayor.

Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Um. . sí. Soy la recepcionista del centro. Es el inspector Foster, ¿verdad?

Hubo un breve silencio.

La recepcionista nos lanzó una mirada recelosa antes de disculparse con el hombre y colgar el teléfono.

—Ese no era el inspector —afirmó con contundencia. Su expresión ahora era más seria que antes.

Me aclaré la garganta, tratando de encontrar mis cuerdas vocales.

—Seguro que ese era su padre.

—Pues no conocía al señor Foster. —Alzó una ceja, desconfiada.

—Es que tiene alzheimer, a veces se le olvida —dijo Beth.

Me giré hacia ella con el ceño fruncido. ¿En serio eso fue lo que se le ocurrió decir ahora mismo?

—Creo que deberíais iros —nos informó amablemente, aunque con un toque de amargura en su voz—. O no me quedará más remedio que llamar a seguridad.

—Eso no será necesario, ya nos vamos.

664

—Sí, pero con la cabeza bien alta —aseveró Beth—. Porque no hemos hecho nada malo. Solo estábamos intentando ayudar. Pero si quieres llamar a seguridad, adelante. No tenemos ningún problema en explicarles lo sucedido.

Agarré a Beth del brazo, porque ya estaba viendo las ganas que tenía de seguir discutiendo.

—¡Y que conste que las personas con alzheimer pueden olvidar hasta a sus propios familiares, inculta! —exclamó Beth con un tono de indignación, mientras la arrastraba prácticamente hacia la salida.

Una vez fuera, maldije por lo bajo.

—Nos ha descubierto demasiado rápido —lamenté—. No les va a dar tiempo de buscar a Amelia y Renata, ni siquiera podrán salir de aquí sin ser vistos.

—Bueno, siempre puedo volver ahí dentro. —Se encogió de hombros —. Mi energía para discutir nunca se acaba.

—No, tenemos que encontrar otra manera.

Comencé a pasearme de un lado a otro, pensando rápidamente en todas las opciones que teníamos. Aunque, por más que indagaba, no

lograba encontrar ninguna.

Beth se sentó en el bordillo de la acera y sacó su teléfono del bolsillo. Comenzó a deslizar el dedo por la pantalla distraídamente mientras tarareaba una melodía.

La miré indignada, deteniéndome en mi frenético andar.

—Podrías ayudarme a pensar en algo.

—¿Y quién te dice que no lo estoy haciendo? Algunos piensan mejor sentados, y otros paseando de un lado a otro como tú.

—Sí, claro, y luego están algunos que simplemente se sientan a ver cómo los demás piensan —respondí con una sonrisa sarcástica—. Pues, en ese caso, sigue ahí sentada a 665

seguir pensando, y yo seguiré dando vueltas hasta que se me ocurra algo brillante.

—No me culpes si terminas mareada y sin ideas.

Estuve a punto de replicar, cuando escuché una voz a mis espaldas:

—¿Qué había dicho sobre que eran buenas discutiendo?

Nolan.

Cuando me giré, vi que estaba acompañado de Nils y. .

—¡Amelia! —dije, sin poder contener la emoción en mi voz.

Me dedicó una gran sonrisa que le iluminó el rostro surcado de pecas antes de abalanzarme sobre ella para abrazar-la, devolviéndome mi abrazo con igual intensidad. Hacía meses que no la veía y que no sabía nada de ella. Pero ahora estábamos juntas de nuevo.

Cuando nos separamos, Beth ya se había puesto en pie para saludarla. Aunque no se conocían, noté que Beth parecía ansiosa por hacerlo. Me pareció bastante curioso, ya que no era habitual ver a Beth mostrarse tan entusiasta con personas que no conocía.

—Soy Beth, diminutivo de Bethia —se presentó, y pude jurar que se estaba poniendo roja—. Aunque, bueno, puedes llamarme como quieras.

La pelirroja le sonrió.

—Encantada, yo soy Amelia.

—¿Cómo habéis logrado salir sin que os vieran? —les pregunté.

—No estamos del todo seguros. —Nils arrugó las cejas—.

Ha sido demasiado. . fácil.

Pero no pude detenerme mucho a pensar en eso, porque me di cuenta de que faltaba una persona.

666

—¿Dónde está Renata? —inquirí, mirando a los chicos.

Los hombros de Nolan se tensaron, pero no dijo nada. Mi-ré a Nils, quien parecía repentinamente incómodo, aunque tampoco parecía estar dispuesto a contestarme.

—¿Dónde está la niña? —insistí en un tono áspero.

Finalmente, Nolan respondió:

—Madeline se nos ha adelantado.

667



28

—Estamos jodidos —dijo Beth.

—Muy jodidos —añadió Nils.

—Jodidamente jodidos —se sumó Amelia.

Nos encontrábamos una vez más en mi casa, intentando trazar un nuevo plan, esta vez para dar con el paradero de Renata. Aunque estaba decidida a echarlos fuera si persistían con esa actitud pesimista.

—¿Podéis ser un poco optimistas? —inquirí con fastidio, pues hasta ahora solo se habían lamentado—. Si no es mucho pedir.

—Es mucho pedir —aseguró Nils.

—Ya sabes que odio el optimismo —me respondió Amelia, encogiéndose de hombros.

Beth esbozó una sonrisilla pícara en sus labios.

—Entonces ya me agradas.

Puse los ojos en blanco.

No había quién aguantara a esos tres juntos.

668

Mientras tanto, Nolan parecía estar sumergido en sus propios pensamientos. Desde que llegamos a mi casa, no había hablado en ningún momento. Ni siquiera durante el trayecto en coche.

Era extraño verlo así. Esa niña debía significar mucho pa-ra él.

—¿Por qué ahora? —preguntó Beth, volviendo al tema—.

No tiene ningún sentido. Han pasado tres meses, podría haberlo hecho antes.

—Bueno, vosotros habéis tardado tres meses en aparecer para contarme la verdad —objeté.

—Creíamos que necesitabas tiempo. Acababas de salir de un psiquiátrico, Jules. Presenciaste cantidad de suicidios, intentaron matarte, perdiste a gente ahí dentro. . No creo que ayudáramos en nada contándote la verdad.

Puede que tuviera razón, pero aún así, habría agradecido enormemente que no hubieran esperado tanto en aparecer.

Habían sido los tres meses más largos y dolorosos de mi vida, y verlos de nuevo. . Fue como si empezara a ver color en las cosas. Me devolvieron una sonrisa que había olvidado cómo dibujar en mi rostro.

Suspiré pesadamente.

—Pues no comprendo por qué Madeline ha decidido llevarse a la niña ahora. —Me giré hacia Amelia—. ¿Estás segura de que ha sido esta madrugada?

Ella asintió.

—Cada noche me escapaba a su cuarto para contarle historias hasta que se quedara dormida, incluso había conseguido un cuaderno que me había pedido ella para que le hiciera figuras de papel. Siempre insistía en que le hiciera una mariposa.

Un dolor agonizante inundó los ojos de Nolan. Pude per-669

cibirlo claramente.

—Pero, esta noche, cuando he entrado en su cuarto, estaba vacío —prosiguió—. Pensé que se habría escapado, ya que solía hacerlo a menudo. Sin embargo, hoy tampoco la he visto, así que le pregunté al personal del centro si sabían algo de ella. Me informaron de que una mujer la había adoptado, y que todo había sucedido muy deprisa.

Estaba claro quién había sido esa mujer.

—¿Por qué tiene tanto interés en la niña? —pregunté, frunciendo el ceño.

Nolan no me miró cuando dijo:

—Porque es una niña especial.

Volteé hacia él.

—¿Estás diciendo que ella también tiene habilidades telequinéticas?

—Sí, pero son diferentes a las nuestras.

—Un momento —Amelia nos cortó con una risita nerviosa—. ¿De qué estáis hablando? Porque me siento como en un capítulo de Stranger Things en el que me he saltado por lo menos dos temporadas.

—Tienen poderes —soltó Nils, como si estuviese respon-diendo una aburrida pregunta de clase.

—Ya, claro, muy gracioso —dijo Amelia con un tono sarcástico.

Todos nos quedamos en silencio, lo que desconcertó bastante a la pelirroja. Alternó la mirada en cada uno de nosotros.

—¿Por qué nadie me contesta a la pregunta?

Fue Beth quien habló:

—Porque lo ha hecho Nils. . a su manera.

—¿A mi manera? —El mencionado se cruzó de brazos—.

670

¿No es eso lo que tienen Jules y Nolan?

—Sí, pero suena como si fuesen salidos de una película de los X-men.

—Oh, disculpa, señorita —ironizó Nils—. ¿Y cómo debería llamarlo a lo que tienen?

—Habilidades telequinéticas, idiota. No es tan difícil.

—Sí que lo es —se defendió, con el ceño fruncido—. Son dos palabras largas y aburridas que muy probablemente haya inventado un científico que se aburría en su casa.

Beth abrió la boca para discrepar, pero tuve que cortarles porque sino podrían pasarse horas así.

—Basta, chicos. —Volví mi mirada hacia Amelia—. Entiendo que no suene creíble, pero es la realidad. Y no es algo que hayamos elegido.

Amelia se quedó en silencio por un momento, procesando la información. Finalmente, exhaló un suspiro de incredulidad.

—Vale, supongamos que todo esto de las habilidades telequinéticas es verdad. ¿Qué significa exactamente tenerlas?

¿Qué podéis hacer?

Nolan y yo intercambiamos una mirada significativa antes de que él tomara la palabra.

—Puedo mover objetos con la mente. Es como telequinesis, pero limitada.

Amelia abrió los ojos con sorpresa.

—Venga ya, ¿en serio? ¡Que flipe! ¿Y tú, Jules?

Titubeé por un momento antes de responder en voz baja:

—Puedo. . causar dolor en las personas. Y a veces. .

. .matarlas.

No pude terminar. Sentía que el estómago se me compri-mía otra vez al recordar todas las muertes que había causa-671

do. Pensar que había vidas a las que yo les había puesto fin en un abrir y cerrar de ojos. . Nunca podría llegar a convivir con eso.

Nolan pareció notarlo y rompió el silencio:

—La habilidad de Jules es increíble, pero a la vez muy peligrosa. Sin embargo, como bien dice, no ha elegido tenerla.

En realidad, ninguno de nosotros lo hemos elegido. Fue cosa de un científico llamado Nathaniel Schneider, quien nos mantuvo cautivos desde que éramos solo unos críos en los sótanos del psiquiátrico Henninger para utilizarnos como ratas de laboratorio en sus experimentos. Su esposa, Madeline Gerlach, es la directora del psiquiátrico.

—Por eso te dije que no era de fiar —añadí—. Porque ella también está involucrada en esto.

Amelia permaneció inmóvil, como una estatua. Sus ojos, fijos en el vacío, denotaban una mezcla de incredulidad y shock. Me preocupaba que la hubiéramos abrumado con tanta información de golpe.

—Vale, esto es demasiado para mí en este momento —dijo finalmente, levantándose del sofá—. Necesito aire fresco y tiempo para procesar todo esto.

Se acercó a la puerta, pero justo cuando extendía la mano para girar el pomo, su mirada se detuvo en la ventana.

—¿Qué está haciendo la policía aquí?

En cuanto Nolan escuchó eso, se despegó de la mesa en la que estaba apoyado prácticamente de un salto y se acercó a la ventana para observar más de cerca.

Los demás hicimos lo mismo, y vimos que, efectivamente, había un coche de patrulla estacionado en mi calle.

Justo en ese momento vi salir por la puerta del conductor a un oficial de policía castaño que reconocí enseguida. Sentí cómo mi corazón comenzaba a acelerarse.

672

—Ese es Landon, ¿no? —preguntó Amelia al reconocerlo también.

—¿Qué está haciendo aquí? —interrogué.

No fue hasta que rodeó el capó del vehículo cuando me di cuenta de que llevaba un ramo de lirios en sus manos.

—Más vale que esas flores no sean para ti —dijo Nolan con seriedad, sus ojos clavados en Landon.

Al ver que Landon se acercaba peligrosamente a mi casa, hice ademán de salir, pero una mano me agarró la muñeca con suavidad.

Levanté la vista y me topé con la mirada preocupada de Nolan.

—Confío en él —afirmé con seguridad.

—Pues yo no.

—Oh, vamos, es un buen chico —señaló Amelia—. Además,

¡le ha traído un ramo de flores! No sería justo dejarlo plantado en la calle.

—Por mí sí —objetó Nolan.

—Escondeos en mi habitación, y no hagáis ruido. No puede saber que estáis aquí.

—¿No decías que confiabas en él? —Nolan alzó una ceja, cruzando los brazos con un gesto de incredulidad, como si me estuviese contradiciendo.

—Sigue trabajando para Foster. Confío en él, no en el inspector.

Nolan hizo un gesto de resignación con la cabeza, pero no dijo nada más. Porque, por mucho que no le gustaran mis decisiones, siempre las respetaba. Y por eso me gustaba tanto ese chico.

Salí de casa antes de que Landon pudiera subir las escaleras y se acercara a la puerta. Si se enteraba de que Nolan es-673

taba dentro de mi casa, podríamos tener otra guerra mundial antes de lo previsto.

Cuando Landon me vio, se detuvo en seco. Su semblante seguía igual, marcado por la rigidez de su posición como oficial de policía. Mi corazón comenzó a latir con fuerza, como si quisiera salir disparado de mi pecho.

Hacía meses que no lo veía, la última vez fue cuando vino a mi casa para traerme esa carta, y acabamos discutiendo.

¿Cómo debería recibirlo después de eso?

Al ver que desviaba los ojos hacia el ramo, fue como si recordara de nuevo que estaba sosteniendo un ramo de lirios.

—Son para tu padre —aclaró, carraspeando la garganta—.

Iba a llevárselas ahora. Pensé que querrías acompañarme.

Lo miré en silencio con completa incredulidad, preguntándome si de verdad acababa de decirme eso.

—Has estado tres meses ignorándome, Landon —mascullé, con los dientes apretados—. Tres. Malditos. Meses.

Con un gesto nervioso, se pasó la mano que tenía libre por el cabello.

—Estaba cabreado, Jules. No entendía tu actitud.

—Pues yo tampoco entiendo la tuya ahora.

—Sigo siendo tu amigo, después de todo —dijo, como si e-so lo justificara todo.

—¿Mi amigo? —Dejé escapar una risa amarga, y ya empezaba a sentir mis ojos arder—. ¿Y qué clase de amigo se supone que eres dejándome sola en mis peores momentos?

Bajó la cabeza, claramente arrepentido.

No tenía respuesta para eso, porque no la había. Un amigo de verdad no hace lo que hizo él. No te abandona después de haber pasado por un infierno, ni te deja sola para enfrentar el duelo después de la muerte de tu padre.

Y ahora se presentaba a mi casa con un maldito ramo pensando que eso lo arreglaría todo entre nosotros.

Di un paso hacia adelante, descendiendo el primer escalón y quedándome en él.

—¿Recuerdas esa noche en la que te llamé a las dos de la madrugada?

Apretó los dientes con fuerza.

—Sí.

—¿Sabes cuántas veces te llamé?

—Trece.

No tardó ni tres segundos en contestar, lo que me enfure-ció aún más que lo supiera tan bien.

—Y no me cogiste ni una.

—Jules, yo. .

—Ni lo intentes —le interrumpí, señalándolo con el dedo índice—. Estábamos a miércoles, y cada miércoles haces turno de noche. Te llamé porque sabía que estabas despierto, Landon.

No dijo nada.

—Ese día tuve una pesadilla, ¿lo sabías? —le expliqué con voz temblorosa, a punto de quebrarse por las lágrimas que amenazaban con escapar—. No, por supuesto que no. Porque no te molestaste ni siquiera en devolverme una llamada.

Desde esa distancia pude ver la vergüenza que emanaba de él.

—Soñé que revivía ese trágico día del incendio en el psiquiátrico, y entonces veía a mi padre en una de las ventanas.

Corría desesperadamente hacia él para intentar salvarlo, pero las llamas me lo impedían. Gritaba, lloraba, luchaba por encontrar una salida. Pero por más que lo intentaba, la vida de mi padre se desvanecía cada vez más, consumido por las 675

llamas.

» Cuando desperté, no podía respirar. Me sentía como si me faltara el aire, como si estuviera encerrada en ese sueño de nuevo. Estaba en medio de una crisis de ansiedad. —Hice una pausa—. Nunca había lidiado con una yo sola. Siempre que me había pasado, mi padre había estado allí para tranquilizarme.

Landon no se atrevía a mirarme. Tenía la mandíbula tensa y los ojos fijos en esos lirios.

—Te necesitaba, Landon. Necesitaba a mi amigo más que nunca, y tú. . —Ahí fue cuando rompí a llorar—: simplemente no estabas.

NOLAN

Ya no lo aguantaba más.

—Apártate de la puerta, Beth.

—No puedes salir. Si te ve, estás jodido.

—Podré soportarlo.

Hice ademán de girar el pomo, pero Beth se interpuso, ta-pándolo con su cuerpo para que estuviera fuera de mi alcance.

—Nolan, hablo en serio. No lo hagas —dijo, su mirada suplicante buscando calmar mi arrebato—. Sé perfectamente que si quieres cruzar esa puerta, no podré impedírtelo. Pero tienes que dejar que solucionen sus asuntos entre ellos.

Mi enfado crecía exponencialmente. Me preguntaba qué demonios hacía perdiendo un minuto más de su tiempo con ese imbécil.

676

—Como siga haciéndola llorar, me ocuparé yo mismo de solucionar sus asuntos —mascullé entre dientes.

JULES

—¿No tienes nada que decir?

Alzó la mirada para encontrarse con la mía.

—¿Va a cambiar algo si me disculpo? —preguntó.

—No.

—Eso imaginaba.

Dejé escapar una risa teñida de ironía.

—Eres increíble, Landon. Y en el mal sentido.

Le di la espalda para entrar de nuevo en casa, pero me detuve enfrente de la puerta al escuchar que cuestionaba, molesto:

—¿Qué querías que hiciera?

Me giré hacia él, enfrentándolo una vez más.

—Entenderme —contesté con simpleza.

—¡Estabas defendiendo al asesino de mi hermana! —gritó con frustración—. ¡Al asesino de todas las mujeres de este pueblo!

Algunos pedazos de mi corazón que había logrado juntar durante todo este tiempo, se rompieron nuevamente al recordar a Adler. Era como si lo estuviera escuchando a él en ese instante.

—¡Nolan no es un. .!

Me callé de golpe.

¿Qué se supone que debía hacer ahora? ¿Perder la amistad con Landon definitivamente o contarle toda la verdad y 677

traicionar a Nolan al involucrar a la policía en esto?

Si tenía algo claro, es que iba a terminar perdiendo a uno de los dos.

—¿Ahora no tienes nada que decir tú? —inquirió, escépti-co.

Bajé las escaleras del porche, acercándome con paso lento pero decidido, hasta detenerme enfrente de él.

—Landon, lo que estás sintiendo es comprensible. No puedo ni intentar imaginar el dolor que has pasado por la desaparición de tu hermana. Pero necesitas escucharme.

—Mi voz era firme, pero también llena de empatía—. No estaba defendiendo a nadie. Solo buscaba la verdad, la justicia para todas las mujeres de este pueblo, incluida tu hermana.

Landon me miraba con una mezcla de incredulidad y furia en sus ojos, pero también había un destello de duda, como si parte de él quisiera creer en lo que estaba diciendo.

—No tiene ningún sentido discutir por alguien que ya no está en este pueblo.

—¿Cómo estás tan segura de eso? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Bueno, no han habido más muertes desde que se escapó del hospital —respondí, encogiéndome de hombros—. Y no creo que sea tan estúpido como para volver al mismo pueblo donde lo están buscando.

—Pero, seguirá matando personas ahí donde vaya.

—Siento lo duro que va a sonar esto, Landon, pero tu responsabilidad principal es proteger este pueblo. La información

relevante ya ha sido compartida con otras autoridades, así que intenta enfocarte en lo que está bajo tu control.

Landon pareció reflexionar sobre mis palabras por un momento. Su ceño fruncido se relajó un poco, suavizando su expresión.

678

—Supongo que tienes razón —admitió, pareciendo más calmado.

Exhalé un suspiro de alivio. La situación no había terminado tan mal, después de todo.

—¿Quieres que entremos a tu casa a hablar?

Vale, tal vez había hablado demasiado pronto.

—No —me apresuré en negar, aclarándome la garganta al darme cuenta de lo sospechoso que había sonado eso—. Prefiero acompañarte al cementerio. Espérame en el coche, tengo que coger las llaves de casa.

Landon asintió una vez y regresó al vehículo.

Me apresuré a subir las escaleras y entrar en casa antes de que Landon cambiara de opinión y decidiera entrar por alguna razón.

Justo cuando cerraba la puerta detrás de mí, ahogué un grito al ver una figura alta y esbelta justo a mi lado. Mis ojos se abrieron con sorpresa y luego se estrecharon en una mirada de reproche.

—¡Nolan! —exclamé en un susurro, por si Landon nos escuchaba—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¡Os dije que os escon-diérais en mi habitación! ¿Qué hubiera pasado si Landon hubiese decidido entrar a mi casa?

—¿Las flores eran para ti?

—¿En serio eso es lo único que te importa?

—Sí.

Solté un exasperado suspiro.

—No tengo tiempo para esto —aseguré mientras me dirigía hacia el cajón donde guardaba las llaves.

—¿A dónde vas? —me preguntó, siguiéndome.

Abrí el cajón y rebusqué entre mis cosas.

—Al cementerio con Landon.

679

Al no encontrarlas, decidí buscar en la opción B, que era el cajón de la mesita del comedor.

—¿Al cementerio? —repitió, siguiéndome ahí donde fuera—. ¿Por qué?

Me agaché para abrir el cajón.

—Mi padre está muerto, por si se te olvidaba —contesté sin mirarlo, sacando documentos y revistas para ver si las llaves estaban ahí.

—Eso ya lo sé. Me refiero qué haces yendo con él.

—Aquí están —anuncié, levantándome del suelo y guardando las llaves en mi bolsillo—. Tenéis unas llaves de repuesto debajo de la maceta, aunque es mejor que no salgáis por si. .

Estaba abriendo la puerta, pero me interrumpí a mí misma cuando Nolan la cerró de nuevo con su mano.

—No vas a ir con él.

—¿Por qué no?

—¿Después de lo que te ha hecho, sigues confiando en él?

—me cuestionó, su mirada fija en la mía.

Me quedé unos instantes en silencio. Aunque me costaba admitirlo, Nolan tenía razón en cierto modo. Landon había demostrado no ser un buen amigo en estos meses, pero todavía tenía la esperanza de arreglar las cosas con él.

—Solo quiere llevarle flores a mi padre, Nolan. Además, hace mucho que no me paso para verlo. Me irá bien.

Pero él no parecía estar muy seguro de eso.

Extendí mi mano hacia la suya. Él desvió la mirada hacia nuestras manos entrelazadas, como si estuviera contemplan-do algo más que el simple gesto físico. Luego, envolvió sus dedos en los míos y alzó la vista para encontrarse con mis ojos.

680

—Voy a estar bien, te lo prometo.

Le di un beso en la mejilla antes de desaparecer por la puerta.

* * *

Landon me extendió el ramo de lirios en silencio. Quería que fuera yo quién se las diera.

Me agaché para colocar con cuidado las flores frescas que había traído y recorrí con la mirada las inscripciones talladas en la piedra. Nunca me acostumbraría a ver ese nombre y apellido en ella. A pesar de que hubiesen pasado varios meses desde que se marchó, el dolor seguía muy reciente en mi corazón.

Con un denso suspiro, me puse en pie. Permanecí al lado de Landon en silencio durante un buen rato. Ninguno de nosotros parecía tener las palabras adecuadas para expresar lo que sentíamos en ese instante.

—¿Sabes que mi padre estaba obsesionado con que termi-náramos juntos? —confesé, esbozando una débil sonrisa en mis labios.

Landon giró la cabeza hacia mí, sorprendido por mi repentina revelación.

—¿De verdad?

—Oh, venga, no te hagas el sorprendido. —Reí levemente—. Eres demasiado bueno para ser verdad.

Se quedó muy callado, regresando la vista al frente.

—Quería dejarme en buenas manos cuando se fuera —a ñadí con un nudo en la garganta, viendo cómo mi sonrisa se desvanecía poco a poco—. Eso es lo que me dijo antes de que me marchara y le dejara solo. Odio pensar que no pasé los 681

últimos días que le quedaban de vida con él.

—Estabas cumpliendo con tu deber, Jules. Además, lo hiciste por él. Eso te honra.

Un silencio pesado se instaló entre nosotros una vez más.

—Yo en cambio, no puedo decir lo mismo —dijo Landon de pronto, tragando saliva con esfuerzo.

—¿Por qué dices eso?

—Lo hubiese decepcionado mucho si aún estuviera aquí.

—No es cierto —respondí con voz suave, poniendo una mano reconfortante en su hombro—. Tú también estabas haciendo tu trabajo.

Apretó los labios con fuerza.

—Te he fallado, Jules.

—No me has. .

—Señorita Miller —interrumpió una voz detrás de nosotros.

Toda la sangre de mi cuerpo se heló en ese preciso instante. Me giré lentamente, solo para confirmar que esa voz pertenecía a la de Foster.

Estaba plantado de pie, a unos metros de nosotros. Vestía su habitual traje oscuro, impecablemente planchado, que contrastaba con su tez pálida y arrugada. Su mirada penetrante escudriñaba la escena con sus ojos oscuros y serios, como si estuviera calculando cada detalle.

—¿Qué hace él aquí? —le espeté a Landon.

Pero él no reaccionó, es más, ni siquiera se había sorprendido de su presencia. Mis ojos se ampliaron lentamente, llenos de incredulidad, al empezar a atar cabos.

—¿Me trajiste aquí a propósito? —cuestioné en un hilillo de voz.

—Era la única forma de que accedieras a verle.

—No me lo puedo creer —murmuré, sintiendo una oleada de decepción que amenazaba con ahogarme ahí mismo.

—Jules, necesitas escuchar lo que el inspector tiene que decirte.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —grité, volviéndome hacia Foster—. ¿No puede respetar un momento tan privado como este? ¡Estamos en el cementerio donde mi padre está enterrado!

—Hay asuntos más importantes que tratar. Su padre ya es pasado, señorita Miller.

La frialdad con la que emitió esas palabras hizo que tuviera muy claro que era el hermano de ese monstruo. Si compartían algo, era la poca empatía que tenían con los demás.

—Los asuntos que tenga que tratar, ya no van conmigo. A-sí que, déjeme en paz.

—Sigue trabajando para mí, señorita Miller.

—No, ya no.

Landon me lanzó una mirada ceñuda.

—¿Has renunciado a trabajar para el departamento de Harpers Ferry? —inquirió, y yo simplemente asentí—. ¿Por qué?

Me sorprendió su pregunta. Me pregunté si Lexi le habría informado sobre lo que sabía, que es básicamente lo que le conté aquel día en el baño de la gasolinera. Le había confesa-do parte de la verdad; que Nolan y yo ya nos conocíamos en la infancia, pero que no lo recordaba porque me borraron la memoria.

No me creyó, pero aún así podía haber ido directamente a Landon a contárselo. Aunque, viendo la reacción que tuvo él después, cuando se presentó en mi casa, no parecía estar al tanto de ello.

683

De todos modos, Landon tenía que haber visto con sus propios ojos el sótano. A fin de cuentas, había logrado liberar a Lexi, e intuía que

la habían retenido en el mismo lugar que las demás. Pero nunca llegó a mencionarme nada sobre có-mo rescató a Lexi. Es como si simplemente no lo recordara.

Espera.

¿Y si a él también le habían borrado la memoria?

—Jules —escuché la voz de mi amigo, haciendo que regresara a la realidad—. ¿Cuál es la razón?

Mis ojos se clavaron en Foster, sintiendo una mezcla de rabia y determinación ardiendo dentro de mí. Él era la encar-nación de todo lo que estaba mal en este mundo, el símbolo de la corrupción y la crueldad.

Él era la razón.

—Cuéntele usted mismo cuáles son las razones de que ya no quiera trabajar para usted, porque yo estoy fuera.

—No puede decidir irse así sin más, señorita Miller —dijo Foster al ver mis intenciones.

—Lo acaba de hacer —intervino Landon, su voz resonando con autoridad—. Y no pienso detenerla.

Justo cuando tuve la intención de marcharme, el inspector extrajo la pistola que llevaba en su cinturón con celeridad y la apuntó directamente hacia mí, dejándome completamente petrificada. Mis músculos se tensaron y noté cómo mi pecho vibraba con el latido acelerado de mi corazón.

Pero no era la única que estaba siendo apuntada por un arma, pues el inspector también había terminado del mismo modo.

Landon, en un abrir y cerrar de ojos, había desenfundado también su pistola en un rápido movimiento, apuntándolo con una determinación inquebrantable en sus ojos. Me estaba protegiendo. No se lo pensó dos veces, aunque ni siquiera 684

supiera lo que estaba sucediendo.

—Baje el arma, inspector —le ordenó Landon con voz firme.

—Yo soy el que da las órdenes aquí, así que le ordeno que baje la suya, agente Baker.

Pero Landon no movió ni un solo músculo de su cuerpo.

La tensión en el aire parecía una cuerda tensa a punto de romperse. Mis manos temblaban ligeramente mientras observaba el tenso enfrentamiento entre Landon y el inspector.

Me sentía atrapada en medio de un escenario donde las decisiones de ambos hombres determinarían mi destino.

—Mi deber es garantizar la seguridad de cada individuo en esta comunidad, y en este momento está poniendo en riesgo a alguien que es fundamental en mi vida. Así que, cré-ame cuando le digo que no pienso hacer tal cosa.

Una chispa de sorpresa brilló en los ojos del inspector an-te la determinación de mi amigo, pero no dijo nada más. Sabía que no podía retenerme contra mi voluntad, especialmente no con Landon respaldándome.

Pero eso lo sabía muy bien desde el principio, por eso vi una fila de furgones negros aparecer por el camino secundario de tierra en el horizonte, acercándose rápidamente hacia donde estábamos.

Landon también se dio cuenta.

—¡Eso no era lo que acordamos, maldita sea! —gruñó él—.

¡Me dijo que consiguiera que se reuniera con usted para hablar sobre otro caso!

—¿Le dije eso? —Foster frunció el ceño, fingiendo demen-cia—. No lo recuerdo.

Landon parecía a punto de explotar de la ira.

—Detén ahora mismo esos furgones o voy a disparar.

685

—Yo de usted no haría eso si quiere conservar su vida y la de su querida amiga.

Me sentía como una completa inútil, sin poder hacer nada mientras veía cómo los furgones se aproximaban cada vez más.

Cuando los furgones finalmente se detuvieron, las puertas traseras se abrieron de golpe, revelando a una docena de guardias armados que salieron rápidamente para dirigirse hacia donde estábamos.

Al ver de nuevo esos furgones fue cuando caí en una cosa.

Me habían estado vigilando durante todo este tiempo, por si revelaba una verdad que no querían que saliera a la luz.

—¿Por qué está haciendo esto? —preguntó Landon en un tono de desesperación, tratando de entenderlo.

—Porque mi deber, al igual que el suyo, es proteger esta comunidad. Y no puedo tener en ella a un individuo que atenta contra la seguridad.

—Nolan Jenkins ya no está en este pueblo.

—No me refiero a él.

Sus ojos volaron hacia mí.

Landon siguió la mirada del inspector y frunció el ceño al comprender lo que estaba tratando de decir, pero antes de que pudiera hablar, un estruendo sonido retumbó en mis oídos.

Observé a mi alrededor aturdida, sin saber de dónde había provenido ese sonido y quién lo había originado. Entonces vi horrorizada cómo una mancha de sangre roja se ex-pandía por el torso de mi amigo.

Mis ojos se abrieron súbitamente.

—¡Landon! —grité, mi voz temblorosa por la angustia.

Él se tambaleó hacia atrás con una expresión de sorpresa 686

y dolor en su rostro. Miró hacia abajo, hacia la herida en su pecho, como si no pudiera creer lo que estaba sucediendo.

Fui corriendo hacia él, pero no llegué a tiempo y se dejó caer en el suelo. Me arrodillé a su lado y con manos temblorosas empecé a presionar contra la herida.

—¡Landon, aguanta! —exclamé, con la voz quebrada por el miedo.

Landon yacía en el suelo, su respiración entrecortada mientras la sangre brotaba de la herida en su pecho. Pero lo que más me alarmó fue ver cómo la sangre también fluía por la comisura de sus labios, tiñendo su rostro pálido de un rojo oscuro.

Esa situación me trajo a un recuerdo doloroso que había enterrado durante muchos meses. Los recuerdos de Adler se entrelazaban con la imagen de Landon frente a mí, creando una maraña de emociones que amenazaban con hacerme perder la cordura.

A Adler no pude salvarlo, pero tenía la esperanza de que a Landon sí. Porque la sola idea de perderlo a él también. . era algo que simplemente no podía soportar.

—Es una lástima, era el mejor agente que tenía —dijo el inspector, impasible.

Observaba la escena con frialdad, su arma aún humeante en su mano. Había aprovechado el momento de distracción para dispararle, y no mostraba ningún remordimiento por lo que acababa de hacer.

Levanté la mirada hacia él.

—¡¿Qué ha hecho?! —grité, sintiendo cómo la rabia ardía dentro de mí como un fuego incontrolable.

Pero antes de que pudiese hacer algo más, los guardias me separaron de mi amigo, sujetándome con fuerza y arran-cándome del lado de Landon. Luché con todas mis fuerzas 687

por liberarme de ellos, pero eran demasiados y me superaban en fuerza.

—¡No! ¡Soltadme! —Me retorcí con desesperación.

El sonido de mi grito se mezclaba con el zumbido ensordecedor en mis oídos, mientras las lágrimas empañaban mis ojos y observaba impotente cómo dejaba atrás a mi amigo desangrándose. Si me separaban de él, no habría nadie que pudiera socorrerlo.

Foster iba a dejar que se desangrara.

Era un jodido monstruo enmascarado, al igual que su hermano.

Los dos guardias que me sujetaban me arrastraron con firmeza hacia uno de los furgones, sin hacer caso a mis súplicas ni a mi

resistencia. Me empujaron dentro con brusquedad, haciéndome caer al suelo del vehículo con un golpe sordo.

Me puse en pie, pero antes de que pudiera salir, cerraron ambas compuertas, sumiéndome a una oscuridad total. Gol-peé las paredes metálicas con impotencia, buscando una salida que parecía cada vez más distante.

—¡Dejadme salir! ¡Por favor!

Sentí que el furgón se ponía en marcha, mientras el aire se volvía denso ahí dentro. El ruido del motor rugió mientras el vehículo se alejaba, llevándome más lejos de Landon. El pensamiento de él desangrándose solo avivaba mi determinación de encontrar una manera de regresar a su lado, de luchar por su vida.

—Por favor. .

Mis súplicas resonaron débilmente en el reducido espacio del furgón. Me dejé caer lentamente al suelo, vencida por la impotencia y la ansiedad que me embargaban.

688

** * **

—Jules Miller.

Cuando anunciaron mi nombre a través del micrófono, mi corazón dio un vuelco. Todos aplaudieron, en especial mi padre, que incluyó gritos de felicidad y alegría. Subí las escaleras, arremangándome el vestido de seda para no pisarlo y evitar formar el último recuerdo más vergonzoso que pudiesen tener de mí.

Una vez en la tarima, me colocaron la banda por encima de los hombros. Me puse delante del micrófono y me aclaré la garganta, lista para decir unas palabras. No pude evitar emocionarme al ver a

todos mis compañeros sentados con los birretes y las bandas puestas, y a mi padre en una de las primeras filas, cuyos ojos reflejaban orgullo.

—Nunca creí que llegaría este momento —comencé a decir—. Después de reprobar tantas veces la asignatura de Esta-dística y Análisis de Datos, me veía, no sé, vendiendo helados en un colorido carrito hippie, de esos que parecen sacados de una película de terror.

Logré arrancar algunas risas entre el público, haciendo que el nudo en mi garganta se aflojara un poco y me tranquilizara.

—Pero, aquí estamos, listos para que nuestros caminos se separen después de tanto tiempo juntos. Ahora empieza una nueva etapa en nuestras vidas, un nuevo comienzo. Y sólo puedo desearos que lo iniciéis de la mejor manera. Hagáis lo que hagáis, decidáis lo que decidáis, hacedlo siempre con el corazón.

Hice una pausa e intenté contener las lágrimas.

—Me gustaría agradecer a todos los que habéis formado parte de esta etapa, pero en especial a mi padre, por enseñarme a que jamás me rindiera para lograr mis objetivos. —Mis o-689

jos se encontraron con los suyos desde la lejanía—. Has sido mi mayor apoyo, papá. Tú fuiste quien me sacó de ese lugar donde creía estar atrapada, e hiciste que le encontrara el verdadero sentido a vivir, incluso a disfrutar de las pequeñas cosas. Y por eso hoy quiero expresarte mi más profundo agradecimiento, porque gracias a ti he tenido la infancia que siempre quise tener.

Mi padre escuchaba atentamente cada palabra. Una sonrisa temblorosa se formó en sus labios, y sus mejillas se humede-cieron con lágrimas de felicidad y orgullo. En un gesto lleno de ternura, se llevó una mano al pecho, una forma de darme las gracias desde la distancia que nos separaba.

—Aunque esta etapa llegue a su fin, sé. .

Me detuve al notar un pinchazo en la sien. Cerré los ojos por un momento para soportar el repentino dolor. Fue tan ins-tantáneo e inesperado que no supe canalizarlo bien.

Todos me observaban con atención, esperando a que siguiera hablando. Cuando el dolor disminuyó un poco, tomé una bocanada de aire y continué.

—Sé que tú siempre. . siempre estarás ahí. .

No pude seguir.

El dolor que sentía en la cabeza era insoportable. Con él, iba acompañado un intenso pitido que solo incrementaba la molestia. La gente empezó a mirarme de una forma extraña, así que retomé el diálogo para fingir que todo iba bien y seguir con normalidad. Necesitaba terminar lo antes posible.

—Espero poder seguir demostrándote con cada paso que de en mi vida lo agradecida que estoy por tenerte como padre.

Gracias por ser mi inspiración, mi guía y mi mayor ejemplo de fortaleza. Te quiero.

En seguida el lugar se llenó de aplausos. Todos me miraban con nostalgia, como si creyeran que me había costado hablar 690

porque estaba demasiado conmovida por la situación. Pero ese no fue el motivo, o al menos, no el principal.

Mi padre estaba limpiándose las lágrimas que se le habían saltado durante el discurso, aunque lo hacía discretamente pa-ra que no sospechara que había llorado.

Fueron subiendo más y más alumnos a la tarima. Algunos dedicaban unas cuantas palabras, otros preferían colocarse la bandana junto con el birrete y cerrar de una vez este ciclo.

Cuando la ceremonia finalizó, la gente aprovechó para saludar a familiares y juntarse con sus amigos. Mi familia era solo mi padre, pero para mí era más que suficiente. Fui directa hacia donde él me estaba esperando, recibiéndome con los brazos abiertos.

—Has estado increíble, hija —me dijo, mientras nos infundí-amos en un fuerte abrazo—. Estoy muy orgulloso de ti.

—Gracias, papá.

Tras separarnos, me acomodé el birrete, que casi se me ca-yó al suelo.

—Ha sido un discurso muy bonito. Aunque yo hubiese añadido al final; ¡que os jodan, maestros de pacotilla! ¡Que solo sa-beis leer la maldita pizarra y tener una cara de culo en toda la clase!

Alzó el puño al aire, pero se lo bajé al instante.

—¡Papá! —le reñí entre dientes, al notar que uno de mis profesores pasaba justo por su lado—. ¡Que te van a oír!

Aunque muy probablemente ya lo hubiesen hecho. Se había ganado varias miradas curiosas del bullicio de gente que había en la ceremonia.

Él simplemente se encogió de hombros con una sonrisa traviesa.

—¿Qué importa? ¡Ya te has graduado!

Puse los ojos en blanco.

—Tu padre tiene razón.

Volteé al escuchar otra voz a mis espaldas.

Archie tenía las manos metidas en los bolsillos de su pantalón, con una sonrisa ladina en su rostro. El traje que llevaba le sentaba genial. Era de un color azul oscuro con una corbata a juego y una camisa blanca por dentro. Al tener un cuerpo entrenado, sus músculos se le marcaban bajo la tela de la prenda, ajustándole a la perfección.

—Estás muy guapa hoy.

Noté cómo mis mejillas se ruborizaban. En las pocas clases que habíamos coincidido, no me había hecho ni un solo cumplido, así que me tomó completamente por sorpresa.

—¿Hoy? Mi hija está guapa siempre, chico —discrepó mi padre.

Lo fulminé con la mirada, haciendo que captara enseguida el mensaje.

—Bueno. . —empezó a decir, incómodo—: creo que me voy a dar un paseo por este magnífico recinto para observar los can-delabros y no ser uno de ellos.

Antes de que se alejara, se giró una última vez hacia Archie:

—Por cierto, si existieran clases de cómo ligar, estoy seguro de que serías el primero en la lista de reprobados.

Me cubrí la cara con ambas manos, presa de la vergüenza.

No acababa de decir eso.

Archie parpadeó, sorprendido, viendo cómo mi padre se alejaba alegremente sin rumbo.

—Lo siento, mi padre es demasiado. . directo.

—Está bien. —Sonrió—. Oye, quería proponerte ir a cenar esta noche.

Me quedé momentáneamente sin habla.

692

A Archie lo conocí en el último año de carrera, por lo que tampoco es que lo conociera demasiado. Pero, las pocas veces que habíamos hablado, me había parecido un buen chico. Además, me parecía bastante atractivo. Era un chico atleta, le gustaba mucho hacer deporte. Eso creo que fue lo que más me atrajo de él.

—En el Jackson Bill a las nueve —respondí con una sonrisa coqueta.

* * *

La ceremonia se extendió más de lo previsto, y cuando por fin llegué a casa, me di cuenta de que ya era casi la hora en la que había quedado con Archie para cenar.

Fui directa a mi habitación para ponerme más cómoda, pe-ro antes de que pudiera quitarme el vestido de graduación, escuché el sonido de un mensaje entrante en mi móvil. Fui a mirar quién me había escrito.

Era Archie.

En el mensaje decía que lo lamentaba mucho, pero que no podía ir a mi cita porque se había torcido el tobillo. Al principio me sonó a excusa, pero cuando el siguiente mensaje fue u-na imagen de su tobillo, abrí los ojos, horrorizada.

Lo tenía hinchado como una pelota de tenis. No, peor. Como una pelota de baloncesto.

Al preguntarle cómo se lo había hecho, me dijo que había si-do un accidente. Estaba paseando tranquilamente por la calle, cuando de repente, un skate se le cruzó en el camino y le golpeó el tobillo.

Me aseguró que había recibido mil disculpas del padre del niño que supuestamente se le había escapado, pero aún así le pareció extraño que un niño empujara con tanta fuerza un 693

skate como para lograr torcerle casi por completo el tobillo.

Estaba tan desanimada por haberme quedado sin cita que ni siquiera me molesté en sacarme el vestido antes de bajar. E-so sí, los tacones los lancé de mala gana al suelo, como si ellos hubiesen sido la razón de que Archie no pudiese quedar.

Mi padre, que estaba haciendo la cena, se giró hacia los tacones que había arrojado en el suelo.

—Mejor haz dos hamburguesas, porque mi cita se ha cance-lado.

Me dejé caer al sofá.

—Te dije que ese chico no sabe ligar.

—No ha sido culpa suya. Ha tenido un accidente y se ha torcido el tobillo —le expliqué.

—Eso no es excusa. Cuando tuve mi primera cita con mi di-funta esposa, me pasó algo similar. Estaba tan nervioso que me caí por las escaleras justo al salir de casa. Pero eso no iba a impedirme verla. Me presenté a su casa con una escayola y dos muletas. Terminamos cenando en su casa y viendo una maratón de películas.

Una sensación cálida llenó mi pecho al recordar ese amor verdadero que tuvo mi padre con su mujer. Solo deseaba tener un amor como el que tuvo él.

Estaba tan absorta recordando con cariño su historia de amor, que apenas noté el sonido del timbre.

—¿Puedes ir a abrir tú? —me pidió mi padre—. Si salgo un segundo de la cocina, se me quemarán las hamburguesas.

Me levanté con el corazón latiendo con fuerza, pensando que tal vez fuera Archie quien estuviera al otro lado, con una escayola y dos muletas.

Pero al abrir, no vi a nadie, y mis ánimos decayeron de nuevo.

694

Sin embargo, algo en el suelo captó mi atención. Bajé la mirada y allí, ante mis ojos, yacía un precioso ramo de flores.

Me agaché para cogerlas y busqué con la mirada a la persona que me las había dejado, pero mi calle estaba vacía.

Me permití contemplarlas de cerca. El ramo estaba compuesto por una variedad de flores en tonalidades rosas, desde suaves tonos pastel hasta vibrantes matices violeta. En el centro destacaba un ramillete de rosas de un rosa intenso y profundo, envuelto delicadamente en un papel de seda del mismo tono, que le daba un aspecto elegante y romántico. También había tulipanes, claveles. . Cada flor parecía haber sido cuidadosamente seleccionada y colocada, creando una armonía visual que inundaba mis sentidos.

Mis dedos se deslizaran con suavidad sobre los pétalos, a-preciando la exquisita combinación de colores y aromas. Fue en ese instante cuando noté un pequeño papel doblado. Al sacarlo, vi que tenía forma de mariposa.

En él había una nota escrita que decía:

"No sé cuáles son tus favoritas, así que he optado por todas.

Espero tener la oportunidad de descubrirlo algún día.

Enhorabuena por tu graduación, princesa."

-N.

** * **

Un fuerte golpe me sacó abruptamente de mis pensamientos. El vehículo se había detenido bruscamente, haciendo chirriar las ruedas.

No sabía lo que estaba pasando ahí fuera, pero no me dio tiempo a procesar posibles teorías cuando las puertas del 695

furgón se abrieron, cegándome repentinamente por la intensa luz del día.

Cuando mis ojos se adaptaron a la luz, vislumbré una figura a contraluz que poco a poco se fue esclareciendo, hasta que mi mirada aturdida reconoció ese hermoso rostro.

—Nolan —susurré.

—Te dije que no fueras con él. ¿Por qué eres tan cabez. .?

Pero no le dejé terminar.

Me abalancé sobre él y prácticamente me lancé a sus brazos, sintiendo un torrente de alivio y felicidad que apenas podía controlar al tenerlo cerca de nuevo.

Nolan, sorprendido al principio por mi repentino gesto, envolvió sus brazos alrededor de mi cintura en un abrazo que solo él podía lograr que llenara todo mi ser.

Cuando finalmente nos separamos, sus ojos recorrieron mi figura de arriba abajo, preocupados, buscando señales de cualquier herida.

Sus dedos tocaron mi barbilla y me obligó a girar suavemente mi rostro para asegurarse de que no tenía ni un solo rasguño.

—¿Te han hecho algo?

Negué con la cabeza.

—Son los tulipanes.

—¿Qué? —preguntó, frunciendo sus espesas cejas.

—Mis flores favoritas —aclaré en un murmuro—. Son los tulipanes.

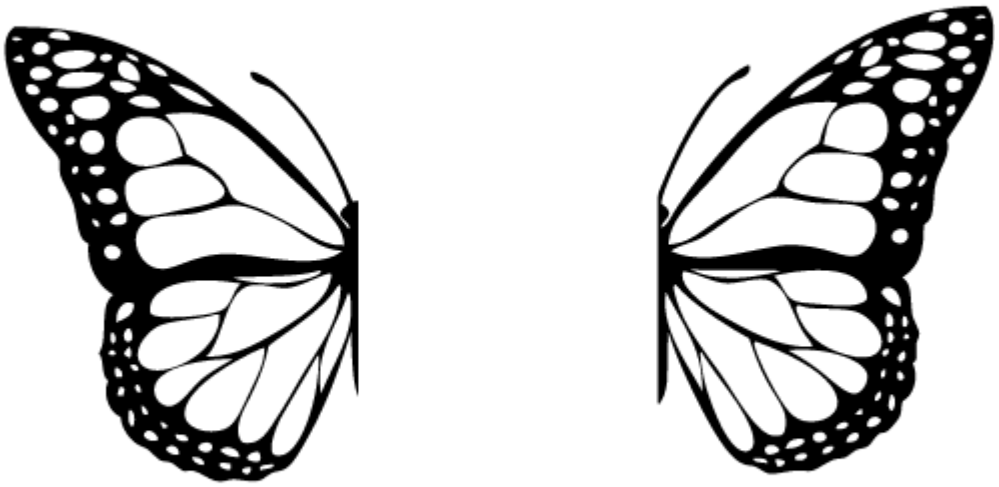
En ese instante, su expresión cambió, como si hubiese comprendido lo que estaba pasando. Había recordado otro fragmento de mi memoria. Pero, en realidad, ese recuerdo nunca se había desvanecido, simplemente había encontrado su significado ahora.

Ver esos preciosos labios curvarse en una pequeña sonri-696

sa hizo que un remolino de mariposas se manifestara en mi viente.

No sé si fue la adrenalina que fluía por mis venas o simplemente un deseo reprimido que no podía seguir controlan-do, pero entonces me incliné hacia él y estampé mis labios en los suyos.

697



29

No pensé en lo que estaba haciendo, simplemente me dejé llevar por un deseo tan intenso que me resultaba hasta verti-ginoso.

Sus labios eran tan suaves como imaginé cada vez que me había detenido a observar lo perfectos que eran. Cuando nuestras bocas se encontraron, pude percibir la sorpresa en la tensión de sus hombros, pero en un instante, esa rigidez se disipó, revelando las ansias que compartíamos por ese momento.

Colocó ambas manos en mi nuca para profundizarlo, trazando círculos en mi piel con su pulgar y logrando que se erizara por

completo. Entreabrí mis labios para dejar que su deliciosa lengua saboreara la mía.

El calor que todo su cuerpo emanaba se fundió con el mío mientras nos entregábamos al beso como si no existiera un mañana. Cada roce de sus labios contra los míos enviaba una corriente eléctrica que recorría cada centímetro de mi piel, y la cosa incrementó cuando me mordió ligeramente el labio 698

inferior, haciéndome temblar de placer.

El sabor de sus labios era adictivo, y me arrepentí de no haberlo probado antes. Porque estaba convencida de que, si lo hubiese hecho, no habría querido besar jamás otros labios que no fuesen los suyos.

Mantenía sus manos en mi nuca, como si temiera que en cualquier momento pudiera alejarme. Pero no había nada que temer, porque yo había deseado tanto como él que llegara este momento. Para mí no existía nada más que su exquisita boca, sus suaves manos, su cálido aliento, su aroma embriagador que llenaba mis sentidos por completo.

Cuando Nolan rompió el beso, fue como si de repente me hubieran devuelto a la realidad. Cerré los ojos por un instante, tratando de retener en mi memoria cada pequeño detalle de ese instante que me había parecido simplemente irreal.

No quería que terminara, porque en ese beso había encontrado un refugio donde los problemas se disipaban y el tiempo parecía detenerse.

Alcé la mirada para encontrarme con sus ojos, y pude jurar que jamás los había visto brillar de esa manera.

—No tienes idea de cuánto tiempo he esperado este momento, princesa —susurró con intimidad, acariciándome la mejilla con

cuidado—. Pero ahora no es el mejor momento.

El beso me había encerrado en una burbuja de satisfacción tan intensa, que olvidé la realidad en la que nos encontrábamos. Y, entonces, como si me hubieran lanzado una jarra de agua fría, el recuerdo de otra persona se interpuso en mis pensamientos.

—Landon —murmuré.

Nolan alzó una ceja, receloso.

—¿En serio se te ocurre mencionar a otro hombre ahora?

—Ha recibido una bala en el pecho —dije con urgencia, 699

recordando lo mucho que estaba sangrando cuando lo vi por última vez.

—A ver si lo adivino —comenzó a decir, cruzando los brazos—, Landon se interpuso en los planes del inspector y no dudó ni dos segundos en quitarlo de su camino.

Asentí con nerviosismo.

No sabía cuánto había pasado desde entonces, pues no llevaba la cuenta del tiempo que había estado dentro de esa furgoneta. Pero, si tenía una cosa clara, es que cada segundo que pasaba, la vida de Landon estaba en peligro.

Pasé por su lado, decidida a regresar hacia donde lo había dejado por última vez, a pesar de no saber a dónde estábamos ni cuánto nos habíamos alejado del cementerio. Pero no pude avanzar ni dos pasos, porque Nolan me detuvo por el brazo.

—Déjame ir —le pedí con ojos suplicantes—. Es mi amigo.

No voy a dejar que…

—Landon está bien —dijo de pronto, haciendo que me callara de golpe—. Ya me he encargado de eso.

Mis cejas se fruncieron.

—¿A qué te refieres?

—Nils y Amelia se lo han llevado en su coche patrulla. Están de camino al hospital.

Un peso se levantó de mis hombros cuando escuché esas palabras. Respiré con un poco más de tranquilidad al saber que por lo menos estaban yendo a por asistencia médica, aunque todavía no podíamos confirmar con certeza que los médicos pudieran hacer algo por él.

—¿Crees que se salvará? —inquirí, dejando entrever mi temor ante la respuesta que pudiese darme.

Nolan me miró con comprensión antes de contestar, eli-700

giendo cuidadosamente sus palabras.

—Lo importante ahora es que Nils y Amelia están yendo a por ayuda lo más rápido posible. Los médicos harán todo lo necesario para salvarlo.

Tragué saliva con verdadero esfuerzo, obligándome a asentir. Pero eso no me dejó mucho más tranquila.

—No iba a dejar que muriera —añadió—. Sé lo mucho que te importa.

Podría haber tomado decisiones diferentes. Podría haber priorizado la seguridad del grupo sobre la vida de un chico al que ni siquiera conocía, en lugar de tener que separarnos.

Pero no lo hizo.

—Gracias —murmuré con total sinceridad.

Al pensar en el grupo, me vino otra persona a la cabeza.

—¿Dónde está Beth?

—Aquí, de sujetavelas —se escuchó detrás de nosotros.

Giré la cabeza y la vi apoyada en el furgón de forma despreocupada, mientras uno de los guardias que había en el interior del vehículo, el que estaba de copiloto, golpeaba la ventana con tanto ímpetu que hacía temblar el cristal, y gritaba a mi amiga haciendo gesticulaciones muy exageradas para que abriera la puerta.

La escena era casi cómica: uno parecía estar al borde de un colapso, mientras que la otra parecía estar a punto de soltar un bostezo.

Mis ojos se desviaron irremediablemente hacia lo que se encontraba detrás de ella; el coche vacío de Nils. Estaba justo delante del capó del furgón, apenas los separaban unos pocos centímetros. No habían chocado de milagro. En el camino de tierra y piedras, se veía la marca de la maniobra que habían ejecutado para detener el vehículo forzosamente.

701

Ahora comprendía cómo habían logrado pararlo, pero lo que no entendía era cómo los guardias permanecían dentro de sus vehículos. Detrás de ese furgón, se sumaba una larga fila más. Pero nadie salía, aunque no creo que fuera por voluntad propia. Era como si todas las puertas estuviesen blo-quedas.

Nolan siguió mi mirada confundida hacia el resto de furgones.

—He conseguido forzar el seguro de cada una de las puertas, pero no sé cuánto tiempo resistirán —aclaró antes de que pudiera formular cualquier pregunta—. Vamos, no hay tiempo que perder.

Asentí, algo aturdida, y nos dirigimos apresuradamente hacia el coche de Nils para huir.

AMELIA

—¡Ve más rápido!

—¡Voy lo más rápido que puedo! —exclamó Nils.

Me giré para echarle un vistazo a Landon.

Lo habíamos acomodado en uno de los asientos de atrás, junto a la ventana. Tenía los ojos cerrados, los labios ligeramente entreabiertos, revelando un hilillo de sangre que contrastaba con su pálido rostro, y una enorme mancha de color carmesí en su uniforme policial que se estaba extendiendo a una velocidad alarmante.

—Madre mía. Tiene los ojos cerrados. ¡Tiene los ojos cerrados! —repetí con desesperación, entrando en pánico—.

¡No sé si se ha dormido o ya se ha muerto!

Nils desvió un segundo los ojos de la carretera para anali-702

zarlo él mismo desde el espejo retrovisor.

—Espero que sea la primera opción, porque no quiero tener un cadáver en el coche.

Lo fulminé con la mirada.

—¿Podrías mostrar un poco más de sensibilidad?

—¿Sabes lo que nos va a pasar como nos vean conducien-do un coche patrulla con un policía muerto dentro?

—No te pongas paranoico —le dije con un susurro agudo, tratando de mantener la calma.

—No es paranoia, es sentido común. ¿Qué piensas que harán si nos atrapan con él? —cuestionó, señalando hacia el asiento trasero donde yacía Landon.

—¡Tú mantén los ojos en la carretera! No querrás que haya tres cadáveres en el coche.

—Sigo. . vivo. —Se oyó una voz débil detrás del coche.

Nils y yo intercambiamos miradas, suspirando aliviados.

—Aguanta, Landon —le pedí en un susurro.

JULES

—¿A dónde vamos ahora? —pregunté, echando constantemente vistazos hacia mi espejo retrovisor para asegurarme de que nadie nos estaba siguiendo, aunque estaba convencida de que no tardarían en hacerlo.

—Primero hay que alejarnos del pueblo —dijo Nolan mientras conducía—. No podemos quedarnos aquí más tiempo.

—Espera, ¿qué quieres decir?

Beth, desde los asientos de atrás, me contestó:

—No vamos a regresar a Harpers Ferry, no es seguro. El 703

inspector Foster está implicado en todo esto, así que no podemos contar con la policía. Ah, y antes de que preguntes, ya nos hemos encargado de hacer tu equipaje. Hemos empaca-do las cosas primordiales mientras estabas con Landon.

—Pero, no puedo dejarlo todo atrás —murmuré, sintiendo la abrumadora ansiedad aferrarse en mi estómago—. Tengo mi casa, mi trabajo, mi gente. . Mi vida entera está en ese pueblo.

Nolan clavó los ojos en mí para dictaminar con firmeza:

—No, ya no.

AMELIA

Volteé los ojos cuando vi que a Nils no se le ocurría otra cosa que poner música en el coche.

—¿Qué? —preguntó al darse cuenta de la cara que había puesto—. La música me relaja en situaciones tensas.

Este tipo era inusual, para decirlo de una forma más. .

educada. Entonces me paré a pensar en una cosa, y es que realmente no conocía a ese chico del todo.

Crucé los brazos, volteando un poco mi cuerpo para enfrentarlo mejor.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Claro —contestó, tarareando la canción que estaba sonando.

—¿Qué hacías en el psiquiátrico?

Sus oscuras cejas se fruncieron.

—¿A qué viene esa pregunta?

—No lo sé, tal vez esté lidiando con un psicópata y no lo 704

sepa.

—¿De verdad me ves cara de psicópata?

—Bueno, tus actitudes lo son —respondí con franqueza—.

Tengo una larga lista para demostrarlo, empezando por el hecho de que te importe más que te atrapen con un cadáver, en lugar de demostrar un mínimo de empatía por este chico.

—Lo siento si me preocupo más por no pasar el resto de mi vida entre rejas —objetó con sarcasmo.

—¿Quieres responder a mi pregunta? —repliqué.

—No.

Entrecerré los ojos, desconfiada.

—Por algo será.

—Sí, porque no me apetece hablar de ello.

—Eso es un poco sospechoso, ¿no crees?

—¿Y tú por qué ingresaste al hospital? —contraatacó él, con una ceja alzada.

—Yo. . —comencé a decir, pero fui interrumpida por un repentino golpe que sacudió el coche desde atrás.

Ambos gritamos del susto al sentir el impacto. Casi se me salió el corazón por la garganta. Al mirar por el retrovisor, vimos un furgón negro que nos seguía de cerca, el mismo que acababa de embestir contra la parte trasera del coche.

—¡Son ellos! —exclamé, mientras el pánico se apoderaba casi por completo de todo mi ser.

Nils maldijo entre dientes mientras pisaba el acelerador y aumentaba la velocidad.

Miré hacia atrás para asegurarme de que Landon seguía con vida. Su pecho subía y bajaba, pero sus respiraciones ca-da vez eran más lentas y pesadas. Sabía que nos estaban persiguiendo porque podríamos hablar y revelar todo lo que estaba pasando con el inspector y sus hombres.

No dudarían en hacer lo que fuera necesario para evitar que reveláramos la verdad.

Volví la mirada al frente justo para ver a través del espejo retrovisor cómo el hombre que estaba sentado en el asiento de copiloto sacaba medio cuerpo, sosteniendo un arma bastante pesada.

—¡Nils, cuidado!

El sonido ensordecedor de los disparos llenó el aire cuando comenzaron a disparar hacia nosotros, apuntando directamente a las ventanas.

—¡Dios mío! —grité, agachándome instintivamente mientras los cristales de la ventana de atrás estallaban en pedazos y las balas silbaban peligrosamente cerca.

Nils maniobró el coche con habilidad, haciendo zig zags y tratando de esquivar los disparos mientras buscaba desesperadamente una salida, aunque no la había. Estábamos en una carretera recta, y aún faltaban unos kilómetros para llegar a la carretera principal que nos llevaría al hospital de la ciudad.

Ahora no solo estaba en peligro la vida de Landon, sino la nuestra.

JULES

—¡Dancing in the moonlight! ¡Everybody 's feeling warm and bright! —cantó Beth, dando palmaditas al ritmo de la canción que estaba sonando en la radio—. ¡ It's such a fine and natural sight! ¡Everybody's dancing in the moonlight!

—Beth, cállate un rato —le pidió Nolan, muy serio.

Pero ella cantó con más fuerza.

—¡DANCING IN THE MOONLIGHT! ¡EVERYBODY'S FEE-706

LING WARM AND BRIGHT!

Esbocé una sonrisa, divertida. Aunque fueran primos y compartieran ciertos rasgos físicos, eran como el día y la noche.

—Hablo en seri. .

—¡We get it almost every night! ¡And when that moon is big and bright!

—Voy a tirarte por la ventana como no cierres el.

—¡It's a supernatural delight! ¡Everybody's dancing in the moonlight!

—Eres lo peor —se quejó Nolan, irritado.

AMELIA

De pronto, vi un desvío a la derecha que conducía hacia un camino de tierra que se adentraba en el espeso bosque que nos rodeaba.

—¡Nils, gira por aquí! —dije sin pensarlo dos veces, señalando hacia esa dirección.

Nils asintió con determinación y, con un giro rápido del volante, tomó el desvío. El coche se sacudió violentamente mientras pasábamos de la carretera asfaltada al terreno irregular del camino de tierra.

Cogimos algo de ventaja, pero no por mucho tiempo. Los hombres armados en el furgón negro nos seguían de cerca, continuando con sus disparos. Y no parecían estar dispuestos a detenerse.

Nos estábamos alejando del hospital, y no podíamos permitirnos perder ni un segundo más.

—Necesitamos un arma.

707

—Muy buena aportación, pelirroja —dijo Nils con sarcasmo—. Excepto por un pequeño detalle. . ¡Y es que no tenemos armas!

Entreabrí los labios para iniciar lo que sería una absurda discusión, pero escuché que Landon decía en apenas un bal-buceo:

—En la. . guantera.

Le lancé una mirada triunfante a Nils, antes de abrir la guantera. Removí apresuradamente los objetos que había: manuales de usuario, pañuelos de papel arrugados, algunos caramelos sueltos. . Hasta que finalmente mis yemas rozaron algo metálico.

Con cuidado, saqué el arma y la sostuve entre mis manos temblorosas.

Era una Glock 19, compacta y pesada. Examiné el cargador, asegurándome de que estuviera bien enganchado, y luego accioné el seguro con un clic sutil. Deslicé la corredera hacia atrás para comprobar que había munición.

—Hay quince balas —informé—. Así que tenemos quince intentos para dar con una de las ruedas del furgón y detenerlo forzosamente. Es la única manera.

Nils, que había estado observando con asombro cómo desmontaba el arma, levantó una ceja.

—¿Cómo sabes tanto de armas?

—Porque tengo experiencia con ellas —respondí, encogiéndome de hombros.

—¿Y luego el sospechoso aquí soy yo? —cuestionó, incrédulo.

Abrí la ventanilla del coche y me impulsé hacia arriba, sintiéndome expuesta al aire que pasaba a gran velocidad. Sentada en el borde de la ventana, me aseguré de mantener un buen equilibrio antes de sostener bien el arma para que no 708

se resbalara de mis manos. Era la única arma que teníamos.

—¡Amelia, baja de ahí! ¡Te vas a caer! —gritó Nils.

Ignoré sus palabras, pues tenía que concentrarme únicamente en mi objetivo. Inhalé profundamente, bloqueando to-do sonido excepto el latido acelerado de mi corazón. Alcé la pistola hacia el furgón que se aproximaba, enfocándome en una de las ruedas delanteras.

Mi dedo se deslizó sobre el gatillo y, con un movimiento rápido y preciso, disparé.

La bala ni siquiera pasó cerca del furgón.

Maldije por lo bajo, frustrada.

El hombre, que había permanecido oculto hasta ese momento, se asomó apenas por encima del borde del vehículo, apuntando su pesada arma hacia mí. Pero no lo vi a tiempo, pues estaba demasiado concentrada en darle al dichoso neumático.

Nils, en cambio, sí que lo vio a tiempo, y pegó un volanta-zo, haciendo que la bala pasara silbando por mi lado a apenas unos centímetros.

—¡Gracias, Nils! —le agradecí en voz alta para que pudiera oírme a través del viento.

—¡Qué gracias ni qué gracias! ¡Baja de una puta vez!

Pero no me rendí.

Volví a apuntar, bloqueando cualquier distracción que pudiera surgir. Sin embargo, mis manos seguían temblando ligeramente por la adrenalina que recorría mi cuerpo. Y eso fue lo que me hizo fallar cuando presioné el gatillo una vez más. La bala volvió a desviarse, aunque esta vez rozó una de las puertas traseras del furgón. Me había acercado un poco más al objetivo.

La frustración me envolvía, pero me obligué a mantener la 709

calma y concentrarme.

El hombre, utilizando el furgón como escudo, emergió nuevamente. Esta vez, sus movimientos no pasaron desapercibidos para mí, y pude apuntar con precisión. La bala se incrustó por completo en su

brazo, haciendo que el arma se resbalara de sus manos y cayera a la carretera con un sonido sordo.

—¡Le he dado! —grité, sintiendo una oleada de euforia.

Ahora que había logrado eliminar una amenaza más, mi atención se centró únicamente en las ruedas que debía alcanzar. Un destello de triunfo brilló en mis ojos mientras empezaba a disparar de nuevo, enfocada en detener ese vehículo a toda costa.

Observé con satisfacción cómo una de las balas finalmente perforaba la rueda. El furgón redujo bruscamente la velocidad, tambaleándose ligeramente por el impacto en la llanta hasta detenerse por completo.

Me deslicé de nuevo dentro del coche, con la respiración agitada por la adrenalina de la situación.

—¡Lo hemos conseguido, Nils! —exclamé victoriosamente—. ¿Has visto lo que he hecho? ¿Lo has visto?

Nils, con una sonrisa de satisfacción en el rostro, asintió brevemente antes de que su expresión cambiara repentinamente cuando sus ojos se posaron en el retrovisor.

—Mierda.

Fruncí el ceño ante el cambio repentino en su actitud.

—¿Qué ocurre?

Mi sonrisa se desvaneció al seguir su mirada y ver tres furgones más, acercándose a toda velocidad por la carretera.

—¿Cuántas balas te quedan? —inquirió con cierta urgencia.

Con el corazón latiendo con fuerza, me apresuré a revisar el cargador de la pistola. Deslicé la corredera hacia atrás y contuve el aliento.

—Solo una.

JULES

—Llevan mucho rato sin seguirnos —objetó Nolan con seriedad—. Algo no va bien.

—¿Crees que podrían estar detrás de Nils y Amelia? —inquirí.

—Es probable, pero eran demasiados furgones. —Nolan frunció el ceño, preocupado por la situación—. No creo que Foster haya enviado a todos los hombres a por ellos, sabiendo que tú sigues libre.

Me quedé pensativa por un momento, considerando sus palabras. Lo había dicho en singular, sin mencionar el pequeño detalle de que Nolan también seguía libre.

—¿Por qué crees que el inspector me quiere a mí? ¿No era a ti a quién quería retener entre rejas?

—Creo que ha sido cosa de Madeline. —Beth aportó su opinión desde atrás—. Le habrá dicho a su querido cuñado que ahora tiene otros planes en cuanto a vosotros dos.

Me giré sobre mi asiento para mirarla.

—¿A qué planes te refieres?

—Nolan me contó que cuando tratasteis de escapar, Madeline ordenó a sus hombres que te mataran. No dudó ni un segundo en dar la orden. Supongo que cuando lanzaste por los aires miles de cristales, debió darse cuenta de lo mucho que te había subestimado.

—Pero, no tiene sentido. Nolan también es capaz de hacerlo, y al menos él sabe cuándo usar sus habilidades. Yo, en cambio, no

puedo controlar las mías. Ni siquiera cuando lo intento.

—Eso es lo que te hace tan peligrosa para ellos, Jules —intervino Nolan—. No les gusta que no puedas controlar tus habilidades.

Hubo un breve silencio en el vehículo.

—No es solo eso, ¿verdad? —deduje con un tono de voz más bajo—. Porque, de ser así, simplemente me retendrían de nuevo en algún lugar oculto, lejos de la sociedad. Tal y co-mo hicieron cuando era pequeña.

Nolan asintió lentamente.

—Ningún sujeto del experimento de Nathaniel ha demostrado tener más de una habilidad. Solo lograron desarrollar una. Tú, en cambio, desarrollaste dos. Y de las más peligrosas. Eres capaz de causar dolor en los demás y destruir objetos con la mente.

Nunca me había detenido a pensar en ello, pero ahora, con las palabras de Nolan, la realidad se desplegaba ante mis ojos como un rompecabezas complejo que finalmente comenzaba a tomar forma. Me pregunté cómo era posible que yo, una simple joven, hubiera desarrollado dos habilidades tan poderosas.

—¿Eso me convierte en una asesina? —pregunté, tragando saliva con fuerza para deshacer el nudo en mi garganta.

—No, Jules —respondió Nolan con firmeza, volteando un segundo para mirarme a mí—. Tú no eres ninguna. .

Abrí mucho los ojos por la súbita aparición de una enorme sombra negra acercándose rápidamente a la ventana de Nolan.

—¡Nolan, cuidado! —grité, pero mi advertencia llegó de-712

masiado tarde.

Un violento impacto sacudió el costado del vehículo, lanzándolo fuera de control. El coche se tambaleó hacia un lado y se precipitó por una colina, arrastrándonos en una caída vertiginosa hacia lo desconocido.

El mundo parecía dar vueltas sin control, mientras sentía golpes violentos en todo mi cuerpo. El sonido metálico retumbaba en mis oídos, mezclado con el estruendo de cristales rotos y el crujido del coche retorciéndose. Junto a eso, se sumaban los gritos que emergían de todos los ocupantes del vehículo.

Intenté aferrarme a algo, cualquier cosa que me proporcionara un poco de estabilidad en medio del caos. Pero era inútil. El vértigo me envolvía, y la sensación de pérdida de control era abrumadora. Solo podía cerrar los ojos con fuerza y rezar para que todo terminara pronto.

Finalmente sentí que el vehículo se detenía con un golpe fuerte, pero estaba demasiado mareada para comprender lo que estaba sucediendo. Todo a mi alrededor seguía dando vueltas sin parar.

Cuando logré abrir los ojos, enfocando mi vista, me di cuenta de que estaba boca abajo. Tan solo me sujetaba el cinturón, que se clavaba dolorosamente en mi cadera y mis costillas. Cada respiración era un esfuerzo doloroso, y mi cuerpo entero parecía protestar por el impacto.

Giré lentamente el cuello para ver a Nolan.

Estaba completamente inconsciente. Tenía una herida profunda en la cabeza, de la que brotaba mucha sangre, tanta que su pelo oscuro estaba empapado y mezclado con el rojo carmesí, creando una imagen aterradora.

Intenté llamar su nombre, pero mi voz parecía atrapada en mi garganta, ahogada por el miedo y el dolor agonizante.

Ni siquiera podía girarme para ver a Beth. Me pregunté si estaría bien, si podría haber sufrido heridas graves, incluso mortales. Pero al no escucharla, me temí lo peor.

El pánico empezó a apoderarse de mí mientras luchaba por mantener la calma y evaluar la situación en la que me encontraba. No podía permitirme perder el control ahora.

Tenía que encontrar una forma de ayudarlos y salir de aquí.

Con un esfuerzo titánico, intenté moverme, pero el dolor me dejó sin aliento. Sentí un fuerte dolor en mi costado y un intenso mareo que amenazaba con hacerme perder el conocimiento. Estaba atrapada en esa posición, sin poder hacer nada más que tratar de mantener la calma.

Con las manos temblorosas, busqué desesperadamente el botón del cinturón de seguridad. Mis dedos encontraron el pequeño dispositivo, pero al intentar presionarlo, parecía estar atascado. Lo intenté una y otra vez, pero el cinturón no cedía. El mareo se intensificaba y sentía que el mundo giraba a mi alrededor, pero no me rendí. Seguí intentándolo con todas mis fuerzas.

Con un último esfuerzo, logré presionar el botón con la suficiente fuerza como para que correspondiera y me liberara de él. Antes de caer hacia adelante, instintivamente levanté los brazos para proteger mi cabeza, evitando golpearme contra el techo del coche.

Intenté abrir la puerta, pero estaba atascada. El tronco de un árbol bloqueaba mi salida, impidiendo que la puerta se abriera por completo.

Entonces, vi cómo el tronco del árbol se iba inclinando lentamente, hasta que cayó estruendosamente hacia el lado opuesto, liberando la puerta. Por un momento, pensé que había sido yo. Pero era

imposible que pudiese mover un árbol tan pesado de esas dimensiones.

714

Volteé la cabeza hacia Nolan, que aún tenía los ojos cerrados. Pero sabía que había sido él. Lo sabía perfectamente.

—Tienes que. . marcharte.

Las palabras de Nolan fueron un susurro débil, apenas audibles. Su voz estaba cargada de dolor y esfuerzo, pero su determinación era evidente. Una oleada de asombro y gratitud me recorrió mientras me daba cuenta de que Nolan, incluso en su estado, había intentado ayudarme.

Me arrastré con cuidado por el suelo hasta que noté la tierra húmeda y fría del bosque. Una vez fuera, me puse de pie tambaleándome, sintiendo cada músculo adolorido por el impacto. La cabeza aún me daba vueltas a la mínima cosa que hacía, pero no podía dejar que eso me afectara.

Rodeé el coche, que estaba volcado completamente al revés, y me agaché a la ventanilla de Nolan. Me incliné hacia él, con cuidado de no causarle más daño, y comencé a liberar su cinturón de seguridad.

Cada movimiento era lento y meticuloso, consciente del dolor que podía estar experimentando. Cuando finalmente logré liberarlo, lo sostuve con delicadeza, preparada para ayudarlo a salir.

Tuve que hacer todos mis esfuerzos para sacarlo del coche. Lo dejé tumbado en el suelo y me dirigí hacia la parte trasera del vehículo, donde estaba Beth. Con cuidado, abrí la puerta y la encontré inconsciente, pero respirando.

Afortunadamente, pude arrastrarla con más facilidad que a Nolan, pero aún así me suponía un esfuerzo considerable.

Me alejé del coche volcado y busqué un lugar seguro para tumbarla.

Me arrodillé a su lado y comencé a revisarla. Por suerte, no parecía tener tantas lesiones. Solo presentaba algunos 715

rasguños en su rostro y un fuerte golpe en la cabeza, lo cual explicaba su estado inconsciente.

Sin duda la mayor parte del impacto la había recibido Nolan.

—¿Cómo. . está?

Su voz me obligó a girarme nuevamente hacia él.

—Bien. Respira.

Él asintió débilmente.

—Tienes que. . marcharte.

—No voy a irme.

—No hay tiempo. . Date. . prisa.

—No.

—Te quieren. . a ti —murmuró con dificultad.

—Me da igual.

—Jules. .

—No me iré.

—Eres una. . maldita. . cabezota.

Una sonrisa débil se dibujó en mi rostro.

—Lo sé, ahora sueles decírmelo con frecuencia.

Él intentó devolverme la sonrisa, pero su gesto parecía tan forzado que me partió el alma. Era evidente que incluso algo tan simple como sonreír le resultaba un esfuerzo titánico. Me estaba doliendo hasta lo más profundo de mi ser verlo en ese estado.

Traté de levantarlo para ponerlo en pie, sin embargo, me di cuenta de que era imposible. Ni siquiera en condiciones normales habría sido capaz de manejar su peso, y mucho menos en su estado actual.

—No puedo. . moverme. —Su voz se desvanecía mientras hablaba, y su mirada se volvía cada vez más vidriosa—. Ha-716

blo. . en serio, vete.

Sabía que el tiempo era crucial, pero dejarlo atrás era una idea que me resultaba inconcebible.

Entonces, mientras lo miraba, vi lo mucho que estaba su-friendo. Sus palabras apenas salían de sus labios, y su rostro estaba marcado por un dolor y una angustia que me estremeció.

Decidí concentrarme en él, cerrando los ojos y bloqueando todo lo demás a mi alrededor. Nolan pareció darse cuenta y me preguntó qué estaba haciendo, pero no respondí.

Ignoré el ruido y el caos que nos rodeaba y obligué a mi mente a centrarse en él, en su bienestar, en su fuerza interior. Respiré profundamente, dejando que la energía fluyera a través de mí.

—¿Qué estás. . haciendo? —balbuceó.

Mientras me sumergía en la concentración, una sensación de calidez y paz comenzó a extenderse a través de mí. Era como si estuviera envuelta en una luz cálida y reconfortante, una luz que emanaba de mi propia esencia y se extendía hacia Nolan.

—No lo hagas, Jules. No merece. . la pena —me suplicó al darse cuenta al fin de lo que estaba haciendo.

Sin embargo, ya era demasiado tarde. Había intentado quitarle el dolor, compartir su carga. Y, en ese momento, su-pe que lo había logrado. La mirada de Nolan se volvió un po-co más viva. El sufrimiento parecía haberse disipado gradualmente.

—Sí que la merece —murmuré—. Tú mereces la pena.

Una preciosa y débil sonrisa se dibujó en sus labios.

—No. ., no lo. . entiendes. Me. . estoy muriendo, Jules.

—¿Qué? —inquirí en un hilo de voz.

717

Nolan respiró profundamente y, con una expresión de resignación, se levantó lentamente la camiseta. Mi corazón se detuvo cuando vi un trozo de metal que se extendía por su abdomen, perforando de pleno uno de sus pulmones.

Eso explicaba por qué le estaba costando tanto respirar.

—Dios mío. —Me llevé una mano a la boca, sin poder creer lo que estaba viendo.

¿Cómo no me había dado cuenta antes?

El trozo de metal había desgarrado cruelmente su piel, exponiendo parte del órgano y luchando por cada aliento mientras su vida se deslizaba fuera de su alcance.

—Tu habilidad. . puede aliviar. . el dolor, pero no puede sanar. . ninguna herida.

La herida se veía terriblemente grave, pero no quería a-larmarlo con mis preocupaciones.

—Vas a ponerte bien.

Mis ojos empezaron a arder, pero no quería llorar frente a él. Tenía que mostrarme firme y demostrar que realmente creía en lo que había dicho.

Nolan me miró con tristeza, como si supiera que mis palabras no podían cambiar la realidad.

—Nunca. . me has mentido, Jules. No lo hagas. . ahora.

Mi mente luchaba por aceptar lo que veía, pero no podía hacerlo. Tenía que estar bien. Después de tantos años sin recordarlo, al fin lo había hecho. Finalmente nos habíamos reunido de nuevo, superando innumerables obstáculos para llegar a encontrarnos otra vez.

Una lágrima solitaria escapó de sus ojos y recorrió lentamente su mejilla, una manifestación silenciosa del sufrimiento que lo consumía desde dentro. Era la primera vez que lo veía llorar, y no puedo explicar lo mucho que me dolió verlo.

718

Con cuidado, coloqué una mano en su mejilla, sintiendo el temblor de su piel bajo mis dedos. Limpié suavemente la lágrima con mi pulgar, deseando poder borrar todo rastro de su sufrimiento, aunque fuera solo por un instante. Porque incluso con mi habilidad no era suficiente.

A pesar de la tristeza que lo envolvía y el estado en el que se encontraba, su belleza seguía siendo impactante. Era simplemente hermoso.

Me quedé en silencio y me dediqué únicamente a observarlo, como si temiera que esos ojos llenos de vida pudieran apagarse y desaparecer para siempre.

Quería grabar cada detalle de su rostro en mi memoria, cada línea y cada matiz de color en sus ojos, para que pudiera recordarlo con claridad por si el destino nos separaba.

—No vas a morir —sollocé, como si al decirlo pudiese cambiar algo.

—Nunca. . le he temido. . a la muerte —murmuró, su voz cortada por el dolor—, hasta que te encontré. Desde entonces, no he temido. . nada más que eso. Porque entendí que significaría estar separado. . de ti.

Sus palabras hicieron que me derrumbara por completo, perdiendo el control de mis emociones. No podía parar de llorar. Sentía un nudo en la garganta que dificulta mi respiración, y una presión en el pecho que parecía aplastar mi corazón.

Quise decirle que compartía su miedo, que nunca había sentido una angustia tan profunda como en ese momento.

Pero cuando nuestros ojos se encontraron, el mundo pareció detenerse a mi alrededor al darme cuenta de que ya no me observaban. Estaban completamente vacíos.

—¿Nolan? —inquirí con voz temblorosa.

Pero no obtuve ninguna respuesta.

719

Supe en lo más profundo de mi ser que ya no estaba aquí, aunque su cuerpo permaneciera frente al mío. Pero mi corazón se aferraba desesperadamente a la esperanza de que sus ojos se abrieran de nuevo, llenos de vida y amor.

—Nolan, por favor, despierta —susurré, meciendo su cuerpo con suavidad. Pero por mucho que lo hiciera, no se movía—. ¡No puedes dejarme así! ¡No puedo hacerlo sin ti!

Me incliné hacia él, sintiendo el frío de su piel bajo mis dedos. Con cada segundo que pasaba, la realidad se hacía más y más ineludible. Mis lágrimas caían sin control mientras pegaba mi frente a la suya, como si pudiera transmitirle mi desesperada súplica directamente a su alma.

Mis manos temblaban mientras acariciaba su rostro lleno de sangre, buscando algún signo de vida, algún destello en sus ojos, ahora vacíos. Pero no había respuesta, solo un silencio abrumador que me envolvía como una manta helada.

—Te necesito. —Mi voz se quebraba en cada palabra, mientras las lágrimas seguían inundando mis mejillas—. No te vayas. Por favor, no me dejes.

Me aferré a él con todas mis fuerzas, mis dedos hundién-dose en su piel fría y sin vida, mientras rezaba por un milagro que sabía que nunca llegaría, como si mi amor pudiera desafiar incluso a la muerte misma.

720

Epílogo

Jules reposaba en la cama, sumida bajo los efectos del sedante. A mi lado, Madeline Gerlach contemplaba la pantalla que estaba junto a ella con su característica mirada gélida.

—Es mejorable, pero servirá —dijo al final, cuando la pantalla se volvió negra.

—¿Mejorable? —repetí, como si tratara de entender qué había fallado. Pero era muy consciente de ello.

—Bueno, ese trozo de metal lo has añadido más tarde. Y ni siquiera puede mitigar el dolor, solo causarlo.

—No lo sabía.

—De todos modos, debo felicitarte por haberla llamado. .

¿cómo era? ¿Cabezota?

—Sí —murmuré.

—Mencionó que solía decírselo con frecuencia. ¿Tú lo sabías eso?

—No, la verdad es que ha sido casualidad.

Mi intención no era entrar en detalles muy personales, en 721

cosas que solo ellos dos podrían entender. Porque, de algúna manera, quería que Jules terminara dándose cuenta de que ese recuerdo del accidente no era suyo, que en realidad no sucedió.

Pero, ¿cómo iba a saber que últimamente Nolan la llamaba de esa manera?

—Para la próxima vez, necesitamos algo más convincente para que sus recuerdos no parezcan forzados.

Asentí, apretando los dientes con fuerza.

Madeline se acercó hacia Jules para colocarle mejor el suero intravenoso.

—No sé si hemos hecho lo correcto —admití en voz alta, dubitativa.

Desvió los ojos de ella para posarlos en mí.

—No es momento para dudas, querida. Hemos tomado la decisión necesaria para todos.

—¿Y lo es para ella?

Madeline no respondió de inmediato. Mantuvo su expresión imperturbable por un instante.

—Lo que importa es el resultado final, y este es el camino que nos llevará a él —declaró con determinación—. No podemos permitirnos desviarnos ahora.

—¿Por qué siempre se ha empeñado tanto en separarlos?

—Porque, si separados son peligrosos, juntos son una sentencia de muerte.

Cogió un par de jeringuillas más y las desinfectó para tenerlas listas, antes de dejarlas de nuevo en la bandeja de metal.

—Esto no está bien —murmuré, reuniendo mi coraje.

Ella dio unos pasos breves hasta quedar frente a mí, colocando una mano firme sobre mi hombro. Pero no había ni 722

rastro de calidez en su contacto.

—Ya lo hiciste una vez, ¿recuerdas? Le hiciste creer que habías muerto.

—Ella no me conocía, incluso me odiaba. Pero esto es muy diferente. Ver morir al amor de tu vida. . —Negué con la cabeza, observando su semblante tranquilo por el sedante—.

No me puedo ni imaginar el dolor que debió sentir.

—¿El amor de su vida? —repitió ella en un tono despectivo—. Vamos, si apenas se conocían.

—Aún así. .

—Si no quieres seguir con esto, solo tienes que decirlo

—me interrumpió.

Suspiré con pesadez.

—Sí que quiero. —Mis palabras apenas fueron un susurro, acompañadas de un gesto de incertidumbre en mis labios.

—Eso no suena muy convincente.

Porque no lo era.

Madeline se aproximó a la puerta de la habitación, dándome la espalda.

—¿Y qué haremos con él?

—Lo mismo que hicimos con Jules. ¿Podrás hacerlo?

—No lo sé, la conexión que tienen es demasiado fuerte.

—No te subestimes, querida. —Sus ojos penetrantes buscaron los míos—. Lo hiciste cuando solo eras una niña, lograste que no lo recordara durante una década. ¿Qué te hace pensar que será distinto con él?

—Porque ha vuelto a recordarlo. Su mente es. . fascinante.

—Pero la de él no. —Se encogió de hombros—. Por eso es-ta vez funcionará. Además, tu mente también es brillante a su manera. Al fin y al cabo, pudiste engañar a todos los jóvenes que estuvieron ese día en el lago.

723

Sí, eso fue una verdadera prueba. Por primera vez, descubrí que podía manipular varias mentes a la vez.

—No solo puedes cambiar recuerdos, sino eliminarlos.

—Madeline se acercó a mí con pasos lentos y precavidos—. Y

eso es justamente lo que quiero que hagas con Nolan. Elimina cualquier rastro de Jules en su mente. Desde los recuerdos de la infancia hasta los momentos que hayan compartido ahora. Quiero que desaparezca hasta el más mínimo vestigio de su existencia en ella. ¿Lo harás?

Ante la petición de Madeline, me encontré inmersa en un mar de pensamientos turbulentos. Por un lado, reconocía la necesidad de cumplir con sus instrucciones, sabía que estaba en deuda con ella y que debía demostrar mi valía una vez más. Pero por otro lado, una voz en mi interior me decía que no era ético borrar los recuerdos de alguien de esa manera.

Mi mirada se desvió hacia Jules, quien yacía pacíficamen-te en la cama, ajena a la conversación que estábamos teniendo. Un sentimiento de compasión brotó en mi interior al imaginar que le podría estar creando los recuerdos más dolorosos de su vida, mientras le privaba a Nolan de los mejores momentos que había experimentado. Y esos eran junto a ella.

Esto era cruel.

Ella creería que Nolan había muerto en ese accidente, y él simplemente no la recordaría.

Me invadió una sensación de inquietud, como si estuviera a punto de cruzar una línea que no debería traspasar. Pero lo cierto es que ya lo había hecho desde que empecé este juego retorcido. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—Sí, lo haré.